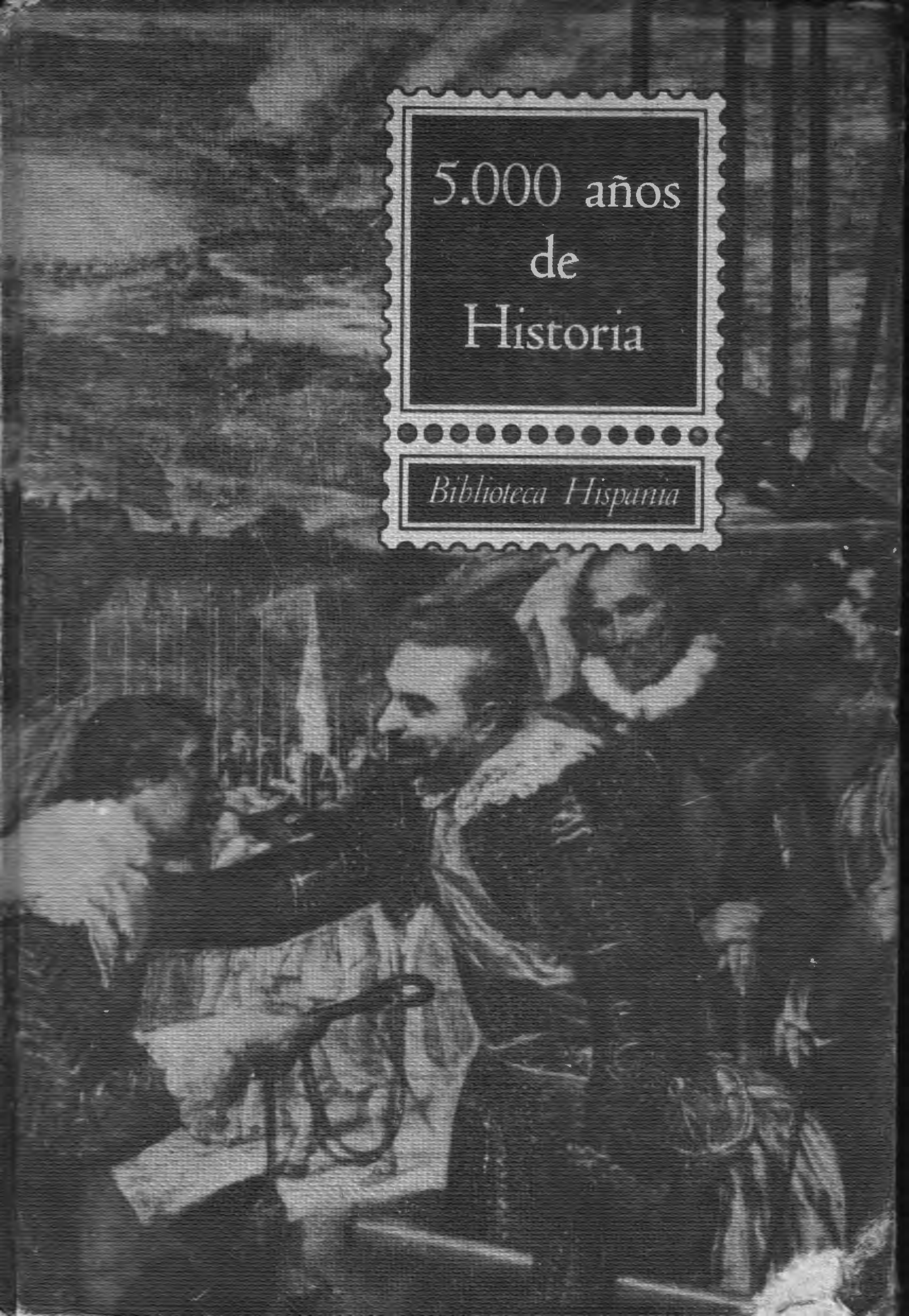
5.000 años de Historia

Biblioteca Hispania



5.000 años de Historia

Biblioteca Hispania

5.000 años de Historia

María Roselló Mora

133 dibujos
349 fotografías
8 láminas color

EDITORIAL RAMON SOPENA, S.A.
PROVENZA, 95 BARCELONA

Depósito Legal B. 29.142-65. N.° R.° 71-1966
Gráficas Ramón Sopena, S. A. (10.372)
Barcelona - 1966
Impreso en España - *Printed in Spain*

Prólogo

La moderna Pedagogía, al desprestigiar el memorismo por anticuado y rutinario, ha desvalorizado el poder nemotécnico de los números y la fuerza de las fechas como memorándum de los hechos históricos.

Hasta hace poco, por ejemplo, la cifra 1492 era un impacto en la mente que inexorablemente recordaba el año del descubrimiento de América. Pero hoy día, para muchos estudiantes por lo menos, los números ya no les dicen nada. Y no es porque ignoren que en 1492 se descubrió América, sino porque no se ha dado la suficiente importancia a la fecha y se la ha pospuesto a cualquier otro conocimiento. En cambio, antes, parecía que todo hecho histórico iba engarzado en una fecha y se daba tanta importancia al uno como a la otra. Indudablemente, este sistema de aprendizaje de la historia parece más lógico y preferible siempre que no se lleve a extremos absurdos y se sepa valorar la importancia histórica de un hecho, puesto que una batalla, una revolución o un cambio de régimen político, no tienen más importancia en sí que la que tengan en la época en que se realizaron, y esta circunstancia temporal sea posiblemente tan esencial, permítaseme la paradoja, como los personajes que intervinieron. De ninguna manera, pues, podemos considerar las fechas como una rémora que irremediable e infaliblemente ha de arrastrar la historia, y que conviene olvidar.

En el libro que tienes en las manos, lector, se ha vuelto por los antiguos fueros, y dejando a un lado el clásico sistema de estudiar los hechos enlazados entre sí dentro del Estado o nación donde se realizaron, se van desgranando lentamente los años y dentro de ellos se cuentan los hechos que la historia nos ha legado.

Este sistema tiene dos ventajas importantes. La primera el ver cómo, a merced que se avanza en el tiempo, el consorcio de las naciones se amplía, y cómo el escenario es cada vez más grande y hasta los intereses que mueven a los hombres; pues si antes se luchaba por una ciudad, luego por el dominio de una región y más tarde por la hegemonía en Europa, ya se entrevé el deseo de dominar el Espacio después de haber pasado por la etapa de querer dominar la Tierra.

La otra ventaja es la de lograr mayor imparcialidad. La pasión es el cáncer de la historia, y no parece cercano el día en que desaparezca este mal endémico. Por eso, el presentar una historia en que los vencidos no sean humillados, es un gran mérito. Debemos desechar ya aquel prejuicio medieval según el cual en las guerras como en los torneos y juicios de Dios, la justicia y la virtud están de parte de los vencedores. No cabe duda que así debe ser, pero parece pueril deducir que una persona o un ejército, por el hecho de ser más débil y perder la batalla, ha de ser, sin otra razón que lo justifique, injusto, avasallador o tirano.

En 5.000 AÑOS DE HISTORIA se ha procurado buscar en todo momento la máxima imparcialidad, que se ve favorecida por el hecho de resaltar la fecha y la acción en sí, dejando a un lado los partidos y las nacionalidades. Los personajes históricos son, sobre todo, actores de una época que representan una escena digna de pasar a la historia. El juzgar su actuación le corresponde al lector.

Esta imparcialidad lograda en 5.000 AÑOS DE HISTORIA es de tal importancia, y lo hacemos resaltar así, que creemos que ello sólo basta para enaltecer un libro.

Y con esto lo dejamos en tus manos, lector. Puedes tranquilamente emprender este viaje a través del tiempo, seguro que encontrarás sorpresas y conocimientos insospechados.

A GUISA DE PERFIL HISTÓRICO

La evolución espiritual es la característica predominante de la historia de la Humanidad en su época antigua. Únicamente los judíos, monoteístas, son una excepción del esfuerzo de los pueblos para acercarse a un concepto cada vez más espiritualista del universo, lo que les dio, no una unidad religiosa, pero sí ciertas características y analogías que hicieron posibles el espiritualismo de Buda, Zoroastro, Lao-Tsé y Platón. La noción panteísta del mundo se tradujo en un politeísmo religioso que permitió la compenetración de las religiones más diversas, evitando los conflictos bélicos. Ningún conflicto armado de la antigüedad se desencadenó por motivos religiosos, como tampoco hubo persecuciones de tal índole, a excepción hecha de los judíos, único pueblo monoteísta e intransigente, a la par que incomprendido por todos los demás pueblos antiguos, que sólo vieron en ellos a enemigos de sus dioses y de la humanidad.

En dos grupos pueden clasificarse las religiones panteístas de la antigüedad. Los pueblos mediterráneos, caracterizados por la existencia del culto agrario, que les dio la noción de una supervivencia y de una moral que se les aseguraba; así nacieron los misterios, verdaderas religiones de salvación. Los pueblos asiáticos se caracterizaron porque no llegaron a hacer de la inmortalidad del alma y de su salvación el objetivo de sus doctrinas.

Esta dualidad dentro del panteísmo rompió la unidad del sentimiento religioso de los pueblos de la antigüedad. Los pueblos orientales, preocupados por la salvación del alma individual, se acercaron al monoteísmo judío y fueron absorbidos prontamente por el cristianismo, que puso fin a la solidaridad de los pueblos mediterráneos, dada a conocer a través de las grandes corrientes espirituales, cuya última manifestación fue la aparición del monarquismo místico, nacido entre los egipcios y budistas. En el siglo VII los pueblos de Asia, atraídos a su vez por el monoteísmo, se adhirieron al Islam, que se afirmó a partir de entonces por todo el Mediterráneo, siendo uno de los hechos más relevantes de la Historia, que estabilizó la humanidad en dos mundos impenetrables, incapaces de comprenderse. A la filosofía de los cultos panteístas, las religiones monoteístas oponían unas doctrinas rigurosamente establecidas, con la fuerza intransigente de la verdad,

que se oponía no sólo a las religiones paganas sino que las hacía chocar entre sí.

No obstante, las tres religiones monoteístas, judaísmo, cristianismo e Islam, tuvieron ciertos elementos comunes; eran religiones reveladas, que basadas en la directa inspiración del Creador despreciaban a los paganos, porque sólo ellas poseían la Verdad. Y esta Verdad fue la que las enfrentó en irreconciliable oposición. La religión monoteísta es una religión de salvación; asegura la vida eterna por la práctica de la moral revelada y de la constante adaptación a la voluntad divina. Por esto, la conciencia individual es de primordial importancia y de ahí el carácter individualista de los creyentes monoteístas. Pues, si por un lado la conciencia individual era la que regía la actividad de cada uno, las reglas de la moral impuestas por la revelación limitaban esta libertad; de esta forma se conjugaron la libertad individual y el respeto a la autoridad.

Los panteístas atribuían a la autoridad un carácter divino, así se explica el culto a los soberanos como instrumento de la divinidad. Por el contrario, para los monoteístas no existía más autoridad que la de Dios, revelada a su «pueblo», a su iglesia, a su jefe. Esta excepción permitió al cristianismo y al islamismo constituir una verdadera unidad por encima de las divisiones políticas, de las razas, de las nacionalidades y condiciones sociales.

El aspecto de comunidad, de iglesia, fue característico del cristianismo desde sus primeros tiempos. Dentro de esta comunidad los cristianos elegían a sus obispos, en quienes delegaban el poder legislativo de sus diócesis, y sólo se transfirió este poder al Papa en 1871.

La democracia de las ciudades griegas se extendió así durante los primeros siglos de la Iglesia, y al margen del autoritarismo del Imperio romano, a toda la cristiandad.

En el transcurso de los tiempos la organización temporal de la Iglesia sufrió modificaciones. Ya no fueron los fieles quienes elegían a los obispos, sino un cabildo de canónigos primeramente, y el Papa o los soberanos, más tarde; pero así y todo, a través de toda la Edad Media continuó conservando sus caracteres democrático-individualistas. Luego, la evolución de carácter autoritario, que culminó en la gran crisis de la Reforma, puso fin a la unidad del mundo cristiano.

La concepción monoteísta señaló en la Historia una etapa decisiva. Todos los aspectos de la vida quedaron sometidos al sentimiento religioso, característica esencial de la Edad Media. Desde el siglo IV el Imperio romano se convirtió en un imperio cristiano y se enseñoreó en todo el Mediterráneo, hasta que en el siglo VII el islamismo vino a alterar el equilibrio europeo. Era la primera vez en la Historia que las conquistas de un pueblo obedecían no a aspiraciones políticas o económicas, sino religiosas. En dos siglos el Islam se extendió por todo el Mediterráneo, desde Constantinopla a los Pirineos; y en Asia, atravesando Persia, se extendía hasta los desiertos del Turquestán y la India.

Los musulmanes respetaron las poblaciones cristianas y judías, hijas de la fe; en cambio, los paganos, a quienes no les unía directamente ninguna revelación, fueron aplastados violentamente.

Sin embargo, el espiritualismo de la civilización clásica continuó influyendo sobre el cristianismo y el Islam a pesar de la ruptura entre panteístas y monoteístas. San Agustín en el siglo V introdujo en las escuelas cristianas los escritores clásicos de Grecia y Roma. La Iglesia adaptó el platonismo al dogma cristiano hasta que fue sustituido por el aristotelismo (siglo XII). De igual forma el Islam se asimiló la filosofía y ciencia helénicas, combinándolas con la poesía y arte de Persia.

Asociados así, bajo los mismos principios de cultura, cristianos y musulmanes formaron, sin embargo, mundos hostiles. El cristianismo fue rechazado hacia las costas septentrionales del Mediterráneo, mientras que el Islam, dueño del Asia Anterior, de las costas africanas y de España, dominaba la navegación del Mediterráneo. Los musulmanes extendieron progresivamente su poderío hasta las islas de la Sonda, implantando en todas partes el culto monoteísta. En la India, la reacción nacional frente al Islam infundió nueva vida al budismo, que, nacido en la India, se convirtió en la religión dominante de China.

A pesar de la difusión del nestorianismo en los grandes centros urbanos de China y del Asia central en los siglos VII al XIV, China y Japón continuarían impenetrables al monoteísmo, de lo que se derivaría un total aislamiento del resto del mundo, circunstancia básica en la evolución de la humanidad.

El mundo del Islam, heredero de la civilización grecolatina y persa, dominó el mar Mediterráneo, el Rojo y el Índico. En sus Universidades la cultura adquirió un prestigioso adelanto, y su mundo ostentó una indiscutible primacía económica. Por el Islam, por la escisión que representó en la unidad religiosa del Mediterráneo, surgió la nación de Europa.

Después del período de estatismo del Bajo Imperio romano, la decadencia del Imperio siguió dos directrices. En las regiones relacionadas con el mar, subsistió una civilización urbana; en cambio, aquellas otras más alejadas e incomunicadas, se encerraron en sí mismas, divididas en grandes dominios señoriales. En este mundo, vuelto a un estado político, económico y social primitivos, la vida se refugió en los templos y en los monasterios. La escisión del Imperio romano provocó también la de la cristiandad, que se vio desgajada en la Iglesia ortodoxa, cuyo jefe fue el patriarca de Constantinopla, y la católica que continuó bajo la obediencia de Roma.

El Imperio romano en franca descomposición política y social fue sustituido por el mundo del Islam, que se estableció a lo largo de toda la costa mediterránea y en el golfo Pérsico. Bagdad pasó a ser una de las unidades más importantes como clave del tráfico internacional, y España conocía un renacer y esplendor en su civilización como nunca había alcanzado. Así es que con la caída del Imperio romano no se estancó la civilización, lo que hizo fue desplazarse y hallarse representada por el mundo árabe y el bizantino, que se mantenía como gran centro económico marítimo.

Entre tanto, el occidente de Europa se encerraba en un tipo de vida impuesto por la tierra. Privado de relaciones internacionales, sin

comercio y sin burguesía, desarrollaba una organización social terrateniente y militar, un tipo de sociedad feudal a cuyas órdenes estaba un contingente de población campesina semiesclava. Este régimen imperó en la Europa occidental de los siglos VII al XI. Desapareció la propiedad individual, porque los propietarios, preocupados por su seguridad, ya que la civilización territorial tiene su base en el grupo, al que se subordina por completo el individuo, entregaron sus tierras a los señores, para volver a tomarlas en régimen de dependencia.

El imperio franco fue el Estado de más empuje en el occidente europeo y el que inició la conquista de los pueblos semibárbaros de las llanuras centroeuropeas, imponiéndoles su organización social y la religión católica. En estos territorios, sometidos al regimen feudal, la guerra hacía estragos y elevaba al más poderoso de los príncipes que aparecía como el primero de todos ellos con categoría dinástica. El país, pues, quedó dividido en grandes latifundios dependientes de una nobleza militar o de poderosas comunidades religiosas.

Entre tanto, la civilización individualista, liberal, de los países marítimos, hacía progresar las relaciones internacionales, que sólo habrían de verse interrumpidas, en el siglo XIV, por las invasiones de los turcos que lograron desplazar el centro de la civilización marítima del Este hacia el Oeste. El Occidente, hasta entonces territorial y señorial, se volvió hacia el mar, como consecuencia de la ruina de los mundos bizantino e islámico, para desarrollar un sistema de economía urbana que haría posible la creación de monarquías en España, Francia e Inglaterra, que en adelante ocuparían el plano político.

El origen del impulso que tomó el occidente europeo hay que buscarlo en el desarrollo de las ciudades mercantiles, habitadas por una población burguesa, libre y dueña de sus actos. Al lado de estas ciudades crecieron también los dominios señoriales, en donde el estatuto social aparece fijado por las relaciones del hombre con la tierra. La centralización de estos territorios la ejercían ciudades militares, residencias reales o principescas, o centros religiosos, es decir, aglomeraciones urbanas, características de todas las civilizaciones señoriales.

En las ciudades mercantiles el comercio hizo surgir una población rural libre y una clase burguesa instruida y emprendedora, gran sostén de la monarquía. Sólo las grandes ciudades de Italia medieval, como antaño las de Grecia, convertidas en repúblicas autónomas, obstaculizaron la formación de estados territoriales. Pero lo característico de la Edad Media fue la reconstitución del poder monárquico paralelamente al progreso de la vida económica, a la emancipación individual y al renacimiento intelectual. La vida económica internacional aparece dominada por las ciudades; al desarrollarse la economía se origina una progresiva concentración de los medios de producción y de intercambio, y un robustecimiento del poder monárquico, que se afirma por los medios financieros que las ciudades ponen a su alcance, cuyo auge desborda pronto el marco urbano para trasladarse a la esfera nacional.

Esta evolución se traduce en una concentración paralela del poder político y del capital en el transcurso de la cual desaparecen las viejas

instituciones feudoseñoriales para instaurar el estatuto de la libertad, privilegio del que hasta entonces sólo gozaban las burguesías urbanas.

Por todos estos factores, al alborear el siglo XIII asistimos en Occidente al triunfo del individualismo político, intelectual y social. El hombre medieval concebía la vida únicamente dentro del marco social del grupo y de la jerarquía de clases, sistemas que habían llevado al estancamiento económico e intelectual y tenía un concepto conformista del mundo, pues para el hombre medieval todo lo que acaecía era manifestación de la voluntad divina. Sin embargo, el régimen señorial, típico del Medievo, dejó abierto un camino en el juego de las potencias superiores que ataban al hombre: la moral cristiana. Ésta, fundamentada en la responsabilidad individual, fue la puerta de escape por la que la concepción personalista tomó vivencia de realidad, salvando a la personalidad humana, porque la búsqueda de Dios supone un camino necesariamente individual. El movimiento místico que promovió la Reforma fue uno de los primeros síntomas del renacimiento espiritual, una de cuyas primeras manifestaciones se reveló en el aspecto artístico, y, cuando en los últimos siglos de la Edad Media el comercio marítimo hizo florecer las burguesías urbanas con la consiguiente liberación social, este renacimiento repercutió también en el campo de la libertad individual. Consecuencia inmediata de ello fue que la familia perdió la estructura característica que había conservado durante la Edad Media, en la que el padre era la autoridad máxima, y como consecuencia de la emancipación de los diversos miembros de la célula familiar se fueron alcanzando progresivas mejoras en el campo científico y cultural.

Hecho inmediato a la concepción individualista del hombre es el reconocimiento de su personalidad jurídica, por eso asistimos, ya en los siglos que preceden al Renacimiento, a un acercamiento al Derecho romano, con el consiguiente retorno a la antigüedad. En todo el Occidente van borrándose las concepciones sociales de la época feudoseñorial en provecho de la política monárquica, que en el siglo XIV —triunfante en casi todos los países, aun a costa de tremendas crisis políticas, sociales y religiosas— rechaza la omnipotencia que la Santa Sede había venido ejerciendo durante la Edad Media.

La emancipación de la personalidad humana se tradujo en un avance intelectual. Ya a partir del siglo XI que representa el comienzo del desarrollo urbano, asistimos a un acercamiento del occidente europeo a las formas de pensar propias de la antigüedad clásica. A través de árabes y judíos el pensamiento antiguo aparece en Europa. En la Sorbona el aristotelismo hizo florecer la escolástica e introdujo los comienzos del método experimental, avances intelectuales que harían posible, más adelante, la gran corriente intelectual y artística que al margen de la Universidad proclamaría el progreso de la humanidad.

Realmente, fuera ya del marco universitario, el despertar artístico-literario que supone la primera mitad del cuatrocientos, por sí solo significa una nueva época, que rompe con el misticismo medieval. Las esculturas de Donatello abandonan la rigidez para adquirir la vida y

la diversidad de expresión del retrato; de la misma manera el arte de Brunelleschi presupone también una revolución. En el campo de la filosofía, el impulso renovador no fue menos intenso; el idealismo platónico despertó un enorme interés, y, como la caída de Bizancio llevó a Italia a muchos eruditos griegos, el Occidente vio abrirse ante sí un horizonte inmenso al que la antigüedad se había acercado mucho, pero del que se había perdido casi hasta el recuerdo. El punto de vista científico triunfa por doquier y corre parejas con el intenso estudio de las lenguas arcaicas para poderse aplicar intensamente a la investigación del pasado; la especulación, libre de todo dogma se impone también, dando así comienzo a la ciencia experimental. *El Príncipe*, de Maquiavelo, representa la ambiciosa síntesis del hombre renacentista, deseoso de librarse de toda regla moral, creador de Estados, con conciencia política y plenamente individualizado en cuanto a su personalidad y actividad mental.

Esta concepción de la personalidad humana por encima de todo, tuvo su repercusión en las actividades económicas e industriales. El espíritu corporativo y gremial sufre en las postrimerías de la Edad Media una amplia transformación; el amor al lucro y a los goces terrenales, es decir, la liberación espiritual del hombre, hicieron aparecer el deseo de grandes empresas. Las ciudades, formadas por comerciantes y artesanos, habían sido durante la época feudal verdaderos centros conservadores del individualismo, pues la burguesía del Medievo, con espíritu eminentemente libre, fundaba la valía del hombre en su prestigio personal prescindiendo de la nobleza de cuna. Sin embargo, estos negociantes y mercaderes rigurosamente ceñidos a la moral católica, consideraban abusiva toda ganancia que excediera en mucho a las necesidades de una familia. Pero desde el siglo XII la exportación había provocado en Italia y Flandes la creación de grandes fortunas que fueron el origen del capitalismo que se adueñó del gobierno de las ciudades y trasladó la economía de la esfera urbana a la nacional, sistema totalmente nuevo en la mentalidad económica de Occidente. La economía cerrada, típica del sistema señorial, quedó abolida por el auge del intercambio comercial en el siglo XV; la agrupación de siervos bajo la autoridad del señor dejó paso a las corporaciones libres de artesanos; pero los pequeños menestrales, que trabajaban los productos facilitados por los grandes comerciantes, quedaron en una situación relevantemente inferior, engendrando una clase social descontenta y ávida de poder que preparó las diversas convulsiones de tipo social. Si, en rigor, no podemos en el siglo XV hablar aún de auténtico capitalismo, sí que hacen su aparición todas las premisas que le harán triunfar plenamente en el siglo XVIII y cambiar por completo el equilibrio mundial.

El empuje económico suscitó importantes cambios en el agro europeo. La afluencia de capital, que hizo engrandecer los negocios, también hizo que las ciudades resultaran ya un marco estrecho para ellos y por eso la industria empezó a instalarse en el campo, en donde era fácil hallar una mano de obra industrial campesina, que, por encima de todo, resultaba barata. Por ejemplo, la industria de la tela

en Flandes fue exclusivamente rural. El traslado del negocio al campo produjo efectos distintos en los Estados. Vemos cómo en Florencia provocó la abolición total de la servidumbre de la gleba en 1415 y cómo, poco después, los Países Bajos seguían también su ejemplo. Pero, por otra parte, la progresiva demanda de productos del campo suscitó en muchos sitios una reacción contraria; tenemos el caso de Polonia que de 1413 a 1501 tuvo una nueva adscripción de los campesinos a la gleba.

El comercio, lo mismo que la industria, tiende a liberarse de sus antiguas lindes; surgen nuevos focos que, como Amberes, trasladan hacia el Atlántico el centro de los negocios, suplantando a Venecia, como en la antigüedad Antioquía y Rodas habían suplantado a Tiro y Atenas. Este desbordamiento de la economía halla su cauce en los grandes descubrimientos con nuevas rutas para el tráfico, que amplían la economía capitalista en forma que transforma el equilibrio mundial.

A fines del siglo XV eran sin duda las monarquías asiáticas los Estados más poderosos del mundo. La India, China, Persia y el colosal imperio del Islam gozaban de una vida intelectual y de un prestigio económico mucho mayores que los de Europa; pero este continente, aun en inferioridad de condiciones, sobrepasó en mucho a la importancia de aquellos grandes imperios, y todo gracias al individualismo que había de conducir a la senda de los descubrimientos técnicos que hicieron posible la conquista de todos los mares del mundo. Las victorias marítimas de españoles y portugueses convirtieron el Atlántico en un mar interior: la civilización se trasladó a América y las costas africanas se colmaron de factorías comerciales. El lugar que musulmanes y bizantinos habían ocupado en la Historia, pasaba a la Europa occidental, que aprendería a organizar su vida internacionalmente, estableciendo unas reglas que defendieran los derechos del hombre más allá de las fronteras de su nación. Los usos y costumbres de Barcelona codificados en el *Consulat de Mar* (s. XIV), fueron imitados sucesivamente por todos los países, porque la seguridad es elemento esencial para todo comercio.

Vemos, pues, cómo el principio individualista se impuso en la vida económica, social y familiar; evolución que acompañada de igual impulso intelectual constituye un verdadero renacimiento de la civilización.

Corriendo parejas con esta expansión marítima de los pueblos continentales, en Rusia se formaba un gran estado continental en torno a Moscú, que en oposición al Occidente había permanecido como estado señorial. El príncipe de Moscú no se apoyaba en el capitalismo, sino que el sostenimiento de su poder estaba garantizado por la nobleza terrateniente, dotada de feudos y con la población reducida a la servidumbre. Como los estados continentales, Rusia se dispuso a emprender una política imperialista territorial, y en menos de un siglo logró anexionarse el norte de Asia y llevar sus fronteras hasta el océano Pacífico.

Empezaban a vislumbrarse dos mundos antagónicos: el imperio marítimo de las naciones individualistas y el inmenso estado terrate-

niente de Rusia. Los países centroeuropeos, entre estos dos mundos, no participaron en la extensión marítima de Occidente ni en la territorial de Rusia, sino que continuaban aislados en un régimen señorial.

Esta era de expansión iniciada en el siglo XVI condujo a un fortalecimiento en toda Europa de la autoridad monárquica, orientada hacia el absolutismo, que chocó ya con las tradiciones del pasado en los países señoriales, ya con el liberalismo, fuerza naciente de los países marítimos. La lucha entre el autoritarismo y el liberalismo caracteriza la historia de Europa desde el siglo XVI al XIX. La importancia que va adquiriendo el comercio internacional se refleja en el progresivo desarrollo del capitalismo, en la formación de los grandes imperios coloniales y en el fortalecimiento del principio de la autoridad, que corrió parejas, lógicamente, con la concentración del capital.

Por otro lado, el capitalismo al favorecer la iniciativa privada y destacar a la burguesía, favoreció también la libertad individual, haciendo surgir la noción de libertad ciudadana, pronto llevada al plano nacional. Esta tendencia al individualismo, que nace primeramente en los Países Bajos, Francia e Inglaterra, revela lo que más tarde será el «liberalismo». El Renacimiento, al lado del humanismo, no vaciló en emprender los caminos del racionalismo reclamando una libertad de pensamiento que rechazó el dogma y negó la existencia de Dios. Dos tendencias dominaban, pues, al mundo: el principio de autoridad y el individualismo liberal, principios opuestos que desembocaron en la crisis del siglo XVI, ya que el imperio que había intentado levantar Carlos V, fracasó ligado al universalismo católico, y quedó destruida la unidad del cristianismo, reducido al papel de religión del Estado.

Las tendencias de autoridad y libertad, al no estar suficientemente equilibradas, vigorizaron progresivamente el absolutismo, que lanzó a los Estados a una interminable serie de luchas dinásticas. El autoritarismo en la Europa continental tuvo distinto desarrollo pues no tropezó con la oposición del liberalismo económico-político, sino con la nobleza feudal y señorial, contra la que la monarquía hubo de defender sus prerrogativas, incrementando la riqueza de sus estados mediante el trabajo libre.

En Inglaterra, en cambio, donde el régimen parlamentario había logrado el equilibrio, hubo un normal desarrollo de la política en interés del Estado y de los ingleses, lo que permitió a la nación el dominio de los mares y de la hegemonía mundial. Cuanto más cercano está el mar, mayor es la influencia del liberalismo, y cuanto más nos adentramos en el continente más pujanza tiene el autoritarismo.

Esta lucha entre los principios de autoridad y libertad inaugurada en el siglo XVI proseguiría durante tres siglos en una serie de conflictos que recordarían los siglos de guerras que dieron el triunfo a Roma. Monarquías tan poderosas como España, en el siglo XVII, quisieron reforzar más su autoridad con un régimen de estatismo, lo que les llevó a una irremediable decadencia. En cambio las Provincias Unidas, como Rodas en la antigüedad, cuya vida aparece dominada por el liberalismo, se afirmaron como primeras potencias bancarias de Europa. Como en los países costeros del Mediterráneo oriental en la

antigüedad, en los siglos XVII y XVIII se experimentó un considerable desarrollo de las ciudades, expansión del capitalismo e importancia creciente de bancos y compañías financieras para explotar minas o para fundar colonias. Por todas partes el pueblo se emancipa y la propiedad territorial se concentra en manos de capitalistas. Las grandes alianzas financieras que constituyeron las compañías coloniales del siglo XVIII provocaron pronto especulaciones y quiebras resonantes.

Esta organización de una economía universal va acompañada de un movimiento internacional del pensamiento. Se abandonan las especulaciones metafísicas, y la filosofía y la moral se fundan en la confianza en el progreso, de ahí que se defiendan los derechos humanos y que políticamente se tienda hacia una concepción democrática de los Estados, lo que llevó a Francia a la *Declaración de los Derechos del Hombre*. A pesar de las guerras, el intercambio científico entre los países fue una realidad que se vio favorecida por la libertad de conciencia y de pensamiento. La literatura adoptó un aspecto más realista con la comedia de costumbres, la novela, la historia y las obras didácticas.

En todos los planos se ensanchó el cauce por donde discurre la actividad humana, y las ciencias, la literatura y el arte adquirieron un carácter universal. Pero el mismo movimiento que en el plano de las ideas provocó el acercamiento de los hombres de todos los países y civilizaciones, convirtiéndose en factor de comprensión y paz, en la esfera político-económica desencadenó profundos conflictos que habrían de modificar la estructura del mundo. En los siglos XVII y XVIII Francia trató de asegurarse la prioridad en los mares (guerra de Devolución y guerra de Holanda). E igualmente la guerra de Sucesión de España fue una tentativa para imponer al mundo la hegemonía de los Borbones.

Característica de estos tiempos fueron las grandes coaliciones, que agrupaban a todas las potencias solidarias unas de otras, pues cualquier ruptura de equilibrio lanzaba a Europa a una conflagración general. En todas estas contiendas Inglaterra y las Provincias Unidas perseguían objetivos marítimos; Austria, territoriales, y Francia, por el contrario, luchaba en ambos frentes, marítimo y continental, lo que le obligó a una política fluctuante y hasta, a veces, incoherente.

En esta lucha del mar contra el continente triunfó el mar, como en tiempos lejanos, Roma triunfara contra el inmenso imperio asiático de Antioco III. Esta victoria trajo la supremacía económica y financiera a Inglaterra, que, dueña del Atlántico, fue el país exponente de las ideas del liberalismo político y el que permitió que aquel océano se abriera a la civilización occidental. Los países europeos se instalan en las costas de América, trasladando allí su civilización y religión. De la misma manera que en la antigüedad el Mediterráneo fue el nexo que infundió unidad a la civilización helenística, el Atlántico sirvió de marco a la civilización occidental. Esta civilización, que empezó a tomar su forma en el siglo XVIII, adquiriría su plena significación en el siglo XX con la reagrupación de los pueblos de los países marítimos en torno al océano Atlántico y los continentales en torno a Rusia por una parte y a China por la otra. Pero en el período de los siglos XVII

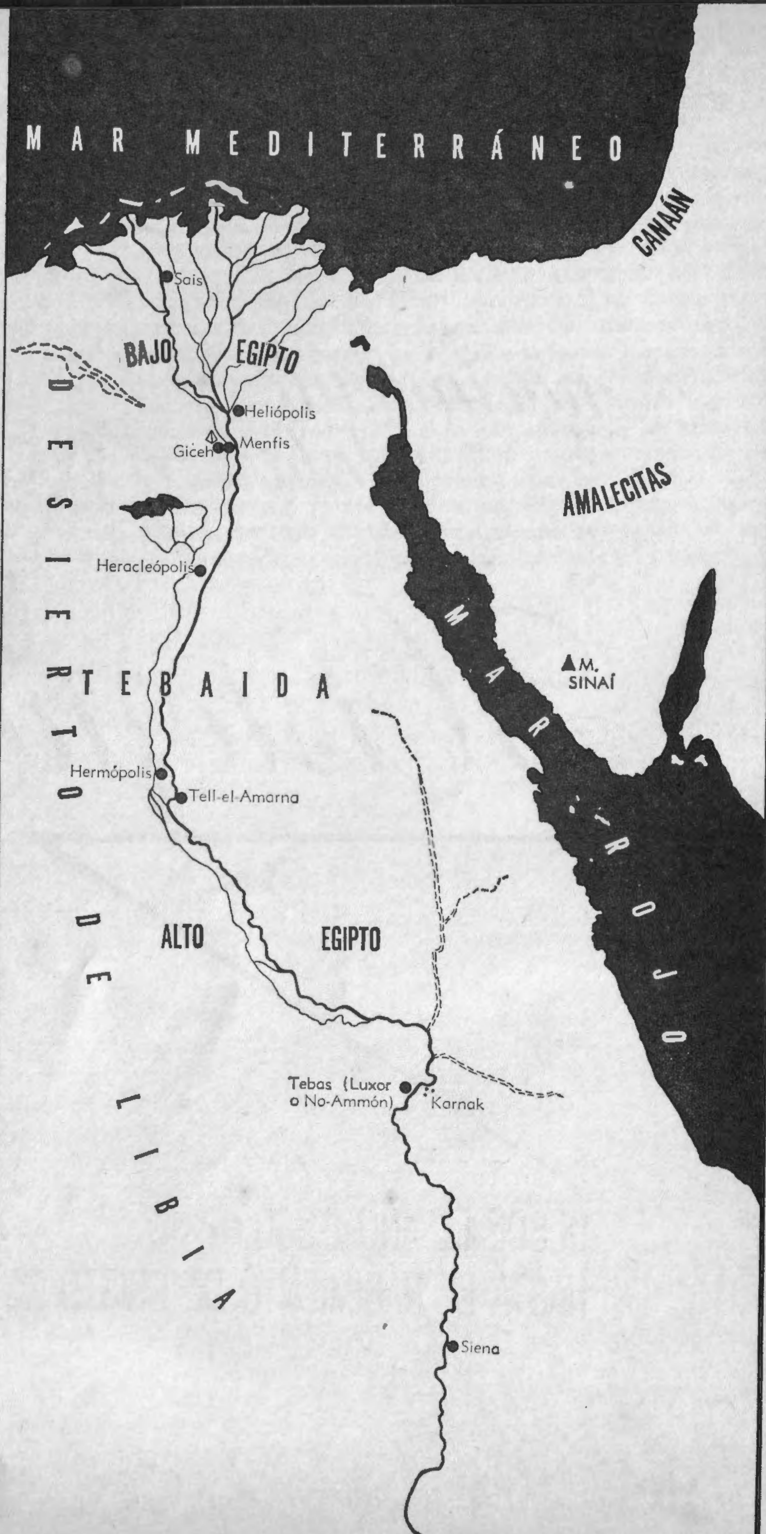
y XVIII al XX, sobrevino un período de crisis, que culminó con la Revolución francesa, de disturbios políticos y económicos y de convulsiones sociales, que dolorosamente prepararon un mundo nuevo. Se avecinaba la gran conmoción de 1848 en la que, momentáneamente aliadas, chocarían las ideas liberales, nacionalistas y democráticas. Había surgido en el campo obrero la semilla revolucionaria que germinó cuando apareció en Londres (1847) el *Manifiesto Comunista*, de Carlos Marx. Alejado de las ideas individualistas y liberales de Occidente y del nacionalismo alemán, Marx convocó a los obreros de todos los países a la lucha de clases, encauzando los ideales comunistas. Presentó al proletariado como encarnación de la sociedad y como el único elemento capaz de llevar a cabo el desarrollo de la humanidad. A los principios individualistas de la sociedad occidental, Marx oponía una organización comunista, la libertad absoluta del grupo sobre el individuo, la dictadura de una clase frente al gobierno de la nación por sí misma.

Cuando después de 1850 triunfó el liberalismo económico, el marxismo había ya sembrado su semilla, que germinaría en el siglo XX.



nacimiento de la Historia

DESDE EL AÑO 3.500
HASTA EL NACIMIENTO DE CRISTO



3.50
(a. J.

La unificación de Egipto. Egipto es una tierra completamente distinta a las restantes del orbe. Un país sin lluvias, estrechamente confinado a las riberas del Nilo; un país de contrastes entre las fértiles tierras negras de sus orillas y las rojas de sus desiertos, cuyo extremo marca el límite a que pueden llegar las aguas del Nilo. En los valles próximos al río se percibe el bullicio y fecundidad de la vida, pero al extender la vista a las colinas de piedra arenisca se nos ofrece un país desolado en el que todo germen de vida es imposible.

No es éste el único contraste. El antiguo egipcio nombraba a su país como el de «Las Dos Tierras», que expresaba la realidad geográfica de dos regiones dispares. Al Sur, la larga y estrecha cuña del Alto Egipto, siempre al alcance del Nilo; al Norte, el ancho delta del Bajo Egipto, con amplias extensiones y llanuras que se pierden de vista.

En este país, fértil e inhóspito, se desarrolló la cuna de nuestra civilización. Allí el primitivo egipcio, que perpetuó sus recuerdos por medio de una escritura pictográfica, origen de la geroglífica posterior, funda los rudimentos de un Estado y de un sistema religioso base del gran desarrollo que luego tuvo lugar.

Encontramos allí al hombre que no ha introducido aún los sistemas de riego, concentrado en las márgenes del río, vinculado a sus pequeños campos, condicionada su manera de vivir a la periodicidad de las inundaciones del Nilo, que puntual a su cita, realiza su trabajo vivificador, mientras sus botes recorren el Nilo y se adentran en el *Gran Mar Verde.* Este hombre, físicamente, no era un gigante; delgado, robusto, con la cabeza alargada y la cara oval. Sus vestiduras eran de lino y se pintaba los ojos, preferentemente de verde. La primitiva cabaña se había sustituido por una casa rectangular de adobes.

Vivía agrupado en demarcaciones llamadas *spat,* algo así como el *nomo* griego, cada una de las cuales poseía su capital, *nut,* que era a la vez la fortaleza donde se levantaba el palacio del monarca y el santuario del dios.

Así encontramos establecidos a lo largo del Nilo los diversos nomos que en la época inmediata a la «unificación» se habían enriquecido por el comercio en el Mediterráneo. Fruto de esta actividad comercial fue el engrandecimiento de varias ciudades del delta, tales como Sais, Buto y Letópolis, centro, esta última, del famoso santuario de Hierápolis. Los reyes de la ciudad de Buto dictaron una serie de principios que señalaron la partida de la evolución egipcia.

En el alto valle del Nilo, donde la nobleza señorial era muy poderosa, porque ejercía su poder en la ruta del oro de Nubia, se habían establecido mercaderes del Norte que apoyaron la formación de una monarquía unificada, primero en Koptos y luego en Nekheh. Estos monarcas apoyaron a los del delta cuando éstos se vieron amenazados por invasiones asiáticas y el país caía en manos extranjeras. Es entonces cuando el mitológico rey Menes une «Las Dos Tierras», la «corona blanca» del Sur y la «corona roja» del Norte; apoya a los monarcas del delta, pero al mismo tiempo se constituye en su conquistador. Como tal aparece en el santuario de Horus.

Podrían haber sucedido así los hechos, pero de Menes no sabemos si fue una figura histórica o el fruto de leyendas posteriores, como tampoco sabemos si la unificación fue el producto de un solo hombre o del esfuerzo de varias generaciones.

El rey así instituido desempeñaba un papel difícil. Afirmaba que él, *faraón,* era de naturaleza distinta a la humana, era un dios que gobernaba a los hombres. De ello tendría que apoyarse la doctrina central egipcia. Una vez lograda la aceptación de esta creencia, sobrevendría la verdadera «unificación», y habremos de llegar a la tercera o cuarta dinastía para que el Estado se muestre de una manera verdaderamente egipcia.

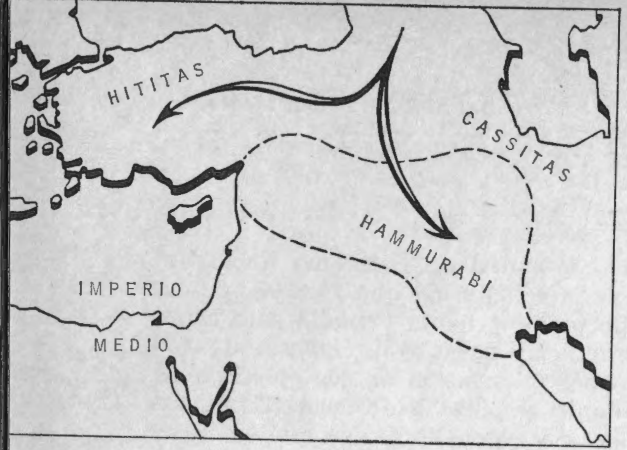


1.950
(a. J. C.)

Código de Hammurabi. La ciudad de Babilonia había desempeñado, hasta el momento histórico que nos ocupa, un papel no demasiado importante, y había brillado sólo como sede de un gobierno provincial durante el imperio de Ur. Cuando éste desapareció por la invasión de los ejércitos de la ciudad de Mari, Babilonia empieza a destacar. Los invasores no fueron bárbaros como los cassitas, sino que se incorporaron a la cultura sumerioacadia y quisieron restablecer la unidad del imperio de Ur, beneficiando con ello, sin embargo, el norte del país de donde ellos procedían. Entonces es cuando se originó una lucha entre las ciudades amoritas de Lasa, Isin y Babilonia, que se disputaron el poder. Al mismo tiempo, la corte elamita de Susa protegió a la decadente Sumer, que había sido el gran centro de la civilización sumerioacadia, ante el auge que iba adquiriendo la ciudad de Babilonia. Ésta había alcanzado un gran desarrollo económico, con su rey Hammurabi, gracias a los sistemas de riego practicados en las riberas del golfo Pérsico. En la lucha por el poder parecía inclinarse la victoria por el monarca Rimsin, soberano de Lasa, pero Babilonia, con su rey Hammurabi, fue la llamada a continuar la tradición histórica de la civilización mesopotámica, realizando una obra inmensa de unificación.

Hammurabi consagró su largo reinado (2003-1916? a. de J. C.) a obras de paz para eternizar su memoria y la de los dioses, de quienes recibía su poder. Es interesante considerar este carácter divino que adquirió la monarquía, del que hasta entonces había carecido, porque con su poder absolutista se libraría de la tutela del dios Enlil, de Nipur, para implantar el culto de la divinidad popular de Babilonia, Marduk. Esta centralización del poder real, al propio tiempo que la sincretización del culto, es lo que justificó el poder del rey como derivado del dios y lo que le permitió llevar a cabo la verdadera unificación del país.

Hammurabi estableció el acadio como lengua oficial del país y el sumerio quedó relegado a lengua del culto. Dictó las mismas leyes para el Norte que para el Sur, abolió la esclavitud y efectuó el reparto de tierras. La obra social y administrativa de Hammurabi se halla compilada en su célebre Código, resumen de las leyes sumerias de Shulgi y del señorial



El imperio mesopotámico —1800 años antes de Cristo— se extendía desde el Golfo Pérsico al Mediterráneo y en torno a él los hititas y Cassitas.

régimen de Accad, que fue durante más de diez siglos el régimen jurídico del comercio internacional del Próximo Oriente.

En el Código quedaban fijados todos los contratos (1), la renta, el préstamo, la caución, etc. Estaba fijado también el interés a que debía devolverse una cantidad prestada, siendo el Estado el que prestaba a un interés más bajo. Se dictaron leyes para la regulación del contrato de trabajo, viniendo obligado el patrono a conceder al obrero tres días libres y pagaderos cada mes. Los templos, dada la gran cantidad de riquezas que poseían, hacían las veces de bancos, estando obligados a conceder créditos gratuitos a los enfermos y a los deudores para permitirles escapar de la servidumbre por deudas.

La compilación jurídica de Hammurabi no tiene par en la antigüedad y constituyó la base del Derecho hasta llegar al Imperio romano.

1.750
(a. J. C.)

Invasión de los hicsos. Con los faraones del Imperio Medio se había llevado a Egipto a una época de gran esplendor político y comercial. Senusret III (1883-1846) hizo respetar su nombre en Palestina. Testimonios arqueológicos hallados en Creta, Fenicia y Mesopotamia, nos afirman su dominio económico en el Mediterráneo oriental. Estas ventajas co-

(1) Traducción del texto íntegro de uno de estos contratos como tipo de los de la época. «Un esclavo, llamado Ana-Samas-imid (?) y diez minas de plata (en dinero) y diez minas de plata... a Sin-muballit, su hermano; quince minas de plata a Sharibu, (su hermano); Lamasu, su madre, se lo ha dado a ellos. Para días futuros: sobre todo lo que la citada Lamasu, Sini-Iztar, su hijo, y Apil-ili, su hijo, y Amat-Ramman y Matigimil-Istar, sus hijas, poseen y adquieran, no tienen ya ningún derecho de posesión Sini-Samas y Sin-muballitm su hermano y Sharibu, su hermano. Con su conformidad se ha escrito esto, para días venideros (es decir, en lo porvenir) no se apartarán de ello; ellos invocan el nombre de Hammurabi, su rey.»

merciales corrían a cargo del gobierno central egipcio y, mientras se conservaban, el faraón veía aumentar su gloria y su poder.

Desde comienzos del siglo XVIII a. de J. C. los indogermanos del Cáucaso e Irán se desplazan hacia el Próximo Oriente amenazando Mesopotamia, Asiria y Asia Menor. La inseguridad culminó con la caída del imperio babilónico y la consiguiente ruina del comercio y perturbación en la economía y equilibrio egipcios. Como consecuencia de ello el poder faraónico se debilitó y el individualismo de los príncipes locales resurgió y pudo quebrantar al Estado. Así, surge una dinastía independiente en el delta, en Xois, y un principado feudal en Tebas. Es importante tener en cuenta esta debilidad estructural interna de Egipto antes de la apertura de sus fronteras a las hordas enemigas.

En estas circunstancias sobreviene la invasión de los hicsos. Es un obstáculo para la historiografía la notable falta de documentos escritos en aquella época. Sicológicamente podemos comprender este hecho: no había ningún estímulo para consignar por escrito lo que para el país representaba una gran humillación. No obstante, hay material en los escritos posteriores y en los restos materiales de la dominación. La entrada de estos pueblos asiáticos, tuvo el carácter de una verdadera invasión bárbara. Conquistaron a los egipcios por la intensidad de su fuerza, ya que la veloz y sorprendente intrepidez del caballo y del carro les dieron una superioridad manifiesta, y esto, unido a que residían en campamentos fortificados, les hacía prácticamente invencibles. Establecieron su capital en Avoris y despreciaron los templos de los dioses egipcios introduciendo un dios suyo. Además del caballo y del carro introducidos en Egipto por los hicsos, aparecen otros elementos culturales tales como joyas, alfileres, armas, que nos demuestran que los invasores no eran una raza pura del otro lado del Cáucaso, sino que, en su lento descender, fueron recogiendo elementos culturales del Asia citerior, de ahí que sus estudios revelen una considerable mezcla de elementos étnicos.

Sería injusto, pues, querer demostrar que los hicsos fueron solamente toscos, salvajes, absolutamente indiferentes a la cultura egipcia. No lo despreciaron todo. El comercio no se detuvo por completo como lo demuestra un tipo de vasija, asociado con los hicsos, que se encuentra al Sur hasta la «Tercera Catarata», y al Norte hasta en Chipre.

Los factores esenciales del gobierno de Egipto por los

hicsos fueron que este país era por primera vez conquistado y dominado por extranjeros que les parecían bárbaros e impíos, y se «gobernaban sin rey». La masa del pueblo les consideró siempre como invasores y fomentó el propósito de independencia que alentaba la corte tebana.

Los egipcios fueron adquiriendo las armas de sus invasores y aprendieron a usarlas hasta que se sintieron capaces de medir sus fuerzas con sus dominadores. Hacia 1580 antes de Jesucristo, un gobernante tebano, Kamosis, se rebela contra los hicsos y anuncia su propósito de embarcarse para el Norte y empezar el ataque como «protector de Egipto». Pero era necesario luchar no sólo contra los hicsos, sino contra la propia nobleza feudal, que aquéllos apoyaban para aminorar el poderío de la dinastía nacional. El faraón Amosis I (1570-1545 a. de J. C.), consiguió este doble objeto, e inauguró la XVIII dinastía que habría de llevar a Egipto a su mayor gloria cultural y política.

1.490
(a. J. C.)

Tutmosis III y la reina Hat-shepsut. Expulsados de Egipto los invasores extranjeros, los hicsos, el país tuvo que rehacer la organización interna, restaurar un gobierno pleno para las «Dos Tierras», reconstruir la burocracia civil y religiosa y, cosa más importante desde el punto de vista egipcio, los dioses tenían que ser desagraviados con nuevos templos y nuevo culto.

Hasta ahora el país había permanecido concentrado en el valle del Nilo y esta idea es remplazada por la de llevar las fronteras a territorios lejanos de Asia y África. Ya los primeros faraones de la XVIII dinastía habían dirigido hasta allí expediciones punitivas, ya que Tutmosis I había llegado al sur de la «Tercera Catarata», pero eran expediciones más bien condicionadas por la tradición que por la idea de la incorporación administrativa de los territorios conquistados. Pero ahora a aquellos pueblos no les bastaba la superioridad de la cultura egipcia, no se dejaban patrocinar y los tratos amistosos no bastaban para entablar relaciones comerciales con ellos, se habían mostrado rebeldes y Egipto debía darles lecciones de disciplina en sus propios territorios.

Cuando adquirió el poder Tutmosis III, a la muerte de su padre, debía ser muy joven pues los veintidós primeros años de su reinado se ven eclipsados por la autoridad de su tía y madrastra Hat-shepsut, la cual adquirió tanto poder que en

los monumentos dejó de llamársele «Esposa del Gran Rey» para darle los atributos de rey. Esta Semíramis egipcia no ordenó campañas ni conquistas militares, sino que puso su empeño en el desarrollo comercial e interno de Egipto, mientras que Tutmosis III lo pondría en la expansión externa, inaugurando una política de imperialismo militar, para llevar las fronteras de Egipto mucho más allá de sus límites geográficos.

Hat-shepsut logró la definitiva reconstrucción interna del país. Se erigieron nuevos templos tales como el de Deir-el-Balvi, santuarios para Amón y sepulcros para ella, en Tebas. Debió esforzarse en ganar para su partido al sacerdocio de Amón, dios que había elegido a Tutmosis como faraón, ya que es altamente significativo que Sen-Mut fuese su arquitecto y ministro favorito.

En los asuntos exteriores dirige la expedición comercial por mar a la tierra de Punt, la tierra del incienso. En el templo de Deir-el-Balvi hay muchos detalles de la expedición, sobre los cinco navíos que transportaron los productos del civilizado Egipto, joyas, armas, y que regresaron cargados con incienso, marfil, ganado y maderas preciosas.

Después de haber gobernado el país diecisiete años como «rey», Hat-shepsut desapareció inesperadamente del poder. Tal vez murió de muerte natural, quizá un golpe de Estado arruinó su poderío. Lo que sí está claro es la furia de Tutmosis III por la usurpación de que había sido objeto, ya que sus partidarios derribaron las estatuas de Hat-shepsut, en el templo de Deir-el-Balvi.

Siria había recobrado la independencia, con gran desesperación del ejército egipcio, y apenas Tutmosis subió al poder dirigióse a la tierra de Djahi (Palestina-Siria), para volver a imponer la hegemonía de su patria en aquella región rebelde, empresa en la que el mayor guerrero y gran político de la historia egipcia, emplea diecinueve años de su reinado. El terreno de Siria-Palestina era el centro de las rutas comerciales, y el paso de la llanura de Megido, de gran importancia militar (1). Las tropas faraónicas fueron conquistando los lugares estratégicos hasta que en la fortaleza de Kadesh, en el valle del Orontes, tuvo lugar la batalla definitiva, la primera de la historia de la que tenemos una narración detallada. Tutmosis capturó cerca de mil carros, cifra importante para calcular la magnitud de la coalición asiática.

(1) Toda la historia antigua consideró aquel lugar como estratégico; San Juan en el Apocalipsis (C. XVI, 16) dice: «Y los congregará en un lugar que en hebreo se llama Armagedón» (Megido).

La región conquistada era fértil, rica y cosmopolita. Los príncipes asiáticos vivían con un lujo que sobrepasaba al de la corte faraónica, y a pesar de que era aquélla una región de pastores y agricultores, la artesanía estaba también muy desarrollada y ejerció gran presión en la calma estática del arte egipcio.

Sin embargo, la campaña más ambiciosa fue la dirigida contra el rey de Mitanni, reino situado al este del Éufrates. Nos dicen que el faraón persiguió al rey de Mitanni, Naharin, y cómo éste desistió a causa del miedo. Los anales de Tutmosis nos revelan muchos datos sobre la cantidad de riquezas que afluían a Egipto, y del gobierno de los países conquistados. Cada ciudad y principado sirios conservaron sus instituciones propias y una cierta autonomía, pero mantenían una guarnición egipcia, pagaban un tributo y dejaban los asuntos de política exterior en manos del faraón, que instauró así el primer imperio pacífico conocido.

El imperialismo que caracteriza la dominación de Tutmosis tuvo una repercusión social que modificó el espíritu egipcio. Los gobernantes se enriquecieron con la conquista y ganaron en autoridad personal, pero se abrió una profunda brecha entre ellos y los gobernados. Sus riquezas les permitieron que fueran funcionarios asalariados quienes realizaran las tareas trabajosas, y así aparece el mayordomo doméstico y el soldado mercenario. Se produjo una evidente separación de clases, y la gran aventura de la unidad nacional y el imperialismo conseguidos, acabó en la desunión efectiva que sólo una rígida disciplina pudo mantener compacta. Este paso de una sociedad altamente popular a otra de carácter cosmopolita, urbana, heterogénea y difusa no podían dejar de tener una influencia arrolladora y habría de ser la que empañara este Egipto glorioso de la XVIII dinastía.

1.450
(a. J. C.)

Talasocracia cretense. Hacia el tercer milenio antes de Jesucristo, apunta en la isla de Creta una civilización, cuna de la mediterránea y, hasta cierto punto, apéndice de la egipcia. Sus habitantes vivían al principio pobremente, dedicados al pastoreo, a la caza y a la pesca, pero su idílica existencia se vio turbada por la invasión de un pueblo extraño que trajo nuevos elementos culturales que, con los autóctonos, desarrollarían el empuje creador espiritual y material cretense. Esta nueva etapa de civilización se ha convenido en llamarla minoica por ser Minos el denominativo de los soberanos de la isla. Creta se convierte en la cuna de la metalurgia del bronce, y sus habitantes, expertos marinos, recorren todos los ámbitos del Mediterráneo oriental. Así en contacto con todas las culturas recogen influencias de ellas y les infunden su soplo creador para mantenerlas originales. Esta época de esplendor se llama de los «primeros palacios» (Cnosos, Faistos, Tylissos y Mallia), y según la cronología de Evans va desde el año 2000 al 1700 antes de Jesucristo. Es el período de esplendor de la cerámica de Camares, policroma y con dibujos geométricos.

Hacia 1750, el Próximo Oriente soportaba con agobio el peso de las invasiones indogermanas. La ruta del Éufrates quedó cortada, desorganizados los núcleos mercantiles de los sumerios en Capadocia y en las ciudades mercantiles de Asia Menor. La crisis que arruinó el comercio repercutió en Creta en donde estalló una revolución social similar a la de las ciudades egipcias durante el Bajo Imperio. Se destruyeron los bellos palacios de la isla y todo cuanto quedaba del antiguo régimen feudal. Pero la evolución surgida de las invasiones, que arruinaron la navegación siria, dio a los cretenses la supremacía marina y permitió la creación de la monarquía unificada de Cnosos (1450), iniciándose el período de apogeo de la civilización cretense de unos tres siglos de duración. Es la época de la verdadera talasocracia cretense en el Mediterráneo. Cnosos se convirtió en el foco brillante de esta cultura. Las ruinas de su palacio nos muestran un edificio exento de murallas, de vastas proporciones y de planta laberíntica, pues alrededor de un gran patio central hay una profusión de dependencias de indescifrable comunicación. Su rey-sacerdote, Minos (título equivalente al de faraón egipcio), representante del dios Toro, dirigía la política minoica y administraba justicia como lo recuerda la leyenda de Minos legislador. Era elegido por un período de nueve años, en la gruta del Minotauro para rendir cuentas a su divino padre, el cual podía o no devolverle a los mortales. La leyenda griega ha conservado el recuerdo del tributo de doncellas y jóvenes que cada nueve años se hacía a Minos.



El rey-sacerdote aparece en una bella pintura mural del palacio de Cnosos, lleno de vitalidad, sin el hieratismo frecuente en las representaciones artísticas del Próximo Oriente; tiene el cuerpo de adolescente, sin aspecto guerrero ni conquistador, con una corona de flores de lis rematada de plumas y avanzando entre lirios. Por desgracia, las leyendas griegas que posteriormente se elaboraron respecto al Minotauro y al rey Minos, complican la labor de sacar lo verdaderamente histórico de esta brillante civilización. La dificultad aumenta al no poderse descifrar su escritura de signos simbólicos y lineales. Hay que recurrir a los restos arqueológicos que nos dan testimonio de un pueblo elegante y refinadamente culto en el que la mujer representaba un papel muy importante en la sociedad, aunque no es seguro que existiera el régimen del matriarcado, pero sí era considerada en plan de igualdad al hombre y disfrutaba de absoluta libertad, pudiendo participar en los espectáculos públicos, en los deportes y en las ceremonias del culto, que consistían en procesiones y juegos, muy representativas del carácter alegre y festivo de los minoicos. Había competiciones pugilísticas, combates de gladiadores y corridas de toros, y en ellas era muy frecuente que tomara parte la mujer. Pueblo culto por antonomasia cultivó la danza y la música (en Creta se construyeron los primeros teatros para contemplar estos espectáculos), y en sus manifestaciones artísticas se expresaron con un sello naturalista que sobrepasaba en agilidad al arte de la Tierra Negra y de Mesopotamia.

La plácida sociedad isleña decayó vertiginosamente hacia el año 1400 antes de Jesucristo, víctima de la invasión bárbara de los aqueos, pueblo indogermano que dominó la península Helénica desde el Helesponto a Tesalia, y que si bien al principio emplearon la destrucción, al correr de los años fueron los que hicieron brillar el primer fulgor de la Hélade.

1.375
(a. J. C.)

Una revolución en Tell-el-Amarna. Cuando asciende al poder el hijo de Amenhotep III, Amenhotep IV (1375), después de algunos años de gobierno asociado con su padre, el país experimentaba el cambio producido por el imperialismo de la XVIII dinastía que había llevado a Egipto a su gloria comercial y política, pero que rompió la armonía en una sociedad que había vivido sujeta a los viejos cánones de la tradición. Habían escalado los altos cargos gubernativos, advenedizos procedentes de familias que no habían tenido an-

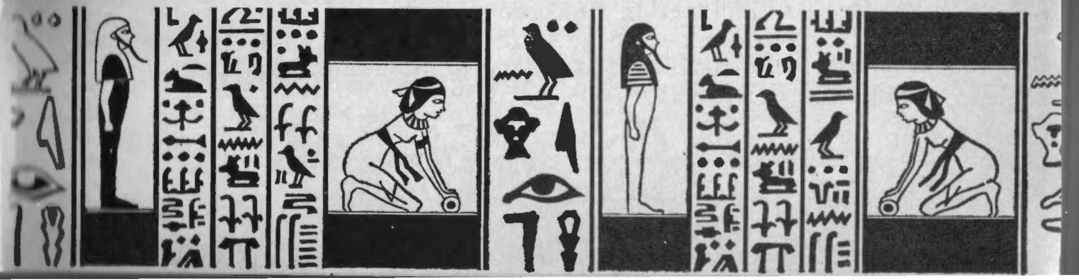
teriormente importancia, enriquecidos ahora por el botín de la conquista. El sacerdocio de Amón había adquirido una preeminencia extraordinaria; destinado a mantener la agresividad del imperio que tanto había enriquecido su templo, se mostraba indiferente a las costumbres y moral que el imperio había establecido.

Sin embargo, los partidos antagónicos no se alinearon simplemente como conservadores y modernistas, como sacerdotes aislacionistas y militares imperialistas, pues la revolución no dio preeminencia a ningún partido, sino que lo que se echa de ver fue una lucha por el poder central, y los dos rivales más sobresaliente en este campo fueron el faraón y el sacerdocio de Amón.

Lo que conocemos de la revolución procede de los monumentos de Amenhotep IV, convertido ahora en Akh-en-Atón, y de las referencias hostiles que se le hicieron después del fracaso de la revolución. La figura del faraón, de manifiesta individualidad introspectiva, de constitución androgenoide, centra la revolución de Tell-el-Amarna, porque su notable personalidad hizo de él más que un simple instrumento de las fuerzas que en su tiempo chocaron, y todo el proceso de su desarrollo estuvo condicionado a su carácter místico peculiar. Estaba casado con la bella Nefertiti, cuyo busto de exquisita belleza nos ha llegado palpitante de vida; de ella tuvo seis hijos, lo cual nos demuestra que el faraón no estaba tan enfermo como para no tener descendencia.

La diversidad de imperios que estaban bajo su dominio suscitó la pugna político-religiosa de si él, en cuanto dios, poseía una palabra divina que era la ley del país, o si era el intérprete de los dioses por medio de los oráculos.

Amenhotep IV (Amón está satisfecho) con tenacidad inquebrantable, producto de su intensa vida espiritual, rompe con el tradicional sacerdocio de Amón, y por primera vez en la historia, a excepción del pueblo hebreo, instaura el culto monoteísta al dios Atón; cambia su nombre por el de Akh-en-Atón (La gloria de Atón) y traslada la capital de Tebas a Ekhtatón (El horizonte de Atón) que pasará a la historia con el nombre de Tell-el-Amarna. Allí se construyeron los palacios reales y el templo, que permanecía abierto para que el disco solar pudiera ser adorado en la plenitud de su gloria.



La diversidad de cultos a uno y otro dios era manifiesta. Por su nombre, Amón, era «el Oculto», su santuario estaba situado en la parte más recóndita del templo e incluso mostrándose en público, su altar estaba envuelto en coberturas. Por el contrario, Atón era el disco material y desnudo del sol, no oculto a ningún hombre y adorado a la vista de todos.

La familia real paseaba por los alrededores de Tell-el-Amarna sin la solemnidad con que se había mostrado siempre al público el rey-dios. Fue una humanización que perjudicó los propósitos de Akh-en-Atón de reivindicar el poder faraónico. Las Cartas de Amarna nos informan de cómo iba eclipsándose el imperio egipcio en Asia por la aparición de fuerzas nuevas en aquellos países y por la indiferencia del faraón. El rey hitita Suppiluliuma conquistó Siría, Palestina y Fenicia también dieron muestras de descontento hasta acabar separándose de Egipto. Las preocupaciones interiores habían hecho perder el vasto imperio asiático, y privaban a Egipto de las riquezas de aquellos países.

No hay pruebas de que en el interior del país hubiera revoluciones contra la Corona, pero hay que suponer que la pérdida del imperio produjo perturbaciones y que los sacerdotes despojados y la burocracia formarían núcleos de descontento.

Las dificultades no aparecen hasta el año doce del reinado de Akh-en-Atón, en que hay cambios estructurales en palacio, de los que no parece exenta la reina Tiy, madre del faraón. La reina Nefertiti es alejada de palacio, y su nombre real se concede a Smenkh-ka-Re, hermano menor del faraón, que asciende a corregente por casamiento con su hija. El joven príncipe vuelve a Tebas y reanuda las relaciones con el dios Amón. Fue el medio elegido para llegar a una transacción. Sin embargo, las aguas de la reacción iban subiendo de nivel; Akh-en-Atón, y Smenkh-ka-Re desaparecen de escena y llega a faraón el joven Tut-ankh-Atón, quien falto de suficiente personalidad para oponerse a los sacerdotes y funcionarios, cambia su nombre por el de Tut-ankh-Amón y abandonando Amarna se instala de nuevo en Tebas. La rendición fue absoluta. La piedra central del antiguo Egipto se había movido. El faraón dejó de ser un rey-dios para convertirse en la cabeza de un Estado sujeto cada vez más a una ley impersonal y a una oligarquía de funcionarios y sacerdotes.

El Egipto que surgió de la revolución de Tell-el-Amarna había perdido el único asidero que le hubiese brindado continuidad en la Historia.

1.295
(a. J. C.)

La batalla de Kadesh. A través de las generaciones ha venido considerándose a Ramsés II como el faraón más destacado de Egipto; modernamente se ha eclipsado mucho la gloria que él tanto se esforzó en atribuirse. En las inscripciones de los monumentos de la época aparece como guerrero victorioso, consejero prudente, político sagaz, afirmando que «había rechazado a todos los países por el miedo que les infundió, mientras que la fuerza de su majestad había protegido a su ejército, de suerte que todos los países extranjeros ensalzaban su hermoso continente». De esta manera se nos describe el faraón a sí mismo; su desbordante fantasía nos impide conocer con certeza la realidad de sus hazañas. Estaba plenamente convencido de la omnipotencia del faraón y quizá fue ésta la idea que le llevó a tergiversar la realidad.

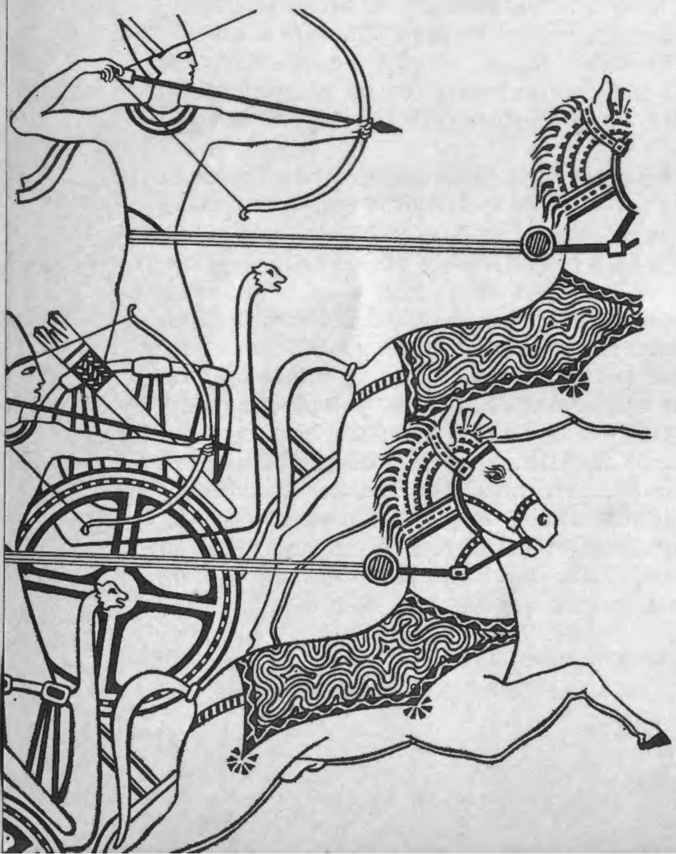
Ramsés II vivió en una época internacional. Estaban en lid no sólo los egipcios, sirios, hititas y mesopotámicos, beligerantes tradicionales, sino que empezaban a adquirir importancia pueblos que los egipcios llamaron «norteños en sus islas» y que conocemos ahora con el nombre de «Pueblos del Mar», que si bien, por sí solos no acabaron con el predominio egipcio en el Mediterráneo, sí fueron un factor importante que socavó su poderío.

El faraón quería restaurar el imperio asiático perdido en la época de Amarna. No fue el primer monarca con esta aspiración, puesto que su padre, Seti I, había obtenido ya algunos éxitos en sus conquistas. En el año quinto del reinado de Ramsés II tuvo lugar el conflicto hitita de Kadesh sobre el Orontes. La batalla, conocida por la descripción que de ella hizo Ramsés II, aparece como una sucesión de episodios heroicos del faraón. El hecho de que hubiese caído en una emboscada fue motivo para celebrar su valor. Él mismo nos cuenta cómo escapó a la celada «solo, por sí mismo, sin nadie que le acompañase». A la sombra de aquella gloria personal se esfumaron los dos hechos más importantes: no se pudo vencer a los hititas ni tomar Kadesh. Podemos admitir que el faraón era personalmente valeroso y que aun en la derrota pudo organizar su ejército y volverlo a Egipto; ello, aunque precario, fue un éxito, pero esta victoria fue tan sólo moral y no militar.

La pugna continuó dieciséis años más, porque al no haber podido conquistar Kadesh, llave del Orontes, los egipcios debían avanzar paso a paso y los ataques se extendieron desde el sur

de Palestina hasta el norte de Siria, en la imposibilidad de establecer una frontera definitiva. Aquella guerra agotadora hizo comprender a egipcios e hititas la futilidad de mostrarse antagónicos, cuando necesitaban toda su energía para hacer frente a un enemigo común: los Pueblos del Mar. Hacia el año 1280 antes de Jesucristo, se concierta la paz entre Egipto y Hatti. Se conserva la versión geroglífica y cuneiforme del tratado, cada una de las cuales se reserva para sí el éxito de la campaña y el haber cedido a la paz por requerimiento del otro litigante. El tratado estipuló la garantía mutua de no agresión, la alianza contra una tercera potencia y la extradición de refugiados políticos.

Según parece, este tratado no fue jamás abrogado, antes al contrario, se ratificó por el matrimonio de Ramsés II con la hija mayor de Hattusilis hacia 1267 antes de Jesucristo. A partir de entonces, el reinado de Ramsés II fue pacífico y pareció como si el país hubiera alcanzado la gloria y dignidad antiguas. Tanis, la capital del Delta, se embelleció con numerosos monumentos, reflejo del carácter bullicioso y cosmopolita de la



La diosa del Norte y la del Sur (1) colocan sobre la cabeza del faraón los distintivos de los dos territorios

1





2



3



regados por el Nilo (2), en cuyas fértiles orillas podían verse escenas como éstas, en que el ganado (3) y las aves acuáticas (4), fáciles de cazar, permitían llevar a los pacíficos habitantes una vida relativamente cómoda.

4



Los altos funcionarios y dignatarios podían grabar en sus ricas tumbas grandiosas estelas funerarias (5), gracias a los abundantes tributos (6) que les proporcionaba el pueblo.

5



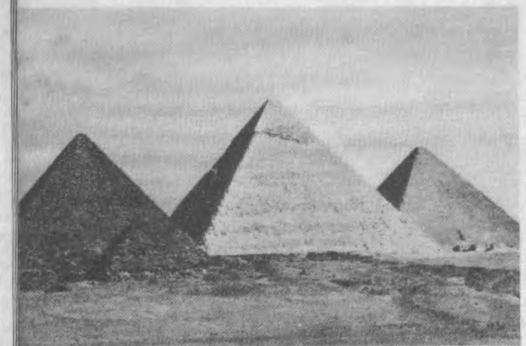
6

Si la vida era cómoda y sedentaria para la gente culta y para los escribas (7) las pirámides (8) y las grandes obras arquitectónicas (9) demuestran que el trabajo duro y difícil de los esclavos era común a muchos miles de seres humanos.

7



8





9

10





12



11

En realidad, toda la vida humana se movía en torno al faraón (10) a cuya grandeza contribuía todo el pueblo con una sumisión casi devota.

Los faraones, con un acertado sistema de gobierno (11), proporcionaban tranquilidad a sus súbditos, que, pacíficos y laboriosos se dedicaban a las labores del campo (12).

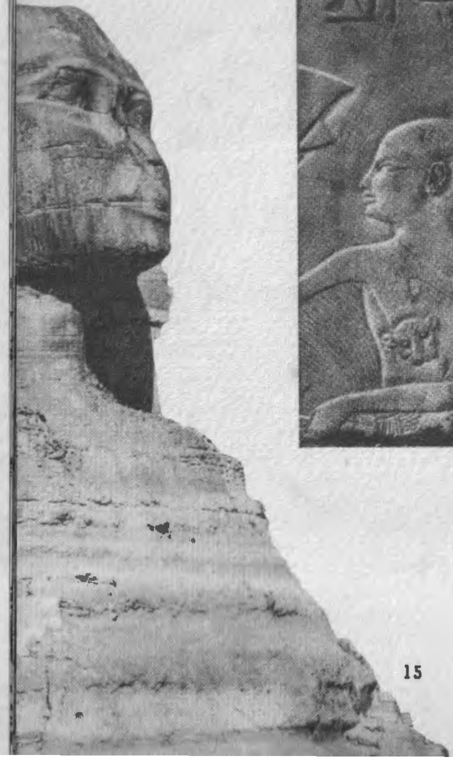
Y, si bien no era raro que estuvieran metidos en guerra contra asirios y babilonios (13), preferían, desde luego, disfrutar de la música y danzar después de los banquetes (14) o hacer con tesón de artífices las obras de arte que el pueblo egipcio nos ha legado (15).



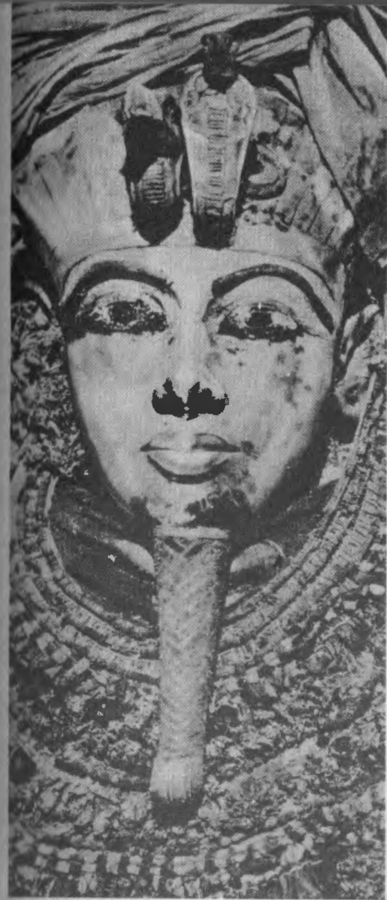
13

14





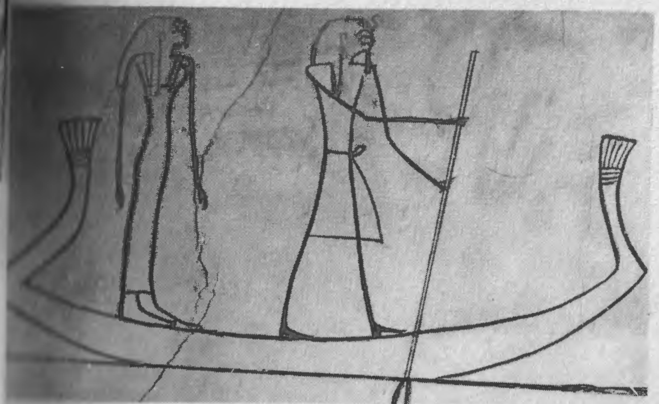
15



16

17

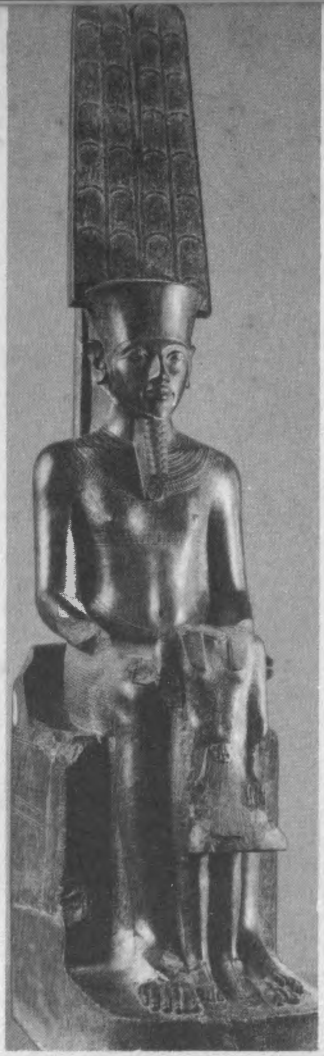




18

Para el egipcio nada de esto era «su vida»; después de la larga espera en la inmovilidad de la momia (16), cuya ejecución se hacía escrupulosamente (17), estaba la vida de ultratumba (18), para la que continuamente se preparaba,

con la esperanza puesta en sus dioses (19, 20) y en la balanza que benignamente inclinaría el platillo (21) de sus buenas obras y sus oraciones.



19

20





ciudad. Eran construcciones monumentales como si más quisieran impresionar por el tamaño que por su calidad artística. El Egipto de Ramsés II lanzaba a la Historia su último destello de gran civilización.

935
(a. J. C.)

Muerte de Salomón. La invasión de los «Pueblos del Mar» produjo en el Próximo Oriente un descenso en el orden político, económico y social, semejante al de Europa después del hundimiento del Imperio romano. Los grandes Estados entran en franca decadencia en tanto que el feudalismo, extendiéndose por casi toda el Asia Anterior, hacía brillar metrópolis como Babilonia, Damasco, Alepo, las ciudades fenicias y las del delta egipcio. El comercio continental quedó roto debido a la inseguridad reinante, y la actividad económica tuvo que buscar su expansión en las rutas marítimas. Jerusalén dominaba la vía comercial del Jordán que enlazaba las ciudades fenicias con el mar Rojo; convertida desde David en la capital del pueblo hebreo, alcanza durante el reinado de su hijo Salomón la máxima importancia debido a la feliz circunstancia de su situación.

Salomón subió en circustancias agitadas al trono; era hijo de la segunda esposa de David, Betsabé, y no estaba destinado él a ser rey sino su hermano Adonías, pero un acto imprudente de éste, hizo que David reconociera como rey a Salomón: *«Allí el sacerdote Sadoc y Nathan, profeta, le ungirán por rey de Israel, y tocaréis las trompetas, gritando: ¡Viva el rey Salomón! Después volveréis a subir tras él y se sentará en mi trono para que reine en mi lugar, pues a él le instituyo jefe de Israel y de Judá»*. (1 Reg 1, 34-35). Fue sin duda el monarca más destacado que tuvo Israel, gobernó el país en paz y justicia y cuando Yahvé quiso concederle un don no le pidió riquezas ni poderío, sino: *«Da pues a tu siervo un corazón dócil, para que pueda hacer justicia a tu pueblo y discernir entre lo bueno y lo malo. Porque ¿quién podrá juzgar a este pueblo, a este pueblo tuyo tan grande?* (1 Reg 3, 9).

Salomón se apoderó de las ciudades edomitas lo que le convirtió en el dueño del acceso al mar Rojo. Como el poderío egipcio había decaído, mandó construir una flota que, tripulada por marinos fenicios, acaparara el comercio marítimo, transportando los productos de la Arabia. La Biblia nos refiere la visita de la reina de Saba, soberana de un reino de la Arabia meridional al rey Salomón. Las riquezas afluyen por todos la-

dos a Jerusalén que de una población de campesinos se convierte en una ciudad agitada, comercial y populosa. Salomón hizo un tratado con el rey Hiram de Tiro (1 Reg 5, 6), comprándole la madera para la construcción del Templo (legado del alma hebrea en la Ciudad Santa), en el monte Morijah; en el misterioso recinto del Sancta Sanctorum, *debir*, se guardaba el Arca de la Alianza, conteniendo las Tablas de la Ley. Había, además, en torno al *debir*, un suntuoso conjunto de atrios y dependencias.

La tradición hebrea y musulmana ha elogiado la figura de Salomón como el monarca más sabio de la antigüedad, de extraordinarias dotes intelectuales. Se le atribuye el Libro de la Sabiduría, colección de poemas didácticos, el Cantar de los Cantares y los Proverbios, llenos de fogoso lirismo.

Salomón no sólo procuró la alianza con el rey Hiram de Tiro, sino que quiso ganarse la amistad del reino egipcio, casándose con una hija del faraón Psusenes, pero aun así la pugna entre Jerusalén y las ciudades del delta continúa latente a causa del tráfico de Arabia. Así se preparaba la escisión para el momento en que sobrevino la muerte de Salomón (935 a. de J. C.). Las tribus del norte del reino no quisieron reconocer al descendiente de Salomón y rehuían el contacto con las ciudades del Sur enriquecidas por el comercio. Así sobrevino el cisma fundándose en el Norte el reino de Israel, con la capital en Sichem al principio y finalmente en Samaría, y al Sur el reino de Judá, fiel a la dinastía davídica de Jerusalén. Multitud de hechos fratricidas entre los dos reinos debilitaron su poderío e hicieron posible que Egipto volviera a adquirir la preponderancia en el comercio del mar Rojo, imponiendo su protectorado sobre la tribu de Judá.

814
(a. J. C.)

Fundación de Cartago. Con la ruina de la talasocracia aquea y la crisis naval egipcia, las ciudades fenicias de Sidón, Tiro y Biblos, situadas en la costa Siria, en el estrecho margen entre las estribaciones del Líbano y el mar, no hallaron competidor posible en el comercio del Mediterráneo. El período que va de 968 a 935, marcado por el reinado de Hiram I (aliado de Salomón), es el de mayor esplendor de Tiro, ciudad fundadora del verdadero imperio fenicio transmediterráneo.

Los pueblos del Oriente Próximo tenían un conocimiento muy vago del Mediterráneo occidental; fueron precisamente

los fenicios quienes se atrevieron a ir más allá de los umbrales a que se habían atrevido los etruscos y ellos también fueron los verdaderos descubridores del Mediterráneo consiguiendo la supremacía comercial en Chipre, Creta y Malta y fundando factorías en Sicilia y Mileto. Alrededor del año 1000 llegaron a Gibraltar donde establecieron una factoría en Gades (Cádiz), en relación comercial con el reino de Tartesos (cuenca del Guadalquivir). La república de Tiro adquirió aires de imperio marítimo, y en el año 814 antes de Jesucristo, funda la colonia de Cartago, en la costa septentrional del continente africano, cerca de la actual Túnez, que en menos de un siglo había de ser la dueña del Mediterráneo occidental.

La famosa Cartago fue desde sus comienzos hasta el siglo VI antes de Jesucristo, vasallo de Tiro, pero desde la caída de ésta, al ser conquistada Fenicia por los persas, reencarna el espíritu de la vieja ciudad y poco a poco va reuniendo bajo su autoridad a todas las colonias fenicias de Oriente, enriquecidas por el comercio de la plata y del estaño.

El imperio cartaginés cubrió todo el litoral occidental del Mediterráneo en las costas de España y Marruecos. Hacia el año 450 antes de Jesucristo, Cartago envió diversas expediciones a explorar el Gran Océano; sus marinos, tentados por las riquezas que ofrecía el continente negro, llegaron hasta el Golfo de Guinea, dominando las Canarias, y en el Norte establecieron relaciones comerciales directas con la Gran Bretaña y Cornualles. Los fenicios y cartagineses no acostumbraban a internarse mucho en los países en que desembarcaban, contentándose con establecer unas bases costeras desde las cuales poder comerciar.

En sus comienzos, el régimen político de Cartago fue, como en Tiro, la monarquía, enraizada en la familia de los Magón. Hacia el año 450 (a. de J. C.) Cartago se organizó en república con una estructura muy parecida a la de Atenas. Retenía el poder una oligarquía aristocrática de mercaderes y los pequeños comerciantes podían entrar a formar parte de ella, si alcanzaban un nivel determinado de riquezas. Existían dos grandes asambleas: la del Consejo de los Treinta, que era una especie de Senado romano, y el Consejo de los Trescientos, que se reunía solamente en momentos de gravedad política. El más alto cargo de la magistratura cartaginesa era el de los *sufetas*, quienes elegidos en número de dos cada año desempeñaban los poderes administrativo y judicial. Había también un tribunal, el de los *Centuviri*, que se encargaba de fiscalizar la acción de los magistrados. El dinero tenía un papel prepon-

derante en las elecciones aunque parece que no empezó a acuñarse hasta fines del siglo v antes de nuestra Era.

Cartago fue esencialmente una potencia naval; poseyó una flota de 200 trirremes y un ejército mercenario que mantenía gracias a los derechos de aduanas cobrados en todas las ciudades.

Los lazos que unían tan dilatado imperio eran débiles, y así se explica su rápido desmoronamiento después de la segunda guerra púnica.

La religión en Cartago fue una copia de la de las ciudades fenicias, y sus dioses, Tanit y Baal Hammon, identificados con los Baal y Astarté fenicios, y más tarde con Juno y Saturno (dioses romanos). Se conocen diversas prácticas del sacerdocio, limitado a pocas familias aristócratas y, según parece, hereditario; sus ritos cruentos, como el sacrificio de niños, la existencia de un sumo sacerdote *(rab Kohanim)* y sacerdotisas, pero sin embargo, aún se ignora el significado íntimo de esta religión. En sus costumbres funerarias practicaban indistintamente la incineración y la inhumación.

Según las noticias de Plinio el Viejo, en su *Historia naturalis,* cuando los romanos destruyeron Cartago en el año 146 (a. de J. C.) había multitud de bibliotecas con copiosa producción literaria de la que solamente se han salvado los 28 libros de agricultura de Magón, que influyeron en los conocimientos agronómicos de los romanos, y el del periplo de Hannón por las costas occidentales de África.

Cuando decayó el poderío de la Grecia peninsular, y Sicilia asumió la hegemonía como centro de la vida económica Griega, quedaron frente a Persia, en el Oriente, dos potencias en el Mediterráneo central, Sicilia y Cartago. Esta zona iba a ser la base de la vida económica y marítima y también política, pues allí iba a tener su cuna Roma.

775
(a. J. C.)

La primera Olimpiada. En Olimpia, lugar sagrado de la Élida, dedicado al culto de Zeus, se celebraron las fiestas nacionales helénicas, cuyo origen atribuye la leyenda a Pélope o a Eraclio cuando habiendo caído en desuso el oráculo de Delfos exhortó a las gentes para su resurgimiento. Las competiciones olímpicas parecen una derivación de los juegos deportivos de la civilización minoica, que pasarían a los griegos a través de los aqueos. Pero las olimpiadas no fueron meramente competiciones deportivas, sino que tuvieron un notable

carácter social panhelénico, manteniendo el espíritu de fraternidad entre una misma raza separada por motivos políticos. Al principio fueron competiciones reservadas solamente a las gentes de la Élida. Ya en el siglo VIII antes de nuestra Era intervenían las gentes del Peloponeso, y en el siglo VII se celebraban con intervención de atletas de todo el mundo helénico, lo cual demuestra el carácter unitario de tales competiciones, cuya celebración condicionaba incluso las treguas sagradas.

El comienzo histórico de la celebración de estos juegos se remonta al 776 antes de J. C., fecha en la que se empezó a tomar nota del vencedor de las olimpiadas y a llevar un cómputo de las mismas, de tal forma que siglos más tarde se tomó aquella fecha como punto de partida de una era cronológica.

Las olimpiadas en sus comienzos tenían lugar en un solo día, pero a partir del año 472, dado el considerable número de atletas que tomaban parte en los juegos, se alargó hasta cinco. Se celebraban cada cuatro años y en verano, por lo menos a partir del siglo VI ó V, en los meses de julio o agosto (plenilunio del solsticio de verano), que si bien tenía el inconveniente del clima tórrido del verano peloponense, era mayor la duración de la luz diurna.

Las olimpiadas en sus orígenes constaban únicamente de carreras a pie, pero a medida que aumentó el número de atletas y los juegos duraron más días, las competiciones adquirieron diverso carácter. En el año 708, correspondiente a la 18ª Olimpiada, vemos que se introducen la lucha y el pentatlón, que comprendía saltos, carreras, lanzamiento del disco, de la jabalina y lucha; en la 20 Olimpiada, el pugilato; en la 25ª, las carreras de carros; en la 33ª, las carreras a caballo y el pancracio (competición gínmica en la que estaba permitida la lucha y el pugilato); en la 35ª se introdujo la carrera a pie de los atletas vestidos con armaduras pesadas.

A partir de la 37ª Olimpiada (632 a. de J. C.) las muchachas solteras en edad de 17 a 20 años podían tomar parte en las competiciones de carreras a pie, lucha, pugilato y excepcionalmente en pentatlón y pancracio. A las mujeres casadas les estaba prohibido, bajo pena de muerte, la asistencia a los juegos olímpicos, con excepción de la sacerdotisa de Deméter, a la cual se le reservaba un lugar especial.



El primer día de los juegos estaba dedicado exclusivamente a las ceremonias religiosas, y en el quinto, el último, se proclamaba a los vencedores obsequiándolos con palmas y coronas de laurel; en su honor se celebraban también procesiones y banquetes, durante los cuales se les dedicaban odas y canciones. Los vencedores eran considerados como héroes nacionales y no se les tributaban menos honores que en Roma a los grandes conquistadores del Imperio.

Además de los Olímpicos se celebraban en Grecia otros juegos sagrados, los Ístmicos y Nemeos en Corinto y Nemea, que en época histórica no alcanzaron la importancia de los Olímpicos. En Delfos, cada ocho años primero, y luego cada cuatro, se celebraban los juegos Píticos, los segundos en importancia después de los Olímpicos. La parte más importante de estos juegos fueron las competiciones musicales.

Las olimpiadas fueron suprimidas por el emperador Teodosio, el año 393; gran parte de Olimpia fue mandada incendiar y seguidamente un terremoto completó la labor de destrucción.

754
(a. J. C.)

Fundación de Roma. Los orígenes de Roma y de las gestas de sus primeros reyes pertenecen a la leyenda. Cuando en el siglo III antes de J. C., los analistas empezaron a crear la historia, lo hicieron a través de diversas fuentes, tales como los cantos épicos nacionales, las tradiciones orales, acudiendo incluso a escritores griegos; pero todos estos relatos no pasan de la categoría de legendarios y mitológicos. Estas tradiciones fueron recogidas, a través de los analistas, por los historiadores del Imperio (Tito Livio, Propercio, Ovidio), y han servido de tema a la literatura y arte de todos los tiempos.

Cuenta la tradición que un grupo de troyanos, al mando de Eneas, que había escapado de la destrucción de Ilión, llegaron a la desembocadura del Tíber. Eneas casó con la hija del rey latino Evandro, Lavinia, y el hijo de ambos, Ascanio, fue el fundador de Alba Longa, que llegó a ser la metrópoli de las demás ciudades romanas. Esta ciudad tuvo varios reyes y uno de ellos Numitor fue depuesto por su hermano Amulio, el cual, para asegurar su trono, hizo que su sobrina Rhea Silvia entrara en el sacerdocio de las vestales, obligándole por tanto a una virginidad perpetua. Pero del dios Marte tuvo dos gemelos, Rómulo y Remo, que fueron abandonados en las aguas del desbordado Tíber por el enfurecido Amulio. Las aguas llevaron a los niños hasta los pies del monte Palatino, donde, bajo



una higuera salvaje, fueron hallados por una loba que les amamantó (y de aquí les vino a los romanos la denominación que les daban sus enemigos, de «raza de lobos»). Rómulo y Remo fueron recogidos por unos pastores entre los cuales crecieron y entre quienes encontraron a su abuelo Numitor que les reconoció. Los jóvenes se propusieron restaurar otra vez en el trono a su abuelo y éste en gratitud les dio permiso para edificar una ciudad. Remo escogió el monte Aventino; pero Rómulo, elegido de los dioses, dijo que el lugar de emplazamiento sería el Palatino. Cuando trazaba los surcos para los cimientos de la nueva ciudad, Remo, en señal de burla, los saltó y fue muerto por su hermano, para demostrar que así se haría con quien desobedeciera sus órdenes. La ciudad se denominó Roma, y Rómulo fue su primer monarca.

La investigación histórica ha demostrado plenamente que esta leyenda no tiene veracidad. Entre los romanos fue muy aceptada esta tradición y muchas familias nobles de Roma remontaban su origen a los compañeros de Eneas, entre ellas la familia de los Julios, fundadores del Imperio romano, que se creían sucesores del propio Eneas.

No menos legendario que la fundación de Roma son sus siete primeros reyes tradicionales. La crítica histórica ha trabajado también para sacar a la luz lo que haya de verdad en lo que nos ha trasmitido la tradición, siendo de notar que sólo los tres últimos, es decir los Tarquinios, tienen visos de realidad.

722
(a. J. C.)

Imperio sargónida. El país de los asirios ocupaba una meseta poco fértil e inhóspita entre los montes Zagros y Armenia. Alrededor del 1100 antes de J. C., cuando el Próximo Oriente sufría las consecuencias de la invasión de los «pueblos del mar», los asirios, aprovechando el desconcierto general, fundaron un imperio que llegó hasta el mar con su monarca Tiglatpilesser I. Pero el gran imperio conquistado no fue duradero; por espacio de dos siglos, fenicios y hebreos ocupan el lugar rector en el concierto internacional, mientras Asiria, dividida en estados feudales, no cesaba en sus intentos de asumir el papel de gran potencia militar.

Ello lo consiguió Asurnasipal II (884-859) quien, en desenfrenada lucha, sin previa declaración de guerra, y al amparo de las ventajas del ataque por sorpresa, llega de nuevo al Mediterráneo e impone tributo a las ciudades fenicias. Se había formado el despótico imperio asirio con un régimen de terror y crueldad para avasallar un perímetro geográfico compuesto por Estados dotados de gran personalidad histórica, que alcanzó su máxima pujanza con Sargón II (722-705).

El nuevo monarca, de origen desconocido (parece ser un general de procedencia babilónica), vence la resistencia del reino de Samaria, a cuyos habitantes deporta a Asiria; deshace la coaliciones formadas contra él, alentadas por Egipto; y vence a los filisteos y egipcios en la batalla de Rafia (720). La ciudad de Babilonia dirigida por Marduk-apal-idina se sublevó contra Sargón, aprovechando que éste se hallaba en Siria y Armenia, pero cuando regresó a Babilonia con un poderoso ejército, la ciudad cayó de nuevo bajo el alud asirio (año 720).

Dueño de toda el Asia Anterior, Sargón quiso organizar el imperio. Sus extensos dominios estaban integrados por diversidad de razas y pueblos que sólo tenían en común la persona del monarca, que hubiera bastado para mantenerlos unidos en el caso de haberles inspirado sentimientos de lealtad; pero, lejos de ello, únicamente se había ganado su resentimiento. Así, pues, el imperio no podía ser otra cosa que una estructura militar, mantenida por la fuerza del ejército, impuesta por el terror, que en su misma naturaleza tenía la fragilidad de su vínculo. Se rompieron las resistencias nacionales de los pueblos conquistados con el sistema de las deportaciones en masa y ejecución de los reyes locales sustituidos por gobernadores asirios.

Sargón dirigió la explotación económica de los Estados conquistados construyendo una flota gobernada por chipriotas y fenicios y estableciendo un sistema de canales y acequias para riegos a fin de sacar las máximas ventajas de sus países. Todas las riquezas afluían a Nínive, capital del imperio, que rápidamente se convirtió en la ciudad más opulenta del mundo. Era la residencia imperial, pero no fue foco de cultura; todo tenía en ella un carácter de artificiosidad y Babilonia continuaba marcando la línea directriz en aquel conglomerado de pueblos. Sargón embelleció Nínive con palacios, jardines y bibliotecas, copias de las de Babilonia; también adoptó su sistema de pesas y medidas, su ciencia y su derecho.

Sargón quería tomar sobre sí el papel director en el comercio entre la India y el Mediterráneo y ello implicaba el dominio de Egipto, lo cual explica la conquista por los sucesores de Sargón, en un momento en que aquella potencia se hallaba ocupada en la supresión de los feudos militares. En el año 671 todo el Bajo Egipto pasó a ser una provincia del imperio asirio en tiempos del rey Asar-Hadón.

621
(a. J. C.)

Reformas sociales de Dracón. La comarca del Ática, aislada por las montañas que la separan de las rutas obligadas del istmo, abrigó una población mezcla de jonios e indígenas y recibió notables influencias de las culturas cretense y aquea. El sinecismo ático atribuido a Teseo no deja de ser una leyenda según la cual el héroe ateniense, que los librara del poderío de Minos, reunió a las gentes dispersas del Ática creando así una federación o sinecismo.

La forma de gobierno de los comienzos históricos de Atenas fue la oligarquía aristocrática. Con anterioridad al sinecismo e incluso después de él, en Atenas hubo reyes, pero poco a poco fueron perdiendo su poderío, minado por la nobleza. El poder real fue suplantado por el del *arconte* (jefe de gobierno) y el *polemarca* (caudillo militar).

A lo largo del siglo VII (a. J. C.) el Ática registró diversas convulsiones sociales provocadas por la diversidad de clase que el intenso comercio, enriqueciendo a muchos, y la mayor circulación del dinero habían ocasionado. La aristocracia se hizo más poderosa y surgió una nueva clase social, la de los *demiurgos*, formada por industriales, armadores y artesanos que quedaron apartados de la política, y que reclamaban sus derechos. La masa campesina quedó degradada a la categoría de colonos serviles, estando obligados a entregar a sus señores las cinco sextas partes de las cosechas recibidas.

Tal discrepancia en las clases implicaba una reforma en lo político y en lo social. Hubo varios intentos de arreglo, incluso de implantación de la tiranía (Cilón, 632), todos fracasados. En el año 621, Dracón intenta poner fin a la angustiosa situación. Dracón es considerado como el más antiguo reformador ateniense; se ignoran detalles de su vida y se sabe únicamente que sus leyes constituyen el código escrito más antiguo de Atenas, con anterioridad al de Solón. Muchas de las normas del código de Dracón estuvieron en vigor durante la época clásica; así vemos cómo el año 409, el pueblo ateniense decretó que se publicaran nuevamente. Las medidas de Dracón han pasado a la historia con un hálito de crueldad, de tal manera que de ellas se dice escritas con sangre y no con

tinta. Tal vez es debido a que no se conservan íntegras y que nos han llegado solamente las referentes al derecho criminal. De todos modos, las medidas adoptadas fueron severísimas para poder acabar con los crímenes y venganzas familiares, y fue únicamente a partir de Dracón cuando Atenas comprendió que la ley era una para todos; tres tribunales: el *Areópago,* el de los *Efetas* y el del *Pritaneo,* recibieron autoridad para juzgar los crímenes de mayor grado.

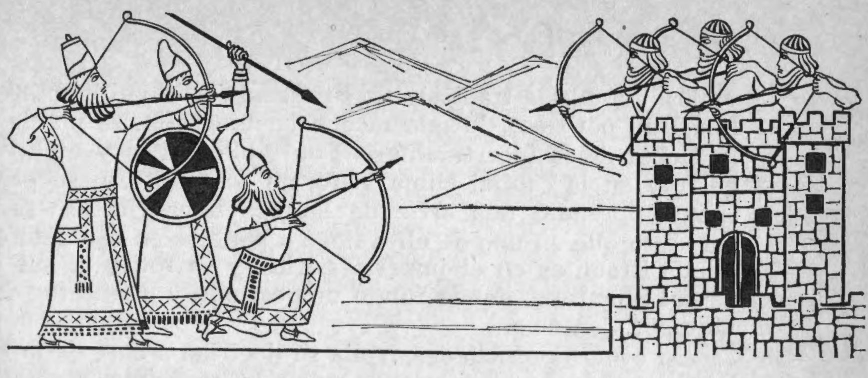
El código de Dracón representó un notable progreso en Atenas, porque fijó por escrito normas del derecho consuetudinario sustrayéndolas del arbitrio de los jueces. Pero si bien dotó a Atenas de una legislación, no le dio una constitución; definió la ley, pero no fijó quién había de dictarla, por lo que continuaron las luchas civiles promovidas por el deseo de las clases populares de escalar el poder. Se hacía necesaria otra reforma que llevaría a cabo, el año 594, Solón.

612
(a. J. C.)

Derrumbamiento del imperio asirio. En la segunda mitad del siglo VII antes de J. C. se advierten profundos cambios en el concierto de los pueblos del Próximo Oriente que darán paso a un nuevo poderío y acabarán con las milenarias civilizaciones. El gran imperio creado por Sargón, campo de explotación en favor de Nínive y despotismo militar, se había ganado el odio de todas las naciones sojuzgadas que lo componían.

En Egipto, el rey asirio Asurbanipal (569-628) había hecho a Psamético señor feudal egipcio, rey de Sais, en el delta, quien a espaldas de Nínive desarrolló una política monárquica independiente que le hizo posible la conquista de Frigia y Caria y dirigiendo seguidamente la insurrección contra Nínive se despojó de su dominación, declaró a Egipto independiente e instauró en el país la dinastía saíta (651). Entonces el país del Nilo deja de ser una potencia continental para orientar hacia el mar su economía. Tebas pierde su tradicional importancia y la ciudad del delta, Menfis, se convierte en la metrópoli religiosa del país, como en el Imperio Antiguo. Los faraones saítas son reyes del delta, región que, enriquecida por el comercio, instaura un sistema capitalista y una monarquía centralizadora organizada según los principios del derecho antiguo.

Todo ello lleva a Egipto a un renacimiento que se manifiesta en la política, arte y ciencia. Sin embargo, tal sistema



adolecía de un primordial defecto: se había roto el equilibrio entre la clase rural y la urbana. La burguesía enriquecida no aceptaba el servicio obligatorio de las armas, preferían los mercenarios que habrían de ser el punto débil de la dinastía saíta.

Psamético I, respaldado por el hecho de que Asiria debía hacer frente a las insurrecciones escitas, que habían llegado hasta los límites septentrionales del imperio, invadió Siria y llevó hasta el Éufrates las fronteras de Egipto.

Pero Egipto debía prever otro peligro. Babilonia, sometida al dominio de Asiria, no había cesado de rebelarse contra esta sujeción. Asurbanipal arrasó la ciudad el año 648, pero no por ello cesó ésta en sus intentos de emancipación; una vez muerto Asurbanipal, Nabopolasar, gobernador de la Baja Mesopotamia, se alzó contra Nínive y declaró la independencia de Babilonia.

Es entonces cuando Egipto, conquistada Siria y lindante su imperio con el creciente de Babilonia, debía impedir que ésta asumiera el papel de Asiria, por lo que se alió con la antigua dominadora para frenar el creciente poderío de Babilonia. A esta coalición Nabopolasar respondió pactando con Ciaxares, caudillo de la Media. Nínive, tras tremendo asedio, sucumbió ante los ejércitos de medos y babilonios sin que nada pudiera impedir su total derrota. Era el año 612.

El imperio de Asiria desaparecía para siempre para convertirse en un país sin importancia sometido a la dominación de Babilonia, que entre ella y la Media se repartieron sus dominios.

604
(a. J. C.)

La doctrina idealista de Lao-Tsé. Lao-Tsé, el Platón chino, como ha sido llamado, fue contemporáneo de Confucio. Nació el año 604 en el reino de Tsu (provincia de Ho-nan) en los alrededores de la actual Chen-Chow. Lao-Tsé significa «niño

viejo», aunque la tradición de su escuela le dio el nombre de Lao-Tan, pero eso, lo mismo que su biografía, se pierde en la niebla de la incertidumbre. Fue bibliotecario y archivero del rey en la capital china, pero, no contento con su profesión, emprendió una serie de largos viajes (incluso se ha supuesto que en uno de ellos llegó a ponerse en contacto con tribus israelitas en el imperio asirio), y se retiró al sur del actual Shantung, donde fundó una escuela y donde fue visitado por Confucio.

Así como Confucio desarrolla su doctrina a base de la realidad sensible, Lao-Tsé atiende más a los principios abstractos y metafísicos. Confucio decía de los pensamientos de Lao-Tsé que ... «son tan profundos como el pez en el abismo sin fondo; los míos se parecen al anzuelo con el cual se saca el pez a la luz del día». Toda su obra es un verdadero tratado filosófico que sólo sus discípulos transformaron en religión. De toda la literatura china, es su metafísica la que más se acerca a la ontología occidental. Su doctrina es idealista; el mundo material es una ilusión de los sentidos y sólo toma cuerpo en virtud de las ideas puras; formula un solo principio: no actuar, para no forzar la espontaneidad de la naturaleza que obra bien cuando no está sometida a las leyes humanas. Sentía la miseria y descomposición de la época anárquica en que vivió, y pretendió remediarlo elevándolo todo a Dios a través de su mundo de las ideas.

Toda su doctrina se halla expuesta en su obra *Tao-te-King*. La palabra *Tao* se traduce por Ser Supremo; *te*, por virtud y *King* significa libro. Así podemos traducirlo por El libro del Ser Supremo y de la virtud. Hablando del *Tao* dice Lao-Tsé: «Ese inefable *Tao* es el creador del cielo y de la tierra..., es la fuerza de la naturaleza, ... la Madre de todo lo existente».

El hombre sabio es aquel que está en posesión de la libertad y la pureza. Libertad que significa negación de la codicia, ambición y ostentación. El sabio, libre de la sensualidad, placeres y concupiscencias, con el juicio claro y libre, se dirige al *Tao*, porque reúne tesoros espirituales e imperecederos. Afirma la supervivencia individual, pero la niega a aquellos que no conservan su yo puro:... «quien sabe contentarse es rico; quien obra enérgicamente tiene fuerza de voluntad; quien no pierde su yo, sobrevive; muere, pero no perece; ha ganado la vida eterna.»

Los animados por el *Tao* están en posesión de tres virtudes. Poseen el amor, el contento y la satisfacción y la razón y modestia. Enseña a los hombres el camino de la virtud con fuerzas pacíficas, oponiéndoseles, si es necesario, pero sin ira ni venganza, ya que para los que pelean con amor se guarda la más sublime de las victorias: la victoria sobre sí mismos, porque la fuerza con la arrogancia conduce a la muerte, con la razón a la vida. 600 años antes de J. C. Lao-Tsé se pronunció contra la legitimidad de la pena de muerte «... si alguno cometiera un crimen monstruoso ¿quién sería tan arrogante que pronunciara contra él la pena de muerte? Pues hay un Juez más alto y eterno, un Señor de la vida y la muerte a quien sólo compete condenar a morir».

Como todas las grandes religiones de la antigüedad, la doctrina de Lao-Tsé es panteísta. Los jesuitas de los siglos XVII y XVIII buscaron en el pensamiento de Lao-Tsé un vestigio de monoteísmo, pero su misticismo, semejante al de los brahmanes, aspiraba a fundirse con la divinidad y preparó al pueblo chino para el gran fervor budista. Lao-Tsé poseyó una enorme comprensión del *Tao*, de Dios; está embriagado por su idea. Su profundo saber moral atrajo al mismo Confucio, pero como no fundó una escuela, sus escritos fueron mal interpretados y de ellos nació el taoísmo, cúmulo de supersticiones.

599 (a. J. C.)

El jainismo. Se viene atribuyendo la fundación de la religión hindú a Vardhamana (599-529 a. de J. C.), si bien no parece haber sido él su creador, sino más bien el promotor de un movimiento que habría empezado unos 2500 años antes. De su verdadero iniciador, Parsva, se conocen muy pocos datos. Seguramente perteneció a alguna secta extremista, tal vez a la misma de los padres de Vardhamana, que murieron siguiendo la práctica religiosa de ayuno hasta la muerte.

Vardhamana se puso a vagar por Bengala llevando una vida de mortificaciones, austeridad y privaciones y al cabo de trece años declaró que había sido iluminado, y fue hecho el jefe de un grupo de devotos seguidores suyos que le dieron el nombre de Jina y Jaina. (En la actualidad cuentan sus sectarios con más de un millón y medio de adeptos, individuos todos muy instruidos que construyen muchas escuelas y hospitales.)

Los antecedentes del pensamiento de Vardhamana hay que buscarlos en la filosofía del Samkya en su forma atea, ya que lo corriente es que los jainos nieguen la existencia de un Ser Supremo y conciban al Absoluto como una pluralidad

de almas. Afirman que el mundo es eterno y que existe por sí mismo y admiten en él seis elementos constitutivos: materia, espacio, tiempo, las fuerzas dharma y adhadarma y las almas. El destino de las almas es alcanzar mediante la autodisciplina el estado llamado Jiva para convertirse en un Jina (vencedor). Los individuos que adopten el estado religioso vienen obligados a seguir reglas muy estrictas; los seglares tienen votos menos rigurosos.

Los seguidores de Jina practican una extremada reverencia a la vida orgánica y tienen a los animales un respeto y cariño extraordinarios; barren el suelo que han de pisar a fin de no dañar a cualquier animalillo que pudiera haber; han de colar las bebidas al objeto de no tragarse ningún germen de vida y por el mismo motivo se tapan con una gasa la boca y, desde luego, está rigurosamente prohibido cualquier sacrificio de animales. Para formar parte de la religión de Jina son necesarios los votos de: no matar, castidad, renuncia al placer de objetos externos, no tomar nada que no haya sido dado y no decir falsedades. Los templos jainos son limpios y pintados de brillantes colores, donde los fieles acuden diariamente a practicar un culto consistente sobre todo en ofrendas de flores, incienso y luces.

Es muy posible que el jainismo hubiera servido de precedente al budismo y muy probable que su fundador perteneciera a una secta jaina.

594
(a. J. C.)

La reforma social de Solón. A pesar de las leyes que había dictado Dracón, la lucha de los partidos populares para adueñarse del poder continuaba en Atenas. La nobleza y el pueblo seguían separados cada día más profundamente. En los últimos años del siglo VII antes de J. C., cuando los atenienses habían visto frustrados sus intentos de posesión de la isla de Salamina, Solón, que había viajado por el Mediterráneo y residido bastante tiempo en Jonia, quiso enardecer el espíritu nacional con la publicación de exaltadas poesías en las que criticaba a los magnates nacionales su poco interés en la empresa. Su poética llamada surtió efecto. A su grito de combate respondió una expedición que rescató la isla para Atenas, y que la fábula nos ha pintado dirigida por el propio Solón. No solamente se logró esto, sino que en el año 607 antes de Cristo los atenienses realizaban su primera expedición a ultramar, conquistando Sigea en la ruta del mar Negro. Enardecidos por estas victorias a que les había llevado Solón, decidieron nombrarle árbitro que dirimiera sus querellas, y fue elegido arconte, el año 594, rechazando el poder absoluto que se le ofrecía.

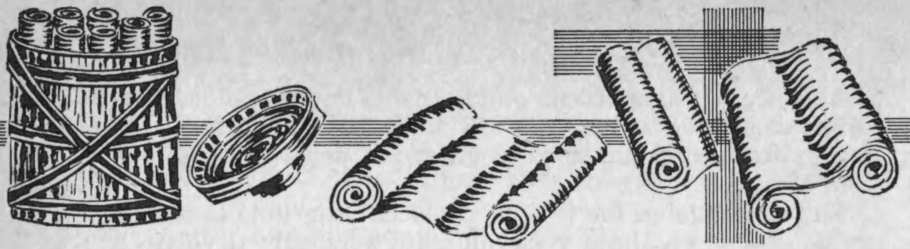
Su primera labor fue la reforma social. Suprimió la prisión por deudas, el vasallaje y servidumbre personal; devolvió a sus dueños las tierras que les habían sido arrebatadas por los acreedores; derogó la ley que permitía tomar prestado bajo fianza de la propia persona, con lo que hizo imposible la esclavitud por deudas, o sea, los siervos de la gleba.

Dividió la población, según sus bienes inmuebles, en cuatro clases de censo: los *pentakosiomedimnos*, que por lo menos recolectaban 500 medidas de productos secos o líquidos; los caballeros con 300 medidas y una yunta; los yunteros, con 200 medidas, y los jornaleros con una cosecha inferior a 200 medidas.

Una vez establecidas estas leyes sociales que fueron un gran paso hacia la democracia ateniense, Solón modificó la constitución política de Atenas. Confió la dirección de los asuntos públicos a los aristócratas ricos, únicos que podían llegar al arcontado, pero al mismo tiempo creó la *ecclesía* o asamblea popular, en la que los atenienses reunidos designaban los cien ciudadanos entre quienes debían elegirse los arcontes. También era la ecclesía quien designaba el Consejo de los Cuatrocientos o *nueva bulé* que ejercía el poder supremo junto con los arcontes. Estableció la *Heliea* o tribunal popular, al que se apelaba contra el fallo de los magistrados. No menos importantes fueron sus reformas económicas que dieron un gran impulso a la agricultura, comercio e industria. Reformó el sistema de pesas y medidas y creó una nueva moneda nacional sustituyendo el patrón de Egina por el de Eubea, lo que enlazó su economía con la colonial de Corinto.

A pesar de la gran importancia de la obra de Solón, continuaban las discrepancias sociales, puesto que el fundamental problema de la tierra quedaba por resolver, y ello era motivo de frecuentes disturbios políticos. Se formó una facción popular de gentes de la montaña dispuestos a resolver su problema con un caudillo, Pisístrato, que actuando como partidario del pueblo, implantó en Atenas un régimen de tiranía que tampoco satisfizo a nadie y que acabó con el triunfo de la democracia ateniense.

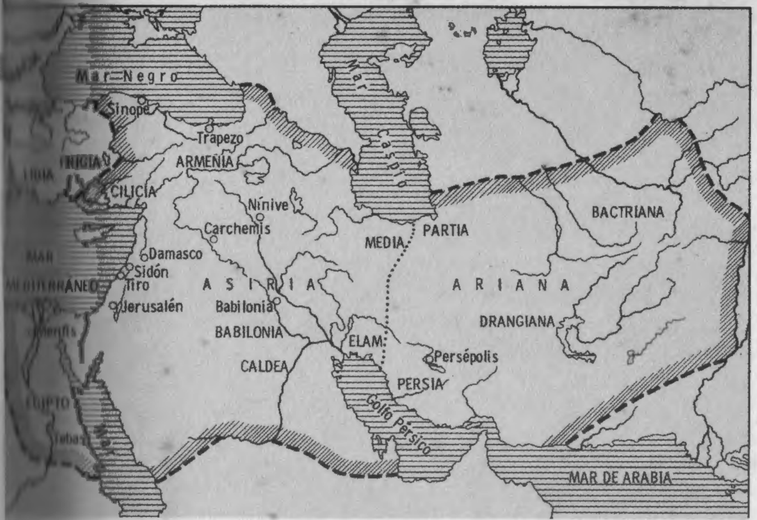
Sin embargo la obra de Solón quedaba arraigada profundamente, pese a los vaivenes históricos, tan azarosos en la Grecia de aquel tiempo.



586
(a. J. C.)

Cautiverio de los hebreos en Babilonia. Durante el período de tiempo que separa la formación del reino de Judá e Israel a la deportación en masa de la población de Jerusalén a Mesopotamia se extiende una época en que la historia política de los judíos está caracterizada por el esfuerzo hecho para asegurar su independencia frente a los colosos que tienen al sur y al este, lo que les lleva a repetidas alianzas con fenicios, sirios e incluso egipcios. En esta época de escaso interés político, el orden de la nación hebrea se hallaba profundamente trastornado. Había abandonado el culto a Yahvé y se le profanaba idolátricamente en público. De esta crisis moral surgieron las mayores figuras del pensamiento religioso hebraico, llamados *nabí* o profetas, entre los que destaca la voz profunda de Isaías increpando el torrente de vicios y pecados que inundaban el pueblo y amenazándole con la ira de Dios y el rigor de su castigo. Isaías quiere inculcar en las conciencias la universalidad de su monoteísmo y dibuja con claridad la figura del Mesías. Mas todos los medios de gracia fueron rechazados y sería menester sufrir el castigo del cautiverio para ver a Yahvé en un plano espiritual y para que su religión adquiriera el contenido ético necesario para su trascendencia histórica.

El año 586, cumpliéndose así la profecía, Nabucodonosor arrasó Jerusalén y deportó su población, cesando así la historia del pueblo hebreo como nación. Se calcula que el número de judíos que pasaron a vivir al país de los caldeos fueron unos 250.000. El palacio real y el templo fueron incendiados y los vasos sagrados llevados como ofrendas a templos paganos. La mayor parte de los judíos deportados formaron colonias en los valles del sur de Mesopotamia, dedicándose a la agricultura, aunque muchos intervinieron también en la vida comercial de Babilonia. Durante la época del cautiverio, cuando deja de tener importancia política la nación hebrea, es cuando afirma su conciencia religiosa y surgen figuras de altos valores morales, no halladas en otros pueblos. En la espiritualidad de estos hombres se refugió la esperanza del retorno y de un porvenir mejor. Cuando disminuía esta



1

Ésta es la tierra (1) de los primeros pueblos donde hasta el siglo XIX se creyó que había estado situado el paraíso terrenal. Algunos de los primeros hechos bíblicos, sin embargo, sí que tuvieron esta tierra por escenario.

Mesopotamia

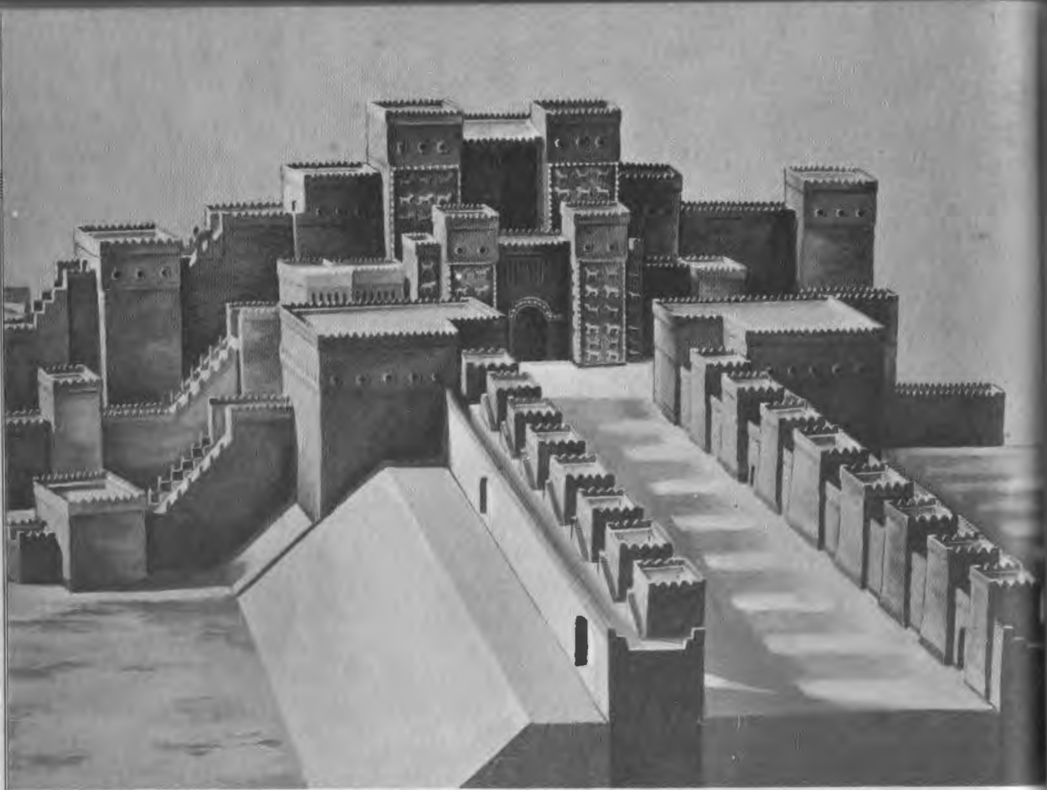
2



Aquí se elevó la torre de Babel (2), desafiante sobre el desierto, y los cautivos hebreos lloraron junto a los ríos de Babilonia (3), recordando a Sión.

3





4

Asiento de las primeras civilizaciones, aquí nació la arquitectura; una arquitectura (4) original y grandiosa, y aquí también la escritura, como huellas de pájaros en "libros" de arcilla (5).



5

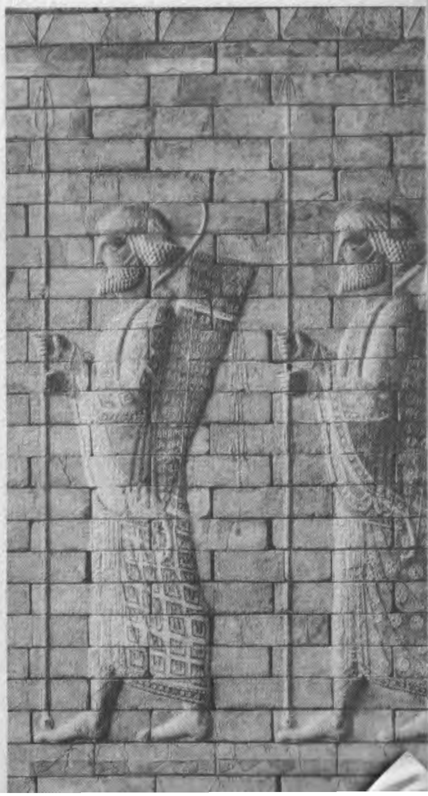
Sobre millares de tablillas se narran las regias cacerías (6), las escenas fastuosas de la corte (7) y las conquistas guerreras (8).

6





7

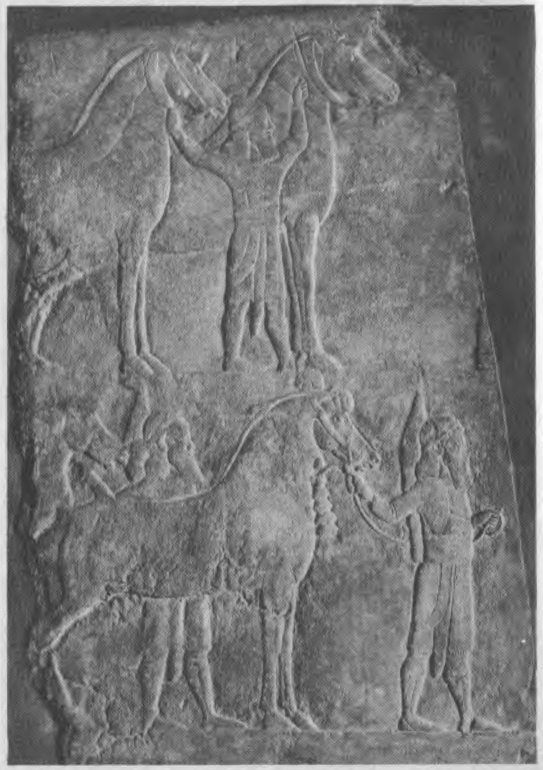


8



9

10



Aquí nació el carro de guerra (9) victorioso en Palestina y en Egipto; aquí, el fogoso caballo (10), ligero como el viento en las extensas llanuras,



11

y el arquero (11) avezado a la flecha en frecuentes cacerías (12).

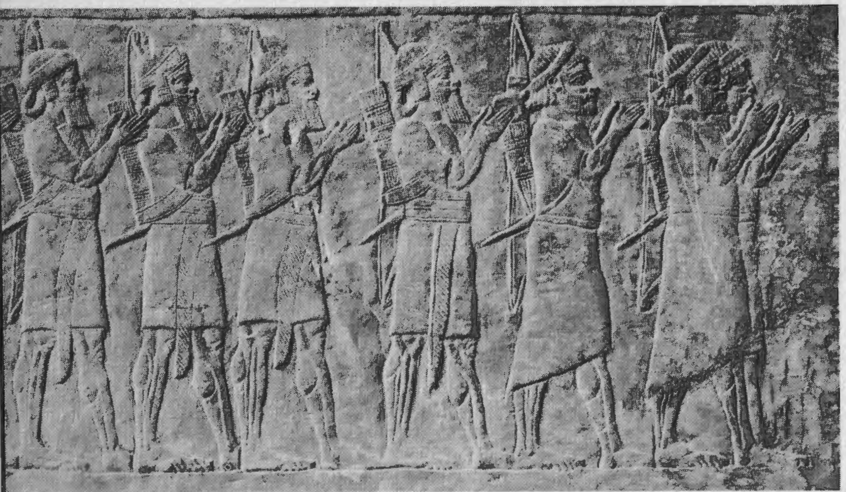
En esta tierra se sucedieron como un oleaje de pueblos, las primeras culturas, a cuyo vasallaje estaban sometidos los vencidos. Aquí nació la esclavitud (13), dura imposición de la victoria.

12



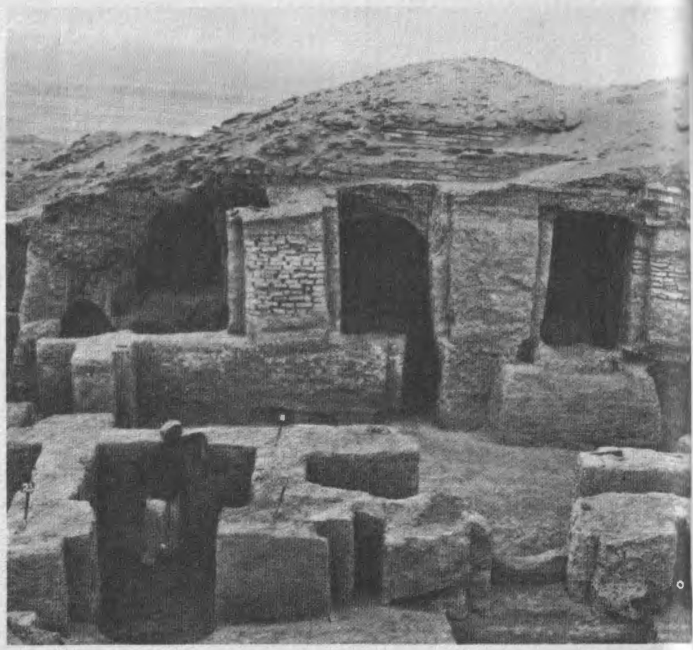
13





14

15



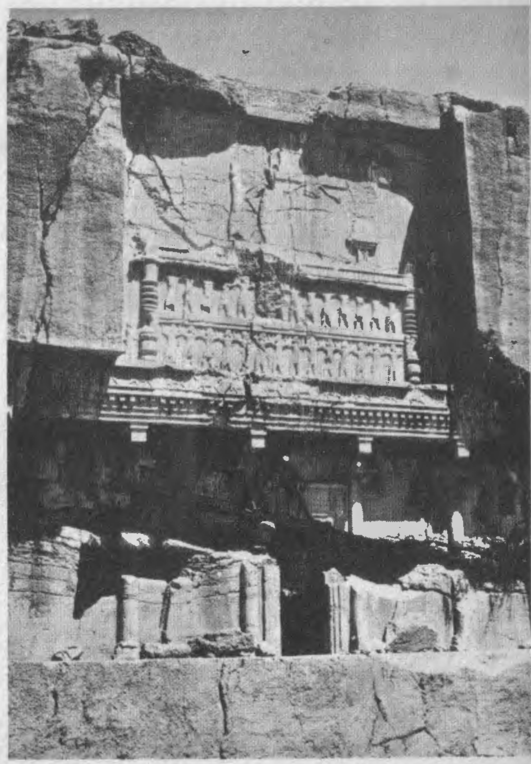
Al paso de los ejércitos (14), la destrozada ciudad (15) quedaba sola, con sus cimientos al sol, hasta que las arenas del desierto los cubrieron durante siglos.

16



De pronto, surgían los genios protectores (16) como un símbolo de paz, a las puertas de los palacios; y se levantaban ciudades y hasta se construían ricas tumbas (17) en las rocas.

17



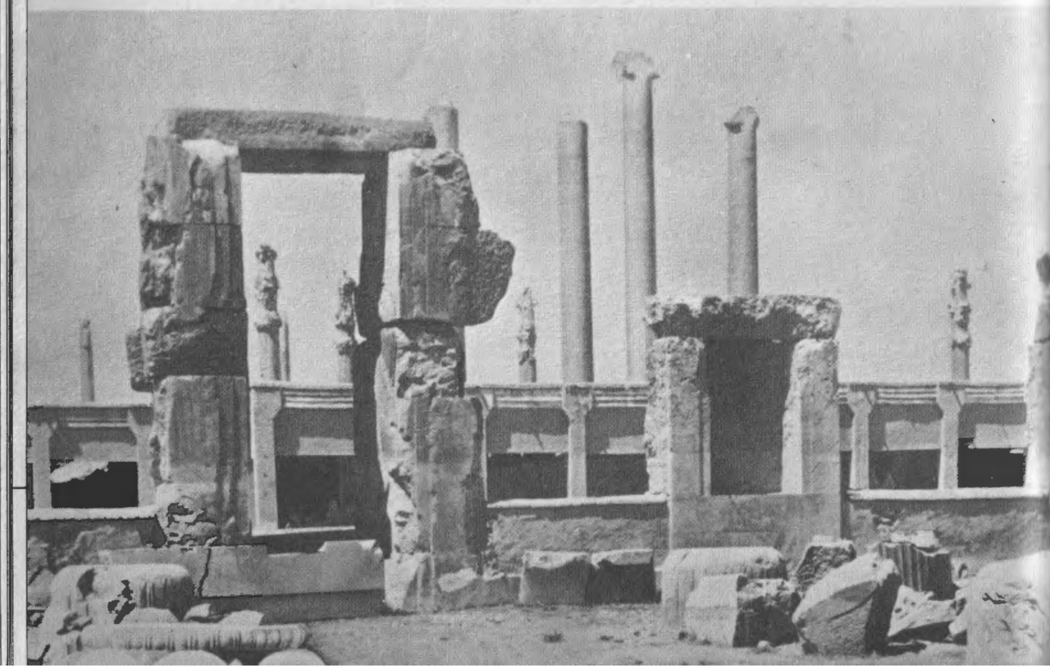


18

Pero de nuevo la destrucción caía sobre los pueblos, y los soldados (18) invadían las comarcas.

Así fue la historia en el Creciente Fértil y éstas (19) las ruinas de las últimas invasiones antiguas.

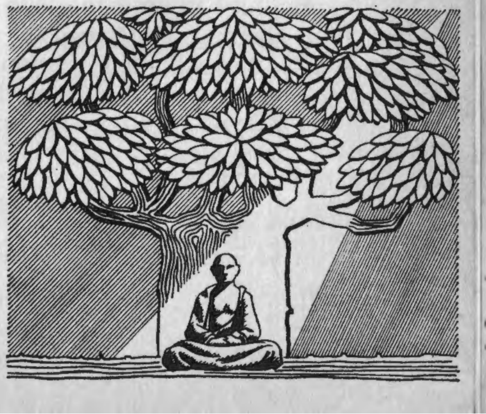
19



confianza se alzaba la voz confortante de un profeta para mantener unido aquel resto de naufragio. Entre éstos son de señalar los nombres de Jeremías y Ezequiel, que presidieron la caída de Jerusalén, y el segundo vivió la cautividad de Babilonia. Ezequiel, enardecido por la idea de Dios, hace con su vigorosa personalidad soportar las penalidades del destierro, y es el que labra el espíritu del nuevo Israel surgido de la desgracia. Bajo su dirección se fijan por escrito la mayor parte de los textos sagrados con el camino indicado por la nueva ley (reforma deuteronomista del año 622 a. de J. C.). Ezequiel es el que da empuje a la doctrina del premio o castigo en la vida de ultratumba y así, en el destierro, los judíos van elaborando la idea de un estado teocrático, bajo la autoridad de la ley de Moisés, que tomaría realidad a partir del año 538 a. de J. C., en que Ciro, rey de Persia, y nuevo dueño del Imperio babilónico, concedió a los hebreos el derecho de poder volver a su país.

563
(a. J. C.)

Buda, el Iluminado. Los textos védicos describen la sociedad y religión de la India en los tiempos anteriores a la predicación de Buda. Los últimos Vedas, los *Brahmanas* y los *Upanishads* reflejan una complicada teoría religiosa y la influencia de la clase social de los brahmanes. En los *Upanishads* se formula la esencia del brahmanismo: existe un dios supremo, Brahma, al que se subordinan todas las demás deidades; el alma individual tiende a la esencia del Universo, *brahman*, y ello no se consigue sino mediante sucesivas transmigraciones a través de las cuales el alma, despojándose de todo lo terreno, puede llegar al aniquilamiento absoluto, *nirvana*. Este sistema religioso, con su ritualismo, convenía a una aristocracia de guerreros y sacerdotes, pero no a los ricos mercaderes y propietarios agrícolas de Bengala, que necesitaban un guía, un apoyo moral que solucionara los vitales proble-



mas de su conciencia. El pensamiento especulativo culminó en la figura de Buda (1) que partiendo del brahmanismo, elaboró una doctrina de salvación.

Buda pertenecía a la familia real de Magadha. Se le conoce también con el nombre de Guatama, porque se consideraba descendiente de este clan y del himalayo de los sakias.

Hacia los treinta años abandonó las comodidades palaciegas para empezar una vida de peregrinaciones y privaciones, a través de las cuales halla el camino de la inmortalidad. Después de un período que se cifra en unos seis años, de dura penitencia y ascetismo, que le valieron el nombre de Sakiamuni, el asceta de los sakias, creyó haber resuelto su problema metafísico y místico. Desde entonces fue el buda, o sea, el «iluminado» con cuyo nombre ha pasado a la historia. Para librarse del materialismo en que desembocaron las religiones antiguas, Buda predicó que el hombre solamente podía alcanzar lo absoluto suprimiendo en sí mismo cuanto le ligaba a la materia. Para sumirse en el Gran Todo, es decir, para hallar el camino de la vida eterna era preciso abandonar todo lo terreno, renunciando a la vida de los sentidos. Este medio de hallar la espiritualidad desembocaba en la negación de la vida, en el pesimismo. El mundo, que el panteísmo consideró como la expresión de la voluntad divina, era para Buda el mal erguido frente al bien, que residía en el espíritu puro, por ello había que rechazar la materia, y decía el Buda: «Lo que yo os explico es que la existencia es dolorosa; que la existencia se produce y se renueva de vida en vida por el deseo; que hay una manera de librarse de la existencia, y que ésta consiste en librarse del deseo». Estas palabras fueron consideradas como las cuatro grandes verdades de su religión.

El budismo es una religión sin dioses; no formula más que una sola creencia: la creencia en el *nirvana*, el aniquilamiento del deseo en todas sus manifestaciones para lograr la fusión del alma con la del Universo. Buda dictó unas normas de conducta y un pentálogo prohibitivo (no matar, no mentir, no cometer adulterio, no robar y no tomar bebidas alcohólicas), mediante lo cual y la meditación se podía llegar al dominio de sí mismo que anula todo deseo y consigue el éxtasis inmaterial, preludio del *nirvana*.

---

(1) Es imprecisa la fecha de su nacimiento. Algunos historiadores dan la de 564-484 a. de J. C.; otros sitúan su muerte en el 527, y hay quien toma como referencia el año 534, fecha en que suponen comenzó su predicación. Las versiones más autorizadas sitúan al «iluminado» a mediados del siglo VI antes de J. C.

El budismo, como puede verse, aparece más que como una religión, como una filosofía negativa de elevada austeridad moral, digna de parangonarse con las grandes concepciones religiosas realizadas en el Próximo Oriente.

551
(a. J. C.)

Confucio. El tiempo en que vivió este gran sabio de China y los inmediatos anteriores, fueron, a la simple luz de la historia, épocas de descomposición y anarquía. China finalizaba su período feudal; vivía un momento histórico de confusión, de movimientos sociales para la emancipación de los siervos; presentaba una sociedad desgarrada por cruentas luchas internas, entre las que se apuntaba el germen de un imperio que haría brotar Huangt-Ti (dinastía Tsing), y florecer Liu Pan (dinastía Han). Estas fueron las características de la China feudal, período turbulento y confuso que, no obstante, no estuvo exento de valores intelectuales y morales, pues en él vivieron Lao-Tsé y Confucio y la mayor parte de los grandes sabios y filósofos de China.

Kung Chin Chung-ni, Confucio, nació el año 551 en el actual Chu-Fu (prov. de Shantung). Era de cuna humilde, su padre era militar y murió al poco de nacer él dejando la familia en situación precaria, por lo que el niño no pudo recibir una muy esmerada educación. Se casó a los 19 años y ocupó un cargo administrativo, pero no debía seguir por la senda de la burocracia ni perseverar mucho en su vida de matrimonio, pues al poco de nacer su hijo, su esposa le abandonó.

Hacia los treinta años surgió en él la «orientación», que podríamos traducir por vocación filosófico-didáctica y desde entonces luchó para conseguir una reforma, en el caos del país, a base de la difusión de la enseñanza y del culto ancestral a los antepasados. La doctrina de Confucio está exenta de éxtasis místicos, es desarrollada a base de la realidad sensible, racional y positiva, ajena a la metafísica. En eso se aparta del idealismo platónico y pesimista del otro gran reformador, Lao-Tsé. En cuanto a los trascendentales problemas de Dios y del «más allá» nunca fue explícito Confucio en sí creía en su existencia, no comprometiéndose nunca en una opinión definitiva, manteniéndose, aquí también, en su «áureo medio». Confucio se preocupa más de la sociedad que del individuo; su doctrina habrá de ser una «religión del Estado». Su moral es primordialmente una moral social, usando únicamente la individualidad como instrumento para sus

至聖先師孔子神位

fines. El mérito de Confucio, como ha dicho Maspero, consiste en haber intuido las líneas fundamentales de una moral individual y haber preparado el terreno a los filósofos chinos que le siguen dando al pueblo chino ocasión para ponerse en contacto con el pensamiento de Occidente (1). Predicó la virtud: «*No hagáis a los demás lo que no queráis os hagan a vosotros mismos*»; pero como su doctrina era racionalista, exenta de promesas, de premio y de castigo, la virtud adquiere en Confucio un valor especial, valor en sí misma, la virtud por la virtud; faceta difícil que nos hace admirar la enorme difusión del confucionismo.

La única preocupación de Confucio por el «más allá» se manifiesta en su reverencia a los muertos. Evidentemente, el sabio poseyó la noción del alma, pero tenía de ella una concepción dualista, por ello consideraba que al alma inferior, que quedaba en la tumba, se le debían solucionar sus necesidades materiales, de ahí las ofrendas y el culto a los antepasados, y de ahí también el deber sagrado de todo chino de engendrar hijos varones para que puedan ofrecer los sacrificios. El alma superior, de esencia ideal, *shen*, no moría tampoco inmediatamente, sino que sobrevivía por períodos más o menos largos, según la categoría del personaje en vida; en relación con estos períodos se desarrollaba el culto de los antepasados para dar al alma mayor supervivencia.

El afán docente de Confucio nació de su creencia de que la ignorancia y las pasiones son lo que hace apartarse al hombre del camino recto. Sin embargo, la ciencia que reclamaba Confucio no podía adquirirse en los libros. No era más que la expresión de una sólida conducta moral y un gran deseo de autoperfección, por lo que desempeñaban un papel muy importante la verdad, la sinceridad y la lealtad a toda prueba. Todo ello lo exigía al gobernante, y así formaría una casta de privilegiados para regir los destinos del Estado.

Toda su doctrina va, pues, encaminada a los conductores de la nación, príncipes y ministros, para que puedan dar una estructura sólida al caos desbordante de la nación china. A pesar de los esfuerzos del «Gran Sabio» para reformar la sociedad, tuvo que abandonar este mundo con la desilusión de no haberlo conseguido. En los últimos días de su vida, China descendió a los extremos de mayor anarquía y confusión como si quisiera demostrar al viejo filósofo que el ideal humano no basta para reformar al mundo. Pero del mar de sangre del

(1) H. Maspero: *La Chine antique*.

feudalismo chino emergió aquella bondad moral que había de ser su inmediato fundamento político. (1).

550
(a. J. C.)

Formación del imperio persa. Durante el segundo milenio antes de Jesucristo, tribus indogermanas emigraron desde las estepas del sur de Rusia al otro lado del mar Caspio, donde se fundieron con los indígenas de aquellas regiones. Simultáneamente a estas invasiones hay las de otros pueblos, igualmente arios, que se establecen en el Azarbaidján y que repetidas veces hicieron presión en el imperio asirio y en el Elam. Su historia es mal conocida hasta el siglo VII antes de Jesucristo; los primeros habitantes de estas regiones, se organizaron en tribus en continua lucha por el poder. En tiempos anteriores a Sargón las tribus medas, situadas en la parte meridional del país al mando de Daiukku y Uvachsatra se unieron formando un pequeño reino con la capital en Hamadan, la Ecbatana de los griegos. Ciaxares II, sucesor de los príncipes que habían llevado a cabo la unión, alcanzó el año 612, aliado con los babilonios, una gran victoria sobre los asirios conquistando Nínive, la capital.

Este gran caudillo, Ciaxares, llevó a su mayor esplendor el imperio de los medos incluyendo muy pronto en él la Armenia, Asiria, parte del Elam y el país de los sagartios. Su sucesor Astiages fue en los comienzos de su reinado de una gran firmeza, pero entregóse en seguida a una vida disipada, llena de molicie y placeres refinados, a lo que contribuyó la cantidad de tesoros tomados como botín en los países conquistados. Su autoridad se quebrantó ante la visión de sus vicios y voluptuosidad, y sus súbditos, descontentos de su proceder, serían quienes harían posible el triunfo de los persas.

La historia de Persia empieza con la desaparición del imperio medio, mejor dicho, englobando el territorio de quienes habían sido feudatarios. La comarca de Persia, cuna del que había de ser gran imperio persa, es áspera y montañosa, de clima tropical seco en las zonas costeras, pero los valles y llanuras interiores, abundantes en agua, son feraces y de clima más suave. Los habitantes del país, aislados por las altas cordilleras, habían vivido durante largo tiempo en estado primitivo, organizados en comunidades reducidas, dedicados al

(1) Es interesante reseñar aquí que en febrero de 1934 Chiang Kai Shek dio vida a un movimiento llamado «movimiento de la nueva vida» (schin shenghuo), basado en cuatro virtudes confucianas: cortesanía, justicia, frugalidad y prudencia.

trabajo agrícola, acostumbrados a una vida sencilla, que no conocía el lujo ni las riquezas y que les haría aptos para la gran empresa de conquistar el Asia.

Herodoto nos habla de diez tribus persas; las de los *pasargadas, marafios y maspios* englobaron a la nobleza, y en las restantes tribus agrupáronse la gente agrícola y los nómadas. Las distintas tribus estaban dominadas por pequeños príncipes hasta que Aquemes las reunió en un reino dependiente de la Media. Los hijos de los magnates feudatarios se educaban en Ecbatana, lo que nos explica por qué Ciro pasó allí su juventud.

Ciro era hijo de Mandane, según la tradición meda transmitida por Herodoto y Jenofonte, hija de Astiages. La leyenda del proyectado asesinato de Ciro por su abuelo, debe ser falsa porque si es cierto que Astiages no tuvo hijos varones, y según autores armenios y Jenofonte, tuvo uno, Ciaxares, debía, siguiendo la ley natural, dejar el trono a su nieto. Seguramente esto fue una astucia inventada por los medos al ser vencidos, para demostrar que el vencedor era de su misma estirpe. Lo cierto es que Ciro, de la tribu de los pasargadas, de idéntico origen racial que los medos, convenció a las tribus persas de las ventajas que reportaría la sumisión de la Media y concertó una alianza con Tigranes, rey de Armenia, para luchar contra el rey medo Astiages. Los medos fueron derrotados y su rey Astiages hecho prisionero (550 a. de J. C.). En el lugar de la victoria, Ciro hizo construir una ciudad, Pasargada. Las mujeres persas acompañaron a las tropas infundiéndoles ánimo y de aquí radicó la costumbre de que cada mujer que se presentaba al monarca persa, cuando residía en Pasargada, era obsequiada con 20 dracmas de oro.

Así fue como la dinastía persa de los aqueménidas sustituyó a la de los medos, pero no por ello el imperio se disgregó, frustrando así las esperanzas de Babilonia: se limitó únicamente a cambiar de nombre. Ciro casó con una hija del rey vencido para legitimar así su conquista; se anexionó el resto del Elam, y Susa quedó convertida en la capital de su imperio. Con sucesivas conquistas en menos de 25 años, el imperio persa se hizo dueño del Próximo Oriente.

540
(a. J. C.)

La Aristocracia espartana. El activo comercio de las ciudades marítimas de Grecia había dado gran incremento a la industria artesana que suplantó a la economía eminentemente agrícola que hasta entonces había venido desarrollando; esto llevó consigo un incremento de la riqueza monetaria y el nacimiento de una nueva clase social: la burguesía.

Mientras que las ciudades marítimas de Grecia adquirían este gran desarrollo y evolución política, Esparta y las ciudades dóricas cretenses permanecían estancadas en una constitución política más primitiva. La ciudad de Esparta, comunidad dórica formada por la unión de cinco aldeas (Pitane, Mesoa, Limnai, Kynosura y Dyme), que sojuzgó a la población aquea que habitaba la región reduciéndola a la servidumbre de la gleba, se erigió en el principal centro urbano de Laconia y orientó su política hacia una constante actividad guerrera ya que, tanto la conducta como la educación que se exigía a los ciudadanos libres, iban dirigidas a la máxima eficiencia militar. A fines del siglo VIII los espartanos lograron la conquista de Mesenia, lo que representaba su supremacía militar en el Peloponeso hasta la batalla de Leuctra, pero que mantuvo despierto contra ellos el odio de los pueblos dominados. Como al tiempo que Esparta alcanzaron gran incremento otras ciudades dorias (Corinto, Megara, Argos), la aristocracia espartana conducida por Chilón (540?) redobla sus esfuerzos para mantener su pujanza militar con objeto de poder dominar a los pueblos sometidos. Así, sacrificó su posibilidad de convertirse en potencia mercantil para conservar su desigualdad social y dar al Estado una economía eminentemente agrícola y militar, explicación de su rigurosa disciplina.

Cada espartano era propietario de tierras *(kleros)* y soldado. La tierra era cultivada por los *hilotas* (servidores de la gleba), en situación política pésima, e ignorados por la ley. Otra clase social era la de los *periecos* que si bien no gozaban de libertad política podían, en cambio, dedicarse al comercio y poseían un estatuto civil. Los ciudadanos pertenecían a la comunidad militar desde los veinte a los sesenta años. A los siete años los niños eran separados de sus familias para empezar la preparación militar. La mayor parte de su vida transcurría al aire libre, practicando ejercicios gimnásticos y militares hasta la edad de veinte años en que debían pasar la prueba definitiva *(criptia)* para ingresar en el ejército: durante varios meses debían vivir aislados en los campos cual anima-



les salvajes. Se inculcaba a los jóvenes la austeridad en todos sus órdenes, debiendo ser parcos en las comidas, que se hacían en comunidad *(fiditia)*, y concisos en el habla (laconismo). Se vigilaba estrechamente la educación de la mujer, se disolvían los matrimonios estériles y se suprimían los hijos no sanos.

El Estado espartano se rigió desde sus comienzos por dos reyes pertenecientes a las dinastías rivales de los Agiadas y los Europintidas, que se mantuvieron aun después del triunfo de la aristocracia. Existían dos asambleas: la *Gerusía*, formada por 28 ciudadanos nobles, *gerontes*, mayores de 60 años, y la asamblea popular, *Apella*, que reunía a todos los ciudadanos libres mayores de treinta años; ellos aprobaban o rechazaban, sin debate, las determinaciones de la Gerusía. Poco a poco la jurisdicción civil pasó a manos de los *éforos* (en número de cinco), que si bien nominalmente eran elegidos por la Apella, en realidad eran los *gerontes* quienes imponían siempre su candidatura. En sus comienzos fueron creados para eliminar las continuas discordias entre las dos familias reinantes y para solucionar las querellas civiles surgidas cuando los monarcas estaban en campaña. Con el tiempo su cargo se hizo permanente; intervenían en el derecho familiar y en la atribución del *kleros*, tenían amplios poderes sobre los periecos e hilotas, negociaban la paz y dirigían verdaderamente la política espartana.

La tradición ha mantenido durante muchos años a la figura de Licurgo como el verdadero legislador de las instituciones espartanas. Primero se creía que había copiado sus leyes de Creta, y luego que el oráculo de Delfos había inspirado su obra; pero la crítica histórica de hoy demuestra que la figura de Licurgo no es más que una de las bellas leyendas de la primitiva historia de Esparta, no habiendo más que Herodoto que lo nombre y aun de una manera muy quimérica. Parece que fueron los nobles espartanos quienes crearon la fábula para dar realce a sus instituciones sin importarles las discrepancias cronológicas.

540
(a. J. C.)

Expansión de los etruscos. Desde la más remota antigüedad se vienen trasmitiendo dos teorías diversas, mantenidas ya por Dionisio de Halicarnaso, para explicar el origen de los etruscos: Según la teoría indígena, fueron la población autóctona de Italia; en cambio la otra, de origen griego, sostiene que los etruscos eran oriundos del Egeo oriental. Tampoco faltan autores modernos que apuntan la idea de su procedencia centroeuropea. Con esta diversidad de criterios la crítica histórica se encuentra falta de datos para inclinarse hacia unos u otros, y el origen étnico de este pueblo continúa siendo hoy por hoy un arcano. Debemos remontarnos a aquellos habitantes de las terramaras que durante la Edad Media habitaron el valle del Po, y que desde allí se extendieron a la región de Etruria o Toscana, que de ellos recibió su nombre, y donde, con certeza, estaban establecidos en el año 800 antes de Jesucristo. En los monumentos y manifestaciones pictóricas se les presenta como individuos de baja estatura, con extremidades cortas y robustas, de cabeza grande, configuración que les aleja de la esbeltez característica de los romanos y helenos.

Las mismas dificultades que se presentan para conocer el origen, los hallamos para descifrar su lengua, pudiéndose apenas establecer la certeza de que pertenece al grupo indogermano. A pesar de conocer el alfabeto y de poseer gran número de inscripciones, la escasez de las bilingües dificulta el trabajo. Lo poco conocido proviene de leyendas, cuya interpretación surge espontánea del grabado que la acompaña y de unas pocas bilingües que son de escaso interés. El conocimiento de la lengua facilitaría el uso de las fuentes literarias que prestarían material para el conocimiento de la vida y mitología etruscas.

La religión recibió influencias griegas e itálicas y hubo también las divinidades propiamente etruscas. A la cúspide de la jerarquía mitológica se hallaba la trinidad: Tinia, Uni y Menrua, identificados con los Júpiter, Juno y Minerva romanos. El poder de estos dioses superiores era eminentemente destructor y entre las divinidades inferiores eran admitidas las que se alegraban del mal de los hombres. El culto de esta religión era cruel y traía consigo el sacrificio de los prisioneros de guerra. Se admitía la existencia de un infierno lleno de horrores, con su dios Mantus, del cual los hombres podían librarse con la práctica de complicados ritos, ceremonias y sa-

crificios conocidos por las pinturas y bajos relieves hallados en tumbas. Los sacerdotes ejercían una gran influencia política porque eran los intérpretes de la voluntad de los dioses por medio de los signos de la naturaleza: según el vuelo de determinadas aves conocían el éxito o fracaso de una empresa; examinando las entrañas de los animales sacrificados y el rayo, pronosticaban el porvenir, etc. Los sacerdotes se elegían entre las familias nobles y anualmente.

La nobleza fue el árbitro de la vida política etrusca, y de entre las familias a ella pertenecientes se elegían los jefes llamados *lucumones*, de los que se formaba el senado gobernador de las ciudades. Los individuos destinados a ocupar cargos relevantes se debían elegir también entre las familias nobles. La dignidad más importante era la de rey, que parece no era de tipo hereditario y tenía un poder muy limitado por los nobles.

En sus comienzos políticos los etruscos estarían divididos en pueblos, respondiendo al fraccionamiento geográfico del país, que dieron lugar más tarde a las típicas ciudades-estado. las más importantes de las cuales, Vetulonia y Tarquinies, dirigieron el avance de la nación hacia el sur de la península. El comienzo de esta expansión es costumbre situarlo a mediados del siglo VII a. de Jesucristo con la conquista de Lacio, en el cual la *urbs* romana ni siquiera tenía nombre propio, no siendo más que un agregado de aldeas de pastores. Los etruscos fueron los que labraron su posterior grandeza, y a partir de sus reyes es cuando la historia romana empieza a tener visos de realidad. Rumon (Roma), la ciudad del río, se convirtió en la ciudad más importante del Lacio, destinada a ser el puente etrusco entre Etruria y Campania. Los tres últimos reyes de Roma, Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio, se han identificado con nombres etruscos. Tarquinio responde a la denominación etrusca de Tarchu; Servio Tulio, se ha unificado con el héroe etrusco Mastarna, en una pintura mural de Vulci, y Cneo Tarquinio de Roma, es el etrusco Cneve Tarchu Rumach.

Dueños de todo el Lacio sometieron también la Campania donde tenían sus colonias los griegos hacía más de un siglo y de donde provienen las influencias helénicas en la cultura y arte etruscos. Pronto surgió la rivalidad entre los dos pueblos, lo que obligó a los etruscos a buscar la alianza de los cartagineses con la ayuda de los cuales infligieron a los foceos la derrota de Alalia (540 a. de J. C.) que consolidó el dominio etrusco en la Campania.

A fines del siglo VI antes de Jesucristo, inician su expansión por el norte, conquistando Bolonia, al otro lado de los Apeninos. Su imperio alcanzó el valle del Po, pero no dominaron el Piamonte. Las capitales del imperio etrusco fueron al Norte, Felsina y al Sur, en la Campania, Capua.

Al finalizar el siglo VI a. de J. C., se encuentran los primeros inicios de la decadencia etrusca. El año 509 la revolución republicana romana hace que esta ciudad se sacuda el yugo etrusco. En el siglo V, los etruscos hubieron de hacer frente a los griegos, que en Cumas (año 474) destrozaron su flota, al tiempo que sus ciudades caían en manos de los samnitas, en cuyo poder permanecieron durante todo el siglo V, a fines del cual penetraron los galos por el valle del Po, y a su paso sucumbieron los últimos reductos del poderío etrusco.

526 (a. J. C.)

La conquista persa de Egipto. El Egipto de las últimas dinastías no era ya una nación fuerte: había caído en una vacuidad espiritual con la única y exclusiva preocupación del otro mundo y la proximidad de un final apocalíptico que permitió que el país fuera invadido inexorablemente. En el transcurso de su historia, Egipto fue perdiendo capacidades; ya no era un pueblo creador, científico y técnico cuando descubrió la justicia social; y dejó de valorizar al individuo cuando descubrió la universalidad del dios. No se hacía más que resaltar con machacona insistencia la existencia de un pasado glorioso y consagrarle una conmemoración ritualista.

El país estaba dividido en pequeños Estados independientes entre sí y con escasas relaciones comerciales. Las guerras civiles se multiplicaban y Tebas y Herakleópolis se disputaban el poder. Un intento de unificación del delta desfalleció ante el ataque de Pi-ankhi, etíope que gobernaba el Sudán y la Nubia. Pi-ankhi conquistó el país y rematada su obra por su hijo, Shabaka, restableció el orden en un Egipto decadente y sofisticado. Pero, la labor de los faraones etíopes se desvaneció ante el poder invasor de los asirios en la persona de su rey Asurbanipal, que expulsó de Tebas al último rey etíope Tanutamón.



Cundió pronto la protesta contra la dominación asiria, y un príncipe del delta, Psamético, restableció la unidad en Egipto aprovechando los disturbios de Babilonia. Así se estableció la dominación saíta que ocupó la dinastía XXVI, cuyos faraones protegieron el comercio, particularmente en la región laboriosa del delta, en donde se aposentaron mercaderes jonios y griegos, en tanto que la seguridad del Estado y la propia del faraón estaba confiada a los soldados mercenarios. Tal era el Egipto inmediato a la conquista persa: una nación envejecida, a la sombra de un pasado fuerte y rico en triunfos.

Cuando el imperio persa ocupó el puesto en la historia que hasta entonces había correspondido a los medos, cambió la faz del mundo. Contra el monarca persa Ciro se formó una coalición entre Creso de Lidia, Nabonedo de Babilonia y Amasis de Egipto. Sin embargo, la coalición tuvo un sesgo muy distinto a lo que imaginaron sus componentes. En el año 539 a. de Jesucristo, cayó Babilonia y Ciro más tarde completó la sumisión de Asia desde el Mediterráneo al Indo.

Muerto Ciro, en lucha con los masagetas, su hijo Cambises se preparó para la conquista con la habilidad de atraerse a su causa a Polícrates de Samos, hasta entonces fiel aliado de Amasis de Egipto. Esta fue su primera táctica ventajosa. La segunda fue la elección para el encuentro: en el momento de la muerte de Amasis. Su sucesor Psamético III, rodeado de traidores apenas pudo hacer frente al ataque que se realizó cerca de Pelusium. Sólo Menfis opuso resistencia y hubo de ser tomada al asalto. Cambises, al igual que Ciro en Babilonia, presentóse en Egipto como sucesor legítimo de los faraones. Así vemos que la dinastía XXVII de Cambises, lo acepta como heredero de Homs y Amón, figurando en las listas reales a continuación de la saíta. Los egipcios nos han pintado a Cambises como a un tirano demente, y unido esto a la tradición persa de que era un personaje colérico, podemos pensar que en su descripción hay un fondo de verdad.

Con los persas se hundió el último destello de independencia de la Tierra Negra, que si bien había de conocer aún períodos de prosperidad económica y auge cultural, perdía para siempre el signo de aislamiento y hegemonía autóctona, propios de su época de gran imperio.

522
(a. J. C.)

Religión persa: Zaratustra. En realidad siempre que se habla tanto de cultura como de religión persa, se da a entender la de todo el país del Irán, aunque el pueblo más poderoso,

desde el punto de vista político, diera luego el nombre a todo el territorio iranio. Todo el conocimiento que de esta religión, persa o iraní, tenemos, proviene del *Avesta,* colección de composiciones religiosas, que no son más que una pequeña parte de los libros que lo constituyeron. Según una tradición persa el *Avesta* se escribió en caracteres de oro sobre 12.000 pieles de buey; se hicieron dos ejemplares, uno se guardó en el archivo de Persépolis y el otro pasó a formar parte del tesoro real de Shiz. Todo ello no puede tener más índole de veracidad que el de una simple leyenda. La parte que hasta hoy nos ha llegado del *Avesta* está dividida en cinco libros: *Yasna, Vispered, Vendidad, Yasth* y *Khrorda Avesta.*

Zaratustra, llamado por los griegos *Zoroastro,* ocupa el lugar central en el *Avesta* y es considerado como el propagador de la religión zoroástrica o mazdeísmo. Sobre su figura circulan tal multitud de leyendas, que casi darían pie a juzgarle como un mito, pero el que esté nombrado en multitud de documentos antiguos nos autoriza a considerarle como un hombre real. El nombre está compuesto de dos palabras: *Zarathustra,* y puede traducirse como «el hombre de los camellos viejos». La tradición persa nos relata que murió de muerte violenta ante el altar de fuego. No menores son las dudas al tratar de la época en que Zaratustra desarrolló su doctrina. Se ha convenido hacerle contemporáneo de Darío; sin embargo, Xanthos de Sardes, historiador griego, contemporáneo de Darío y de Jerjes, le sitúa 600 años antes de la expedición de Jerjes, y Aristóteles supone que existió 6.000 años antes de la muerte de Platón. Tal discrepancia de datos complican aún más el señalar la época exacta. La misma dificultad se plantea para determinar su lugar de origen, pues mientras la tradición persa le hace oriundo del occidente de Irán, no falta quien señale la parte meridional del mismo, en la ciudad de Raghai, lo que sacamos del *Avesta* no confirma esta teoría ya que la lengua en que está redactado pertenece al grupo norte-oriental.

La reforma religiosa de Zaratustra es producto del carácter nacional iranio y de la constitución del país. Construye su sistema religioso teniendo como base la antigua religión natural. El principio fundamental es la oposición entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal. Zaratustra llama al Ser Supremo *Ahuramazdah* (en griego, Oromazes), *Ormuz* (Sabio Señor), principio del bien. A él se le atribuyen la creación espiritual y material; es el padre de la Verdad, del Recto Sentir y

de la Docilidad. No hay claridad absoluta en si la concepción de la divinidad en Zaratustra es monoteísta o dualista. Parece que se inclinaría hacia una sola divinidad creadora, porque rechaza los dioses populares; pero ante el problema del mal moral encuentra la solución admitiendo dos principios eternos y opuestos por su misma naturaleza.

Designa las potencias del mal con el nombre de *daeva* «dioses», que era como se nombraban las antiguas divinidades. A este competidor de Ormuz le llamó *Angramanius, Ariman,* y a su lado una personificación femenina, Druj (Mentira).

El ser humano, como clave de la creación, y, dotado de inteligencia y voluntad, puede inclinarse hacia el Sabio Señor, o hacia su competidor, y por ello Zaratustra divide el destino de los hombres en dos campos opuestos que designa como ejército de la Verdad (representado por los habitantes sedentarios que viven del cultivo de los campos) y ejército de la Mentira (los nómadas merodeadores). El carácter social de su reforma se desprende de esta división que fue un intento de fijar las tribus errantes, de acabar la lucha entre el desierto y el terreno fértil, que se repite en todo el Irán.

Zaratustra trató de inculcar a los hombres la responsabilidad de que se sometan a la ley moral interna y externamente; para ello recomienda que nada mejor que combatir al lado del Sabio Señor con la lealtad y la sinceridad y lo hace de tal modo que la doctrina de la verdad ha sido su punto básico. Frente a estos deberes de lealtad, justicia, verdad, trabajo y defensa social el culto externo ocupa un lugar secundario. El culto del fuego, que debía convertirse en el centro de la piedad mazdea, se menciona únicamente una sola vez. El concepto ético-social de la doctrina de Zaratustra se prestó mucho para su gran expansión. Como carecía de culto externo se tomó, más que como una religión, como un sistema teológico-filosófico, que fue elaborándose a través de los magos, que formaban parte del personal culto de la nación.

522
(a. J. C.)

Imperio universal de Darío I. Cuando Cambises, sucesor de Ciro y unificador del imperio medo-persa, se hallaba en Egipto, vencedor en su conquista, la nación persa, aprovechando su prolongada ausencia, se sublevó contra la política monárquica centralista. De regreso a su país, en Siria, agudizada su enfermedad (se le supone epiléptico) y preso de la desesperación, se suicidó (522).



El medo Darío (1), consejero de Cambises enviado por él para reprimir la rebelión, enterado de la muerte del soberano se proclamó rey de Persia. Darío se convirtió así en caudillo de la reacción feudal, ya que no otra cosa había sido la insurrección durante la ausencia de Cambises; pero tuvo la suficiente prudencia y táctica para hacer de aquella nobleza feudal su instrumento de gobierno en las provincias, satrapías, que figurara entre sus consejeros y que conservara sus privilegios con lo que la convirtió en la más fiel aliada de la corona, y su principal apoyo para el logro de su concepto universal del Imperio. Los siete primeros años tuvo que sofocar infinidad de rebeliones promovidas por pretendientes al trono; pero vencedor en todas ellas pudo restablecer la unidad del imperio al tiempo que lo ampliaba por el Este y el Oeste. Por Oriente, Darío, llegó hasta el Penjab, haciendo tributarios a varios príncipes indios. Por el Occidente, dirigió una expedición a la Escitia en la que si no pudo ver realizados sus propósitos, sí que aumentó su autoridad en Macedonia.

Darío comprendió que tan colosal imperio formado por intereses y nacionalidades diversas sólo podían mantenerlo una organización y táctica singulares. Se transformó en emperador delegado de los dioses, de tendencia universal, no un déspota representante de su dios nacional; en Persia impetró a Ormuz; en Babilonia, a Marduk; en Egipto a Amón. El gran Imperio, que abarcaba desde el Indo a los Dardanelos, quedó dividido en veintitrés (más adelante treinta y una) satrapías (especie de provincias), puestas al mando de un sátrapa (gobernador), encargado de mantener el orden y la seguridad y de cobrar los impuestos. Junto al sátrapa ejercían el poder un general que mandaba el ejército, *karanos,* del que dependían los alcaides de las fortalezas, y un canciller de policía. El sátrapa debía gobernar el país según las leyes existentes en el mismo y su administración local y respetar su idioma; de este

(1) Para más detalles sobre este monarca, véase el apartado: 490, a. de J. C. *Batalla de Maratón.*

modo sus súbditos no vieron interrumpidas sus tradiciones. Únicamente en Egipto se moderó la política democrática de la reforma saíta y se publicó un código gubernamental, el más importante de la antigüedad desde Hammurabi. Para mantener el ejército permanente (los Inmortales) de arqueros y lanceros, y para engrosar los caudales del imperio, que cuidaba de la construcción de monumentos, cada satrapía debía pagar su contribución fijada en un diez por ciento de la renta rústica. Darío mandó construir una enorme calzada desde Sardes a Susa (más de 2.400 kilómetros de longitud), que era constantemente recorrida por los emisarios reales que traían la información de las diversas satrapías y a través de las cuales Darío dictaba sus órdenes y sentencias.

A fin de intensificar la actividad comercial Darío hizo acuñar una moneda común en todo el imperio; la moneda de oro o *dareica* de 8,40 gramos, con la efigie del rey con arco y lanza, y otra de plata. Además, en cada provincia se acuñó una moneda especial propia, para el comercio interior, pero que a los efectos de contribución no era considerada más que como metal en bruto. Esta unidad monetaria, completada con la unificación del sistema de pesas y medidas al patrón babilónico, demuestran el enorme interés de Darío de incrementar el comercio.

La colosal majestad de las instituciones de Darío han pasado a la Historia como un modelo de táctica y habilidad política por la paz estable y duradera que proporcionaron reduciendo el anárquico particularismo antiguo a una concepción unitaria que, con ligeras modificaciones, perduró hasta la destrucción del imperio sasánida (651 a. de J. C.) por los árabes.

490
(a. J. C.)

Batalla de Maratón. Las viejas ciudades griegas de la Jonia asiática (1) alcanzaron a partir del siglo VII antes de Jesucristo, el período de máximo florecimiento material e intelectual. Fueron el verdadero punto de partida del comercio y colonizaciones griegas, y este tráfico las había hecho poseedoras de gran cantidad de conocimientos teóricos y prácticos.

---

(1) La denominación de Jonia se aplicó en un principio al Ática después de la invasión de los jonios, pero más comúnmente se aplica a la zona costera oriental de Asia Menor e islas adyacentes. Recibió este nombre cuando la población jonia fue expulsada de Grecia por la dórica y se refugió en Asia Menor. Las ciudades más importantes fueron: Mileto, Éfeso, Teos, Focea, Lesbos, Chíos, Samos, Sardes, Clazomene, Halicarnaso, Cnido, etc.



1

Grecia

El pueblo griego tuvo una verdadera obsesión por la belleza. El Partenón (1) es una prueba de ello.

Lo mismo cuando esculpían una diosa (2) qué cuando pintaba un vaso (3) o una crátera (4), los griegos se proponían hacer una obra bella.



2

3



4

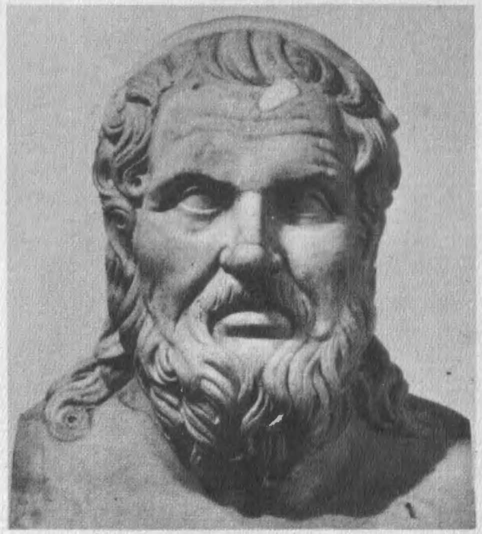




5



6



7

Encarnada la belleza en Afrodita (5) y Atenea (6), los filósofos (7) en el ágora la ensalzaron con sutiles argumentos.

Hasta el lanzador de disco (8) parece más atento en guardar una compostura estética que en conseguir la victoria en los juegos olímpicos. Los juegos y la guerra fueron asimismo otra constante pasión del pueblo griego. Por ello deificaron a la victoria (9), para tener más propicio el don de conseguirla.



9

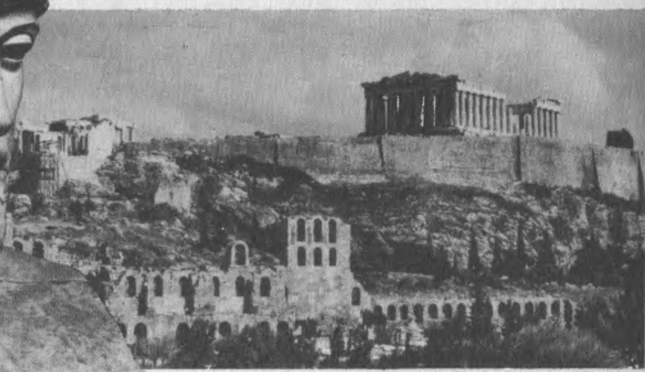
8



13



La acrópolis (10) recién estrenada con los nuevos templos (11) y teatros (12) que aquel hombre grande en un siglo de grandes hombres, Pericles (13), había mandado construir, era el reflejo de una ciudad rica y populosa.

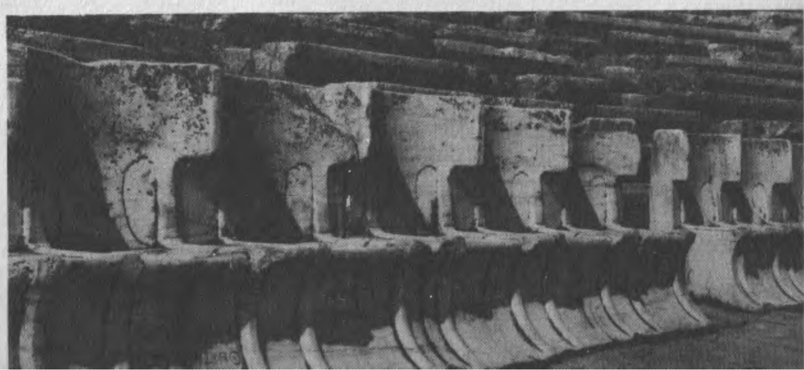


10

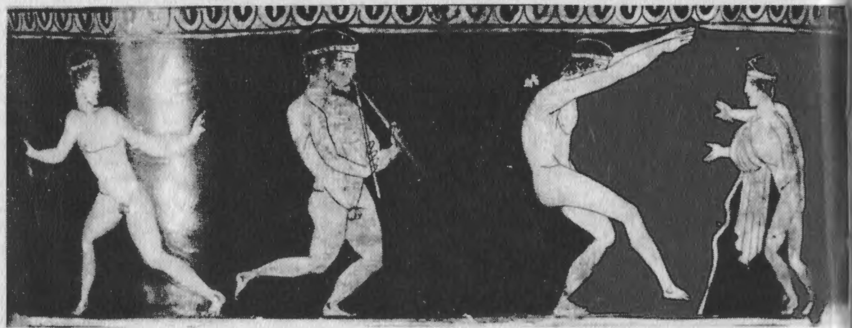


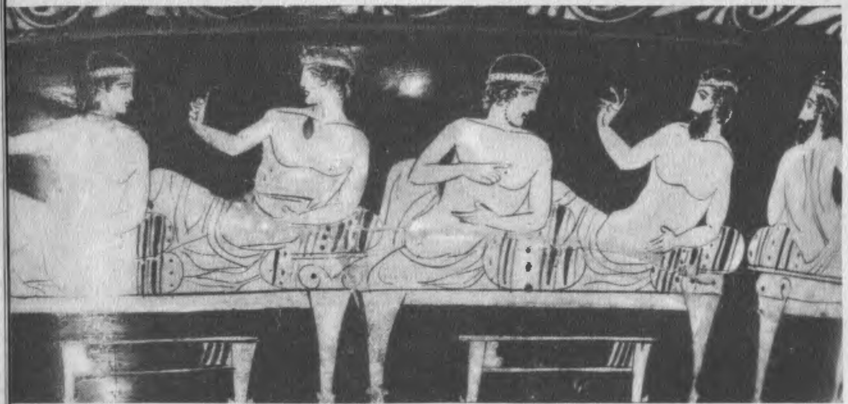
11

12



14





15

Alegres danzas (14) y vistosos banquetes (15), en los que los aedas evocaban a los héroes homéricos y se escanciaba oloroso vino en perfumados vasos (16 y 17), daban la sensación de una nación en paz.



16



17

Pero no era así. La guerra llamaba a las puertas de Grecia con imperio de diosa, y para los griegos era tan bello morir en el combate (18) como elevar esbeltas columnas (19) para un templo de Zeus.



18

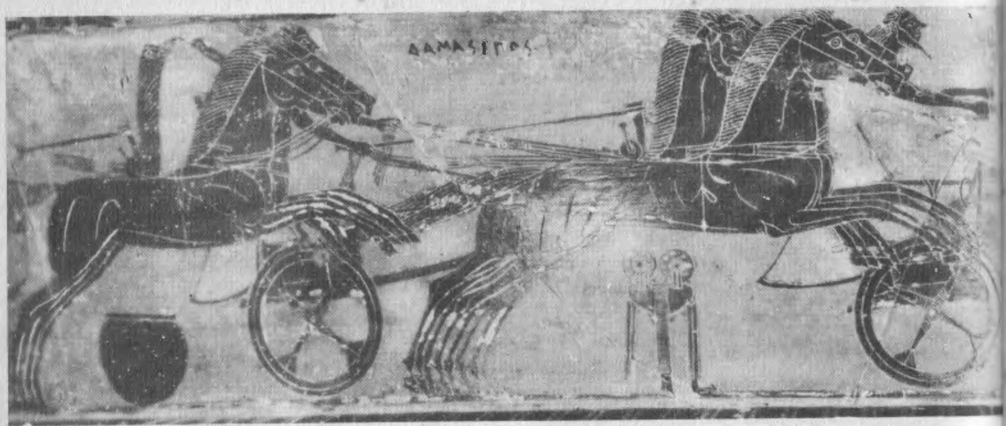
19





20

21



Los preparativos bélicos (20 y 21) tenían gran semejanza con los que en otro tiempo realizaran los héroes de Troya, y las muchachas se entristecían ante la partida de la juventud griega, tal como parece demostrar este rostro adolescente (22).

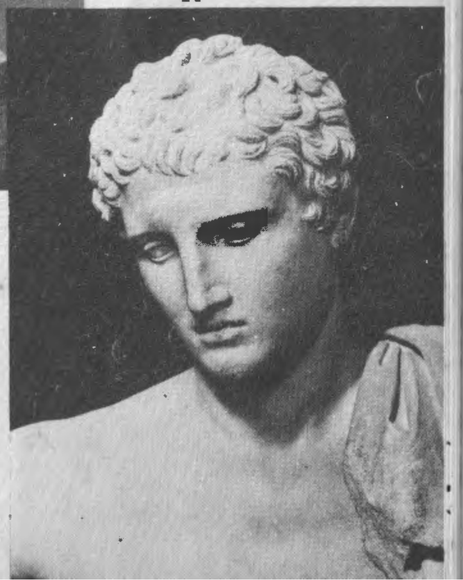
22





23

24



Pero el fiero Ares, dios de la guerra (23), que no conoce demora, se imponía, y los efebos (24) salían para el campo de combate con la fuerza y astucia ya proverbiales en la historia griega.



25



26

En esta llanura, por ejemplo, la de Maratón (25), se luchó por la supervivencia de Grecia sobre Persia. Y he aquí que un soldado (26), Fedípides, cobró celebrado renombre, no por la victoria, sino por ir a anunciarla a Atenas.



28

Luego todo seguía igual y terminaba como suelen terminar todas las guerras: una ciudad en ruinas (27) y una mujer, en mármol (28), que llora su soledad.

27





29

Con Alejandro (29) es cuando a Grecia le nacen alas de imperio. Las puertas de Asia se le abren con la batalla de Isos (30) y, como un torrente, se desparraman el griego de la coiné y la cultura helenista por el mundo conocido.

30



Unidas a la suerte de la Lidia (su rey Creso logró someter todo el país jonio, probablemente del año 651 al 546 antes de Jesucristo), fueron la cuna de la civilización helénica; en pleno contacto con el renacimiento artístico y espiritual del Egipto saíta, triunfa en las ciudades jonias la democracia social y política seguida de un movimiento intelectual extraordinario. Se desarrolla el arte musical, la poesía coral y amatoria. La vida muelle, placentera y licenciosa se condensa en una nueva inspiración poética y en un gran empuje a todas las artes. Sin embargo, más importancia que el movimiento literario lo adquiere el pensamiento filosófico, que alcanza gran desarrollo en Mileto, donde la personalidad humana adquiere enorme valor, preparando el camino para la democracia posterior. En la Jonia hallamos nombres como: Tales de Mileto, Anaximandro, Anaximenes, Pitágoras de Samos, Jenófanes de Colofón, etc., que representan el inicio de la ciencia y saber griegos.

El imperio persa a fines del siglo VII antes de Jesucristo, había llegado a la plenitud de su desarrollo. Desde el Helesponto a las costas árabes y desde el Indo a la Libia; tan vastos dominios se veían privados del acceso al mar sin el cual apenas puede concebirse un imperio. Este fue el verdadero motivo por el cual el gran rey Darío, conquistó la Lidia (548-547), derrotando a Creso, con lo cual las ciudades de Jonia, después de sucumbir una tras otra, entran a formar parte del nuevo imperio y en Mileto firman con Darío un tratado de amistad, no exento de recelos.

Frente al poderío marítimo que así obtenía Persia, subsistían tan sólo Egipto y Grecia. Las ciudades griegas de Asia Menor, haciéndose eco de los progresos democráticos de la Grecia europea, fueron alentando el descontento de la dominación extranjera. En el año 535 Ligdamis establece la tiranía democrática en Naxos, y en Samos, Polícrates, con cuyo impulso esta ciudad no tarda en convertirse en una gran potencia naval.

La ambición marítima de Persia hizo que Darío dirigiera su atención a la conquista de Escitia (1) que le aseguraría el dominio del mar Negro y las rutas del estaño y del ámbar. En esta empresa, que fracasó, fue ayudado por las ciudades jonias, cansadas ya del dominio persa que, para lograr la alianza de Cartago, protegía el comercio fenicio.

---

(1) Los antiguos denominaron Escitia a las regiones poco conocidas del NE. de Europa y NO. de Asia.

El fracaso de la expedición a Escitia les cerró también el comercio continental por los ríos rusos, y, a despecho, ayudadas por Atenas, se enfrentaron con Persia para obtener el dominio del mar y el triunfo de la democracia. Mileto se convirtió en el centro de la insurrección con Aristágoras. En el año 499 el incendio de Sardes por milesios y atenienses hizo que la Lidia luchara con los persas, quienes en Éfeso infringieron una gran derrota a los sublevados. Mileto fue arrasada y deportados sus habitantes (494). En el año 492, Darío dio a los jonios un nuevo estatuto que les restauró su seguridad y fue entre ellos tan bien acogido que se separaron de la estrecha alianza con la democracia ateniense, que les había prestado ayuda. No le quedaba a Persia más que imponer su soberanía sobre la Grecia europea.

Frente a esta amenaza persa la situación política de las ciudades griegas más importantes del momento, Esparta y Atenas, no era muy sólida. Acosadas por discordias internas, que Darío trató aún de fomentar, habría de ser la amenaza asiática quien aunara sus esfuerzos y les animara a poner fin a sus hostilidades para hacer frente al enemigo común. En este marco político es cuando Grecia ha de resistir el primer ataque persa al mando de Mardonio, que en el año 492 conquistara Macedonia; pero el desastre sufrido por la flota al doblar el promontorio de Athos les impidió avanzar más al Sur. Al año siguiente Atenas y Esparta negaron al Gran Rey la concesión de «la tierra y el agua», es decir, la sumisión a Darío. Comenzaban realmente las guerras médicas o persas, iniciadas con la revuelta de Jonia.

En el año 490 un poderoso ejército persa al mando de Datis y Artafernes desembarcó en la llanura de Maratón. Les salió al encuentro un pequeño contingente de atenienses mandados por Milcíades, que conocía la táctica de batalla persa, en espera de refuerzos de Esparta. El 17 de septiembre el genio de su general y la fuerza moral, más que la estrategia, influyeron poderosamente en favor de los griegos. Por primera vez en las luchas entre persas y helenos un ejército griego había atacado, más que resistido, y vencido a los inflexibles persas. La energía de Milcíades y el valor de su reducida tropa consolidaron a Atenas como la segunda potencia de los helenos. Maratón significó el triunfo de un puñado de hombres en lucha por su independencia, frente a un poderoso ejército. Hizo fracasar el imperialismo universal de Darío y su derrota repercutió enormemente en todo el Oriente. Durante más de tres años los persas intensificaron los preparativos bélicos para

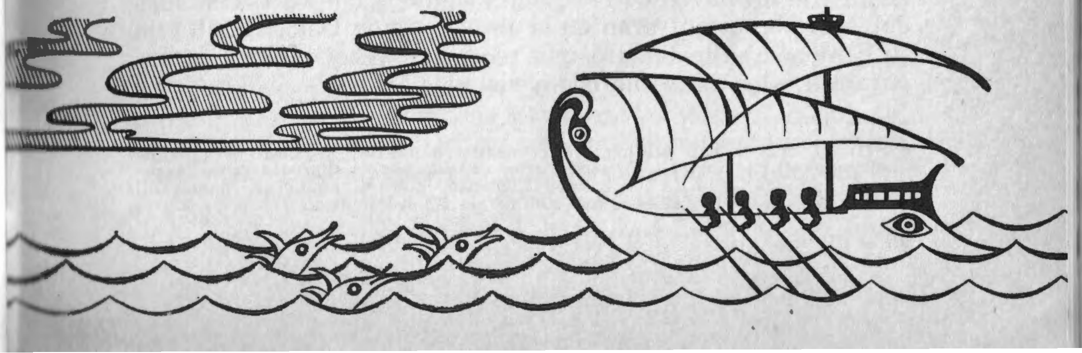
un tercer ataque a Grecia; pero éstos se suspendieron por la inesperada muerte del rey (495) y la sublevación de Egipto y Babilonia. Jerjes, el sucesor de Darío, se preparó para luchar contra Grecia erigiéndose en defensor de la solidaridad asiática, pero, al mismo tiempo, las ciudades marítimas griegas se unen a la victoriosa Atenas, que encabeza la Liga de Delos (477), y se convierte en el centro de la civilización griega.

477 (a. J. C.)

Liga marítima de Delos. Después de Maratón, los griegos, enardecidos, se unieron en una misma fe para mantener su espíritu de libertad e independencia, constituyendo la Liga Panhelénica (Corinto, 481 antes de J. C.). Las batallas de Platea y Micala habían consolidado el triunfo helénico en las guerras médicas y señalaron el comienzo del poderío continental europeo sobre la vieja civilización asiática.

El dualismo proverbial, fomentado por la diversidad de tendencias de las dos urbes directrices, la tradicional Esparta y la democrática Atenas, hizo se extinguiera el anhelo de unidad nacional. Una vez alejado el peligro persa, Esparta continuó su política de preponderancia en el Peloponeso, mientras que Atenas alentada por la amistad de las ciudades jonias y por el genio político y militar de Temístocles, orientó su actuación hacia el mar.

Cuando en la primavera del año 487 se dijo que Pausanias había entrado en tratos con los persas, a pesar de su brillante actuación en las batallas que habían dado a Grecia la victoria, los jonios y los helespontios no quisieron seguir bajo la autoridad de Esparta y pidieron que fuera Atenas quien dirigiera la guerra contra los persas. Esto y la actitud recelosa de Esparta, que se replegó en sí misma, para que no se deshiciera su gobierno, base de su poderío militar, convirtieron a Atenas en la primera potencia económica y marítima de Grecia. En el año 477 se fundó la *Liga marítima deloática sinmaquia* de ciudades marítimas para mantener la libertad helénica frente a los persas. El sueño de Temístocles tomaba



realidad. El organizador de la Liga de Delos fue Arístides, jefe de los navíos estacionados en Bizancio, donde tuvo lugar la traición de Pausanias. Se escogió la isla de Delos como sede de la naciente institución y antiguo centro de la Anfictionia jónica. Se respetó la autonomía de los miembros componentes, pero se reservó únicamente a Atenas la dirección de todas las empresas de la Liga. Se creó un consejo de delegados, *sínodo*, que deliberaba sobre los asuntos de interés común, y que tenían derecho de sufragio todas las ciudades de la Liga. El sínodo se encargaba de tasar la aportación en naves de cada ciudad perteneciente a la Liga para el mantenimiento de una flota de 200 unidades con 40.000 tripulantes, o bien la contribución en metálico, *foros*, para mantener el tesoro de guerra. Como la mayoría de las ciudades preferían pagar el tributo en metálico se creó un nuevo organismo, *hellenotamias*, encargado de la administración de este capital. El tesoro de la Liga se conservaba en el templo de Apolo Délico y el acumulado después de la primera recaudación ascendió a más de 460 talentos (más de dos millones de pesetas). Se designó a Arístides como el encargado de repartir esta suma entre los socios de la *sinmaquia*, y fue tanta la equidad con que lo llevó a cabo que le valió el sobrenombre de «Justo». Para facilitar el cobro de las contribuciones, los aliados se dividieron en *cantones*, que en época posterior fueron: el insular, el cario, el tracio, el helespóntico y el jonio. Atenas, como fuerza motriz de tan vasta confederación marítima, adquirió una desbordante pujanza económica. Se crearon grandes fortunas lo que dio paso al capitalismo y al libre cambio; el puerto del Pireo se convirtió en centro de todo tráfico comercial del Egeo.

Uno de los personajes más representativos de la vida de Atenas en este poderío fue Cimón, quien, aliado con el partido aristocrático, consiguió que Temístocles fuera condenado al ostracismo (1). Después del retiro voluntario de Arístides se convirtió en el hombre más importante de Atenas. Limpió el Egeo de piratas y al frente de la Liga venció en la desembocadura del río Eurimedonte (466 a. de J. C.) a una escuadra persa de más de 400 naves, con lo que consiguió que muchas ciudades del Asia Menor entraran en la *sinmaquia* de Delos. Vuelto de su campaña se le tributó una recepción y honores sólo comparables a los de los héroes nacionales.

(1) Se conoce con tal nombre el destierro político impuesto a aquellos ciudadanos cuya ambición o poder eran considerados peligrosos para la seguridad pública. Fue impuesta por Clístenes, político ateniense, nombrado arconte en el año 510, el cual fue víctima de su propia ley.

454 (a. J. C.)

Imperialismo democrático ateniense: Pericles. El gobierno de Cimón representaba el predominio de la aristocracia en Atenas, pero sus frecuentes ausencias eran aprovechadas para que el sector democrático reorganizara de nuevo el antiguo partido. En la lucha que Esparta sostenía contra Thasos los demócratas se oponían tenazmente a prestarle ayuda, pero el partido de Cimón consiguió al fin imponerse y él mismo fue delegado para el mando de un cuerpo de ejército. Su ausencia y la de gran número de sus partidarios fueron aprovechadas por los demócratas, al frente de los cuales se hallaba Efialtes, para reformar radicalmente el Estado. Se abolieron los fueros de los areopagitas que pasaron al Consejo de los Quinientos, a la Asamblea popular y a los tribunales de jurados. Al volver Cimón abolió estas reformas, pero a consecuencia de ello le fue aplicado el ostracismo. Poco después caía Efialtes, asesinado por Aristodico de Tanagra y era sustituido por Pericles, hijo de Xantipo, que aprovechó la ruptura entre Esparta y Atenas para desacreditar ante el pueblo al héroe promotor de la política filoespartana.

Pericles, oriundo de noble estirpe, se nos presenta como el máximo representante de la política y la cultura de Atenas. De profundas convicciones demócratas, su autoridad sobre el pueblo estaba fundada en la impasibilidad de su carácter y en la hidalguía de su porte que infundían gran respeto, de suerte que llegó a adquirir una posición como nadie tuvo antes ni después de él. Una mujer extraordinaria, más tarde esposa de Pericles, Aspasia de Mileto, preside el vasto movimiento intelectual de la época, entre otras personalidades representado por el historiador Herodoto, los poetas Diágoras de Melos e Ión de Chíos, los filósofos Sócrates, Anaxágoras, etc., que trasladarón al Ática todo el movimiento intelectual nacido en la Jonia. Los tributos se emplearon en grandiosas obras de fortificación y embellecimiento de Atenas. De la época de Pericles es el templo a la diosa nacional Atenea, el Partenón, obra de los arquitectos Calicrates e Ictinos, bajo la dirección de Fidias.

Pericles se mantuvo siempre con acierto bajo la política democrática; pero, hombre de gran inteligencia, armonizó durante bastante tiempo las dos formas de gobierno tradicionales en su patria. La Liga Délica que en esta época comprendía unas trescientas ciudades se transformó en un verdadero imperio marítimo de Atenas. Los confederados ya habían perdido

acometividad para la guerra y sólo Estados insulares como Lesbos y Samos, conservaban escuadras y tropas particulares; los demás pagaban impuestos en dinero, no como viejos aliados sino verdaderamente como esclavos. La Asamblea popular disponía de los fondos que ya no eran empleados únicamente para la Confederación, sino para las necesidades del Estado ateniense en particular. Cuando en el año 454 el tesoro común de Delos fue trasladado a Atenas, parece que se suprimió también el Sínodo federal y sus derechos fueron trasladados a la Asamblea popular ateniense. La administración de la justicia de la Liga hasta entonces autónoma, se concentró en el *Dikasterio* (1) cuya competencia abarcaba no sólo los conflictos de derecho público sino también las causas criminales y litigios comerciales. Se introdujo una nueva subdivisión de los cantones federales que a partir de entonces fueron: Jonia, Archipiélago, Helesponto y Tracia. Se reservó para Atenas el monopolio de acuñar moneda y el uso de la suya se hizo obligatorio a toda la Liga, excepto para la ciudad de Éfeso. Este esfuerzo para unificar la economía de las ciudades griegas fue seguido de una política de paz. En el año 449 Pericles concertó un tratado con Persia en el cual a la concesión del mar Egeo se respondía con la renuncia de intervención en Asia y otro acuerdo con Esparta repartía la hegemonía entre las dos ciudades: Atenas en el mar; Esparta en el Peloponeso.

La política ateniense de Pericles se malogró por dos motivos. Aunque democrática, Atenas no fue liberal. A los extranjeros, de varias generaciones ya establecidos en la ciudad, no se les concedía el derecho de ciudadanía, aunque con su actividad comercial contribuyeran a la riqueza nacional. La gran metrópoli marítima estaba dominada por el estrecho nacionalismo de un cuerpo electoral de pequeños burgueses, que colocaban a los Estados griegos unos contra otros. Así entre Corinto, que dominaba el Adriático, y Atenas, que señoreaba en el Egeo y Negro, nunca fue posible un acuerdo, y en cuanto a Esparta siempre fue su más enconada enemiga.

Pericles adoptó una actitud agresiva contra Corinto al no poder someterla; reservó el libre cambio y la libertad comercial únicamente a los aliados de Atenas. Ante tal hostilidad Corinto hizo un llamamiento a Esparta (431). Comenzaba la guerra del Peloponeso, lucha fratricida que había de arruinar la hegemonía marítima de Grecia.

---

(1) Tribunal de Justicia.

Todos los servicios prestados por Pericles no fueron suficientes para acallar a sus enemigos. La voz de oposición se alzó atacando incluso su vida privada, principalmente desde que se casó con Aspasia de Mileto, inteligente y bella, pero de un pasado dudoso. Los ataques no fueron únicamente contra él sino también contra sus partidarios. Cuando en el año 438 se colocó en el Partenón la estatua de Atenea Parthenos, el artista Fidias fue acusado de impiedad porque reveló que el sol no era un dios, y Dracontides y Hagnon solicitaron de la bulé que Pericles rindiera cuentas del tesoro público. El juicio tuvo que ser suspendido porque el año 431 empezaba la Guerra del Peloponeso. Tres años más tarde moría el gran gobernante, víctima de la peste que asolaba a Atenas.

449
(a. J. C.)

Promulgación de la Ley de las Doce Tablas. El rasgo más característico de la historia romana primitiva es la oposición entre las dos clases sociales constitutivas de su población: la Roma de los patricios y la de los plebeyos. Los primeros aparecían en la forma de la *gens*, que como la *gene* griega no era más que las familias de la primitva nobleza territorial, descendientes de los primeros colonizadores y pobladores de la ciudad, que reconocían un antepasado común y la autoridad familiar religiosa y política de los *patres*, que constituyeron el primitivo *senado*. La clase social de los plebeyos estaba formada por los descendientes de los primitivos agricultores, a los que se añadieron los llegados a Roma a medida que fue creciendo su importancia mercantil: artesanos, obreros, habitantes de los pueblos conquistados, etcétera.

Todo el siglo v a. de J. C. se caracteriza por la crisis interna que en Roma representa la continua lucha de la clase plebeya por incorporarse a la vida activa de la ciudad. La inferioridad social de los plebeyos estaba condicionada por cuatro aspectos: carecían del *ius honorum*, es decir, de la capacidad para el desempeño de cargos políticos; no pagaban impuestos y estaban exentos del servicio militar. En la parte jurídica les era negado el *ius connubii*, o sea, la capacidad de contraer legítimo matrimonio. La oposición en la parte económica nació por el hecho de que los patricios consideraban su propiedad



inalienable. Esto aumentó a medida que Roma fue extendiéndose territorialmente, y la mayor parte de este terreno fue propiedad de los nobles, que en lugar de repartirlo entre los agricultores, lo dejaban abandonado al pastoreo, quedando la población sujeta al poder de aquellos que les prestaban apoyo económico; como estos plebeyos, clientes, carecían de recursos y pasaban a ser deudores insolventes, el acreedor tenía el derecho de venderlos como siervos. La inferioridad religiosa era debida a que el sacerdocio sólo podía ser elegido entre los patricios y únicamente éstos tenían derecho a consultar los auspicios. Los plebeyos se agruparon en torno a la diosa madre Ceres, en tanto que los nobles celebraban el culto de Júpiter, que, como el Zeus griego, era el dios real.

Con la instauración de la república (509), que no fue sino una rebelión de la aristocracia, apoyada por el ejército, contra la monarquía etrusca degenerada en tiranía, las diferencias sociales se acentuaron más. Las instituciones de la República romana excluían por completo a los plebeyos. Se concedió el gobierno a dos *cónsules,* elegidos anualmente entre la nobleza, que tenían en sus manos el poder judicial y militar. Las asambleas fueron: *el senado,* compuesto por 300 senadores *(patres conscripti),* todos de la clase patricia, que deliberaban lo propuesto por los cónsules; los *comicia curiata* que sancionaban las leyes, y los *comicia centuriata* o asamblea del ejército. En caso de que fuera necesario restablecer el poder unipersonal, por disturbios ciudadanos o por amenaza de guerra, se nombraba un *dictador* el cual escogía un general de caballería *(magister equitum)* para ejercer sus mandatos.

Al negarse a los plebeyos toda participación en la vida civil, éstos intentaron un movimiento de secesión (según cuenta la tradición): se retiraron al *mons Sacer,* para otros el Aventino, y amenazaron con construir una ciudad nueva si no eran aceptadas sus reclamaciones. Lo que sí es cierto, es que a partir del año 471 aparecen en las instituciones romanas los *tribunos,* en número de cuatro, y que se redimieron muchos deudores. Los tribunos de la plebe tenían opción de veto al Senado y podían impedir el cumplimiento de una disposición. Nace una asamblea nueva, la *asamblea de la plebe,* cuyas disposiciones y leyes eran llamados *plebiscitos.* Los tribunos de la plebe trabajaron intensamente para lograr la igualdad jurídica que debía acabar con los privilegios de la nobleza. Una a una van conquistándose las posiciones y se logra la codificación del derecho. Con la Ley de las Doce Tablas, que entonces empieza a regir, hacia el 499 antes de J. C. se hacen públicas

las leyes que sólo aprovechaban los patricios para su ventaja. En el año 445 la ley Canuleya permitió los matrimonios entre patricios y plebeyos. Quedaba aún candente el problema del reparto de las tierras, pero la nobleza que hasta entonces subordinaba la categoría política al nacimiento, fue sustituida en lo sucesivo por la fortuna individual.

Era un pequeño avance del pueblo para adquirir su dignidad social propia.

431
(a. J. C.)

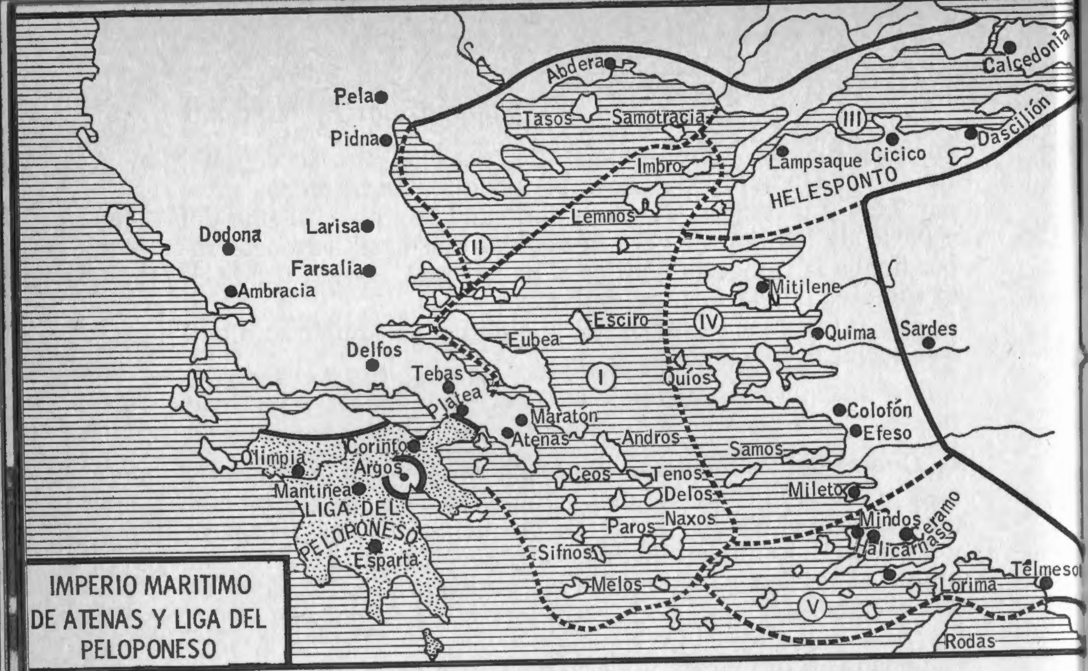
La Guerra del Peloponeso. La lucha emprendida por Pericles para arruinar el comercio de Corinto y Megara fue el pretexto que justificó el choque de las dos potencias helénicas: Esparta y Atenas (1). El desarrollo de los acontecimientos iba a revelar pronto el verdadero motivo de la contienda: La rivalidad de dos hegemonías, una naval y otra terrestre; de dos ideologías, democracia y oligarquía; de dos sistemas de gobierno, Atenas empeñada en formar un imperio y Esparta partidaria del fraccionamiento.

Atenas, pese al prestigio y riqueza que dispone, se apresta en malas condiciones para la lucha. El año 429, a la muerte de Pericles, la ciudad se entrega a las reyertas de partidos. La aristocracia, acaudillada por Nicias, era partidaria de la paz, en tanto que el partido democrático, con Cleón a la cabeza, tenía por lema la continuación de la guerra. Durante unos años este partido fue el que se impuso, principalmente después de la batalla de Esfacteria (425), donde los atenienses lograron la victoria sobre los espartanos. El éxito de esta batalla culminó la influencia de Cleón.

Esta primera fase de la guerra, favorable a los atenienses, cambió su rumbo gracias a la aparición en Esparta de un singular caudillo: Brásidas. La estrategia de este general hizo que variara el escenario de los acontecimientos. Llevó a sus hombres desde el Peloponeso a Macedonia, donde se apoderó fácilmente de las ciudades que allí tenía la Liga Délica, excepto Potidea. Cleón acudió al Norte para remediar aquel desastre, pero ambos generales murieron en la contienda.

Tanto en Atenas como en Esparta subieron luego al poder los partidarios de la paz que eran Nicias y el rey Pleistoanax, respectivamente, que concertaron la Paz de Nicias, llamada «mal sentada», que significó la restauración territorial de Ate-

(1) Véase el apartado *454 a. de J. C. Imperialismo democrático ateniense; Pericles.*



IMPERIO MARITIMO DE ATENAS Y LIGA DEL PELOPONESO

nas (421). El año 418 los atenienses consideraron rota la paz, siguiendo los consejos de Alcibíades, porque los espartanos habían prestado ayuda a Epidauro contra un ataque de Argos, ciudad con la que Atenas practicaba una política de aproximación. El ejército espartano al mando del rey Agis salió al encuentro del enemigo y le venció en la batalla de Mantinea (418), lo que significó el hundimiento de la Liga anti-espartana.

En Atenas este fracaso de la política exterior no bastó para acarrear el descrédito al héroe caprichoso y vano que convenció aún a la *ecclesía* de la conveniencia de dominar el Mediterráneo central. El móvil era arruinar el comercio de Corinto en Sicilia, y los motivos la delegación de Segesta pidiendo ayuda contra Selinonte, ciudad apoyada por Siracusa. Una gran expedición de barcos y tropas partió para Sicilia el año 415; pero Alcibíades, que había partido como un futuro vencedor, hubo de regresar en muy distintas condiciones. Acusado de la mutilación de los *hermai*, estatuas del dios Hermes, en el viaje de regreso huyó a Thurü y se refugió en el Peloponeso, donde, en Esparta, se erigió en consejero para preparar la defensa de Siracusa.

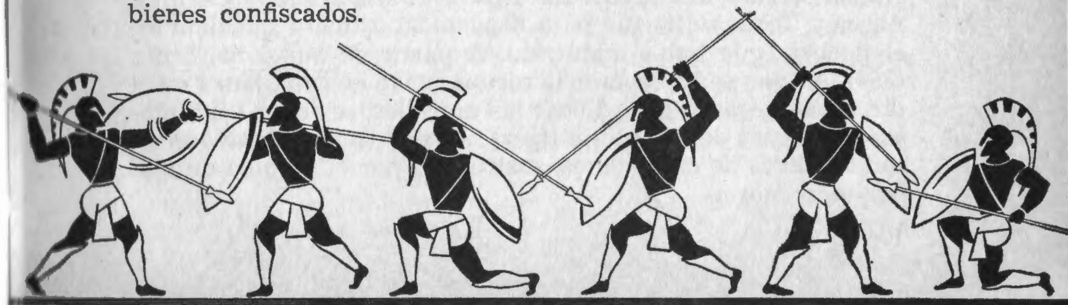
A pesar de que la suerte no le será favorable en Sicilia, los atenienses proceden por segunda vez contra Siracusa(414), y un año después el Ática era invadida por Esparta que se adueñó de la fortaleza de Decelia. En el mismo año la flota ateniense sufrió en el Mediterráneo una cruel derrota y sus com-

ponentes empezaron a replegarse por tierra continuamente hostigados por la caballería siracusana. Pereció la casi totalidad del ejército, pues de 30.000 hombres que empezaron la retirada sobrevivieron únicamente 7.000 que fueron condenados a las canteras, vendidos como esclavos o encarcelados.

En el continente la noticia fue acogida primero con incredulidad, después con consternación. No sólo eran los espartanos quienes habían de atacar ahora a Atenas, sino todo aquel que la considerara su rival en el Egeo. Lesbos, Chíos y Eritrea, secundados por Tisafernes, sátrapa de Persia, prometieron costear la flota espartana contra Atenas. Desde aquel momento Esparta veíase dueña de la situación, pero los años 410 y 409 fueron victoriosos para Atenas, que veía sucederse los éxitos y pudo recuperar todo el cantón tracio. En el verano del año 408 Alcibíades, que hacía cuatro años intentaba poder volver a su patria, regresa a Atenas donde fue recibido con entusiasmo y encumbrado a estratega plenipotenciario de mar y tierra. Por desgracia, al mando de la flota espartana subía entonces un gran diplomático y militar: Lisandro. En septiembre del año 405 situóse frente a la escuadra ateniense amarrada en Egospótamos y atacó por sorpresa ocasionando un gran descalabro y aprisionando a la mayoría de los combatientes. Al mismo tiempo, un ejército terrestre al mando de Pausanias se dirigía a Atenas para cercarla, y Lisandro, tras la victoria de Egospótamos, bloqueaba el Pireo con la flota.

El hambre cundía entre los sitiados y Atenas hubo de pedir la paz (404). Los tebanos y corintios abogaban por la destrucción de la ciudad, pero Esparta se contentó con derribar las murallas y las fortificaciones del Pireo, la entrega de la escuadra y el ingreso de la ciudad en la Liga espartana.

La guerra del Peloponeso significó el hundimiento del imperialismo y la democracia ateniense a la par que Esparta se convertía en primera potencia de Grecia. En Atenas se entregó el gobierno a treinta tiranos y los tribunales a quinientos oligarcas. La aristocracia triunfaba e implantaba un régimen de terror contra demócratas y metecos; siempre apoyada por Esparta, muchos de ellos fueron deportados y sus bienes confiscados.



386
(a. J. C.)

La Paz del Rey. El hundimiento del imperio ateniense tras la batalla de Egospótamos repercutió en todo el Mediterráneo, porque Esparta pretendía ser su heredera en el comercio internacional; pero la realidad era que la ruina de Atenas a quien más beneficiaba era a Persia.

Todo el oriente del Mediterráneo entró a fines del siglo v en un período de confusionismo político. Esparta entró en alianza con Persia y fue arrasada en la serie de luchas dinásticas que se produjeron en aquel país a raíz de la muerte de Darío II (404) entre el rey Artajerjes II y su hermano Ciro el Joven. Un ejército espartano de 13.000 hombres partió de Sardes en apoyo de este último, y cerca de Cunaxa (404) estuvieron a punto de ganar la batalla, pero la muerte de Ciro convirtió el triunfo en una difícil retirada *(Retirada de los Diez Mil)*, tema de una de las más brillantes páginas literarias griegas. En este último año Persia tuvo que reconocer la independencia de Egipto que, habiendo recuperado su poderío naval, quiso arrebatar la hegemonía a la potencia dominadora. Desde aquel momento se invierten las alianzas. Egipto entabla relaciones amistosas con Esparta para con ello obtener también el apoyo de Siracusa, mientras que la diplomacia persa, que no ve ya en Atenas a una potencia poderosa, le presta su apoyo contra la eterna rival, Esparta.

Entre tanto, en la capital del Ática iba restableciéndose la democracia. Trasíbulo dirigió un levantamiento popular contra el régimen de los Treinta Tiranos que dio por resultado el concertar una paz entre las dos formas de gobierno tradicionales, y, en adelante, Atenas se regiría por un gobierno democrático moderado sin que Esparta tuviera que intervenir para nada. Entró a formar parte de una Liga constituida por su antigua rival, Corinto, y ambas se unen a Tebas, que se preparaba para arrebatar la hegemonía a Esparta.

En la guerra que siguió entre Esparta y Persia, la victoria parecía inclinarse hacia aquella primera potencia, pero contra ella se formó una poderosa liga militar: Atenas, Corinto, Argos y Tebas; ésta fue para Esparta su primera sacudida en el poderío que había adquirido. A partir de aquel momento (394), Atenas podía esperar la recuperación de su pujanza militar. Se empezaron a reedificar las murallas, se crean los famosos batallones de infantería ligera, los *peltastes*, y desaparecieron las levas de ciudadanos, sustituidas por el empleo de tropas mercenarias.

Angustiada por el renacimiento de Atenas, Esparta quiere pactar una política de aproximación, concertar una paz a base del respeto a la autonomía de las distintas polis griegas. Tras ello estaba el deseo de mantener su poder a base del fraccionamiento del mundo griego. Como fueran rechazados sus deseos, Esparta se aproximó a Persia para concertar la paz, prometiéndole además de la Jonia, las islas de Chipre y de Chíos, a condición de que impusiera a Grecia una paz perpetua basada en su idea de autonomía local. En el año 387 firmaron el tratado de Antálcidas o *Paz del rey*. Tales acuerdos no eran aceptados por Atenas, y Persia sin presentar abiertamente batalla, bloqueó el paso de los Dardanelos, con lo que ocasionó una gran crisis económica a la capital del Ática. También Siracusa, aliada de Esparta, se ofreció para imponer a Atenas la Paz del Rey. En tal situación, y muy vivo aún el recuerdo de Egospótamos, los delegados de las ciudades del imperio ateniense acudieron a Sardes para escuchar al sátrapa Tiribazo, que, en nombre del rey, les dictó una paz que fue el instrumento de su decadencia. El fraccionamiento de las ciudades les obligaba a aceptar la tutela del Gran Rey que verificaba, por primera vez en la historia, la unidad del mundo griego. Esparta sacrificaba a sus hermanos del Asia Menor para recuperar la hegemonía general. ya que era la encargada de que se cumpliera el Tratado. Subsistía la Liga del Peloponeso ya que la base de la misma descansaba en la autonomía de sus miembros, y su política consistió en convertir su autoridad en un dominio ilimitado particularmente en el tránsito por el istmo.

371
(a. J. C.)

Batalla de Leuctra: hegemonía tebana en Grecia. Durante la dominación espartana, que siguió a la aceptación de la Paz del Rey, en Tebas estalló un movimiento de insurrección dirigido por fugitivos de Atenas. Ayudados por las tropas atenienses estacionadas en la frontera, cercaron a los espartanos en Cadmea. Los sucesos desencadenaron honda inquietud en Esparta, que envió contra la ciudad rebelde un ejército al mando de Cleombrotos, que tuvo poco éxito en la empresa. Desde este momento Atenas se adhirió afectivamente a la causa tebana, pues en el mismo año, respondiendo a la expedición que Agelisao, rey de Esparta, envió contra Tebas, Atenas mandó a Chacrias con tropas de socorro.

Con miras a sacudir el yugo laconio, Atenas consiguió la fundación de la segunda Liga naval, en sus comienzos con pocos socios: Chíos, Mitilene, Methymna, Rodas y Bizancio a las que se añadió Tebas. Los atenienses se abstuvieron de enviar tropas a las ciudades confederadas y de cobrar tributos, recaudando únicamente subvenciones utilizables sólo para fines de la asociación. Se constituyó un órgano central, el *Synedrion*, con igualdad perfecta de voto para todos los Estados asociados. Al mismo tiempo Atenas empezó la recluta de un ejército y la formación de una escuadra. La Liga marítima adquirió gran incremento con la anexión de la Calcídica, la isla de Eubea y muchas ciudades de Tracia (377). En este mismo año, la expedición de Agesilao contra Tebas no dio los resultados esperados, y cada día iba acentuándose más la decadencia del poder espartano. En otoño del 376, cerca de Naxos contendieron las flotas rivales de Atenas y Esparta; ésta quedó completamente aniquilada. Atenas logró nuevas aliadas para la Liga y con ello su hegemonía en el mar Egeo volvió a ser indiscutible.

No obstante, la potencia de Tebas iba incrementándose y logró someter toda la Beocia formando un estado federal organizado militarmente. Logrado este equilibrio, Tebas se distanció de Atenas para afianzar su propio poderío, suscitando con ello los celos de aquella potencia.

Esparta, recelosa del poderío que en la Tesalia iba adquiriendo Jasón de Feres, que acababa de unirse a Tebas, y queriendo llegar a una alianza con Atenas, reconoció la Liga ateniense. Corría el año 374 antes de nuestra Era. Mas la paz fue a todas luces precaria, porque un año después se reanudaron de nuevo las hostilidades. Atenas no sentía deseos de seguir guerreando, máxime viendo el empuje cada vez mayor de Tebas. Bajo los auspicios del rey de Persia se convocó un congreso general de paz en Esparta (371), en el que se acordó la autonomía de las ciudades griegas, la retirada de las guarniciones de las ciudades y la disolución de los ejércitos. Los tebanos en nombre de toda la Beocia reclamaron el derecho de estampar su firma en el tratado, pero su petición fue denegada y se quiso que aceptaran por la fuerza las condiciones de la paz. Tales acontecimientos desencadenaron la batalla de Leuctra, y en julio del año 371 los tebanos alcanzaron el éxito completo gracias a la táctica de «orden oblicuo» (1), ideado

(1) Concentración de las fuerzas en el ala izquierda, formando una columna de 50 filas de profundidad.

por Epaminondas que fue el héroe del encuentro. La fuerza de Esparta, quedó definitivamente quebrantada y la superioridad militar de Tebas se manifestaba de manera decisiva.

Atenas quiso sacar partido de la situación que siguió a la batalla de Leuctra para formar una nueva confederación de ciudades griegas semejante a la antigua Liga marítima, pero fue de poca fuerza.

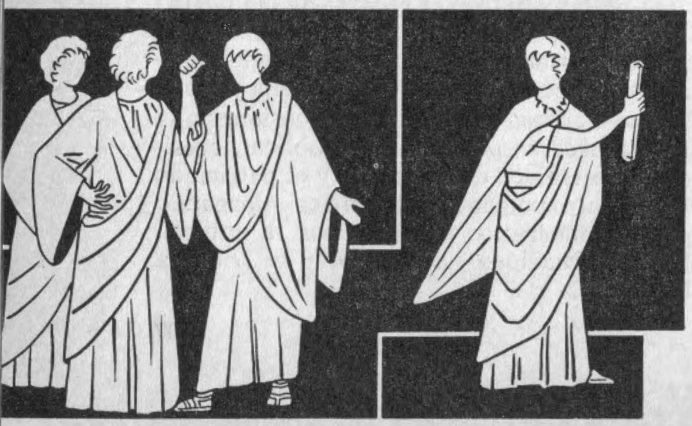
Los estados peloponenses fueron víctima de transtornos y reveses en los años que Tebas ostentó la primacía de los Estados griegos. Los movimientos democráticos, largo tiempo refrenados por la presión de Esparta, estallaron en toda la parte meridional de la península, desencadenando luchas civiles. El Peloponeso intentó su propia restauración y desde Mantinea se propagó el movimiento de unificación en la Arcadia. Recelosa del poderío tebano, Esparta establece inteligencia con Atenas; Epaminondas, decidido a acabar con Esparta, dirigió cuatro expediciones contra el Peloponeso. En la llanura de Mantinea, el 27 de junio del año 362, se libró el combate decisivo: abrieron la acción la caballería tebana seguida de la infantería formando una cuña gigantesca. Cuanda la batalla parecía inclinarse a favor de los tebanos, Epaminondas cayó mortalmente herido y los beocios desistieron de continuar la lucha. La muerte de Epaminondas fue de enorme transcendencia, pues Tebas se vio incapaz de regir los destinos de Grecia que hubo de dirigir sus miras a la vecina corte de Macedonia.

366
(a. J. C.)

Evolución democrática en Roma. A pesar del avance que había supuesto para la plebe las leyes de las Doce Tablas y canuleya, el período siguiente a la invasión de los galos (382) fue una época de anarquías y perturbaciones sociales. Esta crisis trajo la necesidad de publicación de las leyes licinianas (366), que reglamentaron el reparto de las tierras del común, de manera que aprovechara más a los plebeyos, así como la regulación del sistema de reducción de deudas de modo que no fuera tan penoso. Se fomentó la pequeña propiedad agraria y la plebe tuvo acceso al poder. Estas cesiones a la democracia tuvieron que hacerse porque la República necesitaba soldados frente a los enemigos del exterior, y el patriciado comprendió que únicamente podría encontrarlos otorgando concesiones. El progreso democrático coincidió con la entrada de Roma en el ámbito internacional, al extender su poder a Cartago, Grecia y Egipto.

El rápido aumento de población, al compás del territorial, convirtió a Roma en la ciudad más importante de la confederación latina. A las gentes que entraban a formar parte de la República se les concedía el derecho de ciudadanía y por este hecho de aceptar a los extranjeros en su cuerpo cívico, Roma se convirtió de simple ciudad en Estado, lo que no había podido alcanzar ninguna de las ciudades griegas, y gracias a lo cual podía engrosar su ejército siempre a base de ciudadanos romanos. A medida que la plebe iba aumentando se le otorgaban más concesiones, y el Senado, magistratura reservada primeramente a los patricios, fue poco a poco perdiendo este carácter desde el momento en que la plebe entró a formar parte del consulado. Este acceso al poder, que se efectuó de una manera gradual alcanzó su máxima plenitud cuando en el año 326 se suprimió por completo la esclavitud por deudas.

Al par que estos progresos democráticos iban abriendo a la plebe todas las puertas del poder, se iban introduciendo en Roma los rudimentos de la ciencia del Derecho y se constituían, en los países conquistados, colonias romanas formadas por plebeyos transformados en una burguesía, que poco a poco desarrollaría sus instituciones. De esta forma, al instalarse en los pueblos conquistados, Roma pasa de república rural a Estado poderoso, receptor de influencias externas. Con la gradual emancipación de la población rural, el incremento del comercio y de la navegación, se extiende el capitalismo por el que se acrecienta la riqueza nobiliaria y la circulación monetaria. El capital privado se amplía considerablemente y se constituyen grandes patrimonios que hacen disminuir, hasta verse anulada la pequeña propiedad libre, drama doloroso que acaba precipitando a estos pequeños propietarios en el proletariado, mientras los grandes terratenientes comienzan a asentar en sus heredades la masa de esclavos. La gran afluencia de cautivos va inutilizando poco a poco el trabajo libre y así el pro-



letariado va hundiéndose progresivamente en una deuda que no ve la ocasión de saldar; en todas partes clama en pro de sus reivindicaciones, pero apenas puede subsistir, arruinado por los grandes latifundistas y contratistas industriales.

De esta manera la acción de los ciudadanos sobre los intereses del Estado quedó ostensiblemente mermada al par que los financieros iban logrando rápidamente influencia. Enriquecidos con el botín de las guerras y las conquistas, ayudaban al Estado al poner a su disposición sus riquezas, se prestaban a equipar al ejército, ofrecían dinero a los pueblos aliados con Roma; eran la banca romana y los hombres de negocios y estaban agrupados en la clase social de los *caballeros*, que aspiraba a formar parte del Senado.

Ésta era la escisión social que iba abriéndose cada vez más hasta desembocar en la violenta crisis y reforma del siglo II antes de Jesucristo.

359
(a. J. C.)

Filipo de Macedonia. El país de Macedonia había vivido desde la época de las invasiones aqueas replegado en sí mismo y evolucionando lentamente, con tres ambiciones tradicionales en la política de sus reyes: abrirse paso a la costa marítima; ser reconocidos como griegos y admitidos en su nacionalidad, y finalmente ser los árbitros en cuantos litigios hubiera entre los distintos estados helénicos.

El rey Arquelaos (413-399) fue quien puso los fundamentos del futuro imperio macedónico; reorganizó el ejército nacional y en la corte de Pella se dieron cita los poetas más importantes de la época; tomando modelo de los juegos panhelénicos, instituyó en Macedonia los juegos de Dión y construyó ciudades y calzadas. A su muerte el país sufrió un descenso debido a perturbaciones de orden interior, y principalmente conflictos dinásticos hasta que por fin se hizo cargo del gobierno Filipo II (359).

Filipo había nacido hacia el año 382, vivió varios años en Tebas, donde, aparte la educación griega que recibió, aprendió a penetrar en las relaciones mutuas entre los Estados helenos. Hombre de gran temple no escatimaba ningún medio que pudiera conducirle al fin que le proponía su ambición: triunfar sobre Grecia. Bajo su reinado la nobleza feudal fue dominada, y desde entonces desapareció del país la nobleza señorial; la población constó únicamente de pequeños propietarios libres que constituyeron una sólida armazón social.

La segunda Liga marítima de Atenas no había alcanzado la fuerza que la primera, y Filipo aprovecha esta decadencia de Atenas para apoderarse de Anfípolis y Potidea, librándose así del señorío económico de Atenas y convirtiéndose en una potencia territorial de gran fuerza en el Egeo y en el Adriático, puesto que el Epiro se ve obligado a aceptar su soberanía. La posesión de las minas de plata de Disorón y las de oro del Pange proporcionan a Filipo pingües beneficios y le permiten acuñar los célebres «filipos» en concordancia con las monedas persas y atenienses. Tales recursos posibilitan mantener un poderoso ejército que garantizaba su superioridad sobre una Grecia fraccionada a consecuencia de la política de Esparta, y que a partir de entonces ve dictada su ruina.

El partido democrático ateniense, que tiene por jefe a Demóstenes, era adverso al gobierno que a la sazón había en Atenas. Euboulos representante de la clase opulenta, hombre práctico y eminente estadista organizó la hacienda nacional y pudo obtener un superávit que empleó en edificaciones y en aumento de la flota; pero tuvo la debilidad de emplear el resto de los fondos en la celebración de fiestas. Por el contrario, Demóstenes presentó un programa de intervención trascendental y predicó la unión de todas las democracias helénicas bajo la presidencia de Atenas. Su partido fue cada día en aumento. Demóstenes no se mostraba contrario a la paz con Filipo, pero por primera vez en Atenas hace su aparición el partido «filipista» representado por Esquines, que en talento oratorio igualaba a Demóstenes, pero que tenía mucha más habilidad política. Entre los dos no tardó en estallar la rivalidad. Filipo no quería renunciar a la posesión de la Fócida; esto impedía que los atenienses, acogidos al pensamiento de Demóstenes, aprobaran sus proyectos de paz; sin embargo, a pesar de la oposición, el tratado fue aceptado y Atenas firmó la paz, que se haría extensiva a los sucesores de los gobernantes que a la sazón había, por lo que pasaba a ser una alianza a perpetuidad con Macedonia.

Filipo continuaba su política de expansión, perfeccionaba su ejército, fundaba ciudades en la Tracia, y para asegurar las fronteras de su reino, llevaba la guerra a los dárdanos e ilirios. Atenas pidió una enmienda en el tratado que le permitiera adquirir las plazas tracias y que además alterase la base del *statu quo*, en el sentido de que cada potencia recibiera tan sólo lo que le «correspondiera». Desde luego el rey rechazó esta petición y, por el contrario, se propuso la sujeción de toda la Tracia, empresa que le ocupó hasta el año 340.

Conquistado el interior, se dirige a las ciudades costeras que se hallaban bajo la posesión de los griegos. Dirigió el asedio contra Bizancio, la llave del Bósforo, ciudad a la que los atenienses enviaron una flota de auxilio en cuya empresa fueron ayudados por Rodas y Chíos. Filipo hubo de desistir e inmediatamente comenzó una campaña contra los escitas.

Durante su ausencia se promovieron disturbios entre los Estados helénicos y entonces Filipo entra en guerra con Atenas y la derrota en la famosa batalla de Queronea, que le hace dueño indiscutible de Grecia. El gobierno de la Hélade lo llevó a cabo mediante la formación de la Liga Panhelénica de Corinto, que establecía la paz perpetua de los diversos Estados griegos y les garantizaba la libertad de comercio y navegación. Los confederados formaban una comunidad militar bajo la dirección de Filipo como generalísimo, y todos los componentes de la liga estaban representados en su Consejo por un número de delegados proporcional a sus contingentes militares. Aunque las ciudades en el seno de la liga conservaron su autonomía, habían dejado de ser independientes. Dueño Filipo del mundo helénico, se esforzó en unirlo entre sí para hacer frente al imperio persa. El año 326 pasó Filipo al Asia Menor para empezar una campaña de liberación de las ciudades jonias; mas no pudo acabar aquel proyecto pues a fines del mismo año moría apuñalado. Le sucedía su hijo Alejandro.

336
(a. J. C.)

El imperio universal de Alejandro. En los últimos años del reinado del gran Filipo de Macedonia hubo graves desavenencias en la corte. El rey había repudiado a su primera mujer, la epirota Olimpias, eligiendo a la sobrina de su general Atalo, la joven Cleopatra, motivo por el cual Olimpias y el príncipe heredero Alejandro, que veía en peligro sus derechos de sucesión, se unieron a los ilirios, enemigos de Macedonia. Filipo fue el primero en intentar la reconciliación, y para dar prueba de ello dio en matrimonio a su propia hija Cleopatra a su tío, el rey de los molotos. El mismo día de las nupcias, cuando el rey se encaminaba al teatro, fue apuñalado por un joven macedonio. Entonces subió al poder su hijo Alejandro, de 20 años de edad y en circunstancias muy difíciles, pues había otros pretendientes al trono, y además los pueblos vecinos estaban dispuestos a sublevarse, pareciendo que iba a desmoronarse la unidad de la Hélade lograda por Filipo.

Atenas, apoyada en la robusta personalidad de Demóstenes era el centro del movimiento libertador, que tomaba cuerpo en Tesalia, Ambracia y en los Estados del Peloponeso. Pero Alejandro, que había heredado las cualidades de su padre, tomó en seguida las riendas del Gobierno y reorganizando su ejército se presentó inesperadamente en Tesalia. Los helenos sorprendidos por su rapidez, y no preparados aún para presentar batalla, se sometieron sin resistencia. Alejandro en esta ocasión tuvo buen cuidado de no presentarse como un conquistador, sino como un amigo deseoso de fraternizar con ellos.

Pacificados los Estados griegos, Alejandro comenzó una expedición contra los tracios y en Grecia corrió el falso rumor de su muerte, lo que indujo a Tebas a amotinarse y que el resto de Grecia siguiera su ejemplo. Alejandro regresó inmediatamente, tomó Tebas al asalto, la arrasó y vendió como esclavos a sus moradores. El tremendo ejemplo de venganza sirvió para que toda la Hélade se mostrara dócil. Seguidamente regresó a Macedonia (335) para preparar la guerra contra los persas; reclutó el ejército entre los macedonios, siguiendo en ello la táctica de su padre de desdeñar el ejército mercenario.

En la primavera del 334 Alejandro, con su ejército de 30.000 hombres de a pie y 5.000 de a caballo, pasó el Helesponto y se dirigió hacia el Este, donde le esperaba un ejército persa. Junto al Gránico, cerca de la Propóntide, tuvo lugar la batalla. Alejandro siguió la táctica oblicua de Epaminondas y alcanzó un gran triunfo por el que ganó casi toda la costa occidental de Asia Menor. Sólo halló resistencia en Mileto, que fue tomada al asalto y arrasada. Persia no supo aprovechar el punto débil de la fuerza macedónica que era la escasez de unidades navales. Alejandro se dio cuenta de ello y comprendió que lo de más interés para él era la conquista de toda la costa del imperio persa desde Mileto al delta del Nilo, para poder abatir las bases de la espléndida escuadra enemiga.

En la primavera del 333 traslada sus tropas a Capadocia, y Darío, que preparaba un gran ejército en Babilonia, le sale al encuentro. En la playa de Issos se libró la batalla, al principio indecisa; pero que acabó con una brillante victoria de los macedonios. A continuación, desdeñando seguir a Darío al interior de su reino, procedió contra los fenicios que integraban la armada persa. Todas las ciudades se sometieron sin resistencia, a excepción de Tiro, antigua rival de los helenos, que se defendió durante siete meses, pero que al fin fue ven-



cida. Desde Fenicia la expedición marchó a Egipto, donde Alejandro fue aclamado como libertador y él correspondió con el respeto a la religión de los faraones; en Menfis adoró al buey Apis y se cubrió con la doble tiara de los faraones. En esta ocasión hizo la primera y más importante fundación de una ciudad, la de Alejandría, que desde entonces fue la llave del tráfico comercial entre Oriente y Grecia. Una vez dueño de Egipto volvió otra vez a Fenicia para proseguir sus campañas contra Darío, que en Babilonia preparaba otro ejército. Cerca de Gaugamela (331) se entabló la batalla en la que Alejandro, al frente de la caballería persiguió a los persas que huían en desbandada y dejaban abierto el camino al centro del Imperio. Babilonia y Susa se sometieron y, prosiguiendo el camino hacia el interior, ocupó Persépolis y Pasargada. En Mayo de 330 se apoderó de Ecbatana, la capital de los persas, en la que mandó guardar el tesoro de los aqueménides formado por las riquezas halladas en Babilonia, Susa, Pasargada y Ecbatana. Erigiéndose en legítimo sucesor de los aqueménides licenció a las tropas griegas y con un grupo de mercenarios emprendió la persecución de Darío. Al cabo de poco tuvo noticias de que había sido muerto por Bessos, sátrapa de Bactriana, contra el que entonces Alejandro emprende feroz

cacería. El sátrapa fue capturado y condenado por un tribunal persa a la pena de mutilación y luego a la pena capital.

En la primavera del 327 dio comienzo a la fabulosa empresa que haría de Alejandro el rey del Indo. Libró en aquel reino una serie de victoriosas batallas llegando hasta el río Hypasis, desde donde quiso internarse en la cuenca del Ganges para tocar el golfo de Bengala, rumbo al Lejano Oriente, pero cansadas sus tropas y diezmadas por la fatiga, emprendió el regreso.

Genial encarnación del espíritu griego, Alejandro es uno de los grandes genios de la humanidad; de facultades geniales y de singular voluntad no pudo desarrollar el amplio programa que había previsto, por lo prematuro de su muerte. Después de un festín enfermó repentinamente de calenturas y doce días después fallecía (323) a la edad de 33 años.

Acaso la muerte de Alejandro sea, históricamente, más importante que su vida, aunque lo sea precisamente a causa de ella.

Las conquistas logradas en todo el Oriente y el afán de extender la cultura helénica entre los pueblos dominados por él tuvieron preponderancia sobre otro cualquier acontecimiento histórico de la época, y como tal han pasado a la Historia. Sin embargo, el hecho de la división del imperio originado a la muerte de Alejandro, con la formación de poderosos Estados, la implantación de nuevas monarquías, la asimilación de la cultura helénica de modo diverso al unirse a cada pueblo en grados y formas distintas, es capital en los hechos históricos posteriores.

Pocos generales, políticos, gobernantes y conquistadores podrán igualarse a Alejandro Magno; cualquiera conoció el fruto de sus empresas más duradero. Su obra apenas le sobrevivió. Sus hazañas bélicas las recuerda la Historia imperecederamente, mas no surtieron el efecto que soñara su creador. Pero la simiente que dejara por el vasto terreno conquistado ésa sí dio fruto de siglos pese a los vaivenes sufridos, hasta que el imperio árabe y otomano barrieron su obra y su recuerdo.

323
(a. J. C.)

Cosmopolitismo del imperio de Alejandro. Gran orientador de las generaciones venideras, el gobierno de Alejandro señala el fin de la política griega para llevarnos de la mano a la monárquía universalista asiática. Naturaleza privilegiada, digno

discípulo de su gran maestro Aristóteles, quiso unificar el vasto imperio que conquistó, cifrando su mando no como caudillo vencedor, sino como heredero legítimo de la autoridad divina de los déspotas orientales, con la expansión del espíritu panhelénico.

Alejandro, a medida que realizaba sus conquistas, organizaba el imperio pero sin destruir la base de las instituciones locales. En Persia, excepto las ciudades marítimas, que fueron incorporadas a la Liga de Corinto, se conservó el sistema de las satrapías. Los límites de las mismas permanecieron inalterables, puesto que los Estados del Indo pasaron a ser reinos vasallos; no hizo en ellos muchos cambios para no romper sus relaciones amistosas a fin de que le ayudaran en sus planes la penetración hasta el Golfo de Bengala y al Extremo Oriente. Las ciudades costeras de Siria, en orden a su importancia estratégica, fueron arrancadas de las satrapías para formar pequeños reinos independientes bajo la autoridad de un gobernador real. Egipto dejó de ser una provincia del imperio persa para conservar su carácter de monarquía de la que Alejandro aspiró a ser reconocido como su rey-dios.

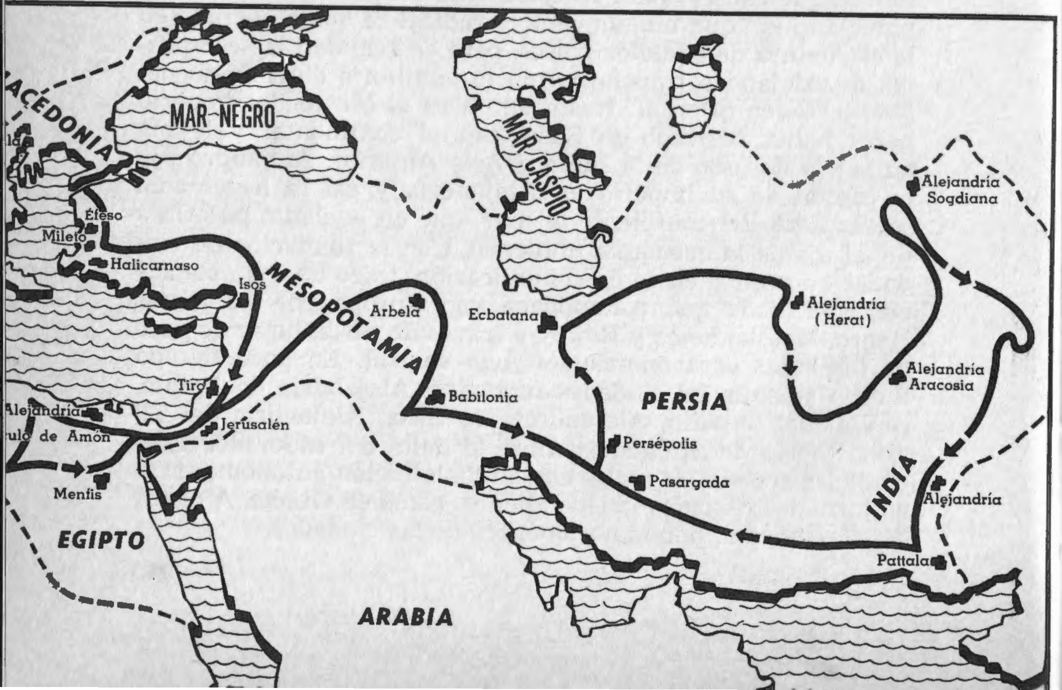
Su imperio no fue como el persa una monarquía centralizada, sino una Federación de Estados, unidos por un mando común. La persona de Alejandro era el único vínculo de unión entre los reinos macedonio, griego, persa, egipcio y los reinos indios, que conservaban su estructura propia. A simple vista parecía, pues, que ningún cambio radical se había operado en la estructura de aquellos países, pero en realidad las conquistas de Alejandro transformaron el equilibrio del mundo del Mediterráneo oriental. Hasta entonces el centro del imperio persa había radicado en Susa, capital continental y lejana en la vía de paso de la India y Asia Anterior. Alejandro fijó la capital de su imperio en Alejandría y así la hegemonía se desplazó del continente al mar, que en adelante pasaría a ser el eje de la economía universal. Con la fundación de ciudades en puntos clave de comunicación, trazó una vía comercial articulada que comunicaba con Europa por los mares Negro, Mediterráneo y Rojo y a través de Siria, lugar de paso de las rutas caravaneras del Asia central. En poco tiempo fueron setenta las ciudades fundadas. Alejandría de Egipto, capital del imperio, Alejandreta en Siria, Alejandría del Tigris, Puerto de Alejandría sobre el delta del Indo, etc. Estas ciudades eran villas reales con administración autónoma, pero no formaban Estados independientes como en Grecia. A partir de Alejandro se pone fin a la época de las ciudades.

El comercio fue ampliamente vivificado por la protección que Alejandro dispensó en todo momento a la agricultura. Promovió el mejoramiento de las tierras con la apertura de canales para riego, lo que representó el enriquecimiento de muchas comarcas, principalmente del Asia occidental. Este sistema de valoración del agro hizo desaparecer el aspecto feudal, surgiendo a cambio una burguesía individualista y comercial que tendrá afición en cultivar para vender.

Toda la política de Alejandro estuvo orientada a crear lazos directos entre las partes componentes de su imperio, haciendo desaparecer los sentimientos nacionales. Él dio buen ejemplo de ello favoreciendo la unión de razas, casándose con la hija de Darío, Estátira, y con la de Artajerjes III, Parisatis, y ofreció recompensas a cuantos se casaron con mujeres asiáticas. El griego se convirtió en el idioma comercial de su vasto imperio y a su través las influencias fueron mutuas. La filosofía griega se propagó por todo el Oriente y la monarquía de origen divino de Egipto se extendió sobre Grecia.

La inesperada muerte del gran caudillo (323), sin un sucesor capaz de continuar la magna obra emprendida, dejaba al imperio en situación crítica, pues su organización no era aún bastante sólida.

Mapa histórico del itinerario seguido por Alejandro Magno en sus conquistas.



321 (a. J. C.)

La dinastía maurya en la India. Desde el siglo VI antes de Cristo, el reino de Magadha con la dinastía Saisunaga era la potencia rectora de los estados gangéticos. Cuando la cuenca del Indo cayó en poder de los persas y más tarde de Alejandro Magno, la atracción que el Mediterráneo ejercía en aquellas regiones se hacía sentir hasta en la cuenca del Ganges. La fundación, por Alejandro, de ciudades en el delta del Indo, en el Penjab y en la ruta comercial hacia Occidente orientaron definitivamente el comercio de estas regiones. Por ello en 321, el mismo año en que estallaban las rivalidades entre los generales de Alejandro, un caudillo indio, Chandragrupta Maury, que había aprendido la táctica helénica, destronó al soberano feudal del reino de Magdha y estableció la dinastía maurya.

Chandragupta aprovechó la feliz coyuntura de las rivalidades entre los diadocos para invadir las provincias de Cabul, Penjab y del Sind, toda vez que el sátrapa de estas regiones había marchado hacia Occidente al frente de un ejército. Seleuco reclamó sus derechos, pero fue tan grande el tesón de Chandragupta que aquél hubo de declinar en sus designios y conformarse con un hipotético vasallaje, según parece confirmado por un matrimonio político, y ceder al maurya el Beluchistán. Por vez primera en la India aparecía un Estado monárquico, de origen divino y centralizado, al ejemplo de las monarquías helenísticas. Al convertirse el Estado maurya en depositario de los productos del Lejano Oriente, que el Occidente reclamaba, experimentó un gran desarrollo económico que le enriqueció y le integró a la economía occidental convirtiéndose en una potencia de rango internacional.

El siglo III no dejó de registrar la expansión del imperio maurya con los sucesores de Chandragupta, Bindusara (298-274) y Azoca (274-237). Bindusara sometió por vez primera a los drávidas, llevando sus ejércitos hasta el corazón del Dekán, pero fue Azoca quien en realidad se anexionó la India central. A su dominio escaparon tan sólo los estados marítimos de Kerala, Chola y Pandia. Tan formidables conquistas hubieran podido convertir a la India en el Estado más poderoso de la tierra, a no ser por la heterogeneidad de su política y de los elementos sociales y étnicos que componían los estados. Azoca es el monarca unificador, en lo posible, de los diversos elementos integrantes de su imperio; pero, no obstante, respetó las divergencias sociales y culturales de sus estados y los di-

vidió en cuatro virreinatos: Penjab, Malva, Kalinga y Dekán. La fórmula política era el respeto a la autonomía local.

Si en la parte social y política su labor de unificador no fue muy fructífera, no podemos decir lo mismo en el terreno de la moral. Apesadumbrado por los horrores de la conquista del Dekán se convirtió al budismo y desde entonces su reinado estuvo inspirado en ideas místicas y religiosas, que imbuyeron toda su política, particularmente fundada en la ayuda social, y quiso extender el budismo con la ejemplaridad de su conducta. Fundó hospitales y hospicios e hizo mejoras en los pueblos, tales como: abastecimiento de aguas potables y plantación de frutales; fue más humano en el trato de los esclavos y absolutamente tolerante en materia religiosa.

Estas disposiciones de Azoca aún hoy figuran entre los nobles intentos de la humanidad para lograr la justicia y la caridad social; se asentaban en los credos budistas y brahmánicos y por tanto podían ser aplicados a todos los indios. Pero lo que Azoca pretendió fue integrar a su pueblo en torno al budismo. En el año 253 convocó en Pataliputra un concilio budista presidido por su propio hermano, para asociar a todos los súbditos en una Iglesia nacional y propagar el budismo por el universo entero. Partieron misioneros al Asia central, Ceilán y Cachemira y la religión de Buda adquirió enorme extensión.

La India del siglo III fue el centro religioso y económico del mundo, pero su riqueza fue efímera. En el año 185 el imperio de Azoca se desmoronó a falta de descendientes, como había sucedido con el de Alejandro, y la simultaneidad del derrumbamiento del imperio de Azoca y del persa de los seléucidas determinaron un gran desequilibrio en toda el Asia central.

312
(a. J. C.)

Formación del imperio seléucida. Surgido de la desmembración del imperio de Alejandro, se toma el año 312, en que Seleuco, vencedor de Demetrio en la batalla de Gaza (1) volvió a recobrar el gobierno de Babilonia, como punto de partida del reinado de los seléucidas.

Seleuco I Nicator se propuso continuar la política de los aqueménidas en su mismo ámbito geográfico, y tuvo que afrontar los mismos problemas que habían marcado el ocaso de aquella dinastía: orientar el imperio hacia el continente o hacia el mar. Gigantesca unión de pueblos, razas, culturas y religiones diversas, el imperio no formaba un bloque homogéneo; sólo una monarquía, legítimamente constituida, lo hubiese logrado, y Seleuco no pudo aspirar a ello ya que la génesis de su poder no era legal. Al principio fijó la capital de su reino en Babilonia, el centro comercial del Asia Anterior, y soñaba con reconquistar las provincias levantinas e indias de Alejandro.

El resultado fue adverso a sus proyectos. Una a una las provincias del mar Negro fueron declarándose independientes, y las costas mediterráneas de Fenicia y Jonia fueron incorporadas a la gran órbita comercial de Egipto. En cuanto a las provincias levantinas sometidas al dominio indio, Seleuco hubo de desistir en su ambición de dominarlas, porque el rey Chandragupta acababa de extender su dominio por las cuencas del Indo y del Ganges. Al malograrse la Gedrosia, el imperio seléucida perdía el dominio de las rutas caravaneras del Beluchistán, lo que le indujo a pactar un tratado amistoso con Chandragupta, gracias al cual pudo vencer a Antígono en la batalla de Ipsos (301) y conquistar la Siria septentrional, que le permitía el acceso al Mediterráneo. Con ello Seleuco inició una política francamente occidental, trasladando la capital de Babilonia a Antioquía y casi toda su población a la moderna Seleucia, punto de llegada de la ruta de la India, a fin de fomentar la actividad comercial. Sin embargo, Seleuco debía competir con Egipto para el dominio del Mediterráneo oriental. Ptolomeo ya se había instalado en Jonia y Chipre y había reanudado la antigua tradición del lazo comercial egipcio-helénico, por lo que no había de tardar en estallar la lucha entre las dos potencias, Antioquía y Alejandría, para el dominio de la costa siria, de las islas helénicas y de las ciudades jonias. Orientado definitivamente el comercio con el Extremo Oriente por vía marítima, la victoria sería para quien pudiera dominar Siria, que ostentaba la supremacía naval.

Las dos potencias se aprestan a reforzar sus flotas que habían de decidir el éxito. La sucesión de tres guerras, la última de las cuales se libró entre Ptolomeo III (246-221) y Seleuco II (246-223), dieron un triunfo indiscutible a Egipto que alcanzaba el apogeo de su potencia política, y la ciudad de Alejandría se convertía en centro del movimiento intelectual de la época. La tremenda derrota en su lucha contra Egipto ocasionó un golpe mortal al imperio seléucida, que se

(1) Véase el apartado *301 a. de J. C. Batalla de Ipsos: desmembración del Imperio de Alejandro.*

vio sacudido por una grave crisis interna y hubo de perder Siria y todo el contorno meridional del Asia Menor; además Egipto se adueñó de la Tracia, asegurándose así el comercio del Mar Negro.

A pesar del fracaso de su política, los seléucidas aportaron un mérito capital que consistió en haber sabido comprender que su poder estaba en el desarrollo de una burguesía urbana y toda su actividad estuvo dirigida a favorecer esta clase social y a la emancipación de la población rural. Las ciudades fundadas por los seléucidas, aunque dependientes del rey, eran autóctonas. Su administración dependía de una Asamblea de ciudadanos que discutía las leyes y de un Senado compuesto por antiguos magistrados. Parecidas a las ciudades griegas, tenían nacionalidad propia y eran libres de relacionarse con otras urbes, salvo en materia financiera y política. Generalmente cada una de estas ciudades era el centro de un territorio que libremente administraba. Así surgieron ciudades militares, mercantiles y puramente campesinas, según el lugar de su emplazamiento. Frente al auge de estas nuevas urbes las antiguas perdieron importancia y fue así como Babilonia, de milenario prestigio, fue deshabitada para poblar la nueva metrópoli mesopotámica. Las ciudades eran construidas según planes racionales y grandiosos que sirvieron de modelo urbanístico a Roma.

El antiguo régimen señorial fue paulatinamente desapareciendo y los grandes dominios sacerdotales iban pasando a la administración estatal, al tiempo que la profunda transformación social llevaba consigo la unificación del derecho porque la pujanza comercial de la nación exigía la creación de un mismo sistema contractual, tal como antiguamente, bajo el influjo de Babilonia, se había hecho en los centros internacionales del comercio.

301
(a. J. C.)

Batalla de Ipso y desmembración del imperio de Alejandro. La monarquía era el único lazo que unía el vasto imperio de Alejandro; al morir éste no quedaba otro medio para salvar su conquista que esperar el nacimiento del hijo que su esposa Roxana iba a dar a luz.

Entretanto, los generales de Alejandro, de acuerdo con los *hetairos* (1) crearon una regencia tutelar para salvar los derechos de su hijo. La infantería no acató la decisión de los jefes y se tuvo que reconocer como rey al hermano de Alejandro, aunque reservando los derechos al hijo que debía nacer. Se elevó a Pérdicas como regente del reino y Cráteros a intendente de la realeza. El gobierno de Macedonia y Grecia se reservó a Antípater y los demás generales se repartieron las provincias en calidad de *Diadocos* o sucesores. Ptolomeo fue nombrado sátrapa de Egipto; a Eumenes se le encomendó Paflagonia y Capadocia; Lisímaco se quedó con la Tracia y Antígono con la Frigia, Licia y Panfilia. Pero aun entre los mismos generales surgió oposición. A un lado estaban Pérdicas y Eumenes a los que se unió Olimpias, la reina madre, y de otro lado Antípater con Antígono.

Cuando en el 321 Pérdicas cayó asesinado, Ptolomeo rechazó la regencia del imperio y se procedió a una nueva designación de dignidades: Antípater fue nombrado regente; Antígono generalísimo del ejército y Casandro, hijo de Antípater, su agregado; Seleuco recibió la satrapía de Babilonia. Las rivalidades iban en aumento y las damas de la familia real, Olimpias madre de Alejandro y Eurídice esposa del rey Filipo, participaban de ellas. Muertas las dos, víctimas de su ambición, Casandro quedó dueño de Macedonia (316). Pero la guerra continuaba aún contra el predominio creciente de Antígono al que obedecía toda el Asia. Contra él se unieron sus antiguos confederados, Casandro, Lisímaco y Ptolomeo. El escenario del conflicto fue principalmente Siria; Seleuco hubo de huir de Babilonia perseguido por Antígono, hasta que Ptolomeo, en la batalla de Gaza, derrotó al hijo de Antígono, Demetrio (312). Seleuco pudo volver a Babilonia de tal suerte que este año, 312, se considera como el primero del reinado de los Seléucidas.

El año 310 se extinguió la dinastía macedonia, pues Casandro mandó dar muerte a Roxana y a su hijo y se reanudaron las hostilidades, esta vez promovidas por los deseos de expansión de Ptolomeo, que amplió sus dominios en Asia Menor y asentóse incluso en Grecia. Antígono envió contra él a su hijo Demetrio que acabó con el dominio de Egipto en Grecia donde instauró de nuevo la democracia. Cerca de Salamina pudo vencer a Ptolomeo; pero en cambio Antígono no tuvo la misma suerte en su ataque al mismo Egipto. Alejado el peligro, Ptolomeo, a falta de heredero legítimo, se coronó como faraón (305) y para afirmar su sucesión asoció a su hijo al trono. La dinastía de los Lágidas, con autoridad legitimada, reanudaba la tradición dinástica de Egipto. Sucesivamente si-

(1) Nobleza militante que constituía la caballería.

gieron su ejemplo Casandro, Lisímaco y Seleuco, con lo que quedaba definitivamente rota la unidad del imperio. Pero aun Antígono con su hijo Demetrio consideraban factible reparar las cuantiosas pérdidas y persistían en su ambición. Contra ellos se unieron Casandro, Lisímaco, Ptolomeo y Seleuco. La guerra se inició en Asia Menor (302) y Lisímaco ganó rápidamente las comarcas occidentales. La batalla decisiva fue en la primavera del 301 en Ipso, Frigia, donde Antígono fue derrotado y muerto, y Demetrio tuvo que huir.

Los países de Antígono fueron repartidos entre los vencedores: Seleuco obtuvo las regiones orientales del Asia Menor; Lisímaco quedóse con la costa de aquella región y únicamente Ptolomeo no participó en el reparto. La unidad del imperio era definitivamente sustituida por un fraccionamiento de Estados que tan sólo volverían a reintegrarse con la dominación romana.

250 (a. J. C.)

Fundación del reino parto de los arsácidas. En la Media la religión mazdeísta, repleta de concepciones del zoroastrismo, cada vez ejercía más influencia en el país, y la política desarrollada por Alejandro y sus sucesores era, por motivos religiosos, objeto de tenaz oposición, lo que dio por resultado la creación de la Media septentrional de un Estado nacional persa, el reino de Atropatena, que de allí extendióse a la Pérsida y aprovechando las luchas de Antioco II con Egipto, Arsacés alrededor del 250 a. de J. C. fundó al sudeste del mar Caspio el imperio independiente de la Partia con capital en Zachacarta.

La aparición del reino de los partos dividía en dos mitades el mundo helenístico en el Oriente Próximo: en la parte occidental quedaban los seléucidas, y en la oriental el reino de la Bactriana que tampoco vaciló en proclamar su independencia respecto de los Seléucidas.

En sus comienzos la Partia apenas podía resistir la doble presión de sus enemigos del este y del oeste; pero alrededor del año 200 a. de J. C., reinando Artabano, la consolidación del reino fue un hecho con la conquista de Ecbatana, ciudad que dominaba las rutas terrestres y marítimas del Cáucaso con la India, así como la ruta caravanera de Mesopotamia a China. Las dos vías se encontraban en Hecatómpilos, que fue la capital del reino y que bajo Mitrídates I (175-136 a. de J. C.) alcanzó gran esplendor.

Cuando con Antíoco IV se hundió el imperio seléucida, los arsácidas se adueñaron de la gran ciudad mesopotámica de Seleucia del Tigris y desde entonces Partia dominó todas las rutas del comercio continental, de la misma forma que Egipto señoreaba en el mar, en una época en que se disputaban la hegemonía del Asia Anterior, Mitrídates del Ponto, Tigranes de Armenia y sobre todo Roma.

En constante relación con los estados mediterráneos y con el Asia central, es este contraste el que explica el carácter mixto de la civilización parta, por su religión eminentemente iraniana, es decir, imperio continental, alejado del pensamiento político y social del mundo helenístico; por su desenvolvimiento comercial entroncada con la cultura helenística; como lo vemos en muchas de las monedas usadas por los arsácidas que eran de manufactura griega. Sin embargo, podemos considerar a la Partia como ligada directamente con la Media, puesto que el hecho mismo de no poseer las costas mediterráneas la diferenciaba radicalmente del imperio aqueménide, y por otro lado la evolución social urbana que conocieron todas las ciudades del Asia Anterior, no fue experimentada por la Partia, que continuó siendo esencialmente un estado de campesinos y feudal ya que fueron únicamente las rutas económicas las que notaron el influjo helenístico; pero el resto de la población vivió alejada de este contacto, agrupada bajo un régimen señorial, sometido al celo de los magos mazdeístas, de una nobleza guerrera y de un rey, cumplido representante del déspota oriental. El idioma declarado oficial fue el arameo que era el propio del comercio continental y no el griego que lo era del marítimo; con ello expresaba también la oposición a todo cuanto representara cosmopolitismo, para afincarse más y más en un profundo sentimiento nacional.

Casi cinco siglos, a partir de su fundación, vivió el imperio parto bajo los estamentos sociales de sus reyes sacerdotales que presionaron para afincarse cada vez más en el mazdeísmo sobre cuyas tradiciones los sasánidas elaborarían su elevada moral.

221 (a. J. C.)

Primera monarquía unificada china. De la misma manera que durante el siglo VI el suelo asiático se vio invadido por una corriente de idealismo que triunfó en Persia con la religión de Zoroastro, culminó en la India con el budismo y surgió en la China feudal con la filosofía de Lao-Tsé, también en el Asia

oriental surgió a partir del siglo IV una corriente de imperialismo monárquico, que instaura en la India la monarquía de los mauryas y en la China la de los Chin.

Hacía ya más de un siglo que los Chin venían sosteniendo una serie de guerras contra los Cheu y los Chu para implantar su soberanía en el territorio chino. Prácticamente la gran victoria del rey Chao en Tan-Yang sobre los Chu definió ya su triunfo que terminó, el año 221, el rey Chin-Che-Huang logrando la unificación del país y tomando el título de emperador.

Chin-Che-Huang emprendió en seguida una política de intensa centralización no respetando nada de cuanto era más querido por los chinos, ni en cuanto a sus tradiciones, ni en lo tocante a religión; es de ver cómo mandó quemar todos los libros de Confucio, excepto los de medicina, agricultura y adivinación y cómo ordenó la ejecución en masa de más de 200 intelectuales que, apoyados en las ideas de Mencio, habían contribuido a la instauración de la política centralizadora. Tales medidas le valieron la animadversión de la mayor parte de su pueblo que le consideró siempre un déspota cruel. Hizo desaparecer rápidamente a los antiguos señores feudales y dividió el reino en treinta y seis provincias administradas por un gobernador civil y otro militar, todos ellos dependientes de un primer ministro que era el que presidía la administración, confiada a un grupo de funcionarios. De esta forma el imperio pasó de mero estado feudal a burocrático y militar. Para evitar que volvieran a reincidir los príncipes locales en guerra, mandó destruir todas sus fortalezas, y en cambio, emprendió (año 215) la construcción de la Gran Muralla destinada a guardarse de los nómadas que ya empezaban a irrumpir en sus tierras. La ciudad de Hien-Yang, capital del imperio, se transformó en una gran urbe que centralizaba todo el tráfico caravanero que desde el Occidente afluía a China a comerciar.

A pesar de su labor unificadora la China no presentaba uniformidad de razas ni de lenguas, ni social ni económica. La civilización estaba mucho más avanzada en el Norte que en el Sur y la implacable rigidez de la política provocaba frecuentemente disturbios que intentaba aprovechar la antigua nobleza feudal. Por ello a la muerte del emperador (210) estalló una gran revolución que desgarró el país y de la que se entronizó la dinastía de los Han que habrían de regir los destinos de China.



202
(a. J. C.)

Las reformas liberales de los Han. A la muerte del emperador Chin-che-Huang el año 210 a. de J. C. (1) estalló una rebelión en todo el país, que llevó al poder a una dinastía oriunda del sur: los Han. Tuvo su origen en un campesino modesto, Liu-Pang, que se hizo nombrar duque de Pei y, logrando hacer prevalecer su dominio sobre otros rivales, se proclamó emperador con el nombre de Kao-Tsu.

El advenimiento de la dinastía de los Han representó una época de grandes reformas administrativas, jurisdiccionales y sociales para la nación china. El gobierno central, que bajo la dinastía de los Chin estaba en manos de un primer ministro, se dividió en distintas secciones administrativas, proporcionando una mayor seguridad en el control de la conducta de los funcionarios públicos. Así el imperio se dividió en infantados entre los príncipes reales y en feudos entre los señores territoriales, que, aunque no poseían soberanía, sí que tenían un conjunto de funcionarios jerarquizados y remunerados por el rey. Hasta tal punto este régimen de funcionarios se hizo cada vez más intenso que se sustituyó la nobleza hereditaria de sangre por una administrativa no hereditaria.

(1) Véase: *221 a. de J. C. Primera monarquía unificada china.*

Al par que se facilitaba una mejor unión entre las distintas partes del imperio se incrementaba enormemente el comercio y por ende la vida urbana, con la aparición de una clase mercantil cada vez más opulenta. Como el Estado abolió la supremacía del régimen señorial, se asistió al fenómeno de emancipación de la servidumbre de la gleba, que empezó por afluir a las ciudades creando serios problemas de parados, mientras el campo se veía cada vez más despoblado. Se procedió a la solución de este conflicto con el establecimiento de colonias agrícolas y con la promulgación de una serie de leyes sociales que favorecían a los ancianos, viudas y huérfanos. El resurgir económico trajo consigo una reforma de la moneda, sustituyendo la pesada de cobre establecida por los Chin por otra más ligera, e incrementando su afluencia con la apertura de nuevas minas de cobre. El sistema de los impuestos se reformó, generalizándose en forma de diezmos territoriales y de una gabela por cabeza que debían aportar todos los hombres sin excepción desde los quince a los cincuenta y seis años de edad. También se fijó un impuesto especial para el mantenimiento del ejército.

Sistemáticamente se reforzaba el poder de la monarquía que, como en Egipto, se atribuyó una base religiosa. El emperador se consideró directo mandatario de los dioses, y el clero real ocupó los primeros puestos en la corte logrando al fin apoderarse de la política, pues, si por medio de la astrología podía prever los destinos humanos, también podía, en consecuencia, conocer los de la nación. Wu-Ti (140-87), representa el apogeo del absolutismo, al que llegó apoyado en las teorías de la monarquía de origen divino.

En adelante el Estado se apoyaría en la gente culta que él mismo preparaba en sus escuelas, como la de Hien-Yang creada el año 104 a. de J. C., en la que se reunían más de cincuenta sabios versados en lenguas extranjeras y en el saber científico de la época. El rey y la nobleza se rodearon de sabios y así, al par que la monarquía se centralizaba, el derecho privado tendía a individualizarse y asistimos a la supresión de la aristocracia como casta social.

El resurgir económico estuvo ligado a una mayor extensión territorial del país, que en el año 111 llegó hasta el mar con la conquista del reino de Cantón. De esta manera la nación pasaba a ser también potencia marítima. En el año 108 se conquistó Corea y en el 57 China entraba en relaciones con el Japón, cuya civilización estaba en sus comienzos. También se extendió el imperio hacia el Sur, por las costas de Annan,

que ya desde el siglo II sufría la influencia civilizadora de la China. Esforzóse al mismo tiempo en dominar las rutas caravaneras que la unían con Occidente y en esta época quedó definitivamente marcado el itinerario de los dos caminos: el del Norte de Karachar y Samarcanda hasta el mar Caspio, y el del Sur por Kotán y Bactres; por estas dos vías recibió la China la influencia civilizadora del Occidente que se manifestó en su arte y literatura.

146 (a. J. C.)

Fin de la independencia griega. Asentado en Italia el poder de Roma sobre los galos y etruscos, y ambiciosa la ciudad del Lacio del dominio universal, dirigió sus ojos hacia el mundo helénico, cuyas partes occidentales, es decir, las posesiones griegas en Italia, fueron las primeras en recibir los contactos hostiles de Roma.

El motivo de la intervención de Roma en la Grecia propiamente dicha fue a raíz de las guerras macedónicas, que tuvieron lugar después de la muerte de Ptolomeo II (221). El ocaso del Egipto helenístico planteaba el desequilibrio en el Egeo oriental, que Filipo V de Macedonia y Antíoco III de Siria trataron de restablecer en provecho propio, lo cual era motivo de preocupación para Pérgamo y Rodas, potencias aliadas de Roma.

Las pretensiones de Macedonia se agudizaron cuando Perseo, hijo de Filipo, fue elevado al trono logrando atraerse muchos partidarios en todas partes. A instancias del rey de Pérgamo el Senado romano, al que se unieron los griegos, le declaró la guerra. En los primeros tiempos de la campaña la suerte parecía adversa a las legiones romanas, pero cuando se encargó del mando supremo a Paulo Emilio cambiaron las cosas; vencieron a Perseo en Pydna (168) y hubo de rendirse. Con él acaba la dinastía macedónica, única potencia capaz de oponerse a la dominación romana en Grecia. Perseo fue conducido a Roma donde murió poco después.

El metódico saqueo de los romanos en Grecia producía constantemente alzamientos de los helenos. En Macedonia se levantó un seudo Filipo, que se decía hijo de Perseo, pero la rebelión fue ahogada en sangre y el país declarado provincia romana junto con la Iliria meridional y territorios del Epiro. En Grecia el partido democrático de Corinto se adueñó de la Liga Aquea y quiso enfrentarse a Roma. La ciudad del Lacio envió una comisión anunciando el deseo del Senado de que

los aqueos debían despedir de la Liga a Esparta, Corinto, Tracia, Argos, Orcómenes y Heraclea. La asamblea no sólo no les escuchó, sino que se mostró partidaria de la contienda (146). El general romano era interinamente Metelo, y el griego que organizó el movimiento antirromano, dándole un carácter socialista, fue Diaios. Metelo marchó sobre el istmo e intentó llegar a un acuerdo amistoso con Grecia, pero sus intentos fueron rechazados; poco después, el cónsul L. Mummio aniquilaba al ejército griego en Leucopetra. Diaios se suicidó y la ciudad de Corinto fue saqueada de una manera bárbara; más tarde arrasada completamente y sus ciudadanos vendidos como esclavos (147).

En el año 146 termina la verdadera independencia griega empezando el período de la dominación romana. El Senado organizó en adelante las cuestiones políticas; una parte del país quedó en propiedad del Estado y todo el territorio pasó a ser tributario de Roma. Muchas ciudades pudieron conservar su Constitución y jurisdicción propias, pero siempre la autoridad de los magistrados romanos era superior a la de las asambleas populares. El régimen comunal persistió por lo menos hasta entrado el siglo III en que fue sustituido por la municipalidad romana; sin embargo la autonomía y jurisdicción propias fueron perdiéndose paulatinamente. Augusto restauró las instituciones panhelénicas y así pudo resurgir la anfictionía délfica y otras más reducidas de etolios, foceos, aqueos y otros.

El mundo griego fue así, poco a poco, completamente absorbido por la romanización, y cuando siglos después resucitó en la Historia, fue ya una forma completamente nueva de helenismo: imperio bizantino y califato de Oriente.

139
(a. J. C.)

Muerte de Viriato. El dominio de Roma en España representaba la libertad de comunicaciones terrestres que por el litoral de la Galia unía a Italia con aquel país y al mismo tiempo la posesión de las inmensas riquezas naturales y de las reservas humanas. Comenzada su conquista en época de la segunda guerra púnica, los Escipiones se apoderaron del país. En el año 197 a. de J. C. se dio por terminada la conquista con la división de las provincias: la España Citerior al norte del Ebro, y la España Ulterior al sur, unidas por una estrecha faja a lo largo del Mediterráneo y puestas bajo el mando de un pretor.

Como habían quedado independientes, los pueblos del interior —celtíberos y lusitanos— no cesaban de hacer frecuentes *razzias* en las provincias sometidas al dominio romano. Roma emprendió para completar la conquista una serie de campañas que parecieron haber establecido la paz y conformidad entre el pueblo sojuzgado, pero no era más que una engañosa apariencia, exasperada por la dureza y rapacidad de los gobernadores. En 154 estalló la insurrección general en toda la península; adquirió aires de independencia y de forma despiadada, cruenta y tenaz, duraría más de veintiún años. En esencia la guerra comprende dos sectores: el celtíbero al Este y el lusitano al Oeste. En Lusitania el pastor Viriato se alzó por caudillo de los guerrilleros sublevados ante la conducta odiosa del pretor Galba.

Viriato, escapado de la matanza general que había ordenado Galba, es uno de los héroes populares que trataron de oscurecer los escritores romanos, pero cuyo valor político y militar no puede pasar inadvertido. La tradición, rica en detalles, permite reconstruir casi por completo la vida del héroe lusitano; además el escritor Polibio nos muestra un acierto y objetividad singulares al describir el valor y la destreza de Viriato.

Era originario de la Lusitania occidental, probablemente de la actual Sierra de la Estrella. Pasó su juventud apacentando ganado en sus montañas, y esta áspera vida al aire libre, en continua lucha por el medio, fortaleció su cuerpo de tal manera que con cualquiera competía en fuerza, rapidez y vivacidad. Sobrio y preciso, como buen montañés, era generoso y desinteresado, y la vida placentera no le inspiraba más que desprecio. Casó con la hija del rico Astolpas, quien aprovechó el día de la boda para hacer ostentación de sus riquezas y preparar un gran festín en el que Viriato ni siquiera quiso tomar parte; contempló en pie, callada y burlonamente el abundante banquete, terminado el cual marchó con su esposa a su mundo de las montañas.



Vino a erigirse en caudillo de los lusitanos, cuando ya no les quedaba otra solución que el exterminio o la sumisión. Llevaban ya siete años en lucha en la que habían perecido muchos hombres, y las matanzas de Galba les habían reducido al último extremo; sin embargo, aún pudieron reunir unos 10.000 soldados que en el año 147 a. de J. C. fueron vencidos por el pretor Vetilio.

En este momento es cuando Viriato se hace cargo de la contienda. Los romanos proponían un acuerdo amistoso con los lusitanos y Viriato les recuerda a éstos los recientes engaños de Galba y les anima a no aceptar ningún pacto y a confiar en su ánimo belicoso que les salvaría.

Con la hábil estratagema de no presentar batalla abiertamente, burló a las legiones del pretor Vetilio en Tríbola. El desastre para los romanos fue espantoso; allí murieron 9.000 soldados con su general; esta derrota ponía en manos de Viriato toda la España ulterior. Venció al cuestor C. Plaucio, que se hizo cargo de las legiones romanas a la muerte de Vetilio, y se apoderó de Segóbriga (146).

Las victorias del audaz lusitano alarmaron a la oligarquía romana, que determinó enviar a la península hispánica cónsules y no pretores, y por tanto el grueso del ejército; sucesivamente llegaron a la Bética: Fabio Máximo y Serviliano. Viriato venció repetidas veces a ambos generales; pero al final su pueblo, inconstante como todos los íberos, en la fortuna y en la adversidad, fue el que le hizo firmar con Roma un tratado que le otorgaba el título de rey y amigo de la potencia itálica. En el tratado se estipulaba que en adelante romanos y lusitanos respetarían los límites que en el momento separaban ambos dominios.

Sucedió a Serviliano el cónsul Quinto Servilio Cepión, quien rompiendo la paz hizo abiertamente la guerra a Viriato. Corría el año 139 antes de J. C. Las fuerzas del romano eran muy superiores y el pueblo lusitano estaba cansado de la lucha, así que, a pesar de que hubiesen podido sostenerse por mucho tiempo en las montañas, Viriato decidió entablar negociaciones con sus enemigos. Estos le exigieron primero la entrega de los principales rebeldes y después la de las armas. Los comisionados para las negociaciones, amigos de Viriato, fueron sobornados por Cepión y asesinaron a su caudillo y amigo mientras dormía. Los lusitanos le rindieron honras casi divinas, y recogidas sus cenizas en un gran túmulo, doscientas parejas representaron sobre él un simulacro de combate.

138
(a. J. C.)

Reformas sociales en Roma: Los Gracos. El hundimiento de la democracia se acentuó en la segunda guerra púnica y la conquista del Mediterráneo, que llena la segunda mitad del siglo II, en cuya época se consagra el mando de la oligarquía. Salustio refiriéndose al siglo II, dice: «En el exterior y en el interior todo se trataba al arbitrio de un corto número de hombres. Suyos eran el tesoro, las provincias, las magistraturas, los honores, los triunfos».

El cuadro que presentaba la sociedad romana era desolador bajo su dorada superficie: una oligarquía gubernamental cada vez más limitada, un capitalismo poderoso y envidioso del poder, y un proletariado urbano arruinado y vejado por las continuas degradaciones, es lo que en realidad era aquella Roma engrandecida por las conquistas. Los Gracos comprendiendo que el poder de Roma estaba en el ejército, que en su mayor parte proporcionaba la clase media campesina, y la dificultad cada vez mayor de reclutar soldados por la desaparición de aquella clase social, quieren formar una clase de pequeños propietarios a base de una reforma agraria.

Esto es lo que Tiberio Graco expone el año 133 a. de J. C. al ser elegido tribuno. Con habilidad suma presentó su reforma al temperamento tradicionalista romano, como una vuelta al pasado, no como una innovación. Su proyecto constaba de dos partes esenciales; la primera de ellas ponía en vigor la primitiva ley agraria de Licinio Estolón, según la cual nadie podía poseer más de quinientas yugadas del *ager publicus* (campo común), y también la prohibición de apacentar en el pasto común más de cien cabezas de ganado mayor o quinientas de menor. La segunda parte del proyecto establecía que las tierras restituidas habían de repartirse entre los ciudadanos a razón de 30 yugadas por cabeza sin derecho a la alienación. La primera parte de esta ley no satisfizo a la aristocracia, porque era la dueña de la mayor parte del terreno, pero parecía que el triunfo de la disposición no ofrecía dudas por ser una mayoría la que lo aceptaba, y porque el proyecto se presentaba con todas las bases de legalidad. Sin embargo, uno de los tribunos, M. Octavio, opuso su veto, y Tiberio, a fin de que triunfara su propósito, por otra parte tan necesario, imaginó una teoría constitucional nueva, según la cual si dos tribunos estaban en discordancia, el pueblo podía intervenir para aunarlos en sus decisiones. De esta forma Octavio fue depuesto por unanimidad y la ley agraria triunfó; pero fue una victoria ruinosa porque para imponerla había sido necesario modificar la constitución. Los contrarios a la ley aprovecharon esta situación para intensificar ssu ataques, y Tiberio, a fin de salvarse, propuso un nuevo tribunado, que, al amparo de la constitución, opuso una traba más resistente. La inquietud cundió en la ciudad, estallaron disturbios y se inició una guerra callejera en la que Tiberio fue asesinado.

No por ello dejó de implantarse la ley agraria, pero la oligarquía oponía obstáculos continuamente; se hicieron mayores las dificultades para su aplicación y cuando atrajeron a su causa al héroe popular de Cartago y Numancia, Escipión Emiliano, se traspasó el derecho de discriminación a los cónsules, que, como representantes de la nobleza, obtuvieron en poco tiempo la paralización de la ley.

Cayo Graco, hermano de Tiberio, es elegido para tribuno el año 123 y reanuda inmediatamente la obra social iniciada por su hermano, pero con concepciones distintas. Los últimos acontecimientos políticos habían demostrado a Cayo que su hermano fracasó por dos motivos: el enorme bloque aristocrático y la carencia de un partido sólido para defenderle. Por ello comprendió la necesidad de una reforma política profunda, que disociará la acción de la nobleza y proporcionara un apoyo firme a la ley. Trató de atraerse a su partido el orden ecuestre, formado por los grandes financieros, hombres adinerados a los que apoyó en sus intereses materiales a fin de ganarlos para su causa, y además comprendió que para el triunfo de la ley era necesario derogar el privilegio de opción de los cónsules y restituirlo a los triunviros. La aceptación fue reforzada por dos nuevas leyes: la colonial, que protegía el establecimiento de colonias romanas fuera de Italia, y la frumentaria, que estipulaba la venta del trigo por el Estado a un precio reducido.

Si perfectas fueron las ideas de Cayo en su elaboración, no lo fueron los procedimientos para llevarlas a cabo, en los que el partido enemigo encontró el camino para llevarlas al fracaso. Se aumentaron exageradamente los tributos que debían pagar los nuevos propietarios, con lo cual dejaron de ser un apoyo firme para la ley agraria. En las próximas elecciones ganó el partido aristocrático, y L. Opimio fue elegido cónsul. El fracaso de Cayo era inminente. Se le imputó el asesinato de un lictor de Opimio, y en una de las jornadas revolucionarias fue muerto por un esclavo.

En los años siguientes a su muerte la oligarquía detentó completamente el poder. Reaparecieron las grandes propiedades y el aflujo de los campesinos a Roma. La ley agraria de los Gracos había muerto definitivamente, porque se había publicado una ley que convertía en propiedades privadas las ocupaciones de tierras (109). Con ello se impedía toda tentativa de una posterior reforma.

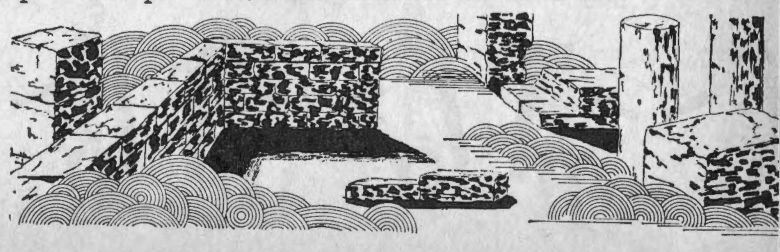
133
(a. J. C.)

Caída y destrucción de Numancia. Mientras los pueblos de la Hispania Ulterior se unían todos a Viriato en su lucha contra Roma, la parte norte de la meseta, que hasta el momento había respetado el pacto que hiciera con Marcelo en el año 151, entró también en evidente oposición a Roma, originando una guerra, llamada justamente numantina, que puso de manifiesto el valor y heroísmo de los hombres de la meseta. Pompeyo, general romano, se hizo cargo de la guerra; pero él y sus inmediatos sucesores fracasaron en sus intentos de conquistar la ciudad de Numancia, capital de los arévacos, núcleo fundamentalmente céltico y de importancia primordial.

Numancia estaba situada sobre un altozano, la Muela de Garray, en las inmediaciones de Soria. Actualmente de la ciudad céltica se conoce poco; la romana que se construyó sobre los muros de aquélla es la hoy visible y de la que más se sabe, si bien la distribución de la planta urbana de la primera coincide bastante con la romana. Numancia era una ciudad doble; la parte más antigua rodeada de una muralla, insuficiente por estar las casas adosadas a ella y la parte de los arrabales que no poseían más que unas fortificaciones endebles, del todo ineficaces, frente al aparato desplegado por los romanos.

En abril del año 134, Escipión llegó a Tarragona para hacerse cargo de la guerra contra Numancia y allí le esperaba el ejército de la Hispania Citerior. Los hombres que le recibieron eran el prototipo del ejército cansado y desmoralizado por continuas campañas. Lo primero que hizo fue restaurar la disciplina entre aquellas legiones, que habían olvidado los duros trabajos de la guerra, y, una vez en condiciones de iniciar el avance, se dirigió, no directamente a Numancia, sino al país de los vacceos, granero de aquellas regiones, para aprovisionarse de trigo y, a la vez, privar de él a los numantinos. En su propósito estaba, como en el de sus predecesores, el de reducir a la ciudad por hambre.

El ejército de Escipión, formado por unos 60.000 hombres llegó a las cercanías de Numancia probablemente en octubre del año 134 y comenzó inmediatamente el cerco, pues dado el clima del país las operaciones del sitio debían estar aca-



badas antes de la llegada del invierno. Escipión, como todos los grandes generales romanos, fue maestro en el arte de la circunvalación *(circumvallatio)*, es decir, en encerrar una ciudad dentro de una línea fuerte. La tropa que constituía la circunvalación estaba reforzada por campamentos que llegaron a ser siete y estaban fortificados; de éstos los más importantes fueron los de Castillejo y Peña Redonda, situados uno al norte y otro al sur del eje de la ciudad y mandados respectivamente por Escipión y su hermano Fabio Máximo. Como los numantinos eran tiradores de lanza y honda, con las que no se puede alargar más de 100 metros, también se tuvo en cuenta esta particularidad para la situación del cerco, que se cavó a una distancia prudencial de 500 metros de la ciudad. En realidad éste constó de dos líneas: una primera provisional y la segunda o circunvalación propiamente dicha. Es de destacar la importancia que alcanzaron las máquinas de guerra que arrojaban flechas y bolas de piedra, así como doce elefantes cedidos por Yugurta, muy eficaces para desbaratar la caballería hispánica.

Es casi increíble la prodigiosa hazaña de Rectugenos, numantino de sobrenombre Karaunios, que logró salvar el cerco de los romanos para salir a la comarca a reclutar gente; pero el valor del pueblo arévaco había disminuido con tantos años de lucha y únicamente los jóvenes de la ciudad de Lutia se mostraron dispuestos a prestar su ayuda. Sin embargo, los hombres viejos denunciaron los propósitos de la juventud a Escipión y a la mañana siguiente la ciudad despertó rodeada por los ejércitos romanos; como castigo, el general romano ordenó cortar las manos a más de 400 habitantes.

En el verano del 133 Numancia perdió toda esperanza de resistir y de recibir ayuda. Agotados todos los recursos alimenticios que había en la ciudad, y en la imposibilidad de proveerse, dada la dureza del cerco, los numantinos decidieron enviar emisarios a Escipión para convenir las condiciones de la capitulación. Enterado el general romano de la apurada situación de la valerosa ciudad, exigió la rendición con armas; pero Numancia estalló en ira al conocer las condiciones de los romanos, y recelosa de traición por parte de los que habían sido emisarios, mandó que fueran despedazados. Entre tanto



se llegó a la situación extrema de tener que alimentarse con carne humana; se empezó con los moribundos, les siguieron los enfermos y tras ellos los más débiles; pero la espantosa carencia de recursos pudo más que el orgullo de su independencia y hubieron de sucumbir. Todo el que no quiso presenciar la rendición se mató, y los supervivientes, una vez entregadas las armas, fueron vendidos como esclavos por los romanos, excepto 50 que fueron llevados a Roma como testigos de la victoria de Escipión. La pequeña ciudad céltica fue sometida al castigo reservado a las grandes urbes, como Corinto y Cartago: fue reducida a cenizas. Escipión no pudo recoger botín, pues los numantinos antes de entregarse destruyeron todo su ajuar (1). Era a principios de agosto del 133. No por su fin de rendición se empaña la gloria de Numancia, una heroica ciudad sucumbiendo al hambre, tras una guerra que había durado 20 años.

87
(a. J. C.)

La guerra civil: Mario y Sila. Si bien las reformas agrarias de los Gracos habían fracasado en sus intentos de redistribución de la tierra, sí que habían creado un partido popular que no tardó en hallar un caudillo en la persona de Cayo Mario, dispuesto a enfrentarse con la aristocracia. Cayo Mario era hijo de un pequeño propietario de Arpino y al frente del ejército, formado en su mayoría por los ciudadanos pobres, se encargó de la guerra de Yugurta, monarca de Numidia, que a la muerte de su tío Micipsa se había incautado de los terrenos de sus primos y había sobornado al Senado para atraerlo a su causa. Mario reformó el ejército ya que, en lugar del viejo reclutamiento, admitió a todos en él, incluso a los pobres, y así quedó formado un ejército de profesionales, que luchaban por el botín y eran más adictos al general que al Estado. Acabada triunfalmente la guerra de Yugurta fue necesario acudir a Mario y a su ejército victorioso para luchar contra los cimbrios y los teutones que, procedentes del centro de Europa, se disponían a invadir Italia; Mario los venció en las batallas de Aix en Provenza y Vercei!. Triunfal en Roma, Mario fue elegido cónsul, y una fuerte reacción popular se hizo sentir en la ciudad. Se votó una

(1) Historiadores como Osorio y Floro dicen que los numantinos, tras haberse embriagado con su bebida nacional, la caelia, prendieron fuego a la ciudad, arrojándose todos a las llamas. Sin embargo, Apiano, siguiendo a Polibio, testigo de la memorable gesta, da como cierta la versión reseñada en el texto.

nueva ley frumentaria, que disminuía el precio del trigo vendido por el Estado; se promulgó otra ley colonial que revivía los proyectos de colonias de Cayo Graco y se dictó una distribución de las tierras conquistadas en África y en el valle del Po entre los veteranos de Mario. Instituyó la ley *De Majestate,* por la que se condenaba a muerte al culpable del crimen de «lesa majestad» contra el Estado romano. Con estas reformas se ponían en manos de Mario y del partido popular todos los ciudadanos romanos.

Pocos años después, Mitrídates, rey de Ponto, incorporó a sus estados las ciudades griegas del Asia Menor; tenía en su poder todas las rutas comerciales del Próximo Oriente, con el Asia central y con la India; entró en tratos con los piratas de Sicilia y Creta y su guerra tomó el cariz de cruzada democrática, ya que iba extendiendo a todos el derecho de ciudadanía a la par que retenía en sus manos a todo el mundo griego. Ello produjo enorme repercusión en Roma, donde Livio Druso (92) prometió a todos los itálicos el derecho de ciudadanía; sin embargo, pereció asesinado (91) por orden de la nobleza. Su muerte señala el levantamiento de los *socii,* federados (guerra social y mársica) en Ausculum. Para sofocar la rebelión, Roma envió a Mario contra los sublevedos quienes si bien fueron derrotados militarmente, lograron la victoria, puesto que el Senado hubo de concederles el derecho de ciudadanía. Italia formaba un solo estado democrático y en Roma triunfaba el partido popular que en el año 87 se hizo con el poder y señaló el comienzo de la guerra civil. Mario, a la cabeza del partido popular, emprendió una labor reformadora y planeó una gran parcelación de tierras en Campania. Sila, como campeón del partido aristócrata, fue declarado enemigo común y la ciudad de Roma durante cinco días fue víctima de los desmanes que exigía la venganza de la democracia.

Al mismo tiempo Sila vencía a Mitrídates en Asia Menor y al frente de su ejército, enriquecido con el botín de la conquista, entraba triunfalmente en Roma (82), donde ya había sido nombrado cónsul antes de marchar al Oriente, y se hacía con el poder. El partido democrático de Mario continuó por escaso tiempo la guerra en Italia y luego tuvo que retirarse a España.

Sila intentó dar a la constitución republicana su antiguo poder, y resucitó con su actuación la magistratura de la *dictadura* más de un siglo en desuso. Sila, dictador, congregaba en sus manos toda la autoridad pública. Parecía que en Roma



se había adelantado la llegada del poder personal; sin embargo Sila no adquirió conciencia de ello; en su ánimo estaba tan sólo atenerse a la constitución tradicional y para llegar a la idea concreta de una realización monárquica, sería preciso avanzar hasta Julio César. Para robustecer el poder oligárquico emprendió la proscripción de los partidarios del régimen democrático. Salustio dice: «No paró la matanza hasta que Sila hubo llenado de riquezas a todos los suyos». La reforma aristocrática de Sila fue sumamente superficial, porque la nobleza, embrutecida con las riquezas de la conquista, estaba falta de espíritu para penetrar hasta el alma de aquel poder que de nuevo se les brindaba. Todo estaba preparado para un nuevo régimen, y Sila, para acabar con el gobierno extralegal que ejercía, abdicó en el año 79 y al siguiente murió. Su obra no fue duradera. Brotó de nuevo la guerra civil. Una revuelta de esclavos acaudillada por Espartaco ensangrentó las calles de Roma. Al propio tiempo Mitrídates en Asia Menor dio de nuevo pruebas de insurrección. La anarquía cundía por todas partes. El Senado fue vencido y los comicios elevaron al consulado a Craso, representante de la clase financiera y a Pompeyo recién llegado al ardid político.

83
(a. J. C.)

Sertorio en España. Fue Sertorio una excelsa y gran figura histórica de la antigüedad clásica; nació en la Sabina, en la parte norte del país, tierra montañosa, pobre e inhóspita, con una economía eminentemente ganadera, que tenía por centro la ciudad de Nursia. Su fecha de nacimiento no puede ser posterior al 122 antes de J. C., y si su patria no pudo darle bienes terrenales ni instrucción, le proporcionó, en cambio, un cuerpo robusto y un espíritu sano y esforzado. En el año 105, cumplidos ya los diecisiete años, comenzó la carrera militar, como ciudadano romano en el ejército de Mario, del que aprendió el gobierno y táctica militares. Vino a España como tribuno a las órdenes de Tito Didio allá por los años 98-94; este cargo y su excelente conducta le hicieron popular a su regreso a Roma, donde, por sus méritos militares,

se le concedió el cargo de cuestor de la Galia Cisalpina. Siguiendo en sus aspiraciones políticas, en el año 88 Sertorio pretendió el cargo político que seguía a la cuestura: el tribunado de la plebe. Pero aquí sus ambiciones chocan con Sila, que no quería para los cargos públicos más que a los miembros de las familias aristocráticas. Sertorio, que pertenecía al orden ecuestre y procedía de un municipio, era, pues, menospreciado por la oligarquía romana; además Sila veía con malos ojos el que un hombre tan popular como Sertorio ocupara un cargo tan odiado por él. El fracaso de la elección convirtió a Sertorio en adversario despechado de Sila y en un adicto acérrimo del partido popular. En las luchas civiles que se desencadenaron entre Mario y Sila, Sertorio púsose indefectiblemente al lado del primero, y cuando en el 92 Sila, vencedor de Mitrídates, desembarcaba en Bríndisi, Sertorio pidió insistentemente que se le presentara batalla; pero la indecisión de su partido permitió que Sila avanzara por la Italia meridional; su habilidad al tratar con Escipión le ganaron para su partido. En Roma molestaba Sertorio y se le envió como pretor a la España Citerior.

Llegó a la península a fines del año 83. Poco tiempo tardó en ganarse los corazones de los españoles tan sensibles al trato humano y a los que él se sintió también inclinado en seguida, admirado de su nobleza y valentía. De él oyeron los españoles que amaba a España como a su propia patria y en realidad lo demostró, porque no agobió al pueblo con tributos y le trató siempre humanitariamente. Tal actitud le valió aparte de la admiración, un ejército, ya que las tribus más belicosas de los celtíberos no tardaron en ponerse bajo sus banderas. En sus manos estuvo toda la península hispánica y llegado este momento las intenciones de Sertorio aparecen claras a los historiadores: hacerse un dominio en Hispania como base para regresar a Roma y reconstruir allí la democracia. Esta misma idea se hace patente en sus tratos con el rey Mitrídates, que le garantiza la posesión de tierras asiáticas situadas en el marco de los intereses romanos. Roma continúa siendo la meta de Sertorio y en modo alguno el dominio hispano que conquistó habría de ser el centro del Imperio. El corazón de Sertorio seguía siendo italiano y Roma habría de ser la dueña del mundo.

Osca, Huesca, la capital del dominio sertoriano, elegida por su privilegiada situación, que dominaba el centro de los pasos del Pirineo, fue el último reducto de un dominio y una de las ciudades españolas que más incólume ha guardado la me-

moria del gran caudillo. La grandeza del poderío de Sertorio descansa en la conjunción de su genio militar y político. Cual precedente de César, o mejor aún, de los emperadores provinciales, se apoyó en una provincia para que ésta le llevara al mando de Italia, y para ello empleó todos los medios al alcance de su cautela, audacia y astucia. Los buenos comienzos en la realización de sus planes se estrellaron ante la inconstancia militar ibérica y la tenacidad de la aristocracia romana, que para oponerse a sus planes enviaba a luchar contra él a sus mejores generales, tales como Metelo y Pompeyo. Por otra parte ya en el año 75 y 74 la fidelidad de los iberos empezaba a tambalearse, quejosos de que Sertorio les utilizaba únicamente para combatir y de que su tierra veíase continuamente devastada por los ejércitos romanos. Dándose cuenta de que caminaba al fracaso, Sertorio abismóse cada vez más en sí mismo, se hizo duro, retraído y desconfiado. En el año 73, en que perdió la Celtiberia, vio ya malogrados sus deseos y, cuando le llegó la muerte, las relaciones entre él y sus adictos iban siendo cada día peores. Perpenna era el alma de los descontentos: su odio hacia el caudillo iba cada día en aumento, avivado por el convencimiento de la propia inferioridad; por ello se hizo oídos a todas las murmuraciones que contra Sertorio corrían entre los romanos para difundirlas a los iberos que día a día iban apartándose de él, y tramó una conjuración para darle muerte y hacer la paz con Roma. Para ello atrajo al gran caudillo a un banquete dado en su casa, donde fue vilmente asesinado por sus propios compatriotas y abandonado por todos los iberos. Muchos de sus hombres pasaron al campamento de Pompeyo y otros se pusieron al lado de Perpenna. Mas cuando se conoció el testamento de Sertorio que hacía a Perpenna importantes donaciones, se despreció al amigo desleal; pero fueron ya pocas las ciudades ibéricas que continuaron una resistencia inútil. Pompeyo tuyo la suerte de acabar la guerra sertoriana, si bien no fue más que recoger los frutos de esfuerzos hechos por sus antecesores, y pudo regresar con todos los hombres a Roma.

60 (a. J. C.)

El primer triunvirato. La reforma oligárquica y la dictadura de Sila habían fracasado. Después de la muerte del dictador, dos hombres ocuparon la escena en Roma: Cn. Pompeyo y Craso. Pompeyo, que había favorecido la causa de Sila en África, Sicilia e Italia, fue recompensado con los honores del

triunfo. Hombre ambicioso, no admite ninguna traba al logro de sus deseos. Craso, uno de los hombres más ricos de Roma, al igual que Pompeyo debe sus comienzos a Sila y aunque carece de bravura militar, sus riquezas le han labrado ya un puesto en el poder y aún aspira a subir más alto. La oligarquía los mira con recelo; pero ni el uno ni el otro quieren cesar en sus proyectos, y los acontecimientos serán favorables a su causa brindándoles la ocasión de alcanzar el triunfo militar.

Sertorio, lugarteniente de Mario, había logrado muchos adictos en España, de tal manera que extendió su autoridad sobre toda la península. Metelo Pío había fracasado en la lucha para vencerlo y Pompeyo se ofrece para ello; acabó con la sublevación y se dirigió triunfal a Roma.

En Roma Craso se había encargado de sofocar la rebelión de Espartaco (73) a quien derrotó, y restos de su ejército que intentaban cruzar los Alpes, fueron exterminados por Pompeyo a su regreso a Roma, lo que aumentó su gloria a la par que disminuía la de su rival Craso. La oligarquía cuenta con que los dos antagonistas se anulen mutuamente; pero en lugar de ello pactan y desempeñan el consulado simultáneamente; finalmente desechan la Constitución de Sila. Pero para mantener el poder era preciso avivarlo con los triunfos del ejército. Pompeyo obtuvo primeramente la ocasión con la guerra de los piratas (67) y con otra más larga contra Mitrídates. Sus buenos éxitos se multiplican y Mitrídates vencido y abandonado se hizo matar por un esclavo. Con él cesaron las rebeliones orientales para deshacerse del dominio romano y Pompeyo reorganizó las provincias de Asia Menor y en el año 62 desembarcaba en Bríndisi.

Entre tanto, en Roma, durante la ausencia de Pompeyo otro hombre había empezado a destacarse, Julio César. Hasta entonces era popular por su distinción y elegancia, pero al sobresalir por su agudo sentido político y su preclara inteligencia, muy pronto se convirtió en jefe del partido democrático, aumentando desde entonces (65) su popularidad hasta tal punto que se le confió el gobierno de la España Citerior.

Hombre de mediana inteligencia, Pompeyo no veía muy claro el fin que le proponía su ambición. Cicerón mismo en su *De República* da fe de la indecisión acerca de la clase de gobierno que Roma necesitaba. La salvación por la oligarquía, intentada por Sila, había fracasado al igual que todos los elementos que habían llevado a Roma al desorden: el tribunado de la plebe, el orden ecuestre y los grandes financieros. Todos reaparecían de nuevo y el régimen republicano se

hallaba por ellos atascado. Pompeyo tenía menos dificultades que Sila para adueñarse del poder y todo el mundo lo esperaba así. De pronto se supo que licenciaba su ejército, con lo que no hacía más que obedecer a la constitución, y cundió en todas partes la sorpresa. Pompeyo ambicionaba el poder personal, pero desechaba el golpe de Estado. Concebía un *principado* en el que la administración interior corriera a cargo del antiguo poder y en el que el *princeps* se cuidara de la guerra y los asuntos extranjeros, pero encontró en Roma un mundo hostil. La nobleza por una parte no respetaba sus triunfos y el partido democrático tenía ya su caudillo, César. Sólo le respaldaba el orden ecuestre, pero sin aliados y Pompeyo solo no podía hacer nada. Su prudencia e indecisión le habían llevado al fracaso. Es entonces cuando se reconcilió con César y Craso formando con ellos el primer triunvirato, que de hecho puso fin a la República (60 a. de J.C.)

En el año 58, después de haber sido cónsul César, los triunviros se separaron. A César se le atribuye el gobierno de la Galia; a Craso el de Siria, y a Pompeyo el de España.

Pero este último se las arregló para mandar un sustituto, quedarse en Roma y seguir trabajando sistemáticamente por la consecución de su plan. Reconciliado cada día más con el Senado va adquiriendo poderes excepcionales. Cicerón mismo escribe que todo el mundo le considera como *princeps*. La adquisición del poder personal, doce años ambicionado por Pompeyo, parecía venírsele a las manos. Únicamente se le oponía un obstáculo: César.

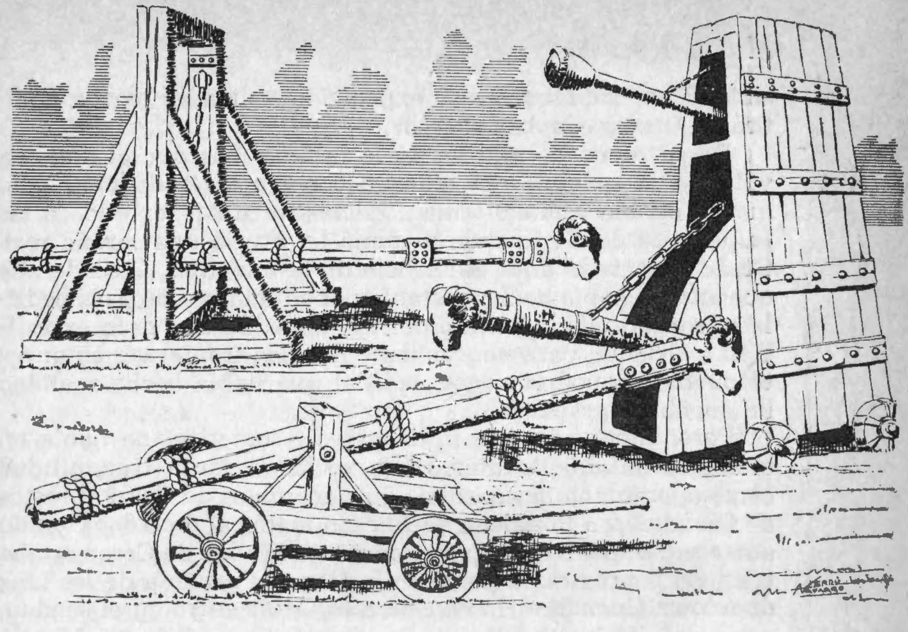
49
(a. J. C.)

Aspiración monárquica de César. Antes de que partiera para el gobierno de las Galias, que le había sido prorrogado, César intentó en Roma una nueva reforma agraria para la redistribución de las tierras de Campania, con lo que intentaba ganarse las simpatías populares, convencido, con la experiencia que arrancaba ya de Mario, que poseían suma jerarquía. El Senado acogió con frialdad el proyecto, pero a pesar de su oposición se aprobó la ley. Una vez más la oligarquía había puesto obstáculos al gobierno capaz y repetía la misma oposición que hizo a Pompeyo a su regreso victorioso de Oriente. César tenía presente la lección y el fracaso que para aquel había representado el licenciar a su ejército. Estaba convencido de que la nobleza nunca consentiría un *Principado;* la única forma de gobierno había de ser la monarquía

y el medio para conseguirla el ejército. Cuando en el año 58 parte para su provincia, Pompeyo queda en Roma labrando la quimera del Principado, en tanto que César, hasta entonces político afortunado, va a crear un ejército que le hará héroe de una epopeya.

En el momento en que César llegó a la Galia, sus habitantes, aunque unidos por el culto común druida, estaban divididos por escisiones sociales y en naciones de distinta evolución. La plebe clamaba por la abolición del régimen señorial y anhelaba el advenimiento de la tiranía con base en el pueblo. César fomentó estas divisiones castigando a los rebeldes y atrayéndose al partido aristocrático, lo que le produjo un movimiento popular en toda la Galia que al mando de Vercingetorix presentó cruenta lucha a César. Por fin, en el año 50 se enseñoreó de todo el país y dio a Roma, en el breve espacio de ocho años, los territorios desde el Rin al Océano con la genial labor de convertir a Roma en el país más importante de la cuenca Mediterránea y al mundo celta en un fiel baluarte frente a los germanos.

Craso había emprendido la conquista del reino de los partos para poder situar a Roma en la ruta de la India; pero sucumbió en el año 53. Esta derrota tiene doble repercusión; cierra la vía comercial de Mesopotamia y enfrenta a los rivales para la hegemonía: César y Pompeyo. El Senado, bajo la presión de Pompeyo, intima a César para que abandone su ejército, pero el héroe galo que no ha olvidado la equivocación de Pompeyo cuando licenció al suyo, sin dilaciones de ningún género a fin de precipitar los acontecimientos y no dar a su rival ventaja alguna, en enero del 49 pasa el Rubicón, límite de las Galias, al frente de sus legiones. Pompeyo, impotente para hacerle frente, parte para Oriente a organizar la defensa en las Provincias. Una vez más se equivocaba. Al año siguiente César se dirigió a Oriente para luchar contra su rival al que derrotó en la batalla de Farsalia (48). Pompeyo huyó a Egipto donde fue asesinado en Pelusio por orden del rey Ptolomeo, y César, que había venido persiguiéndole, se instaló en Alejandría. Allí se coronó hijo de Amón, y ambicioso del trono de los faraones se desposó con le reina Cleopatra que le dio un hijo, Cesarión; con ello César avanzaba un paso más hacia su idea de la fusión de Egipto a la República Imperial Romana. El hecho de que César pensara en su hijo Cesarión como su sucesor, deja entrever la idea que tenía de formar un imperio helenístico al modelo de Alejandro Magno; pero para ello era preciso implantar la monarquía en Roma.



Después de la batalla de Farsalia, César fue nombrado dictador y en el 46 consiguió el cargo por diez años. A estas grandes magistraturas César añadió otras prerrogativas: derecho de paz y guerra, derecho de dar la señal en los juegos del circo, otorgación en forma permanente del título de *imperator*, honores divinos, etc. Como gobernante su labor fue magnífica: emprendió una verdadera refundición social, distribuyendo las tierras que expropiaba a la nobleza y arreglando la angustiosa situación de los parados, perpetua amenaza para Roma, creó una nueva administración dependiente del Estado, para supervisar los bandos y las sociedades de publicanos, que cometían grandes abusos en los préstamos; reorganizó la administración provincial e hizo de Roma la metrópoli de la intelectualidad.

El conjunto de poderes que César tenía en sus manos, al lado de las espléndidas realidades llevadas a cabo, le convirtieron en el verdadero amo. El régimen nuevo que sustituyó al Principado fue, como le nombra Cicerón, el *Dominado*, es decir, la monarquía. César quiso perpetuar este absolutismo en el tiempo mediante la herencia. La experiencia le había enseñado que tras él las guerras civiles estallarían de nuevo, y esta concepción hereditaria, que él consideró una necesidad la dejó entrever varias veces. Cuando le nombran *imperator* quiere que el cargo no sólo sea vitalicio, sino también transmi-

sible, y, antes de partir a su expedición contra los partos, nombró a Octavio como su sucesor.

De su sueño de realeza no le faltaba más que el nombre, y temía la palabra *rex,* porque conocía el tradicional odio que el pueblo romano tenía a tal institución; por ello en las Lupercales del 44, cuando Antonio le ofreció una corona real, César la rechazó ante el silencio de la multitud. Consideraba que aún no había hecho bastante por aquel imperio para pedirle su conformidad al título de rey, y meditó una gran expedición a Oriente, para engrandecer más las fronteras; entonces el pueblo no podría negar nada al que había hecho realidad un sueño de grandeza.

Pero, aunque la oligarquía parecía sometida, no había en el fondo de aquella abigarrada sociedad tanta tranquilidad como aparentaba la superficie. Los enemigos de César y restos de los adictos a Pompeyo decidieron matar al dictador cuando aún era tiempo. La conspiración contra la vida de César estaba tramada y próxima a parar en la tragedia cruenta de los idus de marzo. Cuando el 15 de este mes César entró en el senado, para ultimar los detalles de su expedición a Oriente, Metelo Cimber se adelantó a pedir gracia al dictador para un hermano desterrado. A la señal convenida, los conjurados le rodean; Casca le hiere con la espada por la espalda.

—Malvado Casca, ¿qué estás haciendo?

Todos, sacando las espadas, le hieren en los ojos y en la cara. Se defiende; pero, cuando ve venir hacia sí al propio Bruto (1) espada en mano, se cubre la cabeza con la toga hasta venir a morir al pie de la estatua de Pompeyo que quedó ensangrentada. Aquella sangre vertida inútilmente colocaba otra vez a Roma en la crisis civil, y la ciudad habría de pagar con 13 años de anarquía el precio del dictador.

27
(a. J. C.)

El Principado de Augusto. Una vez perpetrado el crimen en la persona de César, Antonio tuvo la habilidad de enardecer a la multitud resaltando las virtudes del dictador de tal manera que los conjurados tuvieron que huir de Roma. Cayo Octavio, resobrino de César por testamento y adopción, venía a ser su heredero. Era joven, diecinueve años escasos, de naturaleza enfermiza, su debilidad física no dejaba adivinar la inteligencia y preclara voluntad que le habían de llevar a

(1) Junio Bruto, hijo de Servilia, amiga de César. La voz pública hacía correr que era hijo de César.

vengar a su padre y a liberar el Estado por medio de tres etapas sucesivas: Triunvirato, dominio de Occidente e imperio.

En el momento de ser elegido cónsul Octavio, su rival más enconado es Antonio, y para obtener el poder de una manera legal concuerda con él y Lépido el segundo Triunvirato. Los triunviros se reparten el mando de las provincias, y mientras Antonio obtiene el de las orientales, Octavio se quedó en Roma para el gobierno de las de Occidente, a las que añadió los dominios del África, que habían correspondido a Lépido, por deposición del mismo. Así quedaban enfrentados los dos rivales. Antonio en Oriente fue pronto ganado por la ambición de hacer de aquellos dominios su reino. Dominado por el ardoroso impulso de Cleopatra, con quien se casó, siendo el marido de Octavia, hermana de César, secundó sus planes de hacer de Alejandría el centro del imperio. Su matrimonio y sus proyectos los ocultó a Roma; pero la política que practicaba, era del todo opuesta a la tradición romana ya que aparecía como el soberano de un imperio formado por estados federales.

En tanto, en Occidente, Octavio preparaba su poder personal. Roma no tardó en declarar la guerra a Egipto (32). La flota de Antonio fue vencida en Accio, y Octavio entró triunfal en Alejandría. Antonio se dio muerte al ver su derrota, y Cleopatra, viendo perdidas sus esperanzas, imitó su ejemplo haciéndose morder por un áspid. Egipto se incorporó al imperio romano, pero para aparentar que se respetaba su antigua tradición monárquica, su gobierno no se confió al Senado, sino a un prefecto representante de Octavio.



Había quedado, por tanto, Octavio como único regidor de los destinos de Roma. El último siglo había demostrado la ineficacia del régimen republicano por lo que quedaba una única solución y respondía a los deseos de Octavio: el poder personal. La experiencia acababa de dar la última palabra al intento monárquico de César, por lo que Octavio no debía hacer más que sacar los frutos de la observación. Antes que César, Pompeyo había hecho el mismo intento llegando también al fracaso por haber carecido de la fuerza necesaria; pero Octavio no tenía rivales posibles y poseía la clarividencia y agilidad necesarias para atenerse siempre a las circunstancias del momento. Al desaparecer Antonio, de hecho quedó el amo; pero en realidad su situación legal ofrecía dudas. Desde su formación política el triunvirato no había sido renovado, pero en el año 27, Octavio da la más brillante prueba de sagacidad.

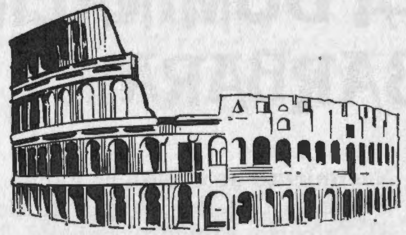
Se dirige al Senado y expone que su obra personal, liberar al Estado de sus opresores y vengar a su padre, ha terminado; restituye al pueblo el ejército y el gobierno de las provincias. La conclusión era, pues, la vuelta al poder republicano. Unos por temor a la anarquía, otros por acuerdo, suplican a Octavio que continúe en el poder. Accede, pero sólo a condición de que las provincias dependan unas del Senado, otras directamente de él. Esto, que parecía una limitación a su poder personal, era una concesión, que en el fondo no significaba nada. Tres días más tarde el Senado le otorgó el título de *Augusto* con el que en adelante se le designará. El *Princeps* entra, pues, en su período legal de gobierno. La realidad de su absolutismo la confirmó Augusto en los años venideros (del 27 al 23), con una serie de prerrogativas que fueron consolidando su poder, tales como: consulado permanente, plenitud del poder legislativo, derecho de concesión de ciudadanía, poderío tribunicio e *imperium proconsulare. Imperator, Caesar, Augustus* son los tres nombres con que figura en monedas e inscripciones.

Si había sido perfecta la creación de esta forma de gobierno era necesario que perdurara en el tiempo. La idea de continuar rigiendo los destinos de Roma, aún después de su muerte, fue permanente en el pensamiento de Augusto. Se propuso transmitir su poder a un heredero elegido por él. Un principio jurídico romano establecía que el poder podía delegarse, mas no alienarse, con lo que se establecía la oposición entre la voluntad de Augusto y los principios jurídicos constitucionales, y este problema pasó a ser su preocupación capital. Carecía de hijos varones y solucionó el obstáculo mediante la adopción y la asociación. La elección recayó primero en sus dos nietos, pero la sucesiva desaparición de éstos, hizo que eligiera a Tiberio, único superviviente de sus dos yernos. Lo asocia de una manera tan efectiva a su gobierno, que en el momento en que se planteara el problema sucesorio la elección del Senado fuera ya una pura formalidad. Tiberio será el llamado a sucederle, confirmando con ello la estabilización y éxito total de un régimen por Augusto iniciado.

El período de Augusto fue la verdadera edad de oro de las ciudades y de la burguesía romanas. Convencido de su misión pacificadora en el Imperio, toda su política, tanto en Roma como en las provincias, fue a ello encaminada. Augusto consideró que había terminado la etapa expansiva lograda por la República y por César, y su misión en adelante, habría de ser de consolidación y de logro de fronteras naturales para mayor

facilidad defensiva. En el interior su labor fue de verdadero encauzamiento religioso, moral y social.

Augusto vivió hasta los setenta y tres años. En el día de su muerte aún se interesó por los asuntos públicos, preocupado siempre por la marcha del gobierno. Al morir pronunció las palabras con que solían acabar las obras de teatro griegas: «Si estáis contentos, aplaudid y aplaudid todos al actor». Así acabó el gran hombre que había llevado a Roma a la cima de la latinidad.



desde CRISTO a nuestros días

HASTA LA DOMINACION BARBARA



año 1

Nacimiento de Cristo. El momento histórico del nacimiento de Cristo es uno de los más gloriosos de la Historia.

El Imperio romano acababa de surgir preponderante y glorioso. La República había muerto con el segundo triunvirato; las provincias de Roma, acrecentadas con las conquistas de Pompeyo y César, apenas si osaban levantar, temerosas, su oculta rebeldía. Roma estrenaba el poder imperial; Augusto se había hecho con el solio y disfrutaba de una era de paz y bienestar, que ha pasado a la Historia con el nombre de «era de Augusto». En Judea, el idumeo Herodes el Grande, imponía sus caprichos con esa fina sagacidad con que ha pasado a la posteridad.

A la pequeña ciudad de Belén, ciudad de David, dormida en la loma de sus alcores, no llegaban seguramente más que los ecos de las correrías de Herodes contra los árabes, los rumores de sus matanzas y el resplandor del nuevo palacio que construía en Jerusalén.

Y en la pequeña ciudad tiene lugar el nacimiento de Cristo, hecho que, si pasó de momento desapercibido, pronto sería considerado como uno de los más importantes de todos los tiempos.

El nacimiento de Cristo señala el punto de partida de una religión cuya doctrina llena el mundo y los siglos. Políticamente nadie podría sospechar la importancia que tenía este humilde nacimiento en una época en que el Imperio romano extendía sus tentáculos por el mundo entero. Sin embargo, las doctrinas de Cristo serían uno de los factores que derrumbarían el carcomido entablamento del Imperio.

Si extrajéramos los hechos que directa o indirectamente se basan en el nacimiento de Cristo, la historia de los últimos veinte siglos quedaría vacía. Y si de la evolución social, económica y cultural se trata, tendríamos que trasladarnos a los

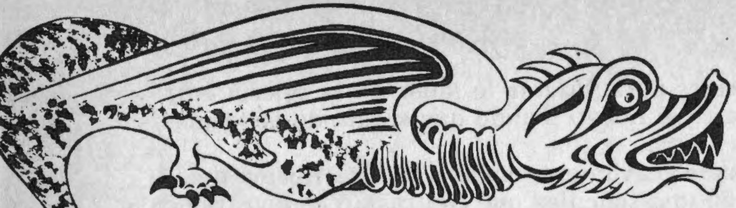
tiempos medievales para valorar la labor de la Iglesia entre los bárbaros, entre el nuevo mundo que surgía de las cenizas del Imperio de Roma.

Por lo demás, el nacimiento en sí y la vida misma de Jesucristo, tuvieron una sencillez que contrastan con su trágica muerte y con su gloriosa resurrección. Pero precisamente de estos hechos nace conjuntamente la importancia posterior. Con su vida, cobra fuerza su humanidad; con su muerte revaloriza el heroísmo, el sacrificio y la redención; y con su resurrección habla de una esperanza en el más allá, base de la religión, fundamento de la adhesión de sus adictos.

23 (d. J. C.)

Segunda época de los Han. La gran extensión territorial de China, con el señorío del mar desde Corea hasta Annam, y de las rutas caravaneras hasta la región del mar de Aral, trajo un gran incremento al comercio y a la industria y, por tanto, un rápido crecimiento de la vida urbana. En las grandes ciudades nació una clase social de contratistas enriquecidos rápida y enormemente con la construcción de carreteras, navíos y otros encargos del Estado. Con la afluencia de dinero comenzó la especulación financiera, y los capitalistas, para invertir sus riquezas, empezaron acaparando tierras, lo que llevó consigo la desaparición de la pequeña propiedad privada, empezando los labriegos su éxodo a la ciudad en la que su número llegó a alcanzar proporciones alarmantes. El Estado, necesitando engrosar sus arcas, decretó impuestos no sólo sobre los bienes territoriales, sino sobre los muebles, y llegó incluso a la pena de muerte contra los defraudadores de leyes fiscales. Acuciado por necesidades del presupuesto, permitió el tráfico de títulos honoríficos y la cancelación de penas mediante el pago de cantidades. Todo ello llegó a destruir las bases éticas del orden, y el derecho fue sustituido por el absolutismo autocrático, abriéndose una época de crisis política y social que arrojaría a China a luchas exteriores. El panorama social ofrecía enorme similitud al de Roma de los tiempos de César y al mismo tiempo que Augusto estructuraba las bases del imperio romano, el usurpador Wuang-Mang (9-23 a. de J. C.), derrocando el decadente régimen de los Han, con un golpe de Estado, emprendió una revolución reformadora.

Wuang-Mang empuñó las riendas del gobierno, dispuesto a resolver el doble problema de la decadencia de la Corte y del estamento campesino. Percatándose de que la clase opulenta había acumulado en sus manos toda la prosperidad territorial



procedió a la expropiación de los grandes latifundios para repartirlos al pueblo con derechos inalienables. Estableció un Banco de préstamos agrarios con bases de un 3 por 100 mensual y gravó con varios impuestos la clase artesana y mercantil. Para unificar el valor del trigo, el Estado se apoderó de las provincias donde este cultivo abundaba, para venderlo en aquéllas en que escaseaba y al mismo tiempo regularizó el mercado de las materias primas y del dinero, poniendo en circulación una especie de papel moneda.

Todo este cúmulo de medidas, destinadas a establecer un socialismo de Estado, mediante la destrucción de la gran propiedad, suscitaron contra Wuang-Mang una gran oposición, máxime cuando empezó a considerarse como ilegítimo su poder. Para contribuir más al debilitamiento del Imperio, los hunos que no cesaban en su presión invasora, hollaron las provincias septentrionales, obligando a la población de aquellos lugares a replegarse hacia el centro, cortándose así la comunicación que se establecía con Occidente por las rutas caravaneras. La miseria que el éxodo de fugitivos llevaba consigo hizo que estallaran sublevaciones de caudillos en las provincias invadidas, y el pueblo y los campesinos marcharan sobre la capital, matando al emperador.

Derrocado Wuang-Mang (23) se restauró de nuevo la dinastía de los Han, que se llamó ahora de los Han orientales, en la persona de Liu-Hsiu, príncipe que había acaudillado la rebelión en el Chantung. El nuevo monarca, Kuang-Wu-Ti, tardó en ver pacificado el país, asolado por la guerra civil, y emprendió una serie de medidas encaminadas a disminuir los impuestos y los gastos del Estado. En treinta años disminuyó la crisis; pero las pérdidas humanas fueron enormes, hasta el punto de que la población de 50 millones de habitantes había descendido a 21, y además se habían perdido todas las posesiones exteriores en el Asia central y en la zona costera. Hasta el año 42, en que se conquistó el Tonkín, China no recuperó la supremacía en el mar; más tarde, en el año 70, cuando se logró establecer a los hunos, como aliados en las partes septentrionales del imperio, se obtuvo de nuevo el dominio sobre las rutas caravaneras del Asia central, y pudo, otra vez, establecer su contacto comercial con el imperio romano. La nueva

capital de los Han, Lo-Yang, enriquecióse de esta manera enormemente con el comercio de la seda y estuvo en íntimo contacto con los confines occidentales del mundo; sin embargo, el intercambio fue meramente material, pues no puede hablarse del influjo de las ideas espirituales entre el Occidente y la China.

67
(d. J. C.)

Muerte de San Pablo. «Yo soy ciertamente judío, ciudadano de Tarso de Cilicia, ciudad bien conocida.» Como él mismo atestigua era, pues, de familia judía, nacido hacia el año 8 de la Era cristiana, bien formado en la ley judaica, «...pues fui circuncidado al octavo día, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, fariseo en la manera de observar la ley, celoso por el judaísmo hasta perseguir a la Iglesia de Dios, y en cuanto a la justicia, que consiste en la ley, ha sido mi proceder irreprensible». Parece ser que la familia de Pablo ocupaba un lugar entre las clases más elevadas, como lo demuestra la ciudadanía romana y su cuidada educación. Empezó su instrucción en la escuela de la sinagoga de Tarso, donde adquirió un profundo conocimiento de la Biblia. Pronto pasó a Jerusalén para completar su educación rabínica, bajo la dirección de Gamaliel el Viejo, que supo inculcar en su discípulo un fanatismo exagerado en defensa de la ley y tradición rabínicas. Hacia los veinte años de edad, Saulo, que así se llamó hasta su encuentro con el procónsul Sergio Paulo en Chipre, volvió, seguramente, a Tarso y debió de conocer la doctrina de la nueva fe en las sinagogas del Asia y Cilicia y por las predicaciones de Esteban, a cuyos perseguidores se unió y tomó, evidentemente, parte activa en el motín que le costó al Santo la vida. Saulo obró así llevado por su entusiasmo y celo en defender la Ley de Dios: «Yo mismo perseguí de muerte a los de esta nueva doctrina, aprisionando y metiendo en la cárcel a hombres y mujeres».

Cuando contaba unos 26 años de edad ya se había formado en Damasco un grupo importante de la nueva religión cristiana y por aquel entonces, Pablo, pidió al príncipe de los sacerdotes poder para obrar allí con violencia, apresando a los adeptos a la nueva fe. Obtenido el permiso, se acercaba ya a Damasco cuando le envolvió una luz del cielo y Pablo vio a Jesús, tal como se había aparecido a Santiago y a los demás apóstoles. Cayó en tierra y oyó una voz que le decía: *Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?* Atemorizado Pablo preguntó: *¿Quién eres tú, Señor?* Y el Señor le dijo: *Yo soy*

Jesús a quien tú persigues: dura cosa es para ti el dar coces contra el aguijón. Entonces Pablo, aterrorizado, preguntó: *Señor ¿qué quieres que haga?* y Jesús le contestó: *Levántate y entra en la ciudad donde se te dirá qué debes hacer.* Durante los pocos días que Pablo estuvo en Damasco predicó en la sinagoga y dio pública fe de Cristo, Hijo de Dios, con gran asombro de los que conocían sus anteriores creencias. Se retiró luego a la Arabia, donde vivió en recogimiento íntimo y soledad antes de volver a Damasco para empezar su gran labor evangelizadora. Cuando regresó a esta ciudad y empezó a predicar abiertamente la doctrina de Jesús, los judíos decidieron perderlo y tuvo que escapar y dirigirse a Jerusalén. Desde allí, y, en compañía de Bernabé, trabajó durante varios años en Antioquía, y hacia el año 45 ambos se dirigieron a Chipre. Este fue el primer viaje de Pablo, en el que recorrió Chipre, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra de Licaonia y Derbe (años 45-48). En todas las ciudades ganaron muchos partidarios para la Iglesia de Jesús y en Listra, tras un gran milagro, fueron tomados por dioses por la gente sencilla y crédula. Desde Derbe volvieron a Antioquía desde donde, tras una corta estancia, emprendió un segundo viaje en el que recorrió: Macedonia, Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto (años 49-52), y un tercero a Éfeso, Macedonia y Grecia (53-58). A su regreso a Jerusalén un grupo de judío-cristianos, aferrados a la antigua ley, detestaban a Pablo y decían que enseñaba «a los judíos, que viven entre los gentiles a abandonar a Moisés diciéndoles que no deben circuncidar a sus hijos ni seguir las antiguas costumbres». Acusado por los judíos ante el procurador Félix, fue encarcelado por espacio de varios años, durante los cuales tuvo ocasión de comparecer varias veces en juicio y en ninguna de ellas se le halló motivo de culpabilidad; pero queriendo trasladarle de Cesárea a Jerusalén para ser de nuevo juzgado, apeló al César; ante el derecho de ciudadanía romana, el procurador Festo accedió a llevarle a Roma. En la primavera del año 61, junto con otros presos, llegó a Roma donde parece que su cautiverio fue atenuado y obtuvo la libertad definitiva en el año 63, según se desprende de sus palabras «... con motivo de mi regreso a vosotros». En esta época coloca la tradición su venida a España, fundada en hechos de indudable valor.

Con el tiempo no disminuyó el celo ni la actividad apostólica de Pablo, así que no es de extrañar que también a él afectara la persecución del año 64, en tiempos de Nerón, en que fue enviado a Roma cargado de cadenas. La tradición recoge

que hacia el 67 fue decapitado en la Vía Ostiense, en el mismo lugar donde se alzó luego la basílica que lleva el nombre de San Pablo extramuros. Así acabó, oscuramente, el gran apóstol de los gentiles, que luchó infatigablemente para extender la religión de Cristo y hacer que obtuviera un carácter universal. Con sus enseñanzas la Iglesia se consolida, la teología adquiere consistencia y la disciplina se afirma.

El contenido de su doctrina está expuesto en el libro que escribió su discípulo Lucas, *Hechos de los Apóstoles* y, sobre todo, en sus *Epístolas*. De las veintiuna epístolas que la Iglesia considera como canónicas, catorce se deben a San Pablo y son la fuente de toda su teología, que es eminentemente de acción y que va exponiendo a medida que las necesidades del apostolado lo requieren. Generalmente se dividen en cuatro grupos, excepción hecha de la Epístola a los Hebreos. El primer grupo lo constituyen las *Primeras Epístolas* escritas seguramente hacia los años 50-52. El segundo grupo lo forman las llamadas dogmáticas y grandes epístolas y son la de los Gálatas, las dos a los Corintios y la de los Romanos. El tercer grupo comprende la epístola dirigida a los hermanos de Éfeso, a los Colosenses y a los Filipenses y también una carta dirigida a Filemón. Estas fueron redactadas seguramente durante su primer cautiverio en Roma, de ahí también su nombre de *Epístolas de la Cautividad*. Finalmente el cuarto grupo lo constituyen las pastorales dirigidas a Timoteo y a Tito.

68 (d. J. C.)

La sublevación de Galba le conduce al imperio. El sucesor de Augusto, Tiberio, no era un advenedizo ya que se había visto mezclado en los sucesos más importantes del imperio durante su asociación con Augusto. Continuó la política iniciada por éste, reforzando la defensa de las fronteras en el Rin, en el Danubio y en Oriente, y también en el interior siguió la táctica iniciada de no prescindir totalmente de la asociación con el Senado, aunque esta asociación fuera más de nombre que de hecho. Sin embargo, sí podemos considerar a Tiberio como el más constitucional de los emperadores, más, sobre todo, que sus sucesores Calígula, Claudio y Nerón.

El conflicto entre el Senado y el emperador se produjo con el advenimiento de Calígula (37-41). El nuevo emperador, que había sido educado por consejeros egipcios en la idea de la monarquía por derecho divino, introdujo en Roma un gobierno teocrático de tipo oriental. Ejemplos de ello son la elevación

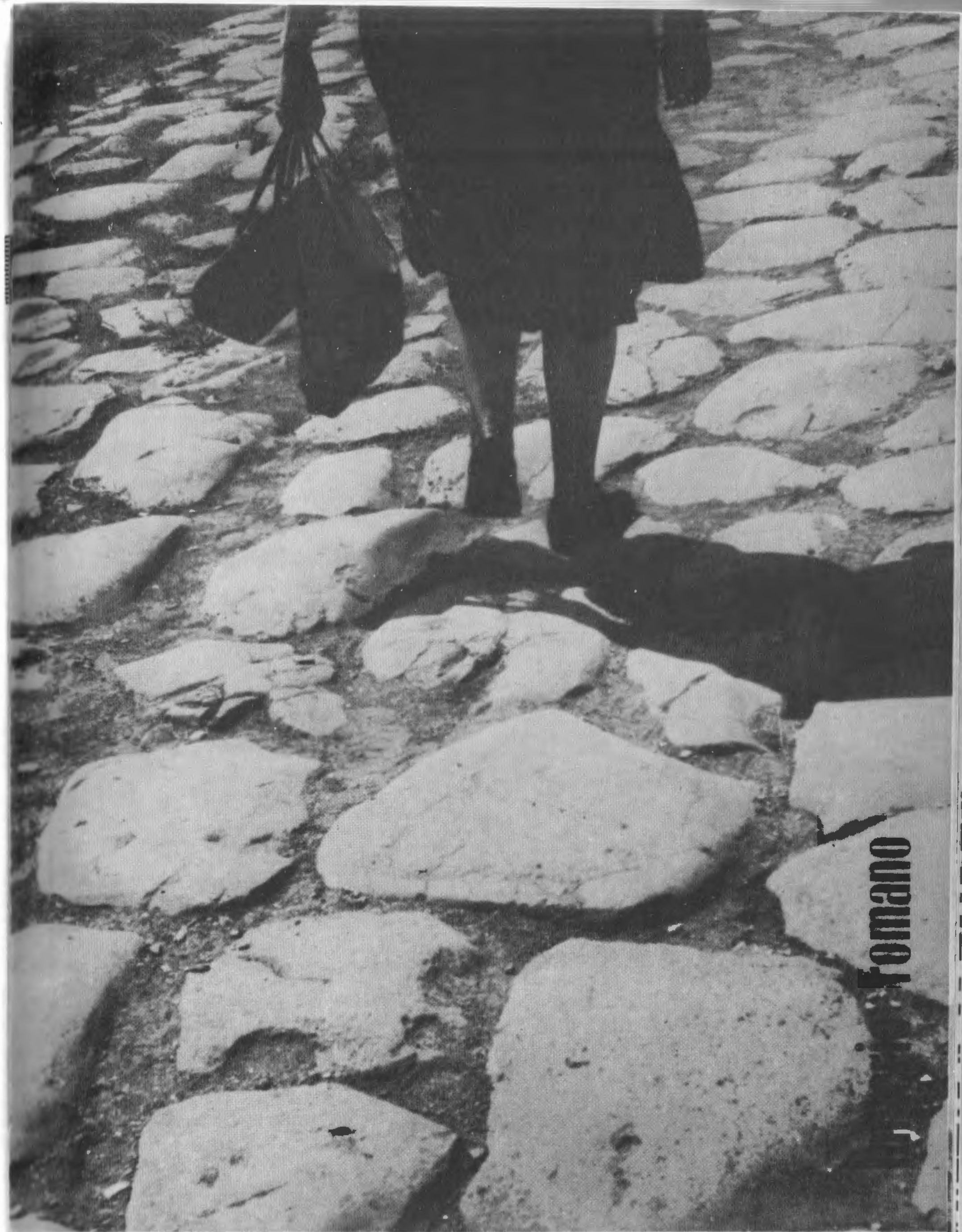
en Roma de un templo a la gran diosa egipcia Isis, adorada er todo el mundo helenístico, y que, a la manera oriental, se casara con su propia hermana. El carácter de Nerón desequilibrado, absolutista y autoritario produjo la ruptura con el Senado del que el monarca quería prescindir. Quiso trasladar el centro del imperio a Egipto, pero cuando intentaba llevarlo a cabo fue asesinado en su propio palacio por un esclavo. El Senado quiso aprovechar la ocasión para volver al régimen republicano, ya que Calígula no dejaba heredero, pero no contaba con el ejército que de hecho era quien había creado el Imperio. La intervención de los pretorianos (1) dio por resultado la elevación al trono de Claudio (41-54), tío de Calígula. Ante la nueva fuerza que surgía, el Senado hubo de rendirse, quedando abierto un sistema en el que todos los emperadores se habrían de apoyar.

Con Claudio se inicia una nueva faceta en la política imperial romana. A pesar de su desequilibrio físico y moral dio pruebas de ser un buen estadista, ya que creó un gobierno centralizado, pero en el que podían tomar parte los hombres de las provincias. En realidad los verdaderos dueños del poder eran sus libertos, entre los que se destacaron Palas, Polibio, Narciso y Calixto, hombres helenizados que supieron introducir favorables reformas en el gobierno y, a instancias suyas, el emperador extendió notablemente el derecho de ciudadanía y abolió la ley *De Majestate*. La nefasta influencia en el gobierno, de sus mujeres, Mesalina y Agripina, hizo fracasar los planes de Palas para que legítimamente heredara Británico, y la elección recayó en Nerón (56-68), hijo de Agripina, sin duda elevado por el crimen de su madre.

Nerón cambió por completo la faz del gobierno. Volvió a la política de colaboración con el Senado y destituyó del mando a los libertos; pero pronto la depravación del monarca se manifestó en una serie de episodios sangrientos e intrigas palaciegas para eliminar a posibles competidores. Mientras en Roma el emperador se convertía en actor principal de aquel cruento drama, las provincias, abandonadas y faltas de una política centralizadora eran asiento de insurrecciones. Así, los astures en España, en protesta por el abuso del poder de los procuradores imperiales, se sublevaron. También obedeció al mismo cariz la insurrección de Galba, en la Tarraconense, que se caracterizó por su espíritu de justicia. Tales levantamientos

---

(1) Guardia personal privilegiada del emperador, que había sido creada por Augusto y fue disuelta por Constantino el Grande el año 306.



Todos los caminos conducen a Roma...

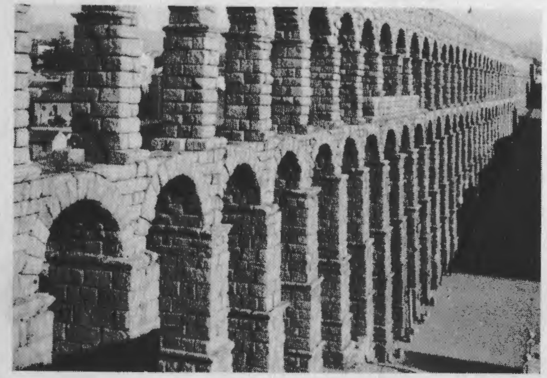


3



2

Carruajes (2) de toda índole recorrían incesantemente las calzadas (3), arterias de un organismo solemne y majestuoso como las construcciones romanas (4); sacrosanto, como un templo (5): El Imperio romano.



4



5

El corazón era Roma (6)· bella por sus monumentos (7), sus arcos de triunfo (8) y su anfiteatro (9);



7

6



8





9

solemne por sus familias aristocráticas (10), senadores (11) y vestales (12);



10

11

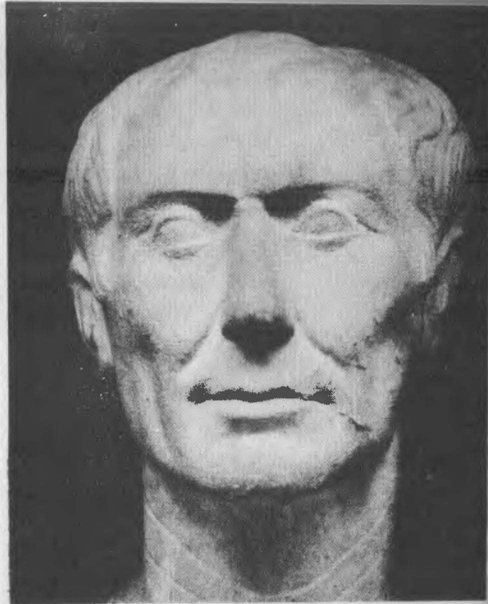


12





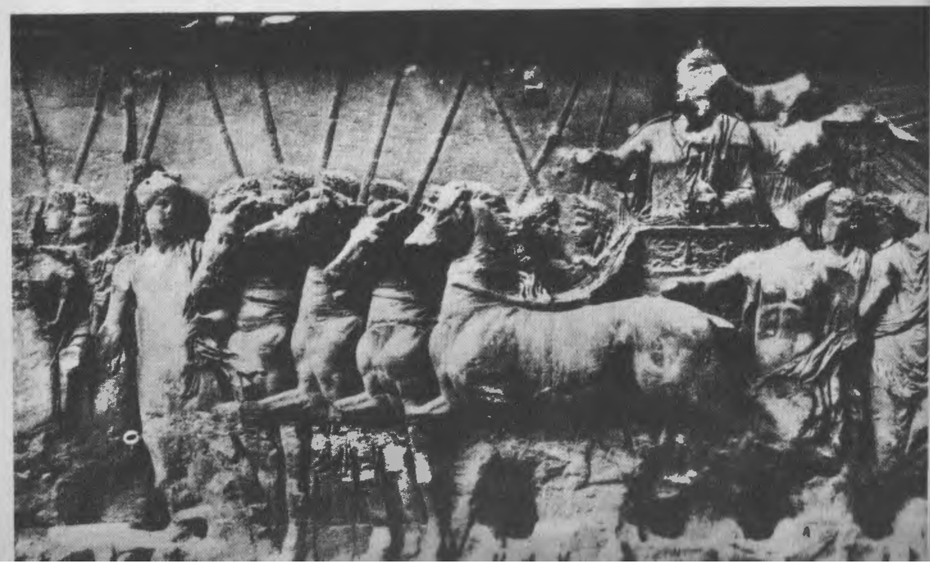
14



13

famosa por sus grandes hombres (13 y 14); alegre y festiva por los triunfos (15) de sus generales.

15

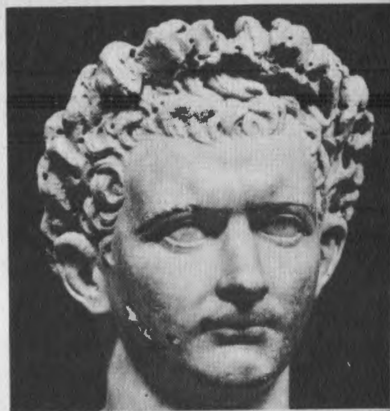




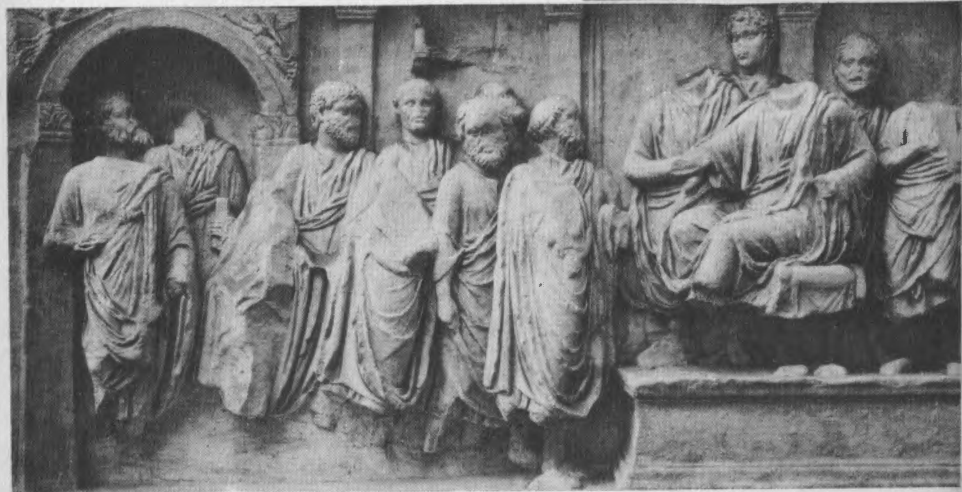
El esplendor romano llegó en tiempo de Augusto (16).

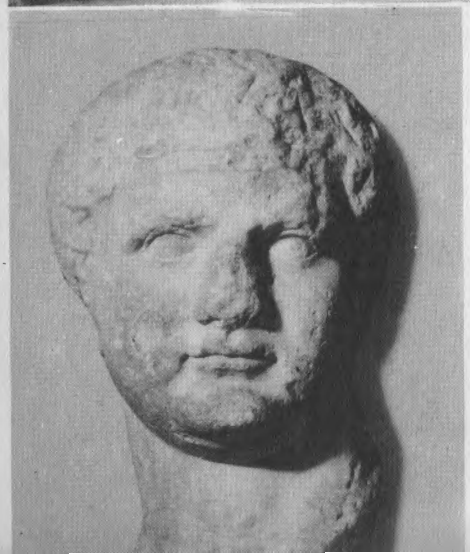
16

17



19



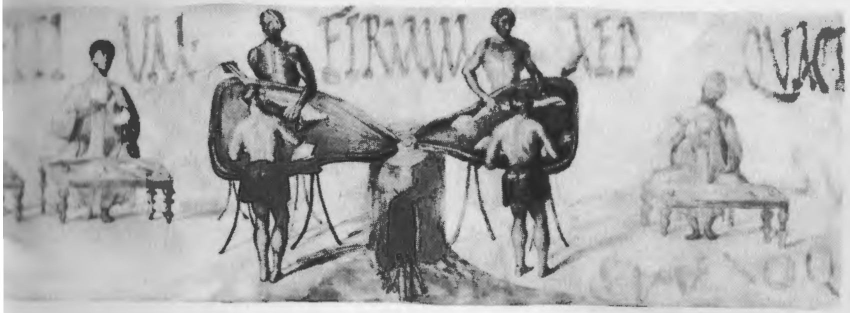


18

Su herencia se resquebrajó lentamente por la tiranía de algunos emperadores, como Nerón (17), y pese a las conquistas de algunos generales, como Vespasiano (18), y la prudencia de algunos pocos, como Septimio Severo (19).



20



21



22

23



En las afueras de la ciudad, los viejos molinos (20) giraban sin cesar, en su monótono trabajo.

Por sus calles retorcidas, talleres de tintoreros (21), de herreros (22), de fabricantes de jabón (23) y de cuchilleros (24), daban un aire fabril a la ciudad.

24



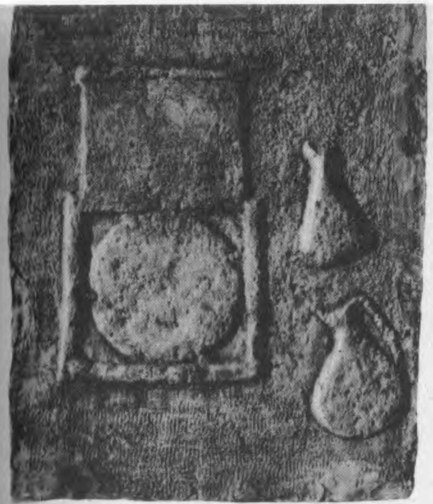


25

26



Barrios de mercaderes, con sus tiendas (25) bien abastecidas, donde las escenas callejeras (26) ponían un halo de tragedia.



27

Aquellas gentes de pobre ajuar (27, 28 y 29) y oficio humilde (30) del suburbio romano...



28

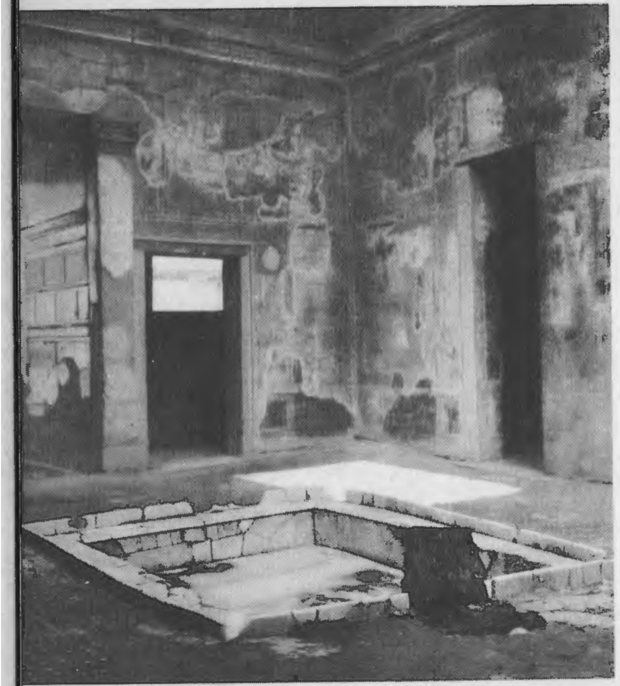
29



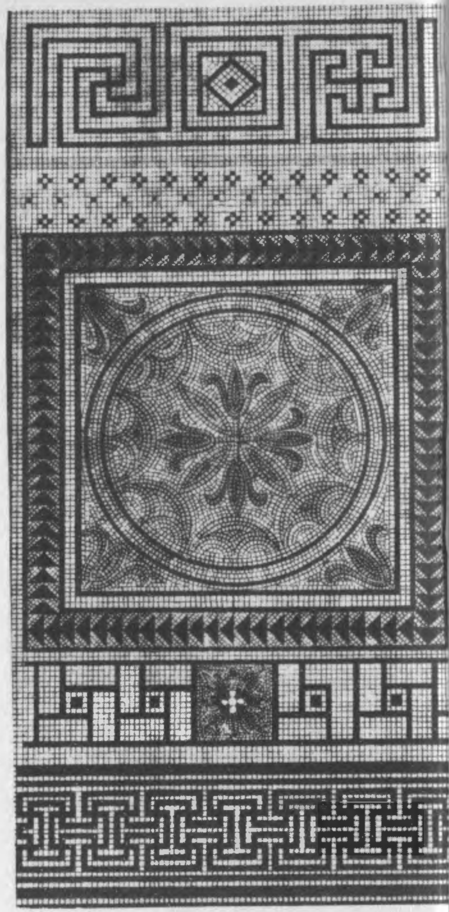
30



31



32



33



...ignoraban las casas de reluciente mármol (31) y ricos mosaicos (32) de los patricios y las elegantes vestiduras y rico atuendo de las matronas (33).

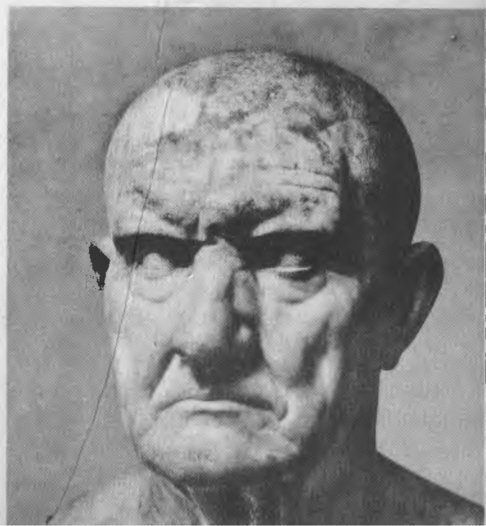
34



35



36



La vía Apia (34) era el camino del Imperio, un Imperio formado por hombres de recio temple (35) que llevaban su apacible y venerable ancianidad (36), orgullosos de su patria y de su historia.

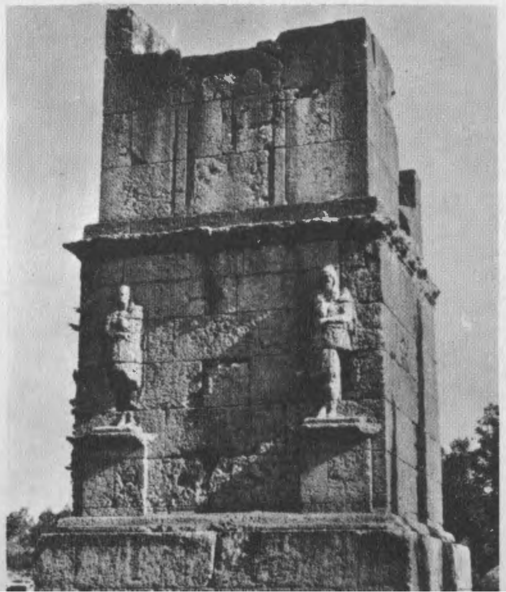


37



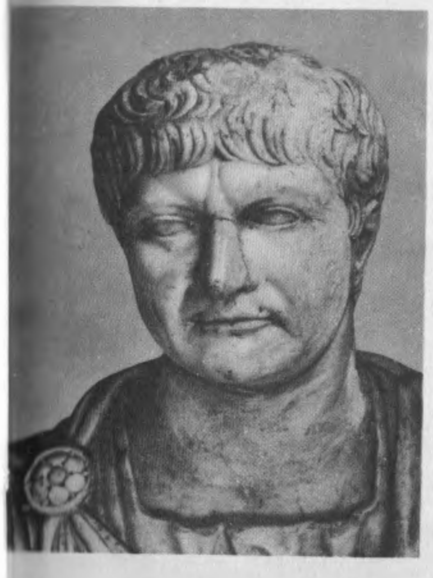
39

38



Por tierras del Imperio seguían en pie los arcos triunfales (37), el recuerdo de sus hazañas (38) y las dolorosas ruinas (39) de sus conquistas, pero el interior se desmoronaba ya como una pared de arena.

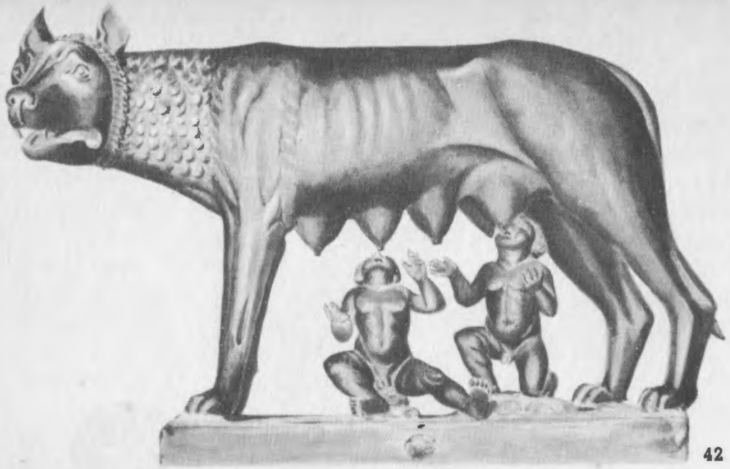
Un respiro con las conquistas de Trajano (40) no fue suficiente para apuntalar el edificio en ruinas, de tal modo que, desde que Constantino (41) desvió la atención de Roma para fijarla en Constantinopla, la suerte de Occidente estaba echada.



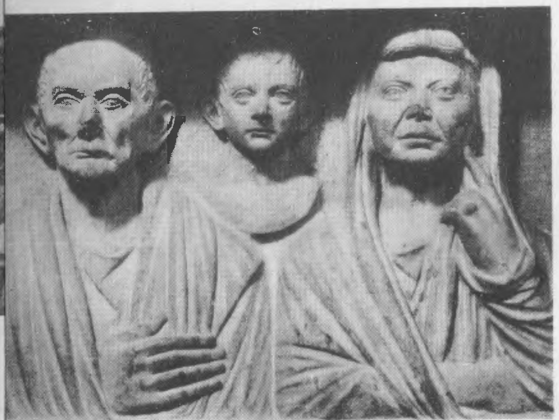
40



41

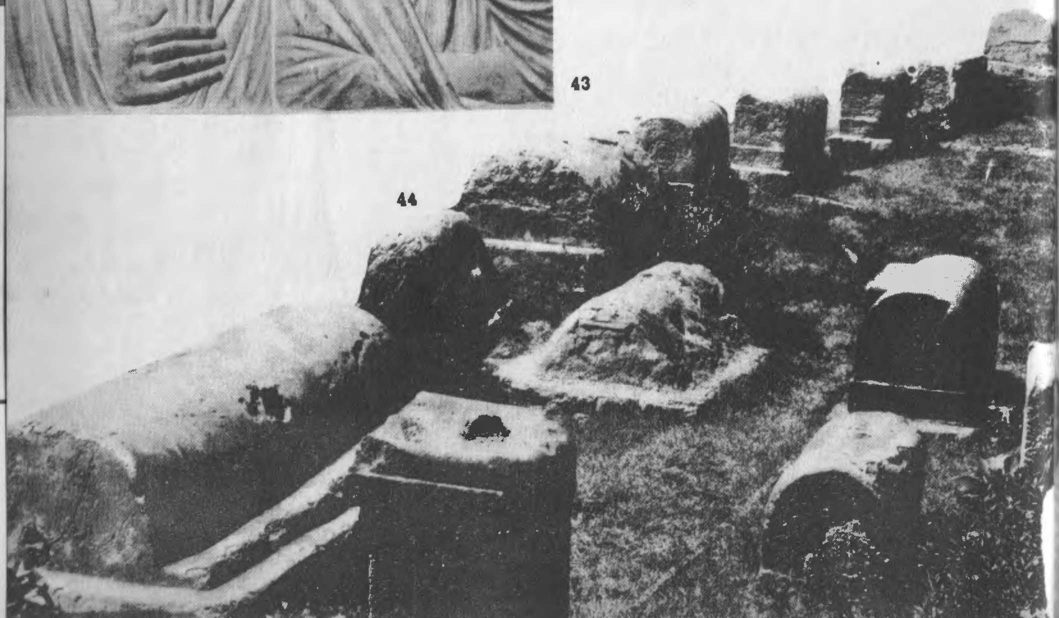


42



43

Los fundadores de Roma (42) en la penumbra de la leyenda y los anónimos forjadores del Imperio dormían plácidamente su eterno sueño de piedra (43) a las orillas de los caminos (44), de todos los caminos que conducen a Roma...



44

del ejército de las provincias no eran más que movimientos de protesta contra el ejército pretoriano, que residía en Roma y gozaba de enorme influencia en las funciones del gobierno imperial y que de hecho había desembocado en una verdadera dictadura. Estando Galba en Clunia, en el año 68, recibió la noticia de la muerte de Nerón, que acabó suicidándose, y uniéndose a la sublevación de Vindex en la Galia, marchó a Italia donde, apoyado por las fuerzas militares y el Senado, asumió el mando del Imperio después de un año de guerra civil. Así cesaba la tradición que fijaba al emperador en la familia del César y se marcaba una fecha memorable en la historia romana: se podía buscar emperador fuera de Roma y podía ser proclamado por un golpe militar.

En honor a la verdad Galba era digno del destino que la suerte le deparaba. Su justicia y tino en los asuntos militares le hicieron el hombre del momento, pero le convirtieron en instrumento de la oligarquía senatorial que le había elevado al poder. La plebe no tardó en sublevarse y asesinando a Galba elevó al trono a Otón (69), cuyo reinado fue efímero como el de su antecesor. Las provincias no quisieron reconocerle y el ejército del Rin proclamó a Vitelio y el de Oriente a Vespasiano. En todas partes se desencadenó la guerra civil hasta que Vespasiano se apoderó de Roma. Con él (69-79) se elevaba al poder la pequeña burguesía italiana y se fundaba la segunda de las grandes dinastías imperiales: La de los Flavios.

78 (d. J. C.)

Imperio de los saces. Los saces eran un pueblo ario establecido en la parte este del mar de Aral. Estaban en contacto directo con la civilización helénica, a través del reino griego de Bactriana (1), con los partos y con los chinos. Bajo la presión de los hunos en el siglo II fueron rechazados hacia el sur del Yaxartes, y en el año 130 invadieron el rico reino de la Bactriana e hicieron retroceder a los griegos hacia el Penjab indio. Los saces, interesados por el mar, continuaron su expansión y penetraron en la parte oriental del imperio parto, donde pronto se identificaron con sus costumbres y desde donde, atraídos por las ricas llanuras gangéticas y aprovechando el fraccionamiento del país, subsiguiente al ocaso del imperio maurya, extendieron su dominio en el Alto

(1) Comarca antigua del Asia que hoy forma parte del Afganistán. Su capital antigua fue Bactres, hoy Balj.

Ganges. La mayor parte de las conquistas fueron realizadas por Kadfises I, de la dinastía de los Kuchanas, que se había establecido en Kabul. Se desconoce la fecha exacta de la anexión del Penjab al imperio sace, pero fue anterior al año 78 de nuestra Era. Esta dinastía reinó sobre un vasto imperio que comprendía las cuencas del Indo y del Ganges, el Seistán y el reino de la Bactriana hasta el mar de Aral. A medida que sus conquistas les introducían en regiones más profundamente civilizadas, iban absorbiendo su progreso, de tal manera que su cultura fue una mezcla de elementos griegos, indios y partos bajo una predominante influencia budista.

Por su situación geográfica el imperio sace fue durante los primeros siglos de nuestra Era un factor importantísimo en el comercio internacional, y las ciudades de Samarcanda, Bactres, Kachgar y Kodjend, situadas en las rutas caravaneras del Asia central, junto con los puertos de la costa malabar, fueron centros de atracción del Occidente.

Los dos primeros siglos de nuestra Era, correspondientes a la paz romana de Occidente y a la paz China en Oriente, fueron de gran florecimiento para los valles del Indo y del Ganges que se consideraron las regiones industriales más importantes del mundo, emporio de las telas de algodón, como China lo era de la seda. El oro de Occidente afluía considerablemente hacia aquellos laboriosos Estados asiáticos, a que Roma, ensimismada en la conquista, no se preocupaba en desarrollar su vida industrial. Durante el siglo I de nuestra Era las monedas saces ostentaban inscripciones en griego y sace y las efigies de los emperadores Augusto y Claudio. En el siglo II la costa malabar y los pequeños Estados del sur de la India se convirtieron en grandes potencias depositarias del comercio marítimo con el Extremo Oriente y, como en otros tiempos los fenicios, potencias económicas de primer orden.

La enorme actividad comercial favoreció también el desarrollo de las rutas caravaneras del imperio sace, China quiso extenderse hacia Occidente, hasta las fronteras del imperio parto, para evitar el gravamen de los saces a sus exportaciones; pero a pesar de sus intentos y del ejército de más de 70.000 hombres que mandó a los valles del Indo, se vio obligada a compartir con los saces el dominio del Asia central.

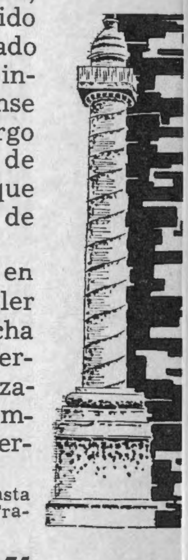
A pesar de las relaciones de los saces con Roma, esta potencia no logró trasplantar allí el cristianismo ni su vida intelectual o artística, y es que entonces, acaso fuera la India uno de los mayores centros intelectuales del mundo, cuyo desarrollo puede ser comparado al mundo helénico en los siglos III

y II a. de J. C. El sánscrito era el idioma de la ciencia, pensamiento y literatura que en esta época alcanzan gran desarrollo. En cuanto a religión se estableció la ortodoxia del budismo con notorias influencias mazdeístas.

A fines del siglo II el imperio sace es dominado, cada vez más, por las influencias indias, y la crisis social que a fines de la centuria azotó a la ciudad de Roma, repercutió en el imperio sace. Sin embargo, lo que determinó su hundimiento fue la dinastía sasánida, que en el año 226 se levanta en el reino iranio y le arrebató la Bactriana, con lo que perdía el monopolio comercial de Asia central.

98
(d. J. C.)

Dos españoles en el poder: Trajano y Adriano. Extinguida la dinastía flaviana con el asesinato de Domiciano, los conjurados, entre los que el Senado ejercía un importante papel, tenían ya preparado su sucesor: el aristócrata Nerva (96-98), con lo que el nuevo emperador vino a ser representante de la oligarquía romana. Nerva da comienzo a la nueva dinastía de los Antoninos (1) que habían de ocupar el poder durante todo el siglo II (96-180), con el régimen de adopciones sucesivas, y llevar el principado romano a la madurez soñada por Augusto. Nerva buscó apoyo en un general de prestigio, Trajano, a quien asoció a su gobierno adoptándolo por hijo (97).



Marco Ulpio Trajano había nacido en Itálica, en la Bética, la provincia más romanizada de España. No había recibido una formación cultural muy profunda, ya que se había educado como militar a las órdenes de su padre, pero era valeroso, inteligente, sagaz y honrado. Fue gobernador de la Tarraconense y de la Germania superior y en el desempeño de este cargo recibió la noticia de su adopción por Nerva. Esta adopción de Trajano por parte de Nerva fue fruto de su sagacidad, que quiso calmar las inquietudes de las provincias al ver que de nuevo la oligarquía romana acaparaba el poder.

Cuando murió Nerva (98), el gobierno se hallaba, pues, en manos de Trajano, que disfrutaba de la plenitud de su valer físico y mental. Convencido de la necesidad de una estrecha colaboración con el Senado para el gobierno del imperio, permanecería fiel a esta política liberal, si bien haría la organización senatorial más amplia, con representantes de todo el Imperio. Aunque la participación efectiva del Senado en el ejer-

(1) Se extiende desde el año 96 en que fue elevado al trono Nerva, hasta el 192, muerte de Cómodo, y agrupa a los siguientes emperadores: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo.

cicio del poder no fuera muy intensa, el hecho de su admisión concedía al régimen imperial la legalidad necesaria para su seguridad hasta el punto de que desde la fundación del imperio jamás hubo período en que el acuerdo entre el emperador y el Senado fuera mejor. La política liberal de Trajano satisfizo a todos y produjo años de paz y prosperidad. Su gobierno adquirió un notorio acento social y le vemos en Roma distribuir enormes sumas a la población, a la par que para verse favorecido por la opinión pública ofrecía espectáculos de gladiadores y juegos que satisfacían la avidez de emociones violentas de aquel pueblo desmoralizado por la ociosidad. Favoreció la propiedad individual, excluyendo de gravamen las herencias de poca renta y fomentó el desarrollo de la burguesía en contra del régimen señorial. Para la vigilancia de este incremento del régimen municipal instituyó los *curatores reipublicæ*. Creó multitud de instituciones de beneficencia en Italia y en las provincias. Su labor de conquistador fue brillante, pues bajo su gobierno el imperio alcanzó la máxima extensión territorial. Se conquistó la Dacia, Capadocia, la provincia de Arabia Pétrea, parte de Mesopotamia que forma la provincia de Asiria y la Armenia, pero estas provincias asiáticas eran muy difíciles de mantener y se abandonaron a su muerte. Levantó un camino que atravesaba el imperio desde el mar Negro hasta la Galia y mandó construir el famoso foso en el centro del cual se yergue la célebre columna de Trajano, monumento imperecedero a la gloria de un emperador.

Trajano no había nombrado sucesor; mas la emperatriz Plotina afirmó que en trance de muerte había designado a Adriano, el cual, apoyándose en el ejército, empuñó las riendas del gobierno (117-138); tenía entonces 41 años.

Adriano había nacido también en Itálica; poseía un espíritu cultivado y una formación helenista que le hicieron más amante de la paz que de las conquistas. Consideraba que las guerras, lejos de aportar beneficios al país ocasionan gastos, y por ello desechó la política mercantil de Trajano en Oriente; abandonó Mesopotamia y llevó la frontera natural al alto Éufrates.

Así como el gobierno de Trajano se había caracterizado por su liberalidad, Adriano volvió a la política de autoritarismo, renaciendo la idea de monarquía por derecho divino y desposeyendo de todo privilegio administrativo al Senado. Reorganizó el Consejo Imperial, creando para la administración de Italia funcionarios permanentes, semejándose así al resto de las provincias del imperio.

En cuanto a la administración interior, Adriano se distinguió por su espíritu de justicia; por orden suya la legislación avanzó mucho y se llevó a cabo la compilación del derecho romano, que bajo el nombre de *Edicto perpetuo* codificó los principios de derecho privado que había reconocido la jurisprudencia pretoriana.

Infatigable viajero, recorrió por cuatro veces el imperio, lo que acrecentó la universalidad del mismo y contribuyó a que la legislación se mantuviera en sus justos límites; comprobó las fortificaciones de las fronteras y él mismo revisaba los ejércitos. En el transcurso de uno de sus viajes murió en Baya cuando su carácter se había agriado mucho a consecuencia de sus dolencias físicas y había designado como heredero a Antonino Pío (138-161).

212

Constitución Antoniana de Caracalla. Si el sistema político que define la dinastía de los Antoninos es el régimen liberal, el de los Severos será el absolutismo autoritario.

Después de cuatro años de guerras civiles, que siguieron al asesinato de Cómodo y de Pertinax el general de origen púnico, Septimio Severo, marchó sobre Roma (193) que fatigada de luchas le acogió triunfalmente. Vengó el asesinato de Pertinax y licenció el ejército pretoriano que ya para siempre quedó deshonrado, y en adelante los soldados serían tomados de las legiones provinciales. El único obstáculo al poder absoluto de Septimio Severo estaba representado por el Senado contra el cual él y su sucesor Caracalla debatieron para su completa anulación. La aristocracia plutocrática se inclinaba a favor de Albino, a quien el ejército de Bretaña quería elevar a emperador, pero después de su derrota, Septimio Severo se mostró implacable con el Senado, con el cual en adelante apenas contó para nada. A la destrucción del poder senatorial correspondió una autoridad que imponía la ley a todos los ciudadanos por igual, y esta regulación jurídica llevó consigo la estructuración de la sociedad en clases sociales trazadas por el imperio. El liberalismo dejaba paso a un socialismo de Estado. El punto de apoyo de Septimio Severo fue el ejército, y por ello aumentó el bienestar material de sus componentes cuya jerarquía social fue de relieve en lo sucesivo. El gobierno de Septimio Severo representa la edad de oro del Derecho romano, que mejora en humanidad y justicia y se hace extensivo a las provincias. Sin embargo, la obra que parecía sólida

tenía también sus puntos débiles. La monarquía militar con la excesiva preponderancia de este estamento social y la pérdida de la libertad individual, cuyos límites fija el Estado, marcaban ya el perfil de la gran crisis social del siglo III.

Septimio Severo resolvió en vida el problema sucesorio concediendo el título de Augusto a sus dos hijos Caracalla y Geta; pero tras el asesinato de su hermano, Caracalla asumió el poder. Cruel y despótico hizo víctimas de su temperamento brutal al jurisconsulto Papiniano y a buen número de personalidades. En el interior continuó el régimen absolutista de los Severo y conservó a su alrededor a todo el contingente de jurisconsultos que su padre había llamado al ejercicio del poder. Continuó la reforma que uniformaba los estatutos de todos los habitantes del imperio, y lo completó con el edicto capital del año 212, *Constitución Antoniana de Caracalla,* por la cual se confería el derecho de ciudadanía a todos los súbditos del imperio romano y, en lo sucesivo, se aplicaría un único Derecho en todas las provincias. En suma, la concesión de ciudadanía no aportaba ningún derecho nuevo para los provincianos, pues hacía tiempo que, de hecho, participaban en la vida política del Estado, fue más bien una contribución por igual de todos los habitantes al fisco estatal. Siempre completando la reforma absolutista de su padre, Caracalla quiso obligar a todos al culto del dios de Alejandría, Serapis, y así fue cómo se desencadenaron las tremendas persecuciones religiosas. Murió asesinado durante una expedición contra los partos por su prefecto Macrino, que asumió el gobierno del imperio, pero que a su vez fue derrocado por Heliogábalo, sacerdote del dios asirio Elagábal del que tomó su nombre. El nuevo emperador instauró en Roma un culto oriental orgiástico y licencioso, hasta que una sublevación de los soldados proclamó emperador al sobrino de Heliogábalo, Severo Alejandro, y con él desapareció la última de las grandes dinastías del Alto Imperio. Comenzó entonces el período de anarquía militar en que los emperadores sólo estarían de paso en el poder, y serían treinta y tres años de crisis y calamidades sin precedentes, que habrían de provocar la ruina económica integral del imperio romano.

221

La China de los «Tres Reinos». Tras la crisis social del reinado de Wuang-Mang (1) y la restauración del poder legítimo, de nuevo en la dinastía Han, las dos primeras centurias de nuestra Era fueron esplendorosas para la nación china que experimentó un gran desarrollo económico. De esta época datan la invención del papel y su variada gama de fabricación.

(1) Véase: *23 a. de J.'C. Segunda época de los Han.*



Cuando el gobierno, acuciado por necesidades administrativas, tuvo que pasar de la centralización a la burocracia de funcionarios, el imperio se vio invadido por una oligarquía de altos empleados, principalmente del personal cortesano y del séquito del emperador, formado por los eunucos, que se reservaban y acaparaban los mejores puestos. El aumento de personal implicó también un aumento en los gastos y en consecuencia los impuestos hubieron de ir creciendo.

El acaparamiento del poder por una clase privilegiada produjo pronto una crisis de régimen. El partido de oposición se amparaba por el idealismo de Lao-Tsé y desdeñaba el desenfreno y afán de placeres de la clase gobernante; pronto se formó un clero taoísta, al margen de las instituciones oficiales del Estado, y en el año 184 los adeptos a esta secta negaron su obediencia a las autoridades civiles y proclamaron la autoridad de un jefe religioso. Este acto fue el comienzo de una sangrienta guerra civil, que iba a asolar la nación y a derrocar la dinastía de los Han. En los primeros momentos el gobierno respondió con medidas severas contra los insurrectos, decretando decapitaciones en masa de taoístas; pero en el 189 el juez supremo se puso al lado de ellos y mandó degollar a unos dos mil eunucos de palacio. En el año 196 el general Sao-Sao se adueñó del poder, y haciendo del emperador un simple juguete, se declaró protector de China. La anarquía militar cundía por doquier y al cabo de algunos años el imperio se disgregó en tres reinos: al sudoeste el de Chu; al sudeste el de Wu y al noroeste el de Wei. Acabada la dinastía de los Han.

Fue el reino de Wei el que rehizo la unidad de China el año 280, inaugurando la dinastía Chin (280-420). El primer emperador, Wu-ti, estructuró ya las bases en que debía regirse

aquella dinastía puramente militar, y el estatismo del régimen fomentó la autocracia que fue privando al gobierno de su base legítima. Se planteó, con gravedad alarmante, el problema de infiltraciones de mongoles en las fronteras y se adoptó la misma táctica que en Occidente de tomarlos como federados para engrosar los ejércitos contra sus propios hermanos. También aquí habría que experimentar el fracaso de tal sistema, pues en definitiva lo que se logró fue facilitar la ocupación del país a los grandes conquistadores.

En el 308, en el norte de China se proclamó un emperador huno que, emparentado con la dinastía Han por línea femenina, quiso reconstruir la nación china, y en el 311 se apoderó de la capital Lo-Yang, teniendo la dinastía reinante que abandonar todo el norte del país para refugiarse en Nankín, ciudad que sería la capital de lo que restaba del imperio. Toda la parte norte y occidental del país quedó en poder de los nómadas, que implicaron una seria decadencia, pues su proceso de asimilación a la cultura china fue muy lento; los poblados fueron saqueados, destruidos y sus habitantes degollados. Las viejas instituciones sólo se respetaban cuando de ellas podían derivarse algún gravamen forzoso que acabó de sumir al país en la miseria, al tiempo que se establecía un régimen puramente agrario dominado por la nobleza latifundista.

Por el contrario, en el sur, donde se habían refugiado los Chin, la actividad económica dominaba la vida social y política; pero en las provincias más continentales, donde el poder de los invasores nómadas era más intenso, estalló una rebelión que provocó el derrumbamiento de la dinastía Chin proclamándose una nueva: la Song (420-479).

226

Advenimiento de la dinastía sasánida. Mientras el imperio parto de los arsácidas se deshacía en sus luchas contra Roma, en la Pérsida un sacerdote de Persépolis fundaba una dinastía de pura raza persa, ávida de dar a la nación la grandeza del tiempo de los aqueménides. En el año 226, Ardachir I se rebeló contra Artabán V y apoderándose de Ctesifonte fundó la dinastía sasánida. Los sasánidas se consideraban descendientes de un personaje mítico, Sasán, fundador de la estirpe. El advenimiento de la dinastía sasánida debe considerarse, no sólo como un acontecimiento político, sino como un movimiento que dio otra concepción al imperio persa y estuvo basado principalmente en la intransigencia dogmática y en

la unidad mística. La religión nacional fue el mazdeísmo en su forma zoroástrica y las tradiciones y creencias de los aqueménides vuelven a ponerse en vigor, si bien ya no habían desaparecido del todo bajo la dominación arsácida.

La gran preponderancia del imperio sasánida desde los siglos III al VII fue debida al ocaso de Roma y China, lo que permitió a la nueva dinastía adquirir gran pujanza. Sus miras políticas estuvieron dirigidas a asegurarse el dominio de las vías comerciales del Mediterráneo y del Lejano Oriente y si bien hubieron de desistir en sus intentos de dominar la costa de Siria, sí que, en cambio, consiguieron dominar la casi totalidad de la Armenia e internarse profundamente en el Asia central, donde gozaron de la sólida hegemonía de las rutas caravaneras, después del desmoronamiento del imperio sace.

Archadir I y sus sucesores se esforzaron para desarrollar el equilibrio económico interno; impulsaron la fundación de ciudades y establecieron un importante sistema de riegos. El imperio sasánida estaba dominado por una aristocracia terrateniente feudal y, lo mismo que en la Persia de otros tiempos, sólo siete familias privilegiadas estaban destinadas a ocupar los altos cargos civiles y militares. El rey, denominado «rey de reyes» estaba en la cima de la jerarquía nobiliaria, dentro de la cual había cuatro nobles con cargos muy relevantes, que eran denominados «reyes». Después de ellos estaban los visires y los ministros, altos representantes de la administración; luego el gran sacerdote, encargado del fuego sagrado, comandante del ejército, el canciller y los ministros de Finanzas, Agricultura y Comercio, y el grado inferior de la nobleza lo ocupaban los señores territoriales bajo cuya jurisdicción estaban los terratenientes que formaban la caballería del ejército sasánida. Por último, los campesinos adscritos a la gleba en situación muy afín a la servidumbre y que en el ejército formaban las filas de infantería. La clase social de los artesanos y hombres libres de las ciudades tenían un estatuto especial y estaban al margen de la clase nobiliaria y servil. No venían sujetos a prestaciones personales ni de servicio militar, y en sus manos estaba toda la pujanza económica del imperio. Las ciudades industriales más importantes fueron: Rei, Merv, Chapur, Herat y Tabriz, dedicadas principalmente a la fabricación de telas para la exportación.

La administración de justicia estaba reservada al monarca; sin embargo, las clases sociales del más alto escalafón nobiliario eran juzgadas por sus pares. Las penas eran crueles, y frecuentes las ordalías y la pena de muerte.

La vida religiosa tuvo capital importancia en toda la organización del Estado. La monarquía se presenta como detentadora del poder de Ahura Mazda, y el rey es quien designa al supremo pontífice que nombra a los magos del clero, que formaba una clase privilegiada con gran ascendiente sobre toda la población. El mazdeísmo fue en teoría la religión obligatoria del Estado, si bien no logró penetrar ni en Armenia ni en Irak.

La rivalidad de Persia con Roma se acentuó al hacerse cristiano el Imperio romano de Oriente, pues entonces la competencia fue, además de política, religiosa.

305

Abdicación de Diocleciano. Como la mayor parte de sus antecesores, también Aureliano pereció asesinado, ocasionando, por carencia de ley sucesoria, un nuevo período de anarquía, a la que puso fin el hijo de un liberto dálmata: Diocleciano (284-305).

Al año siguiente de su advenimiento al imperio, dándose cuenta de la dificultosa tarea que para un hombre solo representaba el gobierno de tan vastos territorios, se procuró un colega, Maximiano, un valeroso general, pero que distaba mucho de poseer sus dotes políticas, y por esto en este gobierno de dos que duró seis años, Diocleciano fue siempre el verdadero amo. El imperio quedó dividido en dos grandes gobiernos: el occidental, que incluía la provincia de África, y el oriental con Egipto. La soberanía fue también partida en dos. Diocleciano se reservó el mundo helenizado, con excepción de los países danubianos, que quedaron englobados en el mundo de lengua latina bajo el mando de Maximiano. En el año 292, ante el buen éxito del sistema, Diocleciano propuso adoptar en vida a los sucesores que asoció a su poder para que así la muerte de Maximiano o la suya no dejara vacante el poder imperial. Sin embargo, no estaban colocados en igualdad absoluta uno con otro. Diocleciano y Maximiano conservaron el título de Augustos, en tanto los otros dos fueron sencillamente Césares. Así el sistema de la diarquía se transformaba en tetrarquía. Maximiano eligió como sucesor a Constancio Cloro, mientras Diocleciano designaba a Galerio.

De acuerdo con la política tetrárquica del imperio fue dividido en prefecturas en número de dos para cada gobierno: en el Imperio de Oriente se denominaron *de Oriente* —Tracia, Asia Menor, Siria y Egipto— y de *Iliria* Servia y Grecia actuales; y en el Imperio de Occidente, la de *Italia* —Italia, España y Bretaña—. Cada prefectura se dividió en seis diócesis bajo la autoridad de vicarios. A su vez las diócesis se dividían en provincias de reducida extensión sometidas al mando de un gobernador civil —*praesides*—. En cada prefectura se constituyó un gobierno con separación absoluta de los poderes militar y civil, y ocupó el mando un prefecto del pretorio a quien pertenecían las atribuciones civiles, administrativas, judiciales y financieras; el mando central, representado por el emperador en cada uno de los dos imperios, se reservaba el gobierno militar, los asuntos exteriores y el nombramiento de oficiales para el ejército. La unidad entre los dos imperios debía ser mantenida, merced a una legislación común, por el emperador de más edad. El poder ejecutivo y judicial se hallaba en manos de los emperadores a consecuencia de lo cual se llevó a cabo una profunda reforma. Hasta el presente se había formado el presupuesto fijando los gastos a base de los ingresos; pero como el déficit era siempre un mal endémico, Diocleciano unificó para todo el imperio la base de la imposición. A partir de entonces se calcularían los impuestos de manera que cubrieran los gastos previstos. Sin embargo, pronto se vio que el problema esencial no era tasar la suma a pagar, sino que tal capital ingresara en las arcas imperiales.

La nueva estructuración del imperio rompía con toda la tradición. En adelante fueron cuatro las capitales, situadas al alcance de las fronteras: Milán, Treves, Nicomedia y Sirmio. Con ello Roma, anulada por su decadencia, deja de ser centro del imperio al tiempo que una demagogia desmoralizada le quita el prestigio de ser el vínculo que unía aquel imperio transformado en monarquías.



La obra de Diocleciano, que parecía sólida, llevaba en sí un defecto capital: la división del imperio en dos partes que no tenían en común ni la lengua ni ningún estamento social, lo que produjo tan enorme escisión que la ruptura era inminente. Únicamente mantenía unido el imperio el prestigio imperial y la unificación religiosa, que Diocleciano ordenó, por la cual fueron clausuradas todas las iglesias católicas y confiscados sus libros.

Después de veinte años, en el 305, Diocleciano abdicó al igual que su colega Maximiano, por lo que los dos Césares, Galerio y Constancio Cloro, tomaron el título de Augustos y nombraron dos nuevos Césares, Maximino Daga y Severo. Diocleciano se retiró a su palacio de Salona donde vivió hasta transcurridos nueve años.

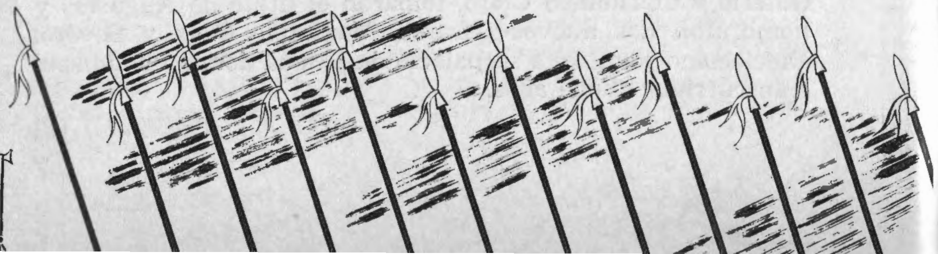
313

Edicto de Milán. La abdicación de Maximiano y Diocleciano desencadenó un período de luchas absurdas. Hubo un tiempo en que existieron seis emperadores. El sistema de la tetrarquía se derrumbaba y correspondió a la fuerza la restauración del poder a sus cauces normales. En el año 312, Constantino (306-337), hijo de Constancio Cloro, consideró llegado el momento de poder restituir la autoridad y unidad del Imperio en provecho propio. La victoria del Puente Milvio (312) sobre Majencio le aseguró el dominio de Occidente. Quedaban, únicamente, enfrentados: Licinio en Oriente; en Occidente, Constantino. En el 314 estalló la guerra entre los dos competidores hasta que la batalla de Adrianópolis (324) decidió la suerte a favor de Constantino, que vio así reunido bajo su poder a todo el imperio romano.

Tal vez los dos hechos capitales del gobierno de Constantino fueron el reconocimiento oficial del cristianismo y la fundación de Constantinopla como capital del Imperio.

Constantino se dio cuenta del rencor que por doquier suscitaban las persecuciones religiosas llevadas a cabo por sus antecesores. Se imponía el sincretismo religioso; pero el paganismo, cada día en mayor decadencia y fraccionamiento de cultos, no constituía una fuerza organizada, y en cambio el cristianismo era, por definición, una sola y única Iglesia. Constantino se inclinó hacia estas creencias y durante su gobierno el cristianismo fue reconocido como religión oficial. En realidad el primer edicto en favor de los cristianos fue promulgado por Galerio el año 311, que aparte de esto, fue un feroz perseguidor. Constantino celebró en Milán una entrevista con Licinio, tras la cual, y previa deliberación de los asuntos de interés para el gobierno, se publicó un interesante documento conocido con el nombre de *Edicto de Milán* (313), por el que se reconocía a la religión cristiana los mismos derechos que a todas las religiones del Imperio, incluso la pagana. Este documento no nos da autoridad para suponer que Constantino daba la supremacía a la religión cristiana, lo que sí hizo fue acabar con su situación ilegal. Se restituyeron a los cristianos las casas e iglesias de que se les había incautado y se les confirió personalidad civil y jurídica.





El segundo hecho capital del gobierno de Constantino fue la fundación de una capital nueva para el Imperio en un lugar estratégico de la orilla europea del Bósforo, sobre el emplazamiento de Bizancio, lugar que permitía el dominio de los dos mares, el Mediterráneo y el Negro. Algunos emperadores anteriores a él habían manifestado ya el deseo de trasladar la capital a Oriente; se dice que ya César tenía el proyecto de instalarla en Alejandría o en Ilión, la antigua Troya, lugar que también ejerció su atracción sobre Constantino; pero al fin recayó la elección en Bizancio, y la leyenda refiere que el mismo emperador fijó los límites de la capital por inspiración divina. Para el embellecimiento de la ciudad sirvieron las más bellas obras de arte de Roma y de todo el mundo helenístico y más tarde la nueva Bizancio fue llamada la ciudad de Constantino o Constantinopla. Desde entonces se abrió más la brecha entre el Imperio de Oriente y el de Occidente; el mundo latino caminaba a pasos agigantados hacia un oscurecimiento, guiado por el régimen señorial que disminuía la pequeña propiedad e implantaba la economía natural, en tanto que el Oriente fomentaba el comercio y al lado del florecimiento de las ciudades se incrementaba la pequeña burguesía rural. Este divorcio económico y social ya no había de cesar y había de conducir a Occidente hacia el feudalismo medieval y al Oriente al esplendor del imperio bizantino durante más de diez siglos.

El rasgo característico del gobierno de Constantino fue su poder absoluto y la separación progresiva del poder civil y militar, todo ello encaminado a reforzar el poder imperial y a lograr abatir el peligro de las usurpaciones del poder, calamidad tan frecuente ya a lo largo de todo el siglo III. La separación de los poderes civil y militar exigió la creación de un sistema burocrático complicado que requería una estricta jerarquización. La reforma administrativa tomó esencialmente la forma de gobierno centralizado y a ello tendieron la unificación administrativa del mundo romano y el desarrollo del funcionarismo. Hubo una modalidad y fue que la centralización administrativa procedió en adelante de Bizancio y la mayoría de funcionarios y títulos serían griegos y no latinos.

Constantino comprendió que había acabado con la violenta crisis social del siglo III y se impuso como norma el que aquélla no renaciera. La crisis había dado origen a dos calamidades que se abatían sobre el Imperio: las invasiones y las usurpaciones. Como la invasión tenía por causa la deficiencia del sistema de la defensa nacional, Constantino se esforzó

en incrementar la protección de las fronteras, logrando positivos resultados en el Danubio y Oriente, y en la creación de un ejército de campaña y fortificación de las ciudades interiores.

Ante todo hay que ver en Constantino un gran político, aun admitiendo su sinceridad hacia el cristianismo. Adivinó en aquella religión la fuerza necesaria de unificación de las razas del imperio, pues la autenticidad de su conversión nos llega a través de documentos confusos y contradictorios. El Constantino de los escritores cristianos no se parece en nada al de los paganos y en todos ellos hay una cantera inagotable de suposiciones para demostrar su preconcebida y tendenciosa política.

320

Los gupta: el hinduismo. Desde mediados del siglo III empiezan en el centro de Asia los movimientos de los pueblos mongoles nómadas. Rechazados en el Extremo Oriente por las dinastías de los Tsin y Han comienzan su peregrinación hacia Occidente desplazando de los territorios a sus antiguos ocupantes.

Tal es el caso del imperio saceo que, surgido de las invasiones escitas, dominaba las rutas económicas de las cuencas del Indo y del Ganges y que, no pudiendo resistir la presión de los Yue-chi, tribu mogol forzada a moverse hacia el Turquestán occidental, cayó sobre el imperio parto y el reino griego de la Bactriana; mas como la presión Yue-chi continuaba, llegaron hasta los territorios indios. El dominio saceo produjo una reacción de los indios que veían su religión e instituciones despreciadas, y dio por resultado la instauración de un reino indopártico que fue de corta duración ya que las invasiones Yue-chi lograron el fraccionamiento de la cuenca gangética en pequeños Estados independientes orientados todos hacia la gran ciudad de Pataliputra.

A comienzos del siglo IV un príncipe de Magadha, Chandragupta, tal vez emparentado con la dinastía de los mauryas casó con la heredera del reino de Pataliputra y coronándose rey de reyes reunió en sus manos un gran imperio indostánico que comprendía el Penjab y la India central hasta el Dekán. A partir de Chandragupta, y por espacio de más de un siglo, la India experimentó un gran incremento comercial e intelectual parejo al de la época maurya, de tal modo que los focos culturales del siglo IV son, en el oeste, las ciudades de Antioquía y Alejandría; y en el este, Paliputra y Udjein, en la



costa malabar, donde florecieron las matemáticas y la astronomía bajo la influencia de Alejandría. A la prosperidad económica correspondió un gran desarrollo del individualismo tanto en el terreno intelectual como social, experimentando un gran avance el derecho natural y las cuestiones sociales.

En esta época se abandonan las creencias budistas, que tanta difusión habían adquirido en el imperio maurya, para retornar a las fuentes brahamánicas que a partir de entonces fueron el credo religioso predominante. Este movimiento es lo que conocemos con el nombre de *hinduismo*. Se transformó el panteón brahmánico y las divinidades supremas fueron *Visnú* y *Siva*. Visnú era una divinidad indoaria de la que Krichna fue una encarnación en su faceta de héroe triunfador de mil hazañas y arrebatado al cielo por los dioses. Siva era una divinidad drávida, vengador y sombrío, que exigía una vida asceta y un culto de sacrificio; a su lado ocupó también un lugar prominente su esposa *Kali*, la negra o *Durga*, la graciosa. Brahma, Visnú y Siva con las hipóstasis de la trinidad, *trimurti*, del hinduismo, que se encargaban respectivamente de emitir, conservar y absorber a los seres. Todo ello hace referencia a una minoría intelectual, puesto que para el pueblo el hinduismo significó la vuelta a un politeísmo desenfrenado.

Durante el siglo V los Estados de la India sufrieron los azotes de las invasiones mongólicas que llevaron consigo el desmembramiento de la India del Norte, extendiendo el latifundio señorial que precipitó el ocaso a las ciudades. La brillante Pataliputra apenas si llegó a contar un millar de habitantes. Así aislada del mundo exterior y fraccionada, sin capacidad de resistencia, la India iba a vivir unos siglos que la dejarían impotente hasta la amenaza del Islam.

325

Concilio de Nicea. Durante el siglo IV la iglesia cristiana experimentó una profunda conmoción espiritual manifestada por una gran actividad en el terreno dogmático. La frecuencia con que se convocaron los concilios da idea de que eran el sistema de que la Iglesia se valía para solucionar sus de-

bates. A lo largo de este siglo adoptan una modalidad nueva que habría de servir para definir las relaciones del poder temporal y espiritual de la Iglesia y el Estado. A partir de Constantino, el Estado es quien dirigía las cuestiones dogmáticas según su propio interés, que no siempre habría de ser el mismo que el de la Iglesia.

Desde el siglo II, bajo el imperio de las ideas filosóficas orientales, Alejandría se había convertido en el foco del desarrollo teológico de todo Oriente. En el momento en que Constantino se inclinó gradual y abiertamente hacia el cristianismo, tuvo lugar en las creencias religiosas una escisión que amenazó el orden y la integridad del imperio: el arrianismo. Tuvo su origen en Antioquía, en la escuela de Luciano. Arrio, sacerdote de Alejandría, negaba la doctrina de la eternidad del Verbo y afirmaba que el Hijo, necesariamente engendrado por el Padre, había tenido un principio. Esta doctrina se extendió muy rápidamente y fueron inútiles los esfuerzos de las autoridades locales para rebatirla. Constantino que veía ante todo que para el mantenimiento del Imperio era necesario conservar la unidad de la Iglesia cristiana, creyó necesario intervenir más que en nombre del dogma, en el de la paz de la nación. Alejandro, obispo de Alejandría, negó la comunión a Arrio, y Constantino, no alcanzando la magnitud del conflicto que se desencadenaba, trató de salvar pacíficamente los escollos entre arrianos y cristianos con una misiva de la que era portador Osio, obispo de Córdoba, que fue quien hizo ver al emperador la importancia del movimiento arriano. Para aclarar el debate, Constantino convocó un concilio en Nicea al que asistieron unos trescientos obispos. Este tribunal de la cristiandad definió solamente el credo de la doctrina cristiana, reconociendo al Hijo de Dios eterno y consustancial al Padre. Arrio fue condenado y se ordenó que fueran quemados sus escritos. Sin embargo, la victoria que obtenía la cristiandad era más aparente que real, porque el que se condenara la herejía arriana no significaba que aquélla muriera, sino que fue la causa de nuevas dificultades y el incremento de la misma. Según parece, el mismo Constantino se inclinó del lado de

los arrianos y habiéndose negado el obispo de Alejandría a admitir de nuevo en la comunidad de la Iglesia a Arrio, parece ser que Constantino le obligó a desistir en sus funciones y le condenó al destierro. Se vivía, pues, el fenómeno de que el que había dado legalidad en el Imperio al cristiano no podía mantener su unidad. Esta incongruencia tal vez podría explicarse porque Constantino, que había sido educado en Occidente, ignoraba el sentir religioso del Oriente, en su mayor parte simpatizante con el arrianismo. En los últimos tiempos de su gobierno el arrianismo penetró en la corte y parece ser que dominó sobre el cristianismo en todo el imperio oriental.

Constantino, que oficialmente fue pagano hasta el último año de su vida, en el lecho de muerte fue bautizado por Eusebio de Nicomedia, obispo arriano; sin embargo, su última voluntad fue llamar del destierro a Atanasio, el gran rival de Arrio.

Muerte de Teodosio el Grande. El gran Imperio romano, que con Juliano había vuelto oficialmente a la religión pagana, se incorporó nuevamente al cristianismo bajo el gobierno de su sucesor Joviano (363-364); pero no podemos hablar de un triunfo definitivo hasta el reinado de Teodosio el Grande (379-395). Este emperador recibió el mando de la mitad oriental del imperio y de la mayor parte de la Iliria, a la muerte de Valente, a la vez que en Occidente el gobierno pasaba de manos de Valentiniano II, joven y sin voluntad que prácticamente no tuvo autoridad, pero que más bien se inclinó hacia el arrianismo. Por tanto, puede decirse que fue Teodosio quien, en definitiva, llevaba el peso del Imperio y él quien se mostró partidario del Concilio de Nicea. Ardiente defensor de la fe que había elegido no cabía esperar en él tolerancias; su tarea al asumir el mando fue doble: por un lado, restablecer la unidad cristiana del imperio, dividido por querellas religiosas, y por otro defenderse de la presión de los bárbaros germánicos cada día más amenazadores.

Los conflictos religiosos a la muerte del emperador Valente se avivaron, principalmente en la Iglesia oriental. El antago-



nismo dogmático, que había suscitado el arrianismo, adquiría cada día mayor incremento, pues no era solamente el clero el que estaba preocupado por estas cuestiones, sino que habían trascendido ya al gran pueblo. Cuando Teodosio llegó a Constantinopla, procedente de las provincias occidentales, hizo que el obispo arriano abandonara su religión, pero no fue escuchado, y los arrianos pasaron a celebrar sus funciones fuera de los muros de Constantinopla. Ante tal actitud el emperador se halló en el trance de tener súbditos heréticos, paganos y cristianos. Declarado él, resueltamente, cristiano, emprendió lucha abierta contra los demás. En el año 380 proclamó un edicto en virtud del cual sólo podían llamarse «cristianos católicos» los que reconocían la Santísima Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en unidad estricta de naturaleza y en eternidad. A los heréticos se les presentaron graves problemas para hacer valer sus derechos civiles y políticos; y no contento con ello y deseoso de volver a la paz y unidad del Imperio, Teodosio convocó el Concilio de Constantinopla en el que participaron únicamente los representantes de la Iglesia oriental. La causa principal de este concilio fue el ataque a la nueva herejía del macedonismo, la cual, herencia directa del arrianismo, afirmaba que el Espítitu Santo había sido creado. Por otra parte, el aumento cada día mayor del absolutismo del emperador, le llevaba a la idea de «divinidad imperial», concepto en todo momento reñido con los principios del cristianismo y que planteaba un problema en las fronteras de la conciencia y de la fe. A este respecto son las querellas del emperador con San Ambrosio, obispo de Milán. Teodosio hubo de someterse, lo que significaba no el triunfo del emperador, sino el de la Iglesia, y esto quedaba resuelto en aquella frase de San Ambrosio: «El emperador está *en* la Iglesia, no por *encima* de la Iglesia». En aquel punto Teodosio se había equivocado. Los emperadores del Bajo Imperio podrían llegar al absolutismo de todos sus poderes: político, social, administrativo y económico; pero nunca llegarían al término de absolutismo religioso. Se anunciaba la Edad Media.

La segunda cuestión, tan candente como la primera, del Imperio en el siglo IV, era la de los germanos, y en especial la de los godos. Establecidos con anterioridad a la Era cristiana en la zona meridional del mar Báltico, empezaron a fines del siglo II a emigrar a los países del sur de la Rusia contemporánea, y atraídos por el mar, con las posibilidades que éste les ofrecía, comenzaron a practicar incursiones en territorio romano. En el siglo III, ante el empuje que iban adquiriendo

estos germanos, el Imperio se vio obligado a permitir que gran número de ellos se establecieran como colonos en tierras romanas y también que pasaran a formar parte del ejército. Fueron los godos alistados en el ejército de Constantino, y le alcanzaron la victoria contra Licinio. También Juliano tuvo en su ejército un destacamento de godos.

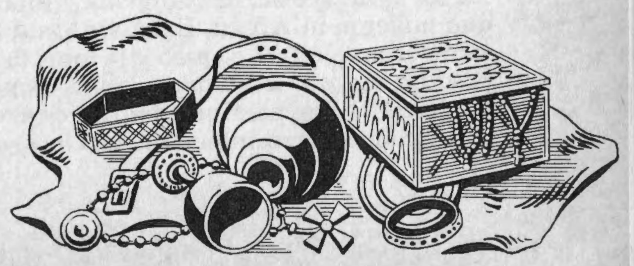
Cuando en el año 375 los hunos, pueblo de origen turco, penetraron desde el Asia y ejercieron su presión sobre los ostrogodos y visigodos, éstos hubieron de pasar con sus mujeres e hijos la frontera y entrar en territorio romano. Ello se hizo mediante pacto amistoso, y al principio los bárbaros no dieron muestras de inquietud, pero poco a poco se mostraron descontentos de los generales y funcionarios romanos hasta que en el 378 marcharon sobre Constantinopla e inflingieron al emperador Valente una tremenda derrota cerca de Adrianópolis Quedaba abierta la brecha y Teodosio empezó otra táctica. Viéndose impotente ante la ingente fuerza de los godos puso en práctica una política germanófila. Asociólos a su gobierno y las tropas que tenían el encargo de guardar las fronteras fueron sustituidas por compañías germánicas. Aquellos godos romanizados habían tomado todo el arte militar de los romanos y eran una poderosa fuerza que en cualquier momento podía volverse contra el indefenso Imperio romano.

Los dos resultados de la obra de Teodosio le eran adversos: por un lado fracasó su intento de absolutismo religioso, puesto que al permitir la entrada de germanos, en su mayor parte arrianos, hubo de hacerles concesiones y además al entregarles la defensa del país promovió el descontento entre la población grecorromana y abrió el camino al desmoronamiento del imperio en el siglo V.

Teodosio murió en Milán, el año 395. Dejaba dos hijos muy jóvenes, que fueron reconocidos como sus sucesores: Arcadio recibió el Imperio de Oriente, y Honorio el de Occidente.

410

Saqueo de Roma. Durante casi todo el siglo IV el Imperio romano sufrió la permanencia de las invasiones principalmente en las fronteras del Rin, Danubio y el Ilírico, donde



ya los visigodos vivían en calidad de federados durante el reinado de Teodosio.

En el mismo año de su muerte, los visigodos, al mando de Alarico, se adentraron en la península de los Balcanes y penetraron en Grecia donde se entregaron a toda clase de desmanes. El Imperio de Oriente no parecía interesarse; la única intervención contra el imperio creciente de los bárbaros vino de Occidente. Estilicón, general en jefe de Occidente, cercó a Alarico en las proximidades del monte Foloé. La victoria fue de los romanos, pero no sacaron el partido debido a su éxito, pues Alarico fue nombrado maestro de la milicia en el Ilírico oriental. Por el momento Alarico permaneció pasivo, pero en 401 invadió el norte de Italia en donde de nuevo fue vencido por Estilicón.

Un fuerte ejército de germanos —burgundos, suevos, vándalos, alanos—, atacaron la frontera del Rin, que debían defender los francos en calidad de federados (405). Ante el número del ejército invasor fueron impotentes y Maguncia y Colonia fueron devastadas... Durante dos años los germanos, a excepción de los burgundos, asolaron la Galia y pasaron a España (409).

Pese a la gravedad, el imperio no había podido acudir en ayuda de sus hostigadas provincias occidentales. Dos hechos capitales se sucedían en Roma: la muerte de Estilicón (408), y, consecuencia directa de ella, la vuelta a escena de Alarico que se encaminó hacia Roma. No había ningún ejército para salirle al paso; pero la ciudad poseía medios de defensa y Alarico se contentó, para volver a retirarse hacia el Norte, con imponerles un fuerte rescate; pero como a más de ello pidiera el derecho a instalar a los suyos en la Panonia y Honorio se negara, Alarico reapareció ante Roma. Dueño del acceso al mar redujo a la ciudad al hambre y, sin duda gracias a la traición, pudo entrar en ella (410). Entonces se dijo que el acceso fue facilitado por Faltonia Proba, movida a compasión por los habitantes de Roma, que se veían reducidos a devorarse mutuamente. Alarico permitió el pillaje a sus huestes con la condición de respetar la vida de los hombres y el honor de las mujeres, pero ello distó mucho de ser la norma del saqueo. La barbarie apenas respetó nada y fueron muchos los romanos que huyeron al África, Egipto y hasta Palestina, para huir de tanta calamidad. El saqueo y la toma de Roma por los bárbaros produjo en todo el imperio honda impresión. Alarico se dirigió hacia el Sur para pasar a la rica provincia de África, pero sucumbió en el camino. Le sucedió su cuñado Ataúlfo que,

carente de embarcaciones para cruzar el África, se dirigió de nuevo hacia el Norte y se instaló en Narbona donde contrajo matrimonio con Gala Placidia, hermana de Honorio.

Prácticamente el Imperio de Occidente ya había desaparecido, pues el medio siglo que le quedaba de existencia transcurriría en plena crisis en la que la Iglesia se aprestaría para mantener en Occidente la unidad que ya el poder imperial no era capaz de salvar.

438

Código de Teodosio II, el Joven. Nieto de Teodosio el Grande, subió al trono a la muerte de su padre Arcadio, bajo la tutela del rey persa Yezdigerdes I. Ello es lo que explica las amistosas relaciones existentes entre ambos imperios.

Teodosio se interesó poco por las cuestiones políticas siendo su hermana, la piadosa Pulqueria, quien verdaderamente dirigía los asuntos de gobierno. El emperador sentía enorme pasión por la vida privada y supo rodearse de una pléyade de hombres de talento que fueron los que dieron renombre a su reinado, de interés considerable desde el punto de vista de la historia de la civilización.

Si hasta el siglo v Atenas había sido, en todo el mundo romano, el foco más importante para la enseñanza, el triunfo del cristianismo en el siglo IV fue un rudo golpe para esta escuela de Atenas, que culminó con las invasiones bárbaras y con la creación por Teodosio II de la Universidad de Constantinopla o Escuela Superior cristiana. El edicto disponiendo la creación de la Escuela Superior se publicó en 425. Se fijaba en treinta y uno el número de profesores, que debían enseñar parte en latín y parte en griego: Gramática, Retórica, Derecho y Filosofía. El edificio fue construido especialmente; era de vastas proporciones y fue el foco en torno al cual se agrupó todo el saber de la época.

Bajo Teodosio II tuvo capital importancia la publicación del más antiguo compendio de instituciones imperiales que nos ha llegado. La carencia de tal compilación era motivo de molestias para muchos jurisconsultos y de desórdenes para los funcionarios públicos, ya que muchas constituciones se perdían o caían en el olvido. Anteriores al Código de Teodosio fueron: el *Codex Gregorianus* y el *Codex Hermogenianus*, así llamados por los nombres de sus autores, de los que no han llegado hasta nosotros más que fragmentos. Sobre el modelo de los anteriores, Teodosio concibió su compilación de las

disposiciones dictadas por los emperadores cristianos desde Constantino al propio Teodosio, ambos incluidos. Tras ocho años de trabajo la comisión convocada por el emperador publicó, en 438, el *Códex Theodosianus,* en lengua latina, que alcanzó también enorme difusión en el Occidente del Imperio. Consta de dieciséis libros, cada uno de los cuales trata de una parte del gobierno: religión, arte militar, etc. Cada libro está dividido en capítulos en los que por orden cronológico están anotadas las disposiciones. Las aparecidas después de su publicación fueron llamadas «Novelas» o «Nuevas».

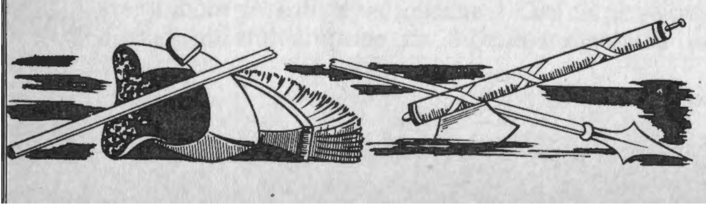
El Código de Teodosio y las compilaciones procedentes sirvieron de base a la legislación justiniana; es un documento histórico de gran valía que nos permite conocer la vida interna del Imperio en los siglos IV y V. Además el Código de Teodosio ejerció una notable influencia en Occidente en época ya posterior a las invasiones germánicas, porque la *Lex Romana Visigothorum* para los súbditos romanos es una abreviación del Código teodosiano, de ahí que la llamaran también «Breviario de Alarico», del resumen que hizo el rey visigodo Alarico II.

Durante el reinado de Teodosio el Imperio de Oriente no tuvo que soportar choques tan violentos como el de Occidente. Teodosio tuvo que luchar contra los hunos que llegaron hasta el pie de las murallas de Constantinopla; se les hubo de pagar un fuerte rescate y cederles unas tierras para establecerse al sur del Danubio, pero desde entonces las relaciones con los hunos fueron amistosas.

En 450 Teodosio murió sin dejar descendencia y su hermana Pulqueria consintió en casarse con el tracio Marciano que fue elevado al trono imperial.

476

Agonía del Imperio de Occidente. Establecidos los hunos en Panonio, donde vivían amistosamente con el imperio de Oriente, que les pagaba un tributo anual, pasaron a ser una verdadera amenaza para el debilitado Imperio de Occidente. Atila, sucesor de Rua, logró que varios pueblos bárbaros, hérulos, rugios, ostrogodos y gépidos, aceptaran su autoridad, con lo que logró un poderoso imperio que llegaba del Cáucaso al Elba. Mientras Teodosio II estuvo en el trono de Oriente, como aceptaba muchas de las exigencias que le hacían



los hunos, éstos manteníanse inactivos; pero al subir al trono Marciano y negarse a ello dirigieron sus miras al Imperio de Occidente. Reinaba en él Valentiniano III, sucesor de Honorio, pero era Aecio, jefe militar, el primer personaje del reino. Atila pidió la mano de la hermana de Valentiniano, Honoria, tal vez más como pretexto para declarar la guerra que por otra cosa, ya que fue lo que hizo, al ser denegada su petición. En el 451 un poderoso ejército de los hunos, reforzado con los pueblos a ellos aliados cruzó el Rin adentróse en la Galia donde les presentó frente el ejército formado por los romanos y los pueblos germanos federados. En el lugar llamado Campos Cataláunicos, se infligió una gran derrota a los hunos, quienes hubieron de retirarse de nuevo a Hungría.

La batalla de los Campos Cataláunicos fue el último destello de poder del Imperio de Occidente. Con la muerte de Valentiniano III (455) se acaba la dinastía de Teodosio, y en adelante Roma ya no tendrá más que sombras de emperadores. Los jefes militares disponen de la corona a su capricho y en 475, Ricimero, un ilirio que había sido jefe en las filas de Atila, proclamó emperador a su hijo Rómulo, al que dan el sobrenombre de Augústulo; pero, el jefe de los hérulos, Odoacro, acampado en la Italia del Norte, le destronó (476) y mandó las insignias del emperador de Occidente a Constantinopla. Odoacro se hizo nombrar rey de Italia, que de este modo pasó a ser un reino bárbaro.

Aunque teóricamente se hubiera restablecido la unidad del Imperio romano, puesto que sólo había un emperador, en Constantinopla, la realidad es que todo el Imperio de Occidente había desaparecido, y el acto de vasallaje, al mandar las insignias a Oriente, fue una pura ficción que se prolongó, ya que los soberanos visigodos, ostrogodos, borgoñones y vándalos, ejercieron su poder como delegados del mando imperial, pensamiento que fue alargándose hasta el siglo IX.

No solamente fueron las invasiones las que provocaron el hundimiento del Imperio romano de Occidente. A grandes rasgos podríamos señalar: la transformación del ejército, la decadencia espiritual y la económica.

Durante el Bajo Imperio el ejército estaba formado únicamente por los habitantes libres más humildes de las ciudades, que debían servir forzosamente, ellos y sus hijos hasta el agotamiento de sus fuerzas; por ello la milicia se convirtió en una profesión indigna y el Imperio se vio obligado a admitir en sus filas a los bárbaros, que se introdujeron, o bien voluntariamente sometidos a las mismas condiciones de los soldados romanos,

como aliados, *foederati,* que se comprometían a defender las fronteras, o como colonias vencidas, *laeti,* establecidas en el interior del imperio, para, de padres a hijos, engrosar el ejército. Naturalmente, así formada esta milicia podía transformarse en un elemento peligroso para el propio Estado.

A partir del siglo II asistimos a una degradación progresiva del espíritu romano, manifestada tanto en las clases dirigentes como en el pueblo. Los funcionarios romanos ofrecen tristes espectáculos al proceder a cobrar los impuestos, llegando hasta las torturas en las plazas públicas, y ello provocado no por un exceso de celo en la recaudación, puesto que son muchos los abusos y fraudes por ellos cometidos. Por otra parte la gran masa de población desocupada, que había llegado a Roma procedente de terrenos que habían quedado casi despoblados, como el Lacio, y que vivían de las distribuciones del Estado y de las familias ricas, formaban un elemento peligroso, ávido de emociones violentas en el circo y desinteresado absolutamente por todas las cuestiones públicas. La nobleza se retiró cada vez más al campo, convirtiéndose en una verdadera aristocracia territorial que era la responsable del rendimiento fijo de todos los terratenientes, artesanos, jornaleros y esclavos, que estaban obligados a permanecer por ley de herencia en su lugar y condición social. Este régimen de colonato aparece extendiéndose a partir del año 332 y fue el nacimiento de la dependencia de hombre a hombre, que había de caracterizar la estructura social de la Edad Media.

La misma evolución social señala un notable predominio de la economía natural que cada vez va aumentando en detrimento de la monetaria. El sistema fue implantado por Diocleciano, pero fue el fracaso de las aspiraciones individuales, arrolladas por el grupo. Diocleciano quiso confiar la percepción de los impuestos a los propietarios quienes alegaban que sus colonos no les podían pagar. Los pequeños propietarios, agobiados, ponían sus tierras al amparo de los grandes de los que, a su vez, pasaron a ser colonos. Vemos cómo el esfuerzo de los grandes emperadores, como Diocleciano y Constantino se orienta a remediar esta situación que no permitía sostener un Estado tan extenso. Al finalizar el siglo V en las provincias occidentales no subsistían más que dos fuerzas: los ejércitos de los bárbaros federados y la Iglesia.

Los nuevos Imperios

506

Breviario de Alarico. Alarico II, hijo y sucesor de Eurico (466-484), heredó de su padre un imperio que comprendía toda España y la Galia hasta el Loira y el Ródano. Como político y guerrero no se mostró a la altura de su antecesor, que aspiró al sometimiento de todo el Occidente. Con su desacertada política minó la cohesión del reino persiguiendo a la mayoría católica del país. El monarca franco habíase convertido al catolicismo, lo que le procuró el apoyo del clero y de la población romana. Por el contrario el sacerdocio y los fieles del reino visigodo estaban descontentos del arrianismo de su monarca Alarico.

Clodoveo, rey de los francos, quería extender por el Sur las fronteras de su reino, por lo que chocaba con los dominios de Alarico, pero no vaciló en dar a la guerra un carácter religioso, y aliado con los burgundios, atacó a los visigodos avanzando sobre Poitiers y encontrando a los visigodos con su rey Alarico en el campo de Vocladum, los venció en la batalla de Vouille, donde murió Alarico, según la tradición, a manos de Clodoveo (507). El rey franco se apoderó de Burdeos y Tolosa, mientras Teodorico (rey de los ostrogodos), se anexionaba la Provenza: esta batalla significó el fin del reino visigodo de Tolosa.

A fin de atraerse las simpatías de la población hispanorromana, en su mayoría católica, Alarico se propuso la promulgación de un código legislativo para los súbditos romanos del reino gótico occidental, que tuvo vigencia todo el tiempo que imperó el sistema de la personalidad del Derecho, es decir, la aplicación de los principios jurídicos a un grupo de personas, a una entidad popular o nacional, con independencia del territorio que ocupan. Trabajaron en su redacción una comisión de jurisconsultos galorromanos, al parecer presididos por el conde Goiarico y aprobada en una asamblea de obispos y provinciales celebrada en Aduris (Francia). Se enviaron copias

de la recopilación a los diversos condes para que aplicasen sus disposiciones que fueron suscritas por el canciller Aniano, de ahí que también el Código sea conocido con el nombre de *Breviario de Aniano;* y también se le conoce con el de *Lex romana visigothorum.*

Las fuentes de que se valieron para la realización de la compilación del Breviario fueron: las *Leyes,* en su mayoría procedentes del Código Teodosiano y el *Jus,* que eran los escritos de los jurisconsultos, entre los que figuraba un epítome de las *Instituciones,* de Gayo; al lado del texto figura la *interpretatio,* es decir la explicación del mismo. Así quedaba fijado el Derecho romano tal como debía conocerlo la Edad Media hasta el siglo XI. Los visigodos iban romanizándose rápidamente, como lo demuestra la publicación a mediados del siglo VII de la «ley visigoda» de Recesvinto, verdadero código romano.

507

La monarquía franca. Los germanos antes de entrar en contacto con el Imperio romano poseían una muy rudimentaria civilización; no conocían la escritura, la moneda y ni siquiera el comercio. Ciertos germanos como los escitas, por varios siglos de relaciones con los iranianos y los griegos, habían adquirido ya un arte y una cultura que copiaron los godos; pero los germanos del Norte no habían estado en contacto con ninguna influencia civilizadora. Vivían organizados en tribus dentro de las cuales los individuos se agrupaban por vínculos de culto y sangre. Cada grupo estaba formado por familias o *sippes,* que reunían a todos los descendientes de un mismo antepasado.

Cuando los francos se establecieron en el Imperio, el concepto puramente familiar de su estructura social empezaba a estar dominado por una organización de tipo militar. Un grupo de cien familias, *centenas,* formaban el cuadro del ejército y dentro de estas *centenas* surgieron los rudimentos de la organización judicial.

Los francos salios se habían establecido entre el Escalda y el Lis; los francos ripuarios a lo largo del Bajo Rin y los alemanes en la Alsacia y la antigua Retia, hicieron retroceder a la población romana y en el terreno abandonado crearon pueblos. La tierra se distribuyó al principio entre las *centenas* y en el seno de las mismas entre las *sippes,* y ya más adelante a unas pocas familias, con lo que la antigua aristocracia se transformó en nobleza territorial.

Una vez organizados territorialmente se imponía la elección de un caudillo militar permanente escogido en la *sippe* más poderosa. Esto fue lo que hizo aparecer la realeza en el siglo V. La monarquía era de tipo colectivo, aristocrática y militar. Clodoveo, un reyezuelo de Tournai se apoderó (480), ciudad tras ciudad, de casi toda Francia, arrebatada a los alemanes, burgundos y visigodos. Tamaña empresa fue lograda sobre todo por el apoyo prestado por los obispos, que preferían un gentil abiertamente pagano, al que podían cristianizar, que no la autoridad de burgundos o visigodos, que habiendo sido cristianizados, eran arrianos.

Clodoveo estaba casado con una princesa burgunda, que era católica y, él mismo, convertido en 506, habría de ser el fiel paladín de una religión que le había dado la victoria. La batalla de Vouille en 507, redujo considerablemente la extensión del reino visigodo de Alarico II y Clodoveo quedo dueño de toda la Galia, excepto la costa mediterránea y la Bretaña. (La Provenza y la Septimania no se incorporaron hasta veinticinco años más tarde.)

El Estado creado por Clodoveo presentaba un carácter dispar. En el sur de la Galia se mantuvo enteramente galorromana; en el norte los franceses ocupaban las provincias flamencas, en donde se mantuvieron más arraigadas las costumbres germánicas que fueron recopiladas en lengua latina durante el reinado de Clodoveo, si bien parece que lo habían sido ya con anterioridad en lengua germánica, para formar la Ley sálica, que no tiene ninguna influencia romana. La Ley sálica no estuvo casi en vigencia en la Galia, pues se aplicaba únicamente en el norte y aun conjuntamente con el Derecho romano. En cambio las instituciones romanas se impusieron rápidamente a los germanos.

Pese a las conquistas llevadas a cabo por Clodoveo, los francos no tuvieron una posición dominante en el reino. Los reyes merovingios se desinteresaron de los problemas del pueblo que se había establecido casi enteramente en Flandes y ni siquiera cuidaban de su evangelización. La dualidad social y política de los germanos en el norte y los galorromanos en el sur se mantuvo durante las dinastías merovingia y carolingia y desarrolló una doble evolución jurídica. En el norte el régimen germánico orientábase hacia la propiedad familiar y en el sur el régimen romano de la propiedad individual desapareció para fundirse en un sistema señorial.

La actividad comercial de la Provenza orientó a la monarquía hacia el sur, quedando la población franca relegada

al norte y con muy poca o ninguna influencia en la nación. Marsella, Tolosa, Lyón, Frejus, etc. concentraban el comercio marítimo e internacional y mantuvieron una solidaridad económica que hizo que la civilización romana pudiese absorber a la de los invasores.

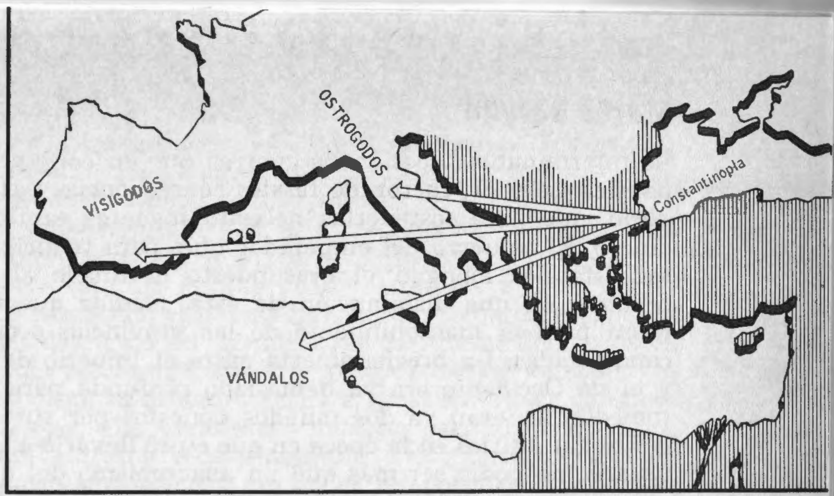
527

Justiniano el Grande y su ideología. La primera época del imperio bizantino, que abarca desde Arcadio hasta Anastasio (395-518), se caracteriza por el manifiesto interés de los emperadores en las cuestiones nacionales y religiosas de sus súbditos, promovidas por las diferentes nacionalidades, pues mientras los germanos e isáuricos aspiraban a la superioridad política, los coptos y egipcios buscaban la culminación de sus ideales religiosos. Al subir Justiniano al trono (527) se erigió en representante de dos ideas: la imperial y la cristiana.

Durante muchos años y por varios autores ha sido mantenido el origen eslavo de Justiniano y ello es debido a la biografía del que fue profesor suyo, el abate Teófilo. El manuscrito, publicado a principios del siglo XVII por Nicolás Alemannus, ha sido declarado nulo en cuanto a valor histórico, y puramente legendario. Cabe, de todos modos, considerar a Justiniano como albanés o acaso ilirio, en cuyo caso su lugar de origen no estaría lejos de la frontera albanesa. Cuando ocupó realmente el poder (527), de hecho hacía ya siete años que llevaba las riendas del Imperio, pues había sido nombrado coemperador en el año 520, reinando su tío Justino I.

Estaba casado con Teodora, una de las mújeres más interesantes de la historia bizantina. Dotada de extraordinaria hermosura, llevó una juventud borrascosa, según narra Procopio en su *Historia secreta,* hasta el punto de que la gente honrada se apartaba de ella si la encontraba en las calles. Después de permanecer algunos años en África volvió a Constantinopla, donde dejó asombrados a cuantos la conocían por el recato y recogimiento en que vivió. En esta época fue cuando la conoció Justiniano, que aún no había sido nombrado emperador. Siempre se mostró circunspecta y a la altura que de su rango de emperatriz cabía esperar, inclinándose con preferencia al monofisitismo (1), opuesta en esto a su marido que se mantuvo siempre dentro de la ortodoxia. Murió el año 548.

(1) Doctrina herética que negaba en Jesucristo las dos naturalezas.



Reacción del Imperio en época de Justiniano contra los pueblos bárbaros.

Los emperadores de Oriente, poseedores de la dignidad imperial de los césares romanos y considerados como sus herederos legítimos, se creían con derechos históricos sobre los reinos bárbaros de la Europa occidental, y por ello Justiniano se creyó soberano natural de todos los reinos establecidos dentro de los límites del Imperio romano. De esta convicción deriva su teoría de restaurar el Imperio romano único, unidad que debía abarcar lo político y lo religioso. Estas ideas no eran exclusivamente de Justiniano, sino compartidas por la mayoría de la población de los reinos bárbaros, que veían con malos ojos la dominación arriana; los propios reyes bárbaros, alentaban también las aspiraciones de Justiniano profesando un profundo respeto al emperador. No obstante, aunque en África y en Italia la situación fuera tan favorable a Justiniano, las guerras emprendidas contra ostrogodos y vándalos habían de ser en extremo difíciles y se distinguieron en ellas los generales Juan Troglita y Belisario. La Provincia de África fue incorporada al Imperio en el año 548 y la Dalmacia, Sicilia e Italia en 554.

La última acometida militar de Justiniano fue la conquista del reino visigodo de la Península Ibérica. Tras duras luchas e intervenciones en los conflictos dinásticos de la Península, pudo dominar el cantón sureste y su dominio se extendió desde el cabo San Vicente hasta más allá de Cartagena.

Con esta política ofensiva, Justiniano extendió su Imperio desde el extremo de Gibraltar hasta el Éufrates; pero con ello no logró restablecer la completa unidad del Imperio de Occidente, ya que le faltaba la mitad occidental de África del norte, la parte septentrional del reino ostrogodo de Italia, la mayor parte de la Península Ibérica y toda la Galia.

La interminable sucesión de guerras que en conjunto fue su política exterior, fueron de fatales consecuencias para el Imperio, que para sostenerlas necesitó ingentes cantidades de dinero. El esfuerzo del emperador que, para reducir los gastos estatales menguó el presupuesto destinado al ejército, redundó en una disminución de éste, medida que fue peligrosa para el mantenimiento de las provincias occidentales conquistadas. La brecha abierta entre el Imperio de Oriente y el de Occidente era ya demasiado profunda para intentar remediarla; eran ya dos mundos opuestos por su ideología, e intentar unirlos en la época en que quiso llevarlo a cabo Justiniano, no podía ser más que un anacronismo del que cabía esperar un resultado poco duradero, como de hecho fue, pues desapareció con el propio emperador.

Si la política de Justiniano fue labor efímera, no puede decirse lo mismo de su obra legislativa, sobresaliente por su amplitud universal. Animado por la idea religiosa de que había de ser el emperador quien por derecho divino debía hacer e interpretar las leyes, e impulsado por preocupaciones prácticas, emprendió la enorme tarea de recopilar cuantas *constituciones* imperiales se hubieran dictado con anterioridad a su época. El principal colaborador del emperador en este trabajo fue Triboniano. La labor comenzó en 528 y debía consistir en revisar los tres Códigos existentes anteriormente con la supresión de todo cuanto había caído en desuso, así como ordenar todas las constituciones dictadas con posterioridad a Teodosio. En abril de 529 fue publicado el *Código de Justiniano,* dividido en diez libros que agrupaban todo lo concerniente a leyes, desde Adriano hasta la época de Justiniano. Además se impuso la tarea de revisar todo el *jus vetus,* obra difícil para la que reunió a todos los jurisconsultos clásicos del Imperio, a fin de revisar todo lo caduco de los materiales reunidos. Este enorme trabajo se llevó a cabo en tres años, lo que excusa las imperfecciones que puedan imputársele. Se le conoce con el nombre de *Digesto* o *Pandectas.* El principal fallo de que adolece es la falta de unidad, lo que hizo fuera juzgado con extremada severidad por los jurisconsultos del siglo XIX. Pero tampoco acaba aquí la labor de aquel genio. Mientras se elabora el *Digesto,* en el mismo año 533, manda publicar un manual de derecho civil, dirigido principalmente a los estudiantes y que se conoce con el nombre de *Instituciones* o *Instituta.* La última parte de la obra legislativa de Justiniano, interesante documento para la historia interior de su época, lo constituye las *Novelas.* Los

principales colaboradores de Justiniano fueron Triboniano, Teófilo y Doroteo, los cuales publicaron gran número de comentarios, abreviaciones y traducciones en griego al *Código, Instituta* y *Digesto,* que por estar redactados en latín, eran poco comprendidos por la mayoría de las gentes.

La breve fórmula en que puede resumirse toda la actuación de Justiniano, «Un Estado, una ley, una Iglesia», nos explica su deseo de ser el dueño de la Iglesia dentro de la que no sólo se consideraba el regulador de los destinos del clero, sino con autoridad suficiente para ser quien definiera el dogma; por ello creíase con derecho para arbitrar en los litigios de la Iglesia y para nombrar a sus rectores eclesiásticos. Esta preponderancia del poder temporal en los asuntos religiosos se conoce con el nombre de cesareopapismo, tendencia de la que Justiniano puede considerarse característico representante.

A lograr la unidad religiosa de su Imperio se oponían las provincias orientales representadas por Egipto, Siria y Palestina, pertenecientes al credo monofisita, secta a la que pertenecía la propia emperatriz, a cuyas instancias Justiniano trató de hallar una fórmula de compromiso entre ellos y Roma. El papa Vigilio acudió a Constantinopla, donde hubo de residir siete años. Se mostró inflexible en lo de la aprobación del asunto de los «Tres Capítulos» (1), pero luego, tras diversas influencias, hubo de aceptar las decisiones del emperador. Sin embargo, a pesar de que su aprobación fue vaga y no comprometía a la iglesia occidental, los obispos de África, reunidos en concilio, llegaron a excomulgar al papa, que tuvo que retirar su aprobación.

En tales circunstancias Justiniano convocó el Concilio de Constantinopla que se reunió en 553, para aclarar ciertos puntos dudosos del nestorianismo y sobre todo de los monofisitas. Se consideraron obligatorias las decisiones del Concilio y los obispos refractarios fueron enviados el destierro, juntamente con el papa, a una isla del mar de Mármara, y en este camino halló la muerte el Sumo Pontífice. La Iglesia occidental no aceptó el Concilio hasta que subió al solio pontificio Gregorio IX, quien declaró que el Concilio de Constantinopla no podía considerarse como herético sino igual que los cuatro anteriores.

---

(1) Se refiere a los tres teólogos Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa que a pesar de sus teorías nestorianas no habían sido condenados por el Concilio de Calcedonia, de lo que se mostraban partidarios los monofisitas. Justiniano declaró que tenían razón y que la ortodoxia debía convenir en ello.

A pesar del celo del emperador, nestorianos, judíos, maniqueos, etc., siguieron existiendo y su intento de lograr una iglesia unida fracasó rotundamente.

568

Italia es invadida por los lombardos: origen de los exarcados. A la muerte de Justiniano, Italia, y en general el Imperio de Occidente, quedó poco defendido contra las invasiones, cada día más numerosas, de los lombardos. A mediados del siglo VI los lombardos, conjuntamente con los ávaros, habían destruido el reino de los gépidos, sobre el Danubio central y, más tarde, temerosos tal vez de los propios ávaros, abandonaron la Panonia para pasar a Italia al mando de su rey Albuino. Formaban un pueblo en masa que se trasladaba a otras regiones, pues acompañaban al ejército las mujeres y los hijos.

En 568 llegaron a la Italia del norte como una verdadera oleada salvaje, que sembraba por doquier la destrucción, pues fueron el más bárbaro de los pueblos germanos que atacaron el Imperio. Es pura leyenda la acusación que la tradición popular achaca a Narsés, viejo general de Justiniano y gobernador de Italia, de haber llamado a los lombardos; todo ello carece en absoluto de fundamento histórico. Profesaban la religión arriana y no tardaron en dominar la Italia septentrional que de ellos tomó el nombre de Lombardía.

El gobernador bizantino falto de recursos, y más lejano aún el auxilio que podía llegar de Constantinopla, permaneció recluido en los muros de Ravena al tiempo que las hordas salvajes se esparcían por toda la península eludiendo la ciudad de Ravena. Los emperadores de Oriente, Tiberio y, aún más, Mauricio, trataron de llegar a una alianza con los reyes merovingios, a fin de que les ayudaran a expulsar de Italia a los lombardos. En 583 el emperador hizo donación a la reina Brunequilda de 50.000 sueldos de oro para obtener su apoyo contra los invasores; pero fracasaron cuantos intentos hizo el Imperio para obtener su ayuda, pues si bien Childeberto II envió sus ejércitos a Italia, fue para reconquistar sus antiguas posesiones. Italia quedaba abandonada a la suerte lombarda y únicamente bajo la protección del papa San Gregorio Magno, que además de ser el rector de la vida espiritual hubo de asumir la defensa política de la nación.

Como el imperio bizantino no pudo oponer la suficiente resistencia a los lombardos, se motivaron profundos cambios

en la administración de Italia. Al frente de ella se puso un gobernador militar con el título de exarca, que residía en Ravena, y al que estaban subordinados todos los funcionarios civiles que más tarde acabaron por desaparecer, concentrando la autoridad militar todo el poder en sus manos. La creación del exarcado de Ravena data de los tiempos del emperador Mauricio.

Como el exarca era el máximo representante de la autoridad imperial, introdujo también los principios del cesareopapismo y su persona gozaba de honores imperiales, dependiendo de él todos los asuntos militares, civiles y judiciales.

Análoga creación al exarcado de Ravena tuvo el de África del norte, surgido en lugar del reino vándalo por el peligro que representaban los moros, sublevados a menudo contra las tropas bizantinas de ocupación. La creación de estos exarcados con poderes tan limitados, había de convertirse en un peligroso rival del emperador, como sucederá en el de África, y el origen de la preponderancia del poder militar sobre el civil.

589

Unificación de China bajo los Sui. Tras un período anárquico los reyes de Oe acabaron con el régimen feudal y señorial y lograron un ejército por medio de reclutamientos obligatorios. Así pronto se vieron lo suficientemente fuertes para conquistar los otros reinos de la China septentrional, y dueños de ella dirigieron sus miras a los ricos puertos nanquineses para también emprender su conquista.

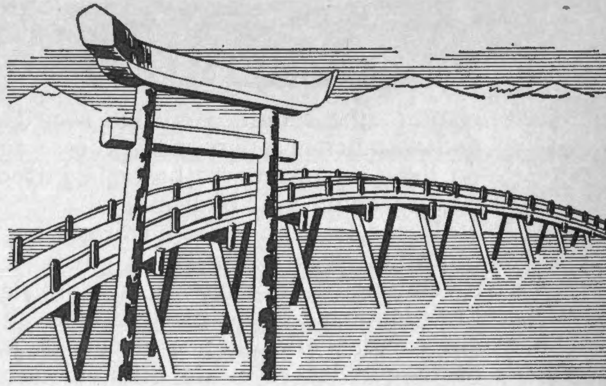
El mérito de haber unificado China corresponde a Yang-Chien (541-604), que en 589 derrotó al último emperador de los Chen, e instauró la dinastía Sui, que devolvió al país su unidad creando un imperio que se extendía desde la Gran Muralla a los Pescadores, unas islitas situadas al Este del cabo meridional de la provincia de Fukien. Yang Chien, ya en 582, con anterioridad a la unificación de China, se había mezclado en los asuntos del Asia central; dirigió sus miras a los turcos orientales que estaban en plena discordia, ocasionada por los muchos pretendientes al trono, y fomentó la



sublevación de los turcos occidentales. La rebelión de Tardú, jefe de las hordas mencionadas, logró vencer a los orientales en 585, pero Yang Chien hubo de reforzar las fronteras para mantener a raya la acometida de los turcos. Por fortuna para China, Tardú cayó en 603 y a su muerte nuevos disturbios amenazaron la unidad del país.

La expansión de China por el sudeste se reanudó en 607-610. Formosa fue invadida en 610 por las fuerzas de Kuangtung; el gran número de prisioneros fue llevado al continente. En cambio, el engrandecimiento territorial por el norte no fue tan afortunado. Entre los años 598 y 614, Kokuli, que comprendía las dos terceras partes de Corea y una vasta zona del sur de Manchuria, fue invadida cuatro veces sin que ninguna expedición lograra el objetivo. Sin embargo, no por ello la fama de Yang Chien ni de su hijo Yang Kuang desmerecieron, antes al contrario, su renombre llegó a países lejanos. En 607 una embajada llegaba a las Indias orientales para establecer relaciones comerciales, y también las cortes del Japón y Turquestán recibieron numerosos enviados de la China de los Sui, los cuales a su regreso de aquellos países traían pieles de león, copas de ágata, amianto y danzarinas, para dar gran fastuosidad a la corte, que, desvanecida desde la dinastía Han, volvía ahora a resurgir brillantemente bajo los Sui.

Rehecha la unidad política, los Sui trataron de dar al país orden y prosperidad económica e intelectual. Las medidas adoptadas en el interior del país, como la construcción de seis graneros públicos y la distribución de tierras de cultivo a costa de los latifundios expropiados, dieron a la monarquía reconstruida un carácter democrático, que coincidió con un gran incremento comercial tanto por vía marítima como por las rutas del Asia central. Se establecieron comunicaciones entre las principales capitales chinas y entre el centro, noroeste y bajo Yangtze, y se prolongó el sistema de canalización del este de China. La construcción del canal empezó en 584 y realmente no terminó hasta el siglo XVIII, si bien en el 618 ya se habían establecido importantes tramos de Norte a Sur y de Oeste a Este. Se han conservado narraciones respecto a la construcción de esta gran obra de ingeniería, para la cual parece ser se reclutaba a todos los hombres comprendidos entre los quince y los cincuenta años, en los que la huida era castigada con la decapitación. De esta forma se pudieron reunir tres millones seiscientos mil obreros para atender a los cuales cada familia de los alrededores estaba obligada a mantener



a un niño, una mujer o a un anciano. De tan colosal obra, quien recogió los frutos fue la dinastía siguiente de los Tang.

También bajo la dinastía Sui el país experimentó un incremento cultural. Hubo una reforma del código penal con reducción y suavización de penas, decretándose una amnistía general. Se reunieron las obras clásicas y el Estado editó una enciclopedia en 17.000 volúmenes. El budismo, que desde 574 había estado perseguido en el norte, volvió a gozar del favor oficial y recobró su misión de gran fuerza espiritual. Sin embargo, el descontento popular estaba latente y estuvo a punto de estallar varias veces a causa de los enormes gastos que ocasionaron las empresas militares y públicas. Los Li, una rama emparentada con la casa Yang, y a la vez con los turcos, se apoderaron del poder en 618 y fundaron la dinastía Tang, bajo cuyo dominio China iba a conocer un nuevo esplendor.

607

Monarquía unificada en el Japón. Las tradiciones niponas hacen remontar la actual dinastía a la estirpe de Yamato, cuyo origen elevan al año 660 a. de J. C. Sin embargo, hoy sabemos que no se puede hablar de verdaderos sucesos históricos hasta el siglo I de nuestra Era.

La arqueología no está lo suficientemente avanzada para establecer con rigor la cronología y para explicar el origen de la población de las islas. Parece que los ainos, que hoy se hallan arrinconados al norte de la isla de Yeso, fueron los que, como aborígenes ocuparon el territorio, y hacia el año 1000 a. de J. C. empezarían las invasiones niponas; es evidente que donde más arraigarían los invasores sería en la isla de Kiushiu, donde se formarían los primeros focos de la raza japonesa.

Las fuentes chinas informan que en el siglo I de nuestra Era, los japoneses no estaban agrupados bajo un soberano

común, sino reunidos en una sociedad tribal bajo la autoridad de muchos señores; el proceso de unificación fue lento y no llegó a consumarse hasta la introducción en la isla de la cultura china y el budismo.

Desde los comienzos históricos los japoneses se mostraron como una raza expansiva y guerrera y sus leyendas ya nos revelan actos de piratería en Corea en el siglo I de nuestra Era, donde ya desde el siglo IV el Japón vino ejerciendo su autoridad, y ello fue por espacio de más de un siglo y medio hasta que los reyes de Silla, monarquía coreana, ayudados por los emperadores chinos, les expulsaron del país. La dominación del Japón en Corea fue de amplia transcendencia para aquel país, pues se enriqueció con la civilización coreana que era una copia de la china, y por este medio hicieron su aparición en el Japón el confucionismo y el budismo en el siglo VI.

La influencia de estas creencias no se limitó al ámbito religioso, pues en el político logró que desapareciera de la monarquía de los Yamato el papel feudal y que el país se unificara al modelo de la China de los Sui. El conseguir esta unidad costó un período de luchas civiles entre las distintas familias que se disputaban el poder. Por último, triunfaron los Soga, que apoyaron la política del emperador Shoto-Ku (572-621), que en 607 se proclamó emperador de todo el Japón y puede considerarse como el verdadero organizador del imperio japonés.

Continuador de la gran obra de Shoto-Ku fue Kotu-Ku (645-654), famoso por las reformas que llevó a cabo. Por su célebre edicto de los Cuatro Artículos, dado en 646, desposeyó a los señores de sus tierras que repartió entre las siervos de la gleba, a los que también emancipó; declaró libre el ejercicio de todas las profesiones y abolió todas las prestaciones señoriales. Puso gobernadores reales en todas las provincias y formó un ejército dependiente directamente del monarca. No se cumplieron con absoluto rigor todas estas medidas; no obstante fue un gran paso dado hacia la autoridad real.

En 710 la emperatriz Genmyo fundó una capital en Nara, residencia imperial por espacio de más de un siglo, hasta que en 784 fue trasladada a Kioto. Los emperadores de Kioto hubieron de sufrir la crisis gubernamental china del 750, porque la forma monárquica japonesa hubiera necesitado un intercambio, que solo podía venirle de China, y por ello la monarquía estaba destinada al fracaso. La administración fue acaparada por una oligarquía nobiliaria y las grandes familias lucharon entre sí para arrebatarse el poder. Los nobles feudales desposeídos volvieron pronto a sus costumbres de príncipes feudales y muchos siervos, declarados libres, cayeron de nuevo en la servidumbre. En todo el país la población se agrupaba en torno a una figura importante que luchaba para aumentar su poderío, y así paso a paso, el Japón se abismaba en otro período feudal, de tal forma que a fines del siglo X la monarquía era ya sólo un recuerdo. Los emperadores cayeron en manos de la familia Fujiwara, que, como mayordomos de palacio, gobernaron el país durante cuatro siglos, del IX al XIII.

610

La dinastía de Heraclio. Los errores de la política de Focas, último emperador de la dinastía de Justiniano, fueron los promotores del levantamiento de Heraclio, exarca de África. Su hijo, llamado también Heraclio, ayudado por Egipto, se dirigió a Constantinopla al mando de un poderoso ejército. La mayor parte de la población se puso del lado de Heraclio, quien depuso a Focas, que fue hecho prisionero y ajusticiado, y en seguida ascendió al trono de Bizancio, inaugurando una nueva dinastía (610).

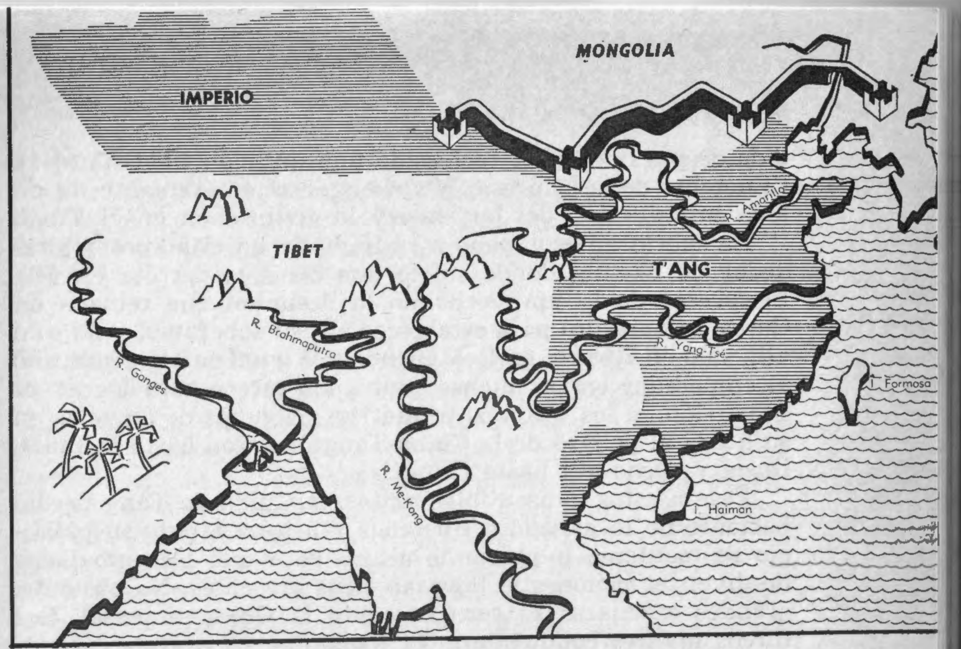
Se conviene en admitir que la dinastía de Heraclio y sus inmediatos sucesores al trono fue de origen armenio. Algunos autores sostienen que Heraclio estaba emparentado con la dinastía de los persas arsácidas, pero ello parece desmentirlo su dorada cabellera. En honor a la verdad, el nuevo emperador fue un hombre activo y capaz, que asumió el mando en unas circunstancias difíciles y que, tras el gobierno de Focas, pareció un soberano ejemplar. En 611 los persas emprendían la conquista de Siria, y en 614 cercaban Jerusalén que resistió durante veinte días, tras los cuales la ciudad cayó en poder de los persas. La facilidad con que obtuvieron el mando de estas provincias se explica porque la mayoría de la población no pertenecía a la ortodoxia romana, motivo por el cual vivía constantemente vejada y oprimida por el gobierno de Bizancio; preferían por tanto la dominación persa que les dejaba mucha mayor libertad de cultos. No contentos con las provincias de Siria y Palestina, se preparaban para la conquista de Egipto, cuya población, monofisita, no apoyaba con gran calor al emperador de Bizancio y acogió con júbilo el dominio persa. La pérdida de Egipto fue un duro golpe para Constantinopla, pues de aquella región sacaba muchas riquezas y en particular trigo.

Al mismo tiempo que los ataques persas, Bizancio sufría también la amenaza del pueblo ávaro-eslavo de los Balcanes que dirigiéndose hacia el sur devastaba las partes septentrionales del Imperio, y que llegaron hasta la misma Constantinopla donde, por fortuna, se contentaron con que la expedición les reportara prisioneros y un rico botín, para retirarse de nuevo al norte. Tales amenazas decidieron al emperador a combatir contra los persas; y como el Imperio se hallaba falto de recursos, la guerra asumió el carácter de cruzada para recuperar la Santa Cruz y la ciudad de Jerusalén; de esta forma pudo disponer del tesoro de los templos. Parece ser que la lucha contra los persas se emprendió hacia el año 622 y se llevó a cabo con preferencia en las provincias fronterizas del Cáucaso. A fines del año 627 Heraclio venció por completo a los persas cerca de la antigua Nínive, y pudo readquirir las provincias arrebatadas por el enemigo y regresar triunfalmente a Constantinopla, que durante su ausencia había sido atacada por hordas de ávaros y eslavos, rompiendo el pacto hecho con el emperador, pero pudo rechazarlos y su victoria fue una de las principales causas del derrumbamiento del reino de los ávaros. Después de su victoria el emperador tomó el título de *basileo,* equivalente al latino *imperator* y que hasta entonces se atribuía únicamente al rey de Persia, que pasó a convertirse en vasallo del de Bizancio.

La situación que el período de guerras había creado en el Imperio, a pesar de su éxito final, era penosa. Las pérdidas habían sido grandes en hombres y en dinero, y ello produjo debilitamiento frente a la amenaza de los árabes que se cernía sobre Bizancio y que debía abrir una era nueva en la historia del mundo.

618

La dinastía Tang en China. La dinastía Tang fundada por Li Yuan y Li Shihmin sucedió a la de los Sui el año 618. Los tres siglos de existencia de esta dinastía (618-906) son considerados por los chinos como la época más brillante de su historia tanto en el interior como en el exterior; pacificado el país fue dividido primero en diez y luego en quince provincias. Los primeros monarcas de la dinastía gobernaron de una manera centralizada y rígida, que redundó en una mayor independencia después del año 705 y sobre todo después del 756. Dieron un gran impulso a la educación introduciendo de nuevo los exámenes para los funcionarios públicos



y se reunieron en un código todas las leyes promulgadas por los Sui. Este código fue publicado en 653 y ejerció una profunda influencia sobre todos los legisladores chinos y japoneses de la antigüedad. Se procedió a una nueva distribución de tierras, mucho más radical que la que habían hecho con anterioridad los Sui, de tal forma que habremos de llegar a la revolución rusa de 1917 para hallar otra semejante. Todas las tierras fueron expropiadas y declaradas patrimonio del Estado, que distribuyó seis hectáreas de tierra laborable a cada labriego de veinte años de edad, por las que debía pagar una renta.

Se fomentó la religión oficial erigiéndose profusión de templos a Confucio. El culto estuvo sujeto a una amplia reforma que llevó consigo la supresión de muchos conventos y monasterios, que se contaban por millares. En general predominó la tolerancia en materia religiosa. En Changan, la capital, había una gran concentración de razas de todos los credos y vivían sin ninguno de los problemas religiosos que prevalecieron luego en Europa.

En los primeros años de la dinastía hubo varios intentos de invasión por parte de los turcos, que acabaron por respetar la autoridad del gran imperio chino, prestándole sus servicios y fuerza. Li Shihmin, del 641 a 648, lanzóse a la destrucción de los turcos occidentales para entrar en contacto directo con la India y el Irán. Sronbcansgan-po, el primer rey del Tíbet, pidió en matrimonio a una princesa china que le fue conce-

dida después de haber rechazado una invasión tibetana (641). El nombre de la princesa, Wencheng, está enteramente ligado a la introducción del budismo y la civilización en el Tíbet.

La suerte no acompañó a Li Shihmin en el noroeste, alrededor de Kokuli, donde sufrió una decisiva derrota en 645. El sucesor de Li aprovechando la desunión que reinaba en Corea, se apresuró para establecer allí su soberanía, y no sólo allí, sino en Kokuli, en la Manchuria, e igual suerte acompañó al emperador en sus luchas contra los turcos para lograr su dispersión en los terrenos fronterizos. Algunos de aquellos en su huida al peligro de la China Tang, llegaron hasta la India, Rusia y desde allí hasta Hungría.

Pese a estos indiscutibles éxitos, la China de Tang perdió bastante de lo ganado a tibetanos y a turcos, pero su prestigio se mantenía a suficiente altura para que las embajadas de diversas naciones le llevaran ricos presentes. No obstante, grandes amenazas se cernían sobre la China imperial. Los turcos nigures conquistaron la Mongolia y los árabes disputaban a la China el dominio del Turquestán. Los tibetanos empezaban a obstruir la comunicación entre China y el Irán pero fueron derrotados tras una magistral campaña. En 751, cuando KaoHsien-chich emprendió un ataque contra el príncipe de Tashkent, los árabes acudieron en ayuda de éste e infligieron a Kao una desastrosa derrota. Todo el Turquestán se vio libre de la dominación china, y las casas budistas situadas en derredor de los oasis fueron pronto desplazadas por cultos occidentales, principalmente el Islam. Así la China de los Tang, cuyo imperio había sido el mayor del mundo en su época y durante un siglo, hubo de enfrentarse con los árabes que dominaban desde la frontera de Kansu hasta España y Marruecos. En 755 estalló en la capital china una rebelión interior dirigida por un aventurero de origen mongólico y en 756 el emperador hubo de abdicar en su hijo. Éste pudo reconquistar la capital, pero la rebelión se mantuvo hasta el año 763, dejando a China hundida y esquilmadas sus riquezas y prestigio. Así había de vivir diez siglos hasta recobrar su posición en Asia y sería bajo una monarquía extranjera y por plazo breve.

El período que se extiende hasta el año 906 vio un gradual retroceso de los límites de China, a la vez que la mala administración existente dio lugar a una rebelión que empezó en 875 y se extendió rápidamente por toda China. Durante aquellos años China vivió una época de terrorismo y episodios sangrientos en los que murieron los hombres a millares.

El cabecilla de la rebelión, Huang, se proclamó él mismo emperador, pues el legítimo había huido. Se sofocó la rebelión, pero a costa del Imperio; y la disputa entre los jefes rivales llevó a la dinastía de los Tang al colapso y a la ruina.

622

El año de la hégira o Era mahometana. La península arábiga aparece desde tiempos anteriores a la Era cristiana poblada por los árabes, raza semítica, nómada, que habitaba preferentemente la parte norte y central de Arabia y de quien los beduinos se consideraban los representantes más puros. Las partes más conocidas de la península eran: en la meseta central el *Nedj;* en el sur el *Yemen* o Arabia Feliz y en la faja costera del mar Rojo, el *Hedyaz.* Sus habitantes estaban organizados en tribus belicosas, con sus dioses y objetos sagrados propios, con los que trataban de adivinar el porvenir; entre ellos el culto era prácticamente desconocido pues su condición de nómadas era desfavorable al desenvolvimiento del mismo. La ciudad de La Meca se convirtió en el centro principal de atracción de la dispar población de Arabia; activa y próspera monopolizaba el tráfico entre el océano Índico y el Mediterráneo, y sus habitantes adquirieron un singular conocimiento de los hombres; desde tiempos remotos poseía un santuario, la *Kaaba,* construcción pétrea que encerraba el principal objeto de culto: la piedra negra. No faltan leyendas que afirman que en el interior de la Kaaba se colocaron los dioses de las diferentes tribus a fin de que fuera mayor el número de visitantes a la ciudad, pero se carece de datos ciertos para dar como verídicos tales relatos. A pesar del esplendor que traía la afluencia de gente no todo era grandeza en la ciudad; se vivía también los males propios de una civilización comercial acaudalada: los desniveles sociales, es decir, extremos de riqueza, al lado de masas de esclavos asalariados. Ésta había de ser una de las profundas causas de inquietud de Mahoma que si bien no preconizó una revolución social, sí intentó lograr este objetivo por un cauce religioso.

Poco se conoce del linaje y de los primeros años de Mahoma, del que en realidad podemos decir que hay tantas teorías como biógrafos. La única fuente indiscutible para conocer la vida del Profeta son las frases del propio Mahoma que se encuentran en el Corán; pero todo ello es muy limitado y en modo alguno suficiente para una biografía amplia como las

que da la tradición. Parece ser que su nacimiento acaeció entre los años 570 y 580 en la misma ciudad de La Meca y que pertenecía a la familia Hachemita de la tribu de los Koraichitas. Habiendo quedado huérfano desde muy corta edad se crió en el desierto, en donde trabajó como pastor y más tarde como caravanero al servicio de la viuda Cadicha, con la que casó a los 25 años convirtiéndose así en un ciudadano importante. En el transcurso de uno de sus viajes, en la ruta de Siria, conoció, según parece, a un monje nestoriano a través del cual se familiarizó con el Antiguo Testamento. Temperamento vehemente, empezó a meditar seriamente sobre la organización religiosa de La Meca, y descontento con la idolatría reinante en su pueblo, se propuso hallar una forma más pura de religión que unificara en una sola la pluralidad de las existentes. Comenzó expresando sus deseos y su moral únicamente en el seno de su propia familia, a la que fue agregándose un grupo reducido de gente humilde. Al principio los mecanos dieron poca importancia a las predicaciones de Mahoma; pero cuando éste fue haciéndose más agresivo y atacó directamente la religión existente en La Meca se endureció la oposición de los gobernantes contra él y sus partidarios. Esta oposición surgió del recelo de esta clase dominante que veía en la nueva religión el temor de que acabaran la multitud de peregrinaciones a La Meca, fuente de enriquecimiento comercial, y por otra parte estaba también la objeción a las pretensiones de un individuo que no pertenecía a ninguna de las clases dominantes. Por esta razón Mahoma y sus partidarios huyeron secretamente de La Meca a Yathrib, en el norte, donde sus moradores le habían reclamado varias veces prometiéndole mejores condiciones de existencia. El año de la marcha («hichra» en árabe, transformado en «hégira» por los europeos) de Mahoma, desde La Meca a Medina (622) es tomado como punto de partida de la Era musulmana y la primera fecha exacta de su cronología. La ciudad de Yathrib acogió con gran júbilo al Profeta y a sus compañeros y más tarde cambió el nombre en Medinat el Nabi (Ciudad del Profeta).

En Medina empezó Mahoma a cimentar las bases de un Estado político con fundamentos religiosos, con los que pudo levantar un ejército que en 630 le permitió tomar la ciudad de La Meca, donde suprimió la pluralidad de religiones y de dioses e instauró el culto monoteísta al dios Alá. Dos años después moría Mahoma, dejando ya su religión bastante desarrollada.



La doctrina de Mahoma, el Islam, no constituye una creación original. Era un conglomerado de elementos y creencias árabes, judías, cristianas, gnósticas y persas; y un gran número de historiadores modernos concuerdan en ver en el Islam profusión de elementos cristianos. La fe de la nueva doctrina es estrictamente monoteísta y su rasgo característico la suprema dependencia del hombre a Dios, de ahí el nombre de Islam, que significa «resignación o sumisión a Dios». Mahoma es declarado el profeta más grande del Dios Alá, Moisés y Jesús son considerados también como profetas, pero de inferior categoría. El principal objeto de la predicación de Mahoma fueron la paz, el amor y el dominio de uno mismo, esforzándose en disolver las crueles costumbres difundidas en el país y en regularizar las relaciones matrimoniales limitando, en cierto sentido, la poligamia ya que disminuyó a cuatro el número de mujeres legítimas que podían poseerse. También reformó la manera de hacer las plegarias que se realizarían en adelante de cara a La Meca, y estableció el ayuno en el noveno mes del año, el de Ramadán, y el descanso semanal en viernes, en recuerdo del de la hégira, viernes 16 de julio del año 622; asimismo se prohibía el uso de la carne de cerdo y de los animales que hubiesen muerto de muerte natural o que hubiesen servido para sacrificio, del vino y de la sangre. Se instituyó la creencia en los ángeles y en el diablo, al tiempo que los conceptos de Cielo y Tierra, Resurrección y Juicio Final eran puramente materiales. Las reglas y preceptos del Islam tal como existen hoy día se han estructurado con posterioridad a Mahoma y se consignan en el libro sagrado de las revelaciones de Mahoma, en el *Corán*. Todo lo referente a la predicación de Mahoma, esparcido en libros diversos llevan el nombre de *Sunna*.

El Imperio bizantino consideró el Islam, en sus comienzos, como una forma de arrianismo, es decir como una secta cristiana y no sólo los bizantinos, sino que también la Europa occidental del Medievo consideró a Mahoma, más que como el fundador de una religión nueva, como un hereje. Una leyenda describía a Mahoma como un cardenal romano que, frustrada su ambición de ser nombrado Papa, hízose pasar como falso profeta. Pero resulta difícil pensar cómo un mo-

vimiento de tan amplia significación fuera llevado a cabo, únicamente, para alcanzar el lucro personal. El impulso de Mahoma fue enteramente religioso; pero también es exagerado creer que la rápida extensión del mundo musulmán fuera debida, tan sólo, al fanatismo religioso que aquél supo inculcar en los habitantes de la Arabia; en todo caso lo que hizo Mahoma, más que crear un movimiento nuevo, fue orientar creencias que ya existían entre los árabes de su tiempo y el hecho de la enorme actividad desplegada por sus seguidores después de su muerte no hace más que confirmar sus ansias políticas, sociales y morales.

661

Conquistas árabes y el advenimiento de la dinastía omeya. La prodigiosa extensión de los musulmanes a la muerte del Profeta, como ya dijimos anteriormente, no hay que verla impulsada, tan sólo por el entusiasmo religioso, que les hacía mirar la muerte con desprecio, hay que buscar las causas en un orden más material, y no es descaminado ver en ellas un esfuerzo para liberarse del desierto, del hambre y de la miseria a que estaban condenados en la árida Arabia. Sin embargo, no hay que prescindir en absoluto del celo religioso, que operó en ellos un cambio sicológico, haciendo más confiados y gobernables unos hombres no acostumbrados a ningún género de disciplina, si bien los verdaderamente fanáticos realizaron un papel realmente poco importante en la conquista. Más importante es, para explicar las conquistas árabes, considerar el estado interno de las provincias septentrionales del imperio bizantino y el del imperio persa de los sasánidas. El imperio bizantino era cristiano y griego en su religión y cultura, romano en su administración, y las provincias de Siria y Egipto eran extrañas a él por la raza, y, si bien en menos grado, también por la cultura; pero lo que más las separaba de Constantinopla era el ser adeptas al credo monofisita, por cuya causa Bizancio las agobiaba con crecidos tributos; por lo que ellas sentían poco afecto a la metrópoli y estaban dispuestas a desgajarse, máxime cuando los conquistadores árabes no interferían la organización civil ni religiosa, hasta tal punto, que la población cristiana de Egipto y Siria llegó a preferir el mando del Islam al de la ortodoxia bizantina. El Corán mismo habla de la tolerancia de Dios respecto a las demás religiones: «Si Dios hubiese querido, no hubiese hecho sino un solo pueblo de todos los hombres».

El imperio persa presentaba análogas características al de Bizancio. La meseta, Irán, de idioma indoeuropeo gobernaba un pueblo semítico, Iraq, religiosamente distinto, a pesar de que el zoroastrismo era la religión oficial del Estado. A fines del siglo VI una crisis social interna promovió en el país multitud de herejías que amenazando la unidad religiosa, minaron también la política, lo que fue causa de que el Imperio saliera muy librado de las guerras bizantino-persas de comienzos del siglo VII y debilitado enormemente para hacer frente al pujante e insospechado peligro arábigo.

Cuando murió Mahoma no dejó ninguna medida para su sucesión, puesto que su calidad de Profeta le había impedido nombrar un sucesor durante su vida y la tradición de que designó a un primo suyo, Alí, casado con su hija Fátima, no deja de ser una leyenda. A su muerte fue elegido jefe de los musulmanes con el nombre de *califa*, es decir «vicario», Abu-Bakr (632-634). El nuevo califa pertenecía a la burguesía mercantil, que así obtuvo enorme importancia, y procuró utilizar el entusiasmo del pueblo en la fe religiosa para provecho de la economía, asumiendo una autoridad política y militar que ya fue el distintivo de sus antecesores. El campeón de esta tendencia fue Umar (634-644), designado por Abu-Bakr para sucederle. Emprendió una política encaminada a satisfacer los intereses de las ciudades comerciales de Medina y La Meca; los puntos claves del comercio internacional se hallaban en Alejandría, Siria y Mesopotamia, y a estos lugares se dirigió la conquista. La cronología de esta década aparece confusa, pero se conquistó Mesopotamia, Persia y Egipto.

En 644 el califa Umar fue asesinado por un esclavo persa y en su lecho de muerte un consejo electoral o *Sura* eligió al nuevo califa Utmán, que hubo de competir en su elección con los partidarios de otro yerno del Profeta, Alí. El nuevo representante de la autoridad era un hombre débil y durante su gobierno se desencadenaron resentimientos, largo tiempo ahogados, entre los guerreros árabes nómadas hasta el punto de que la revuelta que le destronó no fue ni religiosa ni personal, sino la de unos nómadas contra cualquier forma de gobierno centralizado; el papel de Alí no se muestra claro en la contienda; no parece haber tomado parte directa en el asesinato de Utmán, aunque su inactividad para impedirlo le hicieron, posteriormente, sospechoso a los ojos de sus enemigos.

En 656 una partida de amotinados asesinó al califa y casi inmediatamente fue señalado como sucesor suyo Alí. El nuevo califa no fue aceptado de buen grado por muchos, que no veían en él otra cosa más que el producto de un regicidio. No tardó en estallar una sangrienta lucha entre el califa y el gobernador de Siria, Mu'āwiya, que concluyó en 661 con el asesinato de Alí y el advenimiento de su adversario, que fue proclamado califa de Siria y pronto reconocido en todo el imperio; así quedaba instiuida la dinastía de los omeyas.

Los sucesivos asesinatos de los califas demuestran que el vínculo religioso entre los musulmanes no era tan profundo como posteriormente se ha pretendido. Al subir Mu'āwiya al trono, el gobierno se hallaba descentralizado y la indisciplina de los nómadas restaba al Imperio toda unidad; si habían fallado los vínculos religiosos o morales, Mu'āwiya debía encontrar otra cohesión para el Imperio y la respuesta fue sustituir la teocracia islámica por un Estado secular árabe, prestando especial interés a los problemas económicos y políticos. Para una mayor centralización del gobierno, la capital se trasladó a Damasco, cuya tradición administrativa y situación geográfica la hacían apta para el gobierno de las provincias más alejadas.

685

Discordias civiles en el califato omeya. El advenimiento al poder de Mu'āwiya transformó el califato, hasta entonces electivo, en una institución hereditaria. El Islam abandonaba su carácter de Estado teocrático para pasar a ser una monarquía. Teófanes, cronista bizantino, describe a Mu'āwiya como a un «primer consejero», y en realidad no es desafortunada la comparación, puesto que el principal órgano de gobierno de los árabes fue el Sūrā o Consejero de Jeques, con funciones consultivas y ejecutivas a un tiempo. Asociados a los Sūrās estaban los *Wufūd*, delegaciones de tribus. En el aspecto administrativo el califato omeya fue sucesor del imperio bizantino y persa; el sistema gubernamental fue el mismo; se conservó igual cuadro de funcionarios y hasta el mismo Mu'āwiya tuvo como escenario a un cristiano sirio. Durante el gobierno del primer califa omeya el Imperio creció rápidamente en Asia central y en África del norte en dirección al Atlántico.

En 680 murió Mu'āwiya y ascendió al califato su hijo Yazīd, personaje para el que se mostró adversa la fortuna,

pues, si bien era un hombre capaz y habilidoso, no pudo solventar con éxito los acontecimientos del Iraq, donde la actuación del gobernador árabe había creado muchos descontentos y por ende partidarios del hijo de Alí, Husayn. La actuación de Yazīd fue enérgica y Ḥusayn y sus partidarios fueron muertos en la batalla de Karbala. Si momentáneamente la acción careció de importancia, sirvió para ir fomentando un partido de oposición al gobierno omeya que se manifestó a la muerte de Mu'āwiya II, sucesor de Yazid. La causa de la discordia civil hay que buscarla en móviles de orden económico y, en definitiva, en las pendencias de las propias tribus árabes. La sociedad omeya estaba basada en el estatismo dominante de los árabes, que, como casta privilegiada, no pagaban impuestos sobre las tierras, sino, únicamente, un tributo religioso personal; la mayor parte del terreno era de su pertenencia y para asegurar el cultivo de estas posesiones y la recaudación de impuestos, se desarrolló el sistema de concederlas en arriendo a miembros de sus familias o a otros árabes. Estos arrendatarios, en calidad de «clientes», tenían la obligación de cultivar la tierra durante el período que se estipulaba y de recaudar los impuestos para el Estado y para pagar los diezmos. Esta costumbre se extendió mucho y si bien el número de árabes que se estableció en los países conquistados no fue muy elevado, los terratenientes acaudalados llegaron a constituir un elemento dominante y primordial en la clase gobernante.

Muchos de los conquistadores árabes habían obtenido ingentes cantidades de dinero que ayudó a la formación de una nueva clase social, la de los mawāli (mawāli era cualquier musulmán no perteneciente directamente a una casta árabe). En esta clase social se incluían, pues, egipcios, persas, bereberes, etc., y en general cualquier converso al Islam, pero que no formase parte de la casta dominante; formaban generalmente la población artesana, obrera y mercantil. Si bien teóricamente tenían los mismos derechos que los árabes, en la práctica nunca fueron considerados como sus iguales por el califato omeya; así, por ejemplo, en el ejército formaban únicamente en las filas de infantería; su soldada era más



baja y tenían menos derechos al botín. Esta clase social más numerosa que la casta de los árabes puros, tornóse pronto elemento peligroso para el califato por su superioridad numérica y cultural; su principal queja era de tipo económico, pero su igualdad tributaria con los árabes puros habría significado un rápido descenso en las arcas califales, y esto no era en modo alguno conveniente, pues representaba un desmoronamiento económico total. Los descontentos mawāli encontraron un apoyo en el movimiento conocido por la Sīca, los partidarios de Alí, que comenzó después de haber fracasado como movimiento político en Karbala; orientándose como una secta religiosa extremista, sobre todo en Persia. Los primeros movimientos de la doctrina tuvieron lugar en Kūfa donde Mutjār (585) organizó una revuelta en favor del hijo de Alí, Muhmmad ibn al-Hanasīya. Muerto éste, Mutjār preconizó que no había muerto realmente, sino que estaba oculto en los montañas de La Meca y que volvería para instaurar un reino de justicia en la Tierra.

No eran solamente los mawāli los descontentos del gobierno centralizado omeya. En Medina y La Meca los pietistas, que habían aceptado por compromiso el califato omeya. empezaron aportando una oposición teocrática, que si bien nunca llegó a formas armadas, minó la autoridad central.

Con todo, la verdadera debilidad del califato residió en la rivalidad y pendencia de las propias tribus árabes. El origen, aparte de los conflictos genealógicos, está seguramente, en el hecho de que muchos árabes meridionales estaban ya infiltrados en los países que más tarde se englobaron en el Imperio por la conquista, realizada principalmente por hombres del norte. El error del califato omeya estriba en haber hecho caso omiso de los problemas interiores, apartándolos pero no resolviéndolos. El malestar continuaba a pesar de la aparente grandeza y del auge que se dio a la conquista. En 746 la bandera negra de los Yabbāsíes fue izada en Jurāsān, aunados con el levantamiento hāŝimī. El conflicto entre los propios árabes de Jurāsān les impidió organizar la resistencia y los ejércitos de Abū-Muslim, cabecilla de la rebelión, avanzaron rápidamente hacia el oeste, donde las últimas fuerzas omeyas fueron vencidas en la batalla del Gran Zāb.



711

Entrada de los musulmanes en España. Los últimos años del dominio visigodo en España fueron calamitosos. En su revuelta sociedad se agitaban los conflictos de soberanía, religión, raza, idioma y derecho, todos ellos de importancia capital. La población hallábase desunida por profundas disensiones sociales y económicas; por un lado existía una clase de terratenientes con enormes latifundios, exentos de muchos tributos, que llevaban una existencia fastuosa y por otro, una clase media, arruinada y decaída junto a una gran masa de esclavos y siervos, de los que poco se diferenciaban. Los campos estaban infestados de bandas de salteadores constituidos por siervos y esclavos hambrientos; y para colmo de males se organizó una sangrienta persecución de los judíos, prestándose a ello una gran multitud de individuos que, por no poseer nada, lo esperaban todo de cualquier cambio.

Todo ello creaba un estado de incertidumbre favorecido por las luchas dinásticas entre los últimos reyes visigodos, y ello era clima propicio a que España pudiera ser un jalón del prodigioso avance del Islam hacia Occidente. Así se comprende cómo la aparentemente sólida maquinaria del reino visigodo con dos siglos y medio de existencia, se viniera abajo al empuje de un pueblo joven, sin que para ello fueran necesarias grandes batallas ni tuviera que intervenir la corte omeya de Damasco.

Los treinta años siguientes a la deposición de Wamba (680) fueron una etapa de desgobierno y de venganzas personales y de desasosiego, que dieron lugar a la formación de banderías, que se convertían en peligrosas, cuando su partido era derrocado. Tal fue el caso del grupo de Witiza, que al verse destituido del poder, fue fácil instrumento de traición. En estas condiciones entró a reinar Rodrigo, duque de la Bética y vencedor de los witizanos en el año 710.

En el verano del mismo año tuvo lugar el primer desembarco de los musulmanes en España. Son distintas las noticias respecto al hecho. Según unos el gobernador de Ceuta, el conde Julián, entraría en tratos con Tarik, a raíz de que la hija del gobernador, Florinda o la Cava, brillaba por su hermosura en la corte del rey Rodrigo, que la pretendía, y pese a las repetidas negativas de la doncella el monarca satisfizo violentamente su pasión, por lo cual el padre de Florinda, para vengar su honor, entraría en tratos con los musulmanes. Según otros, fueron los partidarios de Witiza quienes rogaron a Julián que pactara con los invasores. El resultado fue

que una pequeña expedición de 100 jinetes y 400 peones pasaron el Estrecho junto con las gentes de Julián, a las órdenes de Tarif abu Zara. Esta pequeña incursión musulmana reveló la debilidad de la resistencia visigoda, a pesar de que parece que Rodrigo venció a los partidarios de Witiza y a los musulmanes. A partir de entonces la apetencia del emir de Marruecos, Muza, para hacer reinar en España el Islam, fue en aumento.

En 711 Tarik al frente de unos millares de hombres cruzó el Estrecho y desembarcó en las cercanías de Gibraltar. Rodrigo estaba peleando en el norte y acudió apresuradamente, habiendo podido reunir aún un ejército de unos cien mil hombres, cifra considerablemente mayor a la del invasor, y aún en el sur se le unieron muchas tropas de los partidarios de Witiza de dudosa lealtad. Pero los invasores estaban inflamados por el ardor de la conquista, que les brindaba numerosos bienes y la posibilidad de extender la religión del Profeta.

Cerca del río Guadalete, en los alrededores de la laguna de la Janda, tuvo lugar el encuentro entre los dos ejércitos y en él fueron derrotados los visigodos a causa de que los witizanos desertaron de sus puestos en lo más difícil de la pelea. Este hecho no fue sólo peculiar de la batalla de Guadalete, sino de toda la conquista de España, donde los habitantes estaban cansados de la dominación visigoda y confiados abrían sus puertas al invasor. Esto es lo único que explica que siete años bastaran a Tarik y a Muza para ser dueños de España. Muy pronto las huestes árabes llegaron hasta los montes Cantábricos y Pirineos, que fue en el único sitio donde hallaron una enconada resistencia.



750

Advenimiento de los abbāsíes. La batalla del Gran Zāb puso fin a la dinastía omeya y al reino árabe para que el abbasí Abūl-Abbas fuera proclamado califa con el título de Safrah. La familia omeya fue perseguida y aniquilada y logró escapar un único representante que fue quien fundó en España la dinastía omeya (755). Este cambio de dinastía ha sido de enorme importancia en la historia del Islam, y se llegó a él mediante una propaganda extensísima que unificó todos los elementos descontentos de la dominación omeya. Una de las primeras tareas de los victoriosos abbāsíes, fue librarse de Abū-Muslim, cabecilla de la rebelión que les había llevado al poder, que fue ejecutado junto con muchos de sus partidarios.

Durante mucho tiempo se ha visto en la fuerza impulsora que llevó a los abbāsíes al poder un conflicto racial entre el semitismo de Arabia y el arianismo del Irán y, considerando así el problema, la victoria abbāsí fue el triunfo de los persas sobre los árabes. Sin embargo, los modernos estudios demuestran que si bien el antagonismo racial desempeñó un gran papel en la insurrección, no fue únicamente esto, porque los mawāli, elemento primordial en la rebelión, no eran exclusivamente persas y además los personajes importantes de las esferas sociales elevadas entre los persas, al igual que los ex-bizantinos, habían seguido teniendo un papel importante en el califato omeya. Así pues, la causa de la rebelión debe buscarse en el descontento económico y social de mercaderes y artesanos, que veían menguados sus privilegios y en el esfuerzo que hicieron para lograr un Estado con bases económicas y religiosas. La naturaleza del movimiento puede verse en los hechos inmediatos a la conquista del poder. El primero fue el traslado de la capital, en Siria durante los omeyas, al Iraq. Durante el primer califa abbāsí la capital fue Anbār pero Mansūr, segundo califa y prácticamente fundador del régimen abbāsí, la trasladó a la orilla occidental del Tigris, cerca de las ruinas de Tesifonte. El nombre de la capital fue Madīnat as-Salām, la Ciudad de la Paz, pero más comunmente se la conoce con el nombre de Bagdad. La Meca continuaría siendo el lugar de peregrinación; pero Bagdad, es decir el califato, se erigía como sucesor de la monarquía sasánida de quien tomó sus instituciones y estructura.

En el nuevo régimen abbāsí el califa, jefe espiritual y temporal a la vez, que ya no era el Enviado del Profeta de Dios, igualaba el linaje de todos los fieles ante Alá; desapa-

recían las castas, los privilegios y la nobleza hereditaria y todo súbdito, aun de la más degradada clase social, podía alcanzar puestos elevados. Se sustituyó, pues, la aristocracia árabe por una jerarquía oficial. El califa estaba rodeado de una pompa y ceremonial jerárquico reglado por un chambelán, y el gobierno se organizó al mando de un visir; la administración corría a cargo de una serie de ministros, de Hacienda, Ejército, etc., bajo el mando del visir, cargo probablemente de origen persa. En las provincias, la autoridad estaba representada por un gobernador y un superintendente que tenían un cierto grado de autonomía, pero que estaban supervisados por el administrador de Correos que debía informar al ministerio correspondiente en Bagdad. Los impuestos se generalizaron y gravaron sobre los musulmanes con el diezmo y sobre el resto de la población con una contribución territorial y un tributo progresivo por capitación. El Estado, burocrático mediante estas innovaciones, descansaba sobre estas riquezas que le permitían hacer frente a los gastos de administración judiciales y del ejército, formado ahora por tropas pagadas.

Si bien en teoría el califa estaba sometido a la norma de la Sarī'a, sagrada ley del Islam, de hecho era un gobernante despótico, apoyado en el ejército y en su linaje divino. Los abbāsíes habían alcanzado el poder ayudados por un movimiento religioso y acentuaron este aspecto de su gobierno con gran insistencia en la observación de las cuestiones religiosas y la religión fue también el elemento de que se valieron para unir los dispares elementos étnicos de la población.

Para garantizar el rendimiento sistemático de las tierras se emprendieron grandes obras de riego y saneamiento. Ello benefició a los campesinos, que si bien se vieron favorecidos en el sentido de que el tributo que pagaban era proporcional a la cosecha, y no una cantidad fija, su condición era aún mala y se agravó más con el tiempo por la acción de los mercaderes y terratenientes que introdujeron los esclavos en el cultivo, degradando el crédito de la labor libre.

La industria fue muy favorecida y principalmente aquella que tendía a cubrir necesidades esenciales en el hombre, como eran la alimenticia, de alojamiento y vestido; en parte estaba bajo la dirección estatal y en particular bajo iniciativa privada, pero la producción era generalmente doméstica y los productos eran vendidos, o bien el artesano recibía por ellos un salario.

De los primeros años del califato de Bagdad data la industria del papel que, usado en China por primera vez probablemente en el 105 a. de J. C., fue introducido en el imperio musulmán a raíz de una victoria sobre un contingente chino en 751 y rápidamente difundida su elaboración, sobre todo a partir del siglo x, en que muchas ciudades descuellan por el incremento de esta industria, tales como los conocidos centros de Samarcanda, Fez, El Cairo y Valencia.

El comercio no fue protegido en la escala que lo fue la industria y hay que tener en cuenta una modalidad importante en su desarrollo y es que el califato de Bagdad asumió el papel de centro económico continental. España se había escindido del califato de los abbāsíes y el de Córdoba había de ser émulo del de Bagdad; en el norte de África se instauraron a partir de los últimos años del siglo VIII una serie de dinastías; Egipto bajo el poder de los tulúnidas se separó del imperio al igual que Túnez bajo los aglábidas y por otro lado existía Bizancio, que poseía la llave de Europa. La posesión de Bizancio habría hecho al califato de Bagdad heredero del Imperio romano, pero incapaz de reunir en sus manos la economía continental de Asia y la mediterránea de Europa; apenas iniciado se fraccionó territorialmente y económicamente se desplazó al continente. Bagdad fue la gran metrópoli asiática poseedora de fabulosas riquezas, que cristalizaron en una literatura y arte en los que se desplegó la más brillante fantasía. El Mediterráneo dejó de tener la importancia que había asumido en la Edad Antigua porque carecía de unidad y volvió al estado anterior a los tiempos helénicos. En cambio Asia recobra el dominio del mundo al tiempo que Europa, disminuida la importancia de su gran arteria de comunicación, se sumía en el ocaso medieval y el Islam era el único continuador de la cultura helenista.

786

La iconoclasia. El movimiento iconoclasta fue un fenómeno muy complejo y, a causa de la escasez y poca claridad de las fuentes, hasta hoy día difícil de comprender. La mayor parte de las obras de los iconoclastas, los documentos pontificios y las actas de los concilios fueron destruidos al triunfar el cristianismo y casi todas las fuentes que se poseen son tendenciosas a causa de la hostilidad entre las dos formas de concebir la religión.

Al origen del célebre movimiento contra las imágenes, que se prolongó durante más de un siglo, se le han atribuido causas religiosas y políticas, ya que para muchos autores la polémica no nació de otra cosa que del celo del emperador León III en que se suprimieran las imágenes porque veía en ellas el principal obstáculo de desunión de los cristianos con los judíos y musulmanes, cuya religión no admite iconos, y, en último término, esta unión religiosa no habría hecho otra cosa que someterlos todos al imperio. Por otra parte la actitud de los emperadores iconoclastas, no fue provocada por motivos dinásticos ni antirreligiosos, puesto que la mayoría del alto clero les apoyaba y sus hechos demuestran que fueron fervorosos católicos que defendían al Imperio contra los ataques del Islam. No falta tampoco quien ve únicamente en el iconoclasmo una reforma meramente religiosa para contener el creciente paganismo. Verdaderamente el culto de los iconos habíase extendido enormemente; las imágenes eran de marfil, de bronce, de madera, pintadas al fresco o bien de mosaico, pero todas en gran difusión. Las gentes veneraban especialmente aquellas que no se creían hechas por la mano del hombre y les atribuían poderes milagrosos. Muchas veces los adoradores de imágenes dejaban de venerar la persona u objeto simbolizado por el icono para adorar la imagen en sí o la materia de que estaba hecha y esto ofrecía gran parentesco con el paganismo. La tendencia a la supresión del culto a las imágenes no era nueva sino largamente preparada. Ya el concilio de Elvira en España, a comienzos del siglo IV, había decidido que las iglesias no debían ostentar representación alguna de aquello que era adorado. También en el siglo V un obispo sirio pidió que antes de ser nombrado para aquel cargo se suprimieran las imágenes de las iglesias. En Edesa y Antioquía en el siglo VI estallaron graves sublevaciones contra el culto de las imágenes, y el mismo San Gregorio Magno a fines del siglo VI, contestando al obispo de Marsella le alaba por su celo en no permitir que nada de lo hecho por los hombres sea adorado.

Otro factor que hay que considerar es el hecho de que los emperadores no se limitaron a prohibir únicamente las imágenes, sino que dirigieron su ataque también a las reliquias y más que nada a los monjes, hasta tal punto que la persecución monacal se manifestó de manera violentísima. Millares de monjes fueron obligados a casarse, y sus monasterios transformados en cuarteles, y se cuentan por decenas de miles los monjes que emigraron de Bizancio a Italia. El excesivo



auge del monaquismo y la profusión de monasterios perjudicaban los intereses del Estado, porque eran muchos los seglares que entraban a la vida monástica para verse libres de las obligaciones que el imperio les exigía. La acción contra ellos fue tan radical que para muchos la actitud del emperador es, más de guerra contra los monjes, que contra las imágenes.

El primer período de la lucha está comprendido en la época de León III el Isáurico (717-741); durante los primeros años de su reinado se limitó a exigir a todos los judíos de la secta de los montanistas que se bautizaran. Sólo en el año 726 ó 727 publicó un decreto en el que se empezaba a hablar de la destrucción de los santos iconos. El texto de este documento nos es desconocido, pero, a poco de su publicación, aumentó la hostilidad del emperador contra el culto de las imágenes. El Papa y el patriarca de Constantinopla se mostraron desfavorables a la actitud de León III, y como el pueblo tampoco se mostraba muy propicio a la prohibición, no se pudieron aceptar medidas muy decisivas. En el año 730 el emperador reunió una especie de concilio para aprobar un nuevo decreto para la prohibición de las imágenes; pero el patriarca de Constantinopla, Germán, se negó a firmarlo siendo depuesto en su cargo y concedida la sede patriarcal a Anastasio, que accedió a los deseos del emperador.

De los últimos once años del reinado de León III nada dicen las fuentes sobre la persecución iconoclasta, y, no en vano, ello nos induce a pensar que no hubo una persecución sistemática sino, a lo sumo, algún caso aislado.

Cuando Constantino V Coprónimo (741-775) subió al poder, educado rigurosamente por su padre, inauguró la persecución iconoclasta y contra los monasterios y monjes. En 754 decidió reunir un concilio para que todo el mundo se convenciera de que la persecución de las imágenes era legítima; asistieron a él más de 300 obispos, que se reunieron en la ciudad de Hieria. No había patriarca alguno entre los asistentes porque la sede estaba vacante y tampoco ningún legado pontificio. La documentación que del concilio poseemos, que nos ha

llegado a través de las actas del séptimo concilio ecuménico, condena en definitiva el culto de las imágenes, en tal forma que los que hasta entonces se habían mostrado dudosos en su actitud, fueron, a partir del concilio, iconoclastas conscientes y tenaces. Desde aquel entonces la persecución de las imágenes y de los partidarios de su culto fue severísima, siendo muchas personas oprimidas y torturadas, y sustituida la ornamentación de las iglesias por cuadros profanos de escenas de caza, de carreras, árboles, animales, etcétera.

Durante los cinco años del reinado de León IV (775-780), la profunda hostilidad contra las imágenes y monacato, parece que cedió bastante, debido quizás, a la influencia de su esposa Irene, famosa por su devoción a los iconos. Cuando esta emperatriz tomó las riendas del gobierno, dada la minoridad de su hijo Constantino IV, tardó unos años en declararse partidaria de las imágenes, porque los decretos imperiales promulgados en el concilio de 754, tenían mucha influencia en el ánimo de los ciudadanos, y por ello hasta el año cuarto de su reinado no se decidió a convocar un concilio con miras a la restauración del culto de las imágenes. Se reunió el año 786 en Nicea y constó de siete sesiones a las que no concurrieron ni el emperador ni la emperatriz. Fueron más de 300 los obispos asistentes y es el séptimo y último concilio ecuménico de la historia de la iglesia oriental. Decidióse en él la aceptación del culto a las imágenes y era declarado anatema quien no se mostrara conforme a esta disposición. Así acabó el primer período de la lucha iconoclasta, que lejos de carecer de importancia fue una de las principales causas de la escisión definitiva de la Iglesia oriental.

800

Fundación del imperio carolingio. En los albores del siglo VII las conquistas del Islam habían roto la unidad económica del Mediterráneo, lo que contribuyó a dar a Europa el que habría de ser perfil característico dividida en multitud de estados señoriales, en los que aparecían mezclados restos de las culturas griega y romana, junto con evidentes señales de barbarismo, carecía de un gobierno centralizador y por encima de los decadentes poderes económico y político se alzaba uno pujante, el religioso, que sería el que daría unidad a Europa. En el siglo VII no quedaban en Europa más que dos verdaderos Estados: el imperio bizantino y la monarquía francesa; pero para que ambos hubieran podido dar una cohesión a Europa, se habría necesitado la ayuda del mar;

separados como estaban ambos por los yugoslavos, lombardos y musulmanes, dueños del Mediterráneo, se entreveía para ellos una evolución distinta.

Al convertirse el Mediterráneo en un lago musulmán, la Galia experimentó la ruina del puerto de Marsella con la consiguiente decadencia de las florecientes ciudades mercantiles, la revalorización de la economía patrimonial y de la nobleza terrateniente y la vuelta al sistema de economía cerrada. La monarquía merovingia, incapaz de remediar la calamitosa crisis, hubo de relegar sus poderes a una oligarquía, que formaban los clérigos y los propietarios territoriales, en tanto que la realeza se hundía en dramáticas luchas palaciegas. La familia carolingia, la más poderosa de Austrasia, adquirió gran preponderancia en la corte, donde varios de sus miembros obtuvieron el cargo de mayordomos de palacio, dignidad equivalente a la real.

La decadencia del sur de la nación se agravó aun más con la invasión de los musulmanes, que arruinaban el país desde comienzos del siglo VIII, hasta que pudieron ser vencidos por Carlos Martel en la batalla de Poitiers (732), victoria que dio a éste tal poder, que su hijo Pipino gobernó la Galia como si fuera un verdadero monarca. Era completamente irreparable el hecho de que el poder se desplazara a manos del primer terrateniente de la nación.

En aquellos años, el Papado y el imperio de Bizancio veían truncadas sus amistosas relaciones por la querella de las investiduras, por lo que cuando los lombardos amenazaron Roma, el papa Esteban II no vaciló en pedir ayuda a Pipino, quien, como aliado de la Santa Sede, irrumpió en Italia y venció a los lombardos; quedaba completamente desvalorizada la idea de que Bizancio era el heredero del imperio romano, el Papa rompía con Oriente y se adjudicaba poderes temporales similares a los del emperador.

Al morir Pipino el Breve (768), dividió su reino, siguiendo la costumbre franca, entre sus dos hijos Carlos y Carlomán; pero la muerte de éste en 771, dejó a Carlos como único heredero en el poder. Al hacerse Carlos, que de ahora en adelante se llamará Carlomagno, dueño del trono de los francos, ya no existía ningún lazo de unión entre Galia y Bizancio; tampoco prevalecía el derecho de soberanía del Imperio romano puesto que se convertía en rey el mayor terrateniente del país, que no dejaba de ser más que el primero entre un grupo de nobles. La tierra era la base de todo derecho y el poder espiritual prevalecía sobre el temporal. El



Estado se sustituía por una jerarquía personal puesto que, desaparecida la administración central, ésta quedaba sustituida por asambleas de nobles terratenientes y prelados que periódicamente se reunían, en marzo y mayo, con el rey para tratar de los destinos del reino. La inseguridad personal, heredera directa de la regresión del Derecho público y privado, cundía por doquier y llevaba a los pequeños propietarios a rendir «homenaje» de sus tierras a los grandes terratenientes o a las abadías, a cambio de su protección. El concepto de libertad individual se trocaba por el de seguridad, lo cual se traducía en un evidente naufragio de la civilización, característico de la Edad Media.

El Estado que heredaba Carlomagno se elevaba sobre una base dinástica y territorial, y tenía como primordial objetivo la conquista de nuevos terrenos, de ahí el motivo de la extensa empresa militar del monarca franco que colocó bajo su poder a Italia, Francia y Alemania. Dueño de tan colosal dominio, debía procurar un firme apoyo a su autoridad y ello no podía ser de otro modo que consiguiendo el título de emperador, que rememorará la gloriosa tradición del Imperio romano. El deseo hízose realidad en la Navidad del año 800 en que el papa León III revestía a Carlomagno de la dignidad imperial. Tal concesión daba a sus dominios la unidad que desde hacía más de un siglo era necesario imponer a la diversidad de tribus y, por ende, retornóse a la actividad económica, intelectual y política. En la escuela palatina de Aquisgrán manifestóse un renacimiento cultural en el plano de la civilización, y los letrados escogidos en Italia, Inglaterra y España se daban allí cita.

Sin embargo, el esfuerzo de Carlomagno para unificar y dar cohesión a su vasto imperio fue vano, porque no se apoyaba en una organización social uniforme; la diversidad de pueblos que lo componían, cada uno con sus costumbres e instituciones propias y diversas, no tenían más que una aparente unidad; en el fondo seguían conservando una fundamental diversidad. A pesar de todo, Carlomagno logró algo primordial: impuso el cristianismo a una serie de tribus bárbaras a las que daba un cuerpo de obispos, abades y señores laicos con vastas extensiones territoriales. También los jefes de las tribus bárbaras se transformaron en nobles terratenientes y empezó a perfilarse lo que era una rudimentaria organización social, política y religiosa, fundamentada en el régimen señorial y la estructura religiosa.

La colosal obra de Carlomagno en el fondo descansaba

en una ficción y no podía, por tanto, sostenerse, y cuando el año 814 muere el gran monarca, su sucesor Ludovico Pío (814-840) fue incapaz de mantener la indisolubilidad y unidad del gran imperio franco.

834

Segunda época de la iconoclasia. Los primeros emperadores de la que se ha llamado segunda época de la iconoclasia (802-843), no siguieron una táctica decididamente iconoclasta.

Cuando en 802 subió al trono Nicéforo (802-811), de origen árabe, inició una política de completa indiferencia al problema de las imágenes. Aunque reconocía las decisiones del Concilio de Nicea, no era de sus acuerdos un sectario entusiasta, probablemente porque los asuntos religiosos ejercían en él poca atracción, si no estaban directamente relacionados con la política. Al igual que él comportóse su sucesor Miguel Rangabe (811-813); pero cuando en el 813 ocupó el trono León V (813-820), jefe militar de origen armenio, volviéronse a plantear las querellas al imperio. El emperador se mostró decidido partidario de la supresión de las imágenes, alegando que ninguno de los emperadores que se habían mostrado defensores de su culto habían muerto de muerte natural, sino en el destierro o en el campo de batalla. El patriarca Nicéforo no apoyó las ideas iconoclastas del emperador, pero fue depuesto de la sede episcopal por Teodoto que las aprobaba. En 815 se reunió en Constantinopla un segundo concilio iconoclasta, que restableció y confirmó las ideas esenciales del de 754 (1). Parece ser que las medidas adoptadas en esta segunda época no fueron tan violentas como las de la primera y ello, como modernamente se supone, fue debido a que el movimiento fue «más pobre espiritualmente». León, Miguel y Teófilo, acometieron la lucha en condiciones muy diferentes a los del primer período, pues encontraron una resistencia mucho más viva en los partidarios de las imágenes, por lo que la lucha les fue harto más difícil.

Según rezan las fuentes, la persecución en tiempos de León V fue muy dura y se sabe de multitud de personas que sufrieron el martirio. Su sucesor Miguel II (820-829) despierta muchas controversias entre los historiadores, que oscilan entre ver en él a un hombre neutral, un iconoclasta convencido o un decidido restaurador de la paz en el terreno religioso. Lo cierto es que Miguel no abrió persecuciones contra los adoradores de imágenes; pero cuando el patriarca

(1) Véase: *Año 786. La iconoclasia.*

de Constantinopla entregó al emperador una misiva instándole a que restaurase el culto a las imágenes, el emisario sufrió pena de flagelación y encarcelamiento.

También son notoriamente contradictorios los juicios acerca de Teófilo (829-842), sucesor de Miguel II. Respecto a la iconoclasia este período es el más acerbo de la lucha. El emperador tuvo por consejero a Juan el Gramático, una de las personas más cultas de la época, quien, no obstante, fue acusado de practicar la hechicería y la magia, pero que fue elevado a la sede de Constantinopla. La persecución fue acérrima para con los monjes que solían pintar iconos y fueron muchos de ellos los martirizados. Sin embargo, parece ser que la persecución de Teófilo abarcó tan sólo un radio geográfico limitado, porque la destrucción de imágenes estuvo obligada tan sólo en la capital y sus alrededores.

Teodora, la esposa de Teófilo, era ferviente defensora del culto de las imágenes, y cuando en 842 murió el emperador y subió ella al poder, dada la minoridad de su hijo (Miguel III, el Beodo), lo primero que hizo fue restablecer el culto a las imágenes. Ello demuestra que en este período la oposición de los iconoclastas no era tan violenta como en la época de Irene, que para lograr lo mismo tuvo que hacerlo siete años después de subir al poder. Teodora llevaba tan sólo un año en el trono cuando pudo convocar un concilio en el que Juan el Gramático fue sustituido en la sede episcopal de Constantinopla por Metodio, que seguía el credo romano.

Las actas de este concilio demuestran que fue una ratificación del de Nicea, y una vez concluido el mismo, quedó definitivamente aceptado el uso de las imágenes (843) y Bizancio pasaba a formar parte otra vez de la ortodoxia cristiana. Así acabó el período iconoclasta que dejó profunda huella en todos los aspectos que quiera considerarse el imperio bizantino. En el político la lucha contra los partidarios de las imágenes produjo desórdenes internos, que contribuyeron en gran manera a su debilitamiento, a la par que las severas órdenes en materia de religión dificultaron muchas veces la ejecución del programa político de los emperadores, que, por lo general, fueron inteligentes administradores, que vencieron repetidas veces a los árabes y a los búlgaros defendiendo el cristianismo y la civilización de la Europa occidental. También en la vida artística dejó profunda huella la querella de las imágenes, en la que se destruyeron multitud de obras artísticas —frescos, mosaicos, miniaturas, estatuas,

etc.— de incalculable valor; no obstante, al tiempo que destruían cualquier representación de la Virgen, de Cristo o de los santos, crearon otro tipo de arte decorativo con una significativa tendencia hacia los temas realistas y de la observación de la naturaleza.

La iconoclasia separó mucho a Italia y al Papado de Bizancio, y a pesar de la victoria final de Roma, fue la brecha que llevaría a la ruptura de la Iglesia oriental de la occidental.

843

Tratado de Verdún: ruina del imperio carolingio. El sucesor de Carlomagno, Ludovico Pío, no fue capaz de una acertada política para mantener la concepción política de su padre. A pesar de que en 817 en la dieta de Aquisgrán hizo aprobar la *Ordinatio Imperii*, que aseguraba la unidad en sus territorios al conceder la herencia imperial al primogénito Lotario, ya él mismo creó los reinos de Baviera y Aquitania para sus hijos Luis y Pipino respectivamente y cuando nació Carlos, hijo habido con su segunda esposa, deshizo aún más la obra imperial de Carlomagno al concederle en herencia (concilio de Worms del 829), el reino de Alemania. Ello suscitó la oposición de sus otros hijos que le obligaron a respetar las propias disposiciones del *Ordinatio Imperii*. Los continuos cambios de Ludovico, que repartía sin cesar entre sus hijos extensos territorios de Francia y Alemania, y variaba continuamente sus disposiciones testamentarias, hizo que el partido imperial apoyara a los tres hijos mayores del monarca; pero la muerte de Pipino de Aquitania le brindó una favorable ocasión para un último reparto de su herencia en la siguiente forma: Carlos heredaba la Aquitania y Lotario el título imperial y el resto de las posesiones de su padre, excepto Baviera, en donde Luis se mostraba intransigente. Los nietos de Carlomagno, si bien en el fondo querían respetar la unidad del imperio, en la práctica llevaron a cabo su disgregación para dejarlo dividido en las tres grandes unidades geográfico-históricas que ya se dibujaban desde las invasiones: Italia, Francia y Alemania.

Lotario era partidario de la unidad territorial y quiso hacer efectiva su autoridad en el año 840; pero Luis y Carlos no participaban de sus ideas y aliáronse en más de una ocasión para luchar contra su hermano, al que derrotaron en la batalla de Fontenoy (841). Tras esto, Lotario no tuvo otro camino que acceder a las peticiones de sus hermanos, aceptando las

condiciones del Tratado de Verdún (843), que representaba la extinción real del imperio carolingio, pero sin perder su dignidad imperial. Según este tratado, Carlos el Calvo obtuvo la porción occidental del imperio, lo que se denominó *Francia;* Luis el Germánico heredó los ducados tudescos y las marcas orientales y Lotario la dignidad imperial con una franja de terreno desde el mar del Norte a Italia, la *Lotaringia,* que apuntaba ya su notorio carácter de gran arteria económica, que iba a dar nacimiento a las florecientes: Bélgica, Holanda, Alsacia, Lorena, Suiza, Provenza y Lombardía, de tan señera influencia económica en Europa.

Las decisiones del Tratado de Verdún respondían a una honda realidad, pues desunía regiones profundamente separadas por su estructura social y económica y no fue, en conjunto, más que un intento para lograr el equilibrio europeo y fracasó porque sus miembros carecían de una relevante fuerza reguladora. El Papado, a pesar de mantener su política ecuménica, no era suficiente para mantener la unidad y Lotario carecía de la habilidad necesaria para ser el árbitro de Europa, y por esto se asistía al hecho de que muchas veces en lugar de unirse los tres soberanos para una política conjunta, lo hacían dos de ellos para atacar al tercero.

La muerte de Lotario (855), que dividió sus posesiones entre sus tres hijos, representó el capítulo final del imperio carolingio: a su hijo Luis II cedió Italia con la dignidad imperial; a Lotario II la Lotaringia y a Carlos el reino de Borgoña. Los tres carecían de la fuerza suficiente para no ser objeto de los juegos de sus tíos, quienes a raíz de la muerte de Lotario II y de Carlos de Borgoña se dispusieron a repartirse sus posesiones. Tal fue el origen del Tratado de Meersen (870), que marcó el fin del imperio carolingio. La Lotaringia quedó dividida entre Francia y Alemania, y Borgoña pasaba a poder del rey de Francia.

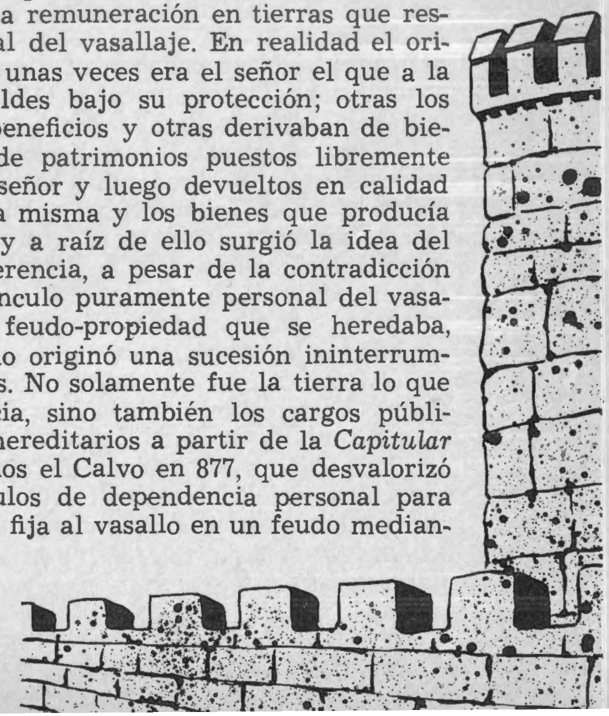
El imperio carolingio no era más que un fantasma del pasado, sobre cuyas ruinas se elevaban decadentes dominios deshechos en principados feudales.

877

Capitular de Quierzy. Las condiciones de vida del régimen político, económico y social que conviene en llamarse feudalismo, regularon las relaciones humanas y la mentalidad del occidente europeo por varios siglos. Mientras las monarquías occidentales fueron lo suficientemente fuertes para mantener un régimen jurídico y garantizar la seguridad social de sus

pueblos, no se ocasionó percance alguno entre los grandes propietarios y los campesinos que cultivaban sus tierras en calidad de colonos, a pesar de que las diferencias entre ellos se agrandaban cada día más. Cuando a raíz de las invasiones, primero germánicas y luego eslavas, húngaras y normandas, se derrumbó el poder político y cundió por doquiera la inseguridad, los que sentían amenazados sus bienes o su persona buscaron la protección de un señor más poderoso, siendo éste el origen del sistema de dependencia peculiar del feudalismo. Lo más usual en este régimen de subordinación fue el *vasallaje,* que establecía una relación de dependencia, a partir de la ceremonia del *homenaje,* de una persona, *encomendado,* a otra, *señor,* para toda la vida. El vasallaje significó una cadena sinfín de dependencias de hombres, que exigía una organización social que respondiera a las condiciones creadas por este sistema.

El encomendado, que tenía una misión primordialmente militar, nacida de la necesidad que tenían los reinos de un ejército con que defenderse de las invasiones y que se mantenía por los sucesivos vínculos de fidelidad, exigía a cambio del servicio militar que ofrecía, o bien tierras o un patrocinio en la casa del señor. La donación de un patrimonio en tierras es lo que constituía el *beneficio.* A partir del siglo IX se usó, por lo menos en los países de la Europa occidental, la voz *feudo* para designar la remuneración en tierras que respondía al vínculo personal del vasallaje. En realidad el origen del feudo fue triple: unas veces era el señor el que a la fuerza ponía a los humildes bajo su protección; otras los feudos eran verdaderos beneficios y otras derivaban de bienes alodiales, es decir, de patrimonios puestos libremente bajo el patrocinio de un señor y luego devueltos en calidad de feudos. Entre la tierra misma y los bienes que producía hubo siempre confusión, y a raíz de ello surgió la idea del feudo transmisible por herencia, a pesar de la contradicción que ello encierra en el vínculo puramente personal del vasallaje. La costumbre del feudo-propiedad que se heredaba, acabó imponiéndose, y ello originó una sucesión ininterrumpida de señores y vasallos. No solamente fue la tierra lo que se transmitió por herencia, sino también los cargos públicos, que se consideraron hereditarios a partir de la *Capitular de Quierzy* dada por Carlos el Calvo en 877, que desvalorizó aquellos primitivos vínculos de dependencia personal para establecer de una manera fija al vasallo en un feudo mediante un contrato en regla.



Hay que hacer hincapié en la confusión a que se presta el término *señorío*, usándose muchas veces como sinónimo de la voz feudo, cuando en realidad había una distinción clarísima, pues el régimen de señorío suponía una relación de dependencia con exclusión de la personal, derivada del vasallaje, y al mismo tiempo significaba la organización económica y social que aquella suponía. Muchos autores ven en el señorío una persistencia del régimen del colonato, característico de los últimos tiempos del Imperio romano, mientras que para otros nació como derivación natural de la costumbre de los aldeanos de obsequiar al poderoso del pueblo para obtener su apoyo.

Con el tiempo, se fijaron las obligaciones que regularon el trato de señores y vasallos quedando fijadas en las de proteger y servir. La protección que prestaba el señor se entendía tanto personal como de bienes, y llevaba consigo la recta administración de justicia. Simultáneamente el vasallo servía al señor prestándole auxilio, que podía ser de carácter militar o económico, y además le proporcionaba consejo, siempre que lo demandaba el señor.

La condición de los campesinos que cultivaban la tierra variaba en cada señorío, pero en general fue miserable en todos los sitios y sujeta a las vejaciones y caprichos del señor. Rasgos comunes en todos los países fueron: cultivo de una parte de la heredad, la llamada *indominicata,* y pago como reconocimiento de los derechos del señor sobre la tierra del *censo;* además pagaban el *diezmo* de las cosechas y otra contribución llamada pecha o talla que significaba la ayuda económica del vasallo al señor.

A grandes rasgos fueron éstas las características del modo de vida que predominó en la Europa occidental de los siglos VII al XI. La autoridad del Estado se dividía entre los terratenientes y desaparecía la propiedad individual por entrega a los señores, que la devolvían en calidad de dependencia perpetua e inalienable. La personalidad individual quedaba completamente ahogada por la masa, porque la sociedad se apoyaba, sobre todo, en el grupo, como en todas las civilizaciones territoriales; el derecho escrito se reemplazaba por la costumbre en la que imperaba el derecho de primogenitura, la autoridad paterna y el privilegio de masculinidad. Todo este sistema de organización nacido de las específicas condiciones del Occidente durante las invasiones fue evolucionando como consecuencia de las invasiones de los turcos en Asia, que desplazaron la civilización marítima del Este al Oeste.



Encuentro del papa León I con Atila.



Lucha de caballeros medievales. (Miniatura de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Turín.)

908

Establecimiento del califato fātimí en África del Norte. El Estado musulmán era una teocracia en la que Dios representaba el poder legal y el soberano era su regente en la tierra. En este tipo de sociedad la Iglesia y el Estado estaban fundidos de una manera inextinguible y por esto todo movimiento de descontento buscaba en la religión la expresión de su ambición: en una secta, su apoyo y en un mesías a su jefe. Desde los comienzos del gobierno de la dinastía abbasí se tuvo que hacer frente a desórdenes promovidos por descontentos del orden establecido; tales desórdenes tenían matices económicos, sociales o nacionales y así dos años después de haber subido al poder, el califa hubo de aplacar una rebelión a favor de los omeyas destronados en Siria. En Persia fue donde los movimientos de protesta al régimen abbasí tuvieron su principal campo de acción. Esta dinastía había subido al poder ayudada por elementos dispares, tanto árabes como persas, opuestos al régimen omeya; pero una vez conseguido el éxito de la revolución, la unión de sus componentes se deshizo para volver a su anterior estado de conflicto y sus problemas de resentimiento encontraron eco en una serie de movimientos de carácter religioso, de predominante componente campesino. En el fondo estos alzamientos tenían un carácter nacional, pues para los habitantes de Persia, que su fondo ideológico era iranio, les molestaba la dominación árabe y fue esto lo que les llevó al establecimiento de principados autónomos en las provincias orientales. Al principio estas rebeliones tenían un carácter puramente iraniano, pero después se hicieron sincréticas, manteniéndose apartados los zoroastras ortodoxos.

La insurrección que realmente merece consideración fue la de Bābak. Este personaje fue un hereje que logró el apoyo de grandes masas campesinas, a las que conquistó por haber logrado para ellas beneficios tales como la distribución de tierras y roturación de terrenos. Se le unieron también muchos curdos y persas y Bābak pudo obtener el dominio de las rutas comerciales septentrionales, lo que le convertía



en enemigo realmente peligroso. El centro del movimiento estuvo en Adarbayŷān y hubo un momento en que parece que Bābak concertó una alianza con Bizancio contra el enemigo común: el califato abbāsí. Durante siete años consecutivos las huestes de Bābak se mantuvieron victoriosas militarmente hasta que el califa Mu'tasim en el año 833 pudo acabar con el levantamiento.

De distinto carácter fue la revuelta de los esclavos negros, *zany:* El esclavo en el Estado musulmán era dedicado preferentemente a las tareas domésticas y militares, llegando estos últimos, los llamados mamelucos, a tener mucha importancia en los asuntos del Estado. Sin embargo, el incremento de las grandes capitales trajo consigo el que se compraran gran número de esclavos, preferentemente negros traídos del África oriental, para emplearlos en tareas agrícolas. Se tienen indicios de los esclavos que trabajaron en desecar los pantanos existentes al este de Basra, que estaban alimentados, escasamente, con harina, dátiles y sémola; su mísera condición de vida fue el motivo para que se soliviantasen con objeto de adquirir un mejor trato y consideración. En realidad no era un movimiento para abolir la esclavitud, sino la revuelta de un grupo determinado para conseguir mejorar su situación, pero hubo de adquirir también una forma religiosa. El jefe de los *zany* se incorporó a la secta de los jawāriŷ, que en los primeros tiempos habían declarado que el mejor sería el califa aunque fuera del linaje negro. A este movimiento se unieron rápidamente grandes masas de esclavos procedentes de todo el imperio y también la tropa negra imperial enviada contra ellos se pasó a su bando. Los éxitos militares de los *zany* eran brillantes y constituían ya una amenaza para el Imperio que hubo de adoptar una actitud enérgica y activa. En 881 ya los *zany* habían quedado reducidos a su capital Al-Mujtāra y su caudillo, habiendo rehusado aceptar el perdón que le ofrecía el califáto, sucumbió en 883 y su cabeza fue traída a Bagdad en una pica.

Todas estas sublevaciones no parecen haber hecho mella para un cambio permanente en la estructura social muslímica y no dejaron de ser movimientos periódicamente abortados. El descontento de las clases sociales inferiores había de encontrar su expresión en otros movimientos más duraderos, cual fue el ismaelita surgido de la *šīa*. La victoria abbāsí había colocado al sī'ismo en la línea fatimita, es decir de los descendientes de Alī por su esposa Fátima; pero a la muerte de Yafar en el 765, sus seguidores se dividieron en

dos bandos según apoyaran la sucesión de sus hijos Mūsā e Ismail. Los siglos VIII y IX pueden ser considerados como el período de incubación en el que se organizó la estructura de la secta. Cuando en el siglo X la crisis social del Imperio estaba a punto de estallar, como consecuencia de la creciente concentración del capital, la propaganda ismaelita encontró muchos adeptos entre los descontentos.

Un sector donde los ismaelitas lograron mucho éxito fue en el Yemen y desde allí enviaron emisarios a la India y al África del Norte, donde en Túnez lograron brillantes éxitos y en 908 proclamaron al imān Ubayd Allāh como primer califa fatimí. Los primeros califas fātimíes reinaron únicamente en África del Norte y encontraron una serie de dificultades, pues los procedimientos abusivos empleados para lograr que la población se adhiriera a su causa, promovieron diversas rebeliones y hasta 969 el cuarto califa Mu'izz no pudo lograr la conquista de Egipto, preparada desde hacía tiempo, donde se emprendió la construcción de una nueva ciudad, El Cairo, como capital fātimí y la gran mezquita de Al-Azhar.

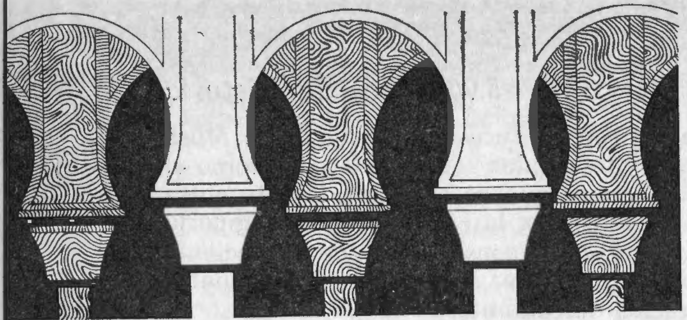
Los fatimíes extendieron rápidamente su poderío por Siria y Palestina y sobrepasaron en importancia a los califas de Bagdad, principalmente durante el reinado del califa fatimí Mustansir (1036-1049), en que Egipto conoció una de las épocas más brillantes de su historia tanto en el aspecto cultural como comercial e industrial. Toda la vida intelectual del Islam de la época acredita la enorme atracción que la doctrina ismaelita ejerció y los mejores poetas de la literatura arábiga estuvieron fuertemente influidos por sus ideas.

Cuando el califato fātimí empezó su decadencia los lazos con la secta ismaelita se debilitaron y acabaron por romperse. La dinastía acabó por ser abolida en Egipto, pero la religión que había sido su base continúa hasta nuestros días (1).

912

Abd ar-Rahmān III: fundación del califato de Córdoba. La casi totalidad del primer siglo de dominio omeya en España fue un período de perturbaciones durante el cual los emires de Córdoba hubieron de pacificar el país, asiento de frecuentes

(1) La secta de los ismaelitas cuenta con más de veinte millones de adeptos esparcidos por Siria, Persia, África oriental y principalmente Pakistán. Su dirigente actual es el príncipe Karim Khan, nombrado 49 iman de la secta y Aga Khan IV en 1957 en Dares-Salàm y en 1958 en Karachi (Pakistán), después de la muerte de su abuelo Aga Khan III.



insurrecciones de los diversos elementos de la población. Paulatinamente bajo los sucesores de Abd ar-Rahmān I, los bereberes, musulmanes y españoles fundiéronse en una población musulmana homogénea, cada vez más orgullosa de su independencia política.

Esta unificación se benefició del establecimiento en África del Norte del califato fātimí con la consiguiente debilitación del de Bagdad, acontecimientos todos que condujeron al emir Abd ar-Rahmān III (912-961) a tomar el título de califa, proclamándose jefe religioso de los musulmanes de España y cortando todos los lazos de unión con el Oriente.

Abd ar-Rahmān había nacido el 7 de enero del 891. Fueron sus padres el príncipe Muhammad, que luego fue asesinado por su hermano al-Mutarrif, y una cautiva franca, apodada Muzna. El pequeño príncipe Abd ar-Rahmān creció y se educó al lado de su abuelo que no tardó en designarle como su heredero y a menudo le hacía sentarse en el trono para recibir las felicitaciones de sus servidores. A su muerte nadie se atrevió a disputar el poder a Abd ar-Rahmān y el mismo día que se celebraban las exequias de su abuelo fue proclamado soberano de Al-Andalus. Una vez en el trono, el joven monarca se propuso restaurar el prestigio y autoridad de la dinastía omeya por tierras de España. En la primavera de 913 Abd ar-Rahmān III en persona mandó la primera de las campañas destinadas a terminar con los males endémicos del mundo musulmán español: las insurrecciones andaluzas y los principados independientes. Tales campañas se dieron por terminadas en 928 con la derrota de Umar ben Hafsūn lo que permitió extender la soberanía omeya por todo Al-Andalus.

Una vez vuelto a la capital, Abd ar-Rahmān quiso consolidar el triunfo y autoridad que ya nadie podía arrebatarle dentro de las fronteras del reino, y a tal efecto, en 929, tomó la decisión más importante de su carrera política: la de hacerse llamar en las cartas y personalmente califa, es decir, «príncipe de los creyentes». Como consecuencia los predica-

dores de todas las aljamas de Al-Andalus comenzaron en sus sermones a invocar al califa Abd ar-Rahmān. Sin embargo al nuevo califa le faltaban aún unos años para que fuera reconocida, no ya su autoridad espiritual, sino también terrena, principalmente en la marca superior del reino; hasta el año 932 no puede decirse que todos los territorios de la España musulmana, con excepción de la marca superior, quedaran reintegrados a Córdoba y pagaran sus tributos con normalidad al Estado omeya, el cual se convirtió en el más poderoso y culto de toda Europa.

Al igual que el califa de Bagdad el de Córdoba se rodeó de una fastuosa corte donde los eunucos ocupaban los puestos más elevados. La nobleza no era hereditaria. Los altos funcionarios disfrutaban de amplias ventajas materiales; pero no se transformaron en una casta cerrada, sino que sus componentes se reclutaban lo mismo entre esclavos comprados en los mercados europeos, que entre los piratas berberiscos.

La España del califato se hallaba dividida en provincias colocadas bajo el mando de gobernadores civiles y en marcas fronterizas sometidas a la autoridad de un general. Las influencias orientales empezaron a disminuir desde este momento en que comienza a surgir una civilización hispanoárabe característica, en la que la clásica tradición árabe estuvo sujeta a las influencias ambientales del lugar. Económicamente el califato omeya fue de los más ricos y poderosos; la capital, Córdoba, contó con más de 500.000 habitantes, y fue el principal centro industrial.

En el plano social la actitud de la España musulmana estuvo basada en la liberalidad. Desde la conquista, los musulmanes concedieron plena autonomía y libertad religiosa a las poblaciones conquistadas. Hasta después de la venida de los almorávides no fue organizada ninguna persecución religiosa, y todas las matanzas de cristianos que hubo estuvieron promovidas por levantamientos nacionales o por ataques a la religión musulmana. Muchos cristianos se islamizaron, pero muchos continuaron viviendo dentro de la comunidad musulmana con jurisdicciones especiales conforme a su Derecho visigótico romanizado.



También las comunidades judías fueron muy numerosas en la España musulmana, donde llegaron atraídas por la libertad que les concedían los califas, y desde donde fueron los más importantes agentes del comercio internacional.



960

Los Sung restauran el imperio chino. La anarquía que asoló al país, cuando en el 907 quedó extinguida la dinastía Tang, convirtió en soberanos a todos los gobernadores de provincias. El país se fraccionó en diez estados y de nuevo comenzó la organización señorial, siendo los monasterios una de las principales ruedas de su complicado engranaje. Los historiadores llaman a este período el de las cinco dinastías y de los diez Estados independientes y está calificado como uno de los más oscuros de la historia china. La corrupción de los funcionarios, la descentralización del poder, la guerra, la carestía de vida y el hundimiento del comercio fueron las características de este momento de crisis de la historia de China en que era necesario hacer un esfuerzo para conseguir de nuevo la unidad nacional, porque había de llevar consigo la prosperidad y posibilidad de gloria.

Cuando falleció el emperador, Chao Kuangyin, miembro de una conocida familia del imperio de Loyang, se convirtió en regente porque el hijo del emperador no tenía aún la edad suficiente para gobernar. Chao tomó el mando de una campaña contra los kitanos, tras lo cual asumió el poder absoluto y aplastó a los estados feudales menos a dos que no sucumbieron hasta unos años más tarde.

La nueva dinastía de Sung (960-1127), establecida por Chao, no engrandeció los territorios de China y una de las razones, casi pueril, estuvo en la escasez de criaderos de caballos y de terrenos para pasto, que les imposibilitaron para la guerra ofensiva contra sus vecinos, y el Estado al no poder vencer por la fuerza, adoptó una política de doblez, engaños e intrigas.

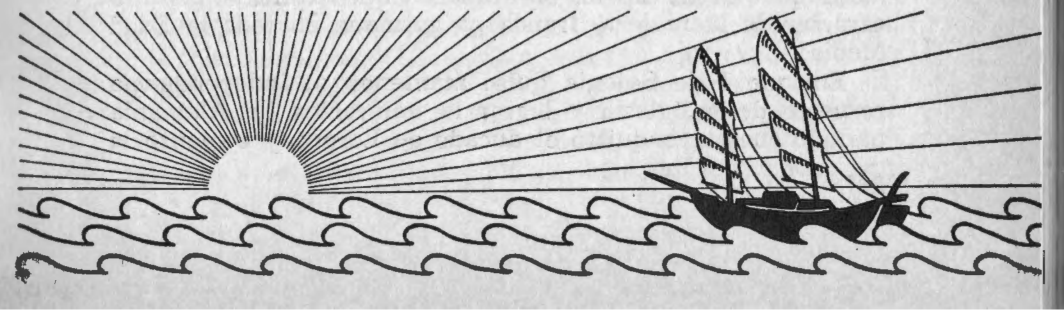
Los siglos de gobierno de la dinastía Sung fueron de gran florecimiento en las artes de la civilización, que adquirió un carácter manifiestamente universal. Sin embargo, las tradiciones eran todavía demasiado profundas para que desapareciesen del todo al influjo de las ideas nuevas. Se construyeron muchas ciudades y hubo un gran incremento de las obras públicas, principalmente de las vías hidráulicas, como el muro de contención marítima a lo largo de la costa del norte en una extensión mayor a 180 millas. Se refinaron mucho las costumbres, tal como el llegar a ser las sillas de uso general y también pertenece a esta época el uso del abanico plegable, introducido del Japón, y aparecieron también los juegos de cartas y fichas.

Bajo los Sung adquiere singulares proporciones el comercio a ultramar, como consecuencia del desarrollo de la China del Sur. Por ende, la arquitectura naval alcanzó gran importancia y en esta época los chinos arrebataron a los árabes las rutas transoceánicas de acceso a la India y a países más lejanos. El tráfico marítimo llevó consigo el creciente uso de productos importados y una relación mucho más amplia y profunda con los pueblos extranjeros, sobre todo con árabes e indios. Toda esta actividad comercial proporcionaba beneficios al Estado, que veía engrosadas sus arcas, que, por otra parte, se veía obligado a gastar en la defensa militar y en los tributos exigidos por los invasores del Norte.

El desarrollo intelectual de esta época alcanzó en las grandes ciudades proporciones nunca previstas y el nivel de instrucción, ya en los monasterios, en las academias o en las oficinas gubernamentales, fue mucho más alto que en la época de los Sung. La enorme cantidad de libros en circulación hizo que se leyera mucho, lo cual redunda siempre en una mayor difusión cultural. También la educación privada en este período adquirió gran incremento, prestándose para ello sabios budistas, taoístas y de Confucio que instalaban sus academias en lugares retirados del campo.

En filosofía y religión, los Sung se caracterizan por una fusión de las ideas de Confucio y Buda, con un progresivo decaimiento del budismo, que si bien no perdió, en modo alguno, su total influencia, el triunfo del Islam en la India y el desengaño de los chinos que veían que el budismo únicamente les proporcionaba satisfacción sentimental, recogió de él y de las doctrinas de Confucio únicamente lo que les pareció bueno y desecharon todo lo demás. Es lo que los modernos historiadores llaman neoconfucionismo. Sus partidarios eran hombres versados en diversas disciplinas, con amplia experiencia, y exaltaban la idea de la razón universal.

La paz que la dinastía Sung había dado al país hizo creer que la seguridad era ya el estado normal de la sociedad y la milicia acabó perdiendo todo su valor combativo. Esto, unido a las catástrofes naturales que persiguieron al imperio en



sus últimos años, tales como inundaciones, sequías y plagas de langostas, dieron al traste con la equidad moral y el valor de aquel pueblo que había logrado tan gran imperio.

Los pueblos que rodeaban a China no poseían, ni mucho menos, su misma cultura, y atraídos por la brillante civilización, los Jurchen hicieron en 1127-1135 una victoriosa incursión en la capital de los Sung, capturando al emperador, a su padre y a la mayoría de los personajes de la corte. Únicamente un joven príncipe pudo establecerse en Li-an (Hangchow moderno) y allí fueron sucediéndose los descendientes de Chao con el imperio de Sung cada vez más reducido, hasta que acabó pereciendo derrocado por los mongoles en 1273.

962

Sacro Imperio Romano Germánico. Surgido de la desmembración del que fue colosal imperio franco, el vasto reino de Alemania se preparaba para ser la única fuerza política de Europa, puesto que el régimen feudo señorial no adquirió allí más que una fuerza aparente. La aristocracia eclesiástica y laica impuesta por Carlomagno era extraña a la sociedad del país, que permanecía fiel a sus costumbres nacionales, enteramente opuestas a las galorromanas, y que constituía el verdadero tribal que desconsideraba al individuo para valorizar a la masa.

A fines del siglo IX, sin embargo, tuvo lugar un suceso de capital importancia; si primeramente los condes, duques y marqueses no eran más que funcionarios del monarca acogidos al Derecho galorromano, ahora sus cargos se hacían hereditarios con lo que cobraban aires de príncipes. Cuando murió en 911 Luis el Niño, el armazón burocrático de los carolingios se deshizo y Alemania se encontró sin un monarca legítimo. En estas condiciones los nobles eligieron al duque de Franconia, Conrado I (911-918) y tras él subió al trono el duque de Sajonia Enrique I (919-936). Es muy interesante destacar el hecho de que los monarcas medievales, en Alemania, eran elegidos según asentimiento de las distintas tribus; modalidad del todo opuesta a lo que ocurría con la monarquía de los capetos en Francia y que explica el distinto carácter de la realeza franca y germana en toda la Edad Media.

Enrique I de Sajonia quiso mantener su independencia respecto de la Iglesia y lograr la unificación de Alemania para lo cual reconquistó el ducado de Lorena y comenzó la



Mapa del Sacro Imperio Romano Germánico.

expansión alemana hacia el Este logrando las primeras victorias sobre los húngaros en Bohemia y en Polonia, lo que dio origen al *Drang nach Osten*, típico lema alemán. Su hijo, Otón I (936-937), encontró el camino preparado para convertirse en la gran figura de la historia medieval alemana. Conquistó Bohemia y Polonia, que quedó incorporada al obispado alemán de Magdeburgo, actuación con la que convertía a la Iglesia en instrumento del imperialismo alemán.

El feudalismo continuaba su peculiar evolución; las tribus se convertían en pequeños principados y la autoridad del monarca se mantenía, más que por nada, por el poder que

dimanaba de la Iglesia y que la convirtió en árbitro de la vida continental. En Italia también las cosas marcharon favorablemente a los planes de Otón ya que su matrimonio con Adelaida le convirtió en rey de Lombardía; además fue coronado emperador por el papa Juan XXII, en 962, con lo que estrechó aún más los lazos con la Santa Sede. Con plena conciencia del poder que la nobleza iba adquiriendo y a fin de que no se convirtiera en jerarquía feudal, concedió poder temporal a los obispos disponiendo él de su nombramiento juntamente con la disposición de que los papas no podían ser nombrados sin antes haber prestado juramento ante el emperador o sus embajadores. Al negarse Juan XXII a tales designios fue depuesto y elevado en su lugar León VII (963). La Santa Sede quedaba así a merced del emperador, quien, a la vez, al investir de poder temporal a los obispos, convertía al imperio en una teocracia. Como antaño los césares romanos, el emperador intervenía en la elección pontificia, atribución religiosa que uniría de manera muy fuerte a Italia y Alemania durante toda la Edad Media. Para equipararse al poder que había tenido Carlomagno sólo le faltaba a Otón obtener la sumisión de Francia; pero sus deseos quedaron frustrados en Attigny (994) por una coalición de feudales franceses. A pesar de ello parecía que la dualidad imperial de los romanos iba a restaurarse bajo los dos emperadores de Constantinopla y de Occidente y fue entonces cuando Otón dio a sus estados el título de Sacro Imperio Romano con el latín como idioma oficial. Quiso mantener los principios dinásticos en su imperio acabando con las costumbres hereditarias que iban imponiéndose de tal manera que, a su muerte, acaecida en 973, el imperio daba impresionantes muestras de solidez.

1054

Separación definitiva de las Iglesias occidental y oriental. El emperador bizantino Miguel III el Beodo (842-867) depuso al patriarca Ignacio para poner en su lugar a Focio, hombre laico, uno de los más cultos de la época. Entonces, en Constantinopla se formaron dos partidos según apoyaran a uno u otro patriarca, los cuales se excomulgaron mutuamente. El emperador convocó un concilio al que el Papa no asistió, pero sus legados se mostraron favorables a Ignacio. No obstante, el concilio se confirmó con el voto opuesto al Papa, es decir la exaltación de Focio al patriarcado de Constantinopla. El Romano Pontífice envió una nota al



emperador anatematizando a Focio; pero Miguel contestó diciendo que Constantinopla rechazaba las pretensiones de Roma a dominar en la Iglesia universal y cuando en el 867 acaeció la muerte de Miguel, reunióse un nuevo concilio que anatematizó al Papa y sobrevino la ruptura de las dos Iglesias. Sin embargo, la subida al trono de Basilio I (867-886) cambió la situación puesto que el nuevo emperador volvió a sentar a Ignacio en la sede de Constantinopla; con ello Basilio, sabedor de que la mayoría de la población de Constantinopla era partidaria de Ignacio, quería afirmarse en un trono que legítimamente no le pertenecía (1), y, además, fomentar las buenas relaciones con el Papa.

El patriarca Focio fue preso y sometido a duras privaciones, pero siempre gozó del aprecio de sus partidarios. Al cabo de unos años el emperador reconoció haberse portado mal con él y le llamó a la corte colmándole de honores y confiándole la educación de sus hijos, y al morir Ignacio le ofreció la sede patriarcal. El concilio de 879 levantó la excomunión de Focio, reconoció su legalidad en la Sede de Constantinopla y declaró que el Papa era un patriarca más, sin autoridad sobre la Iglesia universal. Irritado el Papa por tales acuerdos les incitó a que anulasen lo afirmado, y ante la negativa de los orientales pronunció de nuevo anatema contra Focio. Este no continuó en la sede hasta el fin de sus días, porque León VI, hijo de Basilio, le depuso para elegir a su hermano Esteban.

A comienzos del siglo x bajo el patriarcado de Nicolás el Místico se recrudecieron de nuevo las cuestiones religiosas suscitadas por la oposición del patriarca al cuarto casamiento del emperador León VI con Zoe, pero prescindiendo del patriarca el emperador obligó a otro sacerdote a que les casara. Se declaró honda agitación en el imperio y Nicolás fue de-

(1) Es un problema el origen del emperador Basilio, que inauguró la dinastía macedonia. Muchas fuentes coinciden en que era de origen armenio y llegó joven y desconocido a Constantinopla atrayéndose las simpatías del emperador que le llamó a la corte asociándole en el trono. Cuando a Basilio le pareció advertir que Miguel declinaba en sus favores, le hizo asesinar y se proclamó emperador.

puesto por Eutimio. La apertura de un concilio abrió aún más la rivalidad entre nicolaítas y eutimitas hasta que, comprendiendo el emperador que solamente la energía de Nicolás podría acabar con aquel estado de cosas, le restituyó en la sede patriarcal de Constantinopla.

Desde el punto de vista religioso es muy interesante la figura del emperador Nicéforo Focas (963-969). Mitad soldado, mitad asceta, incluso usó cilicio, mostró profundo interés por los ideales monásticos y estuvo en íntima relación con San Anastasio, que fundó en el monte Athos su primer gran monasterio.

Las propiedades monásticas habían adquirido grandes proporciones en detrimento de la propiedad libre. Ya los emperadores iconoclastas emprendieron una dura lucha contra los monasterios, y muchos de ellos fueron clausurados y sus bienes confiscados; pero al fracasar el movimiento iconoclasta, su número y propiedades volvieron a crecer rápidamente. El emperador Nicéforo dio un paso decisivo para limitar los progresos de la propiedad monástica prohibiendo fundar nuevos monasterios, hospitales y hospicios y toda donación a favor de los obispos, ley que fue abolida por Basilio II (976 1025). Un hecho muy importante es el refuerzo de la organización del clero bizantino en las provincias de Calabria y Apulia haciendo que se prescribiese el ritual latino por el griego. Esta medida fue una de las causas principales de la ruptura de Roma con el Oriente. Cuando León IX ocupó el trono pontificio protegió en gran manera el movimiento cluniacense, que hizo notables progresos en la Italia del sur causando con ello vivo descontento en la Iglesia oriental, que iba distanciándose cada día más de la romana. El patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, envió al Papa repetidas misivas criticándole el haber adquirido poder, no tan sólo espiritual sino material. Cuando Constantino IX Monómano (1042—1055) subió al trono de Bizancio su actitud era favorable a encontrar una solución amistosa con el Papado; Roma envió legados a Constantinopla entre ellos figuraba el cardenal Humberto, que se portaron insolentemente y cuya actitud casi obligó al patriarca a no hacer a Roma ninguna concesión. En el verano de 1054 los legados del Papa colocaron sobre el altar de Santa Sofía la bula de excomunión, pronunciando anatema contra el patriarca Miguel. Éste, por su parte, convocó un concilio para excomulgar a los legados de Roma, que habían ido a la ciudad protegida de Dios «a fin de destruir la verdad».

Así se produjo la ruptura definitiva entre las dos Iglesias. A pesar de la escasez de fuentes parece que los patriarcas de Antioquía, Alejandría y Jerusalén apoyaron al de Constantinopla, que vio aumentada su autoridad sobre el mundo eslavo y los patriarcas de Oriente. El cisma, que parecía pertenecer únicamente al mundo religioso, fue fatal para el imperio bizantino porque provocó la ruptura con el Occidente cuando necesitaba de su ayuda porque se perfilaba ya la amenaza turca.

1055

Los turcos selŷūqíes toman Bagdad. Desde el siglo X la decadencia del califato de Bagdad se manifestaba progresivamente en todos los órdenes y principalmente en la pérdida de autoridad que el gobierno experimentaba en las provincias más alejadas. Ello se hizo patente cuando en 945 los buwayhíes, dinastía local persa, tomaron Bagdad convirtiéndose en los verdaderos gobernantes de la ciudad. En cierto modo restauraron el orden y la autoridad, pero los síntomas de decadencia continuaban evidenciándose promovidos sobre todo por China, que a partir de la gran crisis que sufrió en el siglo VIII, mermó su tráfico por las vías caravaneras del Asia central. También disminuyó notablemente el comercio con Rusia y la producción de metales preciosos, condiciones todas que ayudaron a ahogar la vida económica del que había sido tan gran imperio comercial.

Al llegar al siglo XI el Imperio era atacado simultáneamente por enemigos internos y externos. En Europa los cristianos avanzaban en Sicilia y España, y en África del Norte un movimiento religioso entre los bereberes condujo a la creación de un imperio bereber, y más al este, tribus beduinas que habían permanecido siempre recluidas en el Alto Egipto, irrumpieron ahora sobre Túnez y Libia, sembrando a su paso miseria y desolación.

Pero la ola de invasores que hicieron cambiar la faz del imperio provenía del Asia central. La estabilidad de China con el régimen Sung, forzó a los nómadas del Asia central a buscar su terreno de expansión hacia el Oeste, chocando por tanto con el califato musulmán. Desde muy atrás los árabes habían tenido tratos con los nómadas turcos del Asia central, y durante mucho tiempo los habían traído a su imperio como esclavos, especialmente, adiestrándolos desde muy jóvenes para fines militares, pues desde un principio los turcos se distinguieron por sus cualidades en el combate, que parece radi-

caron en el uso de arqueros montados y en la velocidad de sus caballerías. Cuando la aristocracia persa encontró un modo de manifestar su ideología refugiándose en las dinastías independientes del Irán, los califas apoyáronse cada vez más en las tropas turcas, a las que la progresiva militarización del califato aumentó la fuerza de tal modo que durante el siglo XI eran ya tribus enteras de turcos, principalmente pertenecientes a las tribus Oghuz y conocidos generalmente con el nombre de *selyūqies,* las que ingresaban en el mundo musulmán. Desde 970 se infiltraban en el imperio ejerciendo en él una presión constante, y al cabo de poco habían aceptado la religión musulmana, en su secta ortodoxa de los sunnī, y conquistado gran parte de Persia, que habían englobado al reino *selyūqí.* No podían avanzar más porque se lo impedían los emires buwayhíes, que pertenecían a la secta de los *sī'ies,* por ello el califa de Bagdad no vaciló en llamar contra ellos a los turcos *selyūqíes* que en 1055 entraron como aliados en la ciudad santa del Islam.

Los *selyūqíes* aparecieron como libertadores en Bagdad donde los califas a partir de entonces tuvieron un poder meramente nominal, puesto que los verdaderos soberanos del imperio fueron los turcos. El califa dio a Togrul-beg- jefe de los turcos, el título de rey del Occidente y del Oriente con la misión de extender la ortodoxia musulmana, concesión que había de señalar la pérdida de la brillante civilización que el imperio de los califas había venido desarrollando desde el siglo VIII con su tolerancia para con los pueblos conquistados, tolerancia que entonces iba a ser sustituida por una Guerra Santa, culturalmente infecunda. Cuando en 1086 se apoderaron de Siria, la provincia que desde la más remota antigüedad había brillado por su importancia comercial, comenzaba su decadencia. Al momento los turcos empezaron una política anticristiana, y en Jerusalén hubo alborotos al no poder los peregrinos desenvolverse libremente; la ocupación turca de los Santos Lugares iba a encender el conflicto entre la Cristiandad y el Islam, que históricamente conocemos con el nombre de Cruzadas. Desde el Mediterráneo al mar de Aral y Penjab se extendía el inmenso imperio turco; el contacto con las regiones predominantemente helenizadas y la influencia civilizadora de la cultura musulmana, había hecho que los turcos progresasen un poco; pero todo fue insuficiente y acabaron por barbarizar y sumir a los países por ellos dominados en una decadencia que había de resultar definitiva.

1066

Batalla de Hastings: monarquía normanda en Inglaterra. La gran colectividad de pueblos vikingos, noruegos, daneses y suevos, establecidos en las costas septentrionales del continente europeo, acostumbrados a una vida dura en un clima frío e infértil, habían orientado su vida hacia el mar, sacando de la navegación los principales recursos para mantenerse; de ahí la fama de sus piraterías, que sembraban el terror en los mares del norte, a pesar de que en algunas regiones alcanzaron renombre comercial (los suecos en Rusia). Los vikingos, «hombres del Norte» o normandos, como les llamaron los francos, con sus ligeras embarcaciones a remo y con una vela cuadrada, cruzaban raudos los mares del norte, y ya en el siglo VII habían fundado factorías en las Orcadas y Shetland. A principios del siglo XI comenzaron a tantear las costas irlandesas y del mar del Norte, donde deseaban establecerse fijamente y conquistar los terrenos vecinos. En Inglaterra la corte anglosajona de Wessex, con Alfredo el Grande (872-901), fue incapaz de detener su empuje y a pesar de la paz de Chippenhah no pudo evitar que se establecieran en la costa occidental del país. En Francia el monarca Carlos el Simple, impotente para expulsarlos del bajo Sena, autorizó a Rollan, caudillo normando, para que estableciera a su gente en el terreno que de ellos tomó el nombre de Normandía (Tratado de *Saint Claire del Epte,* 911).

Mientras tanto, los noruegos en tiempos de su rey Haroldo I (863-930) se instalaban en Islandia, punto de escala en sus atrevidas correrías, que les llevaron hasta Groenlandia (985?), si bien, su visita no tuvo carácter de conquista. Más tarde, acaso en 1009, recorrieron las costas de otras regiones americanas (Terranova, Labrador y Nuevo Escocia); pero fueron rechazados por los nativos, quedando su descubrimiento envuelto en legendarias narraciones hasta los tiempos modernos en que aparecen testimonios claros de civilización normanda en el continente americano.



El ascendiente político de los normandos en el mar del Norte era grande. A comienzos del siglo XI, los daneses aliados con los normandos franceses, comenzaron el ataque a las costas inglesas con más de 500 bajeles. Su jefe Svenon, en 1023, se adueñó de todo el país y fue acatado como rey por los sajones. El hijo de Svenon, Canuto el Grande (1016-1035), consolidó su obra, pues fue reconocido como rey de Inglaterra en 1017 y de Dinamarca en 1018, con lo que reunió un vasto imperio marítimo, verdadera talasocracia de los mares nórdicos. La corte de su gran imperio, que comprendía Suecia, Noruega, Dinamarca e Inglaterra, fue una de las más fastuosas de Europa, a la par que una de las más letradas; hasta Londres llegaba la influencia del imperio bizantino a través del comercio y la navegación, pues la urbe británica se convirtió en el punto final de la gran arteria económica que partiendo de China atravesaba Asia y Europa. Tan colosal imperio se deshizo al morir Canuto el Grande; pero ya Londres se había convertido en una de las más importantes ciudades de Occidente.

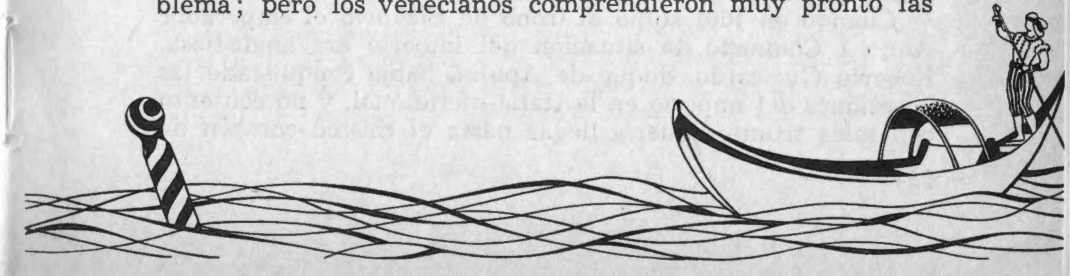
Paralelamente, en el sigo XI, el ducado de Normandía en Francia había asimilado ya la cultura franca e intervenía con suma frecuencia en los problemas dinásticos franceses; Normandía se consideraba el país más avanzado de Francia, foco de renacimiento intelectual y modelo de organización y administración. En esta corte se había educado el rey de Inglaterra, Eduardo el Confesor, primo de Guillermo de Normandía, del que era gran admirador y aún más viendo el estado de barbarie en que había caído su pueblo tras la ruina del imperio de Canuto el Grande. Cuando murió el monarca inglés (1066), el partido normando aspiraba a que subiera al poder Guillermo de Normandía, pero Haroldo, hijo de Eduardo el Confesor, en un golpe de audacia se hizo coronar rey de Inglaterra. Guillermo reivindicó sus derechos sucesorios y apoyado por el Papa, lanzó una llamada a la caballería de Francia y Flandes para que le ayudaran a reconquistar el reino. Llegaron caballeros de todos los países, atraídos por la aventura y por la promesa de recompensas en feudos, y el 14 de octubre de 1066 vencieron y dieron muerte a Haroldo siendo Guillermo coronado rey de Inglaterra, en Navidad de aquel mismo año, en la abadía de Westminster. El nuevo monarca introdujo en el país la organización y cultura del ducado de Normandía y, mitad inglesa mitad francesa, su corte fue la síntesis de la civilización occidental.

Venecia, potencia mercantil. Cuando la ola de las invasiones bárbaras pasó por Italia, muchos de sus habitantes, huyendo de la ruina y del terror fueron a buscar refugio en los islotes de la Laguna Véneta y allí, tras la barrera protectora de los *lidi,* bancos de arena, es donde se fundó Venecia. La leyenda dice que estas migraciones fueron en tiempos de Atila; pero lo cierto es que no se realizaron de golpe, sino que, a cada invasión que sufría Italia, sus moradores buscaban refugio en las lagunas, y cuando los lombardos hicieron su aparición en la península, los habitantes que se refugiaron allí ya no se movieron más.

Estos primeros pobladores de las lagunas debían llevar una existencia ruda y, en cierta manera, hubieron de fabricarse la tierra donde vivir. Hubieron de dar salida al agua, abrir canales, protegerse con diques hechos de zarzas y mimbres, procurar abrigo para las barcas y buscarse su alimento, y fueron la caza y la pesca los medios de que se valieron para su subsistencia. Por ello desde el primer momento los habitantes de la primitiva Venecia aparecen como excelentes navegantes, cuya intrepidez no les hacía vacilar en traspasar las olas suaves de la laguna.

Durante todos los siglos de su historia Venecia estuvo en relación constante con el Oriente, y ello marcó un sello especial a su manera de ser ya desde sus comienzos. En el siglo VI Venecia formó parte de las provincias de la Italia bizantina y bajo la autoridad del exarca de Ravena estaba gobernada por los tribunos. En el VII a estos tribunos se les superponía la autoridad de un duque, nombrado por el gobernador imperial de Bizancio en Italia. El poder de este duque, en sus orígenes no fue ni una sombra del que alcanzó más tarde, y por más que la leyenda veneciana lo presenta investido de poderes soberanos desde sus comienzos, el duque de Venecia no dejaba de ser un súbdito del emperador de Constantinopla.

Cuando Carlomagno, a fines del siglo VIII, se hizo dueño de Italia, se planteó a la ciudad de San Marcos un grave problema; pero los venecianos comprendieron muy pronto las



ventajas que les reportaba la lejana soberanía del emperador griego y se resistieron a pertenecer al imperial franco que los hubiera arrastrado a la civilización occidental y marcado con la huella del feudalismo. Parece ser que Carlomagno conquistó la indómita ciudad, pero sus habitantes se mantenían obstinadamente fieles a Bizancio, y en 812 Carlomagno restituyó al imperio bizantino las ciudades venecianas de la laguna juntamente con la Dalmacia e Istria, sin que ello impidiera las relaciones amistosas que siguieron existiendo entre Venecia y el imperio carolingio; pero la alianza de Venecia era mucho más estrecha con Constantinopla, ya que le ponía sus barcos a su disposición. Durante el siglo x Venecia ayudó al imperio bizantino a reconquistar la Italia meridional, y de esta ayuda obtuvo favorables ventajas para su comercio. Estas relaciones con Constantinopla fueron más intensas a partir del siglo IX en que Venecia desarrolló grandemente su marina con la creación de una flota de guerra que hacía más segura la comercial. Los venecianos traían al Occidente, procedentes de Constantinopla, las ricas telas de seda, plumas y pieles de la industria bizantina u obtenidas de su comercio con el Extremo Oriente. De esta forma la ciudad de las lagunas se convirtió en la intermediaria entre el Oriente y el Occidente y el comercio era la condición esencial de su grandeza. De esta actividad nació la prodigiosa riqueza de la ciudad que abarcó todas las esferas del arte y de la civilización tan característicamente marcados con el sello oriental. Los venecianos vestían a la moda bizantina y sus costumbres eran también imitadas de las de Oriente.

Para que Venecia fuera verdadera señora del mar y tuviera segura su ruta al Oriente era preciso abrirse ampliamente al Adriático, infestado de piratas, que restaban seguridad a su comercio. Para mayor garantía Venecia les pagaba un tributo, hasta que el duque Pedro II Orselo decidió, en el año 1000, acabar con él y salió al frente de una flota de guerra y obtuvo la sumisión de Zara, Curzo, Lagosta, etc. asiento de los piratas, dejando el Adriático libre al comercio veneciano. Dueña del Adriático, la aureola de prestigio y riqueza de Venecia aumentó más cada día, y el siglo XI fue el punto de partida de su admirable porvenir.

Cuando en 1081 subió al trono de Bizancio el emperador Alejo I Comneno, la situación del imperio era angustiosa. Roberto Guiscardo, duque de Apulia, había conquistado las posesiones del imperio en la Italia meridional, y no contento con tales triunfos quería llegar hasta el mismo corazón de

Bizancio. El emperador Alejo comprendió que no podía resistir el ataque normando por sus solas fuerzas, y pidió ayuda a Enrique IV, emperador germánico; pero éste, que proseguía su lucha con el papa Gregorio VII, no pudo ayudarle, y solo Venecia, atenta a sus intereses y que temía que los normandos pudieran adueñarse de los caminos que, a través de Constantinopla, conducían a Oriente y que, a la vez, siendo los normandos dueños de las islas Jónicas privaran a su flota la entrada en aguas del Adriático, decidió ayudar a Bizancio.

El emperador, a cambio de la flota que le prestó la ciudad de San Marcos, le otorgó grandes privilegios mercantiles. En el decreto imperial, *crisobula* (llamábase así porque estaba valorizado por el sello de oro del emperador), otorgado en 1082, se concedía a los mercaderes venecianos derechos para comprar y vender en todos los territorios del imperio sin tener que pagar tarifas aduaneras. En la misma ciudad de Constantinopla los venecianos obtuvieron una zona con numerosas tiendas y almacenes y puntas de escala en el muelle, donde podían trocar libremente. Tales privilegios daban a Venecia unas ventajas comerciales tal vez mayores a las del propio imperio bizantino y fueron la base de su potencialidad económica y mercantil.

1095

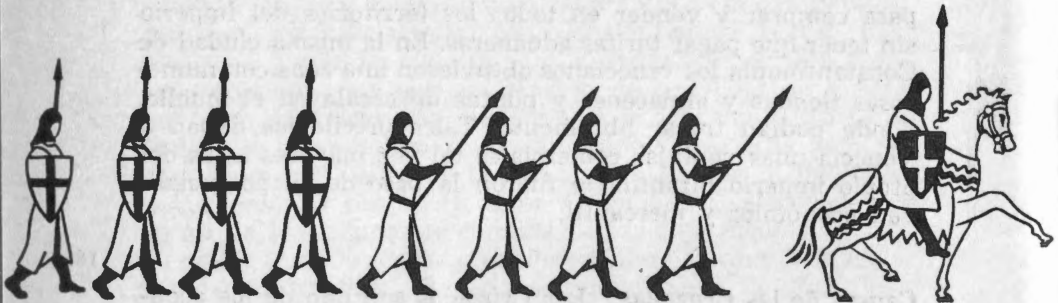
Causas de las Cruzadas. Las Cruzadas son uno de los acontecimientos históricos más complejos que pueden ofrecerse a la investigación. Para comprender en definitiva los ideales que las inspiraron, hay que analizar detalladamente los que impulsaron a la primera Cruzada, porque es en la que aparecen más puros los motivos. Hasta mediados del siglo XI se había visto en las Cruzadas causas puramente religiosas; sin embargo, y, sobre todo, a partir del impulso dado por Francia al estudio de este tema creando premios para las mejores obras a este respecto (1086), dejan de verse desde un único punto de vista religioso.

Fundamentalmente las Cruzadas representan la lucha entre dos religiones universales: la cristiana y la islámica, en pugna ya desde el siglo VII; pero, haciéndonos eco del historiador Kugler, diremos que ya en la primera Cruzada había dos partidos, el de las personas piadosas y el de los políticos.

A medida que va siendo conocida con más detalle la vida de la Europa occidental y el desarrollo de las ciudades italianas, aparecen más claros los intereses profanos que motivaron la conquista de los Santos Lugares, y en cada Cru-

zada se vigorizaban estos ideales hasta culminar en 1204 cuando los cruzados tomaron Constantinopla y fundaron el imperio latino.

Los árabes a mediados del siglo VII comenzaron su prodigiosa expansión y con vertiginosa rapidez conquistaron Siria, Palestina, Mesopotamia, el litoral del norte del África, Egipto, la región oriental de Asia Menor y casi la totalidad de España. En los siglos IX y X conquistaron Creta y Sicilia y casi todas las posiciones bizantinas en el sur de Italia, convirtiendo el Mediterráneo en un lago musulmán. Sin embargo, el islamismo primitivo era tolerante con las religiones de los países conquistados, permitiendo la libertad de cultos; los peregrinos podían visitar Palestina y elevaban allí iglesias sin ser molestados para nada. Pero cuando en 969 Pales-



tina fue conquistada por el califato fatimí, no cambiaron tampoco los acontecimientos. Sin embargo, al ser proclamado califa Al-Hokam inauguró una época de terror para los cristianos de Palestina. En 1009 el califa mandó destruir la iglesia de la Resurrección y el Gólgota, en Jerusalén, lo que era ya una evidente provocación a la religión cristiana; este período de terror acabó en 1021 con la muerte del califa; pero acontecimientos semejantes ocurrieron en la segunda mitad del siglo XI cuando los turcos selŷūqíes, después de la derrota del Mantzikiert (1071), infligida a los bizantinos, fundaron el sultanato de Rum o Iconium en Asia Menor y el general Atzig marchó sobre Palestina apoderándose de Jerusalén. Entonces empeoró la situación de los peregrinos que iban a los Santos Lugares, aunque, hay que reconocer que ha sido muy exagerada la atribución hecha a los turcos de haber perseguido encarnizadamente a los cristianos.

Lo que sí era cierto era el inminente peligro que corría el imperio bizantino frente a la amenaza turca, y que si caía Bizancio, todo el Occidente cristiano estaba amenazado

de tal suerte. Por otra parte Bizancio mejor que nadie se dio cuenta, después de Mantzikiert, que no podía luchar solo y volvió sus miradas a Occidente, y principalmente al Papa para que ejerciera su influencia cerca de los reyes cristianos y estos ayudaran según sus fuerzas.

En aquel momento la autoridad espiritual de Roma hallábase en apogeo. Con la guerra de las Investiduras el poderío del Sacro Imperio Romano Germánico se desmoronaba y la mística cluniacense daba al Santo Solio un inmenso prestigio. La navegación italiana se hallaba en condiciones de acometer la empresa, y el Papado también buscaba sus propios intereses, pues si la operación triunfaba, su influencia en Oriente habría de crecer, y tal vez la escisión producida en la Iglesia podría remediarse (1).



Además, durante todo el siglo XI los peregrinos a Tierra Santa eran muy numerosos y junto a los que iban allá individualmente existían verdaderas expediciones de hombres armados para visitar el Santo Sepulcro. Estos peregrinos desempeñaron un importante papel en las Cruzadas, porque fueron quienes informaron al Occidente de la situación de Tierra Santa, y quienes mantuvieron vivo el interés para reconquistar los Santos Lugares.

Otra de las causas que hay que tener en cuenta en el origen del movimiento de las Cruzadas, es el creciente aumento de población que ciertos países como Flandes y Francia sufrieron en el siglo XI y la calamitosa época que este siglo representó para este último país debido a las sequías y epidemias. Además, la nobleza feudal participaba del impulso religioso, porque veía en él posible logro de satisfacer sus intereses económicos. También los campesinos se mostraron

(1) **Véase:** ***Año 1054. Separación definitiva de la Iglesia occidental y oriental.***

entusiasmados porque oprimidos por las obligaciones feudales y abrumados por sus conciencias, veían en las Cruzadas la liberación de sus deberes sociales, la seguridad de sus familias y el perdón de sus pecados. Todo se hallaba, pues, propenso, moral y materialmente.

En 1095 el Papa había convocado en Piacenza un concilio a fin de resolver unas dificultades, y se presentó una embajada de Alejo I Comneno, emperador de Bizancio, pidiendo soldados mercenarios para combatir a los turcos que avanzaban peligrosamente por Asia Menor. Pedía ayuda, y no una Cruzada como la que se organizó, y su petición fue favorablemente ecogida. Los informes sobre esta entrevista son muy escasos, desgraciadamente.

En 1095 se reunió en Clermont el concilio de este nombre y el papa Urbano II lanzó el grito de Cruzada. La muchedumbre que asistió era tanta que hubieron de instalarse al aire libre. El Papa pronunció una arenga y al grito de «Dios lo quiere» fue aclamado por la multitud. Los que querían participar en la Cruzada adoptarían el emblema de una cruz roja, de ahí su nombre de cruzados. Se les prometió el perdón de los pecados, así como la seguridad de sus familias y la anulación de sus deudas. No se forzó a nadie, pero el voto de cruzado era irrevocable y el desistir de él llevaba pena de excomunión, y así desde Francia se propagó el entusiasmo por Italia, Alemania e Inglaterra.

1122

La mística cluniacense provoca la ruina del Sacro Imperio. La vida social de Europa a partir del siglo XI se organizó de forma eminentemente feudal; desapareció toda preocupación mercantil, porque la estricta dependencia del hombre a la tierra había impuesto el sistema de economía cerrada; en cada principado el príncipe se había convertido en verdadero soberano y gobernaba a una masa estructurada con engranaje feudal de la que el pueblo no tenía participación alguna en el gobierno, únicamente era la abastecedora del príncipe, en tanto que éste le garantizaba seguridad. El único lazo de unión entre estos estamentos sociales era su igualdad ante Dios; un mismo credo, que les hacía coincidir en sus aspiraciones, habría de ser la cuña que escindiría y llevaría al derrumbamiento la sociedad feudal. La Iglesia, imbuida de poderes temporales, había casi olvidado su primordial misión; el género de vida de los eclesiásticos era muy parecido al de

los seglares y llegó a ser muy frecuente el *nicolaísmo*, es decir, la costumbre del clero a convivir con una mujer, y su intervención continua y repetida en los asuntos mundanos, junto con una total relajación de costumbres que provocaba la infiltración de las costumbres feudales en el seno de la Iglesia, porque merced al poder temporal de que gozaba era uno de los mayores propietarios agrarios, lo que equivalía a decir poder jurisdiccional y derecho a percibir prestaciones serviles pues eran muchos los pequeños propietarios que se sometían a la encomienda de un monasterio, porque les parecía que la seguridad que les proporcionaba respecto al cuerpo, redundaba en la del alma. Consecuentemente se crearon en Alemania extensos principados eclesiásticos, que si en un principio fueron creados para mitigar la influencia de los duques, más tarde se convirtieron en peligrosos para el poder imperial.

En aquel mundo señorial y de corrompidas costumbres, la conciencia cristiana alentaba para una vuelta al individualismo tan completamente desaparecido del orden social. Esta impulsora fuerza mística cristalizó en la nobleza con una expansión religiosa y militar de la caballería, y en el pueblo, y también en el sector monástico, con una fuerza ética que caracterizó el movimiento cluniacense, que debía despojar a la Iglesia de su poder temporal.

El movimiento comenzó simultáneamente en tierras de Bélgica y en el Languedoc, que fue donde adquirió sus características especiales. En el 908 Guillermo de Aquitania fundó la abadía de Cluny, que dos años más tarde el abad Berno, de la regla benedictina, había de darle su peculiar categoría de cabeza de la recuperación monacal. Libres del poder laico y episcopal, los monjes de Cluny a lo largo de los años lucharon para separar a la Iglesia de sus poderes temporales y ganaron para su causa a multitud de cenobios de Cataluña, Navarra, Castilla, Lorena y norte de Italia, que ya a mediados del siglo XI combatían abiertamente la feudalización de la Iglesia. En 1049 fue elevado al solio pontificio León IX, convencido cluniacense, con el que se inició la reforma de la Iglesia. Desde aquel momento se persiguió el nicolaísmo y la simonía; se restableció el carácter ecuménico de la Santa Sede y, sobre todo, se decretó que el Papa debía ser elegido por el colegio cardenalicio.

Esta independencia de la Iglesia debía redundar inevitablemente en un choque con el imperio pues representaba una disminución del poder del emperador. Sin duda, la cumbre del imperio medieval alemán está representada por Enri-

que III (1029-1056); pero este monarca, que intervino de manera decisiva en las elecciones pontificias, puso en la Santa Sede a entusiastas defensores de la reforma de Cluny, que prepararon la ruina de la grandiosidad de sus propias posesiones y por ello, cuando su sucesor, Enrique IV (1056-1069), quiso renovar la táctica de sus antecesores de intervención en los asuntos de la Iglesia, chocó con la tenaz oposición de la aristocracia y del Papa, a la sazón Gregorio VII, y de ello surgió la guerra de las Investiduras. El emperador procedió a convocar un concilio en Worms (1076) para acordar la destitución del Papa; pero la respuesta del Santo Padre fue la excomunión del monarca que, atemorizado por tan terrible sanción, hubo de implorar el perdón papal en Canosa (1077). Las desavenencias se reanudaron a causa de la lucha que emprendió el emperador contra los feudales, que se atribuían los poderes temporales abandonados por los obispos, pero la fuerza renovadora era tan pujante que la suerte del monarca germánico empezó a declinar. El sucesor de Gregorio VII, Urbano II, apoyado por la opinión cristiana, en particular del clero francés, enardecida por el fervor místico, confirmó la independencia total de la Iglesia respecto al imperio y el abandono absoluto del poder temporal de los prelados, lo que fue aceptado por el monarca alemán Enrique V el 13 de septiembre de 1122 en el Concordato de Worms. La Iglesia se separaba del imperio, y esto en último término era la victoria del feudalismo laico, que se adjudicaba el poder abandonado por los obispos, y la ruina del poder monárquico en Alemania.

1152

Federico I Barbarroja. Tras los acuerdos tomados en el Concordato de Worms (1122), el poder imperial de Alemania iba debilitándose cada día más, víctima del feudalismo que reducía el Imperio a un conglomerado de principados, donde ya no se reconocía poder monárquico alguno. Muerto Enrique V, sus inmediatos sucesores, Lotario III y Conrado III, fueron políticos incapaces, durante cuyos reinados se hicieron casi independientes los ducados de Sajonia y Baviera, mientras el país perecía víctima de las luchas entre los que apoyaban las ideas pontificias (güelfos) y los partidarios de la política imperial (gibelinos), que con tanto tesón defendiera Enrique IV.

A la muerte de Conrado III, reunidos los electores en Francfort, eligieron, el 4 de marzo de 1152, a su sobrino Federico Barbarroja, que a pesar de ser partidario de los gibelinos, dado su parentesco con los güelfos, podía llevar la armonía entre las dos facciones principales de la Alemania de aquella época. El nuevo emperador, al ejemplo de Luis VII en Francia y Enrique II en Inglaterra, quiso imponer en Alemania una organización monárquica similar, e, investido de sus ideas imperiales, extenderla a toda la Cristiandad, resurgiendo de nuevo con ello la idea del Sacro Imperio Romano Germánico. Pero para sus planes de soberano absoluto Federico I iba a chocar con la realidad social de Alemania, que tendía al feudalismo y a ello contribuyó aún más el nuevo monarca porque, habiendo de apoyarse en sus vasallos para constituirse un ejército con que llevar a cabo las campañas de Italia, distribuyó gran número de feudos entre la servidumbre ministerial, lo que agrandó enormemente el fraccionamiento de Alemania.

Italia, donde las ciudades conseguían un renacimiento burgués, favorecido por el comercio que las Cruzadas abrían en el Mediterráneo, iba a representar la oposición a los planes del emperador. Como caudillo de la burguesía italiana se había alzado Arnoldo de Brescia, opuesto al poder temporal de los eclesiásticos y a la riqueza y jerarquía papales; el pueblo que capitaneaba, soñaba en reconstruir su imperio sobre una base medieval de autonomía urbana, en el que el Papa tendría el papel de mero sacerdote y el emperador un poder universal. Con tales ideales Arnoldo se hizo dueño de la Ciudad Eterna con un golpe de Estado (1153), y el Papa. a la sazón Eugenio III (el papa de la segunda Cruzada), hubo de pedir ayuda a Federico I. La expedición del monarca alemán a Italia se realizó en 1154, y Roma no tardó en caer bajo su poder. Arnoldo pereció en la hoguera, y el nuevo papa, Adriano IV, en 1155 coronaba a Federico I emperador. No obstante, a no tardar surgió el conflicto de Alemania con el Papado, puesto que éste quería considerar al imperio como un feudo de la Santa Sede, justamente la inversa de lo que soñaba Federico I, que vio en contra suya a las individualistas ciudades mercantiles italianas. Milán, que capitaneaba el levantamiento de las inquietas urbes de Lombardía, fue arrasada en 1160 y tras esta victoria el emperador depuso al papa Alejandro III por el antipapa Víctor V. Pero las ciudades no se amedrentaron y firmaron la Liga Lombarda junto con el depuesto papa Alejandro III. El emperador invadió la península con un poderoso ejército en 1167, pero la peste obligó a sus huestes a retirarse y cuando de nuevo regresó en 1174,

las milicias burguesas le derrotaron en Legnano (1176). Federico hubo de humillarse ante Alejandro III en Venecia, reconocer la autonomía de las ciudades lombardas y la realeza de Guillermo II de Sicilia.

Terminada su contienda en Italia el emperador pudo ultimar las discordias con Enrique el León, duque de Sajonia y Baviera, el más poderoso de sus vasallos a quien había dejado tras de sí en pie de guerra al empezar las campañas en Italia. Enrique el León, cuyas posesiones comprendían las principales vías económicas de Alemania, hubiera podido ser el promotor de una monarquía unificada, pero no lo comprendió así el emperador, sino que le destituyó y enfeudó sus estados: Baviera pasó a pertenecer a Otón de Wittelsbach, y Sajonia, separada de Westfalia, pasó a ser dominio del arzobispo de Colonia. Por eso la victoria del emperador significó el mayor fraccionamiento de su imperio.

En adelante Federico I se mostró más cauteloso; si bien intervino de nuevo en la política italiana y en 1183 firmó la paz con Constanza por la que concedía a las ciudades las principales condiciones que se estipularan en Venecia, no por eso permitió que dejaran de jurar fidelidad al emperador, el cual, comprendió la falta de recursos en que se hallaba para desarrollar su política monárquica e imperial, desposó a su hijo Enrique IV con Constanza (1186), heredera del trono de Sicilia, a la sazón la monarquía más rica y avanzada de Europa, acto por el que los dominios de Federico I abarcaban desde el Báltico a la Europa meridional.

1204

Fundación del imperio latino de Constantinopla. A fines del siglo XII la autoridad germánica en Italia era considerable, pero cuando en 1198 fue elegido papa Inocencio III se propuso restaurar en todo su vigor la autoridad pontificia en la península y tomar la dirección del cristianismo contra el Islam. Inocencio III no podía tolerar en el trono de Bizancio a un emperador cismático, y empezó una serie de negociaciones destinadas a lograr la unión de las dos Iglesias. El emperador Alejo se mostró obstinado en su negativa a las propuestas papales, y tras ello las relaciones entre Roma y Bizancio volvieron a ser tirantes.

Al propio tiempo el papa desplegaba gran actividad para organizar una Cruzada en la que se unieran los cristianos orientales y occidentales para conquistar al Islam los Santos Lugares. Los legados pontificios recorrieron todas las cortes de Europa con misivas reclamando ayuda; pero los monarcas

occidentales de más categoría no respondieron a la llamada del Sumo Pontífice y sólo el rey de Hungría tomó la cruz. En cambio, la caballería occidental, sobre todo la del norte de Francia, se alistó para la expedición.

Esta cuarta Cruzada iba a proporcionar a Venecia la ocasión de mostrar sus cualidades, y de obtener, gracias a su dux Dandolo, extraordinarias ventajas materiales. El dux cuando subió al poder contaba ya ochenta años de edad; pero por su actividad, habilidad política y clara comprensión de los fines económicos de la ciudad de Venecia, parecía un joven. Al empezar la cuarta Cruzada las relaciones veneciano-bizantinas no eran muy cordiales. La causa de la enemistad entre las dos potencias estaba en la rivalidad económica, porque los privilegios mercantiles, obtenidos por Venecia del imperio, habíanse visto menguados durante los últimos emperadores comnenos, y el dux no podía aceptar que después de varios decenios de monopolio comercial veneciano en el imperio, otras ciudades, como Génova y Pisa obtuvieran también privilegios. De forma que en la cuarta Cruzada saltaban dos personajes a primer plano. El Papado que deseaba la unión de la Iglesia occidental y oriental y Venecia que ponía ante todo sus intereses materiales.

Eligióse como jefe de la expedición a Teobaldo de Champaña que gozaba de general estima, pero como muriera repentinamente antes de dar comienzo a la Cruzada, pasó la dirección a manos de Bonifacio de Monferrato. Los cruzados debían reunirse en Venecia, que aportaba sus naves, a cambio de una suma de dinero, y desde allí dirigirse a Egipto, del cual dependía Palestina. Los cruzados no poseían dinero suficiente para pagar el coste de la travesía a Venecia, y esta potencia les propuso librarles del pago convenido si le ayudaban a conquistar Zara. Zara era una ciudad de la costa dálmata del Adriático, que hacía poco se había separado de Venecia para entregarse a Hungría. Estaba habitada por cristianos y muchos de ellos participaban en aquella expedición para conquistar los Santos Lugares; incluido el propio rey de Hungría, como dijimos. No obstante y a pesar de todo ello, los cruzados, sin vacilar, se dirigieron contra la ciudad, colaborando con los intereses de Venecia. De este modo la empresa contra los infieles empezaba atacando a una ciudad cristiana.



Entre tanto un nuevo personaje entraba en escena e iba a dar a la cuarta Cruzada su carácter definitivo. Era el príncipe Alejo Ángel, que pidió ayuda a Venecia y a los cruzados para recuperar el trono bizantino. Ello implicaba un cambio total en el carácter de la empresa; pero la mayoría de los cruzados se mostraron favorables a participar en la campaña contra Constantinopla y luego dirigirse a Egipto. A cambio del socorro el príncipe bizantino prometía someterse a Roma y participar luego personalmente en la Cruzada. El dux de Venecia vio abrirse nuevas perspectivas y en seguida se mostró favorable a la empresa.

La desviación de la cuarta Cruzada ha sido tema de estudio de multitud de eruditos, que han visto el problema desde distintos puntos de vista y en torno a ello se han suscitado diversas controversias. Es cierto que intervinieron diversos factores en su historia: el Papado, Venecia y el Imperio y la situación interna y externa de éste, pero es obvio que en su conjunto estuvo todo dominado por la fuerte personalidad de Dandolo y sus intereses materiales.

A fines de junio de 1203 los cruzados aparecieron ante Constantinopla, forzaron la cadena que defendía la entrada al Cuerno de Oro y penetraron en el puerto donde quemaron varias naves bizantinas. Venciendo la resistencia que hallaron en la ciudad, depusieron al emperador Alejo III, liberando a Isaac II, y restableciéndolo en el trono conjuntamente con su hijo Alejo, venido con ellos. Como éste retrasara el cumplimiento de las promesas hechas a los cruzados, empezó a crearse cierta tensión entre griegos y latinos y al empezar el año 1204 estalló una rebelión en la que fue depuesto el emperador por Alejo Ducas Murzuffo, miembro del partido popular y hostil a los cruzados, quienes consideraron no tenían con él ningún compromiso y concibieron el plan de apoderarse de Constantinopla por su propia cuenta. Firmaron un tratado con Venecia en el que se acordaba el gobierno que tendría la ciudad y el reparto de las posesiones y del botín. El 13 de abril de 1204 los cruzados se adueñaron de la ciudad; el emperador Murzuffo huyó y los cruzados durante tres días sometieron a Constantinopla al latrocinio, violencia y sacrilegio, en tal forma que los mismos musulmanes habían sido mucho más benévolos al tomar Jerusalén. El botín fue repartido entre seglares y eclesiásticos y toda Europa occidental se enriqueció con los tesoros traídos de Constantinopla.

Los conquistadores quisieron organizar un imperio como el que existía antes, y hubieron de elegir emperador. Un candidato probable era Bonifacio de Montferrato, pero contra él se opuso Dandolo y los electores hubieron de fijarse en Balduino, conde de Flandes. El imperio se repartió entre Dandolo y Balduino, teniendo Venecia gran interés en quedarse aquellos puntos claves de las costas que la mantendrían dueña del mar, y así el Imperio latino de Constantinopla era débil comparado con el poder que adquiría la República.

El Imperio latino de Oriente se estableció sobre bases feudales, significando el fin del período bizantino que perdió para siempre el puesto de potencia mundial.

1206

Fundación del imperio mogol. La parte septentrional del continente asiático estuvo habitada desde la antigüedad por poblaciones nómadas pertenecientes a las razas turca, mogólica y tonga. Sus habitantes eran en su mayoría pastores y cazadores, pero los turcos establecidos en el valle del Tarim, en contacto con el nestorianismo persa y el budismo chino, fueron extendiendo su dominación hacia el norte introduciendo así en Siberia una civilización sedentaria agrícola y el nestorianismo. Sin embargo, al llegar al siglo XI, el intento de civilización en aquellas hordas salvajes fue detenido por los Kirguisios, que ocuparon todo el país dejándolo en un estado de salvajismo más primitivo que el existente anteriormente. Pero, la cultura procedente del sur continuaba su avance civilizador; los turcos-mogoles, influidos por los uigiros, fueron adaptándose a la agricultura y adquiriendo una rudimentaria forma de gobierno. Los mogoles piratas vivían al oeste del lago Baikal; eran vecinos de los tártaros instalados al norte de la Manchuria, el pueblo más salvaje de todos los nómadas del Asia, y estaban divididos en tribus constituidas por diferentes clanes, en una de las cuales a fines del siglo XII nació Gengis Kan.

Gengis Kan organizó en torno suyo la unidad de las tribus oiratas, venciendo a los tártaros y a los keraitas. En 1206 podía hablarse ya de un verdadero imperio mogol poseedor de una magnífica caballería no inferior a 150.000 jinetes. Con tal ejército Gengis Kan se desbordó por todo el Altai y las provincias septentrionales del imperio chino, dominadas por la dinastía King, mogólica, a cuyo favor había combatido primeramente Gengis Kan.

La prodigiosa extensión, que en 20 años adquirió el imperio mogol, no deja de ser uno de los hechos más desconcertantes

de la historia de la humanidad. Cuando en 1226 murió Gengis Kan reunía en sus manos un dominio que abarcaba toda el Asia desde el Kwarezm y el Indo hasta la Manchuria y todos los terrenos meridionales de Rusia. Gengis Kan dejóse influir por políticos más civilizados, y después de haber hecho correr la sangre por todo el Asia, intentó que reinara la paz en sus estados a base de una férrea disciplina impuesta por el terror, que acabó con las luchas feudales del Asia central. Esta paz conocida con el nombre de «paz mogólica» hizo que las rutas caravaneras disfrutaran de absoluta seguridad.

En 1206, el año de la fundación del imperio mogol, la asamblea de nobles, Kurilai, que había dado a Gengis Kan poder sobre todas las tribus, aprobó el código por el que en adelante se regiría el pueblo mogol; se sancionaba el encubrimiento, los maleficios, el robo, el adulterio y con la muerte el asesinato. La sociedad era esencialmente feudal y por encima del poder de los pares se alzaba el del Gran Kan elegido por ellos. Gengis Kan había designado a Ogodai, el tercero de sus hijos, como su sucesor en el poder; pero ante las dimensiones del Imperio se impuso la división: Djagatai obtuvo los dos Turquestanes; Batú el Kanato de Guitchac y Tolui, el más joven de los hijos, la Mogolia oriental. Ogodai creó una capital en plena Mogolia, Karakorum, sede del gobierno del Gran Imperio, al mismo tiempo que organizaba administrativamente sus dominios y continuaba sus conquistas así en Asia como en Europa. A su muerte (1241), se frenó de nuevo el impulso de la conquista, pero el imperio formado por tal diversidad de razas y pueblos se constituía sobre una base política universal, que estaba firmemente unida a la del culto universal, y así cuando en 1253 el embajador flamenco de Luis IX propuso al Gran Kan Mongka una alianza contra el Islam, el mogol le responde que «las religiones son como los dedos de la mano y el budismo es la palma», en Karakorum se elevaron iglesias de todos los cultos y nunca como en el imperio mogol la teoría del imperio universal habría de tener tanta fuerza.

1214

Batalla de Bouvines. La supremacía temporal y espiritual del Papado triunfante en Alemania e Italia encontró viva oposición en las pujantes monarquías del occidente europeo. El desplazamiento del comercio a causa de la ruina de Constantinopla, favorecía el resurgimiento de las ciudades, principalmente de las del sur y oeste de Europa y a ello

siguió una potencialidad económica, que marcó también el auge político de las dos monarquías edificadas sobre una economía marítima: Inglaterra y Francia, que encontramos en esta época disputándose el dominio del mar y de los Países Bajos. El Papado apoyado hasta ahora en el imperio, continental, basado en un tipo de economía cerrada, asentada en una organización feudoseñorial, pues no otra cosa habían sido los imperios carolingio y otónida, tuvo que hacer frente a nuevas directrices de la Historia, porque el ideal de los Hohenstaufen, al querer extender su imperio y cimentarlo en el mar, de ahí su establecimiento en Sicilia, hubo de chocar necesariamente con el Santo Pontífice. En el mismo imperio surgía el dilema de seguir, o la concepción medieval del poder, que radicaba en el agro, o bien orientarlo hacia el mar, apoyándose en la fuerza económica que éste representa; pugna que no era otra cosa que la expresión de la rivalidad entre las dos orientaciones sociales de la época.

Creando el primer conflicto europeo surgieron en primer plano: por un lado la lucha entre Inglaterra y Francia por la soberanía feudal, el dominio del mar y la posesión de Flandes; y por otro la supremacía del Sacro Imperio en Europa y el poder del Papado para regir la vida de Occidente.

Las dos jóvenes monarquías occidentales no podían mantener una armoniosa relación desde que Inglaterra por el matrimonio de su monarca Enrique II Plantagenet (1135-1189) con Leonor de Aquitania, repudiada por Luis VII de Francia, era dueña de extensos territorios en Francia. Estos dominios hacían del monarca inglés, por su calidad de duque de Normandía y conde de Anjou, vasallo del de Francia, pero, por estas mismas posesiones, más poderoso que su señor. Las hostilidades, que interrumpió la tercera Cruzada, se reanudaron a la vuelta de los monarcas (sucesores de los anteriormente citados), Ricardo Corazón de León y Felipe II de Francia, quien aprovechóse del cautiverio del soberano inglés en Tierra Santa, para obtener éxitos en Normandía y concesiones del conde de Flandes, feudatario suyo y gran príncipe del imperio. Estas victorias quedaron eclipsadas a la vuelta de Ricardo Corazón de León y ponerse el conde de Flandes



a su lado. Habiendo muerto Ricardo, le sucedió su hermano Juan Sin Tierra, contra el que se sublevó la nobleza, hecho que fue aprovechado por Felipe II para acusar al inglés de felonía y decretar que debían ser confiscados sus feudos en territorio francés (1202). Al año siguiente las tropas francesas se adueñaban de Normandía y seguidamente del Anjou, Lorena y Poitou.

La situación en Alemania no aparecía más esperanzadora. Asesinado el Hohenstaufen Felipe de Suabia (1208), el Papa apoyó la elevación al trono de Otón de Brunswick, que apenas coronado mostróse partidario de la política imperialista de los Staufen, reivindicando Roma como feudo del Imperio. El papa Inocencio III le excomulgó y al año siguiente elevaba a la dignidad real alemana al joven Federico de Sicilia, junto con el cual buscó apoyo en el monarca francés, que preparaba en Boulogne una escuadra para invadir Inglaterra, con cuyo monarca Juan Sin Tierra concertó alianza el desairado Otón IV. En 1213 la escuadra preparada en Boulogne hízose a la mar; pero antes de la invasión a Inglaterra hacíase necesaria la toma de Brujas, y hacia el gran puesto flamenco dirigióse el ataque francés; pero en la batalla de Damme la escuadra inglesa causó un gran descalabro a la francesa (este fue el primer gran combate naval de Occidente). Sin embargo, no terminó aquí el conflicto, pues el monarca inglés preparó la invasión de Francia, a la que debían atacar el conde de Flandes y el emperador Otón IV por el norte y él por la Guyena. Felipe II buscó la alianza del duque de Brabante y en 1214 sus ejércitos derrotaron a los imperiales en la batalla de Bouvines que puso fin a la Gran Guerra de Occidente.

La batalla de Bouvines marca el fin de la hegemonía del Sacro Imperio, que ya no sería, en adelante, más que una entidad política desgajada de su condición de universalidad con la que se había revestido. Una nueva era se abría en provecho de los Estados occidentales, sobre todo de Francia. Los Países Bajos, atraídos por el comercio marítimo, rompieron con la política continental, característica del imperio, para buscar la alianza del monarca francés y también la Santa Sede abandonó sus antiguas tradiciones para orientarse hacia las individualistas monarquías occidentales. Así, pues, Bouvines marcó un nuevo equilibrio en la política europea y creó una nueva concepción política en las monarquías, que se afirmaban en su independencia temporal respecto al Papado.



1



2

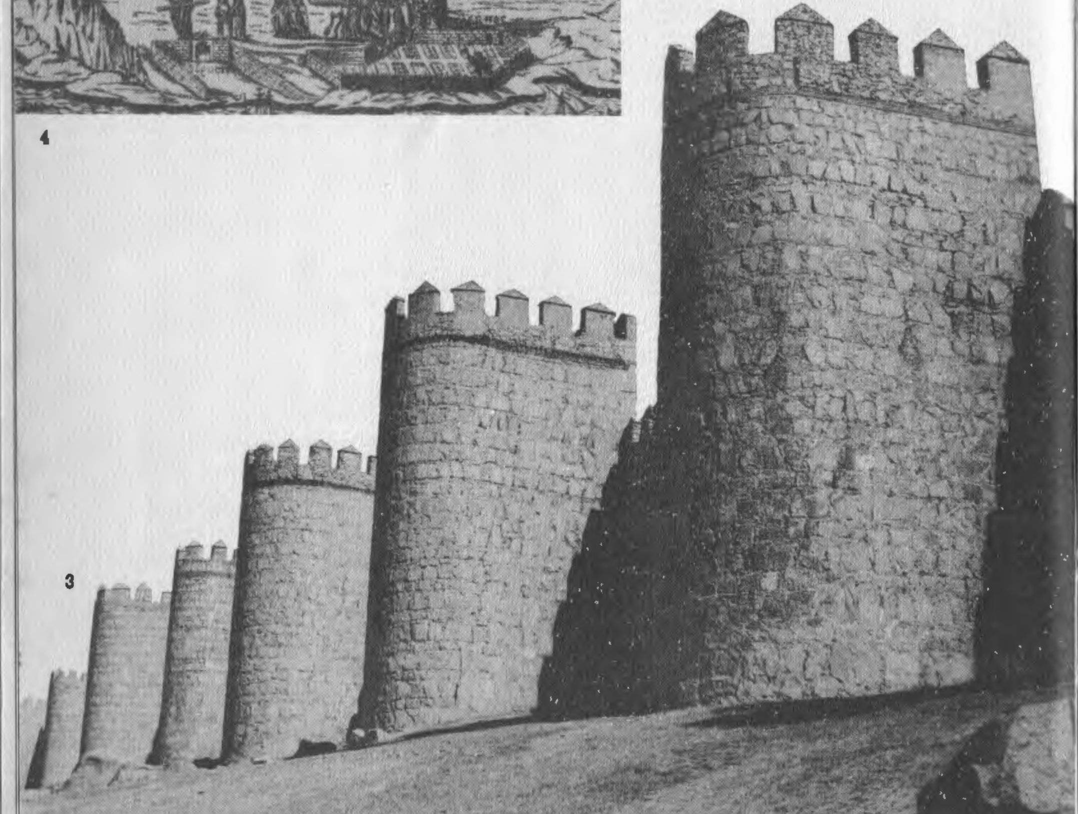
Esta escena medieval (1) nos adentra en una época de ambiente, vida y costumbres, peculiar y sugestiva: la Edad Media.

La ocupación general era la guerra (2). Las puertas de la ciudad amurallada se abrían al ejército que partía,

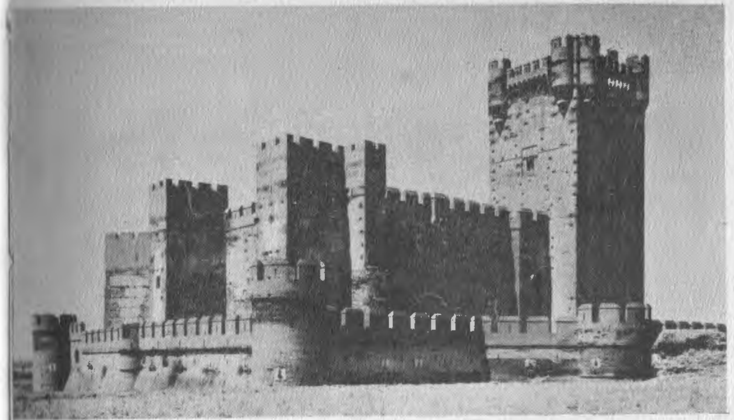


4

mientras los pétreos bastiones y el largo cinturón de las murallas (3) defendían por sí solos la plácida quietud (4) de la ciudad.

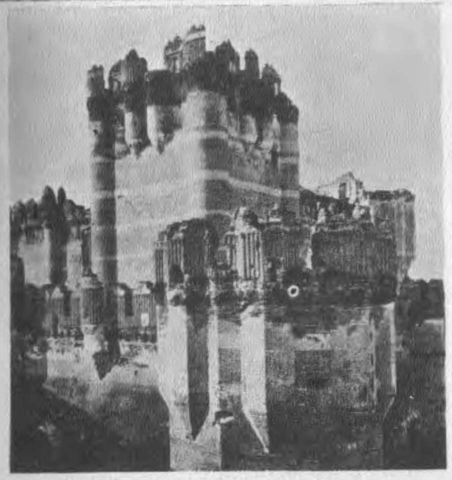


3

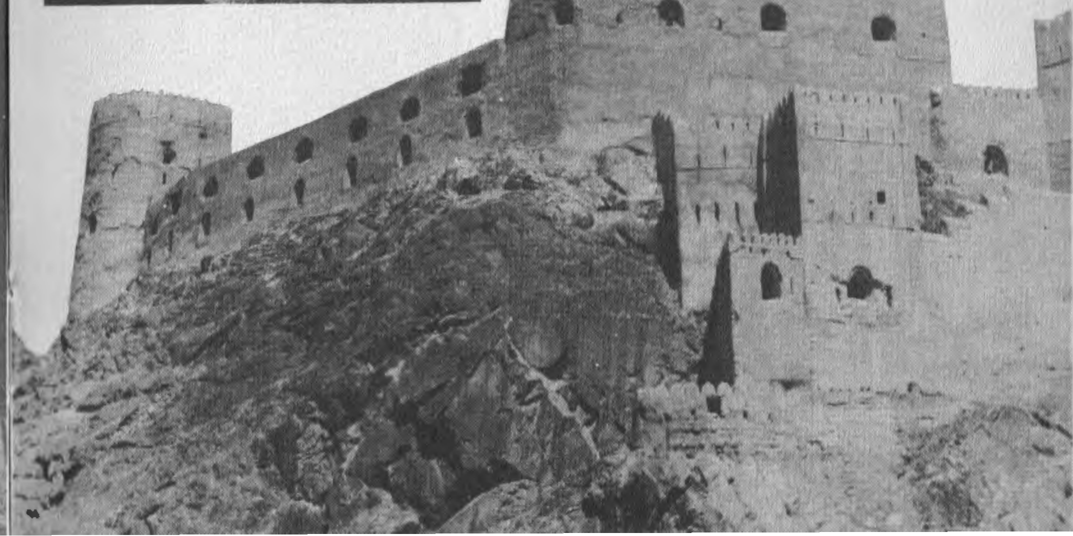


5

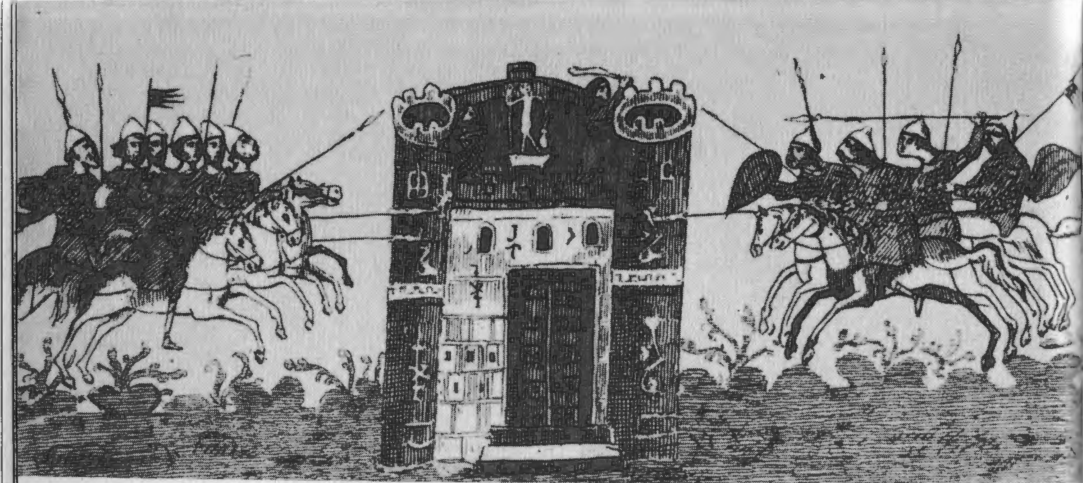
Y el castillo (5), bella estampa de la época, fortaleza (6) de sólida estructura, vigía del llano y de la comarca, sobre las abruptas rocas (7), era el símbolo de la seguridad y la morada del señor de horca y cuchillo.



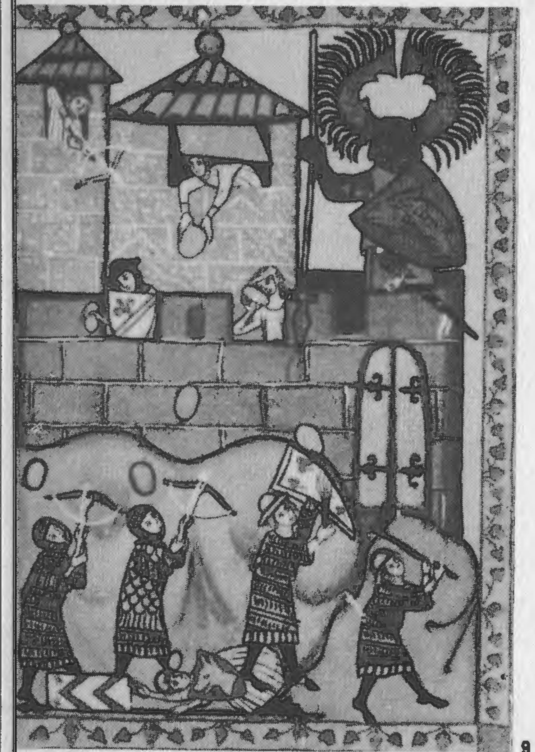
6



7



8



9



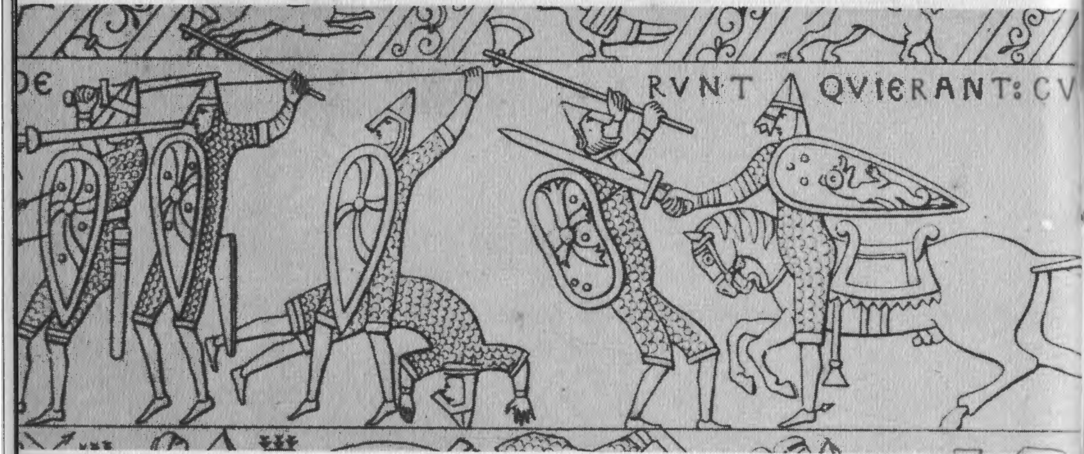
10

Pero si detrás de sus muros se podía vivir con seguridad, los ataques (8) a las fortalezas eran frecuentes y había que organizar la defensa con los medios (9 y 10) más primitivos y originales.



11

A veces el asedio era largo y terminaba con la rendición. Se entregaban las llaves (11) a los vencedores y éstos disponían de vidas y haciendas.



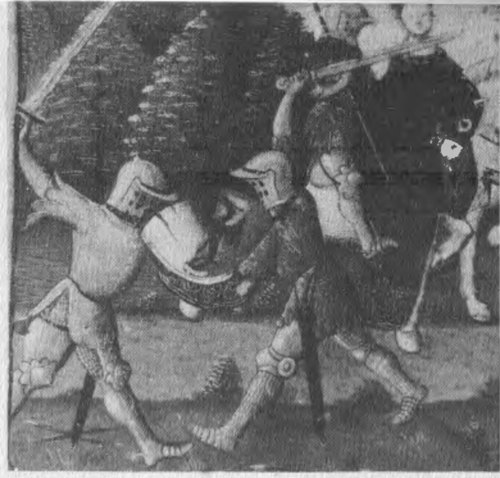
12



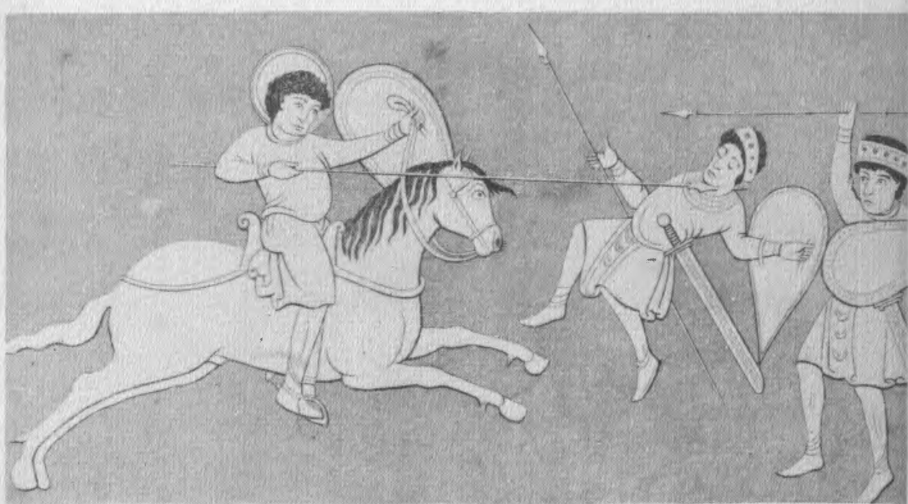
13

Pero, con mucha frecuencia, se dirimían las querellas a campo abierto (12 y 13), a pie (14), a caballo (15) o como Dios les daba a entender (16).

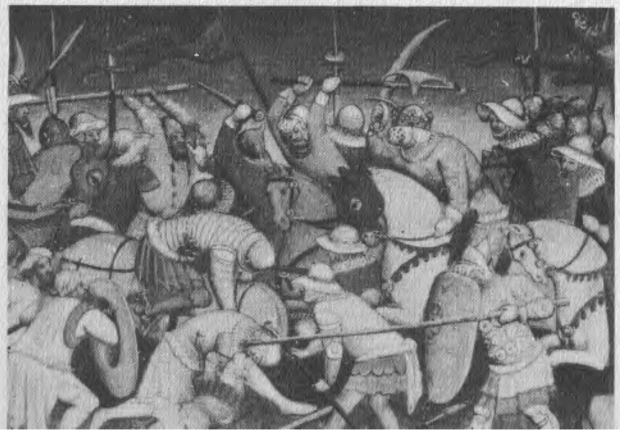
14



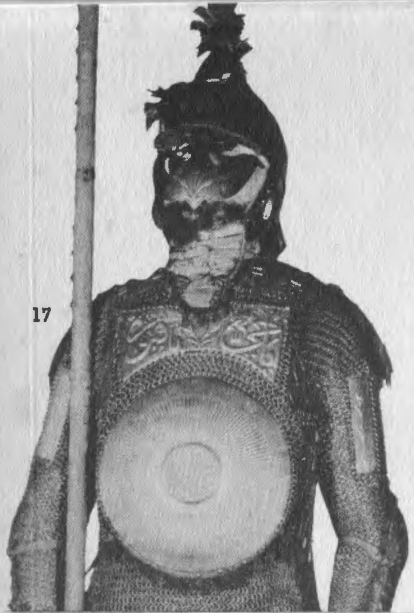
15

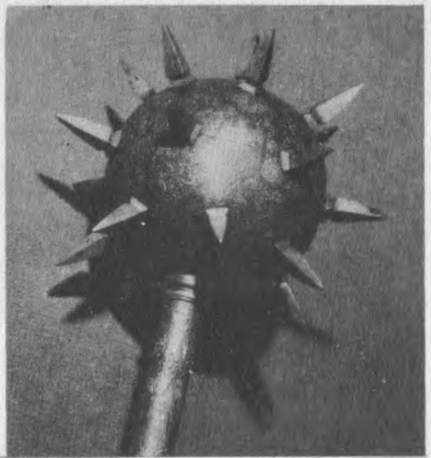


16

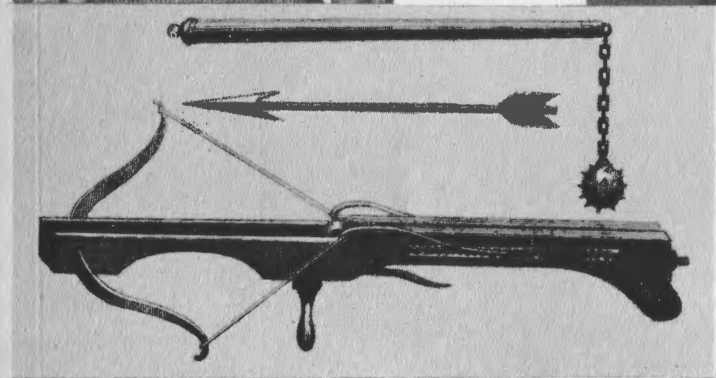


17



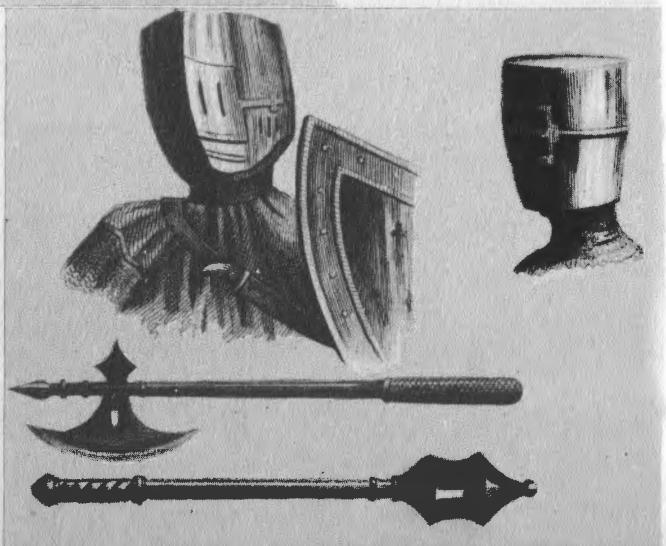


20



19

18



Menudeaban los golpes por ambas partes. Las férreas armaduras (17) no resistían mal los golpes así como los escudos y celadas (18). Pero, por otra parte, las armas ofensivas (19) estaban en consonancia con los obstáculos que habían de vencer. Estas mazas (20) de puntiagudos clavos, manejadas por manos hábiles y expertas eran temibles y difíciles de resistir sus golpes.



21

22



La técnica de la guerra evolucionó con el tiempo; los sitiadores (21) se proveyeron de armas ofensivas de largo alcance. La artillería preparaba el asalto. Y luego, el vencedor (22) paseaba sus banderas por la ciudad, orgulloso y magnífico.

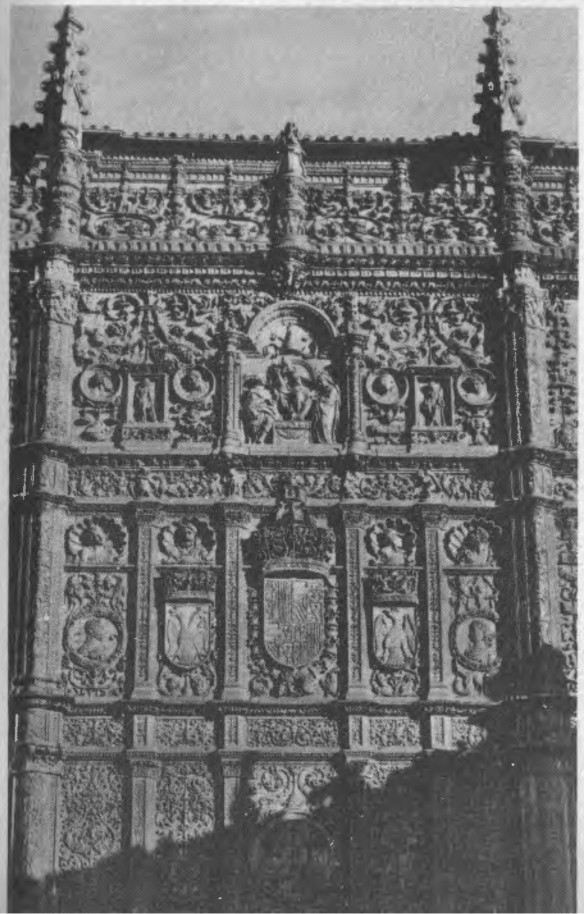


23

Se luchaba por cualquier cosa, y cualquier pretexto era bueno para hacer la guerra. Sólo en contadas ocasiones hubo un motivo justo: la defensa de un ideal (23).



25

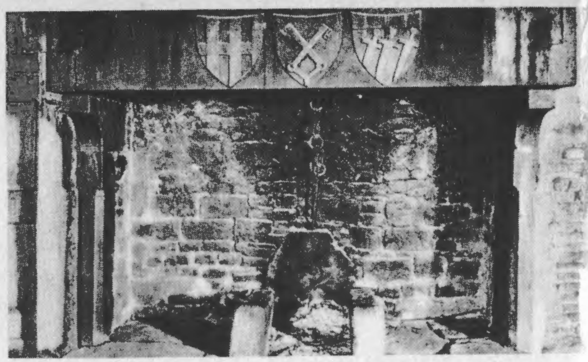


24

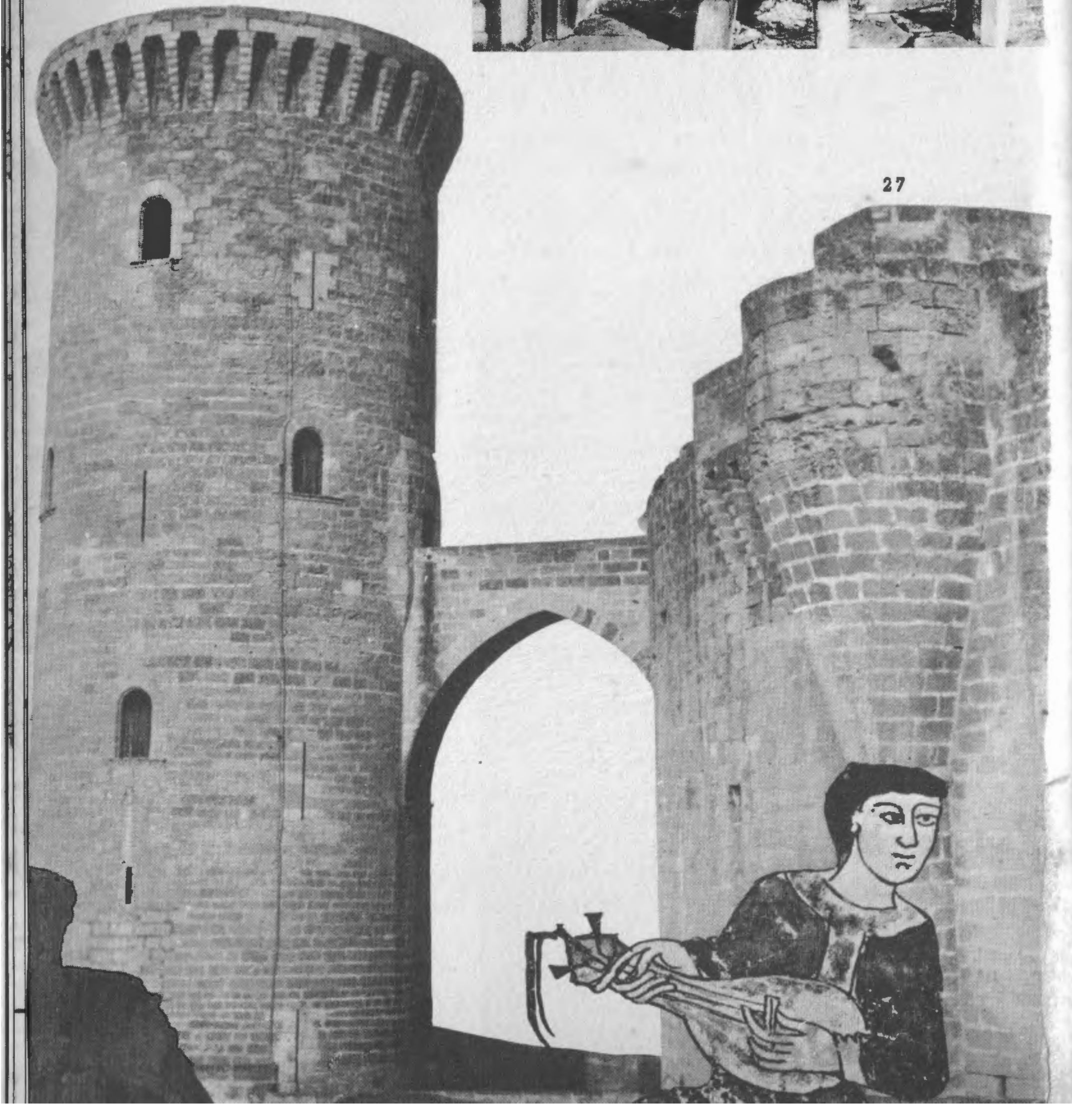
Pero este hombre medieval, luchador y guerrero, llevaba bajo la coraza una sensibilidad artística muy acentuada. El arte tuvo una manifestación tan pródiga y tan acabada que aún hoy llaman la atención las filigranas (24) con que labró la piedra y la armonía (25) con que concibió sus líneas.

El descanso junto al fuego (26) llegaba cuando los brazos no aguantaban el peso de la espada. Entonces, frente al escudo nobiliario se rememoraban las hazañas, que algún trovador ya había llevado a los lejanos castillos (27).

26



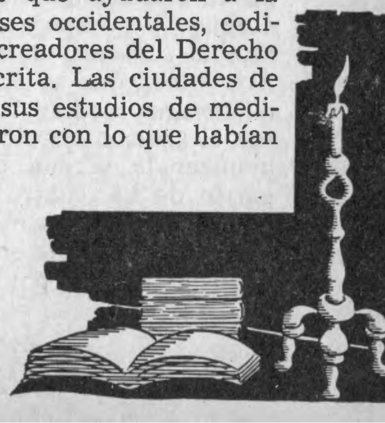
27



Las Universidades y el pensamiento escolástico en la Edad Media. El Occidente europeo, privado de todo contacto exterior durante el período feudal de la Alta Edad Media, vivió en un estancamiento cultural del que sólo empezó a salir cuando con la renovación comercial y urbana y la decadencia musulmana, que tuvieron lugar en el siglo XII, Europa despertó a la vida espiritual. Durante toda la Alta Edad Media el Islam fue el heredero de la filosofía de la antigüedad; las universidades árabes en España fueron las que transmitieron al occidente europeo el pensamiento universal aún antes de la Reconquista. Todo el siglo XII necesitó el occidente europeo para asimilar aquellos conocimientos que le transmitía el Islam, y en la siguiente centuria estuvo ya en condiciones de ofrecer las primeras muestras de aquel pensamiento intelectual e individualista que daría continuidad a la cultura antigua.

El instrumento de difusión de la cultura surgió de las antiguas escuelas catedralicias, que, protegidas por el Papado y los príncipes, acrecentaron sus enseñanzas hasta culminar en el siglo XIII en las Universidades.

Paralelamente a las escuelas catedralicias hubo ya durante el siglo XII otros centros que descollaron por el estudio de la jurisprudencia y de la medicina. Entre los primeros tenemos a la ciudad de Bolonia que, eminentemente urbana y comercial, despuntó por sus estudios de Derecho romano y atrajo a sus aulas a todos los legistas de Europa, y ya desde mediados del siglo XII se destacó por los estudios que comenzó el fraile milanés Graciano, para integrar el Derecho canónico en los principios del Derecho romano. Junto a Bolonia brillaron las escuelas de Montpellier y Tolosa fundadas en el siglo XII, y la de Orleáns en el XIII, que dieron a Francia, juntamente con Italia, la primacía de los estudios jurídicos. De estas escuelas salieron todas las instituciones que ayudaron a la formación de la monarquía en los países occidentales, codificaron el derecho feudal y fueron los creadores del Derecho privado, público y penal en forma escrita. Las ciudades de Salerno y Montpellier destacaron por sus estudios de medicina que, a través de los árabes, enlazaron con lo que habían hecho los griegos.



Sin embargo, la verdadera Universidad nació en París. Así como Bizancio fue el centro del pensamiento ortodoxo, puesto que Roma durante toda la Edad Media no descolló en la enseñanza de la teología, París, desde el siglo XIII, fue el árbitro del pensamiento católico. En esta ciudad, los estudios filosóficos, que con tanta maestría ya se habían planteado los antiguos, volvieron a reanudarse con toda intensidad. Profesores y estudiantes de todo el mundo se daban cita en la metrópoli francesa, y fue entre ellos entre quienes nació el deseo de agruparse en una organización profesional, una *Universitas*, con privilegios y estatutos propios. En 1215 el papa Inocencio III reconoció sus derechos y estableció los reglamentos que en adelante habían de regirla, dividiéndola en cuatro facultades con los correspondientes grados en cada una.

Esto sirvió de norma para las demás universidades europeas, que en seguida siguieron el ejemplo dado por París. En Italia, Salerno y Bolonia rápidamente siguieron el ejemplo y también Padua, Siena y Pavía. En España, las universidades de Salamanca, Palencia y Lérida surgieron por disposiciones reales en los primeros decenios del siglo XIII y en Inglaterra la de Oxford, también en el siglo XIII, y a no tardar (comienzos del siglo XIV), la de Cambridge. A partir de entonces tomó ya gran incremento la fundación de universidades, que fueron el vehículo de expansión y florecimiento de la cultura.

Del nombre *scholasticus*, que era con el que se designaba al que dirigía los estudios en las escuelas catedralicias, surgió el de *escolástica* para definir la forma de exposición y el pensamiento medievales. En el siglo XII, y principalmente a través de la Escuela de Toledo, se dieron a conocer las obras de Aristóteles, al mismo tiempo que las de sus comentadores: Averroes, Avicena y Maimónides. El problema de los «universales», que había apasionado a la Universidad de Damasco, aparece también como temática en la de París un siglo después, y el monje Abelardo, a través del pensamiento de filósofos árabes, introdujo los principios del método de Aristóteles, que se apartaban del platonismo orientador del misticismo medieval hacia un panteísmo. El aristotelismo fue el sistema seguido por la escolástica medieval para armonizar la verdad científica con la fe, principalmente a partir de los cuatro libros de *Sentencias*, publicados por Pedro Lombardo a mediados del siglo XII, y que culminó en la armonía perfecta entre el escolasticismo platónico y el aristotelismo lograda por Santo Tomás de Aquino y Duns Escoto,

que elaboraron un complejo sistema de pensamiento filosófico cristiano, armonizando el dogma con el saber antiguo, de tal forma que satisficiera las exigencias del racionalista más severo.

1215

La Carta Magna inglesa. Juan Sin Tierra fue tan imprudente, que su gobierno suscitó contra él a gran parte de la nobleza, descontenta de la centralización que les imponía el monarca, empeñado también en la intervención en los asuntos eclesiásticos y en un régimen de opresión fiscal. A fines de 1206 el Papa mostró su disconformidad, como había hecho otras veces, acerca de la política del monarca, que había expulsado de la sede episcopal de Canterbury a Esteban Langton, y elegido en su lugar a Juan Gray; con el obispo el monarca expulsó también al clero que le había reconocido y confiscó todos sus bienes. Incitado por el clero inglés el Papa dictó excomunión contra el monarca (1209), quien a pesar de ello no cesó en sus planes de centralización. Entonces, la Santa Sede, viendo el caso omiso que hacía Juan Sin Tierra de sus mandatos, buscó el apoyo de Felipe II de Francia, induciéndole a que obligara por las armas al monarca inglés al cumplimiento del anatema. El choque de las escuadras inglesa y francesa en la batalla de Damme, con la victoria para la primera, fue aprovechado por Juan Sin Tierra para reconciliarse con el Papa, ante el que hubo de humillarse (1213) y reconocerle como señor temporal de Inglaterra, en donde él regiría como feudatario de Roma. Langton fue puesto de nuevo en la sede episcopal y todo el clero, enviado anteriormente al exilio, volvió a Inglaterra, donde le fueron restituidos sus bienes. Esta claudicación del monarca respecto al Papado, tampoco satisfizo a la nobleza inglesa, y como poco después Inglaterra sufría el desastre de Bouvines (1214) se asistió a un levantamiento (noviembre de 1214), que acaudillaba el mismo Esteban Langton, y que agrupó a muchas ciudades inglesas y tomó cariz de verdadera revolución nacional al sumarse Londres a la sublevación. Juan Sin Tierra intentó una conciliación del clero, la nobleza y el pueblo con las disposiciones de la monarquía, pero aquellos estamentos estaban bien unidos por Esteban Langton y en junio de 1215 obligaron al monarca a firmar la Carta Magna. Se nombró una comisión de 25 miembros encargada de vigilar el cumplimiento, por parte del rey, de lo señalado y para rebelarse en caso

de incumplimiento del juramento real. Juan Sin Tierra obtuvo del Papa que suspendiera la aplicación de la Carta Magna en el mes de agosto de aquel mismo año y que excomulgara a sus enemigos, hecho que distanció al clero y nobleza ingleses, y el país se vio de nuevo envuelto en la anarquía. Las tropas del rey devastaron la parte oriental y norteoriental del país, en tanto que los rebeldes invitaban a Luis VIII de Francia a invadir Inglaterra. El monarca francés llegó a Londres en mayo de 1216 y fue vivamente aclamado por el pueblo inglés. Eran pocos los territorios que quedaban en poder de Juan Sin Tierra; pero el sentimiento nacional se avivó con su muerte y por el cansancio que ya producía el gobierno francés. Guillermo de Pembroke, en calidad de gobernador durante la minoría de edad de Eduardo III, ratificó la Carta Magna, que ya desde entonces fue piedra esencial en el ejercicio del poder.

El «consejo común» de la corte inglesa, formado por nobles, prelados y delegados de la ciudad de Londres, que hasta entonces había tenido una función meramente consultiva, adquirió con la publicación de la Carta Magna, inusitado poder, porque había de dar el asentimiento a cualquier disposición o impuestos reales.

En aquella centuria Inglaterra edificó los cimientos de su historia, porque aquel «consejo común» durante el reinado de Enrique III, convirtióse en una asamblea política con oposición entre sus miembros y tomó el nombre de *Parlamento*. El Parlamento inglés, con la lucha política que las discrepancias a su imposición suscitaron entre las prerrogativas regias y las libertades que reclamaba la nación, convirtió a Inglaterra en la primera nación de Europa en el sentido moderno de la palabra.

1229

La herejía albigense. El auge comercial de las Cruzadas, que reanudaron el tráfico marítimo en el Mediterráneo, habían hecho de los países del sur de Francia una de las regiones de cultura más elevada del país. Las ciudades, cada vez de individualismo más manifiesto, a causa del intercambio comercial abrieron sus puertas a las ideas orientales, y el misticismo, entonces de gran desarrollo en Occidente, adquirió franca influencia de la secta maniquea, nacida en Persia, y dio lugar a la herejía albigense, así nombrada porque tuvo uno de sus principales focos de acción en la ciudad de Albi en

el Languedoc. Flandes y Champaña fueron las primeras regiones afectadas por esta forma de pensar que habría de tener su mayor desarrollo en el condado de Tolosa.

Los albigenses admitían el dualísmo absoluto, es decir, los principios del bien y del mal, diciendo que el bueno había creado los espíritus y el malo la materia. En consecuencia negaban la humanidad de Jesucristo y atacaban los dogmas de la transustanciación y de la resurrección de la carne; consecuentemente también a la idea de que la materia era obra del principio malo, lo sería, por tanto, todo contacto con ella, y por ende eran de despreciar las riquezas, los honores y el poder. En Lyon, Pedro Valdez distribuyó todos sus bienes entre los indigentes y a sus seguidores se les llamó los «hombres pobres de Lyon»; castigaban el cuerpo con continuas mortificaciones; y como la muerte era considerada como un bien, permitían el suicidio; tampoco consideraban lícito el matrimonio, porque la «carne» era vista como una criatura diabólica a la que no valía la pena perpetuar.

Los concilios de Tolosa (1119), Reims (1148), Letrán (1179) y Verona (1184), anatematizaron a los herejes, y el mismo Federico Barbarroja publicó un edicto condenándoles al destierro, ordenando la confiscación de sus bienes y declarándoles incapaces para ejercer cargos públicos. La inutilidad de que todos estos métodos, que no privaban de que la herejía fuera difundiéndose, hizo que el papa Inocencio III decidiera intervenir activamente en el Languedoc. Envió allí a un legado, que murió asesinado, y sospechando lo fuera por orden del propio conde Raimundo VI de Tolosa, el Papa le excomulgó y desposeyó de sus tierras, ofreciéndolas a los nobles del norte de Francia, a quienes incitó, invistiéndoles de cruzados, a que acabaran por las armas con los herejes albigenses y les reintegraran a la ortodoxia católica. Simón de Monfort fue el caudillo de aquellos cruzados que iban a luchar contra sus propios hermanos (1209).

Aquellos caballeros del Norte, enardecidos por el fanatismo religioso y el ansia de botín, sometieron a un pillaje extremo aquella región, la más culta de Francia. La ciudad de Beziers fue tomada y saqueada y sus habitantes pasados todos a cuchillo; en 1213 los cruzados ya habían invadido el litoral del Mediterráneo y conquistado la mayoría de las plazas de Gascuña, y en poder de Raimundo de Tolosa quedaba únicamente esta ciudad y Montauban. Pedro II de Aragón, que veía en peligro su prestigio en el mediodía francés,

decidió ir en auxilio de su cuñado. El monarca pagó enteramente el ejército que pasó a la Galia meridional (según la *Cansó de la Crozada*), pero cuando todo parecía estar de su parte pereció en la batalla de Muret (1213). Entonces la victoria fue definitiva para los cruzados, y Simón de Monfort hizo suyo el título de conde de Tolosa, con la consiguiente propuesta de Raimundo VI y la resistencia del país que no aceptaba la dominación francesa.

Hasta 1226 con la toma de Aviñón por Luis VIII de Francia no se sometieron los languedocianos. La guerra terminó con el Tratado de París (1229), por el que el conde Raimundo cedía sus estados al rey de Francia San Luis, y casaba a su hija Juana con un hermano del rey francés. Además Raimundo se comprometía a perseguir a los herejes en los dominios que le quedaban, lo que puso fin radical a la herejía albigense.

La ruina del condado de Tolosa, que era la región de comercio más floreciente y la más adelantada, culturalmente, de Francia, privó a la monarquía gala de toda la influencia cultural y económica que le hubiera prestado, heredando Cataluña aquella riqueza y misión del Languedoc en el Mediterráneo.

1250

Fracaso del Sacro Imperio Romano Germánico. Mientras se mantuvo en Europa una organización señorial cerrada y una división de la sociedad en clases jerarquizadas, el Sacro Imperio Romano Germánico conservó su realidad de primera potencia política en Europa; pero después de la batalla de Bouvines, con el triunfo de la monarquía en Francia y del parlamentarismo en Inglaterra, Alemania ya no fue más que un estado antiguo e inerte, que comprendió que debía buscar el poderío en su contacto con el mar.

En 1220 fue coronado emperador de Alemania Federico II Hohenstaufen, el candidato predilecto de Inocencio III frente a Otón IV. El nuevo soberano poseía un carácter enérgico y a ello unía un espíritu cultivado formado en su floreciente corte de Sicilia, dotes que empleó entusiásticamente para poder devolver al Imperio la primacía mundial que ostentara durante la Alta Edad Media; instaló su residencia en Palermo, donde su corte adquirió el cosmopolitismo y la fastuosidad de las ciudades orientales, y reorganizó el estado siciliano sometiendo a los últimos reductos de sarracenos que quedaban en la isla, e hizo que el Papa se retractara de su deseo de que no se aunaran bajo un solo cetro las coronas de Alemania y

Sicilia. Decidido a orientar el estado germano hacia el mar y deseoso de la gloria imperial de sus antepasados, quiso reanudar su autoridad en la región del Po; pero ahí chocó con la resistencia encarnizada de las repúblicas urbanas, de profundas aspiraciones democráticas y de ideología albigense, que no podían aceptar las medidas legislativas de Federico II, completamente imbuidas en el Derecho romano, es decir el absolutismo del monarca que, a través de una escala jerárquica de funcionarios dependientes de él, ejerciera el poder. También su centralización había de chocar con la Santa Sede y mucho más cuando fue elegido pontífice Gregorio IX y exigió al emperador el cumplimiento de su voto de cruzado, y como no lo observara prestamente, el Papa le excomulgó. A pesar de ello, en 1228, Federico partió para Tierra Santa; pero en lugar de combatir contra el sultán de Egipto con el espíritu que habían animado las primeras Cruzadas, firmó con él el Tratado de Jaffa, que puso de manifiesto sus dotes de diplomático y por el que establecía un condominio cristiano-musulmán en Jerusalén y una paz entre la Cristiandad y el Islam basada en la tolerancia religiosa.

Tales conclusiones no podían ser aceptadas por el Papado que junto con las ciudades italianas se rebelaron contra la política autoritaria y centralizadora que pretendía imponerles el emperador, pero fueron derrotados en la batalla de Cortenuova (1237), éxito militar que colocó a Federico II en la cumbre de sus aspiraciones en Italia.

El prestigio del emperador levantó en todas partes oleadas de inquietud; Alemania, en donde había dado a los feudales gran independencia bajo la autoridad nominal de su hijo Enrique y a Conrado después, empezaba a desintegrarse en un caos feudal, a la vez más incoherente. En 1232 el Privilegio de Worms concedió grandes libertades a los príncipes germanos, y fue el camino que condujo a la nobleza a convertir sus posesiones en grandes poderíos autónomos.

En Italia, después de Cortenuova, la alianza contra el emperador fue todavía más estrecha, y Génova y Venecia se unieron con el papa Gregorio IX que en 1239 excomulgó de nuevo a Federico II. Italia se desgarraba en una sangrienta guerra entre güelfos y gibelinos, con victorias iniciales de los primeros, que permitieron al *Hohenstaufen* retrasar la elección de nuevo pontífice a la muerte de Gregorio IX. Después de 20 meses de sede vacante subió al solio pontificio Inocencio IV (1243), que tuvo que refugiarse en Lyon con el auxilio de las naves de Génova; desde allí el nuevo Papa,

partidario de las ideas radicales, convocó un concilio que destituía y excomulgaba a Federico II al tiempo que llamaba a todos los países de la cristiandad a una cruzada contra el monarca, y se elegía para ocupar su lugar a Enrique Raspe. También contribuyó el Papa a que creciera aún más en Alemania el partido de oposición a Federico II, entre el que figuraban sus propios funcionarios. Coaligadas contra él tantas fuerzas sufrió en Parma, en 1248, una derrota que quebrantó para siempre su prestigio y el del Sacro Imperio. Dos años después (1250) moría en Fiorentino.

Federico II ha sido una de las figuras más complejas y originales de la historia, poderosa personalidad, mezcla curiosa de vicios y virtudes, en la que se adivinan muchas de las ideas del hombre del Renacimiento, tanto por su racionalismo dirigido al campo de la ciencia, como por sus ideas religiosas; estaba convencido de la necesidad de una reforma en la Iglesia, pero no fue lo escéptico y racionalista que se le ha querido ver, sino, tan sólo, carente de la religiosidad medieval y de misticismo, porque éste no podía hallar eco en su naturaleza eminentemente intelectual.

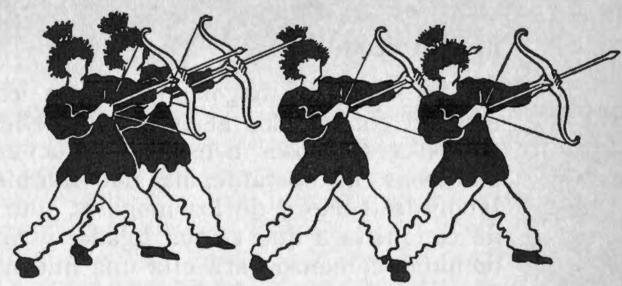
Su corte de Sicilia fue el punto donde se unieron tres civilizaciones: la griega, la latina y la árabe y durante el siglo XIII brilló como espléndido centro de vida intelectual en donde floreció por primera vez la poesía artística italiana. La influencia árabe fue muy notable en la vida del monarca que adoptó muchas de las costumbres orientales. Con escándalo de muchos de sus contemporáneos recomendaba la frecuencia de los baños y amenizaba con danzarinas los banquetes palaciegos e instaló un harén que fue famoso por las riquezas que encerraba.

Con la muerte del monarca se desvaneció su sueño. El reino de Sicilia fue cedido por el Papa a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, rey de Francia; pero la sangre de los Hohenstaufen en la enérgica figura de Manfredo, un bastardo de Federico II, iba a causar grandes disgustos al gran amigo del Papado.

1258

Fin del califato de Bagdad. La enorme extensión que iba adquiriendo el imperio mogol, tornábase cada vez más peligrosa para el califato, que veía amenazada su independencia con el auge creciente del gran imperio asiático central.

En Europa ningún estado era capaz de ofrecer una resistencia seria al avasallador poder que se avecinaba. Los mogoles habían conquistado Moscú en 1235, y sus incursiones



llegaban hasta Hungría, Dalmacia, Bohemia, y siguiendo la línea del Cáucaso hasta Georgia y Armenia. Las hordas mogolas de estas regiones pronto se islamizaron, y así el Kanato de Guitchac convirtióse en un estado musulmán. Su capital establecida en Sarai, en la desembocadura del Volga, volvió a tener la importancia comercial que disfrutaba antes de las invasiones, y volvieron a residir en ella los mercaderes genoveses y venecianos en espera de las caravanas procedentes del Asia central. La cristiandad occidental, ante el enorme poder que se le oponía, decidió contemporizar; en París se crearon cátedras para la enseñanza del mogol y del árabe y se establecieron relaciones diplomáticas con Karakorum. Pero los mogoles continuaban avanzando y en 1257 conquistaron Cracovia, y toda Rusia rápidamente se islamizó.

En Persia ocurría algo muy distinto, pues el Islam presentó frente al invasor una tenaz resistencia, y éste, aspirante al imperio universal, no podía ver por encima de su poder el del califa. El Gran Kan de Persia dio la orden de que se conquistara Bagdad, y sus ejércitos cruzaron Persia venciendo la resistencia presentada por los ismāilíes, y en 1258 Hûlākū, Kan de Persia, tomó Bagdad, matando al califa y a cerca de cien mil musulmanes, pero respetó a los cristianos.

El choque de los mogoles con el Islam no fue quizás tan grande como a veces se ha sugerido, pues la destrucción del califato abbāsí, que, aunque régimen decadente, tenía sello de legalidad histórica, fue el final de una era en la historia musulmana, si bien los mogoles no hicieron otra cosa que ratificar el fin de una institución ya decadente y fenecida.

Los cristianos que habitaban en Bagdad acogieron con júbilo la dominación mogol, y el rey cristiano de Armenia y el príncipe de Antioquía se apresuraron a concertar alianzas con el Kan mogólico para derrumbar el poderío de los sultanes mamelucos de Egipto, que cada día iban adquiriendo más poder; Alepo y Damasco hubieron de rendirse ante el poder conjunto de mogoles y cruzados.

Los invasores mogoles no fueron como los selŷūqíes, que estaban convertidos al Islam; aquellos eran paganos y no fueron respetuosos con las instituciones y tradiciones musulmanas, no obstante, ha sido también muy exagerada la labor destructora de los mogoles, que cesó tras las batallas de conquista a que estaba ligada, y una vez Persia bajo su dominio, comenzó para ella una nueva era cultural y de desarrollo económico. El Iraq fue el país más perjudicado por la conquista mogólica, pues incluido como provincia en un distante imperio oriental, cuyo centro radicaba en Persia, había cesado en su misión, desde antaño desempeñada, de ser canal para el comercio Oriente-Occidente, ahora desplazado más hacia el Norte y a Egipto, dejando el Iraq en completo olvido.

1261

Los Paleólogos restablecen la unidad del imperio bizantino. La cuarta Cruzada, que acabó con el fraccionamiento bizantino y la fundación en su territorio de varios estados, unos latinos y otros griegos, fue el origen del imperio bizantino.

El fundador del imperio de Nicea fue Teodoro Láscaris, que bajo el gobierno del emperador Alejo III luchó contra los cruzados y probablemente fue elegido emperador al huir Marzuflo en 1204 (1). Cuando los cruzados tomaron Constantinopla, Teodoro buscó refugio en Asia Menor, donde fundó el imperio de Nicea.

En 1258 subió al trono de Nicea Juan IV, que contaba únicamente siete años de edad. Miguel Paleólogo, que ya en el reinado de los anteriores emperadores había ocupado cargos de confianza, a pesar de que se había sospechado de él repetidas veces como el autor de intrigas y conjuras, pero que había tenido siempre la astucia y habilidad necesarias para alejar toda suspicacia, empezó a intervenir en los asuntos del gobierno. En aquellos años el imperio pasaba por un momento crítico y exigía un poder del que carecía el emperador niño. Las posesiones balcánicas estaban amenazadas por el despotado del Epiro, que había organizado una coalición en la que participaban el rey de Sicilia y el príncipe de Acaya. En 1259 se libró la batalla decisiva de Pelagonia en la que Miguel venció rotundamente a los aliados. Esta batalla tuvo una gran importancia para la restauración del imperio bizantino, porque con la derrota del príncipe de

(1) Véase: *1204 Fundación del Imperio latino de Constantinopla.*

Acaya el Imperio latino de Constantinopla quedaba privado del apoyo que aquél le prestaba.

Para ratificar más el éxito, Miguel Paleólogo firmó un tratado mercantil con los genoveses, eternos rivales de los venecianos, por el que se les traspasaba la supremacía comercial ejercida en levante por Venecia durante tanto tiempo. Génova ponía a disposición de Miguel su flota, siempre que no hubiera de ser empleada contra el Papa o los amigos de Génova.

El tratado, que iba a dar inicio a la pujanza comercial de Génova, se firmó pocos días antes de que las tropas de Miguel se apoderaran de Constantinopla, hecho que tuvo lugar el 25 de julio de 1261. Miguel, que se hallaba en Asia Menor, dirigióse rápidamente a la capital donde entró en medio de los vítores de la población. El emperador Balduino II huyó a Eubea. Miguel hizo cegar al infortunado Juan IV, y él mismo, restaurador del imperio con el nombre de Miguel VIII, creó la dinastía de los Paleólogos. La capital volvió a trasladarse de Nicea a Constantinopla. La extensión del imperio que restauraba Miguel era muy inferior a la del imperio de los Comnenos y Ángeles. La capital no se había repuesto aún del saqueo a que fue sometida en 1204, y Miguel la halló en un estado de gran decadencia y ruina. El magnífico palacio de la Blanquerna, con las inmensas riquezas que contenía, hallábase inhabitable; y si bien el imperio de los Paleólogos fue uno de los centros principales de civilización del mundo, Constantinopla ya no fue jamás la primera ciudad europea.

Los Paleólogos ocuparon el trono bizantino durante un largo período (1261-1453), siendo la dinastía más duradera de toda la historia bizantina. A causa de la mezcla en el seno del imperio de los elementos occidentales y orientales, la época de los Paleólogos se caracteriza por un gran florecimiento artístico y cultural; pero a pesar de ello es una de



las menos estudiadas de la historia bizantina. A excepción de la dę Miguel Paleólogo no se posee ninguna monografía completa sobre cualquiera de los monarcas de esta dinastía y muchos valiosos documentos y crisóbulas imperiales pertenecen aún a manuscritos inéditos de las bibliotecas de Oriente y Occidente.

1274

Los mogoles en China: la dinastía de los Yuan El pueblo mogol iba adquiriendo profunda influencia en la historia universal. Sus habitantes, dedicados en un principio al pastoreo, se convirtieron en un pueblo unificado por Gengis Kan, el Emperador de los Mares (1167-1227), en una Dieta reunida en Karakorum en 1200. Sus rápidos jinetes se hicieron rápidamente dueños de toda la Mogolia, atrayéndose la ayuda de todos los pueblos descontentos del Norte y realizaron varias correrías con éxito en Manchuria y en la llanura del río Amarillo. Sus hombres desbordaron la Gran Muralla, penetrando en China; pero fueron detenidos en varias ciudades amuralladas. En 1215, sin embargo, la capital Yenching (la actual Pekín), debilitada, se les sometió siendo sus habitantes pasados a cuchillo, aunque el emperador pudo huir a Kaifeng.

El sucesor de Gengis Kan, Ogodai, reanudó las hostilidades con un movimiento que alcanzó hasta el sur del río Amarillo; su hermano Tului participó también en otro movimiento que atravesó la provincia de Szchuan. En 1233 Subotai tomó Kaifeng y en 1234 las fuerzas mogólicas, ayudadas por tropas chinas, vencieron al emperador de China, que tuvo que huir hacia el Este. Si los chinos se hubieran mostrado pacíficos a la dominación mogol, así hubieran terminado las conquistas de este pueblo en el Asia oriental; pero los chinos se rebelaron, y ello fue el comienzo de una guerra que iba a durar cuarenta y cinco años. Los mogoles necesitarían toda su energía, pues iban a combatir en un terreno difícil para su caballería y con embarcaciones a las que no estaban acostumbrados. China luchó valerosamente para defenderse de aquel pueblo de bárbaros, pero sus esfuerzos fueron vanos. En 1275 Nankín se rindió después de una horrible matanza de más de un millón de personas, y en 1276 fue ocupada Cantón, donde se habían refugiado los últimos príncipes de la familia Sung. Podía decirse que la conquista había terminado. Ya en 1274 Kubilai había hecho de Pekín la capital de su imperio e instaurado la dinastía Yuan.

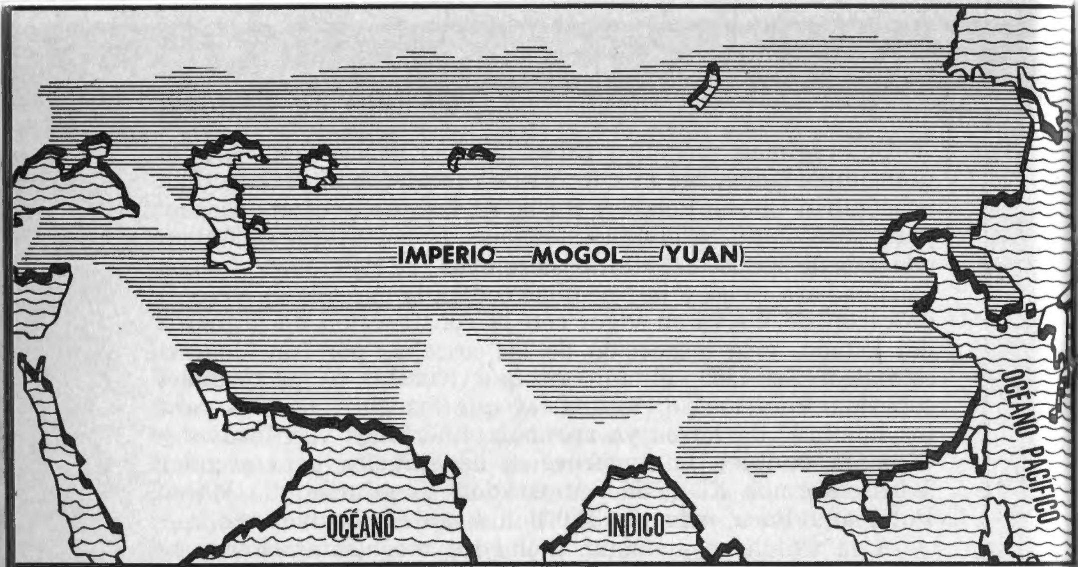
Del régimen mogólico China obtuvo varias ventajas. De gran importancia fue el sistema de carreteras imperiales que conectaban China, Persia y Rusia, en las que se establecieron, para necesidades oficiales, estaciones de postas que contaban con más de 200.000 caballos para relevos; se repararon muchos canales para riego y las medidas contra la carestía de víveres entraron de nuevo en vigor con la construcción de graneros del Estado, y la inspección de las cosechas por funcionarios estatales. En 1260, el año en que Kubilai se proclamaba soberano universal, dictó una ley que instituía socorros para los hombres de letras ya ancianos, huérfanos y enfermos y disponía también la construcción de edificios para atender a los enfermos. El mismo emperador, como atestigua Marco Polo, atendía a más de 30.000 indigentes diariamente.

A la China propiamente dicha los mogoles añadieron la zona sudoccidental, posteriormente conocida con el nombre de Yünnam, residencia de los reyes siameses durante el período Tang. Aunque la autoridad nominal de la provincia estuvo en manos de un príncipe siamés, era, en realidad, administrada por funcionarios mogoles. En 1257 Unangkatai, general de Kubilai, invadió Annam y redujo a vasallaje a su rey. Entonces Kubilai dirigió sus miras al Japón y tras dos intentos de entrar en relaciones con este país por vía amistosa, envió en 1274 una flota de invasión con la que no tuvo mayor éxito que con sus anteriores esfuerzos. En 1281 se reunieron dos flotas, una en Corea y otra en la costa sudeste de China. La falta de celo de los vasallos mogoles, el retraso no previsto de la flota china y un tifón que se desencadenó, fueron los factores que más contribuyeron al fracaso de los invasores, que quedaron por millares a merced de los isleños.

En las decenas siguientes los mogoles desembarcaron en diversos sitios de la zona sudoriental de Asia; pero estas ocupaciones fueron meramente temporales.

Con la dominación mogólica China no quedaba ya aislada del resto de Asia ni de Europa; no era más que el fragmento de un gran gobierno que se extendía desde Corea al Danubio. La prosperidad económica de China bajo esta dinastía, hacíase sentir por toda Europa, y a este desarrollo comercial correspondía el intelectual, favorecido por el lujo de la vida.

La política de los Yuan poco a poco fue tropezando con dificultades de orden fiscal, pues los gastos pronto rebasaron los recursos normales del impuesto. La decadencia de la India, provocada por la dominación turca, entorpecía el comercio marítimo, lo que produjo una notable disminución



del rendimiento de los impuestos. Todo ello produjo un retroceso de la economía china en el plano internacional y una disminución de la capacidad de compra de China. Al descontento provocado por la crisis se sumó la oposición nacional al gobierno de los «extranjeros»; la administración se cerraba cada vez más a los nacionales, pero en 1312, ante la creciente oposición de éstos, que tomaba ya un carácter amenazador, el emperador cambió de política y la administración se abrió de nuevo a los chinos. Pero ya entre la nación y el gobierno forjábase una ruptura fatal.

En 1340 estallaron las primeras sublevaciones a las que el gobierno respondió prohibiendo a los chinos la posesión de armas y caballos. La lucha se entabló y ya desde aquel momento fue imposible detener el movimiento.

1282

«Vísperas Sicilianas». La clave de la política exterior de Miguel Paleólogo se halla en su actividad frente al reino de las Dos Sicilias. La unión de la isla con Alemania mantúvose hasta 1250 en que murió Federico II Hohenstaufen, que la dio en calidad de herencia a su hijo natural Manfredo. Las relaciones de este monarca con Balduino II, emperador latino de Constantinopla, eran cordiales, lo cual no dejaba de inquietar a Miguel y mayormente cuando Manfredo entró en tratos con el *podestá* de los genoveses. Sabedor de ello Miguel expulsó a los genoveses de la capital y volvió a establecer relaciones con Venecia, que recuperó sus antiguos privilegios.

Pero el Papa, viendo debilitada la fuerza de los Hohenstaufen, a la muerte de Federico II, quiso también intervenir en los asuntos de Sicilia. El realizador de los designios del Sumo Pontífice fue el hermano de San Luis rey de Francia, Carlos de Anjou, a quien el Papa invitó a ocupar Sicilia, no tanto para eliminar a los Hohenstaufen como para que le ayudaran a restaurar el Imperio latino de Constantinopla.

En 1266 Carlos de Anjou derrotó a Manfredo, y Sicilia y Nápoles pasaron a su poder siendo proclamado rey de las Dos Sicilias. Inmediatamente después de ser coronado rey, Carlos gestionó con el depuesto Balduino II un tratado por el que éste le cedía el poder supremo en todas las posesiones francas en el Imperio latino.

Miguel captó rápidamente la habilidad de la política de Carlos de Anjou, y defendiéndose con la misma arma le apartó del Papa empezando a tratar con éste de la unión de las dos Iglesias, y reanudó su amistad con los genoveses que ocuparon en Oriente el lugar de Venecia.

Los planes de Carlos de conquistar la Italia meridional y sus propósitos agresivos respecto a Bizancio no eran aprobados por su hermano San Luis, y Miguel fundó en él sus esperanzas de apoyo, pero la repentina muerte del monarca francés en Túnez, cuando llevaba a cabo su Cruzada contra el Islam (1270) deshizo las esperanzas de Miguel VIII, y Carlos de Anjou pudo desarrollar libremente sus propósitos ofensivos contra Bizancio. A comienzos de la octava década envió sus ejércitos al Peloponeso y ocupó varias plazas fuertes balcánicas entre ellas Dyrrachium.

La situación de los bizantinos era sumamente crítica porque en torno a Carlos se unían todos los descontentos de Miguel, si bien éste, en su alianza con el Papa, logró retardar un año la campaña ya decidida contra él del monarca siciliano. Pero a la muerte de Gregorio X subió al solio pontificio, Martín IV, que rompió su alianza con los bizantinos y púsose de parte del rey de Sicilia. En 1281 formóse contra Bizancio una fuerte coalición que comprendía las fuerzas de las posesiones de los antiguos territorios del imperio, el Papado, Francia, Italia, la flota veneciana y la de los servios y búlgaros.

El 31 de marzo de 1282 se produjo en Palermo una revuelta contra la dominación francesa. La rebelión, que ha pasado a la Historia con el nombre de «Vísperas Sicilianas», y que parece un fenómeno perteneciente a la política occidental, influyó poderosamente en la historia de Bizancio.

La población de Sicilia estaba descontenta del gobierno y opresión franceses, y este desagrado fue explotado por Pedro de Aragón y Miguel VIII. El rey de Aragón, pariente del difunto Manfredo, que no podía tolerar el creciente poderío de Carlos de Anjou y que ambicionaba el dominio de Sicilia, buscó sus aliados en Italia, principalmente entre la nobleza siciliana y fomentó la rebelión. La insurrección fue afortunada y en el mismo año Pedro de Aragón ceñía la corona del reino a pesar de los esfuerzos de Carlos para expulsarle.

Estos sucesos fomentaron la alianza de la Casa de Aragón con Bizancio y quebrantaron el poderío del papa Martín IV. También Venecia se apresuró a romper sus lazos amistosos con el vencido Carlos de Anjou, para estrecharlos con Pedro de Aragón y tres años más tarde firmó con Andrónico el Viejo, sucesor de Miguel VIII, un tratado de amistad. El imperio estaba a salvo una vez más.

1305

La Santa Sede en Aviñón. Cuando subió al trono francés Felipe IV el Hermoso (1285-1314), quiso obtener la soberanía absoluta en el Estado, imponiéndose tanto a la nobleza como a la autoridad ecuménica del Papado. Decidido a asociar al poder real fuerzas que le aportaran máximo poder, gobernó no ya con los nobles sino con la burguesía, formada en las escuelas del Derecho romano, que sería su principal apoyo para lograr la centralización realista y la política de unidad nacional. Tal sistema de gobierno rompía rotundamente con las formas tradicionales de la monarquía, pero la personalidad que adquirió Francia no hubiera sido posible con el sistema medieval. La nueva monarquía gala no dejó de lado el ideal de un imperio universal, tan fuertemente arraigado en Occidente, desde los primeros romanos, pero los sustituyó por una sociedad de todas las naciones cristianas bajo la soberanía de Francia. Ello equivalía a reemplazar la primacía del Papa sobre las naciones, por la de una de ellas.

Felipe IV quiso para Francia los límites territoriales de la Galia romana, y por ello su política se orientó a la recuperación de la Guyena y Flandes, lo que significaba chocar de nuevo con Eduardo I de Inglaterra, aliado de los condes flamencos y de Adolfo de Nassau, rey de Alemania. Los primeros encuentros con los flamencos pusieron en poder del rey de Francia Flandes y la Guyena; pero el monarca no contaba con la reacción democrática de las urbes flamencas.

Los enviados franceses fueron degollados en los «Maitines de Brujas», y en 1302 el ejército de las milicias comunales flamencas derrotaban a la caballería francesa en la batalla de Courtrai; pero las ciudades estaban aún demasiado divididas en luchas sociales para mantener por mucho tiempo un esfuerzo continuado contra el rey francés, que recuperó su soberanía en Flandes en 1304.

Tanto en Inglaterra como en Francia, para sostener los gastos que ocasionaba la guerra, se gravaba con impuestos los bienes de la Iglesia, cosa que el papa Bonifacio VIII había prohibido; pero como Felipe IV impidiera la salida de cualquier suma de dinero para la Santa Sede, el Papa viose obligado a ceder (bula *Etsi de statu,* 1297). Poco después (1300) se celebraba en Roma el gran jubileo de la Iglesia, y el Papa creyóse dueño de la Cristiandad al ver la gran afluencia de peregrinos de todo el orbe y quiso imponer su autoridad en la querella que de nuevo había surgido entre Escocia e Inglaterra, pero por unanimidad el Parlamento afirmó la soberanía de la nación frente a la Santa Sede.

En esta situación Bonifacio VIII también aspiró a la preeminencia sobre el rey de Francia y como apoyara al obispo de Pamiers, apresado de lesa majestad por el monarca francés, éste convocó en 1303 los primeros Estados Generales del reino, formados por delegados del clero, que, por separado, votaron unánimemente en favor de la autoridad real por encima de la del Papa.

Frente a esta actitud inesperada, Bonifacio VIII trató de hallar apoyo en Alemania, donde se esforzó en hacer revivir el poder imperial, pero, caduca ya la época feudal, era inútil querer remozar el Sacro Imperio y el poder teocrático. En vano el Papa pregonaba su poder por encima de los príncipes y de las naciones, porque convocados de nuevo los Estados Generales en Francia decidieron la expulsión de Bonifacio VIII alegando que había sido nombrado ilegítimamente en vida de Celestino V. Fue enviado a Roma Guillermo de Nogaret para que obligara al Papa a abdicar; pero Bonifacio se negó a cumplir las órdenes del rey y se mantuvo digno ante el ultraje sufrido en Agnani (1303), si bien fallecía poco después víctima del atentado de que fue objeto. Tras el breve pontificado de Benedicto XI, el cónclave, a fin de que el rey de Francia desistiera en su empeño de hacer juzgar al difunto pontífice, elevó al solio pontificio a Clemente V.

El nuevo Papa fue juguete de los deseos de Felipe IV. Formó el Sacro Colegio con cardenales franceses y abolió

las bulas que había promulgado su antecesor en la silla papal y abandonando Roma fue a instalarse en Aviñón en donde iba a continuar la Santa Sede hasta 1377. Este período de oprobio para la Iglesia, que estuvo completamente sojuzgada por los deseos del rey francés, es conocido con el nombre de «Cautiverio de Babilonia» durante el cual la autoridad dogmática iba a servir de base a la política centralizadora de Felipe IV. Éste, falto de recursos, no vaciló en poner sus miras en los de la orden de los Templarios, que fue denunciada al Tribunal de la Inquisición y quemados vergonzosamente sus principales jefes.

El traslado de la Sede Apostólica de Roma a Aviñón, pregona a las claras la debilidad del Papado, que sustituyó por el boato y la magnificencia la pérdida de prestigio espiritual; su residencia en la ciudad languedociana fue una verdadera corte con todos los requisitos que ésta exigía, sin olvidar los impuestos, que fueron acrecentándose cada día más para poder atender a los gastos que el sostenimiento de tamaño engranaje social requería. La Cristiandad era víctima de una desmoralización que suscitó muchas protestas por parte de numeroso clero y preparó los ánimos para el gran Cisma de Occidente.

1311

Los catalanes en Oriente. A raíz de las «Vísperas Sicilianas», el proyecto de Carlos de Anjou de formar un Estado grecolatino había fracasado; pero sobrevino luego en Oriente el afianzamiento de los turcos osmalíes que a partir del siglo XIII atacaron las reducidas posesiones del imperio bizantino en Asia Menor hasta que la propia Constantinopla pereció amenazada por los turcos.

En circunstancias tan apuradas el emperador hubo de llamar en su auxilio a tropas extranjeras. En auxilio fueron los mercenarios llamados compañías catalanas o *almogávares*. Durante toda la Edad Media este tipo de soldados mercenarios estuvo muy extendido y hasta en los mismos siglos XIV y XV, compañías inglesas y francesas lucharon en la guerra de los Cien Años. Los almogávares no estaban únicamente formados por soldados catalanes, militaban también en sus filas hombres de otras regiones de España. Habían peleado ya con Pedro de Aragón en la guerra que siguió a las «Vísperas Sicilianas»; pero una vez acabada la cuestión de Sicilia aquellos hombres quedaron ociosos. Acostumbrados a las tareas de la guerra eligieron por jefe a Roger de Flor y ofre-

cieron sus servicios a Andrónico II, emperador de Oriente para luchar contra osmalíes y selŷūqíes. El emperador debería dar a su sobrina en matrimonio a Roger de Flor, además del título de megaduque y dinero para pagar a los soldados; aceptadas estas condiciones, las compañías catalanas embarcaron para Constantinopla.

En los primeros años del siglo XIV Roger de Flor llegó a Constantinopla con sus compañías. Los soldados eran alrededor de 10.000, y además muchos de ellos llevaban consigo a sus mujeres e hijos. Los catalanes fueron acogidos con gran entusiasmo en la capital bizantina y la boda de Roger de Flor con la sobrina del emperador se celebró con gran pompa en la capital. Las compañías de catalanes fueron trasladadas al Asia Menor, donde los turcos amenazaban la ciudad de Filadelfia. La victoria que obtuvo Roger de Flor fue ruidosa, pero ciertos atropellos atribuidos a los catalanes y desavenencias con los nativos provocaron dificultades con Constantinopla. Andrónico pidió a Roger de Flor que acudiese a Europa y él así lo hizo tomando la fortaleza y península de Gallípoli. Andrónico dio a Roger el título de césar, la más alta dignidad que un extranjero hubiera podido tener en el imperio. Antes de regresar al Asia Menor el nuevo césar se dirigió a Adrianópolis, donde se hallaba el coemperador Miguel IX, hijo de Andrónico; allí, por orden de Miguel, Roger y sus compañeros fueron alevosamente asesinados en el transcurso de un banquete, y cuando la noticia corrió por el imperio, muchos catalanes de Constantinopla y otros lugares fueron acuchillados.



Tras estos sucesos los catalanes de Gallípoli, enfurecidos, rompieron la alianza con el emperador y avanzaron hacia el Oeste destrozándolo todo a su paso, no respetando conventos ni monasterios; atravesando las Termópilas invadieron la Grecia Media, y en la primavera de 1311 se dio la batalla del lago Copais por la que los catalanes pusieron fin al ducado atenotebano, que se hallaba bajo el dominio franco desde la cuarta Cruzada, y fundaron en él un dominio catalán por espacio de 80 años. La organización del ducado fue reflejo de la catalana o siciliana y aunque la mayoría de los historiadores juzgan de una manera brutal y violenta la dominación catalana en Grecia, una abundante cantidad de nuevos documentos demuestran que no fue tan sólo destructora sino también creadora. Se abre pues un nuevo campo de investigación para modificar las tradicionales opiniones y sojuzgar con más conocimiento de causa.

La heróica epopeya de los catalanes a través de la Península Balcánica es una de las gestas más extraordinarias de la Historia. Sus acciones sumieron al imperio en honda inquietud y apartaron su atención y fuerzas del lado oriental, donde los turcos obtuvieron algunas victorias, hasta el punto de que en 1341 a la muerte de Andrónico III, los osmalíes eran en realidad los dueños del Asia Menor.

1315

Nacimiento de la Confederación Suiza. Durante los siglos de la Baja Edad Media los collados alpinos que servían de gran vía económica entre Venecia y Brujas llevaron una profunda transformación a las comarcas montañosas de Suiza. El paso del San Gotardo en el siglo XIII alcanzó verdadera importancia comercial y los campesinos que vivían miserablemente en aquellas montañas y que su pobreza les había librado del régimen de dominio y estaban agrupados en una comunidad rural dependiente de la casa de Habsburgo; abandonaron sus tierras y se dedicaron al transporte de mercancías por la ruta de San Gotardo, y así en las ciudades de Lucerna, Berna y Zurich fue desarrollándose cada día más la vida industrial. Las regiones del Unterwalden, dependientes también de la casa de Habsburgo y en las que el régimen feudal había reducido a los campesinos a la servidumbre, quisieron también llegar a la emancipación como los de las regiones de Uri y Schwyz. Este sentimiento de solidaridad entre los diversos cantones de Suiza se manifestó cuando el emperador Rodolfo de Habsburgo les envió fun-

cionarios para que cobraran el peaje a las caravanas de la ruta de San Gotardo. Tal decisión provocó diversos movimientos de protesta, que a la muerte del emperador en 1291 se tradujeron en franca rebelión. Los diversos cantones libres se coaligaron entre sí en una confederación juramentada para defender sus comunes derechos de independencia, y cuando de nuevo, en 1315, Alberto de Austria quiso someter a los rebeldes campesinos, éstos redoblaron sus esfuerzos para presentarle batalla y vencerle en Morgarten, hecho de armas que señala la verdadera creación de Suiza, creación que aparece rodeada de legendarias historias del héroe nacional: Guillermo Tell.

La ciudad de Lucerna en la ruta que desde el imperio bizantino y Roma llegaba hasta las grandes urbes comerciales de los Países Bajos, fue ya en el siglo XIII una villa de burgueses que a comienzos del siglo XIV se vio impelida por la corriente democrática. Si hasta entonces el gobierno de los burgueses de Lucerna había hecho a la ciudad dependiente de los Habsburgo, en 1332 los demócratas se adueñaron del poder e hicieron entrar a la ciudad en la alianza cantonal. Igual suerte corrió en 1336 la ciudad de Zurich. En cuanto a Berna, en la ruta del San Gotardo al Rin, en 1350 se unió también a la confederación cantonal, llegando así a la paz con Zurich con la que sostenía enconada rivalidad mercantil.

Así, pues, los intereses mercantiles y comerciales unieron en franca solidaridad a villas y cantones para defender sus libertades respecto de los Habsburgo que, de nuevo en 1386, arremetieron contra Suiza, pero su caballería fue dispersada en Sempach. La alianza cantonal adquirió desde entonces potencialidad militar, siendo capaz de poner en pie de guerra a 80.000 hombres y organizó una dieta común para garantizar la seguridad de las rutas, de las que dependía la vida de la Confederación. A partir de aquel momento la prosperidad del reciente estado fue en aumento y la riqueza de sus ciudades explica la importancia histórica que ejercieron en el siglo XV. La Confederación Helvética empezó a extenderse a lo largo del camino de Italia al Rin, adquiriendo el Valois y Argovi; y como Berna ambicionaba resueltamente el Rin, sus intereses chocaron con Carlos el Temerario de Borgoña, que ya ocupaba Lorena y Alsacia y que, de haberse instalado en Nápoles, como le dictaba su ambición, hubiera tenido en sus manos toda la economía helvética; por ello Berna se enfrentó con el Temerario en Alsacia y le venció en Morat y Nancy, hechos que deshicieron sus planes. Carlos murió ante los

muros de Nancy (1477). Estas victorias confirieron a la Confederación la anexión de Friburgo y Soleura, y un gran empuje a su prosperidad urbana, a pesar de que la crisis social que llevó a las poblaciones rurales a enfrentarse con las grandes ciudades, mermó considerablemente su hegemonía, e hizo que muchos campesinos se alistaran como mercenarios de los reyes de Francia en su guerra con España en Italia.

Maximiliano de Habsburgo reconoció la independencia de la Confederación al ser vencido por los suizos (1491), que se negaron a satisfacer un gravamen impuesto por el emperador en la Dieta de Worms.

1336

Pedro IV el Ceremonioso: grandeza de la Corona de Aragón. Al insignificante temperamento del heredero del gran Jaime II, sucedió en el trono la ingente personalidad de Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387). Hijo de Alfonso IV de Aragón y de Teresa de Entenza, la crítica histórica le ha juzgado severamente por su egoísmo y por la escasez de escrúpulos con que obró para conseguir sus propósitos; pero del que sorprenden su habilidad diplomática y visión política amplia, coherente, de sorprendente imperialismo, al querer unir a su corona todos los Estados gobernados por príncipes salidos de la casa de Aragón.

Heredó la corona hallándose en Zaragoza el 24 de enero de 1336; los catalanes esperaban que fuera a Barcelona para jurar los Usatges, mas Pedro coronóse con gran pompa en la capital aragonesa, jurando en esta misma ciudad los fueros y privilegios de Aragón. Los de Cataluña fueron jurados seguidamente en Lérida, hecho que aumentó el disgusto de los catalanes, que querían que lo hiciera en Barcelona.

El primer objetivo que se propuso Pedro IV para dar realidad a sus miras imperialistas fue la anexión a la Corona de Aragón del reino de Mallorca, donde a la sazón gobernaba Jaime III. En 1339 el monarca aragonés le exigió su venida a Cataluña para que le prestara juramento de vasallaje y en 1341 abrió contra él un proceso alegando que no había comparecido en las Cortes de Barcelona para las que se le citó, y acusándole de haber acuñado moneda distinta de la barcelonesa y permitido su libre circulación en Mallorca; además se supo también que había atentado contra la persona del rey, del que, se dijo, quiso apoderarse junto con los infantes. En la lucha que esto suscitó entre los dos monarcas, Pedro IV se mostró cruel y falto de escrúpulos, por lo que Jaime III no quiso seguir por más tiempo siendo vasallo suyo, y mandó



confiscar y prender en su reino todos los bienes de los súbditos del rey de Aragón. Esto, y no otra cosa, era lo que esperaba el monarca aragonés, que en seguida dictó sentencia declarando rebelde al de Mallorca, y otorgándose el derecho de confiscarle su reino e islas adyacentes, Rosellón, Cerdeña y Conflet. En 1343 se apoderó oficialmente de la isla; al año siguiente conquistó el Rosellón, y luego Menorca e Ibiza.

Jaime III residió en Cataluña, desde donde pasó a Francia procurando ganarse la amistad de su monarca para intentar recuperar sus perdidos estados. Preparó una expedición a Mallorca para recuperar esta isla, pero fue derrotado y muerto en la batalla de Lluchmajor (1249) por las tropas del Ceremonioso. Pedro IV se hallaba entonces en la isla. De esta forma Mallorca se unía definitivamente a la corona de Aragón, estipulándose que lo hacía con caracteres de perpetuidad.

Pedro IV que tuvo siempre presente la grandeza de sus posesiones frente a la nobleza, se distinguió por la lucha contra la aristocracia, sostenida coetáneamente por su rival Pedro I de Castilla, y que terminó con el triunfo del rey. En contra de las costumbres del reino proclamó heredera del trono a su hija Constanza, en perjuicio de los derechos del infante Don Jaime, hermano del rey. El Ceremonioso tenía conciencia de lo mal que la nobleza iba a acoger su decisión y él mismo lo declara en su crónica: «Coneixem que a tot lo general dels regnes nostres, axí lo regne d'Aragó e lo regne de Valencia, aixi mateix lo principat de Catalunya sabía greu que a fembra, apres mort nostra, pervenguessen los regnes nostres» (*Crónica de Pedro IV el Ceremonioso o del Punyalet*). Los aragoneses acogidos al Privilegio de la Unión levantaron sus protestas, y tuvieron éstas tal fuerza, que el rey no tuvo más remedio que aceptar las condiciones impuestas en 1347, y en marzo del año siguiente la Unión valenciana obligó al rey a hacerle humillantes concesiones. Por fin, en 1348, el rey, apoyado por los catalanes y parte de la nobleza aragonesa, pudo vencer a los unionistas aragoneses en la batalla de Epila (julio de 1348). La venganza del monarca fue cruel, pues en Valencia mandó fundir la campana que llamaba a consejo a los nobles, y obligó a beber el metal fundido a

los más significados. No menos hizo en Aragón, pues ajustició a los jefes más representativos, y ante el pueblo de Zaragoza rasgó con su puñal el Privilegio de la Unión, por lo que fue llamado Pere el del Punyalet.

Por un cúmulo de circunstancias las relaciones entre Castilla y Aragón no eran muy amistosas. En 1356 unas naves catalanas apresaron a unas italianas frente a Sanlúcar de Barrameda, lo que provocó la protesta del rey de Castilla que envió una misiva al de Aragón que era un verdadero reto y que fue aceptado por éste y significó el comienzo de la guerra civil. La lucha transcurrió con diversas alternativas hasta mayo de 1361 en que se firmó un convenio en virtud del cual le eran devueltas a Pedro IV las plazas que le habían sido tomadas en la contienda. El monarca de Castilla, Pedro I el Cruel, sin previa declaración de guerra atacó las plazas de Calatayud y Tarazona, amenazó Zaragoza y hasta, en rápida maniobra, puso sitio a la ciudad de Valencia, pero Pedro IV le obligó a levantar el cerco. En 1363 firmaron un convenio en Murviedro en el que se estipulaba una concordia perpetua entre los dos reinos

Más que las actuaciones de Pedro IV en la península interesa su política en el Mediterráneo. La isla de Cerdeña no estaba aún completamente sometida y en ella Génova, Pisa y Milán alentaban las rebeliones de los Oria, dueños de Alguer. Mientras Pedro IV estuvo en la lucha para derrocar los Privilegios de la Unión, sus tropas fueron vencidas en Cerdeña, que contaba con el apoyo de Génova. Por ello el monarca aragonés se buscó la alianza de Venecia, tradicional rival de Génova y venció el 13 de febrero de 1352 a la flota genovesa cerca de Constantinopla. En 1354 Pedro IV pasó personalmente a la isla al frente de un poderoso ejército; y Alguer, atacada por mar y tierra se rindió; la muerte al cabo de poco tiempo de Mateo d'Oria, favoreció mucho la causa del monarca de Aragón, quien no pudo, de todos modos, librarse de los conflictos con Génova. Se estipuló que Aragón entregaría a Génova la ciudad de Alguer, en tanto que la república italiana cedería al reino de Aragón el castillo y villa de Bonifacio. Pero ello no significó el fin de la contienda pues los sardos continuaban siendo la pesadilla aragonesa, y el estado de cosas continuó hasta 1386 cuando ya Aragón se hallaba sólidamente afincado en la isla.

La política mediterránea del Ceremonioso tampoco podía olvidar el reino de Sicilia que, a la muerte de Pedro el Grande, se había separado de la corona de Aragón. Pedro IV

concedió la mano de su hija Constanza a Federico IV de Sicilia, al tiempo que él, viudo de Leonor de Portugal, casó con Leonor, hermana de Federico, y a la muerte de éste sin sucesión masculina directa, se declaró heredero de la corona de Sicilia. Tal actuación provocó la reacción de los anjevinos y del Papa, y por esto Pedro IV trató de concertar el matrimonio de María, hija de Federico de Sicilia, con su primogénito el infante Don Juan; y como éste se negara cedió la corona de Sicilia a su hijo Martín, duque de Montblanch. María fue conducida a Cataluña donde el monarca la desposó con Martín el Joven, hijo del duque de Montblanch, que fue el rey siciliano que deshizo la última rebelión sarda en la batalla de San Luri (1409).

Durante la época de Pedro IV los ducados de Atenas y Neopatria, que reconocía la soberanía del Rey de Sicilia, ofrecieron su obediencia a la Corona de Aragón que, aunque por breves años, dominó de nuevo en aquellos lugares, escenario de la gloriosa expedición de los almogávares.

Enérgico, ambicioso, astuto y cruel, el monarca aragonés pasó los últimos días de su vida en extraordinaria soledad; abandonado de todos se refugió en el castillo de San Martín Sarroca, donde murió; su cadáver fue depositado en la Seo de Barcelona y más tarde llevado al monasterio de Poblet.

Le sucedieron sus hijos Juan I y Martín el Humano que murió sin descendencia en 1410. Con él se extinguió la sucesión masculina al trono aragonés cuando aún no estaba decidida la persona que había de regir la importante herencia catalano-aragonesa (1).

1336

Evolución feudal en el Japón. La decadencia del poder imperial en el Japón iba en aumento desde que los Fujiwara, en su calidad de mayordomos de palacio, se habían adueñado del poder. La rivalidad entre los distintos señores se centró y tomó cuerpo en un antogonismo entre el Norte y el Sur. El Norte estaba representado por los Minamoto, señores del Kuanto, y el Sur por los Taira. A mediados del siglo XII los Minamoto y los Taira libraron una lucha a muerte que devastó el país y de la que salieron triunfadores los Taira. Taira Kiyomosi (1118-1181) fue un verdadero dictador; pero no logró acabar con los Minamoto, quienes en 1185 se entronizaban en el poder. Los Minamoto fueron reemplazados

(1) Véase: *Año 1412. Compromiso de Caspe: Fernando I de Antequera, rey de Aragón.*

por los Hojo que empezaron a gobernar en 1219. Esta dinastía defendió el país de las invasiones mogólicas, pero oprimió en demasía al bajo pueblo y colmó de privilegios a la nobleza. Los Hojo fueron derribados por los Ashikaga, gracias al triunfo de Takauji en 1336. Takauji se proclamó emperador y para imponer su autoridad no vaciló en provocar desavenencias en la familia imperial. Con él quedó arruinada toda autoridad legítima y el prestigio que quedaba del poder central; el país se dividió en multitud de principados y la vida económica fue adaptándose al fraccionamiento feudal. El sistema anárquico y de confusión política duró hasta entrado el siglo XVI, en que la sociedad, preparada por el desarrollo de la vida comercial y las fuerzas espirituales del sintoísmo, hizo posible la monarquía unificada de los Tokugawa.

Mientras campeaba el feudalismo por todo el país, en los puertos de mar de Kiusiw y Osaka los intercambios comerciales con China cobraban verdadero valor. Sakay, antiguo centro productor de sal, se convirtió en el puerto más importante del Japón, y exportaba abanicos, lacas, cobre. azufre y armas a cambio de dinero, hierro, telas, cuadros y medicamentos, formándose una burguesía enriquecida por el comercio que en los puertos acaparó importantes capitales. Los feudales se veían obligados a pedir dinero a los burgueses y así las ciudades marítimas obtuvieron privilegios que les concedían autonomía política a cambio de la cesión de ventajas económicas. Al igual que en Occidente la orden de los Templarios y la Teutónica, los templos acumularon grandes cantidades de riquezas, y fueron las primeras bancas del país si bien su influencia fue pronto absorbida por la burguesía. El régimen feudal lejos de entorpecer el desarrollo económico del país, abrió mercados a la industria, y en todas las ciudades los artesanos se agruparon formando corporaciones, gremios, a base de organismos económicos ya existentes.

La nobleza feudal, esencialmente militar y terrateniente, demostró un profundo desprecio por las ciudades marítimas en donde se desarrollaba una nueva estructura social, basada en la libertad individual y los intercambios económicos, que



eran opuestos a los principios que imperaban en el agro. Tal como ocurrió en Occidente, la economía urbana provocó levantamientos sociales entre los siervos de la gleba que en todas partes se rebelaron contra los magnates y monasterios, que eran los grandes terratenientes y que pretendían esclavizarles, y, como en Occidente, estas reivindicaciones sociales tomaron el carácter místico de igualdad de todos los hombres ante la divinidad y, una vez más, ello fue la fuerza impulsora de movimientos sociales. El ceto sacerdotal se había desacreditado por la pujanza temporal que cada día iba tomando.

El pueblo se incorporó con fervor a los movimientos místicos que se oponían a la opulencia de los monjes. La secta de la Tierra Purificada asumió el carácter de movimiento revolucionario semejante al de la guerra de los campesinos en Alemania. Este misticismo popular se había asociado al culto de la diosa solar, centro de la antigua religión nacional, sintoísmo, que siempre se había ido conservando y se agrupó en torno a la corte decadente y despojada. Los letrados se sumaron también a este movimiento, favorables siempre a la emancipación social. El sintoísmo se organizó en iglesia nacional y aquí vemos también el paralelismo con Occidente con la oleada mística que en Europa separa al pueblo de la autoridad de Roma (crisis mística de Lutero).

Mientras se sucede este movimiento místico, los príncipes feudales tratan de la reconstrucción del poder y de la seguridad. Se fija el Derecho penal, mientras que el Derecho público y privado queda restringido al príncipe feudal que ocupa el escalafón social más alto: esto crea entre él y sus súbditos un lazo de dependencia personal. Es la primera etapa hacia la centralización.

1368

Los Ming, una casta china. La sublevación que empezó en 1340 contra la dominación mogólica en China, llevó en 1368 a la restauración de un gobierno chino, basado en el mérito intelectual y en la igualdad de todos los ciudadanos. En 1368 Pekín se tomó sin gran resistencia y la dinastía de los Yuan huyó a Mongolia.

La casa que sucedió a la de los Yuan era una de las varias que en la China meridional o central hubieran podido arrebatar el poder a los debilitados mogoles. En 1356 un monje de origen humilde, de aspecto grotesco y cruel, pero de grandes cualidades de mando, Chu Yüang-Chang, tomó Nanking, empezó a atraerse a todos los rebeldes e inauguró la nueva

dinastía de los Ming. Los mogoles hubieron de retirarse incluso de Karakorum y también fueron arrojados de Corea y de Manchuria. Hasta 1404 los mogoles no emprendieron una campaña contra los Ming, que quedó abortada en 1405 por la muerte de su jefe Timur. En los años siguientes, el tercer emperador Ming desbarató los intentos de los mogoles para recobrar el poder, y agrandó el terreno conquistando desde Hami al río Sungari.

Como reacción contra la política dinástica de los mogoles se inició en China una era nacionalista en la que el odio contra la dinastía anterior se resolvió contra los extranjeros que habían estado a su servicio. El nuevo monarca se ocupó de la reorganización interior; se suprimieron muchas sociedades secretas; se promulgó un nuevo código y se restablecieron las relaciones con las potencias vecinas. Se promovió la reconstrucción de las defensas del país y la reparación de los sistemas de riego, y la ciudad de Nanking se convirtió en la capital.

Al primer emperador le sucedió uno de sus nietos y este breve reinado se caracterizó por una guerra civil entre el emperador y su tío Chu-Ti, hombre ambicioso que a la postre salió victorioso. Su reinado, el de Yuang-lo (1403-1423), dio días gloriosos a China. De nuevo la paz imperó por toda la nación y China volvió a enviar a sus hombres a las naciones vecinas, donde desempeñaron puestos de extraordinaria responsabilidad. En 1421 la capital se trasladó a Pekín, si bien Nanking continuó como capital subordinada.

Lo más extraordinario del imperio de Yuang-lo fueron las expediciones navales. Se desconoce el verdadero motivo de éstas; pero, comercialmente, fueron muy valiosas y dieron a China un enorme prestigio. La primera salió en 1405 hacia los reinos del Sur y, según testimonios antiguos, constaba de 27.000 hombres, con un total de 63 navíos, al mando de Cheng-Ho que hizo prisionero al príncipe de Palenbang. En total las expediciones fueron siete y visitaron Java, Sumatra, Ceilán, Arabia y la India. El resultado fue la adquisición de grandes cantidades de productos exóticos, que prestaron su magnificencia y esplendor a las capitales chinas. La ingeniería naval llegó en esta época a su cumbre. Los navegantes chinos utilizaron con toda seguridad el estrecho de Singapur mucho antes de que lo descubriesen los portugueses, y la velocidad que sabían imprimir a sus juncos era de más de seis millas por hora en mar abierto.

Las expediciones cesaron tan bruscamente como habían comenzado y por motivos también desconocidos. Desde entonces los barcos chinos no irían más allá de los aguas costeras, y como resultado de todo esto, cambió la faz de la Historia. El comercio chino quedó paralizado y por tanto también los ingresos aduaneros. El dominio del océano Índico fue cedido a los árabes, y China quedó expuesta a las incursiones del poder naval del Japón; conservó su opulencia y sus grandes tradiciones, pero se aisló del resto del mundo. La ruina de la economía marítima rompió el Asia en dos mundos distintos: el Lejano Oriente, que se mantenía sobre sí mismo y exclusivamente afecto a China, y el mundo musulmán. Cortadas sus relaciones con el mundo exterior, China se refugió en un nacionalismo que perdió toda su fuerza creadora y el Celeste Imperio durante muchos siglos no haría más que vegetar.

1397

Unión de Kalmar. Durante toda la Baja Edad Media, Dinamarca ejerció la hegemonía política de los Estados bálticos; sobre todo durante los reinados de Waldemaro I, Canuto IV y Waldemaro II. A partir de este último monarca el poderío de Dinamarca, representado por la dinastía de los Astrítidas se vino abajo. En 1227, en la batalla de Bornhöved la liga de la Hansa teutónica arrebató a los daneses la talasocracia báltica, y a partir de entonces su decadencia fue un hecho inevitable. El país fue presa de guerras civiles provocadas por los nobles que reclamaban cada día mayores privilegios. Tal estado de cosas duró hasta 1359 en que se concertó el matrimonio de Margarita, la hija del soberano danés, con Haakón VII rey de Noruega e hijo de Magno III de Suecia, hecho que fue el precedente de la unidad de los tres reinos escandinavos. Sin embargo, esta alianza no fue suficiente para detener el empuje de la Hansa teutónica, que en 1368 se apoderaba de Copenhague y cuyo poder era tan grande que en 1370 Dinamarca hubo de solicitar la concesión de acceso al mar del Norte.

Noruega, desde fines del siglo XIII no era más que una colonia de la Hansa y casi igual suerte corría Suecia. Se imponía la realización de un bloque nórdico que salvaguardara sus libertades. Por política matrimonial el trono de Suecia pasó a un príncipe noruego, Magno II (1319-1363); pero su gobierno creó tantos problemas que al final la nación asistió a un alzamiento armado. A pesar de su desacertada política, Magno III no deseaba más que la unidad escandinava, ambición que recogió su hijo Haarón VII (el que casó con la hija del monarca danés); los daneses, influenciados por su soberana con-

virtiéronse en seguida en campeones de esta política, pero no así los suecos que aclamaron a Alberto de Mecklemburgo como campeón de sus libertades. El desorden aumentó a la muerte de Haaron VII y de su hijo Olaf, y al quedar la reina Margarita dueña de los destinos del mundo báltico. En 1389 derrotó a Alberto de Mecklemburgo, que fue hecho prisionero en la batalla de Arle, y desde aquel entonces fue un hecho la unión de los tres Estados que Margarita promulgó Kalmar en 1397.

Esta unión era un pacto federal de los Estados bálticos, realizado sobre bases de igualdad política, pero respetando las leyes y privilegios de cada uno de ellos. En adelante los tres Estados se ayudarían en caso de invasión exterior y se prohibían la agresión mutua. Sin embargo, a pesar de la proclamada igualdad política, Dinamarca, que había sido la propulsora de la unión escandinava, asumió en seguida un papel directriz y procuró beneficiarse particularmente de la liga, pues era muy difícil mantener un justo equilibrio ya que la nobleza de cada nación se disputaba los cargos directrices.

1412

Compromiso de Caspe: Fernando I el de Antequera, rey de Aragón. Cuando en mayo de 1410 el rey Martín el Humano murió sin descendencia y sin haber designado la persona que había de sucederle, se planteó el grave problema de la sucesión al trono. Se había demandado repetidamente al monarca que señalara un sucesor; pero únicamente antes de morir y a ruegos de Ferrer de Gualbes, expresó su deseo de que la corona recayera sobre aquel a quien legítimamente le correspondiera. Sin duda que el retraído deseo del monarca era el de que le sucediera su nieto Fadrique, hijo bastardo de Martín de Sicilia, legitimado por el papa Benedicto XIII, al que educaba con gran cariño; pero, como no hiciera a ello alusión directa, el Estado quedó a merced de los diversos pretendientes de la corona. Los más destacados eran: Jaime de Aragón, conde de Urgel, casado con Isabel, hija de Pedro el Ceremonioso, biznieto por su padre de Alfonso VI, y el otro, Fernando de Antequera, hijo de Leonor de Aragón, hermana de Martín el Humano y casada con Juan I de Castilla.

El mismo año de la muerte del rey el gobernador de Cataluña convocó para el 22 de julio un parlamento, que no tuvo lugar hasta el 25 de septiembre, al objeto de deliberar sobre el asunto de la sucesión a la corona. Los representantes de los distintos pretendientes fueron acudiendo y se tomó el

acuerdo de enviar seis embajadores catalanes a cada uno de los reinos de Aragón y Valencia a fin de que éstos reunieran sus propios parlamentos. En 1411 se reunieron en Calatayud nueve representantes de Aragón; el obispo de Tarazona no quiso aceptar los acuerdos de este congreso y el arzobispo de Zaragoza lo disolvió; al día siguiente caía asesinado por Antonio de Luna, partidario del conde Jaime de Urgel, que con esto perdió muchas simpatías, saliendo gravemente perjudicado y beneficiando a Fernando de Antequera, cuyas tropas penetraron en Aragón en auxilio de los partidarios del arzobispo de Zaragoza. Tales medidas fueron también adoptadas por don Jaime que armó a sus huestes, causando las tropas de uno y otro constantes disturbios en el país.

El parlamento de Valencia, como consecuencia de la rivalidad entre los diversos bandos, se había dividido y fracasaban cuantos esfuerzos hacían Cataluña y Aragón para conseguir la unidad. El papa Pedro de Luna desde su retiro de Peñíscola envió a los parlamentarios de Tortosa y Alcañiz una carta y una bula a fin de que se unieran y consiguieran la paz y la justicia. Como consecuencia de esta intervención se acordó elegir a nueve personas de reconocida solvencia moral para que decidieran un sucesor, el cual sería aceptado por todos. Se acordó que fuera la villa de Caspe el lugar donde se celebrara la reunión y que los compromisarios de Valencia no serían admitidos en tanto que no se hubieran puesto de acuerdo entre ellos.

Las sesiones comenzaron el 29 de marzo de 1412 y entre los compromisarios figuraba San Vicente Ferrer. Las deliberaciones de los jueces terminaron el 22 de junio y el 24 el parlamento pronunció su sentencia. Seis, de los nueve votos, los obtuvo Fernando de Antequera; los otros tres fueron a favor del conde de Urgel, designado por quienes admitían la sucesión a la corona por vía femenina.



Fernando I de Antequera se había educado en la corte de su hermano Enrique III de Castilla y a la muerte de éste fue nombrado regente de su sobrino Juan en unión de la reina viuda, Catalina de Lancaster. Por divergencias con ésta, Fernando se encargó del gobierno de la parte meridional de Castilla, destacándose en la lucha contra los moros y dando gran impulso a la reconquista al apoderarse de los castillos de Zahara y Andite y de las villas de Ayamonte y Antequera.

Recibió la noticia de su nombramiento para el trono de Aragón hallándose en Cuenca. Su elección fue entusiásticamente acogida por Aragón y Valencia, y no tanto por Cata-

luña que se mantenía ardiente partidaria del conde de Urgel. El nuevo monarca convocó cortes en Zaragoza y allí juró los fueros y privilegios de Aragón y seguidamente se trasladó a Lérida para jurar las libertades de Cataluña. En Tortosa recibió de manos de Benedicto XIII la investidura del reino de Sicilia lo que representó poca táctica por parte de Fernando, que podía alegar la soberanía de la isla como rey que era de Aragón. En noviembre de aquel mismo año se trasladó a Barcelona, donde prestó juramento ante las cortes reunidas y recibió el acatamiento de los catalanes.

La isla de Cerdeña seguía con sus continuas rebeliones en contra de la corona de Aragón, apoyada en ellas por Génova. La diplomacia del monarca aragonés logró concertar una tregua con Génova, lo que le permitió afincar más su dominio en la isla. En Sicilia, gran parte de la nobleza era hostil al rey de Aragón; la reina viuda, Blanca, estaba sitiada en una de sus fortalezas, y en general todo el país apoyaba las pretensiones de Fadrique de Luna, hijo natural de Martín el Joven, pero Fernando logró restablecer las cosas a la normalidad y confirmar a Blanca en su cargo de gobernadora de la isla.

En el interior de sus reinos Fernando I no podía considerar su situación muy consolidada. El conde de Urgel, alentado por su madre Margarita de Montferrato y por Antón de Luna, preparaba un movimiento de rebeldía. Los disturbios empezaron en octubre de 1412 y no terminaron hasta el 31 de octubre de 1413 en que se rindió Balaguer, último reducto del conde de Urgel. El rey le perdonó la vida y el 29 de noviembre fue pronunciada sentencia contra don Jaime, condenándole a prisión perpetua y confiscación de bienes.

En febrero de 1414 Fernando fue coronado en Zaragoza y murió el 2 de abril de 1416 en Igualada. Fue un monarca hábil, inteligente y diplomático, que supo convertir en amigos a sus adversarios políticos y supo imponerse por sus austeras costumbres y recia voluntad.

1414

Gran Cisma de Occidente. Los síntomas de disgregación de la Iglesia católica eran evidentes ya desde el siglo XIII, en que amplios sectores de la sociedad ya se pronunciaban por la vuelta a una mayor austeridad en las costumbres de los eclesiásticos y en las prácticas religiosas. En el seno de la orden de los franciscanos surgieron discrepancias entre los llamados *conventuales* y los *fraticelos*, partidarios estos últimos de la primitiva severidad de la orden. A raíz de las

disputas que tales tendencias suscitaban en la Cristiandad, Juan XXII declaró heréticas las opiniones de los fraticelos, que se convirtieron en recalcitrantes enemigos del Papado y pronto sus tendencias hallaron eco en Inglaterra, principalmente en la persona de Juan Wyclef, que en sus escritos *De potestate Papae y De Ecclesia*, proponía la Sagrada Escritura como única fuente de fe, no reconocía la autoridad suprema del Papa y atacaba a los monjes y a la Iglesia por sus actividades mundanas.

Además, la Cristiandad, a la par que se veía escindida por discordias políticas, civiles y religiosas, no se ponía de acuerdo en quién había de regir sus destinos espirituales, ni tampoco en cuáles habían de ser los métodos a emplear para llevarlo a cabo. En 1367 Urbano V llevó de nuevo el Pontificado a Roma, pero solamente logró su permanencia allá por dos años, dada la anarquía que imperaba en la Ciudad Eterna. Fue Gregorio XI en 1377 quien aprovechando un momento de debilidad en la monarquía francesa, abandonó Aviñón para volver a sentarse en la silla episcopal de Roma. La muerte le sorprendió un año más tarde y reunido el cónclave para elegirle sucesor, el pueblo romano exigió la elección de un papa italiano, siendo el napolitano Urbano VI el llamado a ocupar el solio pontificio. Su carácter violento fue el pretexto a que se aludieron los cardenales franceses para mostrar su oposición al nuevo papa y elegir uno nuevo en Nápoles. Esta vez fue Clemente VII el elegido, que se instaló en Aviñón y su autoridad fue acatada por Francia y sus aliadas Castilla, Aragón, Escocia y Portugal, mientras Alemania, Italia, Inglaterra, Flandes y Hungría reconocían a Urbano VI.

El escándalo que tamaño proceder despertó en la cristiandad fue enorme, y mucho más todavía cuando los dos papas llegaron a empuñar las armas para hacer prevalecer sus derechos, si bien con ello no se llegó a ninguna solución efectiva. A la muerte de los pontífices fueron elegidos Bonifacio IX como sucesor de Urbano VI y Benedicto XIII, de Clemente VII, pero éstos se manifestaron tan intransigentes como sus antecesores, aunque ya se mostraban en varios países europeos movimientos francamente antieclesiásticos. Se propuso que uno de los papas diera por nula su elección, pero ni uno ni otro quisieron cesar en su puesto; Francia retiró su acatamiento a Benedicto XIII y su recinto de Aviñón se vio asediado (1398-1403), pero el Papa buscó refugio en su país natal, donde recibió de nuevo la obediencia de

Francia. Se intentó una nueva solución; apoyándose en la antigua tradición de la superioridad del Concilio al Papa, se celebró uno en Pisa en 1409 en el que se desposeyó a los dos pontífices y fue elegido Juan XXIII; pero el estupor fue enorme cuando ningún papa quiso renunciar, con lo que la Cristiandad se vio entonces con tres papas. Todo ello no era más que síntomas evidentes del desmoronamiento del ascendiente moral que la Iglesia había ostentado durante siglos. La profunda crisis no se manifestaba únicamente en esto. A pesar de que los partidarios de Wyclef habían sido duramente perseguidos en Inglaterra, su pensamiento halló eco en Juan Huss, profesor de la Universidad de Praga. Su doctrina también negaba la primacía del Papado y aconsejaba la Biblia como fuente de fe. En 1412 Gregorio XII le excomulgó, pero Juan Huss insistía en la celebración de un Concilio ecuménico como solución a la lamentable situación de la Iglesia. En efecto, éste se reunió en Constanza y estuvo dirigido por los teólogos franceses Juan Gerson y Pedro d'Ailly, se anularon las actas del Concilio de Pisa y se decidió la supresión de los papas que había a la sazón, siendo elegido en 1417(?) Otón Colonna con el nombre de Martín V.

Acababa así la calamitosa época del Gran Cisma Occidental, pero en la Europa central persistía aún la inquietud religiosa, promovida por las doctrinas de Juan Huss, pues su ejecución en Constanza (1415) no calmó ni mucho menos los ánimos en Bohemia.

1453

Sitio y toma de Constantinopla por los turcos. En el siglo xv el imperio bizantino ya no representaba una gran potencia. A pesar de sus esfuerzos los Paleólogos no habían podido recuperar Grecia, ocupada por feudos franceses y catalanes. Enteramente arruinado el imperio disponía por todo ejército únicamente de algunas bandas de aventureros, que luchaban siempre a favor del mejor postor. Carecía de escuadra, porque el imperio latino, feudal, se había desinteresado por el mar que entonces aparecía dominado por Venecia, ejerciendo su señorío en el Adriático y Egeo; Génova, que, asentada en los estrechos, acaparaba el comercio del mar Negro, y Chipre que hacía de intermediaria entre Levante y Poniente.

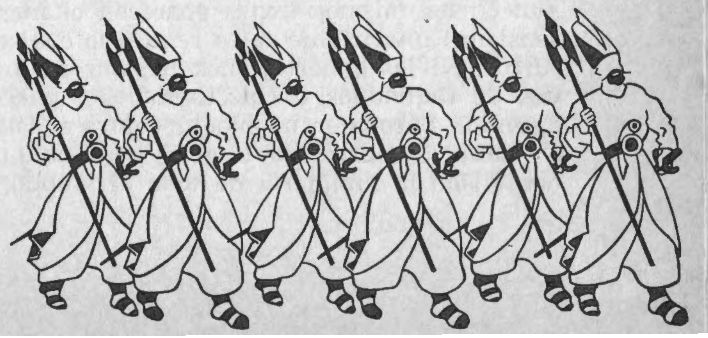
Constantinopla, decaída y despoblada, estaba amenazada por enemigos poderosos. El más temible era el sultán Mahomet II, que resuelto a terminar con Bizancio empezó a

prepararse largamente. Estableció al norte de la ciudad en la orilla europea del Bósforo, una gran fortificación torreada, Rumeli-Hissar, cuyas ruinas aún subsisten, con gran profusión de cañones que lanzaban proyectiles de piedras de gran tamaño y a gran distancia. Aquella fortaleza cortaba las comunicaciones con el mar Negro y cuantos bajeles entraban y salían del Bósforo caían en manos de los turcos. Seguidamente el sultán invadió Morea para que no pudiese ayudar a Constantinopla y empezó el asedio a la ciudad.

El emperador Constantino XI temeroso de la desigual lucha que se preparaba, hizo lo posible para conseguir salvar la ciudad, baluarte de la Europa oriental. Concentró en la capital cuantas reservas alimenticias pudo hallar, ordenó reparar las murallas y pidió auxilio a Occidente; pero en lugar de tropas acudió a Constantinopla un cardenal romano ávido de lograr la unión de las dos Iglesias: para lograrlo celebró un Oficio de unión en Santa Sofía que hizo que Lucas Notaras, alto dignatario bizantino exclamara: «Más vale ver reinar en Constantinopla el turbante de los turcos, que la mitra de los latinos».

Genoveses y venecianos participaron en la defensa de la ciudad y aportaron gran contingente de hombres y naves. El 20 de abril de 1453 los cristianos consiguieron su primero y último triunfo, gracias a la llegada de cuatro navíos genoveses; pero el 22 de abril la ciudad despertó aterrorizada: las naves turcas estaban en la parte superior del Cuerno de Oro; habían sido transportadas desde el Bósforo por tierra, durante la noche, mediante un camino de tablas y arrastradas sobre ruedas. La flota ítalo-griega situada en la parte inferior del Cuerno de Oro se encontró entre dos fuegos. De nada habían valido las férreas cadenas que cerraban el Cuerno de Oro y cuyos vestigios se han creído ver hasta nuestros días. La situación era desesperada y los turcos extenuaban a la población con un bombardeo ininterrumpido.

En el día 53 del asedio el sultán decidió precipitar el asalto a la ciudad ante la noticia, probablemente falsa, de la llegada de un ejército cristiano de socorro. Sabedores los



cristianos de los proyectos del sultán y previendo la catástrofe, se entregaron a la oración con tales señales de desesperación «que —escribe un historiador— ni aún seres de madera o piedra hubieran podido contener las lágrimas». El emperador exhortaba a sus súbditos a que se defendieran valerosamente, para honrarse a ellos mismos y a sus jefes. Por la tarde de aquel día se ofició en Santa Sofía y fue aquella la última ceremonia cristiana que se celebró en la santa basílica.

En la noche del día 28 al 29 de mayo se desencadenó el ataque. Por dos veces los turcos fueron rechazados; pero el tercer intento de Mahomet II alcanzó una violencia inaudita en la puerta de San Román, que es donde, valerosamente, como un soldado más, peleaba el emperador. Juan Giustiniani, jefe de un destacamento genovés y héroe de la defensa, fue gravemente herido y hubo de abandonar la lucha. Murió al poco y su pérdida fue irreparable para los cristianos. También el emperador, combatiendo, cayó sin que se tengan informes precisos del lugar, ciscunstancias y pormenores de la muerte, lo que ha contribuido a acrecentar la leyenda y a obscurecer el hecho histórico.

Muerto Constantino, los turcos entraron como una tromba en la ciudad, sometiéndola a un saqueo y estrago calamitosos. Los conventos e iglesias fueron despojados y ultrajados, desapareciendo innumerables obras de arte en aquellos días. Se prendió fuego a todas las imágenes, y Mahomet entró solemnemente en Santa Sofía para dar gracias a Alá. Una tradición cristiana refiere que un sacerdote estaba celebrando la santa misa al entrar los turcos en la basílica, y desapareció en el muro del altar, y ha de volver a aparecer cuando Constantinopla esté de nuevo en poder de los cristianos para acabar el santo Oficio.

La caída de Constantinopla produjo honda impresión en la Cristiandad occidental y grandes deseos de reparar el mal a todos los fieles de Europa. En multitud de documentos del siglo XV aparecen escritos asegurando que los estados cristianos eran bastante fuertes para no temer a los turcos, pero aun en los mismos textos aparecen citadas las enormes disensiones internas de tales reinos, lo cual daba ánimo a los turcos. Ni las exhortaciones papales ni los esfuerzos aislados de individuos o colectividades pudieron coaligar a la desunida Europa en un bloque contra el Islam.

Había desaparecido la gran potencia que durante siglos había sido la luminaria de todo el mundo, el gran imperio

fundado sobre el mar, el comercio y la libertad individual. Hasta ahora había sido el centro a través del cual se esparcía el renombre del cristianismo, y ahora había de ser la puerta por la que el Asia barbarizada invadiría Europa. Con la caída de Constantinopla el comercio europeo se descentralizaba, cambiaba de rumbo. Ahora habría que buscar las urbes comerciales en Génova, Venecia, Barcelona y Cádiz. El gran Imperio romano nacido de la cultura, anchamente abierta a los espacios libres del mar, no podía ser continuado ni por los turcos otomanos ni por los zares moscovitas. Sería el Occidente el legado para esta misión, tanto en la esfera material como intelectual.

1453

Formación y desarrollo de los Países Bajos. Durante toda la Baja Edad Media la importancia económica de los Países Bajos había ido en aumento. Su privilegiada situación geográfica había convertido a las ciudades belgas, y en particular a Gante y a Brujas, en centros internacionalmente codiciados por su riqueza económica e industrial y fue esta unidad en los intereses mercantiles, lo que unió a aquellas regiones separadas por divergencias políticas y étnicas. Desde aquel momento, comienzos del siglo XV, Borgoña inició el proceso de unificación territorial de los Países Bajos, en contra de los deseos de Francia y Alemania, que tenían puestos en ellos sus miras políticas.

En 1369 Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, casó con la heredera del condado de Flandes, y por eso el primogénito de ambos, Juan Sin Miedo, recibía en concepto hereditario: Borgoña, Flandes, el Franco Condado y Nevers, y su segundo hijo, por enlace matrimonial, señoreaba en Holanda, Zelanda y Henao. Juan Sin Miedo moría asesinado en Montereau (1419) y recogía los frutos de su política su hijo Felipe el Bueno (1419-1467), que para favorecer los intereses de su país practicó una amistosa política hacia Inglaterra de donde les provenía la lana para mantener la industria textil. En 1421 compró el condado de Namur; en 1428 se hizo adjudicar los de Henao, Holanda y Zelanda, y en 1430 sucedió al duque de Brabante y Limburgo, y por el tratado de Hesperingen se hizo ceder, en 1433, el condado de Luxemburgo. El protectorado sobre los obispados de Lieja y Utrech concedía a Felipe el Bueno la unificación de Bélgica y Holanda, y la firma del Tratado de Arrás (1435), por el que el monarca francés le reconocía el Artois y Picardía, acababa de agrandar sus posesiones que adquirieron el aspecto de

una verdadera monarquía, cuya unidad se consolidaba en 1436 con la celebración en Bruselas de los primeros Estados Generales, que representaban a todos los principados reales. Felipe el Bueno respetó las instituciones de los principados y los privilegios de las ciudades, y creó en Lille un tribunal central para las cuestiones financieras.

Así organizados los Países Bajos, juntamente con la Italia septentrional, de la que Venecia era el principal centro, se convirtieron en los países más ricos y civilizados del occidente europeo; la marina holandesa señoreaba en el Báltico y Brujas pasó a ser una ciudad sin rival en el mar del Norte. A la riqueza comercial y económica los Países Bajos añadían un extraordinario florecimiento artístico y cultural que auguraba el esplendor del Renacimiento.

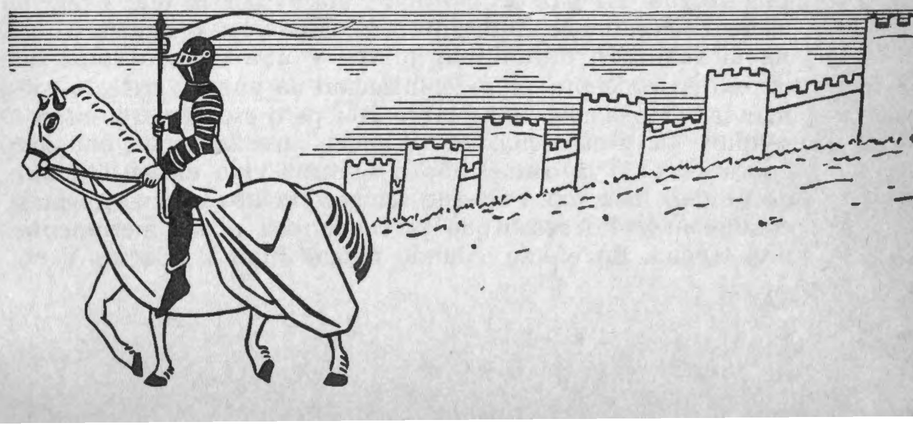
Esta pujante civilización fue lo que hizo concebir al sucesor de Felipe el Bueno, Carlos el Temerario (1467-1477), la reconstrucción de la Lotaringia, que antaño surgiera del tratado de Verdún. Si el «reino de Borgoña» hubiera unido el Mediterráneo y el mar del Norte, a no dudarlo, hubiera sido el estado hegemónico de Europa, mas para desarrollar estos planes Carlos había de tropezar con el rey de Francia, Luis XI, y con el emperador. Para triunfar del primero constituyó la alianza llamada del Bien Público con el duque de Bretaña, el de Borbón y el propio hermano del rey; pero fueron derrotados en Montlery (1465) por Luis XI. Carlos intentó después la alianza con Inglaterra y se casó con la hermana de Eduardo IV de York, en vista de lo cual Luis XI apoyó las pretensiones de Enrique VI de Lancaster. La prevista guerra con Francia se desencadenó en el año 1475, pero cuando Eduardo desembarcaba con un poderoso ejército en Calais, el de Carlos que debía unírsele marchó a la ocupación de los ducados de Alsacia y Lorena y de varios cantones suizos, que iniciaban su expansión hacia el oeste, siendo derrotado en Grandsou y Morat (1476). Un año después moría combatiendo con el duque de Lorena ante los muros de Nancy.

Con su persona parecía derrumbarse el sueño del «Gran duque de Occidente», y todo ello en provecho del monarca francés, que ya ocupaba Borgoña, Artois y el Franco Condado; pero el matrimonio de la hija del Temerario, María Blanca de Borgoña, con Maximiliano de Austria, deshizo los planes de Luis XI que fue vencido por el alemán en la batalla de Guinegate (1479), y salvó la herencia de Carlos el Temerario en provecho de la de Habsburgo.

1453

La guerra de los Cien Años. Surgió de la lucha que desde el siglo XII venían sosteniendo Inglaterra y Francia por la posesión de Flandes y la Guyena, es decir, en último término por la supremacía marítima en el canal de la Mancha y en el mar Cantábrico, lo que llevaba íntimamente ligado asuntos de índole económica. A la muerte del último Capeto, Carlos IV, hijo de Felipe IV, la sucesión al trono recayó en Felipe de Valois, el más próximo heredero si se exceptuaba el derecho de las mujeres; Eduardo III de Inglaterra, como nieto de Felipe IV, reclamó también sus derechos al trono.

Estas divergencias dinásticas, que escondían el deseo de la hegemonía, fueron el pretexto que adujo Eduardo III para provocar la guerra que ya venía preparándose desde tiempos de Eduardo I. Dada la hegemonía política de las monarquías francesa e inglesa el tipo de guerra que se preparaba tenía el carácter de conflicto europeo. Eduardo III se procuró en seguida el apoyo de los banqueros florentinos y el de los príncipes de Zelanda y Holanda y del emperador Luis de Baviera. Por su parte Felipe VI procuró atraerse la alianza del Papa, a la sazón Juan XXII, instalado en Aviñón, además de la del príncipe de Lieja y de la del rey de Bohemia. El conde de Flandes, que era el aliado que deseaban ambos contendientes, permanecía neutral; en realidad quería permanecer fiel a su soberano francés, pero Eduardo III opuso a esta actitud la opresión económica, prohibiendo la exportación de la lana a Flandes, con lo cual paralizaban la industria textil en aquel país con el consiguiente descalabro de la población obrera, que no tardó en sublevarse contra la soberanía francesa y pactar alianza con los ingleses; esta momentánea coalición permitió a los ingleses la victoria de la Esclusa. Los disturbios sociales acaecidos en Flandes llevaron a este país a adoptar de nuevo una política de neutralidad, lo cual obligó a Eduardo III a buscar la amistad de Casti-



lla, que temerosa de la hegemonía francesa envió su flota contra Francia, permitiendo a Inglaterra tener el señoría del mar.

Parecía que la guerra se iba a terminar pues era mucho el empuje inglés, pero la terrible peste negra hizo su aparición y obligó a los beligerantes a una tregua de diez años. Durante este período en Inglaterra se asistió a un gran acercamiento del Parlamento a la política real, mientras en Francia surgían movimientos, a la vez de tipo político y social. Cuando en 1355 los ingleses se preparaban para atacar Normandía, el rey francés Juan II el Bueno para reunir los 30.000 hombres armados y los cinco millones de libras que necesitaba, hubo de reunir los Estados Generales, que decidieron entregar lo que quería el rey, pero con la condición de asignar a unos diputados que revisaran la administración de tales subsidios. La situación de la monarquía se hizo más apurada cuando los ingleses, en 1356, derrotaron a la caballería francesa en Maupertuis, en donde el monarca francés cayó prisionero. Era del todo necesario la creación de una monarquía constitucional, y mientras en París el delfín Carlos V asumía la regencia, la burguesía bajo la dirección del «Preboste de los comerciantes» se organizaba un partido político que quería formar un Estado a base de municipios democráticos como en Flandes. Pero Esteban Marcel, caudillo de la burguesía parisiense no contaba con la rebelión de los campesinos. Éstos, a quienes la guerra había sometido a una horrible miseria, se levantaron en masa contra la nobleza (1358). Esta sublevación conocida con el nombre de *la Jacquerie,* desencadenó en toda Francia una gran corriente revolucionaria democrática. La nobleza llevó a cabo tan tremendas matanzas de campesinos que *la Jacquerie* desapereció, pero llevó también consigo la ruina de Marcel que cayó asesinado aquel mismo año. Entre tanto, el Delfín recuperaba ascendiente en Francia; pero para poder continuar la guerra con Inglaterra se hacía necesaria una tregua. La paz de Bretigny (1360) por la que Francia cedía el ducado de Aquitania además de las conquistas que había realizado durante la guerra y una crecida suma de dinero en concepto de indemnización de guerra, pareció colmar las ambiciones de Eduardo III; pero este acuerdo representaba la destrucción de Francia, precisamente en una época en que ya comenzaba a sentirse vivo el sentimiento de unidad nacional. Por esto, la paz llevaba en sus mismas condiciones el fracaso que la condenaba a ser meramente una tregua. En efecto, cuando murió Juan II. Carlos V no

quiso reconocer el tratado de Bretigny, y de nuevo se reanudó la contienda, esta vez con mejor suerte para Francia que derrotó a Inglaterra en la batalla naval de la Rochela (1372). Los ingleses fueron perdiendo gran cantidad de sus conquistas en Francia quedando éstas reducidas, a la muerte de Eduardo III (1377), a Calais, Burdeos y Bayona.

Se asiste luego a un período de paz que duró desde 1377 hasta 1414 y que se caracteriza por la aparición de profundas crisis políticas, religiosas y sociales en los países beligerantes. Es la época del «Gran Cisma» en que junto a las desencadenadas fuerzas de la demagogia, apareció una ola de misticismo que hizo surgir de todas partes penitentes, como en tiempo de los albigenses. Las crisis políticas no fueron menos intensas, y si bien hicieron también mella en Inglaterra cuando la entronización de los Lancaster, fueron mucho más intensas en Francia, en donde la rivalidad entre los tutores del rey Carlos VI, los duques de Borgoña y Orleáns, desgarraron a Francia en una tremenda guerra civil.

Cuando el segundo Lancaster, Enrique V, decidió reanudar la guerra, lo hizo aliándose con el duque de Borgoña y con Flandes y pronto pudo dominar en toda Normandía. La situación de Francia se hacía cada vez más precaria, pues las huestes inglesas se extendían casi sin oposición por el país. En 1422 murieron Carlos VI y Enrique V y la corona de ambos países pasó a Enrique VI de Inglaterra. El Delfín Carlos no podía ser coronado en Reims y era llamado por los ingleses el «rey de Bourges», por ser Orleáns y Bourges los principales centros de fidelidad al monarca. Tanto la Universidad como la Iglesia, la justicia y la administración estaban en Francia al lado de Enrique VI de Inglaterra.

Del pueblo surgió la salvación de Francia. Mientras la corte perecía bajo intrigas, una muchacha de Domrémy, llamada Juana de Arco, se presentó al Delfín Carlos en Chinon y obtuvo de él un ejército. La toma de Orleáns (1429) por el ejército de Juana señaló el resurgimiento de Francia, pero capturada en Compiegne, fue entregada a los ingleses que la condenaron a la hoguera por hechicera. Entonces la opinión se alzó unánime contra el invasor. El duque de Borgoña arregló su situación con Carlos VII (tratado de Arrás 1435) y ya sin su poderoso aliado, los ingleses vieron su causa perdida. En 1453, tras una serie de derrotas, el rey inglés sólo conservaba en Francia la plaza de Calais y el flamante título de rey de Francia, que vanamente ostentó la monarquía inglesa hasta el siglo XIX.



SE ABRE UN NUEVO MUNDO

1475

La monarquía hispanica: los Reyes Católicos. La segunda mitad del siglo XV se caracteriza en España por la existencia de disgregadoras luchas, así en el aspecto social como en el político. En Cataluña se había acogido con desgana la política expansiva de Alfonso V, que no había solucionado el grave problema de los «payeses de remensa» en el campo ni el de las clases bajas de las ciudades. El fuego ya había empezado a arder y el sucesor de Alfonso V, Juan II, no bastó para apagar aquella acción catalana que correspondía a un ejercicio de la soberanía nacional poco común en el siglo XV. Por fin el pueblo hubo de rendirse al ejército real, pero salió de la lucha bastante perjudicado y arruinada su prosperidad por varias generaciones.

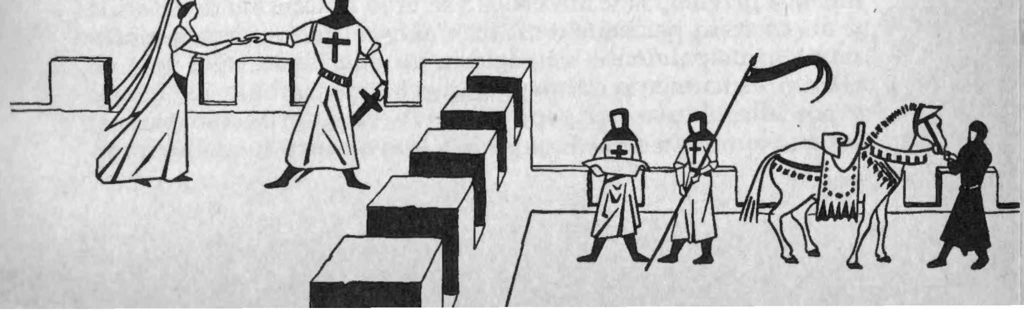
También en Castilla la nobleza andaba por la senda de la abierta rebeldía. Se acusaba al rey de no ser legítima su hija, Juana la Beltraneja, y su país durante tres años fue presa de luchas que lograron, remedando el ejemplo de los catalanes, destituir al monarca en Ávila (1465) y proclamar rey a su hermanastro don Alfonso.

Tal era el poco halagüeño panorama peninsular cuando tuvo lugar la institución de la monarquía mancomunada de los Reyes Católicos: don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla.

Isabel había nacido en 1451 en Madrigal de las Altas Torres (Ávila), y los primeros años de su vida transcurrieron tristes en Arévalo al lado de su madre. Pronto el monarca reinante, Enrique IV, su hermano, la trajo, junto con su hermano menor Alfonso, a la corte de Segovia, donde iba a ser una importante pieza en el juego de la política. El ambiente de la corte de Enrique IV, que se hacía famosa por la depravación de costumbres tanto del rey como de su esposa, ahogaban a Isabel y fueron el principal motivo de que se

formara su recia voluntad, su carácter austero y tenaz, y el que viera como una liberación la proclamación de don Alfonso como rey de Castilla. La entrada del pretendiente a la corona de Segovia (1465) fue para Isabel augurio de prometedoras esperanzas, pero por mala fortuna, en 1467 moría don Alfonso. A partir de entonces, todo el partido enemigo de la Beltraneja, de la que decían no era hija de Enrique IV, apoyó la proclamación de Isabel como reina, primer hecho que puso de manifiesto la prudencia y tacto de Isabel que desde el convento de Santa Ana, en Ávila, se negó, pero invocando la herencia de Castilla. El rey hubo de aceptar los hechos consumados y concertó con su hermana el Tratado de los Toros de Guisando (1468) por el que se reconocía a Isabel como heredera de Castilla. Se estipulaba que no se le impondría un matrimonio en contra de su voluntad y que, a su vez, éste tampoco podría efectuarse sin el consentimiento de su hermano. Por este lado surgió el primer problema, porque Enrique IV trabajaba en pro de una doble boda: la de Isabel con Alfonso V de Portugal y la de Juan, príncipe portgués, con la Beltraneja, mientras que, por otro lado, los adictos a Isabel concertaban su boda con el príncipe heredero de Aragón, Fernando. Isabel dudaba por qué partido inclinarse, cuando, enterada de que Luis XI enviaba una embajada con el intento de casarla con el duque de Guyena, se decidió por el aragonés. Fernando entonces partió para Castilla disfrazado de mozo de mulas, al tiempo que Isabel marchaba a Valladolid. El 19 de octubre de 1469 los dos jóvenes celebraron matrimonio secreto, y a pesar de que Enrique IV montara en cólera y volviera a nombrar heredera a Juana la Beltraneja, eran ya muy pocos sus partidarios. En 1474 Isabel era aclamada en Segovia, hecho que provocó una enojosa polémica con su esposo Fernando de Aragón (1452-1516).

Fernando era hijo de Juan II de Aragón y de Juana Enríquez. Su infancia fue muy accidentada, pues había sido llevado por su madre a Barcelona para obtener el juramento de fidelidad de los catalanes cuando estalló la gran rebelión

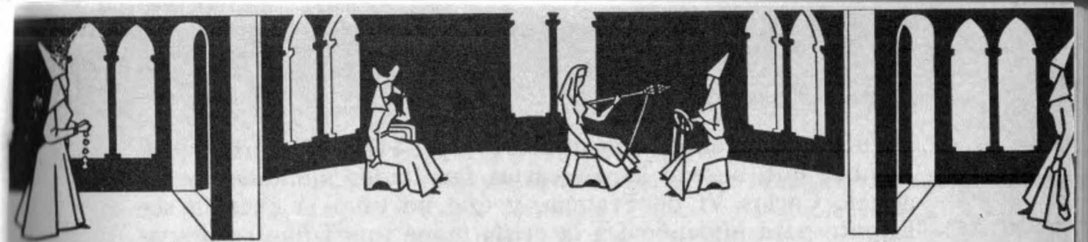


en el principado. Se formó en la lucha, apuesto, inteligente y valeroso, siendo la diplomacia y la astucia cualidades relevantes en él. Todos los castellanos partidarios de Isabel tenían puestas en él sus esperanzas y por ello inmediatamente después de su secreto matrimonio con Isabel intentó formar un partido en Castilla, pues toda la simpatía del pueblo estaba a su favor. Cuando murió Enrique IV en 1474 Fernando se encontraba en Aragón tratando de obtener de las Cortes apoyo económico para su causa, y allí tuvo la noticia de que Isabel había sido aclamada en Segovia. Rápidamente se dirigió a Castilla, pues exigía ser tenido como propietario de la corona, ya que era el pariente varón más próximo del difunto Enrique IV. Fue una época peligrosa en la que el matrimonio estuvo a punto de disolverse hasta que tuvo lugar la concordia de Segovia (1475), de la que sus cláusulas más importantes se referían a la administración de la justicia, mancomunada cuando estuviesen juntos e independientemente cuando separados; por tanto, quedaba estipulada la igualdad de derechos para ambos cónyuges.

La obra de los dos monarcas abarcó multiplicidad de aspectos y en todos ellos fue ingente, pues a la par que los resonantes triunfos en América y en Italia, destaca su labor en pro de la reforma estatal que, en sus líneas maestras, quedó instituida para más de dos siglos.

Para lograr el equilibrio y la paz interiores los Reyes Católicos respetaron las características políticas de los distintos reinos, que integraban su corona pues la unificación absoluta no tuvo lugar más que en el ápice del gobierno, pero la influencia de una corte unida se hizo sentir tanto en la política internacional y religiosa de España, como en muchos aspectos de la vida de los reinos unidos bajo su mando. En cada reino la centralización se llevó a cabo mediante la creación de Consejos adecuados, que actuaron sobre todo velando por el cumplimiento de la justicia, la pureza de la religión, el respeto a la ley y el incremento mercantil y económico del país.

En Castilla Isabel procedió a una serie de obras nuevas: se incorporaron a la corona las Órdenes Militares; se abrieron muchos privilegios y mercedes; se creó el Consejo de Castilla y un ejército permanente. Sin embargo, las reformas alcanzaron principalmente a la Iglesia ya que Isabel, que veía en ella un instrumento de mando, quería tenerla bajo sus manos y por ello obtuvo del papa Sixto IV la autorización para el restablecimiento de la Inquisición, que alcanzó fuerza extraor-



dinaria cuando fue designado inquisidor general fray Tomás de Torquemada, que emprendió una violenta campaña contra los judíos, que culminó en 1492 en que se dictó una orden de expulsión contra los hebreos. La reina trabajó intensamente para la conversión al catolicismo de todos los musulmanes que aún residían en la península, y para ello encontró un ardiente colaborador: el fraile franciscano Francisco Jiménez de Cisneros, que fue nombrado arzobispo de Toledo y que se encargó personalmente de la conversión; pero su celo fue tan excesivo que colmó el descontento por doquier, y el resultado final fue una tremenda insurrección de los musulmanes de las Alpujarras. La guerra duró un año y la capitulación que se les otorgó les colocaba en la disyuntiva de convertirse o abandonar Castilla, medida que un año más tarde se extendió a todos los mudéjares que vivían en el reino.

La empresa que más absorbió los desvelos de Fernando fue la conquista de Granada, anhelo que iba retrasándose año tras año, y que culminó brillante y favorablemente en 1492 (el mismo año del descubrimiento de América) en que hubieron de rendirse los moros más exaltados, refugiados en la ciudad de Granada, acuciados por el estrecho cerco que se les tendía.

En Cataluña Fernando zanjó la difícil situación de los «payeses de remensa», que habían causado una tremenda guerra civil. En 1486 dictó la sentencia de Guadalupe declarando abolidos los malos usos y libres los remensas a cambio de ciertas compensaciones económicas.

El monarca aragonés inauguró en España una política moderna, lanzándose a grandes empresas internacionales y utilizando a sus hijos como medio para asentar lazos matrimoniales con las familias más poderosas de Europa, preparando a España para el destino histórico que había de ocupar en tiempos de Carlos I y Felipe II.

1485

Guerra de las Dos Rosas. Durante los últimos tiempos de la guerra de los Cien Años se evidenciaba ya el fracaso de la dinastía de los Lancaster; pero la derrota con que dio fin tuvo para Inglaterra graves consecuencias pues privó a la dinastía del prestigio que querían darle sus soberanos.

El último de ellos, Enrique VI (1422-1471), fue un pobre hombre que heredó las precarias facultades mentales de su abuelo Carlos VI de Francia, y que no tuvo la energía suficiente para imponerse a la crisis monárquica que se desencadenó. Los partidarios de la familia York, alejada de la política desde el destronamiento de Enrique II, aprovecharon el descontento de la nación para reclamar el gobierno del duque Ricardo de York, descendiente también de Eduardo III. La corte, desde la muerte del regente duque de Bedford, había estado dominada por el conde Suffolk, que pereció en el año 1450. El trono entonces pareció vacilar; pero aún el duque de Somerset pudo tenerlo hasta el año 1455 en que también pereció. Inmediatamente el Parlamento dio al duque de York el título de protector y defensor del reino; esta actitud no fue aprobada por los banderizos de los Lancaster y por tal motivo estalló la lucha (1460) entre los dos partidos, agrupados el uno bajo la rosa blanca de los York y el otro bajo el de la rosa encarnada de los Lancaster; de ahí el nombre de las *Dos Rosas* con que es conocida la contienda que arrastró a la nobleza inglesa a una lucha fratricida que alcanzó extremos de máxima crueldad.



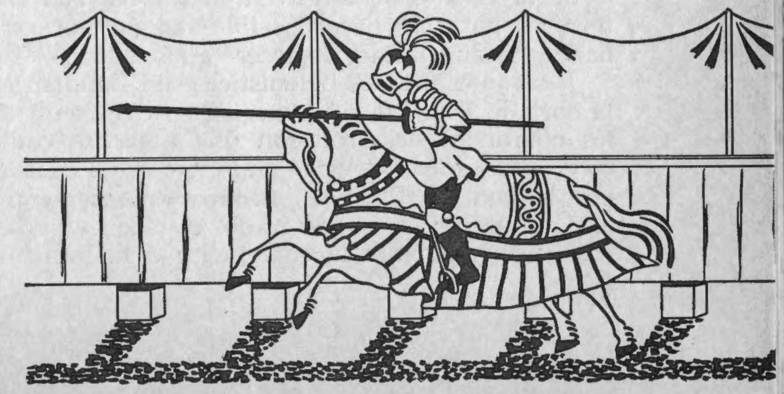
Cuando comenzó la guerra la suerte se inclinó del lado de los York, pues, tras la batalla de Northampton, Ricardo fue reconocido sucesor de Enrique VI; pero al cabo de poco perdía la vida en la acción de Wakerfield, en diciembre de aquel mismo año. Entonces, su hijo, victorioso en Mortimer's Cross (febrero 1461) se proclamó rey con el nombre de Eduardo IV, si bien tenía que compartir su autoridad con el conde de Warwick, cuyo prestigio e influencia eran tan grandes que era conocido con el nombre de Kingmaker (hacedor de reyes). En 1469 Eduardo IV quiso librarse de su influencia, pero él mismo en 1470 hubo de emigrar en tanto volvía al poder el de York, apoyado por su cuñado el Temerario de Borgoña, recuperó el poder en 1471 y esta vez de manera definitiva. Al cabo de poco morían de muerte violenta Enrique VI y su primogénito, así como Warwick.

Sin rival, Eduardo pudo empuñar con mano dura el cetro pero su carácter cruel y sanguinario le hicieron perder en seguida el apoyo de muchos de sus partidarios, que dirigieron sus miras a la persona de Enrique Tudor, pariente próximo de Enrique VI. En 1485, Eduardo IV era derrotado y muerto en la batalla de Boswort, hecho que marcó el fin de la guerra de las Dos Rosas; instauró en Inglaterra la dinastía de los Tudor; puso fin a la crisis feudal y aportó la paz al país.

En el curso de la guerra civil el Parlamento había ido adquiriendo cada vez más preponderancia, por la intensidad de la crisis monárquica, y también, como consecuencia de la gran matanza de la nobleza, la Cámara de los Comunes tenía más prestigio que la de los Lores. Por eso, cuando Enrique VII se hizo cargo del poder, la nobleza ya no tenía ningún ascendiente; en la Cámara de los Lores solamente quedaban veintinueve pares laicos, por lo que el monarca creó títulos nuevos que en adelante serían el principal apoyo de su política monárquica. Enrique VII instituyó también la denominada Cámara Estrellada, que, a semejanza del Parlamento de París en Francia, actuaba como tribunal supremo de justicia. Su creación se había hecho necesaria, pues en el curso de la guerra de las Dos Rosas muchos derechos de regalía habían sido apropiados por la nobleza. En esta época hicieron su aparición en el país de Gales muchos principios del Derecho romano clásico.

También fue modificada la Cámara de los Comunes, en su mayoría formada por propietarios y hombres de negocios que se habían enriquecido enormemente aprovechando el desorden de la guerra civil y que olvidaban los habituales derechos de los campesinos. El rey se erigió en defensor de estos últimos y para hacer de ellos una fuerza social les abrió las puertas del Parlamento; así el monarca se procuraba influencia en la Cámara de los Comunes, o sea, en último término hizo del Parlamento un órgano sujeto a su voluntad, sistema necesario para desarrollar su política centralista.

El advenimiento de Enrique VII coincidió con un robustecimiento del desarrollo económico que marcó en Inglaterra los comienzos del capitalismo, máxime cuando la política desarrollada por el monarca fue de apoyo a los intereses económicos de la burguesía mercantil. Inglaterra, hasta entonces nación esencialmente agrícola, comenzó a manifestarse como potencia predominantemente marítima y comercial.



María Roselló

1492

Descubrimiento de América. Todo el comercio que desde el siglo XIII Europa mantenía con Asia estaba completamente monopolizado por las ciudades de Venecia y Génova, y se realizaba por dos arterias de tráfico, la llamada *vía de las especias* que partiendo de China tocaba Europa a través de Ceilán y el mar Rojo, patrimonio de Venecia, y la *ruta de la seda,* que por vía caravanera a través del Asia Central, también llegaba hasta China y de cuyo tráfico Génova era la beneficiaria. Después, cuando a fines del siglo XIV Venecia destruyó la flota genovesa, fue aquella ciudad quien consiguió el monopolio de todos los productos arribados de la India y China.

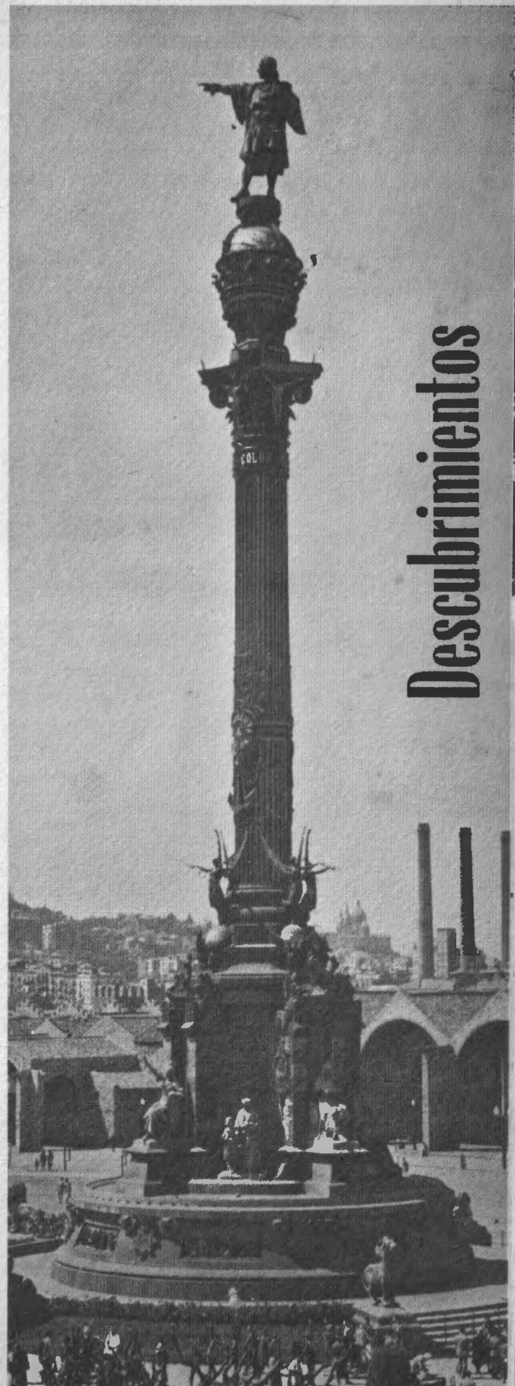
Europa había perdido todo conocimiento exacto respecto de Asia, y el famoso viaje de Marco Polo reveló cuán fabulosas riquezas se escondían en aquel continente, y por tanto la posibilidad de establecer un lucrativo comercio. Ya a partir del siglo XIII la casa de Aragón intentaba establecer relaciones comerciales con Oriente y a tal objeto se llevó a cabo la conquista de Acre en la costa de Siria.

En aquella misma época los árabes ponían en boga la ciencia geográfica de la antigüedad y en especial las teorías de Eratóstenes, relativas a la redondez de la tierra, estimulando el ánimo para los viajes; los científicos del cuatrocientos se aplicaban con interés inusitado al estudio y hallazgo de nuevos métodos que hicieran posible la conquista del mundo. A fines del siglo XIV los catalanes, expulsados de Siria, estimulados por la conquista de nuevos mercados, habían realizado portentosas hazañas en el litoral africano llegando hasta el Senegal. Los viajes a la tierra del preste Juan (Abisinia), realizados a lo largo del cuatrocientos por catalanes, franceses, italianos, etc. fueron muy numerosos y espoleaban la imaginación creando fabulosos mitos, tales como el reino de las Amazonas, el de la Isla de los Siete Obispos, el de la Fuente de la Juventud Eterna, etc. y los adelantos técnicos parecían hacer posible tan quiméricos planes, allanando las dificultades de acceso a los mares.

Los conocimientos helenísticos se difundían enormemente, la obra de Tolomeo fue conocida en Occidente; pero con ella los científicos desarrollaron una evidente confusión, la de creer en la gran extensión en longitud del continente asiático, por lo cual el Pacífico quedaba enormemente reducido y hacía concebir la esperanza de una fácil y corta travesía del Atlántico, mediante la cual llegar a la India partiendo por

A Colón ha levantado la posteridad magníficos monumentos (1 y 2) que pregonan por toda la extensión del globo...

1



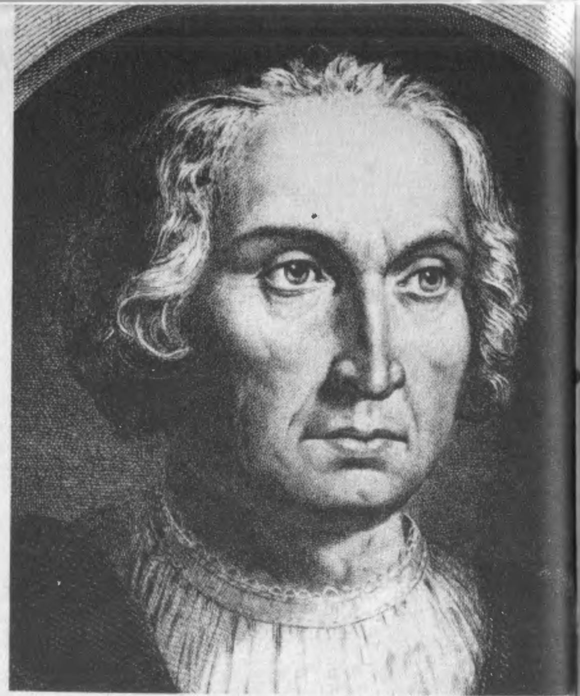
2



Descubrimientos

la fama imperecedera de este hombre (3), genial navegante y descubridor del Nuevo Mundo.

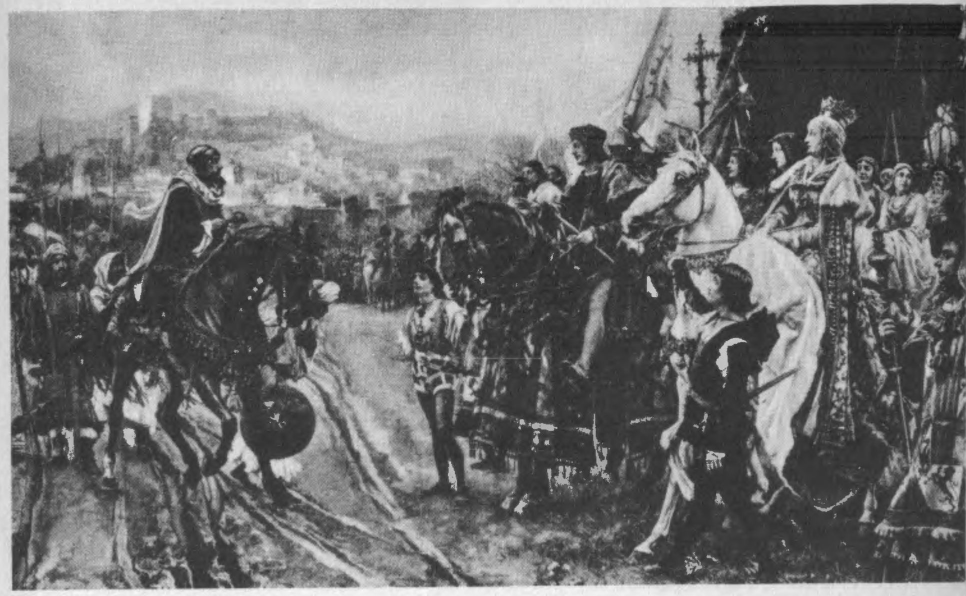
En su tiempo, en cambio, cuando recorría polvorientos caminos (4) soñando en el mar, muy pocos tuvieron fe en él.



3

4





5

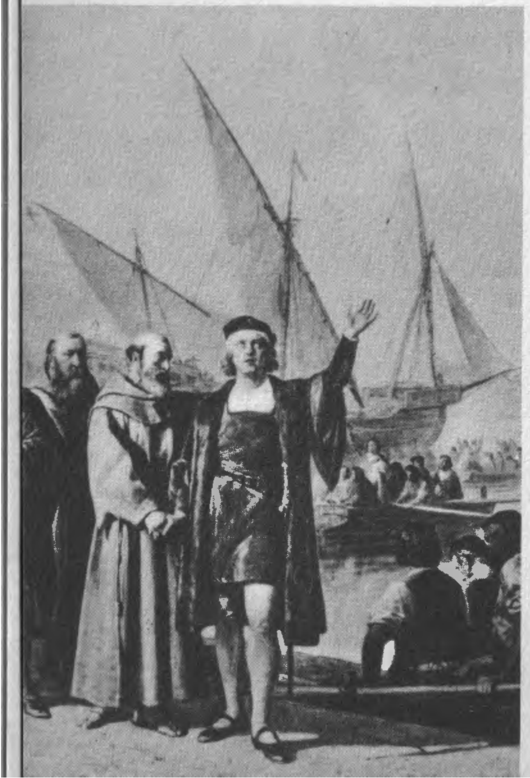
6



Eran tiempos de glorias y hazañas militares (5), poco propicias a quimeras y ensoñaciones, pese a que ya Enrique el Navegante (6) escudriñaba los mares y buscaba nuevas rutas por el Este.



7



10



9



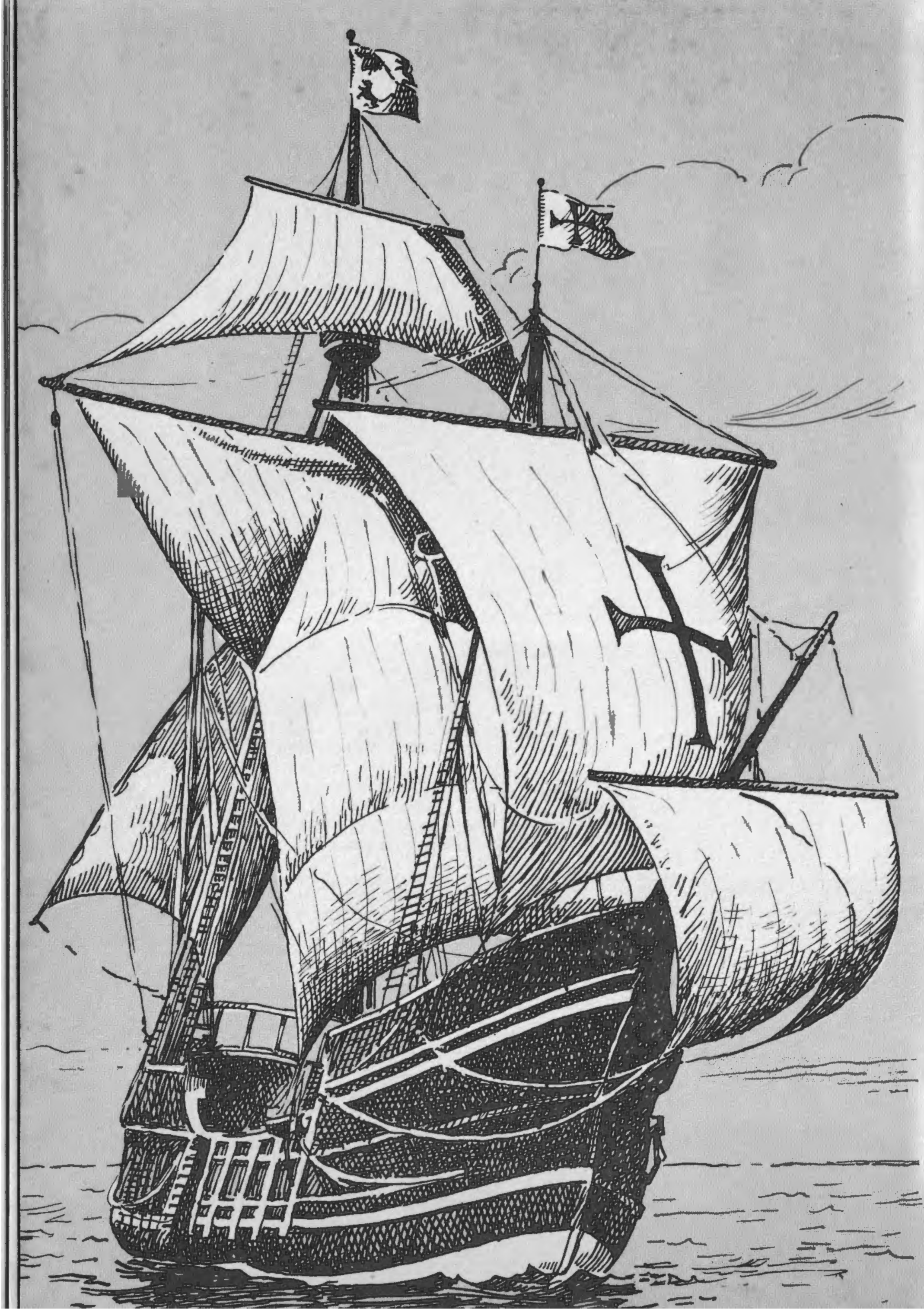
8

Pero Colón miraba hacia Occidente y exponía sus intuiciones (7) con voz de iluminado; razonaba ante la Junta de sabios y doctores (8) y hablaba ante los reyes (9) con convicción de profeta.

Y le creyeron (10). Dudaban todavía los mismos que se embarcaban (11) para emprender la hazaña...

11





12



14



13

15



...pero ya estaban en el mar (12). Era agosto de 1492. Poco a poco se perdían las costas españolas, y los ojos quedaron fijos tan sólo en los instrumentos náuticos (13), en el mar y en las estrellas.

Pasaron los días. Al fin .. ¡Tierra! (14).

La nueva tierra, exuberante y rica (15), nacía el 12 de octubre de 1492.

Héroes con temple de acero (16) realizaban hazañas de leyenda: recorrieron incógnitas regiones, fundaron con solemne ceremonial ciudades y poblados, y conquistaron imperios (17 y 18) mayores que Europa. América crecía con el empuje de un pueblo joven.

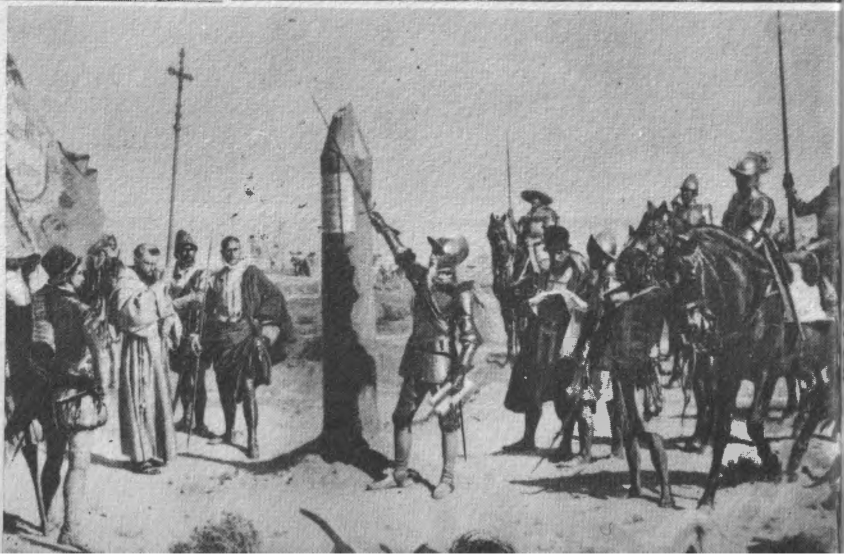
16



17



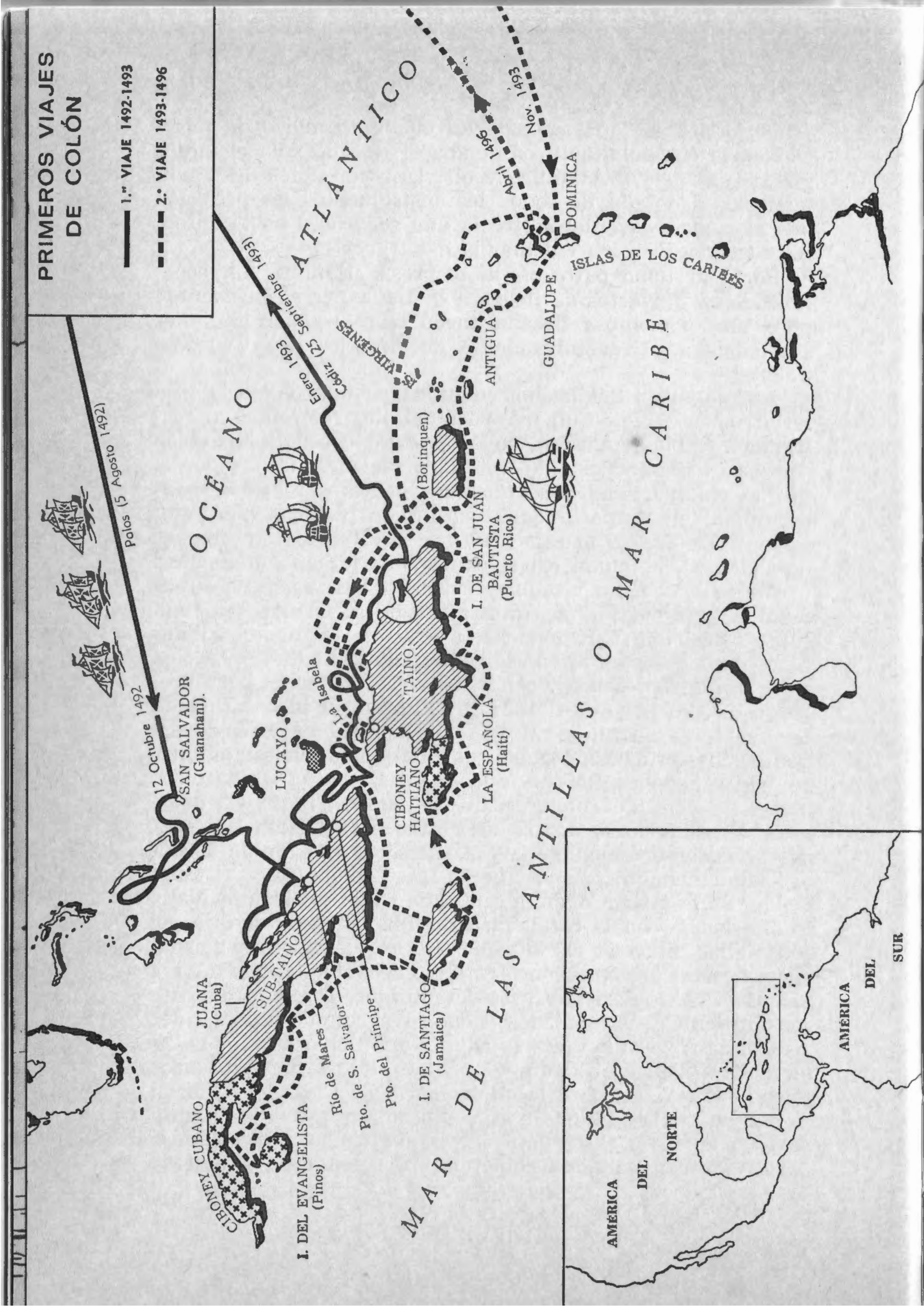
18



el Occidente. La aparición de un elemento nuevo de navegación, la carabela, que combinaba el tipo de vela cuadrangular, usado en el Atlántico y el triangular típico del Mediterráneo, y dotada de todos los instrumentos de precisión que la ciencia inventara, ofrecía una seguridad hasta entonces desconocida para efectuar largas travesías.

Portugal tomó parte en la empresa atlántica con esperanzadores proyectos de llegar a la India por el Occidente; pero una portentosa hazaña turbó la realización de tales ambiciones: el descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

La magnitud del hecho, con toda su trascendencia posterior, ha oscurecido un tanto los detalles referentes al realizador de la empresa, cuyos datos biográficos aparecen confusos, en parte debido a tergiversaciones hechas por él mismo, y en parte a las de su primer biógrafo, su hijo Fernando, quien tal vez para ocultar su origen plebeyo, dejó muy oscuro lo referente a su patria y familia. Todos los coetáneos de Colón le atribuían origen genovés o italiano al menos; pero el único documento que afirma esta suposición no ofrece absoluta garantía de seguridad, porque se conoce sólo una copia y se teme fuera falsificado a raíz de los pleitos colombinos. En el cuarto centenario del descubrimiento de América se recopiló interesante y coherente documentación para probar el origen genovés del Almirante, que, si bien no puede tenerse como definitivo, sí que por lo menos es más lógica que muchas pruebas aportadas por los que no quieren admitir su origen genovés, porque muchas tesis que buscan en otros países la patria de Colón, pecan por exceso de fantasía unas, están faltas de base otras, y no ofrecen la certeza histórica de la documentación genovesa. Celso García de la Riega defendió clamorosamente la patria gallega de Cristóbal Colón, de la misma manera que Luis Ulloa y Carreras Valls lo han hecho con la catalana; sin embargo, no dejan de ser todas ellas hipótesis carentes de validez científica; lo mismo sucede con el pretendido origen judío de Colón, una de tantas fantasías biográficas sobre el descubridor. También durante mucho tiempo se ha estado en duda respecto de la fecha del nacimiento; pero hoy día se admite que debió acaecer entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451. Se poseen varios documentos relativos a la adolescencia de Colón en Génova y es unánime la opinión de que empezó a navegar desde muy joven y en 1476 llegó náufrago a Portugal estableciéndose en Lisboa como agente comercial representando a la casa



Centurione. En Lisboa se casó con Felipa Moniz y en adelante pasó temporadas en la isla de Porto Santo (Madera), donde tendría ocasión de examinar papeles y mapas de su suegro, adquiriendo tal vez noticias de supuestas tierras en el Atlántico. Es probable que Colón más que en Italia forjara en Portugal su gran proyecto, cuyo origen es enormemente complejo, aun admitiendo el influjo de la correspondencia de Toscanelli y la diversidad de hechos que se ha dicho contribuyeron a forjar el plan colombino.

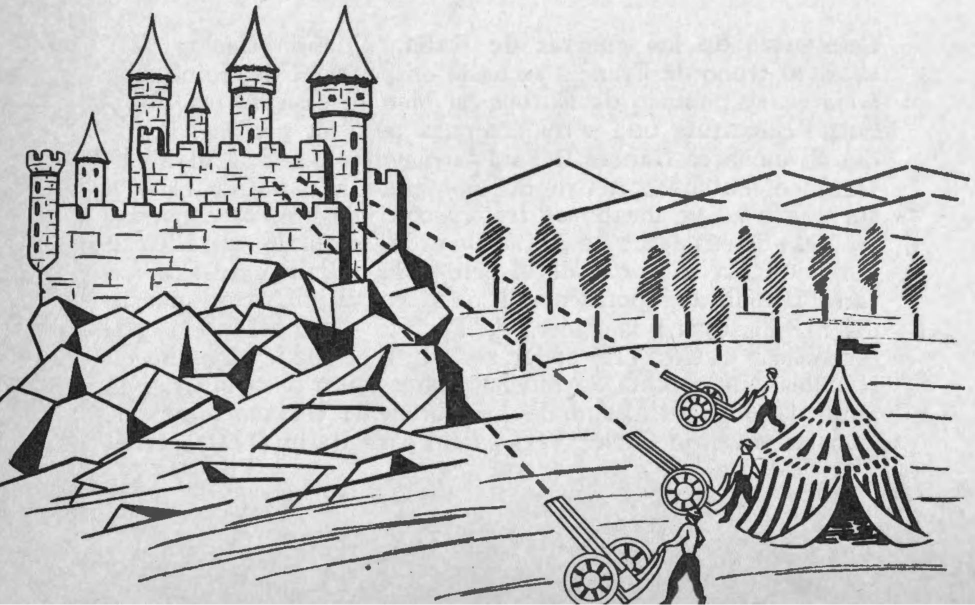
Hay dos teorías para explicar las realizaciones de Colón que pugnan por ser las verdaderas: la de que se proponía llegar a la India por Occidente, pensando que eso era factible a raíz de las lecturas de Pierre d'Ailly, y la de que conocedor más o menos directo de la existencia de tierras allende el Atlántico, se propusiera arribar en busca de riquezas.

Sea lo que fuere, es lo cierto que Juan II de Portugal rechazó el proyecto colombino, pero no así España, aunque a costa de mucho insistir a los Reyes Católicos que consideraron exorbitantes las pretensiones de Colón. Por fin se llegó a un acuerdo en las Capitulaciones de Santa Fe, que le permitió zarpar en busca de rutas atlánticas. Superadas todas las dificultades, y con la firme protección de la reina Isabel la Católica, el día 3 de agosto de 1492, la flota, costeada a medias por los monarcas y por los participantes de la expedición, se hizo a la mar en el puerto de Palos rumbo a Canarias. Al empuje de los alisios el 12 de octubre divisaron la humilde isla de San Salvador. América asomaba con luces de leyenda a la historia occidental.

1494

Comienzos de las guerras de Italia. Cuando Carlos VIII subió al trono de Francia se halló en posesión del reino más poderoso y poblado de Europa, si bien la casa de los Habsburgo constituía una seria amenaza para su política. Desde que el monarca francés llegó a la mayoría de edad, el Mediterráneo, entonces centro del comercio mundial, porque a su través se verificaba el tráfico con Oriente, se convirtió en meta de sus deseos, e Italia fue el lugar donde cristalizó su ambición. Las riquezas de la península italiana contrastaban con la debilidad política del país, ya últimamente puesta de manifiesto en la guerra de Ferrara (1482-1484), lo que permitió a Carlos VIII poder restaurar el poder anjevino en Nápoles, aun a costa de muchas concesiones para obtener la garantía de neutralidad de las potencias vecinas europeas. Con tal garantía Carlos VIII partió para Italia (1494), con el

pretexto de la muerte de Ferrante I de Nápoles. Sus ejércitos no hallaron resistencia a su paso y brillantemente pudo desfilar por Milán, Florencia y Roma hasta hacer su entrada triunfal en Nápoles, tocado con la corona imperial en tanto que era aclamado por la multitud como emperador de Constantinopla y rey de Jerusalén. La empresa mediterránea daba un giro completamente nuevo a la política francesa hasta entonces orientada hacia el Norte y el Oeste. La actuación monárquica secundaba también los deseos del capitalismo francés, que era quien había de hacer posible las ambiciones de Carlos VIII de reconquistar Constantinopla, puesto que los hombres de negocios veían en su expansión hacia el levante, amplio margen para conquistar excelentes mercados y la facilidad con que el monarca francés pudo adueñarse de Nápoles dio alas a su quimérico plan de cruzada. Cuando más cerca parecía de que antaño se alzara frenando la ambición de Federico II, surgió ante Carlos VIII, la Santa Sede, que, firme y decididamente se oponía a que se verificara la unión de la Italia del Norte y del Sur en un solo poder. Por eso, a instancias del Papado, se formó una coalición europea integrada de un lado por el emperador y Ludovico el Moro, que temía por su próspero ducado de Milán, y de otro por las potencias mediterráneas de Venecia y Aragón. Ante tamaña coalición y viendo la deserción de muchos príncipes italianos, Carlos de Francia se retiró de Italia tras la batalla de Fornovo (1495). Un año después un ejército español procedente de Sicilia conquistó Nápoles, dando el Papa la corona a Federico III.



A pesar de su fracaso en Nápoles, Francia había demostrado un grandioso poderío militar al cooperar toda la nación al unísono con los deseos del monarca y esto hizo que se acercaran las dinastías de Aragón y de Habsburgo, reforzando con una sólida política matrimonial sus lazos amistosos. En 1496 don Juan, heredero de los reinos españoles contraía nupcias con Margarita de Austria, hija de Maximiliano de Habsburgo, al tiempo que el hijo de éste, Felipe el Hermoso, se desposaba con Juana de Castilla. Estos enlaces cambiaron profundamente la situación de Italia y máxime cuando la muerte de don Juan acumuló en Felipe el Hermoso y Juana de Castilla las herencias de Austria, Borgoña y España. Lo que Venecia y la Santa Sede tanto temían acababa de suceder: la unión de la Italia del Norte con la del Sur, y ante ello, la poderosa República y el Papado cambiaron de partido inclinándose por Francia

El problema quedaba entonces planteado entre España y Francia, que durante más de veinte años iban a sostener una lucha decisiva para la hegemonía de Italia.

1503

Unificación de Rusia. Al disgregarse, en el siglo XIV, el colosal imperio gengiskhanida, formóse sobre una considerable parte de la Rusia meridional el conocido khanato de la Horda de Oro y en el corazón de Asia el del Turquestán, dos de las muchas divisiones que registró aquel imperio. En el Turquestán, a fines del siglo XIV surgió la figura de Timur Leng, Tamerlán para los occidentales, de clara ascendencia turca, quien, ambicioso de poder, comenzó su carrera de armas llamando a la obediencia a los revoltosos señores feudales turcos y acabó proclamándose rey de Samarcanda y sucesor de los khanes de Djatai. Como verdadero huracán de las estepas el jefe de los turcos y mogoles se lanzó a la conquista del Asia; Persia, India y Mesopotamia conocieron el furor de los guerreros de Tamerlán, y también la Horda de Oro experimentó los efectos de aquel bárbaro de las estepas; destrozó Sarai y aun llegó hasta Crimea sembrando a su paso la desolación y destruyendo las factorías que en aquella península tenían los genoveses. A partir de estos hechos, el khanato, profundamente arruinado, se dividió en tres: en el mar Caspio el de Astrakán; en el Volga medio, el de Kazán, y el de Crimea, en la península de este nombre. Los tres eran continuamente víctimas de luchas que acabaron minando su poder en provecho del principado de Moscú, que ejercía una

indudable hegemonía sobre los demás principados rusos desde los tiempos de Iván Kalita.

En estas favorables circunstancias asumió el mando del principado moscovita, Iván III (1462-1503), hombre enérgico y valeroso, verdadero fundador del Estado ruso, que, separado de Europa cuado tuvieron lugar las primeras invasiones, se había mantenido alejado del Occidente hasta después de la caída de Constantinopla. El Papa, temeroso de la amenaza que para la Cristiandad representaba el peligro turco, preparó el matrimonio de Iván III con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador de Constantinopla (1473). Ello permitió a Iván III reivindicar la herencia de Bizancio y considerar a su país como heredero del Imperio romano a través de Constantinopla; adoptó el título de césar (*zar*), y las insignias e indumentarias de los Paleólogos. Venecia reconoció a Moscú heredera de Bizancio y muchas ciudades de la Hansa, así como Milán, Dinamarca y Hungría, entablaron con la potencia moscovita relaciones diplomáticas. La Santa Sede continuó, como antaño con Bizancio, su política de unión de las dos Iglesias y ayudó mucho a la formación de un imperio ruso que sirviera de defensa al Occidente contra la amenaza turca.

A fin de robustecer su Estado, Iván III promovió en él el comercio, como base indispensable para obtener los recursos económicos que necesitaba para engrandecer sus dominios; entabló negociaciones con el khan de Crimea que le adjudicó el puerto de Kaffa. De nuevo el comercio entre el mar Negro y el Báltico se verificaba a través de Rusia, que vio robustecerse su burguesía, y sus ciudades crecieron al impulso de las caravanas que provenían de Asia Central, de la India y China. Tales ventajas en el orden económico permitieron poder llevar a cabo sus ambiciones territoriales. Sus miras dirigiéndose hacia el Norte; en 1463 Jaroslavl caía en su poder y la batalla de Tselon, en 1471, le permitía la anexión de la provincia de Novgorod, en donde las ciudades de la Hansa, realizaban importantes transacciones comerciales. De hecho, sus planes quedaron completados con la anexión de los principados de Pskov y Tver y el dominio del khanato de Kazán. Cierra la brillante carrera política del unificador del imperio de los zares la anexión en 1503 de Cherngov, ciudad adquirida por la batalla de Vidros, librada contra el duque de Lituania, que hubo de reconocer a Iván III el título de soberano de toda Rusia.

Quedaban definidas las tres directrices más representativas de la política rusa a lo largo de la historia: la ambición de unir Ucrania y la Rusia Blanca; abrirse el comercio de los mares del Sur, y sus deseos de expansión hacia el Báltico.

1517

Crisis religiosa alemana. El apogeo de los estados monárquicos de Occidente, el pensamiento renacentista y la transformación económica impuesta por el capitalismo habían influido sobremanera en la Iglesia del siglo XV. El poder de la Santa Sede, tal como lo había concebido la Edad Media, en realidad no existía. Aunque a fines del siglo XIV pareció superada la gran crisis que desde comienzos de siglo se manifestaba en la Iglesia, no había, en realidad, más que una aparente vuelta al equilibrio entre la Iglesia y sus fieles. El desenvolvimiento mundano de la mayoría de los eclesiásticos y la poca espiritualidad de las órdenes religiosas hicieron que se abriera una brecha cada vez más profunda entre la masa de fieles y la Iglesia Católica, que se acentuó aún más por cuanto en el pueblo, universal reserva de la moral, se desarrollaba una corriente mística cada día más acendrada aunque al margen del clero. Este misticismo popular halló también en la clase intelectual un apoyo para su temática religiosa, pues personajes como Erasmo, Reuchin y Lefévre d'Etaples se mostraban también partidarios de una depuración y simplificación del dogma y liturgia religiosos.

Las manifestaciones de inconformismo se dieron en Alemania con mucha más intensidad que en otras naciones, y quizá debido a que la Iglesia era allí riquísima, puesto que las dignidades eclesiásticas poseían más de un tercio de las tierras; por otra parte las grandes familias principescas acaparaban todos los cargos en abadías y obispados y llevaban una vida en nada distinta a la de los cortesanos y, por tanto, no correspondiente a su categoría clerical.

Estas corrientes de inconformismo fueron encauzadas por una generación de hombres, cuyo representante principal fue en Alemania Martín Lutero (1482-1546). Era natural de Eisleben e hijo de un minero. En 1516 era monje agustino y profesor de la universidad de Wittemberg. Con un gran temor de la justicia divina y del diablo se entregó a un profundo estudio de la Biblia, teniendo muy presentes las enseñanzas de su maestro Juan Etaupitz, referentes a la misericordia y justicia divinas. La meditación de la epístola de San Pablo a los romanos cuando dice «el justo vivirá por la fe», le estimuló para elaborar su doctrina de lo inevitable de la

caída de la naturaleza humana y de la salvación por el puro acto de fe en Cristo Redentor. Paulatinamente esto le indujo a la negación de la gracia, al convencimiento de la ineficacia de las buenas obras y a proclamar la inutilidad de las prácticas religiosas. Tal vez Lutero llegó a estos extremos impresionado por el lujo que había visto desarrollarse en Roma, a donde había sido enviado en 1511. En 1515 el papa León X, para conseguir los fondos necesarios para la construcción de la basílica de San Pedro, encargó a los dominicos la predicación de unas indulgencias especiales. En seguida tal predicación se convirtió en una operación mercantil puesto que los banqueros Fugger aseguraron la recaudación de lo necesario a cambio de una comisión, y en las ventanillas de los bancos empezaron a ser vendidas las bulas con gran escándalo de muchos cristianos. El 1.° de noviembre de 1517, Lutero, en sus famosas *Tesis de Witemberg*, protestó públicamente de estos hechos y de los principios en que se sustentaban. El Papa le llamó a Roma, pero el emperador Maximiliano, que deseaba ejercer la soberanía sobre la Iglesia alemana, le hizo comparecer ante la cámara legislativa de Augsburgo (1518), en donde el ardor con que Lutero defendió sus puntos de vista despertó en Alemania un espíritu de protesta contra las decisiones pontificias. El clima alemán le era propicio, pues el misticismo de las masas deseaba ardientemente unas reformas en las costumbres de la Iglesia y los nobles especulaban para oponerse al Papa o al emperador; también el círculo humanista que aplaudió a Lutero sus recomendaciones de aprender en las prístinas fuentes de la Biblia, prescindiendo de las tradicionales interpretaciones del Papado. En la controversia celebrada en Leipzig en 1519, Lutero declaró la conformidad de sus doctrinas con las de Juan Huss, con lo que ya automáticamente se colocaba fuera de la Iglesia, alzándose contra el poder universal del Papa, subordinando la Iglesia a los límites de la nación y declarándose contrario a la infalibilidad de los concilios. En sus publicaciones *A la nobleza cristiana de la nación*, en que invitaba a la aristocracia germánica a apropiarse de los bienes de la Iglesia y establecer los derechos de las iglesias nacionales; *De de la cautividad babilónica de la Iglesia*, tesis dogmática en la que negaba la eficacia de la mayoría de los sacramentos y *De la libertad cristiana*, en donde insistía en sus doctrinas de justificación por Cristo y en Cristo, levantaron en Alemania honda inquietud; hasta todos los rincones llegaban las ideas de Lutero, pues gracias a la imprenta sus

escritos alcanzaron gran difusión. León X hízole un llamamiento conminándole a la obediencia en la bula *Exurge domine*, documento que Lutero quemó públicamente en la plaza de Wittemberg el día de Navidad del año 1520.

Sus ideas, sin embargo, no se extendieron de un modo pacífico; la muerte del emperador Maximiliano y el ser coronado su nieto Carlos V señalaron el comienzo de la resistencia a las ideas de Lutero. El nuevo emperador obtuvo del Papa Adriano VI, que le permitiera hablar con el hereje en la Dieta de Worms (16 de abril de 1521), en la que Lutero tampoco quiso retractarse y voluntariamente se desterró del imperio hallando cobijo y amparo en las tierras del elector de Sajonia, en cuyo castillo de Wartburgo hizo la célebre traducción de la Biblia al alemán, en tanto que el movimiento reformista adoptaba características sociales y los caballeros, el proletariado urbano y los campesinos desencadenaban una espantosa revolución. Cuando Carlos V se propuso restaurar la unidad del imperio y convocó, en 1530, la Dieta de Augsburgo para sentar las bases de la reconciliación, Lutero expuso en su *Confesión de Augsburgo* las bases del luteranismo y señaló la ruptura definitiva entre príncipes católicos y protestantes cimentando las bases de la ideología estatal alemana y preparando la evolución de su civilización, resucitada del antiguo fondo germánico.

1519

Imperio universal de Carlos V. Carlos de Habsburgo, hijo de Felipe el Hermoso, duque de Borgoña, y de Juana de Castilla, hija de los Reyes Católicos y heredera de las coronas de España, había nacido en Gante el 25 de febrero del año 1500 y la fortuna le había deparado uno de los destinos históricos más sobresalientes de la humanidad. Pasó toda su juventud en Flandes, orientado en su educación por Chiévres y Adriano de Utrech. Allí conoció y se formó en la cultura e ideología renacentistas. Cuando en 1516 murió el



monarca español, Fernando el Católico, nombró heredero de todos sus estados a su nieto Carlos, al tiempo que designaba al cardenal Cisneros como gobernador regente de Castilla. A la noticia de la muerte de su abuelo, Carlos embarcó para la península, pisando por primera vez tierra española en Tazones (Asturias), el 17 de septiembre de 1517. El joven soberano venía a España acompañado de las personas más influyentes de su corte de Flandes, tales como Guillermo Croy, señor de Chiévres, Juan de Sauvage y Mercurino de Gattinara entre los más destacados; el monarca desconocía la lengua y las costumbres del país, y dada su juventud, obraba tan sólo de acuerdo con sus consejeros flamencos quienes pronto se distribuyeron los cargos civiles y eclesiásticos más lucrativos de Castilla, hechos que, unidos a la política fiscal que impuso Chiévres, provocaron graves recelos en los municipios castellanos, que manifestaron su disgusto por boca de la ciudad de Toledo, que expresó su desacuerdo por medio de una embajada al monarca que no fue recibida. Los roces entre españoles y consejeros flamencos eran cada día mayores y aumentaron con la noticia de la muerte del emperador Maximiliano y la petición a las Cortes de España de subsidios extraordinarios, necesarios para la inminente marcha de Carlos a Alemania, a fin de participar en la elección imperial. La ciudad de Toledo estalló en franca rebeldía en abril de 1520 y en seguida fueron varias las ciudades que se le unieron en la denominada Santa Junta (julio 1520), que agrupaba indistintamente a burgueses, artesanos y nobles. Los comuneros, nombre que fue dado a los rebeldes, pretendían limitar el autoritarismo monárquico que habían visto alzarse con los Reyes Católicos, mediante la libre disposición de los cargos municipales y la fiscalización de la hacienda real. En este sentido representaban una oposición a la concentración monárquica y a los progresos capitalistas que iban trayendo los nuevos tiempos. El monarca, entre tanto, había embarcado en el mes de mayo dejando a sus espaldas una España envuelta en un reguero de pólvora; los asuntos de Alemania requerían también su presencia en aquellas tierras.

A la muerte de Maximiliano de Austria había quedado vacante la corona imperial y Francisco I de Francia continuó las aspiraciones que ya había manifestado Luis XII y, aun oponiéndose a los Habsburgo, y en contra de Carlos, presentó su candidatura a la corona, y como también Enrique VIII de Inglaterra hiciera lo mismo, las tres poderosas monarquías occidentales entraban en la lid para conquistar, por medio de



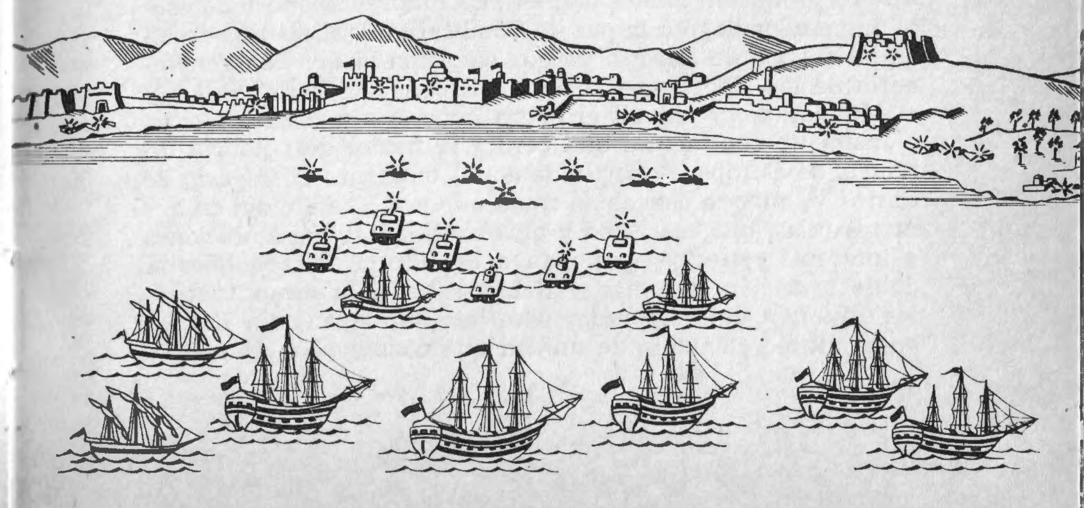
la revitalización de la dignidad imperial, el derecho de actuar como árbitros de la cristiandad. Esta vez se pasa por alto la tradicional costumbre de que la corona pasara al elector de Sajonia, que representaba la tradición feudal, y los electores optaron por sacar la corona a subasta, hecho por el que únicamente quedaron dos candidatos posibles: Carlos y Francisco. Así planteado el problema, se entabló una lucha financiera, porque esta vez el Imperio no iba a ser disputado por las armas, sino que en lugar de los ejércitos actuarían las bancas. Francisco I estaba respaldado por la banca de los Médicis en tanto que los Fugger apoyaban a Carlos con crédito ilimitado y libraban a los electores letras de cambio pagaderas después de la elección. Al mismo tiempo Carlos reunía cerca de Francfort, donde se convocaban los electores, un ejército de 25.000 hombres. Los Fugger triunfaron y Carlos fue elegido emperador (28 de junio de 1519).

La formidable herencia territorial de Carlos le convertía en el soberano más poderoso de la Historia: la realeza de las de Castilla y Aragón con cuantos países estaban bajo su órbita expansiva: Cerdeña, Sicilia y Nápoles en Italia; Melilla, Orán, Bujía y Trípoli en el norte de África y las tierras americanas, cada vez llamadas a mayor acrecentamiento. Además como herencia de sus abuelos paternos recibió: Países Bajos, Luxemburgo, Flandes, Artois, Franco Condado y muchos derechos sobre el ducado de Borgoña. De Maximiliano de Austria la heredera de los Habsburgo: Austria, Carintia, Estiria, Tirol y Sundgau, a lo que se añadió los derechos a la corona imperial, como hemos visto anteriormente. Tan fabuloso imperio sobrepasaba los límites que soñaran Federico III y Maximiliano de Habsburgo, que querían imponer su autoridad al mundo, agrupando las tierras de Europa en torno a los ducados de Austria. Con Carlos V el centro del imperio no está ya en Austria, sino que se desplaza hacia el mar, y son Italia, España y los Países Bajos, los estados que actúan como verdaderas fuerzas directrices. La concepción política de Carlos V era distinta, y como los únicos países de toda la catolicidad, que se mantenían al margen de la autoridad imperial eran

Francia, Inglaterra y Portugal, Carlos intentó su incorporación al imperio mediante el sistema de matrimonios dinásticos. Casó a su hermana con Juan III de Portugal y él mismo contrajo matrimonio con la hermana de Juan, Isabel; este matrimonio fue la causa de que Felipe II pudiera anexionarse la corona de Portugal y sus posesiones. En 1544 dio a su hermana Leonor en matrimonio a Francisco I y ya al final de su reinado (1453), casó a su hijo Felipe con la reina María Tudor de Inglaterra, con lo que ningún país europeo quedó fuera de la red de alianzas dinásticas.

Tan vasto imperio contaba con dos elementos que hacían imposible tanto su unidad política como social. Excepto las herencias de los Habsburgo y Alemania, los demás estados de Carlos eran países muy desarrollados, con una civilización orientada a la expansión marítima y al gran capitalismo; sin embargo, los países germánicos mantenían aún un carácter señorial y agrario a pesar de la centralización monárquica que había emprendido Maximiliano; en realidad no eran sino esbozos de un autoritarismo monárquico que más que dirigirse a todo el país, se realizó en cada principado, con lo cual cada uno de éstos iba adquiriendo el carácter de pequeña monarquía, dispuesta a sacudirse el yugo imperial. Por eso, cuando Carlos V quiso imponer su autoridad a aquel conglomerado de estados se encontró en la imposibilidad de desarrollar en todos ellos una misma política, teniendo que adaptar a cada uno en particular su modo de actuación. También España, durante el reinado de Carlos V, siguió siendo un mosaico de estados autóctonos que conservaron sus instituciones, su economía y su gobierno propios, lo cual representaba una forma medieval que contrastaba enormemente con la concepción política universal de su soberano. En Italia sucedía también lo mismo y únicamente en los Países Bajos pudo el emperador continuar la obra de centralización emprendida por los duques de Borgoña. Por todo ello el imperio de Carlos V no era más que una inmensa asociación de principados, señoríos y reinos, agrupados bajo una misma dinastía, pero que conservaban sus divergencias sociales, idiomáticas y culturales, lo cual imposibilitaba en mucho su mutua colaboración; Carlos V no era un monarca como Francisco I o Enrique VIII íntimamente ligados a las tradiciones de sus países respectivos, sino que resultaba un extranjero en muchos de sus propios estados, de los que había pasado a ser el rector por la sabia política matrimonial de sus abuelos, pero a los que no se sentía moralmente ligado.

De todo este inmenso imperio los Países Bajos eran el motor; el emperador había sido educado en Bélgica, no sabía español ni alemán, y sus consejeros fueron flamencos y valones y fue Bruselas su residencia predilecta y Amberes el centro de su potencia económica, pues, más que para ningún otro soberano, para Carlos V la realidad del poder se apoyaba en el capitalismo, que le permitía en todo momento imperar en cualquier punto de su dilatado imperio en el que «jamás se ponía el sol». La hegemonía política, que debía ser realizada a través de la economía, exigía el dominio de los mares y por eso Carlos quiso hacer de su imperio, como antaño lo fuera el romano, un imperio marítimo. Ya sólidamente establecido en el Atlántico con los puertos de Amberes y Cádiz, que se abrían al ancho mundo de América, quiso agregar a sus dominios el Mediterráneo, aspiración que también mantenía Francia en Occidente y el imperio otomano en Oriente. En suprimir estas dos potencias se cifró el ideal de Carlos V, y como es natural, aquéllas, que querían verse abatidas, acabaron estrechando sus lazos, primero en forma económica (1528), y más tarde política (1536). Enrique VIII de Inglaterra, que veía con temor la formación de una gran potencia en el Mediterráneo comenzó las negociaciones en pro de la paz, entrevistándose con Francisco I y con Carlos V, pero no pudo más que convencerse de lo inevitable de la guerra y de la obligación de situarse en uno de los dos campos, y fiel a su costumbre se alió con Carlos V, con el que le unían estrechos lazos de parentesco. Al mismo tiempo que el monarca español alineaba todas las fuerzas marítimas contra Francia, el sultán Solimán II preparaba una gran expedición continental contra los países de la Europa central; y las dos guerras estallaron a la vez. En la lucha que se entabló, Fran-



cia se vio derrotada en todos los frentes, ya marítimos, ya continentales y en la derrota de Pavía (1525), Francisco I caía en manos de su adversario, viéndose obligado a aceptar el tratado de Madrid (1526), por el que renunciaba al Milanesado y a toda pretensión sobre Flandes y el Artois.

El mismo año del Tratado de Madrid Solimán II destruía en la batalla de Mohacz a los ejércitos de Luis II de Hungría, que pereció en el campo de batalla. Tal hecho provocó en el país una situación anárquica que determinó la guerra civil en la que la nobleza se escindió en dos bandos y acabó con la coronación de Fernando, hermano de Carlos V, como soberano de Bohemia y Hungría.

Pavía dejó Europa a merced de Carlos V, pero una vez más a lo largo de su historia, el Papado intervino en las cuestiones internacionales para impedir la unificación de Italia, ideal que perseguía Carlos V. El pontífice Clemente VII se situó al lado de Francisco I y Enrique VIII. Europa se ponía en pie de guerra para hacer fracasar en Carlos V su proyecto de soberanía universal; pero este monarca no desistió en sus propósitos y en 1527 sus tropas, la mayoría reclutadas en Alemania, irrumpían en Roma sometiéndola a un bárbaro saqueo y viéndose obligado el Papa a reconocer el Tratado de Barcelona por el que toda Italia quedaba bajo el protectorado de Carlos V. A partir de entonces el emperador pudo arremeter contra Francia, pero ya en Oriente los turcos presentábanse ante los muros de Viena (1529). Ante la gravedad de la situación el emperador quiso pacificar Europa y unirla en una guerra santa contra el musulmán y a tal fin firmó con Francia la paz de Cambrai (1529), decisión a la que hubo que llegar porque su inmenso imperio estaba lleno de fisuras sociales, políticas y religiosas, pues las doctrinas de Martín Lutero producían honda inquietud. Comprendiendo todo esto el emperador llegó a la paz de Cambrai que señala una fecha en la historia de Europa, ya que confirma la división del imperio de los Habsburgo al unir a España los Países Bajos y el Milanesado, y reducir el Sacro Imperio a una nación completamente continental que perdía la fuerza de potencia directriz de Europa. A partir de aquel momento el imperio de Carlos V, aunque concebido como universal, se dividía en dos monarquías, una marítima y otra continental con ambiciones e intereses opuestos, que iban a escindir a Europa bajo la doble atracción del mar y del continente. Fueron inútiles los esfuerzos del emperador para intentar vincular a Europa en el último elemento de unidad que conservaba: la unidad

religiosa, porque los príncipes protestantes se agruparon cada vez más para la resistencia en la Liga de Esmalcalda a pesar de que contra ellos Carlos emprendió una verdadera guerra.

Por el camino de la paz se intentaba hallar una solución (Concilio de Trento, 1545), y por la ruta de las armas el emperador vencía a los príncipes protestantes en Mühlberg (1547), victoria que se transformó en desastre porque junto a los magnates protestantes el emperador vio alzarse contra él a las ciudades, lo cual puso de manifiesto que más que una lucha religiosa, la rebelión de Alemania era una guerra de los feudales contra el emperador. No pudo hallarse un punto por el que llegar a un acuerdo aceptable por todos; la intolerancia llegaba al máximo y la ruptura se mostraba con cruel realidad. La Dieta de Augsburgo, de la que salió el *Interim* (1548), *modus vivendi* que no satisfizo ni a católicos ni a protestantes, no aportó ninguna solución al conflicto.

El emperador veíase fatalmente abrumado por el peso de tantas contrariedades y decidió abdicar. Desde la paz de Passau (1552) los asuntos de Alemania estaban en manos de su hermano Fernando, y en 1553 abdicó en su hijo Felipe el reino de Nápoles y el ducado de Milán, y el 16 de enero de 1556 Carlos V entregó el acta de abdicación de todos sus dominios, a su hijo Felipe.

Desposeído de la carga que representaba el imperio, el emperador anhelaba descansar libre de las preocupaciones económicas que había tenido constantemente durante su gobierno. El monasterio jerónimo de Yuste (Extremadura) fue el lugar elegido para pasar los últimos años de su vida y donde recibió la muerte con resignada humildad el 21 de septiembre de 1558.

1521

Conquista de México. La existencia de México permaneció en realidad ignorada hasta 1517, en que Hernández de Córdoba recorrió el Yucatán desde el cabo Catoche hasta Potonchán. Con toda probabilidad, los primeros europeos que llegaron a la tierra mexicana fueron Vicente Yáñez Pinzón y Díaz de Solís en 1508, que según parece también recorrieron las costas de Yucatán. En 1512 cuando naufragó el compañero de Balboa, Juan de Valdivia, los supervivientes de la tripulación fueron arrastrados al Yucatán donde perecieron todos menos dos de ellos que se adaptaron a la vida maya.

Fue en 1517 cuando con certeza se supo de aquellas tierras y cuando el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, envió

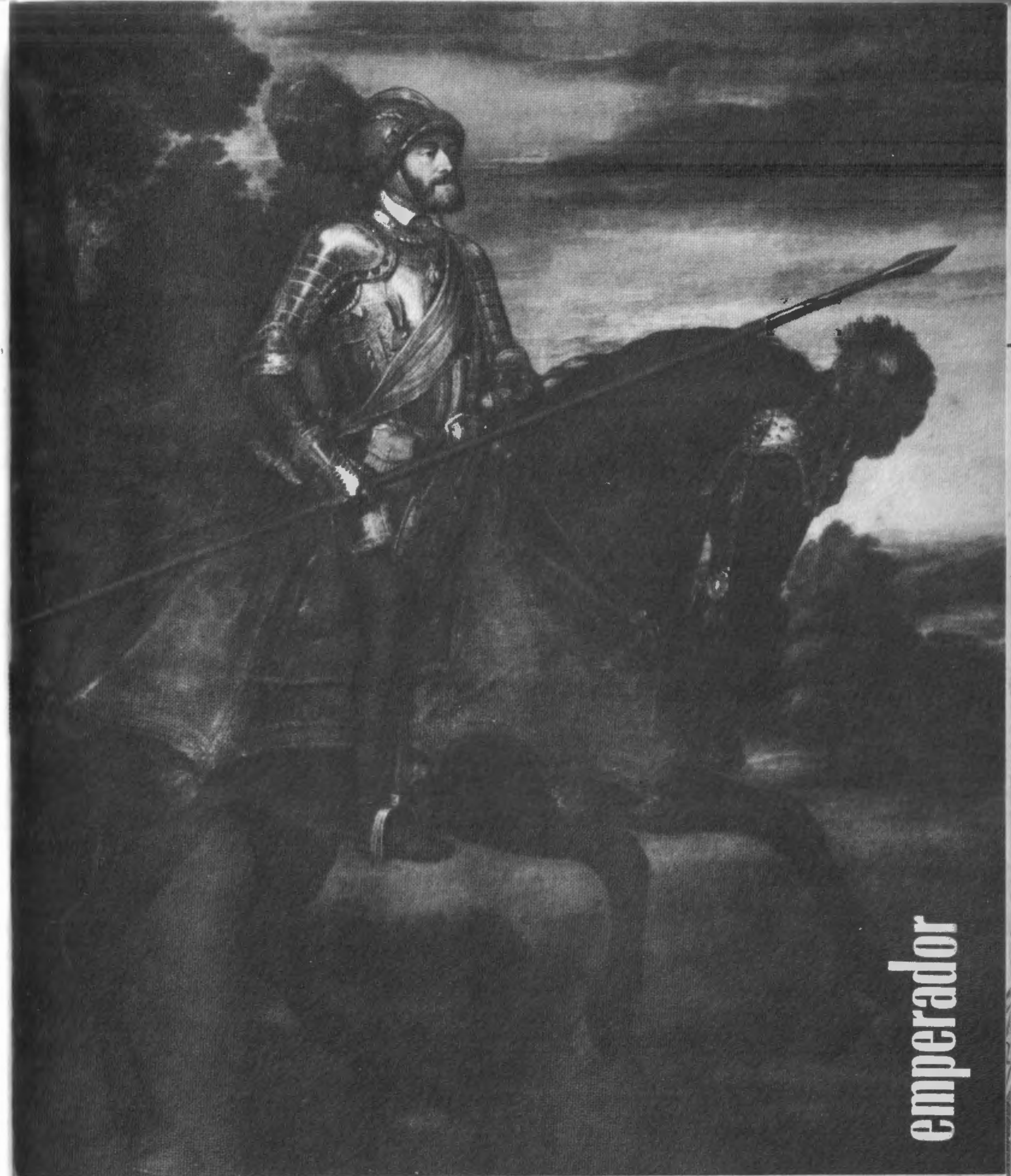
una segunda expedición a la costa yucateca al mando de Juan de Grijalva; en este viaje Moctezuma, el jefe de los aztecas, que ya había tenido noticia de los extranjeros de la expedición anterior, les preparó un honroso recibimiento. Entre tanto, el gobernador de Cuba, enterado de las riquezas de aquellas tierras, preparaba un nueva expedición al mando de Hernán Cortés.

Hernán Cortés era hijo de familia hidalga española; sus padres le enviaron a la Universidad de Salamanca, pero pronto dejó los estudios y tras andar varios meses por España, entregado a una vida de diversiones y placeres, embarcó en 1501 para la Española y se estableció en Cuba donde llevaba una apacible vida de colono, cuando se tuvieron noticias de la expedición de Grijalva relativas a la existencia en el Yucatán de una cultura muy superior a la de las islas del Caribe, así como de cuantiosas riquezas; y como antes de que regresara Grijalva ya se preparaba otra expedición al Yucatán, se nombró a Cortés jefe de ella con la misión de buscar a Grijalva a la par que de explorar el país. Cortés partió de Cuba en noviembre de 1518 y definitivamente para México en febrero de 1519. En San Juan de Ulúa recibió ricos presentes de Moctezuma, así como la negativa de que fueran a visitar la capital, cosa que deseaba el conquistador español. Ante la negativa de que fueran a México, Cortés adoptó otra táctica para adueñarse del país. Enterado de que se preparaba una rebelión de los totonacas, por el descontento de éstos al régimen azteca, buscó su apoyo, alianza que había de ser su salvación a lo largo de la conquista.

Fundó la primera ciudad española de México, en Ulúa, Villa Rica de la Veracruz, en donde creó un municipio a semejanza de los de Castilla, del que se nombró justicia mayor en nombre del rey, desligándose así de la autoridad de Velázquez; mas, como supiera que éste había obtenido de la corte el gobierno de las nuevas tierras, envió al emperador Carlos I una delegación con una relación de las hazañas realizadas y ricos presentes, y como estaba resuelto a conquistar el país, para evitar deserciones, hundió los buques dejando tan sólo una pequeña guarnición en Veracruz, y con el resto de la expedición y los totonacas aliados emprendió la marcha hacia Tenochtitlán (México), en agosto de 1519.

Moctezuma quería evitar a toda costa que los españoles llegaran a la capital, y les había preparado una emboscada en Cholula, que Cortés previno con una gran matanza, y decididamente llegó a orillas del lago en que se asentaba la capi-

Carlos V, emperador



1

El incansable luchador de Europa, paladín de la unidad y de la fe, Carlos V (1).

heredero de la unidad política, religiosa y territorial de España, que el cardenal Cisneros (2) le entregara; unidad que se vio amenazada por la guerra de las comunidades, sofocada en Villalar (3).



2

3





Luchó denodadamente por coronarse emperador (4) y fue para él un triunfo entrar en Bolonia al lado del Papa (5); pero ello no significó, ni mucho menos, vestirse de púrpura....

4

5





6

...sino llevar continuamente la férrea armadura (6) y el reluciente casco (7).

7





8

Empeñado en duras y constantes guerras, necesitó más la tienda de campaña (8) que su alcázar toledano (9).

9



Tuvo por enemigo a Francisco I de Francia (10), a quien antes visitara como amigo (11), le derrotó en Pavía (12) y le hizo prisionero.



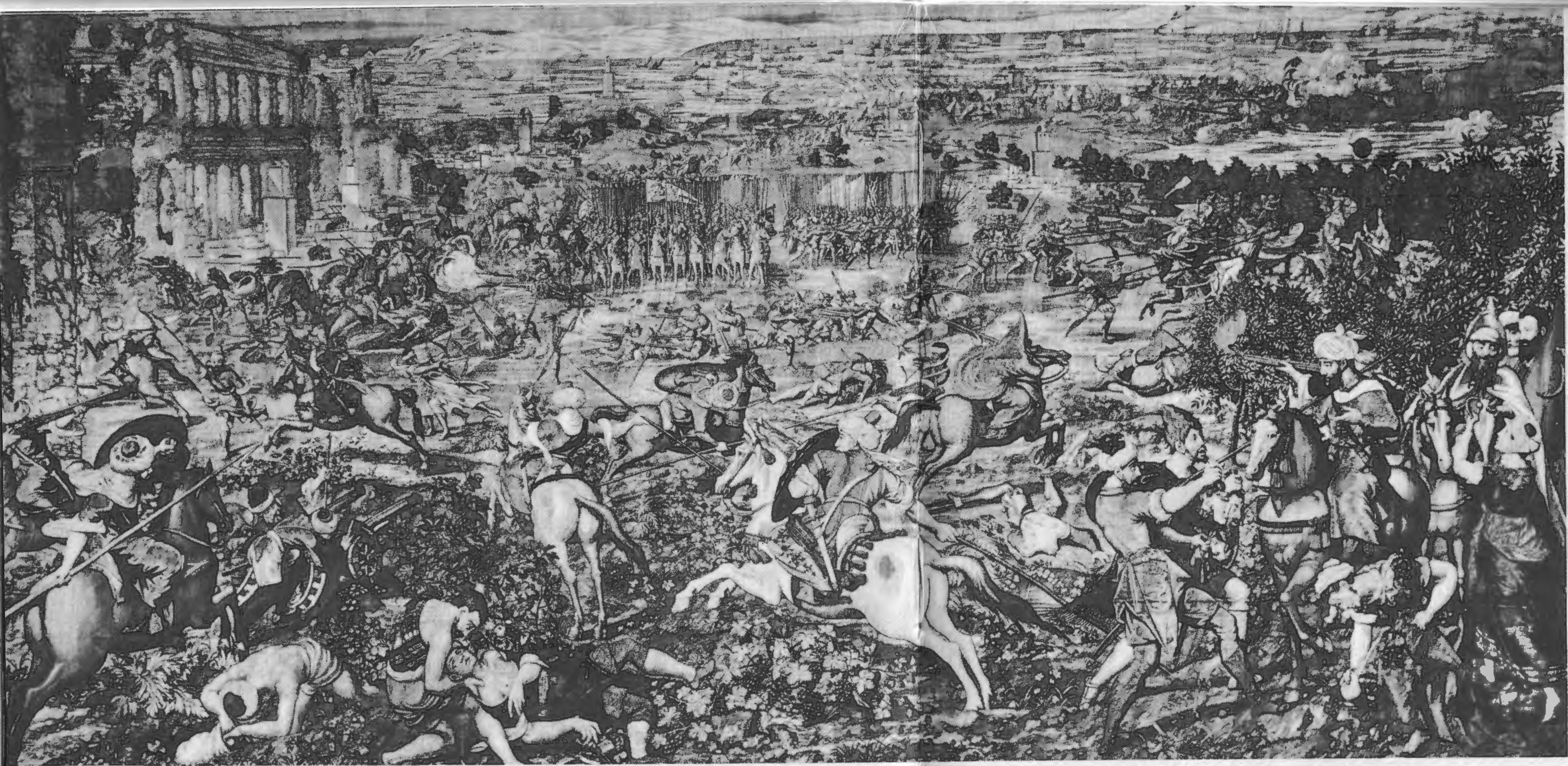
10



11



12



13

14



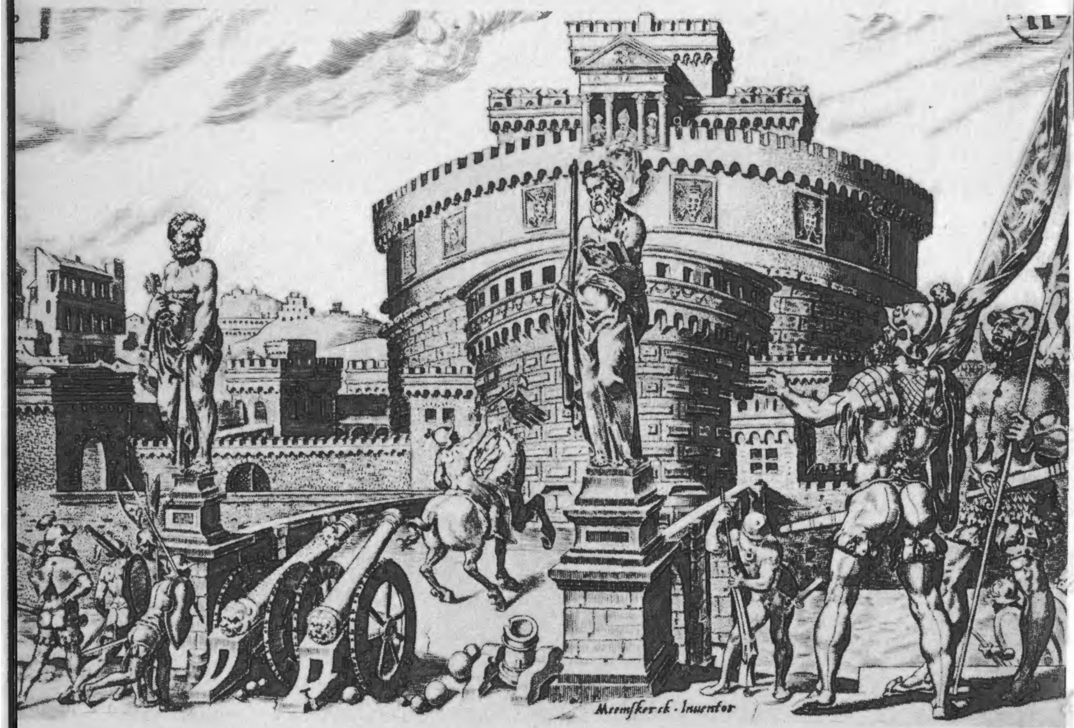
Realizó una expedicion a Túnez (13), conquistó la ciudad (14) y limpió el Mediterráneo de piratas.



15

Luchó contra el papa Clemente VII, férrea voluntad, a quien no convenció la dura e inflexible palabra del Emperador (15). La guerra con Roma (16) y el saqueo de la ciudad han pasado ya a la historia.

16





17

18



También dentro del Imperio tuvo que defender sus intereses (17) y luchar por la unidad religiosa rota por Lutero (18).

Contra todos ellos luchó Carlos V (19), infatigablemente, y los sometió (20) a las imposiciones de su política.



19

20



El duque de Alba (21), Andrea Doria (22) y tantos otros, le defendían la extensa geografía de sus dominios, mientras Elcano (23) circunvalaba la tierra con sus naves; Hernán Cortés (24), Francisco Pizarro (25) y cien valientes capitanes más, le conquistaban imperios sin cuento.



21

22

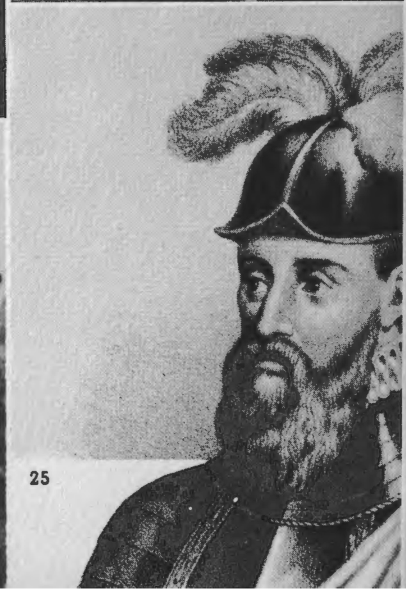




23

24





25



26

27



Pero en la cumbre de la gloria, el infatigable luchador de Europa, antes que conocer la derrota prefirió la abdicación (26) y dar a su hijo (27) las riendas del gobierno.

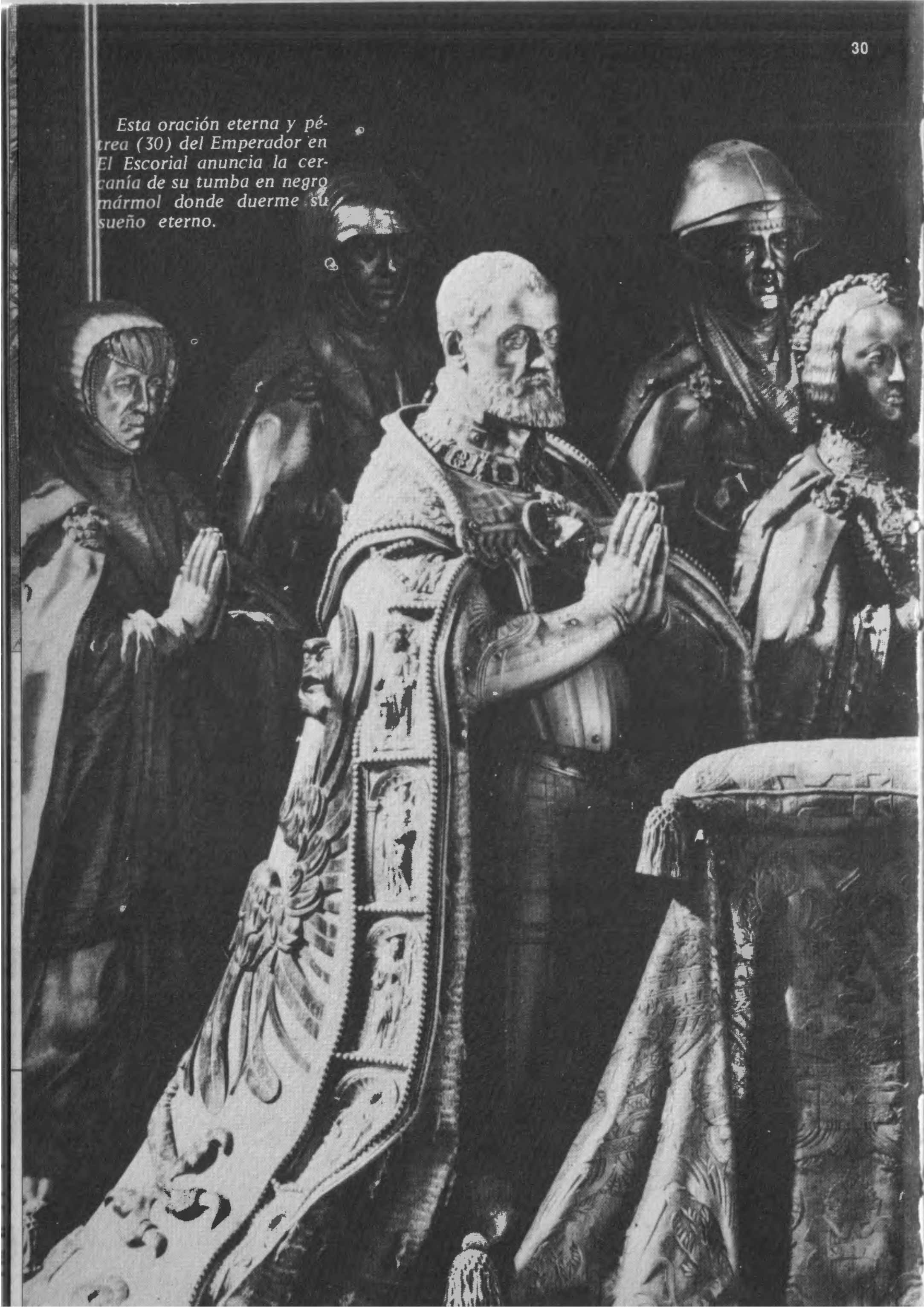
A la dulce paz del claustro de Yuste (28), lejos del fragor de las batallas y del ruido de la corte, se acoge en los últimos años de su vida, enfermo y entristecido (29), a esperar el día que la enfermedad le avise que se acerca la muerte.



28

29





30

Esta oración eterna y pétrea (30) del Emperador en El Escorial anuncia la cercanía de su tumba en negro mármol donde duerme su sueño eterno.

tal Tenochtitlán, entrando en la gran urbe azteca el 8 de noviembre. La fastuosidad y lujo de los palacios impresionaron grandemente a los españoles, que creían vivir una fantasía oriental y se mostraban maravillados de aquella estratégica y hermosa ciudad, construida en medio de un lago y en donde eran considerados como *teúles* o seres divinos. Cortés se hizo en seguida verdadero dueño de la capital, y obligó al propio Moctezuma a ir a vivir al cuartel de los españoles donde en realidad, aunque no aparentemente, era un verdadero prisionero; hubo de acceder a que su imperio pasara a formar parte del español y él mismo era un vasallo de Carlos I, con creciente decontento de la población, pues era Cortés quien en verdad dirigía el Estado azteca. El inmoderado deseo de Cortés le hizo impopular, y buscó la sumisión de todos los pueblos, en especial de los enemigos de Moctezuma, y con tal sistema a mediados de 1520 había descubierto y sometido las tres ciudades más importantes de la confederación azteca, además de los señoríos vasallos de Iztapalapa y Coyoacán, Tlaxcala, la ciudad que era su aliada y el país de los totonacas en la costa, pero su desconsideración hacia los jefes aztecas hizo peligrar su preponderante situación.

Cuando más seguro se hallaba Cortés en México, llegó una expedición enviada por Velázquez al mando de Pánfilo de Narváez. Al tener noticia de su llegada Cortés partió para la costa dejando la ciudad de México en manos de Alvarado. Pudo con facilidad derrotar a Narváez e incluso reforzó con las tropas de aquél su propio ejército; pero la matanza de nobles que entre tanto Alvarado había ordenado en México, sublevó a la población azteca que depuso a Moctezuma por su hermano Cuitláhuac. Cortés acudió presuroso, pero no pudo dominar la situación y mayormente cuando se vio privado de la influencia de Moctezuma, que murió apedreado al arengar al pueblo.

La situación se hacía cada día peor para los españoles, que hubieron de huir de la ciudad el 30 de junio de 1520 (Noche Triste), en medio de un durísimo combate. En esta desesperada situación Cortés perdió gran parte de su ejército y del de los indios aliados; pero como la amistad tlaxcalteca se mantenía firme aún, el 7 de julio se pudo dar la batalla de Otumba en la que rescató la mayor parte del ejército. Así terminó la primera parte de la conquista, con aquel momento crítico que en realidad había sido el único, puesto que hasta entonces se había desarrollado más que nada con habilidad y audacia.

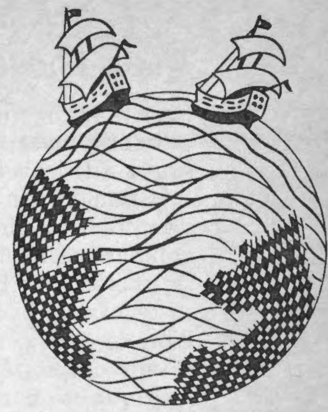
En aquel mismo verano Cortés rehizo su ejército para emprender de modo sistemático, y ya con táctica militar, la conquista del imperio azteca. El sistema que Cortés se propuso fue el de aislar la capital, conquistando primero, por los medios que fueran, todas las que eran sus amigas, hasta que en diciembre de 1520 preparó la campaña definitiva. Envió una delegación al emperador proponiendo el nombre de Nueva España al país que conquistara, y pidiendo de nuevo la confirmación de su autoridad. Texcoco, Iztapalapa, norte, sur y occidente del lago, fueron conquistados y se promulgó la primera legislación española de Nueva España, en la que se daba como motivo de la conquista la extensión del Cristianismo y la abolición de la idolatría.

El sitio de México comenzó el 30 de mayo, previa división del ejército en tres partes al mando de Alvarado, Olid y Sandoval. México hubo de ser tomada, prácticamente, casa por casa, pues la población resistía heroicamente a pesar de que perecía víctima del hambre y de las epidemias, hasta que reducidos los defensores a un único barrio de la ciudad y siendo ya imposible prolongar la defensa, hubieron de rendirse el 13 de agosto, al ser capturado Cuanhtenoc cuando intentaba huir.

Una vez la capital en manos de los españoles, fue fácil el conseguir la sumisión del resto del país, así como la organización del mismo, para lo que Cortés demostró tener grandes dotes, tanto en el aspecto de estadista, como de colonizador. En seguida se inició la reconstrucción de la ciudad de México, que se convirtió en un municipio de tipo español al tiempo que se fundaban villas nuevas. El prestigio de tales hazañas rodearon a Hernán Cortés de una aureola que pronto hizo eco en la corte, lo cual le valió para que en octubre de 1522 fuera nombrado gobernador y capitán general de Nueva España.

1522

Primera circunnavegación del mundo. El convencimiento de que partiendo por el occidente era posible ponerse en contacto con las famosas islas de las especias de las que ya Portugal sacaba cuantiosas riquezas, animaba a la corte española desde el tiempo en que Colón llevara a cabo su portentosa hazaña. El descubrimiento del mar del Sur por Balboa, puso mucha más firmeza en la convicción de que era posible aquel deseo; pero urgía necesariamente el tener que buscar un paso en la América central, la denominada Castilla del Oro,



que comunicara el Atlántico con el Pacífico. España llevaba casi treinta años tratando de hallar ese camino, pero resultaban inútiles cuantos intentos se hacían para lograrlo. Un marino portugués, Fernando de Magallanes, se ofreció al emperador Carlos I para buscar el codiciado estrecho, y fue aprobado su plan en marzo de 1518 por el obispo Fonseca.

Fernando de Magallanes era hijo de familia hidalga portuguesa, y, educado en la corte, estuvo desde joven en contacto con el ambiente de descubrimientos y navegación que había en la nación. Tomó parte en expediciones a la India y al África, hasta que discusiones con el rey Manuel le obligaron a marchar de su país y a entrar en negociaciones con la corte española, referentes al proyecto de llegar a China por Occidente. La amistad con el cosmógrafo Ruy Faleiro, que gozaba de mucho prestigio y había inventado un sistema para medir longitudes geográficas, acabó de decidir a Magallanes en su proyecto, y le valió de mucho. Llegó a Sevilla en 1517, donde gozó de la protección de Diego Barbosa, del obispo Fonseca y del mercader de Amberes Cristóbal de Haro, muy interesado en el comercio de las especias.

Expuesto el proyecto al emperador se firmó la capitulación en Valladolid, y se nombraba a Magallanes y Faleiro capitanes generales de la flota, gobernadores de las islas que descubrieran y otras muchas ventajas, además de hacerles caballeros de Santiago. La Corona se comprometió a armar cinco navíos: *Victoria, Concepción, Trinidad, San Antonio* y *Santiago;* la tripulación constaba de 239 hombres de los cuales 112 eran extranjeros. La flota salió de Sevilla el 10 de agosto de 1519 y llegó el 13 de diciembre a la bahía de Rio de Janeiro. En febrero exploraron detenidamente la costa patagónica en busca del anhelado paso, y en San Julián permanecieron desde el 31 de marzo hasta el 24 de agosto para resguardarse de las inclemencias del invierno austral. Durante

este tiempo entraron en relación con los patagones, nombre que entonces les fue impuesto a aquellos indígenas. Tuvo lugar allí la rebelión de los capitanes y demás oficiales de la tripulación, entre los que figuraba Juan Sebastián Elcano, descontentos del mando de un extranjero. Magallanes ahogó con sangre la insurrección, pero a Elcano, como sospechando la misión que hubiera de desempeñar, se le perdonó la vida.

Al salir de San Julián pusieron proa al sur con la intención de que, si no hallaban un estrecho irían a las Molucas por el sur de África. El 21 de octubre hallaron una embocadura a la que no encontraron fondo, por lo cual no les quedó duda de que se trataba de un estrecho; Magallanes obligó a la tripulación a que prosiguiera el viaje, contra la opinión de la mayoría que quería regresar a España, pues los víveres empezaban a escasear. A la tierra septentrional de aquel estrecho denominó Magallanes «Tierra del Fuego», por las hogueras que hacían los indígenas. La travesía fue feliz, pues el 27 de noviembre de 1520 la flota desembarcó en el mar del Sur al que Magallanes denominó océano Pacífico. El estrecho fue bautizado con el nombre de Todos los Santos, si bien luego conservó el de su descubridor. La flota, entonces únicamente con tres naves, enfiló la inmensidad del Pacífico, que atravesaron en tres meses, favorecidos por los alisios, pero sufriendo lo indecible por la falta de víveres, de agua y por el tormento del escorbuto. Al cruzar el ecuador, las primeras tierras pobladas que hallaron fueron las de los Ladrones (Marianas), llamándolas así por los robos de que fueron objeto por los indígenas. Atravesaron toda Oceanía sin ver más islas porque lo hicieron por un radio muy externo y el 16 de Marzo de 1521 llegaron a la isla de Samar en las Filipinas, archipiélago que fue llamado de San Lázaro. Allí reposaron en una islita deshabitada, al tiempo que procuraban entablar negociaciones con los indígenas. En abril tocaron en Cebú, donde les hicieron un gran recibimiento, y el rey Hamaban realizó con ellos pactos de amistad y comercio e incluso él, la reina y varios personajes importantes se bautizaron. En la isla de Mactán, por discordias con un reyezuelo que no quería someterse, Magallanes, ayudado por el ejército del rey de Cebú, entabló combate con los indígenas, cuyo abrumador número fue causa de su desgracia; peleando con varios enemigos a la vez perdió la vida el intrépido capitán (27 de abril de 1521), el gran descubridor, que por algo tan baladí no pudo llevar a término su empresa.

La tripulación consternada, eligió a Barbosa como jefe,

que murió al cabo de pocos días. Entonces Elcano fue elegido capitán de la Victoria y tesorero de la armada; quedaba Gonzalo Gómez de Espinosa, elegido capitán general de la flota. Ayudados por pilotos malayos consiguieron llegar a su objetivo el 8 de noviembre de 1521, después de más de dos años de perseguir una empresa que ya había costado muchas vidas.

A punto para la partida, la *Trinidad* tenía unas vías de agua y se acordó que Espinosa volviera hacia Panamá por el Pacífico y Elcano regresaría a España por el sur de África. Así obtenía el mando absoluto de la nave de regreso Juan Sebastián Elcano. Partieron de Tidore el 21 de diciembre de 1521 con tan sólo 47 europeos y 13 indios: la que restaba era una parte muy difícil de la travesía, pues no podían hacer escalas por temor a ser capturados por los portugueses. El 8 de mayo de 1522 vieron la costa africana, pero hasta el 18 no pudieron doblar el Cabo de Buena Esperanza a causa de las corrientes. Hicieron escala en las islas de Cabo Verde para adquirir víveres y allí fue donde se dieron cuenta de que su cómputo del tiempo ofrecía un día de retraso como consecuencia de haber dado la vuelta a la tierra. El gobernador portugués de las islas se dio cuenta, por los productos que llevaban, de que aquellos españoles venían de las Indias orientales y no de América, como decían. Elcano hubo de huir precipitadamente para no caer prisioneros de los portugueses. La *Victoria* desembarcó en Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522 a los dieciocho supervivientes de aquella colosal empresa, hambrientos y deshechos por la carencia de víveres y el escorbuto, pero con la satisfacción de haber realizado la hazaña geográfica más importante de todos los tiempos. Experimentalmente se había demostrado la esfericidad de la tierra, y a España le tocaba ser la heroína de esta empresa que la hacía merecedora de uno de sus más grandes triunfos históricos.

1527

«Sacco di Roma». Los frutos del cambio de política iniciado por Venecia y la Santa Sede fueron recogidos por Luis XII de Francia (1458-1515), quien alegó sus derechos al trono de Nápoles, como sucesor de Carlos VIII y sobre el ducado de Milán, entonces en poder de Ludovico el Moro, como heredero de su abuela Visconti. Con estas razones y la alianza del Papa y Venecia se aprestó a la guerra, pero como igual decisión tomara el rey de España, Fernando el Católico, ambos monarcas decidieron repartirse el territorio napolitano

mediante la firma del tratado secreto de Granada en 1500; pronto la paz fue quebrantada a causa de los constantes disturbios por la delimitación de las fronteras, y gracias a los esfuerzos de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, los franceses fueron completamente eliminados de Nápoles, mientras España afirmaba cada vez más su hegemonía en el Mediterráneo. Por el Tratado de Blois Luis XII renunció a sus derechos en Nápoles a favor de su sobrina Germana de Foix, que casó con Fernando el Católico, viudo de doña Isabel.

Parecía haberse puesto fin a las guerras de Italia, pero entonces acababa de ser elegido papa Julio II de la Rovere (1503-1513), quien se había convertido en verdadero artífice de los destinos de la península, y quiso oponerse a la potencialidad de España y Francia. Hábil político comprendió también que había que eliminar a Venecia del marco político de Italia, y para ello consiguió la formación de la Liga de Cambrai (1508), en la que participaban los Habsburgo, Francia y España, y la Serenísima fue vencida en Aguadello (1509) por el ejército francés, que una vez más demostró su potencia militar.

Tamaño alarde militar llevó al Papa a sustituir la Liga de Cambrai por la Liga Santa (1511), de la que fueron partícipes Venecia, España e Inglaterra, para luchar contra Francia. En 1513 esta última potencia perdía el Milanesado y la propia nación corría el peligro de una invasión por la frontera de los Países Bajos (batalla de Guinegate, 1513). Sin embargo, Luis XII pudo salvar la situación con una paz comprada a costa de dinero.

Poco después morían los dos personajes que sin descanso se habían jugado los destinos de Italia: Luis XII en enero de 1515 y Fernando el Católico, justamente un año después. De nuevo variaba profundamente la situación internacional. A Carlos V, ya dueño de los Países Bajos, le caían en herencia todas las posesiones españolas, que además constituían los países más ricos de Europa. Por otra parte el monarca inglés, Enrique VIII, también se mostraba receloso de la pujanza marítima que España comenzaba a desplegar, y atento al desarrollo económico de su nación y a su política de lograr el equilibrio en Europa, no vaciló en aliarse con Francia para vencer a su sobrino Carlos.

En Francia, el sucesor de Luis XII, Francisco I de Angulema, tenía un temperamento audaz y alegando, como Luis XII, ser heredero de los Visconti, se aprestó a la conquista del Milanesado. En poco tiempo, tras la batalla de Marignano

(1516), logró sus deseos y España, a fin de no ver perturbada la sucesión de Carlos de Gante al trono, firmó el tratado de Noyón, por el que se reconocía a Milán como posesión francesa. Sin embargo, lo que también había originado la ruptura de la paz entre Fernando el Católico y Luis XII, es decir los litigios para la demarcación de las fronteras, originó de nuevo la contienda. Los ejércitos franceses y los del emperador libraron singular combate en Pavía en 1525, donde el monarca francés cayó prisionero. Llevado a Madrid hubo de reconocer que Nápoles y Milán pertenecían a España. Pero aún no había tocado a su fin el último episodio del conflicto. El Papado, tampoco satisfecho con la soberanía española en Italia, fue quien organizó la Liga de Cognac (1526), que unió Venecia, Milán, Florencia y Francia para luchar contra la posición dominante que los españoles se habían otorgado en Italia.

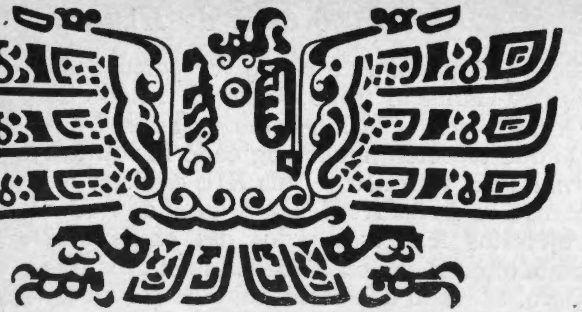
La guerra, que había de durar cuatro años, culminó con el asalto a la ciudad de Roma por los ejércitos imperiales. El 5 de mayo de 1527 las tropas, en su mayoría reclutadas en Alemania, sometieron a la urbe italiana a un bárbaro saqueo; la ciudad vivió unos días de calamidades y horrores que sirvieron para que el pueblo adquiriera conciencia de la vida placentera y muelle que llevaba, y se forjaran decididas voluntades para la Contrarreforma.

Pero Carlos V, en la imposibilidad de luchar en varios frentes a la vez, pues los musulmanes amenazaban seriamente por el Este, y también el interior de sus estados presentaba muchos peligros, firmó con Francisco I la Paz de Cambrai (1529). De ella Francia sacaba considerables ventajas, pero el poder de España quedó afianzado indiscutiblemente en Italia.

1533

Conquista del Perú. La narración de tan fabuloso hecho parece rebosar los límites de la realidad y bordear los de la epopeya novelesca, ya que parece imposible que un puñado de hombres pudiera lograr la conquista del *Tahuantinsayo*, o imperio de los incas, de más de 4.000 kilómetros cuadrados de extensión.

Cuando en 1522 Pascual de Andagoya partió de Panamá para explorar las costas del Mar del Sur, en el territorio de Chocana o Chucama, obtuvo las primeras noticias del Perú, aún no descubierto. Primeramente se llamó *Biru* el nuevo país, nombre que para unos procede del de un cacique del golfo de Panamá, y para otros era el de un río del Chocó; para el mismo Andagoya era un territorio de este país. Luego esta denominación se hizo extensiva a los territorios situados



más al sur, hasta nombrarse exclusivamente así al *Tahuantinsayo* o imperio de los incas. De no haber caído enfermo posiblemente hubiera sido el propio Pascual de Andagoya el que hubiera emprendido la conquista del Perú; pero la fortuna designó para artífice de esta obra a Francisco Pizarro.

Fue éste, hijo natural de Gonzalo Pizarro y de Francisca Morales; desde joven estuvo en Italia con su padre a las órdenes del Gran Capitán; pero en 1502 se hallaba ya en España y desde allí partió para las Indias en la expedición de Ovando. Acompañó a Balboa cuando éste descubrió el Mar del Sur y después estuvo en las islas de las Perlas, en donde adquirió las primeras noticias del Perú y concibió su proyecto de exploración de las costas del mar del Sur. Para ello partió de nuevo al Panamá, buscando la asociación del clérigo don Hernando Luque y de Diego de Almagro. El primero correría con la financiación de la empresa en representación de Gaspar de Espinosa, Pizarro con la dirección y jefatura de la expedición y Almagro con la administración.

Con una sola nave y dos canoas, la expedición compuesta de 80 hombres y cuatro caballos, partía de Panamá, en noviembre de 1524. Transcurrieron dos años de infructuosas exploraciones, en lucha constante con la naturaleza y el mar, que hicieron perder la esperanza que había animado la empresa. Por cuatro veces fue Almagro a Panamá para reponer hombres, barcos y armamentos, hasta que estando en la isla del Gallo llegó, procedente de Panamá, un barco al mando de Juan Tafur con la orden de dar por acabada aquella fracasada expedición. Entonces se decidió la suerte de aquellos hombres temerarios. El arrojo y valentía de Pizarro hicieron que trazara con su espada una raya en el suelo, invitando a que la cruzaran los valientes que quisieran continuar la empresa; fue él el primero en dar el ejemplo y trece los que le siguieron. *Los trece de la fama,* que se comprometían a llevar adelante una empresa, a todas luces imposible, que les brindaba de un lado la riqueza y la fama, y de otro grandes peligros y penalidades.

Los trece, bajo la experta dirección del piloto Bartolomé Ruiz, llegaron a Tumbes donde comprobando la brillante civilización y las riquezas de los indios, no les quedó duda de que se hallaban en el imperio de los incas. Regresó Pizarro a Panamá un año más tarde que Tifur, y pidió al gobernador Ríos que le ayudara en la conquista de aquel gran reino; y como éste se negara partió para España con el fin de obtener del Emperador el permiso necesario. El 26 de julio de 1529 se firmaron las capitulaciones, en Toledo, por las que se nombraba a Pizarro gobernador de las tierras que se conquistaran y se le asignaba un sueldo de 725.000 maravedises. El Perú llevaría el nombre de Nueva Castilla, y se consignaban muchos otros requisitos de carácter eclesiástico y administrativo.

Volvió de nuevo Pizarro a Panamá y de allí salió hacia el Perú a comienzos de 1531 con tres naves, 185 hombres y 37 caballos, expedición irrisoria para conquistar un imperio de millares de habitantes. Llegaron a la bahía de San Mateo y allí desembarcaron los jinetes para llegar a Tumbes, en tanto los barcos les seguían, costeando. Con muchas penalidades arribaron al pueblo de Coaqui, donde hallaron alimentos y regular cantidad de tesoros, pero donde hubieron de soportar una calamitosa epidemia. Al cabo de siete meses de penalidades les llegaron refuerzos, con los cuales poder proseguir hasta Tumbes, donde consiguieron desembarcar con muchas dificultades pues los indios se habían enterado de sus planes de conquista, mas, pacificados los indígenas, decidieron seguir hacia el interior para llegar hasta la ciudad del inca. En Paita recibieron legados del inca Huáscar, pidiéndoles apoyo contra su hermano Atahualpa, usurpador del trono. Ello animó a Pizarro, pues en la discordia vio una ventaja para sus planes. Siguiendo su avance edificó a orillas del Piura la colonia de San Miguel (la actual Piura), primera ciudad española en el Perú.

Recibió allí una embajada de Atahualpa, quien le invitaba a ir a Cajamarca, donde se hallaba, camino de Cuzco, y como Pizarro comprendiera que aquello podía interesar a sus planes, emprendió la marcha hacia los Andes. La ascensión fue difícil y peligrosa, por el desconocimiento del país y por las emboscadas de los indios. En la cumbre recibieron otra delegación del inca, y supieron que se hallaban ya cerca de Cajamarca y que el monarca les esperaba al pie de la fortaleza. Entonces Pizarro envió dos grupos de jinetes con la misión de saludar a Atahualpa y de obtener información. De regreso, trajeron noticias poco esperanzadoras, pues el inca poseía un ejército

de más de 30.000 hombres que no se mostraban amistosos con los españoles, por lo cual, Pizarro, sin esperar más refuerzos, decidió, confiado en su audacia, desafiar el poderío del inca. A través de empinados desfiladeros llegaron hasta la fortaleza de Cajamarca, a cuyo pie había acampado el inca. Pizarro le invitó a comer y aquel aceptó, acordando hacerlo al mediodía siguiente; durante aquella noche los españoles tomaron ventajosas posiciones en la plaza de la fortaleza y cuando por la mañana entró Atahualpa, ataviado con las insignias reales y rodeado de gran escolta, los arcabuces y mosquetes dispararon a mansalva haciendo temblar las milenarias construcciones y el inca y su corte fueron hechos prisioneros.

Atahualpa que fue acomodado con su corte en las mejores dependencias de la plaza, al objeto de salvar su vida, propuso llenar de metales preciosos la habitación donde se hallaba hasta una altura de nueve pies. Pizarro aceptó el ofrecimiento y los emisarios del inca partieron en busca de lo prometido. Según acta firmada por el escribano Pedro Sancho la repartición del rescate ascendió a 971.000 pesos oro y 40.000 marcos de plata.

Al tiempo de esto los generales de Atahualpa habían apresado a su hermano Huáscar, que fue muerto por orden de aquél, que bebía la chicha en su cráneo, recubierto de oro y con un tubo de plata entre los dientes. Por esta acción los españoles formaron juicio a Atahualpa, y sometieron su vida a votación alcanzando mayoría de votos los partidarios de la ejecución. Parece ser que Pizarro se mostró disconforme con esta decisión, incluso vistió de luto por la muerte de Atahualpa y, deseoso de conservar la monarquía inca, tal vez no más que en apariencia, nombró como sucesor del fallecido a su hermano Toparca.

A la muerte de Atahualpa la anarquía pronto se apoderó del país, y Pizarro decidió marchar a Cuzco, la capital del reino, para restablecer el orden. Pasando por el valle de Jauja hicieron su entrada en Cuzco el 15 de noviembre de 1533. Poco antes de entrar en la capital se presentó a Pizarro el príncipe Manco Capac, también hermano de los incas fallecidos, al que el conquistador español nombró monarca, porque ya había muerto Toparca, pero ya los indios, desesperados, habían sometido el Cuzco al fuego y al saqueo.

Entre tanto, el gobernador de Cuba, Pedro de Alvarado, había llegado al Perú y se dirigía hacia Cuzco. Enterado Pizarro, mandó a Almagro a San Miguel para que averiguara qué había de cierto; las noticias eran verídicas, pero Almagro

consiguió que Alvarado desistiera de sus propósitos de conquista mediante la entrega de 100.000 pesos oro.

En 1535 Pizarro fundó la ciudad de los Reyes, que pronto tomó el nombre de Lima, de *Limac*, como nombraban al río Rimac, como capital del Perú, pues estaba mucho mejor comunicada que el Cuzco; envió a su hermano a España para que diera noticias al emperador de los hechos realizados y expusiera sus peticiones y las de Almagro. Se concedió a Pizarro, como terreno de su jurisdicción, 270 leguas desde el río San Juan, y a Almagro 200 leguas al sur de las de Pizarro y además se le nombraba su sucesor en caso de que falleciera aquél. Este reparto disgustó a Almagro, siendo origen de discordias, pues ambos creían tener jurisdicción sobre Cuzco.

1534

El cisma inglés. La política absolutista que inició en Inglaterra Enrique VII fue continuada por su hijo Enrique VIII, quien hubo de luchar con las exigencias e intereses de un parlamento sólidamente constituido y con la Iglesia. Enrique VIII entregó la dirección del gobierno al hijo de un burgués, el humanista Wolsey, que inició una política a la vez absolutista y democrática, presentándose como el amigo del pueblo, representante del rey y difusor de nuevas ideas. Debido a las exigencias financieras del monarca, el parlamento se mostró hostil, pues la suma que Enrique VIII demandó excedía en el doble a la más alta que hasta la fecha había otorgado aquella institución, y como se negara a conferirla, el rey, haciendo uso de su autoridad de poder disponer de los bienes de sus súbditos, exigió particularmente a todos los propietarios la sexta parte de sus bienes. Por parte del Parlamento hubo tanta resistencia que el monarca, decidido a atraérselo a su causa, trató de adueñarse de los bienes eclesiásticos.

Desde que los papas de Aviñón se habían inclinado hacia Francia en la guerra de los Cien Años, el Parlamento inglés se mostraba reacio al poder temporal del Santo Solio. Como en casi todas las naciones la Iglesia vivía entonces una grave crisis interior a causa de que las dignidades eclesiásticas eran acaparadas por la nobleza temporal, y como eran frecuentes los desórdenes en abadías y conventos, el monarca quiso obtener del Papa el permiso necesario para la supresión de muchos conventos menores, cuyos bienes, para ganarse la opinión pública, destinó a la fundación de colegios. El mismo Papa nombró a Wolsey su legado en Inglaterra, a pesar de que había acumulado las prebendas de tres arzobispos. La osten-

tación de la corte y de los colaboradores del monarca iba cada día en aumento. El poder servía a sus representantes para enriquecerse, y el rey viéndose omnipotente no tardó en querer doblegar a la Iglesia bajo su órbita.

En 1527 se desencadenaron las dos tensiones, religiosa y política. Enrique VIII casado con Catalina de Aragón, tía de Carlos V, no tenía sucesión. Se imponía el advenimiento de la princesa María Tudor, y como hasta entonces no había reinado mujer alguna en Inglaterra, se preveía una crisis dinástica y, alegando el querer evitarla, el monarca quiso obtener del Papa el divorcio con Catalina acusándola de estéril. Wolsey soñaba ya con la alianza de Francia e Inglaterra mediante la boda de Enrique VIII con la princesa Renata, hija de Luis XII. El papa Clemente VII no pudo acceder a la petición del monarca inglés, pero éste respondió haciendo que el clero de su nación supeditara al soberano la legislación eclesiástica. A pesar de esta actitud amenazadora el Papa no podía cambiar de opinión y el exaltado carácter del monarca hizo público su matrimonio con su favorita Ana Bolena en 1533. Para evitar que el Sumo Pontífice anulara estas nupcias hizo que el Parlamento votara una ley (*Acta de Supremacía,* 1534), por la que Roma no podía revocar las decisiones de la Sede archiepiscopal de Canterbury. Influyeron mucho en la decisión del monarca los consejos del teólogo Tomás Cranmer y de Tomás Cromwell, a los que pronto hizo el soberano arzobispo de Canterbury y canciller del reino respectivamente y en su ambición hay que buscar el origen de la actitud del monarca.

El Acta de Supremacía de 1534 legalizaba la constitución de la Iglesia anglicana y la había de mantener hasta nuestros días. De momento era tan sólo el cisma, pero de éste a la herejía mediaba un solo paso. En rigor el país continuaba siendo católico y ni el mismo monarca veía muy claro el camino que debía justificar su manera de proceder. Se debatía entre dos tendencias, pues muchos de sus consejeros pretendían hacer de Inglaterra un país católico, si bien no sometido a la autoridad de Roma. Fueron circunstancias políticas externas las que obligaron al monarca a definirse. En 1536 abiertamente separado de Carlos V y aliado con Francisco I de Francia, hizo promulgar por el Parlamento los *Artículos de Religión,* basándose en la interpretación de la Biblia, como única fuente del dogma, y en los tres primeros concilios ecuménicos. Reducía los Sacramentos a los de: Bautismo, Penitencia y Eucaristía, y proclamaba la creencia en el Purgatorio

y el celibato religioso. La tendencia filoluterana hizo que las doctrinas protestantes se infiltraran rápidamente en el país, pero en 1539 se publicaron los llamados *Seis Artículos* para defender el anglicanismo del luteranismo y para demostrar que Inglaterra podía continuar siendo católica sin el Papa.

La Reforma en Inglaterra, siguiendo la pauta de los países escandinavos y de Alemania, sirvió a los intereses políticos más que a los religiosos, excepto en el norte que, hondamente católico, opuso resistencia, alboreando así los inicios de una guerra civil.

1536

Exploración y colonización del Plata. Con toda probabilidad el primer explorador que recorrió la costa argentina fue Américo Vespucio, pues según su propio relato, tras recorrer la costa brasileña llegó más allá del trópico de Capricornio, hasta unos climas muy fríos, lo que nos llevaría hacia las tierras de la Patagonia. También es probable que alguna expedición portuguesa arribara después, pero no han quedado indicios.

En 1512 Díaz de Solís había firmado una capitulación para hacer un viaje clandestino a Ceilán por la ruta del «Cabo de Buena Esperanza»; pero como los preparativos de esta expedición fueron descubiertos por el gobierno portugués hubo que suspenderla. No falta quien haya creído que esta expedición hiciera entonces rumbo al continente americano, pero no dejan de ser simples suposiciones que la crítica histórica no acepta. Tres años después Díaz de Solís partió de Sanlúcar de Barrameda con tres naves y unos setenta hombres para emprender un viaje hacia el sur de las costas brasileñas en busca de un estrecho, y hacia marzo de 1516 descubrió definitivamente el río de la Plata, al que llamó Mar Dulce o río de Santa María (también por algún tiempo se le llamó río de Solís). Comprobó en seguida que aquella arteria no era un paso al mar del Sur, pero continuó su exploración, convencido de que aquella formidable corriente de agua procedía de regiones, cuna de fabulosas riquezas. Desembarcó en un punto próximo a la costa uruguaya, región habitada por los indios charrúas y guaraníes, de salvajes costumbres y extremadamente hostiles, que muy pronto atacaron ferozmente a los españoles pereciendo en la lucha todos menos uno, al que perdonaron la vida, y que unos años más tarde encontró Sebastián Cabot. Los que desde las naves presenciaron la muerte de sus



compañeros, emprendieron el regreso abandonando la empresa exploradora.

Sebastián Cabot o Caboto, con el pretexto de continuar la empresa de Magallanes, partió a fines de 1525 rumbo a las Molucas, pero seducido por las noticias de las riquezas del río de la Plata, abandonó su objetivo para internarse en estas regiones. Los buques remontaron el Paraná, donde Caboto fundó la colonia de Sancti Spiritus, primer establecimiento español en tierras del Plata, así como el Paraguay, el Uruguay y el Bermejo. A medida que iban recorriendo aquellas regiones se disipaban las áureas leyendas, pues donde en realidad había los tesoros era al otro lado de los Andes, en el Perú.

En abril de 1528 entró en el Plata el portugués Diego García de Moguer que, juntamente con Caboto, empezó en Sancti Spiritus la preparación de una flota para remontar de nuevo el río, tal era la fuerza del mito áureo. Emprendida la marcha hubieron de regresar rápidamente ante la agitación de los indios, que al poco destruyeron el fuerte, y a fines de 1529, considerada fracasada la empresa, regresaron a España, primero García y luego Caboto. Pocas ambiciones personales pudo colmar Caboto en aquella expedición, pero sí, en cambio, aportó magníficos resultados desde el punto de vista geográfico.

La creencia en la existencia de fabulosas riquezas en las tierras del Plata debía estar muy arraigada, y así se explica que en 1534 el cortesano Pedro de Mendoza, gentilhombre acostumbrado a la vida placentera de la corte, obtuviera de Carlos V la concesión de la capitulación para conquistar los terrenos colindantes con el denominado río Solís. En agosto de 1535 salió de Sanlúcar de Barrameda con dieciséis bajeles que transportaban unos 1.200 hombres armados y equipados con útiles de labor. Arribaron al estuario del Plata a comienzos de 1536, y en seguida comenzaron la fundación de la población de «Santa María del Buen Aire» en homenaje a Nuestra Señora.

Una vez transcurridos los primeros días de convivencia con los indios que les facilitaron alimentos, los españoles se vieron sometidos a una espantosa carencia de víveres, porque los indígenas adoptaron una actitud hostil, de tal manera que la entrada de Mendoza en tierras del Plata es conocida con el nombre de «expedición al país del hambre». El lugarteniente de Mendoza, Juan de Ayolas, remontó el Paraná en busca del Cerro de la Plata, y fundó la ciudad de Asunción

(agosto de 1537). Entre tanto Mendoza, enfermo y desalentado, dejó unos 250 hombres en el Plata y regresó a España, muriendo en el viaje antes de llegar a las Azores. El mando recayó entonces en Diego Martínez de Irala, que decidió trasladar la población del Buen Aire a Asunción, centro de la colonización del Plata durante muchos años.

En 1541 llegaba al Brasil el célebre gobernador del Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que llegó a Asunción por tierra firme, explorando los valles del Iguazú y del Paraná. Efectuó varias expediciones por el Chaco al objeto de hallar el enlace con el Perú, pero sus esfuerzos fueron infructuosos. En abril de 1544 un motín popular le depuso, y después de varios meses de prisión, fue enviado a España con la acusación de haberse querido erigir en rey de aquellos dominios. En su lugar fue reelegido Irala que intentó de nuevo el hallazgo de la comunicación con el Perú, esta vez con afortunado resultado, pues fue un camino que ya no se interrumpió y que junto con los que más adelante habían de trazar Villagrán y Francisco Aguirre, darían como resultado la total conexión de las conquistas hispanas en América del Sur.

1541

Conquista de Chile. Fernando de Magallanes, al atravesar el estrecho que lleva su nombre, fue el primer descubridor que tuvo noticias de los territorios de Chile, pero la conquista fue iniciada por Almagro, a raíz de un acuerdo eventual con Pizarro, quien prometió solucionar la discusión relativa al gobierno del Cuzco de acuerdo con los éxitos que Almagro obtuviera en la colonización de las tierras del sur, en lo que los indios llamaron Collosuyo del Tahuantinsuyo, que comprendía la parte del noroeste argentino y la mitad norte de Chile.

La expedición compuesta por Paullo Topa, hermano del inca Manco Capac, el gran sacerdote Villac Umú y considerable número de tropas indias, además de unos 500 españoles, partió de Cuzco en septiembre de 1535 para reconocer el lago Titicaca y la puna boliviana, y atravesó los Andes para llegar al valle de Copiapó. Esta expedición fue tal vez la empresa más difícil de la conquista americana, pues el paso de los Andes, a pesar de hacerlo por el denominado «camino del inca del altiplano», fue durísimo y la expedición se vio afligida por grandes sufrimientos, pues estuvieron sujetos a fríos glaciares y a la falta de víveres, todo lo cual causó gran merma en las tropas y provocó la casi total deserción del contingente

indígena. Con toda seguridad que la expedición llegó únicamente hasta el río Rapel cerca del Biobío, donde se señalaba el límite sur del Tahuantinsuyo, pero, según Garcilaso, sin alcanzar la provincia del Arauco. En Coquimbo recibieron la noticia de la repartición de terrenos que había dictado la Corona, y los descubridores partieron hacia Cuzco por creer Almagro que esta ciudad entraba en los límites de su jurisdicción. El hecho de que sofocara la sublevación del inca Manco en Jucay, todavía le dio más pretensiones de que estaba en lo cierto, y el 19 de abril de 1537 se apoderó por la violencia de Cuzco, arrebatando el mando a los hermanos de Pizarro. A raíz de esto se desencadenó la primera guerra civil en el Perú entre los dos conquistadores, que acabó con la derrota de Almagro en la batalla de Salinas. Hecho prisionero fue juzgado rápidamente y condenado a muerte el 2 de julio de 1538, siendo ejecutado pocos días después.

El escaso resultado de la expedición a Chile no fue obstáculo para que Pedro de Valdivia, maestre de campo de

Pizarro, solicitase autorización de éste para continuar la obra iniciada por Almagro, a pesar de las dificultades que sabía encerraba la empresa en aquel terreno yermo, del que se habían disipado las esperanzas áureas, y que estaba habitado por indios de costumbres crueles.

Se organizó la expedición, compuesta por un millar de indios y unos 150 españoles, que emprendieron la marcha por el camino de la costa a comienzos del año 1540. Pasaron el desierto de Atacama, y tras siete meses de marcha, llegaron a Copiapó y fijaron el campamento en el valle de Mapocho, donde el 12 de febrero del año 1541 Valdivia fundó la ciudad de Santiago, como capital de la nueva posesión, que bautizó con el nombre de Nueva Extremadura, y que hizo centro de todas sus expediciones y conquistas, y que dotó de un Ayuntamiento al estilo de los de Castilla. Pero a poco, los indios al mando de Machimalonco, arrasaron la ciudad que hubo de ser reconstruida de nuevo. El acoso constante de los indios y la carencia de víveres, hizo que hubieran de pedir





El imperio español en el siglo XVII.

auxilio al Perú, donde gobernaba Vaca de Castro, que les envió refuerzos por barco, expedición que al mando de Juan Bautista Pastene, descubrió las islas Chiloe.

Con la ayuda recibida reanudaron la conquista hacia el sur, llegando hasta el Biobío, y Valdivia mandó fundar en el Norte la ciudad de la Serena, en recuerdo de su comarca natal. Por aquel entonces el Perú se hallaba sumido en la lucha entre Pizarristas y Almagristas, y no enviaba a Valdivia los recursos necesarios para la conquista, en vista de lo cual decidió partir hacia allá él mismo. En Lima fue confirmado gobernador de Chile hacia donde regresó para reanudar la colonización y en aquella época fundó las ciudades de Concepción, Imperial, Valdivia y Villarrica y él se estableció definitivamente en Concepción. Envió una expedición al mando de Francisco Aguirre al otro lado de los Andes, en donde se fundó la ciudad de Santiago del Estero, y otra por mar (1552), compuesta de dos barcos para explorar el estrecho de Magallanes y poder transmitir a España informaciones ciertas.

Por aquel entonces, 1553, parecía terminada la conquista pues los indios no oponían mucha resistencia; pero en realidad no hacían más que aguantar con disimulo y recelo el trabajo y sumisión que les imponían los españoles y preparaban con cautela un golpe por sorpresa para aniquilarles, habida cuenta de su escaso número, y dada la extensión de sus territorios. Colocolo, jefe de los indios araucanos, organizó el ejército del que fue héroe Caupolicán, y cuyos hombres atacaron las fortalezas de Puren y Tucapel con victoria incierta. Valdivia, desde Concepción, llegó hasta Tucapel con un ejército y en la plaza de la fortaleza fueron embestidos por una enorme cantidad de indios armados con flechas y picas, contra los cuales fue imposible defenderse, muriendo todos los españoles en combate, menos uno que logró escapar. El cuerpo de Valdivia fue descuartizado y comido por los araucanos quienes hicieron flautas con sus huesos (1 de abril de 1554).

Para vengar a Valdivia, Villagrá acudió con un pequeño ejército, pero fue igualmente derrotado en Marihuena. Ante tamaños desastres, que parecían poner fin a la gran obra



colonizadora de Valdivia, los supervivientes de la Concepción abandonaron esta ciudad para instalarse en la Imperial, de donde también partieron muchos, hasta el punto de que quedó casi desierta la parte central de Chile. Caupolicán seguía su avance hacia el norte al objeto de tomar Santiago, sembrando por doquier el terror; pero por fin en 1556 a orillas del Mataquinto, fue derrotado y muerto; y cuando a fines de año llegó la expedición de Hurtado de Mendoza se pudo pacificar casi todo el país y se pudieron reedificar las ciudades. A partir de entonces se inicia en Chile la verdadera colonización.

1545

La Reforma católica y el Concilio de Trento. La sucesión ininterrumpida de guerras, que desde 1519 convirtieron a Europa en un campo de batalla, dificultaron la celebración de un concilio ecuménico que restableciera la unidad cristiana mediante una reforma del dogma y de las costumbres de la Iglesia. Entre tanto la Iglesia se mostraba tolerante con todos aquellos que iban separándose de su seno y prueba de ello es que los protestantes no lo hicieron definitivamente hasta la Dieta de Ratisbona en 1541. A partir de entonces el Papado se dedicó con manifiesta intensidad a definir el dogma y a retornar a su seno todas las almas descarriadas, en este movimiento que conocemos con el nombre de Contrarreforma. La crisis que padecía la Iglesia había sido, en parte, producto de sus mismos abusos, que habían mermado su prestigio. El propio Papa había dejado que usurparan sus funciones: ejemplos de ello fueron la renuncia de León X, mediante concordato con Francisco I (1516), de su facultad de nombrar obispos y abades; también en 1520 al nombrar legado pontificio en Inglaterra al ministro Wolsey, de hecho le cedía la facultad de gobernar su Iglesia y hasta en la misma actuación de Carlos V de ser él y no la Iglesia quien tomara la iniciativa para combatir la herejía en los Países Bajos.

Pero la catolicidad ya había emprendido un intenso movimiento hacia la Reforma católica, en el que hemos de ver dos líneas directrices: España e Italia. La del Santo Oficio en tiempos de los Reyes Católicos y la reforma de las órdenes religiosas emprendida por el Cardenal Cisneros; los grandes místicos, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz desmienten con su acendrada e íntima piedad el clamor de que la Iglesia católica era tan sólo fachada externa. En Italia, en el Oratorio del Amor Divino se dan cita los más destacados humanistas católicos, dispuestos a obrar con buena voluntad y a acoger a los protestantes de todo orden.

Pero estos intentos moderados para sofocar el protestantismo no dieron el fruto apetecido. España ya había elaborado el instrumento que había de marcar su impronta perenne en la Contrarreforma: fue la Compañía de Jesús, creada en 1534 por aquel gran soldado católico, que fue San Ignacio de Loyola, quien formó una institución religiosa verdaderamente renovadora de la fe de la Iglesia. La Compañía de Jesús, constituida con disciplina militar, devolvió al Papa la autoridad universal por medio de una intensa preparación cultural de todos sus miembros, posición que el protestantismo le estaba negando. Su misión era la de armonizar el liberalismo intelectual con las enseñanzas de la Iglesia. Sus centros docentes quedaron ampliamente abiertos a las nuevas formas de la cultura humanista, pero de ésta adoptaron tan sólo el aparato externo, sin profundizar en su esencia. Pronto el plantel de religiosos acogidos a la orden fue muy grande y desde las cátedras universitarias procuraron captarse al alto clero y a las clases superiores de la sociedad, lo que explica su rápida difusión, que propagando una sólida cultura, anuló y fiscalizó la emancipación individual haciendo triunfar, mediante un autoritarismo progresivo, el universalismo de la Iglesia.

Pero los esfuerzos de la Compañía de Jesús no fueron suficientes para lograr la integridad del dogma, escindido por los protestantes. Desde hacia años que la Cristiandad abogaba por la celebración de un concilio ecuménico, a lo que el Papado no se mostraba excesivamente predispuesto, pero ante las reiteradas alusiones de Lutero y el deseo de Carlos V y Francisco I, el Papa accedió. En 1534 Paulo III dio la orden de que se congregaran en Mantua los representantes de la Iglesia; pero la rivalidad política entre España y Francia no permitió que el concilio avanzara. Cuando después de la paz de Crespy (1544) Europa pareció vivir una época de tranquilidad, Paulo III decidió convocar el tan esperado concilio y señaló la ciudad de Trento para celebrarlo. Se inauguró en 1545 y su desarrollo fue bastante azaroso; conoció la sucesión de tres papas: Paulo III, Julio III y Pío IV, y terminó en 1563 cuando estaban muy arraigadas las creencias y doctrinas protestantes. Desde sus comienzos se pronunció por un autoritarismo contrario al liberalismo intelectual y acabó con una postura completamente distante de la que le llevó a su realización, que no fue otra que la de llegar a un acuerdo dogmático con los protestantes, pues los teólogos de Trento adoptaron una postura negativa frente a todo aquello

que significara una claudicación de la Iglesia, y se mostraron intransigentes con todo lo que proviniera de los protestantes. Definieron el carácter universal de la autoridad pontificia, a la que revistieron de prestigio monárquico, y como en las épocas más gloriosas del Papado, el Sumo Pontífice fue el único y absoluto señor de la Iglesia. Se definió rigurosamente el dogma, la unidad de ritos para toda la catolicidad, la tradición como base de fe y la necesidad indiscutible de los siete Sacramentos y aseveraba la libertad humana para alcanzar la salvación por la fe, las buenas obras y la gracia de Dios.

Las decisiones de Trento estrecharon el círculo de la postura católica de la Iglesia, estableciendo una incompatibilidad absoluta del catolicismo con las teorías protestantes, que van manteniéndose separadas hasta nuestros días.

1556

Imperialismo hispánico de Felipe II. Carlos V abdicó la corona cuando reconoció la imposibilidad de dar realidad a sus sueños imperialistas apoyados en la dominación del continente. El advenimiento de Felipe II (1527-1556), señaló la inauguración de un imperialismo orientado exclusivamente hacia el mar construido sobre la grandeza de España. La abdicación de Bruselas de 1555 señaló el advenimiento de la época de la Contrarreforma, pues mientras Felipe II se dedicaba a forjar su imperialismo marítimo, la Iglesia católica, fortalecida por la Contrarreforma, también se aprestaba a reconquistar el mundo.

Felipe II heredó la parte marítima del imperio de su padre Carlos V: España, los Países Bajos, Milán, Nápoles y Sicilia y en América: México y el Perú. Su madre Isabel de Portugal le dejó en herencia este reino junto con su imperio marítimo formado por el Brasil, el señorío de las costas africanas y de la India y del dominio del mar de la China. Su matrimonio, celebrado en 1553 con la reina de Inglaterra María Tudor unió estrechamente las dos casas reinantes, con lo que parecía que en todo el contorno del océano Atlántico se formaba un vasto imperio; sometido a una misma autoridad dinástica.

La Iglesia inmovilizó el dogma con la autoridad indiscutible del Papa, en contra de la multitud de sectas que asentaban su religión en la fe individual. El autoritarismo católico y el absolutismo monárquico no pretendían privar al hombre de su libertad, porque el libre albedrío profesado por la Iglesia ya garantizaba la independencia de la conciencia individual, pero esta libertad de pensamiento no iba, sin duda,

a rebasar los límites que le había impuesto el dogma, puesto que si Dios había depositado en la Iglesia la verdad, el dogma, lejos de restringir la libertad de conciencia, lo que hacía era encauzarla «para que no yerre». De esta forma el triunfo de España y de la Iglesia, apoyándose mutuamente, ejercían sobre el mundo una hegemonía absoluta. La Contrarreforma impondría su autoridad ideológica, apoyada por la Inquisición, y el absolutismo del rey se justificaría por su misión católica. Felipe II muy español y muy vinculado a cuanto representaba España en la Historia, y unido en estrecha alianza de sentimientos en particular al reino de Castilla, se propuso hacer del poderío español el instrumento armado de la Contrarreforma, dispuesto a gastar hasta el último recurso de sus vastas posesiones para reprimir y contrarrestar la herejía y hacer una realidad el papel hegemónico de España en Europa. La religión, de hondo contenido hispánico, informó toda su actuación exterior, y si bien su política cimentada en la Contrarreforma y en la alianza inglesa, parecía presagiar una no lejana victoria, tuvo también ineludibles obstáculos.

La continuidad de las campañas de Carlos V había reducido de tal modo el Tesoro que Felipe II, ya en su primer año de reinado, no pudo evitar la bancarrota que produjo la crisis bancaria, de tanta mayor gravedad cuanto que la guerra de nuevo emprendida contra Francia, exigía mayores gastos. Respecto a Inglaterra, cada día era peor vista la alianza dinástica con España, pues las persecuciones que la reina María Tudor llevaba a cabo contra los protestantes, eran duramente criticadas por gran número de adversarios. También en los Países Bajos se veía con malos ojos la instauración de una política contrarreformista; la misma instalación de los jesuitas en Bélgica fue acogida en el país con vivas protestas, de las que se hizo eco la universidad de Lovaina. Sin embargo, el obstáculo mayor a la política de Felipe II, lo representaba el propio pontífice, porque el monarca español a pesar de erigirse en campeón de la Contrarreforma no estaba dispuesto a someterse a la tutela de la Santa Sede y por su parte Paulo IV no parecía dispuesto a que la Iglesia fuese el instrumento de los afanes imperialistas de España; viendo más segura la independencia del pasado subsistiendo las potencias de España y Francia, que no con la insuperable hegemonía española, el inefable restaurador de la Inquisición no vaciló en inclinarse hacia Enrique II de Francia, a su vez aliado de los príncipes luteranos alemanes y del sultán otomano, diciéndose «protector de la libertad germánica y de la

Santa Iglesia Romana». En la guerra que de nuevo entabló Felipe II contra Francia, una vez expirada la tregua de Vaucelles, Roma tuvo que capitular ante los tercios de San Quintín (1557). La decisión de los acontecimientos la provocó la muerte, sin heredero, de la reina de Inglaterra María Tudor (1558). La instalación de Isabel en el trono con la restauración de la Iglesia anglicana y por tanto su alejamiento de la política española, obligaron a Felipe II a cambiar de táctica. La quiebra sobrevenida pocos meses después en Francia y la intervención pontificia acerca de los dos Estados hicieron llegar a la paz de Cateau-Cambresis (mayo de 1559), que puso fin a la serie de luchas que la nación francesa venía sosteniendo con Inglaterra desde el siglo XII y más reciente contra España para la soberanía de Italia. Entre España y Francia se concertaba una alianza y Francia renunciaba a todas las pretensiones en Italia y devolvía la Saboya; Inglaterra era la perjudicada, porque perdía Calais y con ello era rechazada definitivamente del litoral francés, además de que veía alzarse contra ella a las dos potencias católicas de Europa: España y Francia.

Cateu-Cambresis parecía tergiversar la política llevada a cabo por Felipe II, quien, fiel al sistema de alianzas dinásticas de sus antecesores casó con Isabel de Francia, hija de Enrique II, pasando a ser cuñado de la reina de Escocia María Estuardo, que acababa de casar con el delfín. De las guerras con Francia. España salía con posición hegemónica y frente a ella sólo se alzaba la potencia inglesa, cuyo poderío distaba mucho de igualar al suyo en todos los aspectos.

La resistencia a la política imperialista de Felipe II, apoyada en los ideales de la Contrarreforma, iba a ser la causa de las guerras de religión en Francia y en los Países Bajos. En Francia estas guerras presentaron múltiples aspectos y temáticas ideológicas, políticas y sociales. Católicos y protestantes desbordaron el problema nacional y buscaron apoyo en el extranjero. Isabel de Inglaterra, que quería evitar a toda costa que Francia interviniera en Escocia, ayudó a los protestantes franceses, en tanto que Felipe II prestaba apoyo a la Liga católica.

En los Países Bajos también estallaron violentos disturbios, pues el mismo año del advenimiento de Felipe II la Inquisición emprendió tan activa represión contra los herejes, que los Estados Generales se negaron a otorgar al monarca el pago de los impuestos que solicitaba para sostener su guerra con Francia. Diez años después en nada habían variado las cosas

y para acabar con los disturbios Felipe II envió a Bruselas al duque de Alba, cuyas medidas rigurosas y extremistas no hicieron más que agravar la situación. El país tomó las armas en 1572 estando Guillermo de Orange, gobernador de las provincias de Holanda y Zelanda, al frente de los sublevados. Proclamaron la república, y a fin de poder conseguir los recursos necesarios, se apropiaron de los bienes eclesiásticos, mientras que todo el país se preparaba abiertamente para la resistencia contra los españoles. Isabel de Inglaterra prestó decidido apoyo monetario a los rebeldes, lo cual contribuyó en aumentar y exacerbar los desacuerdos de Felipe II con aquella potencia, a fin de adjudicarse la soberanía marítima, motivos que quedaban disimulados por ideologías religiosas a cuyo abrigo las dos potencias mantenían una guerra no declarada al intervenir en las contiendas interiores que desgarraban a Francia y a los Países Bajos. Pronto la guerra abandonó el plano religioso para mostrarse en su verdadera faceta política. Inglaterra, al enviar a Drake a atacar los puertos portugueses y españoles y a destruir una gran escuadra fondeada en la bahía de Cádiz (1587), tomó la iniciativa en las hostilidades. Algunos meses más tarde Isabel se libraba de María Estuardo obteniendo de una comisión especial su sentencia de muerte. Felipe II respondió a este abuso con la guerra y envió hacia los Países Bajos la Armada Invencible para allí embarcar el ejército que a las órdenes de Farnesio debía invadir Inglaterra. Esta vez la suerte mostróse huidiza a los españoles, pues la armada, batida por la flota inglesa en la Mancha y acosada por un fuerte temporal, hubo de huir hacia el norte y los restos sólo pudieron llegar después de dar un gran rodeo a las costas españolas. A partir de este desastre, la potencia naval española quedaba deshecha, heredando Inglaterra el señorío en el mar del Norte.

Entre tanto Francia se debatía en cruenta guerra civil; oportunidad que esperaba Felipe II que, pretextando la defensa de la fe, ambicionaba la corona de Francia para su hija, Isabel de Valois y única descendiente de Enrique II; estuvo a punto de lograr sus objetivos; pero a la postre los estamentos franceses reaccionaron en un sentido patriótico y negaron la corona a la princesa española, coyuntura que aprovechó Enrique de Borbón, para abjurar de la confesión reformada y fue reconocido al punto por la gran mayoría del reino, poniendo fin a la guerra de religión y a las causas que motivaron la intervención del monarca español en los asuntos franceses. Por otra parte en 1596 una expedición inglesa

incendiaba los astilleros gaditanos destruyendo una gran flota en construcción y poniendo fin con tal hecho a toda esperanza de desquite marítimo. Sin embargo, la obstinación del monarca español continuaba y por espacio de dos años más, pese a tanto revés, continuó la lucha. Por fin en 1598 se avino a la firma de la Paz de Vervins, que ratificaba en todos sus puntos el Tratado de Cateau-Cambresis. Pocos meses después expiraba el monarca español dejando en su haber una España empobrecida y desprestigiada, perdida su potencia naval y las Provincias Unidas segregadas para siempre y precisamente en una época en que ni siquiera en Inglaterra podían ya desafiar el comercio hispanoportugués de las colonias.

La concepción política de Felipe II no dejaba de ser grandiosa; pero los sistemas que quiso emplear para llevarla a cabo, destrozando el liberalismo económico y la libertad de pensamiento, eliminaron la posibilidad de llevarla a feliz término.

Con la ortodoxia católica y su absolutismo monárquico creyó poder ahogar cuantas tradiciones a lo largo de los siglos habían formado la especial manera de ser de cada pueblo. En vez de utilizar las fuerzas de todas y cada una de las poblaciones españolas, italianas y flamencas se empeñó en reducirlas a meros instrumentos de su poder concentrado en manos del Estado todo el poderío que ostentaron, sometiéndolas al estrecho límite de su doble ideología, que llevaba ya en sí misma el germen de la propia ruina.



1558

Inglaterra fundamenta su grandeza: Isabel Tudor. La restauración católica que impuso en Inglaterra el reinado de María Tudor (1516-1558) llegó a tales extremos y a tan graves decisiones, ya que los protestantes fueron perseguidos con desmesurada saña, que llegó a ser impopular y abandonada entre los mismos que habían deseado ardientemente su advenimiento. Esta actitud de la soberana y su estrecha alianza política con España (María Tudor contrajo matrimonio con Felipe II el año 1554), hicieron que Inglaterra aceptara complacida el advenimiento de la hermanastra de la soberana, la princesa Isabel (1532-1603) hija de Ana Bolena.

La nueva soberana, dotada de una voluntad de hierro, se propuso afirmar sólidamente el poder de la monarquía en Inglaterra y llevar a su país a una prosperidad que le señalara como primera potencia europea. A lograrlo dedicó toda su vida y aunque sus actos de gobierno o el examen de su vida íntima adolezcan con frecuencia de la legitimidad y virtuosismo que fueran de desear, sí que supo darse cuenta de las cualidades de su pueblo y encauzarlas y dirigirlas hacia el destino histórico de su patria. Hasta aquel momento Inglaterra había vivido un poco al margen de la política europea, participando, pero como en segundo plano, de los acontecimientos que tenían lugar en el continente, pero con la nueva soberana la nación anglosajona iba a asumir el papel de potencia directriz.

Arribada Isabel al poder hubo de poner fin a la lucha religiosa desencadenada entre católicos y protestantes y acabar con la persecución que el Parlamento venía ejerciendo sobre los primeros, al igual que a Escocia que había adoptado una postura puritana. El Parlamento inglés concebía que la organización religiosa debía responder a las necesidades políticas y sociales, y en cambio los puritanos concebían al Estado como una teocracia. En seguida hubo una fuerte reacción del individualismo inglés que reclamaba la formación de unas iglesias nacionales autónomas, pero Isabel, decidida a hacer del anglicanismo su principal instrumento para lograr el absolutismo monárquico, siguiendo los consejos del arzobispo de Canterbury, Mateo Parker, en 1559 por el *Acta de Uniformidad,* se declaró gobernadora suprema de la Iglesia nacional anglicana; en el Acta se hacían algunas concesiones a los católicos y, sólo más adelante, cuando tuvo lugar la guerra con Irlanda se adoptaron medidas más radicales contra ellos, lo que motivó la excomunión de la reina en 1570.

Uno de los fundamentales triunfos de Isabel fue la alianza de su política con el Parlamento, al que procuró tener al margen de su gobierno, aunque sin negarle nunca sus privilegios de votar las leyes e imponer los impuestos, pero al que cuidó de convocar lo menos posible (no más allá de trece veces). Se propuso rehacer el estado económico de la nación y a tal objeto arrendó multitud de monopolios de artículos de primera necesidad, pero ante la desorganización económica que esto representó y el encarecimiento que rápidamente experimentó la vida del país, el Parlamento presentó sus protestas y la reina tuvo la habilidad de aceptarlas, ganando así un eficaz colaborador a su política y ahorrando al país la carga de un pesado régimen fiscal adverso.

Otro de los caminos por los que consiguió robustecer la monarquía, fue reforzando el poder ejecutivo, instituyendo un consejo de gobierno compuesto por unos veinte miembros elegidos por ella misma, que presidía siempre las sesiones. La administración y la jurisdicción estaban en manos de funcionarios locales, que formaban una clase dirigente autónoma, muy versada en la política, constituyendo un todo con la monarquía y muy adeptos a ella.

La reina Isabel fue la verdadera creadora de la potencia naval inglesa incrementando la flota con naves mercantes en caso de guerra. Con ella Inglaterra emprendió su expansión a los mares, lo que llevó a cabo en tres direcciones fundamentales: en el Caribe, en el Atlántico y en el mar Blanco. Esta flota fue la gran colaboradora de las empresas comerciales individuales, que iban a dar a Inglaterra el sello de gran potencia liberal. La fiebre económica se extendía por todos los ámbitos sociales, fomentada por la apertura de nuevos mercados y por el apoyo prestado por la monarquía ya que la misma soberana no vaciló en invertir su capital en empresas piráticas o de negreros. El Estado no obstaculizaba fiscalmente empresa comercial alguna, intervenía tan sólo organizando y estabilizando los resultados. Se favoreció la creación de la Compañía inglesa de las Indias Orientales (1600) para el monopolio del comercio en el océano Índico y destinada a hacer quebrar el comercio de los portugueses en la India.



El rápido desarrollo y la organización comercial que favorecía el incremento de los intereses privados, llevó a Inglaterra por el camino de la prosperidad y a consolidar a Londres como gran financiero mundial. La política inglesa, afincándose cada día más en el camino de la economía liberal,

se apartaba también progresivamente de los sistemas de economía nacional, practicados por España y Francia y con la destitución del militarismo, del estatismo económico y de la burocracia, Isabel puso en Inglaterra la piedra angular sobre la que se había de sustentar la grandeza británica.

1571

Batalla de Lepanto. Para comprender las razones políticas que motivaron la formación de una Liga para luchar contra el enemigo de la civilización occidental en la Europa desunida del siglo XVI, así como las consecuencias militares y hegemónicas nacidas al amparo de la victoria de Lepanto, es preciso dirigir la mirada al vasto mosaico europeo y estudiar la situación peculiar de cada Estado.

Desde la invasión de los bárbaros no se había conocido el peligro de una nueva invasión. No es de extrañar, pues, que la balanza europea, con sus dos platillos, Oriente y Occidente, siempre en desequilibrio, en regateo de una preponderancia política, religiosa o militar, se conmoviera ante el rugido levantado por el imperio otomano de aniquilar Europa y de asegurar la vieja civilización del *Mare Nostrum* con los potentes garfios de la media luna.

El peligro turco se cernía, especialmente, sobre la Europa oriental amenazada en sus propios territorios; sobre Venecia, en sus intereses marítimos y comerciales; sobre los Estados Pontificios, en sus intereses religiosos.

La batalla de Lepanto fue una consecuencia del estado de alerta y preparación de la Europa oriental que impidió la invasión por aquella zona. Fue un triunfo de la diplomacia de Venecia que supo atraerse a los pequeños Estados italianos y llevar el combate precisamente allí donde eran amenazados sus propios intereses, y un éxito de Pío V, a la sazón Sumo Pontífice, que supo dar carácter religioso a la empresa y atraerse así al rey de España, al, a pesar de sus defectos, cristianísimo Felipe II.

Los dos Estados dirigentes eran, pues, Venecia y el Papado. En el terreno diplomático y religioso. la empresa estaba asegurada. Su poder de atracción era manifiesto. Tan sólo se necesitaba el prestigio de una gran potencia. Se necesitaba por varios motivos. En primer lugar, era preciso que alguien corriera de verdad con los gastos de la empresa, y, por otra parte, que el reconocido poder militar de una nación fuerte diera el aplomo y la confianza a los restantes miembros de la Liga.

En seguida se pensó en España. España era fácil de convencer. Llevaba más de 900 años de luchas continuas y no parecía tuviera ánimos de amainar el temporal. Precisamente estas largas guerras se habían llevado, generalmente, contra paganos e infieles, y en el ánimo de todos estaba que el cristianísimo Felipe II no podía faltar a la cita.

España colmó los deseos de la *Serenísima* y sobrepujó el celo de Pío V. No escatimó barcos ni hombres ni, sobre todo, jefes. En este aspecto no brillaron las dotes de Felipe II. En caso de una derrota por parte de la Liga, España se hubiera hundido irremisiblemente y para siempre.

Un historiador francés, Jurien de la Graviere, reconoce que la victoria es obra de España con las siguientes palabras «sin él (D. Juan de Austria) y sin los soldados españoles, nunca hubiera victoria de Lepanto».

Se ponían en juego, pues, unos valores comerciales: los de Venecia; unos valores espirituales: los del Papado; y unos valores de prestigio y supremacía: los de España.

Con la clarividencia que nos presta el tiempo, la batalla de Lepanto es para nosotros el hecho de armas decisivo que abatió el poder turco, el dique que contuvo la invasión al aplastar el poderío naval otomano y que salvó los valores que acabamos de apuntar.

¿Cómo la juzgaron los contemporáneos? Indudablemente que un comerciante veneciano, un cortesano de El Escorial o un cardenal de Roma discreparían sobre quién se portó mejor en el combate y hablarían de otras menudencias que hoy no nos interesan.

Sin embargo, traigamos un testimonio de sobra conocido. Es el testimonio de un soldado de 24 años que, al mando de 12 hombres, defendió heroicamente el esquife de una nave. El soldado Miguel de Cervantes dejó escrito que fue «la ocasión más memorable que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros».

En efecto, el 7 de octubre salía del puerto de Petela hacia el golfo de Lepanto una flota cristiana. El tibio sol de la amanecida besaba las enseñas de los 227 buques. 30.000 soldados miraban con ojos curiosos y expectantes a sus jefes: A don Juan de Austria, a quien la experiencia de don García de Toledo y del duque de Alba prestaban autoridad; a Marco Antonio Colonna y al general Veniero; en el ala derecha a Andrea Doria, impetuoso y audaz; al veneciano Barbarigo que, entre taciturno y suspicaz, parecía absorto en tristes pensamientos; a don Álvaro de Bazán, marqués de Santa

Cruz, haciendo planes para la próxima batalla; a don Luis de Requesens, altivo y señorial; a Gil de Andrade, a Lope de Figueroa, a Federico Mani, a don Luis Carrillo, a don Juan de Guzmán, a Ruy Díaz de Mendoza; a Juan Vázquez Coronado, caballero del hábito de S. Juan, nombres gloriosos, famosos soldados, mil veces coronados con los laureles de la victoria.

Las naves avanzaban solemnemente sobre el mar tranquilo; un respetuoso silencio reinaba sobre la escuadra. Después, murmullos de plegarias y voces de mando al compás de los remos, hacían impresionante el majestuoso avance de las naves.

A las diez de la mañana divisaron a la escuadra otomana en la boca del golfo de Lepanto. Apenas la nave capitana turca, mandada por Alí, disparó una pieza de artillería, en señal de que se aprestaba a la batalla, don Juan de Austria mandó enarbolar el estandarte de la Liga y respondió con tres cañonazos disparados por las tres naves capitanas: la del Papa, la de Venecia y la de España.

Cinco horas de intensa lucha en las aguas de Lepanto fueron suficientes para que 15.000 turcos y 12.000 cristianos perecieran en el combate.

Dejando a un lado el orden táctico y el desenvolvimiento de la lucha, bastará con apuntar que en las dos naves capitanas —la de don Juan y la de Alí— se luchaba cuarpo a cuerpo y que sólo la muerte del generalísimo turco pudo dar la victoria a los cristianos, pues izado el estandarte con el signo de la cruz sobre la galera real otomana, la resistencia se fue reduciendo por momentos.

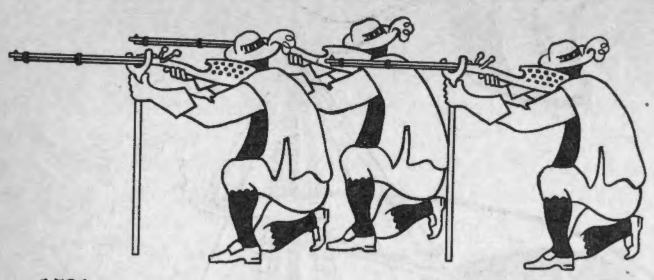
Cuando al anochecer la escuadra volvía al puerto de Petela, el ensordecedor griterío de los soldados anunciaba bien a las claras la victoria.

250 naves apresadas, 10.000 prisioneros y 15.000 cautivos rescatados era el trofeo de aquella jornada memorable.

La Cristiandad respiró tranquila, Venecia se enseñoreó de nuevo sobre el Mediterráneo y España, que había llevado el peso y la responsabilidad no sólo por el número de barcos y soldados sino por el número y calidad de los jefes, se elevaba con el palmarés de la victoria.

El héroe fue don Juan de Austria, que no pudo gustar las mieles de entrar triunfalmente en Nápoles, Roma, Génova y Madrid por verse obligado a invernar en Sicilia siguiendo órdenes del rey de España.





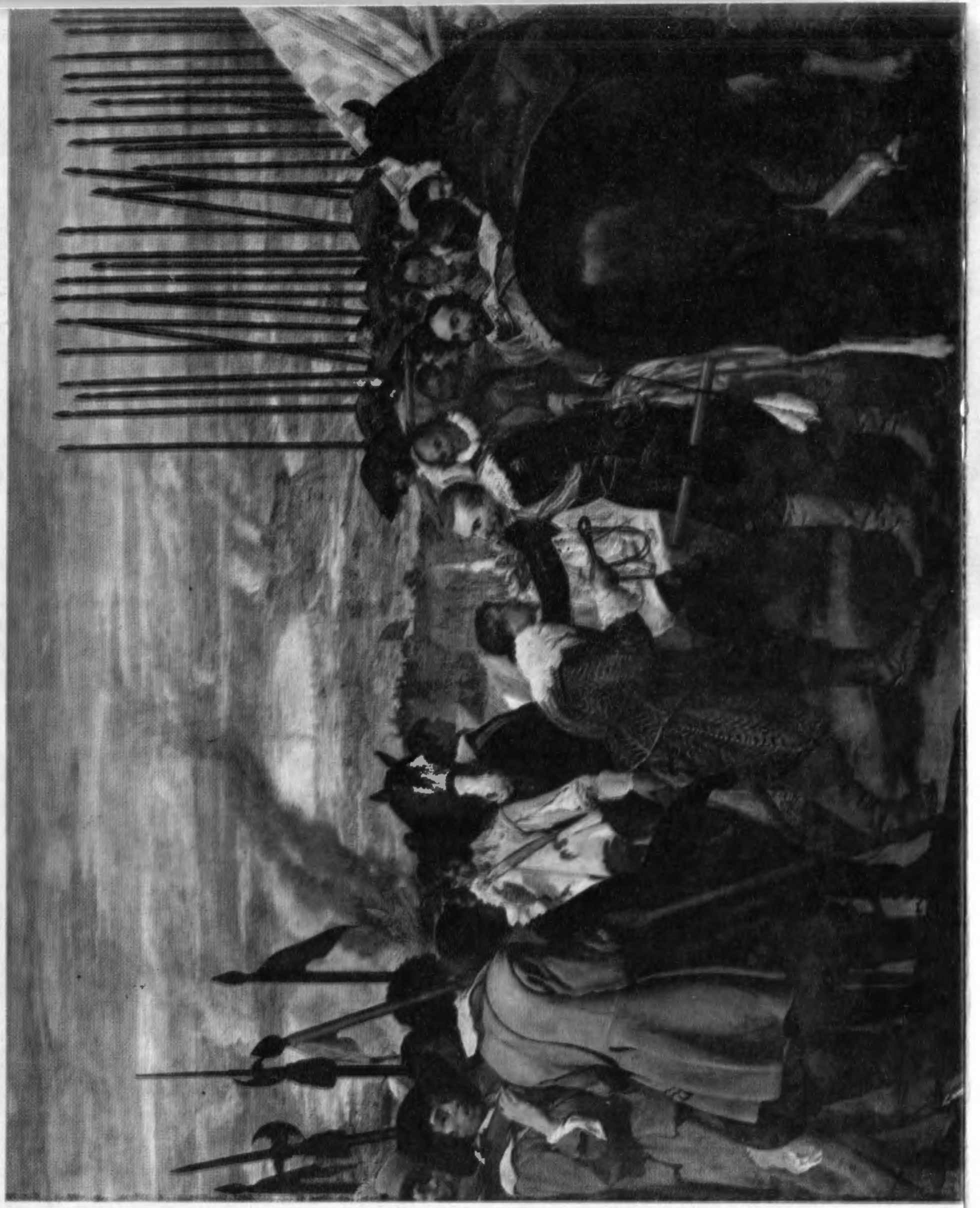
1581

Nace la República de las Provincias Unidas. Los Países Bajos por su población, riqueza y cultura formaban uno de los núcleos más importantes del imperio español, pero precisamente fueron estas condiciones las que obraron como resorte para romper con los lazos que las unían a la corona española. La difusión de las ideas protestantes empezó en los Países Bajos casi al instante de lanzarlas Lutero, y el impulso que Calvino les infundió hizo que tuvieran mucho más empuje y hallaran multitud de adeptos entre todas las clases sociales del país. En 1556, año en que Felipe II subió al poder, se dictaron una serie de medidas de contraproducente autoritarismo para aquellas regiones, patria del humanismo y la libertad. Los Estados Generales denegaron al monarca el pago de los impuestos que reclamaba para sostener su política contra Francia. Mientras tanto, el calvinismo iba extendiéndose progresivamente y cuando el monarca en 1565, quiso imponer los estatutos del Concilio de Trento y la Inquisición, halló una violenta oposición por parte de católicos y calvinistas aunados para impedirlo. En 1566 las turbas desmandadas, respondían a la Inquisición con un violento movimiento iconoclasta, que no respetó templos, conventos, ni obras artísticas, y la totalidad de los Países Bajos se alzó contra Felipe II. Éste monarca, decidido a implantar en los Países Bajos el sistema de monarquía absolutista, la ortodoxia católica y la economía estatal, que venía desarrollando en España, resolvió enviar allá al duque de Alba para que impusiera el orden.

La gobernadora, doña Margarita de Parma, hermana del rey, dimitió de su cargo al conocer la próxima llegada del duque, y cuando éste llegó a Bruselas, desconocedor del carácter de sus habitantes, se encontró sin la única persona que hubiera podido darle prudentes consejos. Instauró al instante tales métodos de terror, el «Tribunal de los Disturbios», y adoptó medidas tan violentas que, rápidamente. tanto los católicos como los calvinistas, disgustados por el poco respeto a las leyes y libertades de las Provincias Unidas, pasaron a una ofensiva común, agrupados en torno a Guillermo de Orange. En 1573, comprendiendo Felipe II que



Escudo de armas del emperador Carlos V.



«La rendición de Breda», por Velázquez. (Museo del Prado. Madrid.)

había fracasado la política del viejo militar español envió para sustituirle a Luis de Recasens (1573-1576), pero ya el mal no tenía remedio, pues la organización estatal de los Países Bajos, a cargo de los Orange, supo mantenerse, apoyados monetariamente por Isabel de Inglaterra, y adquiría una pujanza cada vez mayor. Una fuerte corriente democrática animaba aquellos países, dispuestos a adquirir a toda costa la autonomía. El saqueo de la ciudad de Amberes por los tercios españoles que no recibían sus pagas desde la muerte de Requesens, precipitó los acontecimientos e hizo que los católicos flamencos se aliaran con los rebeldes (Pacificación de Gante, 1576), y exigieran la retirada de las tropas españolas, a lo que hubo de acceder el nuevo gobernador Juan de Austria, en tanto que Guillermo de Orange entraba triunfalmente en Bruselas (septiembre de 1577).

Poco después era nombrado gobernador de los Países Bajos, Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma, quien supo aprovechar sagazmente la diferencia de raza, lengua y religión entre las provincias del Norte y las del Sur. Las comarcas valonas, en donde las ciudades desempeñaban un papel menos importante que en Flandes, reconocieron (Unión de Arras, 1579) la autoridad de Felipe II, en tanto que Flandes, Brabante, Holanda y Zelanda respondían con la Unión de Utrech, rompiendo con la autoridad de Felipe II. Alejandro Farnesio supo obrar con diplomacia proclamando una amnistía general y restaurando los privilegios locales pero a cambio de que se volviera a la ortodoxia católica. Guillermo de Orange por respuesta se declaró públicamente calvinista, y como fuera proscrito por Felipe II, declaró los principios de soberanía nacional del país y a partir de entonces (1581), las provincias holandesas formaron un estado distinto. Acababa de nacer la República de las Provincias Unidas.

La concepción política de Felipe II de poner bajo su autoridad todos los estados atlánticos era grandiosa, pero condenada al fracaso por los medios de que se valió para llevarla a cabo, destrozando la libertad de conciencia y el liberalismo económico, y así hubo de convencerse de que no sólo le sería imposible dominar de nuevo sobre la República de las Provincias Unidas, sino que también fracasaría al imponer su autoritarismo a los belgas. Tras la paz de Vervins (1598), que ponía fin a las hostilidades entre España y Francia, cedió los Países Bajos del Sur a su hija Isabel (que contraía matrimonio con el archiduque Alberto, hijo del em-

perador Maximiliano II de Austria), con la condición de que el hijo de ambos sería rey del país. No obstante, el matrimonio resultó estéril y el país había de tornar a España en 1621, a la muerte del archiduque, y cuando ascendía al trono español Felipe IV, que reanudaba la guerra contra las Provincias Unidas.

1594

Política de paz en Francia: Enrique IV. Las guerras de religión habían llevado a la nación francesa casi al límite de sus fuerzas. Felipe II de España, en 1593, estuvo a punto de ver colmadas sus ambiciones de sentar a su hija Isabel Clara Eugenia en el trono de Francia; pero una fuerte reacción de los sentimientos patrióticos nacionales se opuso a la elección de un rey que no fuera de la nación. Enrique de Navarra, cuyas pretensiones al trono francés no eran aceptadas por la mayoría de la población, dada su condición de hugonote, no desaprovechó la ocasión. La frase de «París bien vale una misa», explica su política. Abjuró de sus creencias protestantes y al punto fue reconocido por la mayoría del reino. Los adversarios fueron monetariamente adquiridos y su entrada en París en 1594 señaló el fin de la grave crisis en que habían sumido al Estado francés las guerras de religión.

Al subir al trono halló, sin embargo, un país devastado por las guerras, con un calamitoso erario y con un gran sector de la nobleza apartado de la monarquía. No obstante, Enrique IV supo en seguida hacerse cargo de la realidad del momento, y mediante una prudente política de tolerancia, amparada en los cánones de la justicia, procuró atraer a todos los estamentos sociales a su legítima autoridad. Una de las primeras medidas para obtener la paz fue su aproximación a la Santa Sede. El 13 de abril de 1598 promulgó el famoso Edicto de Nantes, que autorizaba la libertad de conciencia en todo el reino y la igualdad de derechos entre católicos y protestantes. En cada parlamento se formaron cámaras compuestas por consejeros católicos y protestantes y se concedió a los hugonotes el derecho de celebrar libremente su culto, aunque bajo determinadas condiciones. De todos modos, el catolicismo conservaba una situación privilegiada y Enrique IV lo convirtió en instrumento de su política, protegiendo el desarrollo de la Compañía de Jesús para la que fundó el gran colegio de Flèche. El parlamento de París fue el único que se opuso a las disposiciones reales, si bien el monarca hizo caso omiso de su protesta. Francia

era la primera nación que inauguraba un régimen de libertad religiosa impuesta por el monarca.

Simultáneamente a su política de tolerancia, Enrique impuso la autoridad en el reino. Ya el Edicto de Nantes había sido en realidad una mèdida autoritaria para imponer y asegurar la endeble conversión del monarca en 1593. El Parlamento de París que se había opuesto a la promulgación del Edicto de Nantes, perdió su antiguo derecho a denegar las ordenanzas reales y los Estados Generales ya no fueron convocados. Sólo celebraban sus reuniones los estamentos provinciales; el rey era el que nombraba los alcaldes de las ciudades, cuyas corporaciones estaban bajo la directa autoridad real, no interviniendo para nada el pueblo en el gobierno de la nación.

El absolutismo impuesto por Enrique IV semejaba una verdadera innovación política, que de no ser aceptada hubiera llevado a la nación francesa a una verdadera revolución. Comprendiéndolo así la nobleza, la burguesía y los intelectuales, acataron la autoridad monárquica sin resistencias, deseosos de hallar la paz y prosperidad, que entonces les brindaba la monarquía absolutista.

Enrique se dedicó al robustecimiento financiero fomentando el desarrollo industrial y comercial en sus dominios, convencido de que la riqueza del Estado radicaba en la de la nación. Impulsado por un extraordinario político, Maximiliano de Bethune, duque de Sully, antiguo jefe hugonote convertido en ministro de Enrique IV, llevó a cabo una eficaz labor financiera, rescatando las fuentes de ingreso, que estaban en manos extranjeras y restringiendo el lujo de la corte al tiempo que rebajaba el gravamen territorial de los campesinos; pero suprimió en cambio muchos privilegios que habían sido arrancados al monarca en tiempos de los disturbios. Con tales medidas consiguió que la hacienda francesa fuera de las más saneadas de Europa, hasta el punto de que la deuda, al advenimiento del Monarca, ascendía a unos 300 millones de libras y fue de más de 12 millones de superavit al finalizar el reinado. Tan elocuente equilibrio fue logrado por la atención con que fueron cuidadas las dos fuentes de ingreso nacionales: la agricultura y el comercio. Para el fomento de la primera se emprendieron grandes obras de saneamiento de tierras, desagües y canales que triplicaron las cosechas. Para el desarrollo de la industria se llevó a cabo una gran campaña contra el paro obrero, dotando a las ciudades de unas oficinas encargadas de colocar a vaga-

bundos y ociosos en talleres en calidad de aprendices; al mismo tiempo se instituyeron unos tribunales con la misión de fijar los jornales y resolver los asuntos laborales. Se estimuló también la exportación al exterior, sobre todo a España y Levante.

Esta política de tolerancia y paz interior fue seguida también en el orden internacional y hasta el final del reinado de Enrique IV no estuvo a punto de quebrarse con motivo de la sucesión a los ducados de Cléveris y Juliers, clave del bajo Rin y motivo de disensiones entre católicos y protestantes en Alemania; parece que el monarca francés estaba a punto de intervenir en apoyo de éstos últimos, pero su decisión fue desechada por la intervención de François Ravaillac, que apuñaló al monarca (1610) y brindó a Europa unos años más de paz antes de la explosión de la Guerra de los Treinta Años.

1615

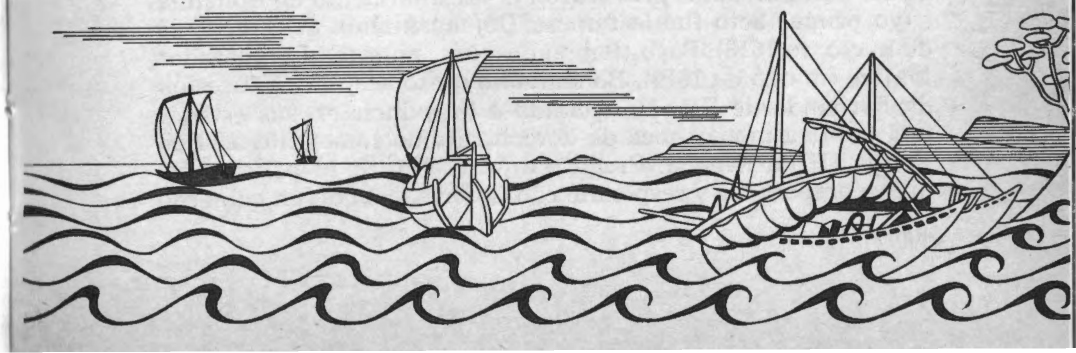
Expansión marítima del Japón. A comienzos del siglo XVI el feudalismo había dejado exhausto al Japón por la continua serie de luchas que imperaban de un extremo a otro del país, y en particular entre Hondo y las islas del Sur. Fueron estas últimas las que se pusieron en relación con los portugueses.

En 1543 los portugueses habían llegado al Japón por la isla de Kagoshima y se adentraron hasta Kyoto, la residencia imperial, en donde el emperador se hallaba por completo desposeído de todo poder y no era más que una ficción en su capital de más de un millón de habitantes. En las ciudades costeras los nobles dirigían empresas de piratería contra China y sacaban de ello enormes beneficios; pero cuando los comerciantes con China, las Filipinas e Insulindia, empezaron a enriquecerse, los feudales ambicionaron estos puestos. La llegada de los portugueses poseedores de barcos de gran calibre y armados de piezas de artillería fue el motivo de que los príncipes feudales intentaran atraerse su apoyo y de que obligaran a sus súbditos a convertirse al catolicismo. Esto originó un levantamiento de monjes budistas contra los misioneros jesuitas, y varios príncipes los expulsaron, mientras otros les apoyaban atraídos por su elevado nivel intelectual. A pesar de los esfuerzos de los sectarios budistas los jesuitas fueron, en general, reverenciados por los japoneses, dispuestos a captar todo lo que aquellos traían de Occidente: renovación del arte de la imprenta, instalación de relojes, artillería, trazado de mapas.

El progresivo comercio con Occidente dio valor a los príncipes del Sur para rebelarse contra el poder de los Ashikaga. Oda Nobunaga derribó al último de los Ashikaga (1568); pero murió asesinado en 1582. Le sucedió su lugarteniente Hideyosi (1582), príncipe de Osaka, que disponía de Sakai, el mayor puerto de Japón. Hideyosi asumió el título de *sogún*, que le confería el mando militar de todo el país, y se convirtió en el caudillo de una revolución de los pobres contra el poder feudal. Impuso el régimen democrático y completó la unidad política del archipiélago japonés con la anexión de Shikoku, Kiushiu y Yedo; también quiso dominar en Corea, pero hubo de retirarse después de seis años de lucha contra los ejércitos de los Ming.

Hideyosi no veía con buenos ojos la implantación de los jesuitas en el Japón y máxime cuando conoció los pretendidos abusos de la Contrarreforma en Europa. Así en 1587 ordenó la expulsión de los misioneros occidentales, pero no de los comerciantes a los que pensaba utilizar como enlaces entre China y su país, una vez organizado el Japón como potencia naval, Hideyosi no pudo ver realizados sus planes, pues murió en 1598 y el país estalló de nuevo en una reacción feudal en la que perdieron el poder los príncipes de Osaka, pasando a los de Tokio, del linaje de Tokugawa. En 1615 asumió el mando Yeyasu que trasladó la capital del país a Tokio, e inauguró la política de unidad monárquica, pues pasaron a depender directamente del *sogún* todos los magnates del imperio, así como las ciudades de Osaka, Sakai y Nagasaki. El Japón abandonaba el régimen feudoseñorial; la servidumbre campesina se convertía en aparcería y las ciudades marítimas cobraban primordial importancia.

Yeyasu reanudó la política de expansión naval de Hideyosi, pero no estaba conforme con las intrigas que entre sí mantenían los dominicos, jesuitas y franciscanos y mucho más después de la matanza de chinos en el archipiélago filipino. Esto le hizo proscribir el cristianismo y prohibir a sus súbditos los viajes por mar. De esta manera el Japón volvía a replegarse



en sí mismo, y sólo a los holandeses se les permitía la residencia en el país, pero con muchas restricciones. El Japón quedó de nuevo completamente cerrado a los extranjeros, sin ningún contacto con el mundo exterior hasta bien entrado el siglo XIX.

1618

Guerra de los Treinta Años. La paz de Augsburgo había proporcionado a Alemania una etapa de paz y prosperidad; el país se enriqueció sobre todo en la Renania y en la Alemania meridional, y ello constrastaba enormemente con las crisis provocadas en Francia, Inglaterra y los Países Bajos por las guerras de religión. El movimiento de la Contrarreforma iba adquiriendo cada día más importancia. Esto despertó el recelo de las príncipes protestantes que decidieron detener por las armas el prestigio, cada día mayor, de los católicos. Se unieron en la llamada Unión Evangélica con su caudillo, el elector Federico IV del Palatinado, y buscaron el apoyo de Francia. Por su parte los católicas unidos en la Liga Católica, bajo el caudillaje de Maximiliano I de Baviera, se aliaron con España. El motivo, para que explotaran las disensiones entre los dos bandos rivales en que había quedado dividida Alemania, lo proporcionó la muerte sin sucesión masculina directa del duque Juan Guillermo de Juliers Cléveris, en marzo de 1609. La sucesión en favor de unos príncipes protestantes iba a ser apoyada por el monarca francés Enrique IV, intervención que había desencadenado la lucha en Alemania; pero el asesinato de éste evitó el conflicto y el tratado de Xanten (1614) resolvió el problema sucesorio.

Pero la tensión de los dos bandos no disminuyó, y la crisis política y religiosa que se desarrollaba en Bohemia iba a proporcionar esta vez el motivo para que estallara la contienda. El emperador Matías (1557-1619) había implantado en el país una política germanófila y católica, y poco a poco fue aboliendo las concesiones de la Carta de Majestad que Rodolfo II había otorgado al país y que concedía la tolerancia religiosa. Tales medidas provocaron el levantamiento de Bohemia cuyo primer acto fue la famosa *Defenestración de Praga* (23 de mayo de 1618). Poco tiempo después, muerto el emperador Matías (marzo de 1619), Bohemia no quiso aceptar la sucesión de Fernando de Estiria, decidido a introducir en sus estados una política monárquica de derecho divino semejante a la de Felipe III en España. Praga no quiso admitir la política del nuevo emperador y respondió con la formación de un gobierno

provisional, que no quiso reconocer la autoridad de Fernando y que ofreció la corona al calvinista Federico V del Palatinado. El hecho de que este príncipe la aceptara convertía en europeo el conflicto local de Bohemia y daba comienzo a la guerra de los Treinta Años. Fernando II obtuvo el apoyo de los príncipes católicos, así como también de los luteranos enemigos de Federico. Las tropas de la Liga Católica obtuvieron sobre los checos la decisiva victoria de la Montaña Blanca (noviembre de 1620), y Federico V hubo de abandonar el país.

Esta coyuntura fue aprovechada por Fernando II para imponer su política de germanización forzada a los checos. Se les derogaron sus libertades, se les impuso la monarquía hereditaria y se declaró al catolicismo como única religión permitida, dando comienzo a las persecuciones de los protestantes; la lengua checa fue prohibida y empezó una feroz requisa de los bienes de la nobleza, y una opresión a los campesinos que pasaron a la categoría de siervos, con un estatuto verdaderamente inhumano. La política de desnacionalización arruinó atrozmente al país hasta el punto en que las ciudades aparecieron casi despobladas. De aquí arranca el tradicional odio entre el pueblo checo y alemán, que ya no habría de extinguirse.

Fernando II no se contentó con este triunfo, sino que esperaba convertirse en campeón de la Contrarreforma en Alemania. Federico V fue desposeído de sus derechos, que puso en manos de Maximiliano de Baviera, lo cual significaba un verdadero golpe de Estado ya que se atribuía unos poderes que sólo pertenecían al Colegio de Electores.

Mientras Fernando II imponía su política absolutista en Alemania, subía al trono español Felipe IV (1621-65); convencido de que aún perduraba la hegemonía hispánica, se disponía a restaurar sus derechos monárquicos en los Países Bajos, pues murió el archiduque Alberto para quien había sido creado el Estado independiente belga, y expiraba la Tregua de los Doce Años firmada con las Provincias Unidas en 1609.

Ante la situación que se había creado en el imperio los príncipes luteranos se unieron para resistir y también con ellos Cristián IV de Dinamarca, que desarrollaba una política eminentemente orientada hacia el mar y que una guerra victoriosa contra el emperador le llevaría a instalarse en las costas alemanas del Báltico; con esta idea se dispuso a intervenir en la contienda como caudillo del protestantismo alemán.

Pero Cristián IV no podía competir en potencialidad militar con los ejércitos de la Liga, y tras la consiguiente derrota se vio obligado a firmar la paz de Lubeck (1629) y comprometerse a no intervenir más en el Imperio. Acto seguido Fernando II promulgó el Edicto de Restitución, por el que se volvía en Alemania a los días de la Paz de Augsburgo, que imponía a los luteranos la devolución de las incautaciones eclesiásticas, que habían realizado a partir de 1552 y la deposición de los calvinistas de cualquier cargo. Jamás el sueño monárquico de los Augsburgo estuvo tan cerca de realizarse: el Imperio, en lugar de una federación de principados, formaría un vasto estado monárquico que lograría dominar Europa. Pero a estas ambiciones iban a oponerse Suecia y Francia.

La intervención de Suecia en la guerra de los Treinta Años estuvo motivada por su expansión en el Báltico, pues en 1629 dominaba en casi todas las costas de este mar. En tanto el emperador Fernando II disfrutaba de sus victorias, Gustavo Adolfo de Suecia en el litoral de Pomerania y de Mecklemburgo, se disponía a intervenir en el conflicto alemán como campeón del protestantismo.

La Liga Católica hubo de organizarse rápidamente y los refuerzos españoles no se hicieron esperar. Los tercios hispánicos al mando de Don Fernando de Austria, hermano del monarca español, deshicieron al ejército sueco en Nördlingen (1634). Esta derrota hizo que los protestantes alemanes firmaran con el emperador la Paz de Praga (1635), que parecía acabar con el conflicto alemán. Pero Francia se dispuso a entrar directamente en la contienda, pues hasta entonces sus intervenciones habían sido veladas por la diplomacia. El 19 de mayo de 1635 declaró la guerra a España y al Imperio. Francia, haciendo gala de su proverbial diplomacia, buscó la alianza de Holanda que con su poderosa escuadra era tradicional enemiga de España en Europa. El suceso más importante de la contienda fue la derrota de la escuadra española en el litoral flamenco de las Dunas (1639). Desde aquel instante a la causa española no le quedaban esperanzas, y más cuando también pareció tambalearse el colosal edificio de la monarquía hispánica, pues Cataluña se erigía en república independiente (1640), y Portugal proclamaba su independencia elevando al trono a su virrey, el duque de Braganza con el nombre de Juan IV (1604-1665). La derrota de los tercios españoles en Rocroi (1643) fue un golpe fatal para España, en tanto que Holanda afirmaba cada vez más su privilegiada situación e iniciaba una política de acercamiento a Inglaterra.

La situación del Imperio, mientras el ejército sueco no arremetió contra él, no era del todo desfavorable, pero cuando en 1645 las tropas suecas cayeron sobre Alemania y vencieron en Zusmarshansen (1648), sólo un milagro que debía llegar de España podía salvar al Imperio. Era imposible que la vacilante monarquía hispánica, agobiada por sus propios conflictos nacionales, pudiera ayudar al Imperio, pues también ella no podía hacer más que poner punto final a una guerra ya perdida, y por tanto decidió hacer la paz con Holanda (Tratado de Münster, 1648). Por su parte el Imperio, cercado por el desastre, devastado, y reducido a la más espantosa miseria, se vio obligado a concertar la paz en Westfalia (1648).

1644

Los Ching o manchúes en China. Los manchúes, descendientes de los jurchen, pueblo tungúsico, que vivía alrededor del Amur, y a quien en 1142 ya los chinos se reconocieron vasallos y pagaron un fuerte tributo, salieron de la oscuridad en que vivían en los últimos años del siglo XVI. Nurhachi, personaje de gran valor e inteligencia, fue el primer khan de los manchúes; él mismo se proclamó en 1616 y estableció su capital en Mukden en 1626. Dio a su dinastía el nombre de Chin (oro); pero lo cambió por el de Ching (claro) en 1636, para hacer su nombre paralelo al de los Ming (brillante) chinos. En 1629 los manchúes habían atravesado la Gran Muralla y estaban a las puertas de Pekín y hacia 1633 tomaron Liaotung. Corea hubo de rendirse en 1637.

La dinastía Ming estaba dispuesta para hacer la paz, pues la mayoría de sus generales se habían pasado al ejército manchú, que, sin embargo, esperaba una mejor oportunidad. Esta se presentó cuando en 1644 un ejército rebelde chino se apoderó de Pekín y el jefe de la Gran Muralla pidió ayuda a los manchúes. Derrotaron a los rebeldes chinos, pero se negaron a retirarse a Pekín. Transportaron allí a su emperador y la ciudad quedó convertida en su segunda capital. En realidad la consolidación del gobierno manchú no se logró hasta que se sofocó una revuelta, que estalló en las provincias del Sur, y que se mantuvo desde 1674-1681, hasta que fueron destruidas las fuerzas navales mandadas por la familia Ching. El dominio manchú se mantuvo hasta 1912.



La dinastía Ching introdujo pocas modificaciones en la forma de gobierno de los Ming. Por regla general los puestos importantes de gobierno eran ocupados indistintamente por chinos o manchúes; pero casi el 90 % de los menos importantes eran desempeñados por chinos. En 1631 el segundo Khan estableció en Mukden seis ministerios, según el modelo chino, y se hizo lo posible para establecer en Manchuria la legislación china, cuya superior cultura y organización hizo que los manchúes perdieran hasta sus costumbres y lenguajes.

En cuanto a la organización social y económica que poseía la dinastía Ming, fueron, en general, respetadas por los manchúes excepto en pocos aspectos que fueron acordados, ya, cuando los invasores tomaron Pekín. Estas excepciones fueron: a) En los exámenes civiles no se daría nunca el número uno a un manchú. b) No se tomarían mujeres chinas para el serrallo imperial. c) Los varones chinos vendrían obligados a la indumentaria manchú, si bien podrían ser enterrados con el traje de los Ming. d) Se prohibió el vendaje de los pies a las mujeres chinas, pero ante su incumplimiento, esta ley fue abolida.

En el aspecto económico nada hicieron los manchúes que transtornase la economía del país. Durante su largo dominio de paz y tranquilidad favorecieron la conservación, reparación y ampliación de las obras públicas y protegieron mucho las zonas afectadas por la carestía de víveres. La paz permitió al país recuperarse de las varias décadas de guerra y tensión interior, lo que favoreció el desarrollo de todas las artes y un creciente aumento de la población, sobre todo debido al desarrollo del comercio y al aprovechamiento de nuevas tierras para el cultivo.

Menos civilizados que los chinos, cuyas costumbres adoptaron, los manchúes se apoyaron en los extranjeros, principalmente en los jesuitas, cuyas ciencias y técnica les resultaban de gran valía y de este modo China se abrió a la corriente europea.

1648

La Europa de la Paz de Westfalia. Agotadas España y el Imperio en aquella calamitosa sucesión de derrotas y claudicaciones, que había sido la guerra de los Treinta Años, y siendo imposible ofrecer resistencia a la coalición que amenazaba a Alemania, se imponía una solución pacífica. Los plenipotenciarios de las potencias beligerantes se reunieron en las ciudades de Münster y Osnabruck, y el 24 de octubre de 1648 se firmó el tratado de Westfalia, que confería un nuevo cariz al continente europeo. Podemos considerar aquellas reu-

niones como el primer gran congreso europeo, uno de cuyos frutos primordiales fue el intento de conseguir un equilibrio en Europa, basado en la estabilidad política y religiosa, equilibrio que sustituyó a la concepción de hegemonía, tradicional de los Habsburgo. En este magno congreso dejaron de participar Inglaterra y España. La primera potencia porque ya había permanecido al margen de la guerra, y la segunda porque Felipe IV no quiso aún renunciar a sus ambiciones y se contentó con firmar una paz por separado con las Provincias Unidas en Münster (agosto de 1648), a fin de concentrar todas sus fuerzas contra Francia.

Por la paz de Münster España reconoció la independencia definitiva de las Provincias Unidas, y les cedía todo el Brabante Norte, las ciudades de Breda, Maestrich y Berg-op-Zoom y además toleraba el cierre del Escalda, con lo cual lesionaba no sólo los intereses de los Países Bajos, sino que arruinaba la única parte de su Imperio que continuaba siendo rango de gran potencia, pues, aislada la ciudad de Amberes, Amsterdam quedaba como heredera del apogeo que tuviera Flandes.

La paz de Westfalia satisfizo los deseos de muchas naciones europeas de lograr la completa independencia en sus destinos, borrando un pasado de sujeción, y favoreciendo sobre todo a la nación francesa, que salía del conflicto europeo robustecida en su unidad nacional y en su absolutismo monárquico, que debía convertirla, una vez lograda la desmembración política de Alemania, en potencia predominante en Europa.

En realidad no es que el tratado de Westfalia iniciara la desmembración de Alemania, sino que no hizo más que confirmarla, adoptando unas decisiones que ya Carlos V había comprendido años antes en la dieta de Augsburgo, tales como la imposibilidad de imponer a la Europa central y occidental idénticos credos políticos o religiosos a causa de su distinto modo de vida. Según sus creencias religiosas Alemania quedaba dividida en: calvinistas, luteranos y católicos; por la política el Imperio aparecía de nuevo dividido en cuatrocientos principados bajo la autoridad puramente nominal del emperador, cuya dignidad sería de derecho electiva, pero de hecho adscrita a la familia de los Habsburgo. En realidad, pues, Alemania salía de la contienda devastada y arruinada y habría de ser necesario más de un siglo para que se rehiciera en ella normalmente su vida. En cambio Francia había salido victoriosa y logrado formar un equilibrio de fuerzas en la Europa central, creando una barrera de Estados que

se opusieran al robustecimiento de los Habsburgo. Los grandes beneficiarios territoriales fueron Suecia y Brandeburgo. A la primera se le otorgaban las regiones más importantes de la costa alemana, con la concesión de los obispados de Bremen y Verden, la Pomerania occidental y las ciudades de Stettin y Wismar. Brandeburgo adquiría la categoría de gran potencia, pues veía agrandarse su territorio con la Pomerania oriental y los obispados de Magdeburgo, Halberstadt y Minden, y también Baviera aumentaba su extensión con la anexión del Alto Palatinado. El imperio reconocía la independencia de Suiza y de las Provincias Unidas, y Francia obtenía los obispados de Metz, Toul, Verdún y Alsacia, con lo cual quedaba instalada por primera vez en el Rin.

La potencialidad de Austria había terminado, y la idea del imperio universal que venía persiguiendo desde el siglo IX se sustituía por las monarquías nacionales, agrupadas en torno a la potencialidad de Francia, representante del equilibrio en Europa.

1649

Evolución parlamentaria inglesa. Desde el reinado de Enrique VIII iba consolidándose la monarquía absolutista, que se apoyó en la iglesia anglicana para justificar el origen divino que atribuía a su autoridad. Al imponer el monarca la separación de Inglaterra de la Iglesia de Roma inició una sistemática persecución de los católicos a fin de hacer prevalecer el dogma de la autoridad real, que quedaba limitado en sus poderes por la autoridad espiritual del Papa. Una vez reducida la oposición católica, al monarca le quedaba por vencer al parlamentarismo; el mismo Jacobo I cesó de convocar el Parlamento, organismo que no se reunió vez alguna desde 1614 a 1621, corriendo parejas su absolutismo monárquico llevando también consigo el estatismo económico y el monarca no vaciló en suprimir la iniciativa y autonomía de las compañías capitalistas, destruyendo con ello una de las fuerzas más vivas del país y preparando con este proceder la crisis que estalló a la muerte del rey en 1625.

Su hijo y sucesor Carlos I (1625-1649), quiso también gobernar con el sistema absolutista y, como su padre, prescindir del Parlamento; pero, tal vez por su temperamento, acentuó aún más los rasgos que ya había definido su padre. Decidido a destruir el prestigio comercial español, inició una política de alianza con Francia y las Provincias Unidas, así como con los príncipes protestantes alemanes. Sin embargo, Carlos I

halló en la política de Richelieu, que mantenía la opresión contra los protestantes, un obstáculo a sus proyectos; el sitio de la Rochela provocó en Inglaterra una gran indignación; pero Carlos I, decidido a enviar una flota a Luis XIII, requirió créditos al país, aunque el Parlamento no accedió a su entrega hasta después que el monarca hubo aprobado la participación de aquel organismo en el gobierno. El fracaso de su intervención en la Rochela, y el temor de que si continuaba la guerra contra Francia y España habría de seguir con la política de colaboracionismo parlamentario, puesto que así lo exigía la necesidad que tenía de los impuestos nacionales, decidióse por una política de paz. Entonces el monarca se vio libre para imponer al país su poder absoluto, pues en adelante iba a gobernar asesorado tan sólo por sus ministros Stafford y Laud, prescindiendo totalmente de la cámara de los Lores y de los Comunes.

Laud se destacó, sobre todo, por pretender imponer al país la unidad religiosa, iniciando una serie de persecuciones en general dirigidas contra los puritanos; y Stafford sobresalió por implantar de nuevo el sistema de los monopolios, a la vez que prescindía de las normas para la exacción de los impuestos, todo lo cual produjo en el país enorme efervescencia, y promovió una fuerte corriente migratoria a las colonias americanas, tal como había sucedido en tiempos de Jacobo I.

Así como Carlos I, rey de Inglaterra y Escocia, quiso imponer el anglicanismo en este último país, tradicionalmente católico, lo cual fue causa de un levantamiento de los escoceses en 1638; también en Irlanda el autoritarismo del monarca provocó la rebelión, a pesar de que Carlos favoreció enormemente a los campesinos. Los sublevados escoceses se negaron a aceptar las normas dictadas por Laud y en 1690 empuñaron las armas. El monarca convocó en York un consejo de nobles, quienes le aconsejaron que reuniera de nuevo el Parlamento a lo cual hubo de acceder el monarca.

Esta vez los parlamentarios, dirigidos por Pym estaban decididos a no consentir el absolutismo monárquico y a declarar la superioridad de la institución parlamentaria, proclamando que sólo podía disolverse por voluntad propia. Los primeros encuentros con los sublevados escoceses fueron ganados por los parlamentarios, y Stafford y Laud, acusados de traición, fueron condenados a muerte. Además los sublevados irlandeses realizaron asesinatos en masa de protestantes que fueron atribuidos al propio monarca, motivo por el que el Parlamento declaró su oposición a todo reclutamiento mi-

litar que se hiciera sin su consentimiento. El monarca se opuso y quiso detener a Pym; pero el pueblo de Londres se levantó en armas y el rey hubo de abandonar la capital. Era la revolución parlamentaria. El monarca contaba con los católicos y anglicanos y el Parlamento con la burguesía y los puritanos; así la contienda adquiría un carácter político-religioso.

Durante los primeros años el ejército del monarca, más disciplinado que el del Parlamento, formado por la burguesía, consiguió los primeros triunfos militares. La ciudad de Londres estuvo próxima a ser conquistada de nuevo por el príncipe Ruperto, general de Carlos I, en la batalla de Edgehill (1542). Pero, los desastres no sirvieron para aplacar a los parlamentarios, antes bien para darles ánimos y organizarse más adecuadamente. Apareció entre ellos, y en primer plano de la política inglesa, la figura de Oliverio Cromwell, de convicciones puritanas, que logró rodearse de un partido fiel, los *ironside*, que hicieron realidad las reformas del ejército, que se organizó a estilo de Gustavo Adolfo de Suecia. La New Model Army hizo posible los triunfos de Marston Moor (1644) y Naseby (1645) a causa de los cuales Carlos I hubo de buscar refugio en Escocia.

El autoritarismo militar y el fanatismo religioso que impuso Cromwell, tampoco satisfizo a los parlamentarios moderados a los cuales había sido entregado el monarca por los escoceses mediante el pago de 400.000 libras (1647). Entonces dio comienzo una serie de intrigas y conjuras de traición a los moderados, mientras el monarca huía a la isla de Wight, donde fue detenido. El Parlamento se sentía dispuesto a pactar con el rey; pero el ejército se oponía y Cromwell mediante un golpe de Estado (diciembre de 1648), expulsó del Parlamento a los representantes moderados, quedando el gobierno en manos de los puritanos. El pueblo se sentía inclinado por la causa del monarca, pero la burguesía mostró hacia él una feroz hostilidad, y el 30 de enero de 1649 fue decapitado, acusado de los delitos de «tirano, traidor, asesino y enemigo del país», siendo la primera vez que Europa asistía a un hecho de tamaña naturaleza. Con la cabeza del monarca caía el sistema del absolutismo autoritario, triunfando el parlamentarismo y el principio de la soberanía nacional. A la ideología autoritaria seguía una corriente liberal y republicana, un absolutismo tolerante, una política mercantilista que formaba cuerpo con la nación. La burguesía negociante era la facción que había condenado al rey y frente a este estamento aún se

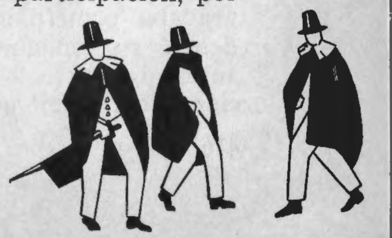
alzaba la Cámara de los Lores, representantes de la aristocracia y del alto clero episcopalista, vinculados ambos al viejo régimen. Cromwell la disolvió, acto por el que la Constitución inglesa, nacida con la Carta Magna, dejaba de existir.

Instituida la república se convirtió en un juguete de la oligarquía burguesa. El gobierno pasó a depender totalmente de la Cámara de los Comunes, pero ejerciendo el poder ejecutivo un Consejo de Estado, formado por cuarenta y un miembros elegidos por dicha Cámara. Ni Irlanda ni Escocia, no poseedoras de burguesía comercial, se adhirieron a la República, y como pronto se vio que podían alterar el orden de cosas establecidas y se preveía el levantamiento escocés a favor de Carlos II, hubo que hacerles la guerra. En Irlanda fue más que nada una lucha religiosa, pues el país se había mantenido fervientemente católico asentado en las tierras. Sin embargo, la pasión religiosa no fue más que un pretexto que sirvió para empezar una persecución que despojó a los irlandeses de sus tierras para entregarlas a los ingleses. Multitud de hombres fueron pasados a cuchillo y sus mujeres e hijos vendidos como esclavos en América.

Escocia, que había reconocido a Carlos II, fue invadida por el ejército republicano que venció en Dumbar (1650) y Wórcester (1651), y Carlos II hubo de huir al continente donde buscó refugio en Francia. Escocia hubo de firmar la paz con Inglaterra y someterse a la declaración de la unidad de Gran Bretaña hecha por los Comunes (1652).

Unificada Gran Bretaña, la agresividad de la joven República se manifestó en la proclamación del *Acta de Navegación* (1651), por la cual se prohibía la entrada en Inglaterra de cualquier buque que no transportara mercancías de su propio país. Tal actitud representaba el bloqueo de la navegación holandesa en beneficio de la británica, lo que provocó una violenta reacción en los Países Bajos, que acabaron declarando la guerra a Inglaterra. Ante el temor de esta invasión hubo una viva oposición entre los puritanos del Parlamento; pero Cromwell respondió clausurándolo, disolviendo el Consejo de Estado e instaurando un régimen dictatorial militar (1653).

El golpe de Estado de Cromwell fue coronado con un gran éxito militar: la derrota de Holanda y la participación, por



estar al lado de Francia, en la derrota de España. El gobierno dictatorial de Oliverio Cromwell representó la inauguración de la era de la grandeza marítima de Inglaterra y con ello el que la ciudad de Londres se convirtiera en uno de los más importantes centros de transacciones financieras internacionales; sin embargo, a pesar de esta brillantez del país no se encontraba cómodo bajo la dura política del dictador y deseaba poder vivir libremente, lo que pudo conseguir con la muerte de Cromwell, acaecida el 3 de septiembre de 1658, hecho que facilitó el camino para la Restauración.

1661

Imperialismo francés de Luis XIV. Muerto Richelieu en vísperas de la batalla de Rocroi (1643), Luis XIII, que quería en el gobierno a un hombre que dependiera de él, llamó al italiano Julio Mazarino, entonces nuncio de Su Santidad en París. Pocos meses después moría también el soberano francés, dejando un niño de cinco años y confiando la regencia a la reina Ana de Austria; auxiliada por un consejo, la soberana, que tenía las intrigas de la nobleza, hizo cancelar el estamento real por el Parlamento y éste puso en sus manos la regencia del país. Iba a gobernar juntamente con Mazarino como monarca absoluto; sin embargo, al acudir al Parlamento para anular el testamento real devolvía a aquel estamento las funciones que deseaba: guardián y defensor de «las leyes fundamentales del reino».

Cuando Mazarino se hizo cargo del gobierno, la situación del Tesoro era en extremo lamentable, por lo que su primera labor consistió en poner orden en la hacienda nacional. Como el empréstito en títulos de rentas emitidos al público suponía una carga, Mazarino suspendió el pago de intereses y después clandestinamente los compró a bajo precio. Con ello consiguió el distanciamiento y oposición de las clases dirigentes, que por primera vez llevaban en la labor de restaurar el erario nacional la peor parte. Para disminuir la multitud de cargas que pesaban sobre el pueblo, Mazarino vendió muchos cargos y el fisco creó muchos nuevos a fin de aumentar los ingresos. De ello resultó una gran abundancia del sector administrativo en todas las actividades económicas. Con el denominado «impuesto sobre los acaudalados», que gravaba principalmente sobre la población de París, evidenció su tendencia a buscar dinero entre los poderosos. antes que entre los humildes. El Parlamento, cuya jurisdicción había sancionado Ana, impugnó estas medidas y convocó



La Francia nueva, poderosa y directriz de los destinos de Europa, nace de la política de Richelieu (1).

1

Reinado de Luis XIV

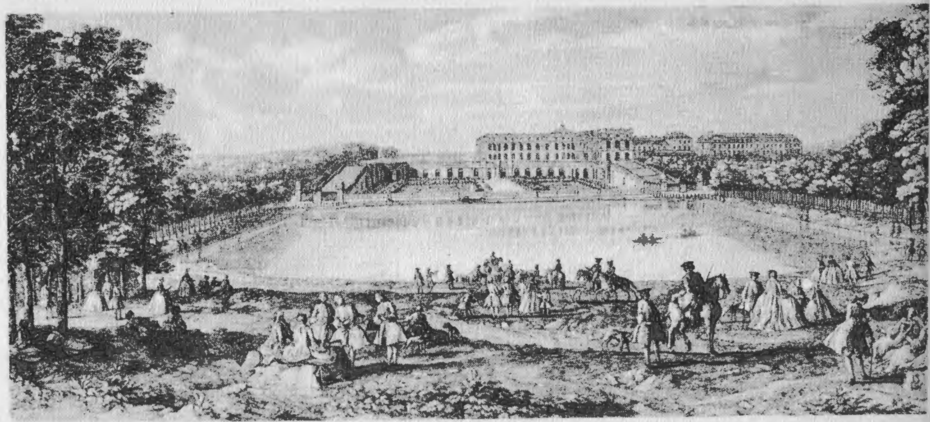


2



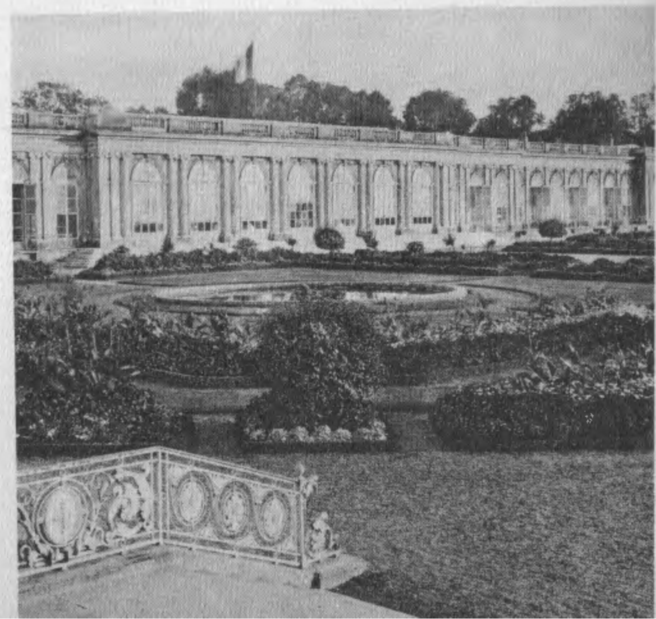
3

El esplendor que él le dio se refleja, en primer lugar, en el nuevo palacio de Versalles (2) que Luis XIV (3) mandó construir



4

5



en un lugar ideal (4) donde todo era regio y magnífico (5), como correspondía a la época y al rey para quien estaba destinado.



6



7

La corte era servicial (6), siempre dispuesta a poner en práctica los deseos del monarca y siempre en pugna por las atribuciones que correspondía a cada uno. Siempre había que dar sensación de grandiosidad y, sobre todo, de lealtad. Acompañar al rey era un verdadero deber de cortesía (7).

Las ceremonias cortesanas (8) tenían un ritual solemne, minuciosamente estudiado, donde el rey era siempre objeto de las mayores deferencias (9).



8

9





10

A pesar de que el rey Sol, Luis XIV (10), se vanagloriaba de gobernar por sí mismo, como se refleja en la frase "El Estado soy yo"



11



12



13

el hecho es que se rodeó de ministros competentes e interesados en el bienestar de la nación: Colbert (11), Fouquet (12) y Enrique De la Tour (13).



15

14



De esta forma, podía pensar, entre otras cosas, en buscar dignos honores para sus hijos y, sobre todo, en ver el modo de atraerse la voluntad de Carlos II el Hechizado (14), con la esperanza puesta en que su nieto, luego Felipe V (15), pudiera ocupar el trono de España.



16

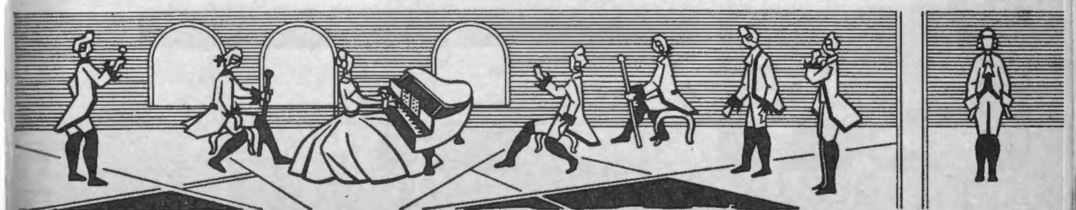
Ello costó una guerra; después de las batallas de Almansa y Villaviciosa (16) donde las tropas leales a Felipe de Anjou obtuvieron la victoria, los sueños de Luis XIV se habían cumplido plenamente.

a los miembros del Gran Consejo y de los Tribunales de Cuentas y de Auxilios, para llegar juntos a un acuerdo sobre la «reforma del reino». Reunidas las cortes quisieron imponer limitaciones a la realeza, tales como impedir que pudiera estar impuestos sin la autoridad del Parlamento, actitud que provocó el entusiasmo de París, que de nuevo, como con las luchas religiosas bajo Enrique III, levantó barricadas. Tal estado de cosas ocurría en la nación mientras veía confirmada una rutilante victoria con la firma de los tratados de Westfalia, que la convertían en primera potencia de Europa.

Durante su gobierno, Mazarino hubo de sobrellevar no pocos obstáculos y contrariedades. Desde que Richelieu suprimió privilegios a la nobleza, ésta rompió con la nación, colocándose abiertamente, no ya en contra de Mazarino, sino de la monarquía y de la unidad del reino; y desde entonces la pugna se entabló entre la realeza, apoyada por la nación, y la nobleza ayudada por el invasor, desencadenándose una guerra interior, que ocasionó la paralización de toda actividad económica y la ruina de las grandes ciudades. A pesar de los obstáculos el rey, entre el entusiasmo del pueblo, pudo entrar en París y derogar las prerrogativas políticas del Parlamento, reduciéndolo a sus funciones judiciales. El pueblo y la burguesía convencidos de que tan sólo un reforzamiento de la autoridad del rey podía acabar con la crítica situación, pasaron a ser sus más decididos defensores y Mazarino gobernó con entera libertad, y si bien es cierto que dejó la hacienda pública sometida a malversaciones, no lo es menos que logró restablecer la situación nacional, de tal modo que, al morir en 1661, Luis XIV poseía en Europa una sólida supremacía y, en el interior, una jerarquía absoluta indiscutible.

La restauración de Carlos II en Inglaterra (1660) y el fallecimiento de Mazarino en Francia (1661), fueron acontecimientos que señalaron el resurgimiento del autoritarismo monárquico. En Francia, Luis XIV, al tomar personalmente la dirección del gobierno, eligió a su más fiel colaborador y servidor, Colbert.

La política de Colbert significa para Francia la época más representativa del absolutismo monárquico y durante su gobierno la autoridad y la centralización se robustecieron y acentuaron. Colbert, hijo de un artesano pañero, era entusias-

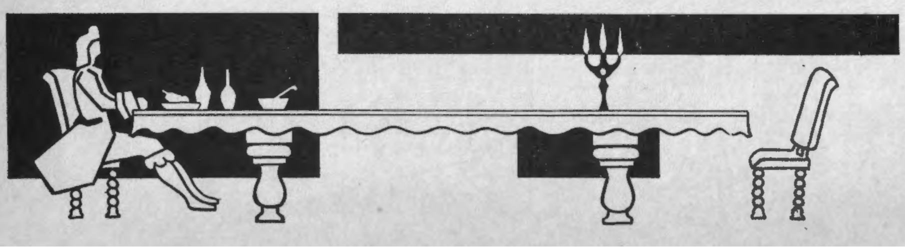


ta partidario de una política mercantilista. Dedicó sus esfuerzos a multiplicar y sistematizar la producción, a fin de que Francia pudiera librarse de toda importación del extranjero y en cambio exportar para poder conseguir la afluencia de la mayor cantidad posible de metales preciosos. Toda su política económica estuvo orientada hacia la venta y por tanto a la producción a bajo precio; para lograrlo era preciso pagar los jornales mezquinamente y evitar las huelgas.

Cada vez más se consideraba al obrero como un instrumento de producción, que había de servir para edificar la riqueza del Estado, apoyado sobre un proletariado indefenso. Semejante política mercantilista convirtió en rencor hacia el monarca toda la afectividad que antes había obtenido del pueblo, e hizo nacer un espíritu revolucionario y una efervescencia social, que serían causa lejana de la Revolución de 1793.

No puede negarse al *colbertismo* una gran actividad colonial destinada a la adquisición de materias primas con que abastecer a la industria nacional. De su época data la fundación de dos grandes compañías: la de Indias Orientales con monopolio por espacio de cuarenta años del comercio al este del cabo de Buena Esperanza, y la Compañía de las Indias Occidentales con exclusividad de todos los negocios con el África occidental y América.

Al tiempo que Colbert desarrollaba su política de expansionismo el monarca imponía otra basada en su prestigio personal. La actuación de Colbert dio al rey la oportunidad de imitar y superar la fastuosidad y esplendor de la política dinástica española. Cada vez con creciente intensidad toda la actividad nacional se orientaba hacia la persona del soberano. Francia, al revés de España, que tras su majestuosa fachada ostentaba la ruina de su pasado esplendor, se compenetró con una ideología universal, que cristalizó en un asombroso florecimiento intelectual y que la monarquía estimulaba. Así Colbert, prosiguiendo la labor de Richelieu, creó junto a la Academia francesa, la Academia de Ciencias (1666), a la que siguieron la de Música, Pintura, Escultura y Arquitectura, la Escuela de Roma, la Biblioteca Real y el Gabinete de Medallas. El monarca confió la educación del delfín a Bossuet. Racine y Boileau fueron los cronistas del *Rey Sol*. La protección que dispensaba el monarca a la nueva *élite* que se for།



maba fue, sin que él lo previera, el instrumento de su propia ruina, porque el individualismo, que fomentaban el progreso intelectual y económico, se alzaría contra él cuando pretendiera reducir a todos los hombres a la condición de súbditos.

Sin duda alguna Francia era el país más rico, mejor gobernado y de más prestigio de Europa. Su población era muy superior a la de los demás países; alcanzó los 19.000.000 de habitantes, y sus ciudades eran las más bellas, ricas y grandes de Europa; suntuosas residencias, entre las que sobresalía Versalles, embellecían su fisonomía y pregonaban la riqueza de la nación protestante, que agrupaba a su derredor a los demás monarcas del momento, sometidos sin reservas a la voluntad de Francia.

Luis XIV, amparado por el poderío de su nación, quiso trasladar al ámbito internacional su omnipotencia, y a este objeto creó las Cámaras de Reunión con la misión de incorporar al reino todas las comarcas que habían dependido de Alsacia y el Franco Condado, actitud que suponía la omisión de varios tratados internacionales. Las Cámaras de Reunión se adjudicaron parte de Luxemburgo, parte del Sarre, la ciudad libre de Estrasburgo y el principado de Dos Puentes, haciendo caso omiso del Derecho internacional, y por el tratado de Ratisbona (1684) el rey de España y el emperador sancionaban las anexiones efectuadas por las Cámaras de Reunión.

En el interior Luis XIV trató de justificar con la innovación de la naturaleza divina su poder absolutista, hecho que venía sucediendo desde la Contrarreforma. Instauró como deber religioso el respeto al monarca y él mismo afirmaba que todos los días al levantarse debía recordar que le tocaba representar en su reino el papel de Dios. Lo curioso es que Luis XIV, invocando para sí la teoría del derecho divino la negaba a los demás soberanos, en cuanto los intereses de éstos rozaran con los suyos ¿Acaso el carácter divino que se atribuía le eximía de cumplir con el respeto a los derechos de los hombres? Política semejante, que no podía conciliarse con la libertad de conciencia, pasó de la teoría a la práctica y al mismo tiempo que se emprendía la lucha contra el protestantismo, el monarca quiso dormir a la Iglesia para convertirla en instrumento base de su absolutismo. Por los *Cuatro Artículos* el monarca francés se libraba de la autoridad temporal del papa, quien tenía que respetar las decisiones de la iglesia galicana, que se otorgaba el derecho de aceptar o rechazar sus encíclicas en materia de fe.

Europa entera comenzaba a ponerse en guardia contra la política francesa, y la Liga de Augsburgo, convertida en una formidable coalición continental, se aprestaba a oponerse al autoritarismo francés. Frente a la guerra, Francia se hallaba escindida; la corte sostenía los designios dinásticos del rey; pero la burguesía mercantil, perjudicada en sus intereses por los gastos que provocaba la guerra, no apoyaba los deseos reales. Aunque Francia tenía poder suficiente para abatir a toda Europa, necesitaba inmovilizar el poder marítimo de Inglaterra y Luis XIV se preparó para invadirla. En 1692 venció la flota francesa en la batalla de la Hougue; pero, después del combate muchos navíos naufragaron, la nobleza, que quería una gloriosa campaña continental protestó. Desde entonces la guerra se desarrolló en tierra firme. Tras muchos años en que las potencias se batieron desesperadamente en Europa, Francia, cuyas banderas victoriosas ondeaban en muchos países de Alemania, estaba agotada y deseaba la paz. Ésta se firmó en Ryswick (Holanda 1697), que, en suma, volvía a los tratados de Westfalia de 1648 y que sustituía la política hegemónica de Francia por un «equilibrio de poderes».

1714

En la guerra de sucesión española se decide la hegemonía mundial. España, tan gloriosa a comienzos del siglo XVII, entró en su segunda mitad con angustiosa faz de desmoronamiento. Ella, que había sido la dueña de los destinos de Europa, iba a convertirse en marioneta de las potencias, que moverían sus hilos para asegurarse el dominio de Europa, pues tan sólo conservaba una fachada de majestad y grandeza que no servía más que para ocultar su ruina y descalabro interior. Ya durante el reinado de Felipe IV el país, agotado económicamente, no hacía más que debatirse de bancarrota en bancarrota, y todos los créditos, tanto interiores como exteriores, le eran negados. El Estado tenía que mantenerse casi exclusivamente de los impuestos fiscales y de los gravámenes del treinta por ciento de las importaciones y exportaciones. En la corte la oligarquía de los Consejos vino a convertirse en escenario de rencillas personales, y el monarca parecía oculto por la figura de sus validos.

Todas las lacras interiores y exteriores de España exacerbáronse con la subida al trono del heredero de Felipe IV, Carlos II enfermo y raquítico, exponente típico de un «fin de raza», producto y heredero de tantos matrimonios con sangre viciada por parentescos próximos. La personalidad del monarca, si es que hubo en él personalidad, es muy representativa

de la decadencia de España a fines del siglo XVII. Había nacido en noviembre de 1661 y creció raquítico y enfermizo hasta el punto de que sin los cuidados de su aya doña María Engracia de Toledo es muy probable que no hubiese conservado la vida. Recibió pésima educación debido a su débil constitución física y poseía además una inteligencia mínima, en cambio no puede negarse que fue buen patriota y que amó mucho a España. No había llegado aún a su mayoría de edad cuando fue concertado su matrimonio con la princesa María Luisa de Orleáns, sobrina de Luis XIV, matrimonio que no fue tan elegido por el monarca, como preparado por su hermano bastardo, Juan José de Austria. La boda hubo de realizarse después de la consiguiente dispensa papal, dado el parentesco de los dos contrayentes y se celebraron los desposorios en Fontainebleau en agosto de 1679. Mientras, en Madrid, Carlos II y don Juan preparaban el recibimiento a María Luisa.

Desgraciadamente la reina murió en 1689 sin haber dado herederos a la corona española, y por ello en seguida hubo de pensarse en un próximo matrimonio del monarca, pues a los diez días de muerta la soberana el Consejo de Estado suplicaba al rey otra boda. La elección recayó en María Ana de Neoburgo, sobrina de Leopoldo I, y la boda quedó concertada para un mes después del fallecimiento de María Luisa. Pronto se vio que tampoco esa reina daría a España herederos y fue entonces cuando el problema de la sucesión española pasó a ocupar el primer plano en la política europea.

A pesar de los esfuerzos de Carlos II para rehacer la potencia militar de España y devolver el orden a la Hacienda le fue imposible lograrlo. Impotente para tomar las riendas y llevar la solución a su reino, Carlos abandonó el gobierno en manos de sus validos, de su madre Mariana de Austria o de su hermano bastardo Juan José de Austria, con todo lo cual crecía el desorden y el despilfarro y el Tesoro era cada vez más exiguo. La paz de Nimega puso de manifiesto públicamente la ruina de España; le costó perder el Franco Condado y una buena franja del sur de Bélgica. A partir de entonces la corte madrileña se escindió en dos bandos para buscar en el exterior la salvación de la monarquía española. La reina madre era partidaria de buscar la sucesión en Austria, mientras que la esposa de Carlos II, María Luisa de Orleáns, era notoriamente francófila. Durante diez años (1679-1689) se sucedieron sin cesar vacilaciones, intrigas y antagonismos, pues la política de enlaces dinásticos, que venía desarrollándose desde los Reyes Católicos daba por resultado el concentrar en la corte

de Madrid los vínculos de parentesco que enlazaban a las casas más poderosas de Europa. Hay que hacer resaltar que Felipe IV era a la vez tío y suegro de Luis XIV de Francia y de Leopoldo I de Austria, y por lo tanto con pleno motivo podían reclamar el derecho a la sucesión ambas potencias. El testamento de Felipe IV había dispuesto que si acaso se extinguiera la línea de sucesión masculina, la herencia debía recaer en la línea de la infanta Margarita, y por esto desde 1692 para la corte de Madrid sólo existía un heredero: el príncipe José Fernando, hijo del duque de Baviera y nieto de doña Margarita. También Inglaterra y Francia en las negociaciones que iniciaron en La Haya sobre el reparto del imperio español, tenían en cuenta a José Fernando, como heredero de España; pero el Milanesado recaería en el archiduque Carlos de Austria y Nápoles, Sicilia y Guipúzcoa, además de otros territorios de menor entidad, recaerían en el Gran Delfín de Francia. Los acuerdos de La Haya causaron gran pesar en Madrid, pues los deseos del monarca eran de conservar íntegra la herencia de sus antecesores, y a fin de lograrlo Carlos II otorgó testamento a favor de José Fernando (1698); por desgracia éste murió repentinamente un año después.

De nuevo en Madrid y en Europa entera cundió la alarma y las casas de Borbón y Habsburgo veríanse envueltas en un conflicto por la posesión de España. El soberano francés deseaba la paz y propuso a Inglaterra y a Holanda unas nuevas negociaciones para ponerse de acuerdo sobre la sucesión de España. Aquellas potencias aceptaron en seguida la propuesta de Francia, en 1700, sin contar con Holanda ni consultar a España o Austria, dispusieron en la Partición de Londres de la herencia de El Hechizado. El monarca francés se mostró en esta decisión sumamente hábil para reforzar la hegemonía de Francia. No reclamó la corona de España, a pesar de que su esposa era la hija mayor de Felipe IV, sino que queriendo volver a la política de unidad nacional, que ya habían acariciado los grandes ministros Richelieu, Mazarino y Colbert, se conformó con tomar Sicilia y el Milanesado, a condición de trocar Nápoles y Sicilia por Saboya y el ducado de Milán por la Lorena. El resto de la herencia de España se la adjudicaría Carlos, segundo hijo del emperador de Austria. Este reparto, además de asegurar la unidad de Francia por el Este, llevaba a cabo un verdadero reparto de los mares, y España quedaba eliminada del Mediterráneo, preponderancia que asumiría en adelante Francia. Renunciaba a los Países Bajos para asegurar sus deseos de amistad con Inglaterra. Además, para demostrar

a las potencias que desistía de sus planes hegemónicos en Europa, permitía la formación de un gran estado exclusivamente italiano, que ponía su cetro en manos del duque de Saboya-Piamonte. A pesar de que esta partición era favorable a Leopoldo, se negó a aceptar las decisiones de la alianza franco-inglesa, y tampoco España aceptó lo estipulado por aquellas potencias y Carlos II en el trance supremo, frente a la muerte que tanto le había rondado, otorgó testamento a favor del nieto de Luis XIV, Felipe de Anjou (octubre 1700), porque comprendía que Europa no aceptaría de nuevo una unión del imperio español con el de los austrias como en tiempos de Carlos V, porque quería escudar la decadencia de España tras el poderío y hegemonía de Luis XIV.

La decisión de Carlos II ofrecía a Francia la posibilidad de que se le abrieran los mercados ultramarinos españoles asegurándole una gran riqueza económica y una hegemonía dinástica hacia la que había dirigido sus actos desde la Guerra de Devolución, aunque ello supusiera el romper su alianza con Inglaterra, instituida en la Partición de Londres, base de la paz en Europa. ¿Se dejaría tentar Francia por aquel espejismo de imperialismo no sólo en el continente sino en las colonias?

Evidentemente fue enorme la atracción de aquella oportunidad, porque Luis XIV, sin reparar en los tratados que omitiría, ni en las consecuencias que tal hecho podía provocar, declaró solemnemente que aceptaba el testamento de Carlos II, y que reconocía a su nieto Felipe como heredero del monarca español, si bien, y con ello quería evitar la posibilidad de conflictos, definiría que las coronas española y francesa no podrían jamás unirse bajo un solo monarca. De todos modos para Inglaterra era una amenaza evidente, pues la unión de España y Francia en una misma casa real, significaba el dominio del Atlántico en Europa, y la posesión de la mayor parte de América; pero el partido gobernante entonces en Londres era partidario de la paz y le bastaba el que España y Francia no pudiesen estar unidas bajo una misma corona con tal de no entablar una nueva guerra. Las Provincias Unidas hubieron de dar su conformidad a los planes de Luis XIV ante la amenaza de invasión.

El parlamento francés sancionó la decisión de Luis XIV y afirmó la sucesión de Felipe y su descendencia al trono de España, siendo proclamado rey el 24 de septiembre y llegando a España en febrero de 1701. El Parlamento francés, obrando como protector de la nación española, envió un ejército para expulsar a las tropas angloholandesas de guarnición en las

plazas fronterizas de los Países Bajos belgas y otro a ocupar el Milanesado.

Repentinamente cundió una profunda alarma. Inglaterra se volvió rápidamente hacia Austria a la que propuso un reparto de la herencia de Carlos II que aquella potencia aceptó y se formó la Gran Alianza de La Haya (septiembre 1701), que movilizó más de 250.000 hombres, y en la que participaron Inglaterra, Austria y las Provincias Unidas. Al lado de Francia combatieron España, Portugal, Baviera y Saboya en los primeros años, pues Portugal y Saboya pronto se desentendieron de la contienda, y en la misma España el antiguo reino de Aragón se mostró partidario del archiduque de Austria. Veamos cuáles fueron las causas que motivaron esta escisión en nuestra Patria: Los territorios de la corona de Aragón se mostraban defensores de un sistema de gobierno que les permitiera seguir con sus usos y costumbres, y no estaban dispuestos a tolerar un monarca que iba a gobernar con tendencias centralizadoras, y por ello se inclinaron en seguida a la causa del archiduque Carlos, alentados por la presencia de una escuadra inglesa en el Mediterráneo, hasta el punto de que la guerra tomó extraordinarias proporciones en nuestra península en 1705, pues toda la parte oriental estaba en poder del archiduque Carlos, que pudo entrar en Madrid en 1705, aunque ya los castellanos se inclinaban por el Borbón, que sentaba las bases de una España nueva a la francesa, en cuanto a legislación, hacienda y administración, lo cual dio lugar al triunfo de Felipe de Anjou en Almansa (25 de abril de 1707).

En el continente, durante la primera mitad de la contienda, los ejércitos franceses cosecharon grandes éxitos en los Países Bajos, Alemania e Italia del Norte. Pero en 1704 cambió el signo de la guerra: Marlborough y Eugenio de Saboya derrotaron al mariscal francés duque de Villars en Blenheim, al tiempo que los ingleses se apoderaban de Gibraltar. A partir de entonces fueron sucediéndose los reveses para el ejército francés y Luis XIV, que veía amenazada la propia Versalles, hubo de pedir la paz, pero ésta le fue dada en condiciones tan desfavorables (hacer retirar de España a su nieto con sus tropas), que no pudo ser aceptada. De nuevo en 1709 sus tropas eran vencidas en Malplaquet, y la crisis alimenticia de su reino adquiría ya caracteres alarmantes.

En aquellos angustiosos momentos vino en su ayuda la muerte de José I de Alemania (hijo del emperador Leopoldo), que puso en manos del archiduque Carlos la corona imperial. Ahora bien, Inglaterra, que se había empeñado en la guerra

para impedir la unión de Francia y España en manos de la dinastía borbónica, tampoco podía permitir que se unieran de nuevo España y Austria, no quería abatir la hegemonía borbónica para erigir en su lugar la habsburguesa y precisamente en el momento en que empezaba a despuntar la potencia rusa. Por otra parte, el cambio de orientación política sobrevenido en el país, donde el partido *whig* cedió la primacía al *tory,* representó una vuelta a la política de paz y se iniciaron las negociaciones que dieron por resultado los tratados de Utrecht y Rastatt (1713-1714), los más importantes de Europa desde los dos de Westfalia, y que marcaron la vuelta al equilibrio europeo.

Felipe V, reconocido como heredero de Carlos II, conservaba España y sus colonias; los Países Bajos, Nápoles, Cerdeña y el Milanesado pasaban al emperador, y Sicilia al duque de Saboya con categoría real. Carlos IV abandonaba las tierras de Güeldres, en las provincias belgas, al elector de Brandeburgo; que era conocido como rey de Prusia. En compensación Francia cedía Tournai a los Países Bajos.

En consecuencia, Austria salía considerablemente beneficiada de la contienda, sólidamente establecida en el Mediterráneo y acrecentada su extensión al Este en virtud del tratado de Karlowitz (1699), con todo lo cual pasaba a ser el Estado más poderoso de Europa central.

La casa de Borbón, ocupando los tronos de España y Francia, poseía los mayores territorios en las dos Américas y surgía como la más brillante y poderosa de las dinastías a pesar de verse frustada su política de predominio dinástico, pues las cláusulas de los tratados estipulaban que España y Francia nunca podrían unirse bajo una misma corona.

Bélgica, garantizada su independencia interior, iniciaba en cambio un régimen de onerosa dependencia económica respecto de las naciones marítimas. De la pugna entre el linaje de los Habsburgo y los Borbones, Inglaterra salía triunfante, apoderándose del señorío de los mares, pues las tierras ganadas en los tratados de Utrecht resultaban, si bien poco estrechas, de gran importancia. Francia le entregaba la isla de Terranova y la desembocadura del San Lorenzo, posición que le permitía dominar las relaciones marítimas del Canadá; España le cedía Gibraltar y Menorca, que representaban la llave del tráfico entre el Océano y el Mediterráneo. Además exigía el cierre de Dunkerque. La escisión del imperio español reforzaba la supremacía naval de Inglaterra porque España dejaba de ser una amenaza. Además, por el pacto de Mathuen

con Portugal, Inglaterra hizo entrar al Brasil en la esfera de su economía. Tampoco tardó en conseguir que el comercio ulterior español quedara vedado a Francia, con el derecho de enviar cada año un «navío de permiso» a cada uno de los puertos de la América española, y que la trata de negros fuera asunto suyo en aquel continente. En la diplomacia inglesa del Tratado de Utrecht, que daría auge a su vida industrial y comercial, descansó el llamado Primer Imperio inglés.

1721

La Rusia de Pedro el Grande. Mientras en el centro de Europa, Prusia y Austria adquirían preponderancia hegemónica y rango de grandes potencias, en los confines de Europa y Asia la nación rusa iba preparándose para ocupar el lugar que ambicionaba en la Historia. El advenimiento del imperialismo ruso tiene sus raíces históricas en un pasado lejano, pues el Estado se consideraba heredero del imperio universal de Bizancio y depositario de la idea cristiana. Por eso el imperialismo no apareció como una creación política impuesta al pueblo, sino como una fuerza surgida espontáneamente.

Hasta después de la toma de Constantinopla (1453), Rusia no entró en contacto con Occidente; pero a partir de entonces sus esforzados gobernantes no cesaron en sus proyectos de expansión hacia el Sur y Oeste, definiéndose las tres directrices fundamentales de la política rusa: la expansión de sus dominios hacia el Báltico; la unión de las tierras de Ucrania y de la Rusia Blanca, y el procurarse acceso a los mares del sur, el Negro y el Caspio.

Cuando en 1676 murió el zar Alejo, dejó el reino en manos de su enfermizo hijo, el zar Fedor III (1656-1682), de espíritu débil, lo que dio lugar a diversas reacciones de la nobleza, que, otorgándose derechos que no le pertenecían, elevó al trono a Pedro, hijo del zar Alejo y de su segunda esposa Natalia Narykin, pero que pronto fue destronado y puesto en su lugar su hermano Iván, bajo la regencia de su hermana Sofía (1657-1704), ambos hijos del primer matrimonio del zar Alejo, es decir de la zarina María Miloslavskaja. En realidad quien gobernó fue el favorito de Sofía, Basilio Galicin, que alimentó vastos sueños de reforma y de extensión territorial de Rusia, pero que no pudo llevar a cabo por sus repetidos fracasos ante los turcos. Una conjura palatina debía colocar al cabo de siete años, en 1689, de nuevo en el trono a Pedro, el que llegaría a ser Pedro el Grande, definiéndose una nueva y decisiva etapa en la historia interna y externa de Rusia.

El nuevo zar, cuyo reinado estuvo en sus comienzos alterado por graves crisis para sostener su política resueltamente dirigida hacia el mar, debía conseguir los medios de que disponían las potencias europeas.

Al subir al poder se encontró con un país atrasado técnicamente, que se incorparaba lentamente a la vida moderna trabado por un sinfín de obstáculos que avivaban una fuerte tradición secular. Quiso poner en marcha aquel inmenso juego de destinos humanos, llevándolos por un camino insospechado y desconocido, precipitando la marcha del tiempo y originando con ello una serie de tumultuosas reacciones, que indudablemente, a pesar de sus fatales consecuencias, llevaron al Estado hacia unos fines imperialistas que no ha olvidado jamás.

El nuevo zar, al empuñar las riendas del gobierno, no conocía de los progresos de Occidente más que lo que había oído contar a los extranjeros residentes en Moscú, y su afición por introducir en su país todos aquellos adelantos fue lo que le indujo a partir de incógnito de su patria para descubrir el mundo moderno. Durante su primer viaje emprendido en 1697 por Europa, se detuvo en Holanda e Inglaterra, donde visitó fábricas, museos, centros científicos, etc. aprendiendo infinidad de cosas y llegando a trabajar de carpintero y de obrero en una papelería. Adquirió modelos de máquinas, de navíos y varias colecciones de leyes, y se llevó a Rusia especialistas de todo orden, arquitectos, médicos, marinos, ingenieros, etc. De regreso a su patria Pedro I emprendió su primera etapa de reformas destinadas a desechar el orden antiguo e implantar todo lo que había aprendido.

Las reformas levantaron al clero, al pueblo y a la nobleza contra el zar, al que tachaban de disoluto e irreligioso. En 1700 dejó de proveer al patriarcado y obligó a sus súbditos a vestirse y acicalarse a la europea. En 1703 echó los cimientos de San Petersburgo, bajo la dirección del arquitecto francés Leblond, y un año después trasladaba allí la capital del imperio, primer paso del inmenso proyecto de hacer de su país un Estado marítimo. Este período fue el más duro del reinado de Pedro el Grande, pues la guerra con Carlos XII de Suecia estaba aún pendiente.



En 1700, fuerzas danesas, rusas y polacas avanzaban por territorio sueco y Carlos XII reaccionaba violentamente inflingiendo una severa derrota a Rusia en la batalla de Narva (1700), y al cabo de dos años conquistaba Varsovia y derrotaba también a Augusto II de Polonia. Parecía que el caudillo sueco iba a dominar Europa, y, sin embargo, aun siendo temido por las potencias, Pedro I continuaba desafiándole y fundaba la nueva capital en la costa del Báltico, como ya hemos visto. Carlos XII cometió el error, en el que tantas veces habían de caer otras potencias, de querer atacar a Rusia en su propia casa. A medida que se alejaba de sus bases y se internaba en terreno ruso, se le hacía más difícil la resistencia hasta que fue vencido en 1709 en las cercanías de la ciudad ucraniana de Poltava, decisivo encuentro que cedía a Rusia la hegemonía sobre Suecia y Polonia en el Norte. Poltava fue el comienzo de la triunfal política de Pedro I, que animado por el éxito de la batalla, reemprendió sus reformas sociales con insospechados bríos.

Se extinguieron los órganos de administración moscovita y en 1711 la alta justicia y la hacienda fueron confiadas a un reducido senado nombrado por el zar. El país se dividió en doce gobiernos, a su vez divididos en 43 provincias, bajo el mando de gobernadores responsables ante asambleas elegidas por la nobleza hacendada, y en las ciudades dos funcionarios y comerciantes eran los encargados de elegir los consejeros para asistirles. De esta forma Pedro I centralizaba todo el gobierno bajo su directa autoridad, sin por ello renunciar a la colaboración con la nobleza hacendada ni con los mercaderes de los que dependía la mayor parte de la recaudación de impuestos. El Estado confiscó las rentas eclesiásticas, que sobrepasaran las necesidades del culto, para dedicarlas a la instrucción pública y a los inválidos del ejército. Transfirió igualmente al Estado la fortuna imperial, reservándose tan sólo para su sostenimiento un patrimonio reducido. Elevó a 20.000 el número de los componentes de su ejército, cifra que igualaba a los superiores de su época. Se abrieron las fronteras de Rusia a todo extranjero que quisiera traspasarlas, o a todo ruso que quisiera ir al Occidente; el mismo Zar emprendió, esta vez oficialmente, un nuevo viaje al extranjero (1716), para visitar Alemania, Dinamarca, Francia, Holanda y las Provincias Unidas, a fin de poder llevar a su país los medios necesarios para modernizarlo. Concedió innúmeras ventajas y privilegios a los extranjeros residentes en Rusia, en particular a los obreros especializados, y a todos

les garantizaba absoluta libertad religiosa. Durante el transcurso de su reinado se crearon más de 200 fábricas de tejidos; manufacturas de tapices; se fomentó mucho la explotación de las minas, el cultivo de la vid y el tabaco y todo ello para que Rusia pudiera abastecerse en todo por sí misma.

Para llevar a cabo este amplio programa de reformas fue necesario incrementar los recursos, y a tal objeto dispuso que el Estado fuera en adelante el verdadero dueño de las tierras rusas, y sus propietarios las poseerían tan sólo a título de cesión del soberano y para ello era necesario desempeñar algún cargo civil, siendo la tierra la remuneración a este servicio. Así, pues, de igual forma que se echaron los cimientos del imperio otomano, a partir de ahora los funcionarios del Estado serían los que dispondrían de la propiedad territorial, con lo que cada individuo pasaba a valer según las funciones que desempeñaba en el Estado. El mismo Pedro el Grande fue el primero en cumplir con estas disposiciones, atribuyéndose como remuneración de sus funciones imperiales un salario de 360 rublos, en calidad de maestro carpintero; un sueldo militar fijado en 40 rublos, que fue aumentando paulatinamente, además de la renta de un único patrimonio que se había reservado; él mismo vivió modestamente como un simple oficial. Los propietarios territoriales eran además de agentes del fisco, los encargados de dirigir a los campesinos cuya misión y única razón de existencia era la de producir. Vivían completamente sujetos a la tierra y al propietario, que era el representante del Estado, y del que eran una secuela más de su propiedad porque poseía una autoridad sin límites: podía venderlos separados de la tierra y disgregando las familias, podía infligirles la pena que quisiera e incluso matarles sin incurrir en delito. En toda la enorme extensión del imperio ruso encontramos innumerables cantidades de campesinos reducidos a la categoría de siervos, excepto los campesinos libres de Livonia, en el país de Novgorod y en las zonas del norte, donde la servidumbre no había penetrado aún. Esta reforma que llegó a considerar toda la tierra como propiedad del Estado, no fue un fin, sino un medio para poder incrementar la riqueza económica, industrial y marítima de Rusia. A los grandes propietarios les impuso la obligación de tener casa en San Petersburgo, la capital, que se convirtió en un modelo de ciudad occidental.

Uno de los mayores anhelos de Pedro el Grande y para el que destinó toda la libertad que negara a los campesinos, fue el de obtener una clase de burgueses y artesanos. Todos

los siervos que querían hacerse obreros o mineros eran declarados inmediatamente libres. Desde entonces formáronse dos clases sociales, que aun desenvolviéndose juntas, se ignoraban la una a la otra; los campesinos, más avasallados que nunca y la clase obrera y burguesa, apoyada sobre unos cimientos de libertad. De ello había de resultar una oposición cada vez mayor entre los dos sistemas que obstaculizarían y retrasarían el equilibrio de la sociedad impidiendo su natural evolución y progreso.

Tal política estatal levantó por doquier violentas resistencias que el zar ahogó con medidas violentas y terroríficas llegando a ordenar la ejecución de su propio hijo (junio 1718), porque se había convertido en caudillo del bando oposicionista del zar. En el aspecto político, si bien la batalla de Poltava señalaba el comienzo del fin de la hegemonía sueca en el norte de Europa, no quería decir con ello que se aseguraba la paz en los amplios territorios de Pedro I. La intervención de Turquía a favor de Suecia en la guerra que sostenía contra Rusia hizo que esta potencia arremetiera contra los turcos, pero se infiltró demasiado profundamente en Moldavia y fue derrotado en el río Pruth, salvándose de caer prisionero sólo a cambio de la promesa de restitución a Turquía de las plazas de Azov (julio 1711).

En el Báltico fue donde más se esforzó para que tuvieran éxito sus operaciones. Sucesivamente cayeron en sus manos Reval, Riga y Viborg. Cuando Federico-Guillermo I de Prusia y Jorge I de Inglaterra se unieron a Rusia para luchar contra Suecia, fue inútil que Carlos XII intentara defenderse con decisión inquebrantable durante dos largos años, hubo de capitular ante los aliados en 1715. Quiso revolverse contra Noruega, pero cayó herido de muerte en Fredrickshall en 1718. Suecia no podía por cualquier intento hacer frente a Rusia y hubo de decidirse a firmar la paz con el zar. El tratado de Nystadt (1721), que señalaba el fin de la segunda guerra del Norte y que valió a Rusia las provincias bálticas de Livonia, Estonia, Ingria y Carelia, las islas de Dago y Oesel, además del indiscutible derecho de imponer su voluntad desde Finlandia a Polonia, con lo cual adquiría una amplia fachada al mar. Aunque instalada en el Báltico y en el mar Negro, Rusia continuó siendo en esencia una nación continental. El pueblo se resistía íntima y fuertemente a abandonar sus tradiciones y a adoptar las formas de vida occidentales. No bastaba con que se abandonaran las antiguas ropas y las formas externas bajo la amenaza de graves castigos o de la

pena de muerte para conseguir una evolución en el sentido total. Para esto hubiera sido necesario la libertad individual, que era lo que precisamente Pedro arrebató a sus súbditos, entregando sin piedad a los campesinos a la omnipotencia de los propietarios, procedimientos opuestos a los de los monarcas occidentales de su época. Por ello las reformas de Pedro el Grande, lejos de implantar los métodos de gobierno occidentales, alejaron a Rusia de la civilización. La paz de Nystadt transformó completamente el equilibrio de Europa. Suecia, Polonia y Turquía perdían el rango de grandes potencias y Rusia aparecía con un empuje que iba a modificar el aspecto de todos los problemas europeos.

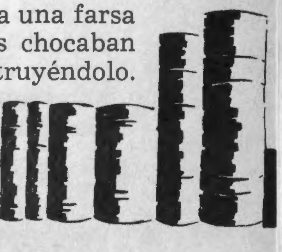
1748

El enciclopedismo. Las ideas de la intelectualidad europea de finales del siglo XVII fueron tomando cuerpo y preparando a los hombres del XVIII, modelando sus sentimientos. No se trataba ya de que en Europa hubiera católicos y protestantes, sino creyentes y escépticos. Día a día se siente adversión por lo antiguo que ya no satisface. Inglaterra fue a la cabeza de este movimiento y Francia había de hacerlo asequible al resto de la humanidad. El pensamiento de John Locke indujo a las ideas del parlamentarismo y a una ideología empírica.

También los científicos de fines de siglo experimentaron un violento choque con los *Principia* (1687) de Isaac Newton, que yendo de los fenómenos a los principios desvalorizó la ciencia apriorística.

En todos los aspectos la crisis intelectual de fines del siglo XVII anunciaba a grandes voces el mundo moderno. Día a día las ideas de sus hombres adquieren nuevos adeptos y se infiltran en todos los recodos de la sociedad arremetiendo contra los dos más firmes apoyos del pasado: el trono y la iglesia. La intelectualidad dirige contra ellos sus más acerados dardos, desmoronando sus ruinas antes de que lo hicieran los embates de la Revolución francesa.

En rigor, en los hombres del siglo XVIII, hubo más mordacidad e ironía que sabia construcción filosófica. No era un sistema original, pues ya había sido puesto en boga por la generación precedente y estaba destinado a demostrar a los hombres de Occidente que la sociedad en que vivían era una farsa política, social, moral y religiosa. Sus comentarios chocaban con la realidad del ambiente ridiculizándolo y destruyéndolo.



En este aspecto son de destacar las *Cartas persas,* que en 1721 publicó en Francia Charles de Secondat, barón de Montesquieu, y que conmovieron los cimientos de la sociedad.

En Inglaterra fueron también los literatos quienes empezaron satirizando y ridiculizando a la corte, a la nobleza y a la vida política. Los viajes de Jonathan Swift, al poner a su protagonista en contacto con extrañas civilizaciones de ridículas y ridiculizadas costumbres, fueron el pretexto y apoyo para un minucioso examen del europeo, en el que muchos pudieron ver su poco halagüeño retrato.

Giuseppe Parini, en Italia, en sus obras *Il mattino* e *Il mezzogiorno*, mostró al mundo la doble faz de la nobleza napolitana.

Todos, con sus acerbas críticas, aspiraban a un futuro más halagüeño para la sociedad, por ello se incrustaron firme y rápidamente en la civilización occidental. Los defensores del pensamiento *ilustrado,* como se nombraban ellos para distinguirse de los *atrasados,* aspiraban en primer lugar a la felicidad en esta vida, y ello lo consideraban como un deber moral. Pero este estado no podía ser alcanzado sin un instrumento imprescindible: la razón, el gran ídolo del siglo XVIII. Para esta nueva concepción de la vida se imponía una nueva moral en la que campearan el humanitarismo, la tolerancia, la beneficencia y la filantropía; una nueva y atrevida concepción científica y una legislación que transformara la sociedad.

El cerebro representativo de este movimiento lo constituyeron el barón de Montesquieu y Voltaire que supieron recoger con pluma ágil la inquietud de su tiempo.

Montesquieu se dedicó a preparar una obra de carácter político. Los estudios, meditaciones y viajes hicieron posible su intento. La publicación de *Lettres persanes,* en 1721, anunció el comienzo de su triunfo, que culminó en 1748 con la publicación de *El espíritu de las leyes* de la que cada una de sus páginas era un espaldarazo al antiguo régimen. Pocos tratados políticos han conocido una explosión tan general y tanto entusiasmo.

Voltaire no conoció tan rápida fortuna; su crítica era más acerada, no tan constructiva, aunque su mérito literario fuera intenso, ya que sus obras son verdaderas obras maestras a pesar del veneno de su escepticismo, y conquistaron muchas almas, siendo admirado incluso por aquellos que más habían de temer sus doctrinas.

En seguida hubo en Francia una generación de seguidores de los cerebros de la Enciclopedia: Gabriel Bonnot de Mably,

Jean Jacques Rousseau, Denis Diderot, Helvetius, Jean Le Rond d'Alambert. Pronto se hizo patente una clara diferencia entre ellos. Unos, propiamente enciclopedistas; otros, con Rousseau al frente, estimularon una corriente más sentimental y espiritualista. De estas dos ideologías, unidas por el desprecio a las formas de cultura europea tradicionalista, parten la diversidad de tendencias liberales y revolucionarias de los siglos XIX y XX.

El nombre de enciclopedista obedece a la *Enciclopedia francesa,* magna empresa editorial, que agrupó el deseo de vulgarización cultural del siglo XVIII, y de la que fueron representantes Diderot y D'Alambert. La Enciclopedia fue condenada por el papa Clemente VIII en 1760.

En el pensamiento enciclopedista reinaba un profundo escepticismo respecto a los valores morales y religiosos, de ahí el ateísmo y el materialismo y la frialdad de sus hombres, alejados cada vez más de las tendencias populares. Pero al lado de esta corriente, otra de tipo sentimental, prerromántica, recogió perfectamente los anhelos populares y revolucionarios de la burguesía: la tendencia naturalista. Sus hombres, Jacob Nicolas Moreau (1717-1802), Charles Palissot de Montenoy (1730-1814), etc., ridiculizaban a los mismos enciclopedistas y dieron a sus doctrinas el matiz de optimismo que les faltaba para hacerlas un movimiento popular.

Rousseau fue a la cabeza de este nuevo rumbo filosófico del siglo XVIII, porque su temperamento apasionado y vital le llevaba a confiar en la naturaleza de la que sacaba fuerzas para superar el odio y las injusticias sociales. El *Emilio* y la *Nueva Eloísa* hicieron vibrar a la burguesía francesa y su influencia se hallaba latente en los grandes movimientos de masas que pronto iba a conocer la Historia.

El programa político de la Ilustración puede ser agrupado alrededor de dos puntos centrales. El primero se halla definido por «*El espíritu de las leyes*» de Montesquieu. Admirador profundo de la Inglaterra parlamentaria de 1688, se inspira en aquel régimen, pero no propone una solución ideal para alcanzar la meta del buen gobierno, sino unos principios capaces de mejora por la razón. Así formula su famoso postulado de la «división de poderes», o sea la completa separación de poderes legislativo, ejecutivo y judicial. No se opuso a la monarquía y sus ideas se hallaron presentes en los años de la Revolución francesa.

El Contrato social (1762) de Rousseau, caracteriza la corriente democrática y popular de la Ilustración. Sus teorías

no encauzan el gobierno hacia una democracia parlamentaria, sino hacia una dictadura popular. Criticó la propiedad privada, señaló a la civilización como causa del poco progreso moral, y era partidario de la igualdad absoluta y de la soberanía del pueblo. La ideología roussoniana conduce al estado totalitario de nuestra centuria, y entre los más próximos seguidores del ginebrino figuran los precursores del socialismo.

Pronto la corriente ideológica de la Ilustración corrió por toda Europa, pues aunque sus fórmulas originales no eran propias de Francia, sino de Inglaterra y Holanda, los franceses del *Grand Siècle* supieron hacerlas suyas y europeas.

1756

Se desata la guerra de los Siete Años. La paz de Aquisgrán no estableció ni el orden ni el equilibrio en Europa, pues continuaron las rivalidades tanto económicas como las originadas por las colonias que tan profundamente existían entre Inglaterra por una parte y Francia y España por la otra; tampoco se había solucionado la cuestión de Silesia, que Austria continuaba reclamando, ni la de Cerdeña que quería anexionarse Génova. En Suecia continuaban debatiéndose las influencias rusa y francesa y entre Rusia y Prusia aún no se habían solucionado completamente la cuestión de Polonia. Lo único que había logrado la paz de Aquisgrán había sido poner término a las hostilidades y lograr un acercamiento entre Francia e Inglaterra, cosa que era deseada por Francia, mas no con la misma intensidad por Inglaterra, que seguía una política individualista y acogió con desgana la paz.

En realidad en la Europa que siguió a la paz de Aquisgrán, no cesaba de notarse en estado latente una crecida hostilidad que impedía la vuelta a un entendimiento sincero entre las potencias y que tendía inevitablemente hacia una nueva guerra general. Los siete años que separaron a la paz de Aquisgrán (1748) del desencadenamiento de la guerra de los Siete Años (1756) fueron para que todas las grandes potencias se lanzaran a una verdadera carrera de armamentos; aumentaban los pertrechos militares y se multiplicaban los recursos ofensivos y defensivos, de manera que las naciones parecían constantemente en pie de guerra y en un estado de violencia de todos contra todos. Especialmente en Austria la ansiedad era muy intensa porque la emperatriz María Teresa, renunciando a la hegemonía de los Habsburgo, concibió una política que había de agrupar en sólida alianza a Francia, Rusia y Austria, siendo esta última potencia la que ejercería

una indiscutible soberanía. María Teresa a fin de procurarse los medios necesarios para el sostenimiento de esta hegemonía emprendió una completa reorganización militar e introdujo en sus estados un impuesto sobre la renta, que pesaba sobre todas las clases sociales.

En Francia Luis XV se negaba a firmar esta triple alianza continental sobre la que tanto María Teresa de Austria como Isabel de Rusia proyectaban un nuevo equilibrio europeo, pero con predominio de sus estados; en cambio, Francia se proponía mantener la paz y su posición predominante en Europa. Secretamente la nación preparaba una liga entre Sajonia y Polonia con Suecia y Turquía a la que en seguida procuraron asociar a Prusia, a fin de impedir la expansión austríaca. Pero, en este sistema planeado por Luis XV tan sólo Prusia significaba una potencia poderosa, pues los demás estados política y militarmente eran decadentes. El proyecto de Luis XV debía chocar también con la política personal de Jorge II, que a pesar de haber firmado la paz de Aquisgrán no renunciaba a sus ambiciones dinásticas y tal vez un nuevo conflicto le daría la posibilidad de imponerse como árbitro en el continente. El plan que concibió hacía caer todo el peso de la guerra sobre Austria, lo que motivó que María Teresa pusiera fin a la amistad anglo-austríaca. Por otro lado el plan de Jorge II equivalía a la financiación de Inglaterra cosa a la que se opuso el parlamento y el gobierno inglés, que se volvió hacia Isabel de Rusia, con la que firmaron un tratado por el que esta potencia ponía a disposición de Inglaterra 55.000 hombres si se veía arrastrada a una guerra continental, y a cambio Inglaterra pagaba 500.000 libras y un subsidio anual de otras 100.000.

A partir de aquel momento las relaciones entre Inglaterra y Francia se hacían cada vez más tirantes y tanto en el Continente como en las colonias inglesas de América había una opinión favorable a la guerra, y por ello se reanudó bruscamente entre las colonias de América y el Canadá.

Ante este hecho, Luis XV, que quería permanecer en su política de paz, insistió en negociar la solución, pero su gesto, que fue interpretado como una prueba de debilidad francesa, incitó los ánimos a la guerra, y ya meses más tarde los ingleses daban la orden de apresar a todo buque francés, sistema por el que fueron capturados más de 300 barcos, y como el último ultimátum enviado por Luis XV a Inglaterra en señal de protesta fuera rechazado, se declaró el estado de guerra (1755). Prusia, para evitar quedar aprisionada entre In-

glaterra por una parte y Austria y Rusia por otra, procuró reforzar sus lazos con Luis XV. Sin embargo, no se negó a entrar en negociaciones con Inglaterra, preparándose para un cambio de alianzas (Tratado de Whitehall, 1756). Las consecuencias diplomáticas de este acuerdo fueron fatales para Francia, puesto que el resto de sus aliados no podían ayudarle. En tal situación no le quedaba más solución que aceptar la ayuda de Austria, con la cual selló en mayo de 1756 (Tratado de Versalles) una alianza por la que ambas monarquías se garantizaban la integridad de sus territorios. Poco después Rusia, considerando improcedente la actuación de Prusia, también se adhirió a Francia y Austria para garantizar el equilibrio de Europa. A la alianza franco-austro-rusa se añadían los Borbones de España y Sicilia y además Polonia.

Inglaterra, ayudando monetariamente a Prusia, conseguía que esta nación poseyera los ejércitos más poderosos de Europa, pues el objetivo de Inglaterra era hacer a Prusia la encargada de agotar a Francia en el continente mientras que ella se proponía conquistar las colonias francesas.

Así estaban las cosas en 1756. La guerra a pesar de la intensa tensión reinante, no estaba declarada y fue la acción agresora de Prusia lo que inició las hostilidades. En agosto de 1756 Federico II, sin previa declaración de guerra, invadió Sajonia, y, ocupado Dresde, obligó al ejército sajón a capitular e incorporar a sus soldados a los ejércitos prusianos, con lo cual violaba todas las normas de combate que prevalecían en Europa desde el Renacimiento. En 1757 invadió Bohemia y amenazó la propia capital, pero ya empezaba a ponerse en juego la alianza austro-ruso-francesa que en seguida paró los pies al monarca de Prusia, quien derrotado en Kollin, hubo de resistir la embestida de los aliados en Hannover, Prusia Oriental y Silesia, y sólo la ayuda inglesa pudo salvarle del inminente desastre. A pesar de todo, la situación de Prusia continuaba siendo de suma gravedad, pues aunque Francia no parecía tener un manifiesto interés en la lucha, Rusia y Austria estaban en amenazadora actitud; en agosto de 1759 Federico II experimentó la hiel de la derrota en Kunersdoy que redujo sus actividades a defender sus devastados territorios.

En realidad comenzaban dos guerras distintas; una por la hegemonía continental europea, y otra por el dominio de los mares, que a toda costa Inglaterra quería poseer. Por eso Francia se vio obligada a sostener una doble lucha en el mar y en el continente. La guerra de los Siete Años presentó un

carácter diferente a las contiendas anteriores. Francia ya no luchaba por su hegemonía absoluta, sino por la conjunta de las casas de Borbón y Habsburgo; la derrota de Inglaterra significaría la victoria contra el parlamentarismo, el triunfo de la autoridad dinástica y de la monarquía de derecho divino. En un principio el esfuerzo de Francia fue enorme, pero tras los éxitos de su flota en el Mediterráneo se apartó de la lucha naval para aplicarse a reducir la influencia inglesa en el continente.

En 1758 el abate Bernis se dio cuenta del desgaste que para Francia suponía el concentrar todas sus fuerzas en el continente y de que la verdadera guerra para su nación era la marítima. A pesar de ello la suerte ya estaba echada desde que la escuadra francesa fue destruida en Quiberón.

En el Canadá también eran aplastados por la superioridad de los adversarios, lo mismo que ocurría en la India. Era preciso capitular. El duque de Choiseul quiso llegar a una paz ventajosa, aprovechando la difícil situación de Federico II; pero ni Austria ni Rusia se mostraron conformes con sus decisiones. Entonces Choiseul logró que España entrara en la contienda (Tercer Pacto de Familia, 1761), triste decisión de Carlos III, que sirvió para perder la Florida, La Habana y Manila.

El arreglo se exigía con premura. Quedaba Prusia que luchaba desesperadamente para defender sus fronteras. Dos hechos acaecidos en breve intervalo de tiempo vinieron a deshacer el viejo tinglado de las alianzas y salvar finalmente a Federico II. En 1760 moría Jorge II y el advenimiento de su nieto Jorge III y la caída de Guillermo Pit, significó el fin de la ayuda inglesa a Prusia. Pero este hecho fue compensado por la muerte de la zarina Isabel (1762) y el advenimiento de Pedro III partidario de Prusia, lo que trastocó las alianzas y salvó a Federico II en vísperas de sucumbir.

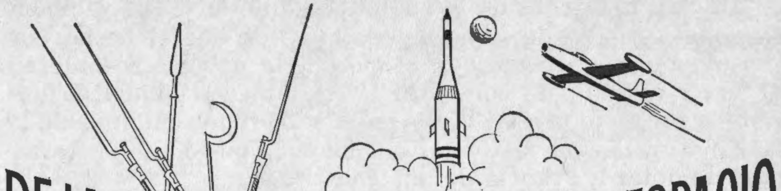
La deserción de Rusia fue definitiva. Inmediatamente Francia firmaba con Inglaterra los tratados de Fontainebleau (1762) y los de París y Hubertburgo (1763) que ponían fin a las guerras de Francia y Austria contra Prusia.

De esta manera, la guerra no había obtenido los fines propuestos y, en último extremo, era Francia quien salía más perjudicada. Por el contrario, Inglaterra saldría ganancioso sin haber expuesto por su parte gran cosa.

El equilibrio europeo, pretendido por Inglaterra, se había conseguido gracias a los vaivenes y circunstancias arriba apuntados, aunque los signos no fueran los mismos.

El Tratado de París confirmó el hundimiento del imperio colonial francés: En América, Francia cedía a Inglaterra el Canadá, todos los territorios situados a la izquierda del Mississipi y una parte de las Antillas; en la India renunciaba a todas sus posesiones, excepto Pondicherry, Chandernagor, Karikal, Yanaón y Mahe; en África perdía las factorías de Senegal; además cedía la Luisiana a España. Tan sólo le quedaban las Antillas de lo que fue su magnífico imperio.

Prusia continuó con la posesión de Silesia y se ratificó como gran potencia europea. La ruptura de Francia con Inglaterra le conducía a un desastre total. Inglaterra adquiría el dominio indiscutible de los mares y un nuevo orden se traslucía en el mundo: el dominio británico.



DE LA REVOLUCIÓN A LA CONQUISTA DEL ESPACIO

1789

La Revolución francesa inicia una nueva era. Abiertos en Versalles el 5 de mayo de 1789 los Estados Generales, se enfrentaban entre sí tres concepciones políticas: el absolutismo monárquico, las clases privilegiadas y los estamentos liberales. Los primeros deseaban la concentración de todos los poderes en manos del rey, los segundos pretendían imponer a la monarquía el respeto a las «leyes fundamentales del reino», y los liberales reclamaban la igualdad civil, con la derogación de privilegios y la sustitución de la monarquía de origen divino por un estado monárquico, basado en el principio de soberanía de la nación.

Las pendencias se establecieron entre los defensores de la posición liberal y los de las clases privilegiadas; aquéllos exigían que las reuniones se celebraran conjuntas con los tres órdenes y que los votos se hicieran por cabeza, mientras que los aristócratas se mostraban partidarios de la tradicional separación. El monarca se mantenía apartado del debate, siendo él quien hubiera podido decir la última palabra.

Tras seis semanas de inútiles conversaciones, los liberales hicieron caso omiso del clero y de los aristócratas, y afirmándose como únicos representantes de la nación se erigían en Asamblea Nacional el 17 de junio para dar una Constitución al reino.

El clero, en su mayoría, se unió a la Asamblea Nacional de los liberales, lo cual hizo que el rey reaccionara y dispusiera que los diferentes estamentos de los Estados Generales comenzaran de nuevo sus sesiones. Negáronse los miembros del tercer estado, afirmando su voluntad de seguir reuniéndose como Asamblea Nacional. El monarca hubo de transigir. El absolutismo perdía sus fuerzas y triunfaba la revolución liberal.

Muchos diputados de la nobleza se unieron a la Asamblea Nacional, y el 27 de junio el rey hubo de dar el hecho por consumado, decretando que el clero y la nobleza se unieran al tercer estado para constituir la Asamblea Nacional. Triunfaba la igualdad civil y el rey cedía a los representantes de la nación el poder legislativo al sancionar la misión de la Asamblea de dotar a Francia de una constitución.

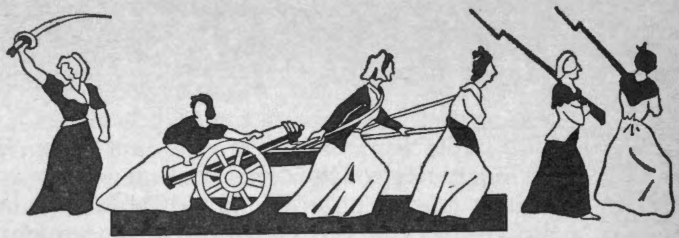
El 9 de julio la Asamblea Nacional se erigió en Constituyente. La importancia del acontecimiento fue enorme por más que el rey quisiese atajarlo con la destitución de su ministro Necker, de ideas liberales, y lo sustituyese por Breteuil.

Los sucesos acaecidos en París recordaron los días de Etienne Marcel y la revuelta de la Fronda. El Ayuntamiento de París fue sustituido por un Comité de Vigilancia y se organizó una milicia ciudadana encargada de recoger armas en medio de una gran efervescencia popular. El 14 de julio de 1789 los obreros del barrio de Saint-Antoine apoyando a la guardia ciudadana asaltaron la antigua fortaleza de la Bastilla, que servía de prisión al Estado. Luis XVI no supo reprimir la revuelta y anunció a la Asamblea Constituyente la vuelta al poder de Necker. El 17 de julio la milicia ciudadana rindió espontáneamente honores al monarca y el Ayuntamiento de París, ilegalmente constituido, le recibía. Días más tarde, el Ayuntamiento de París se transformaba en una institución legal integrado por 122 concejales elegidos entre las personas más distinguidas de la clase burguesa, intelectual y mercantil.

El desarrollo de los acontecimientos permitía ver cómo el absolutismo monárquico no era más que una fachada hueca, incapaz de llevar la dirección de la nación, y la consecuencia de ello fue el hundimiento de todas las instituciones monárquicas.

La crisis que representó la carencia de instituciones competentes para llevar el gobierno de la nación, esparció el pánico por toda Francia. Muchos nobles renunciaron espontáneamente a sus derechos, pues la resistencia significaba actos de pillaje y asesinatos. En todas las grandes ciudades los electores, siguiendo el ejemplo de los de París, obligaron a los Ayuntamientos a compartir el poder con los delegados nombrados por ellos. Al mismo tiempo, en numerosos sitios, las tropas, que habían dejado de recibir sus pagas, se amotinaron.

Carente de un gobierno central, el Estado se fraccionaba por doquier en municipios autónomos, dispuestos a remediar



las más urgentes necesidades de administración y asegurar el orden por medio de las milicias ciudadanas.

En las clases rurales advertíanse claramente movimientos de emancipación. El 4 de agosto la Asamblea Constituyente derogó las prestaciones personales, la servidumbre y los derechos feudales usurpados por el Estado, y declaró que los campesinos podrían redimir sus censos en 12 anualidades. Los impuestos se tasaron por igual a todos los franceses; la efervescencia popular era inmensa y la Asamblea terminó sus sesiones en medio del mayor entusiasmo. Se atribuía al rey el mayor mérito de la reforma que acababa de implantarse, si bien en realidad no era más que una figura decorativa y se le proclamaba solemnemente rehabilitador de la libertad francesa.

Uno de los mayores méritos de la Asamblea Constituyente fue la de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, al igual que había hecho el Congreso Americano, y fue adoptada por la Constituyente el 26 de agosto de 1789. Declaraba: que los hombres nacen y viven libres e iguales en derechos; la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión son derechos naturales e imprescindibles; la ley ha de ser la expresión de la voluntad general, y todos los ciudadanos tienen el derecho de contribuir a la formación de leyes y por ende todos los ciudadanos son iguales ante la ley; nadie puede ser acusado, detenido o encarcelado sino en los casos determinados por la ley y según la forma por ella prescrita; nadie puede ser castigado más que en virtud de una ley formulada con anterioridad al delito y nadie puede ser molestado en sus opiniones; por tanto, todo ciudadano puede hablar, escribir e imprimir libremente, siempre que haya de responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley; de acuerdo con sus posibilidades, los impuestos se impondrán por igual a todos los ciudadanos; la propiedad ha de ser considerada como un derecho inviolable y por lo tanto nadie podrá ser privado de ella a no ser que lo exija la necesidad pública y lo haga mediante justa y previa indemnización.

Tamaña revalidación liberal tuvo dos oposiciones: la de la nobleza cortesana y la de la plebe de París, cuya situación

económica era cada vez más precaria. La agitación popular que había comenzado con la toma de la Bastilla no cesaba. El pueblo falto de recursos alimenticios se amotinó y aparecieron jefes populares, Marat, Dantón, Camille Desmoulins y Robespierre, que organizaron levantamientos callejeros para la consecución de reformas radicales de carácter democrático. Parte de la nobleza francesa, temerosa, abandonaba el país y el mismo rey se resistía a sacrificar los decretos del 4 de agosto. Mientras tanto, el conde de Artois, hermano del rey, que había abandonado Francia, y en torno del cual se formaba una corte de refugiados en Turín, bajo la protección de Víctor Amadeo III, rey de Cerdeña, organizaba la acción contrarrevolucionaria.

El malestar crecía por momentos y el regimiento de Flandes fue llevado a Versalles. El banquete que se ofreció a los oficiales desencadenó las iras populares. En París corrió como un reguero de pólvora la noticia y el 5 de octubre millares de mujeres marchaban sobre Versalles para pedir pan al rey. Las acompañaron 20.000 guardias nacionales para asegurar el orden y apoyarlas. El rey dio la orden de no disparar contra las turbas populares, que en su penuria se dirigían al rey como su protector natural. Querían que el monarca abandonara la corte de Versalles y fuera con ellos a París. Luis XVI prometió pan al pueblo y aceptó ratificar los decretos del 4 de agosto y 6 de octubre y se dejó conducir por la muchedumbre a la capital. La Asamblea, organismo inseparable del rey, decidió seguirle a París e instalar su sede en el palacio real de las Tullerías.

A partir de entonces, la calle dominaba cada vez más los acontecimientos. La revolución popular era evidente. En noviembre se constituyó la Sociedad de los Amigos de la Constitución, que bajo el nombre de Club de los Jacobinos, tenía partidarios en todas las ciudades de la nación. Aparecieron multitud de periódicos revolucionarios: *«Les Revolutions de Paris»*, *«Les Revolutions de France et de Brabant»*, *«Le Courrier de Provence»*, etc., enardeciendo el ánimo popular.

En el seno de la Constituyente comenzaba también a anidar la efervescencia de la insurrección callejera y muchos de los llamados patriotas adoptaban posiciones extremistas

Los monárquicos hicieron votar un decreto contra los tumultos populares, que Robespierre calificó de atentado contra la libertad. La Constituyente hubo de aceptar un contacto con el pueblo de París y abrió sus tribunas al público, libremente admitido a manifestar su opinión.

Las dificultades iban acumulándose para la Constituyente que con profundo sentido había de hacer de Francia una monarquía constitucional que paso a paso llevaría al triunfo del individualismo y a un sistema político fundado sobre la soberanía nacional. La Constitución estaba ya terminada en julio de 1790 y fue revisada en 1791. Dotaba al individuo de todas las libertades y le constituía centro de un nuevo sistema jurídico y político, estadio último de la emancipación individual que en todo el Occidente se siguió a través de la Edad Media y tiempos modernos. La parte esencial de la Constitución de 1791 es la *Declaración de los Derechos del Hombre*, que le sirve de preámbulo, y el régimen que instaura no es más que su aplicación a los diversos poderes del Estado. Inspirada en los principios preconizados por Montesquieu, era la obra razonada de un idealismo realista.

Tanto la culminación de las ideas del liberalismo, que triunfaba a fines del siglo XVIII y tanto en materia judicial, como administrativa, financiera y económica, señaló la cima de una evolución hacia el individualismo, la centralización y la unificación, de que había sido objeto capital la monarquía desde hacía siglos.

Los principios que contiene introducen un nuevo concepto acerca del origen de los poderes y la función de éstos. Para la Constitución de 1791 el origen de los poderes reside en la nación, y la razón de la burocracia administrativa consiste en asegurar a los ciudadanos su independencia frente al Estado. Los puntos de vista, pues, se han invertido. Si la monarquía había desarrollado los principios individualistas del derecho con la destrucción de los organismos feudales, señoriales o sociales, y reducida la sociedad a una colectividad de individuos sometidos a la autoridad monárquica, por la Constitución de 1791, el individualismo constituyó una finalidad en sí mismo. El Estado, es decir, el Rey, ya no es el centro del derecho, sino el individuo. El deseo de defender al ciudadano contra el Estado se manifiesta en la reorganización de los tribunales: las funciones judiciales se hacían ahora independientes del rey.

Aunque a primera vista resulte ilógico, la Constitución de 1791 en algunos de sus principios parece menos democrática que el propio régimen monárquico. El carácter exclusivo que da a la propiedad priva a los campesinos de los importantes derechos de que gozaban. La abolición de los derechos feudales hace desaparecer antiguos tributos señoriales, pero esta medida no favorece sino a los propietarios de tierras. La

desaparición de la antigua propiedad señorial, transformada pura y simplemente en propiedad, ocasiona a los habitantes rurales, sobre todo a los más desheredados, consecuencias a veces desastrosas. Los aldeanos tenían ciertos derechos sobre las tierras de sus señores, tales como apacentar los rebaños en sus tierras, cortar árboles para la construcción, recoger la leña de los montes, etc., de que ahora, con el nuevo concepto de propiedad individual, se veían privados. Es ahora cuando los más pobres se ven arrojados a la verdadera miseria. Ello es una causa de gran aflujo de los proletarios sin recursos, hacia las ciudades, donde su número dio a los industriales mano de obra fija y barata.

Como contrasentido, pues, los Derechos del Hombre hacían más grandes las diferencias políticas y sociales. Otra de las características de la Constitución de 1791 es que al suprimir las órdenes, en los Estados Generales se anuló casi por completo la importancia política del clero y la nobleza, llegando el tercer estado a ser el representante exclusivo de la nación; pero asimismo negó el derecho de voto a los franceses que no poseían nada. En lo sucesivo la población de Francia se dividirá en propietarios y no propietarios; los primeros serán «ciudadanos activos» y los segundos «ciudadanos pasivos» iguales en derechos civiles, pero privados de derechos políticos. A pesar de esto estableció en Francia un régimen representativo, liberal y democrático, el más democrático de cuantos eran conocidos en el mundo. En cuanto al problema de la esclavitud, al igual que el congreso americano, adoptó una solución contemporizante. Los principios exigían que fuese abolida, pero no llegó a proclamarse esta ley. La Constituyente concedió tan sólo a las asambleas coloniales el derecho a regular la condición de los negros y mulatos.

La cuestión más difícil fue la de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La libertad de cultos que seguía a la de los derechos del hombre, colocaba en pie de igualdad a católicos, protestantes y judíos, si bien la Iglesia católica pasaba a la categoría de Iglesia nacional al cuidado de la beneficencia y la enseñanza. La Asamblea no era ni antirreligiosa ni anticlerical, sólo quiso hacer de la Iglesia una rama de la administración para evitar un Estado dentro de otro Estado. Así suprimió las antiguas diócesis, y en cada uno de los 83 departamentos creados puso otros tantos obispos bajo la autoridad de diez de ellos. Prohibió las congregaciones; suprimió los conventos, excepto las órdenes dedicadas a la enseñanza y beneficencia, y prohibió pronunciar votos, excepto a frailes

para vivir según las normas de la vida monástica. Tratando a prelados y sacerdotes como a simples funcionarios, les impuso la obligación de prestar juramento de fidelidad a la Constitución. No se trataba de atacar la primacía espiritual del Papa, pero se le quitaba en Francia toda su autoridad. Esta Constitución Civil del Clero se vio considerablemente influida por la crisis financiera que tomaba proporciones desastrosas. Después de la toma de la Bastilla el pueblo francés había rehusado el pago de los impuestos; la deuda no cesaba de acrecentarse, alcanzando en julio de 1790 los 2.000 millones. El país no estaba en condiciones de soñar con los empréstitos y se pensó en la percepción de la cuarta parte de las mayores fortunas del reino, pero esta solución no hizo sino retrasar la crisis. Talleyrand, obispo de Autún, pensó salvar al país poniendo los bienes de la Iglesia (estimados en más de 3.000 millones) a disposición del Estado, encargando a éste la retribución del clero y de los gastos del culto.

El 14 de julio de 1790, durante la grandiosa Fiesta de la Federación, los delegados de los municipios y de las milicias ciudadanas se reunieron en el campo de Marte. Talleyrand celebró una misa y el rey juró fidelidad a la Constitución, comprometiéndose todos por un verdadero «contrato social».

La posición del rey era difícil. La Constitución Civil del Clero fue condenada por el Papa y el monarca se encontraba con un problema de conciencia insoluble. Si había jurado fidelidad a la Constitución, debía proceder a la reforma de la Iglesia, cosa que Roma condenaba como sacrílega. Ante sus deberes civiles y religiosos optó por los últimos, aunque hubiera de renegar del régimen establecido y aunque hubiera de buscar apoyo de soberanos extranjeros.

Una parte del clero no tardó en mostrarse refractaria a las leyes de la Constituyente y pronto estallaron disensiones y disturbios. La Iglesia, toda Francia y también la Revolución se hallaban divididas en dos partes hostiles. La propia guardia de Luis XVI coaccionó su libertad de conciencia y se vio impedido para ir a recibir la comunión. Ante tales hechos el rey rompió con la Constituyente y huyó de París.

El 20 de junio de 1791 el rey huía con su familia para unirse en Montmédy con el ejército francés del general Bouillé. La Constituyente consideró la huida del rey como el aviso para tomar medidas de salvaguardia, y al mismo tiempo promulgaba un decreto por el que suspendía al rey en sus funciones. El monarca fue detenido en Varennes y fue conducido a París el 25 de junio.

El emperador Leopoldo II, que representaba en Europa el principio del derecho divino, ante la detención del monarca francés, no pudo menos que intervenir. Firmó con Prusia un tratado *(Declaración de Pillvitz)* según el cual las dos potencias reconocían la necesidad de devolver al rey de Francia su poder y se disponían a actuar rápidamente para preparar las bases de un gobierno monárquico.

La Declaración tuvo desastrosas consecuencias para Francia, que al verse amenazada por una coalición de potencias redobló sus iras antimonárquicas, presentando a Luis XVI como un enemigo interno al que había que abatir. En el fondo de la Constitución se formaron también dos opiniones. Los partidarios de prescindir del monarca y los que se pronunciaban por el mantenimiento del rey, que recobraría sus poderes tras prestar de nuevo el juramento constitucional.

Desde luego parecía prudente que si se quería evitar una coalición europea se respetara la persona del rey. Pero esta prudencia no podía ser compartida por los exaltados ánimos extremistas. Las manifestaciones violentas se sucedían sin cesar y la Asamblea adoptó medidas rigurosas que enfrentaron hostilmente a los *feuillants* o monárquicos, que dominaban la Asamblea, y a los *jacobinos y cordeliers,* que se apoyaban en la calle y reclamaban la destitución del rey, el sufragio universal y las reformas populares.

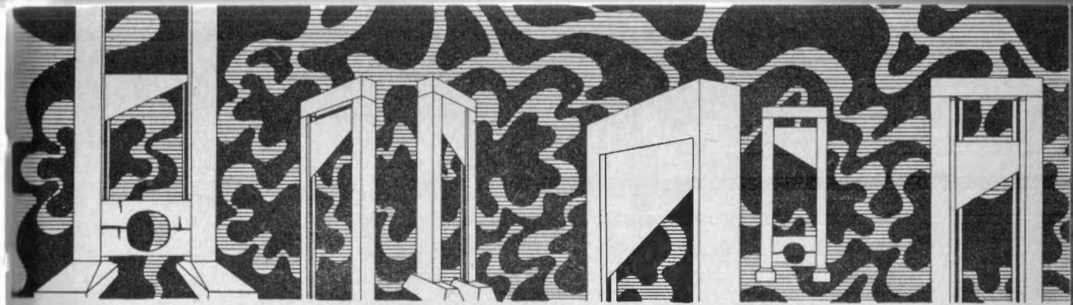
Los *feuillants* salvaron la monarquía constitucional. El 3 de septiembre de 1791 fue votada la Constitución monárquica y el monarca juró fidelidad a la nación y a la ley.

Entre tanto, en los años en que Francia se debatía en esta crisis interna, las potencias extranjeras afirmaban su equilibrio económico.

Inglaterra mantenía la flota mercante más poderosa del mundo, apoyada por una poderosa marina de guerra y poseía escalas en las más importantes rutas comerciales. En 1790, cuando la crisis financiera era más aguda en Francia, Pitt presentaba al Parlamento un presupuesto en el que las rentas habían aumentado en 4 millones de libras esterlinas.

En todas las monarquías occidentales se afirmaba el absolutismo: en España, Portugal, Bélgica, Holanda y Suecia. El rey Gustavo III de Suecia restableció el absolutismo en el mismo año en que los Estados Generales se reunían en Versalles con una posición hostil ante la Revolución francesa.

Dinamarca adoptó una política de neutralidad respecto al exterior, y en el interior una política liberal muy semejante a la de Inglaterra.



En cuanto a Italia, no formulaba políticamente ningún obstáculo y solamente el Papa preparaba la defensa religiosa intentado confederar a los Estados de la península bajo su presidencia.

La condena pública de la Constitución francesa hecha por el Papa, que determinó la Declaración de Pillvitz, dividió a la Europa continental en dos bloques ideológicos: la Francia liberal y el continente absolutista, lo cual hizo que al verse arrastrada la nación francesa a una guerra contra las monarquías, se desligara de la institución monárquica, para derivar hacia una república. Las consecuencias serían incalculables para Europa, porque la Revolución, siguiendo a los ejércitos franceses, se instauraría en todo el continente hundiendo el antiguo régimen.

En Francia, al disolverse la Asamblea Constituyente, correspondía a la legislativa el funcionamiento de Constitución de 1791. La Asamblea legislativa quedó constituida por electores de la burguesía.

La situación de Francia era delicada: la crisis financiera aumentaba; el paro obrero creaba una miseria que los agitadores extremistas aprovechaban; los aristócratas huían en masa de Francia, y la persecución religiosa creaba en el exterior un clima de hostilidad a la Revolución. Por otra parte la Asamblea no se esforzaba por lograr una reconciliación de los franceses y adoptó una actividad pusilánime. En medio de tales desórdenes Francia declaró la guerra a Austria. En la lucha veía un remedio a la crisis financiera al permitirles la nacionalización de los bienes de la Iglesia en los países que se anexionaron. Leopoldo II adoptó una posición conciliadora, lo cual parecía asegurar la paz, pero la Asamblea quería la guerra. Se confiscaron los bienes de los emigrados, en tanto se trataba de obtener la neutralidad de Prusia e Inglaterra. Luis XVI para evitar la guerra, destituyó a su ministro el conde de Narbona, formando un ministerio de coalición.

Francisco II, sucesor de Leopoldo II, quería evitar la guerra, pero no desmovilizó sus fuerzas, lo cual fue interpretado por Francia como una amenaza, y en abril de 1792 se declaraba la guerra a Francisco II.

Las preocupaciones de Austria y Prusia sobre Polonia salvaron a Francia del desastre, a pesar de que la guerra comenzaba con reveses. En seguida los jacobinos se hicieron eco de la Asamblea. Robespierre acusaba a los generales de traicionar a la Revolución, y Marat felicitaba a los soldados por el asesinato de su jefe. El pueblo se agitaba acusando de infidelidad al rey y de complicidad con el enemigo. Su guardia fue sustituida por guardias nacionales; a las puertas de París se establecía un destacamento de 20.000 voluntarios, y la Asamblea votó la deportación de los sacerdotes que no habían prestado juramento. Luis XVI opuso su voto a estos decretos, y el pueblo amotinado invadió las Tullerías reclamando la retirada del voto real.

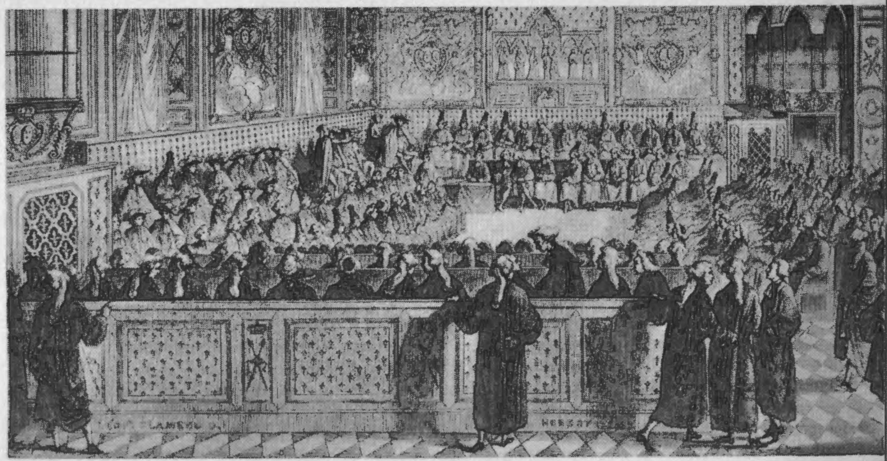
Entonces los jacobinos reclamaron la abolición de la monarquía intentando sublevar a las provincias, pero sólo se logró demostrar que una ínfima parte de la nación estaba en contra del rey. Mientras tanto, la guerra continuaba y Francia se veía amenazada por el enemigo. Por ello la Asamblea, para organizar la defensa, declaró el estado de sitio.

A partir de entonces Robespierre se declaró abiertamente enemigo de la monarquía, y arengaba a los ejércitos de los voluntarios a sustituir la ineficaz Asamblea y constituir un directorio insurreccional secreto. Los girondinos, que hasta entonces habían hecho causa común con Robespierre, se vuelven contra él, mientras el caudillo jacobino les denuncia como enemigos del pueblo y reclama la sustitución de la Asamblea Legislativa por una convención elegida por sufragio universal, que diera a Francia una carta constitucional.

La agitación continuaba y algunos prudentes instaron al monarca a que abandonara París, el monarca rehusó.

Así las cosas, el comandante de los ejércitos aliados amenazaba la capital, si llegaba a ser tocada la cabeza del monarca. Las secciones de París corrieron a las armas e, instigadas por Danton, destituyeron al Ayuntamiento y nombraron 82 comisarios que, constituidos en Comuna insurreccional, impusieron su autoridad a la Guardia Nacional. La autoridad del débil monarca cada vez pesaba menos y el populacho enardecido continuaba amotinado y dando a la nación jornadas sangrientas. La multitud invadió los salones de sesiones de la Asamblea y los diputados, bajo amenazas, suspendieron los poderes del rey y abolieron la Constitución. El rey, detenido, era conducido a la prisión de Temple.

El golpe de Estado de la Comuna insurreccional organizó un régimen de dictadura. Los ministros fueron detenidos, las



1

2



Con la reunión de los Estados Generales (1), nació la Revolución Francesa (2), un hecho crucial en la Historia, cuyas causas, de raíces profundas,



3

se buscan en el suntuoso esplendor (3) de las mansiones regias, en la debilidad y mal gobierno del rey (4), en la ligereza de la reina (5) y en el ostentoso boato de los nobles (6), tan solícitos en rondar los regios salones (7).



4



5



6

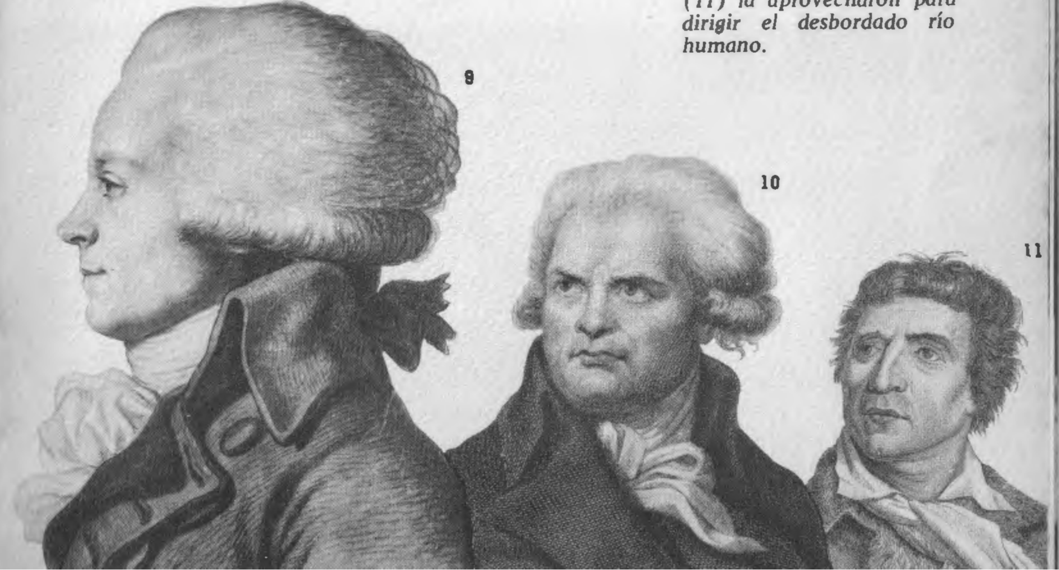


7



8

Si la escarapela fue el símbolo que reunió entre sí a los revolucionarios, la Marsellesa (8) fue el himno que enardeció sus ánimos al combate. Los prohombres de la Revolución: Robespierre (9), Danton (10) y Marat (11) la aprovecharon para dirigir el desbordado río humano.



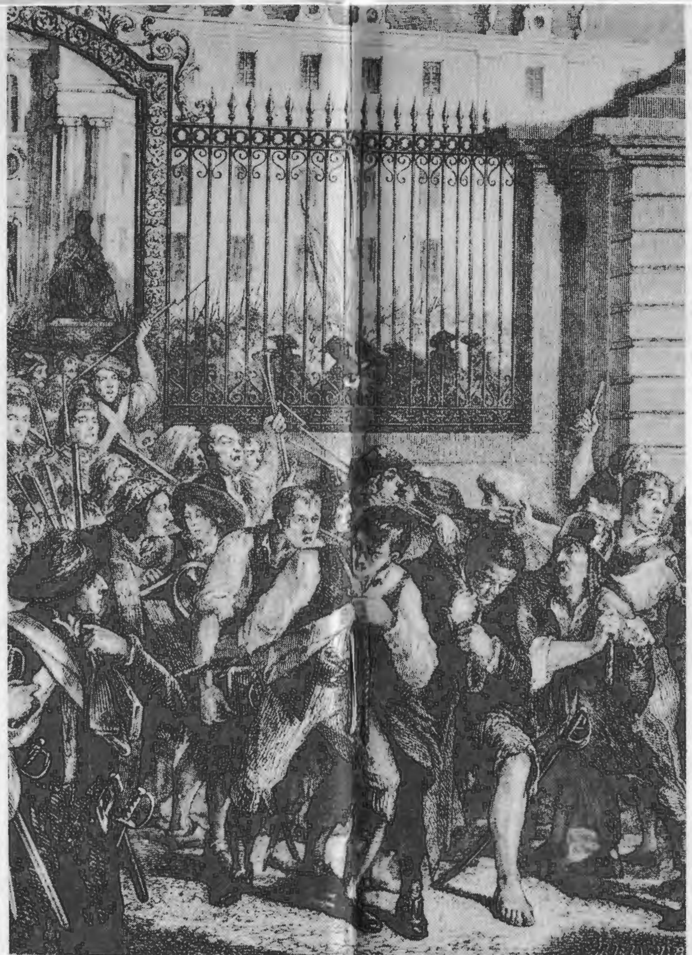
9

10

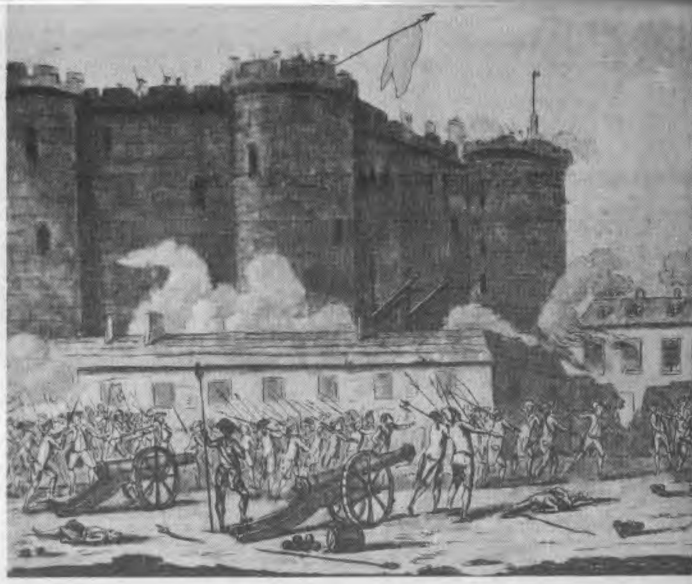
11

12





13

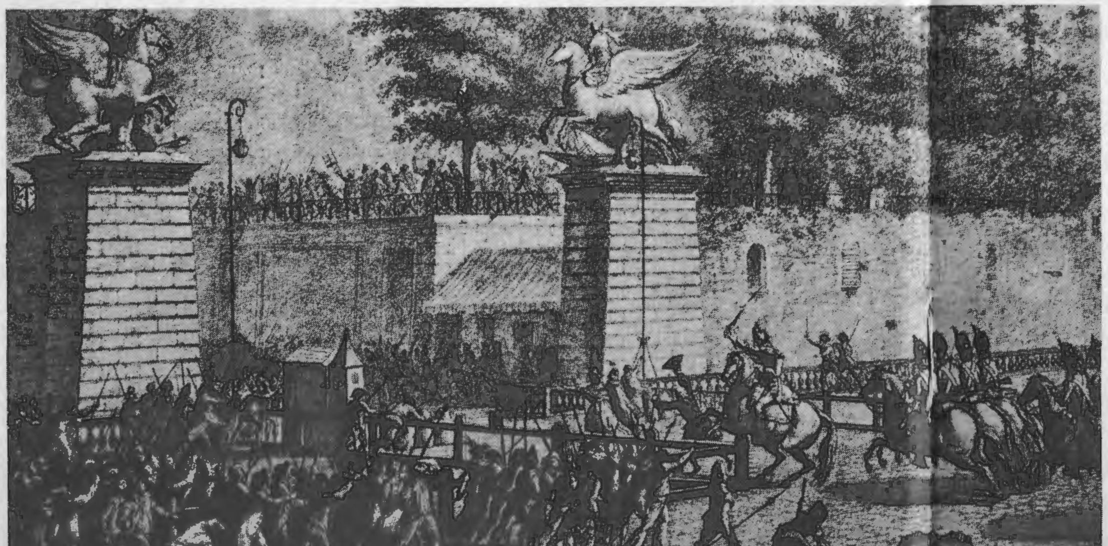


14

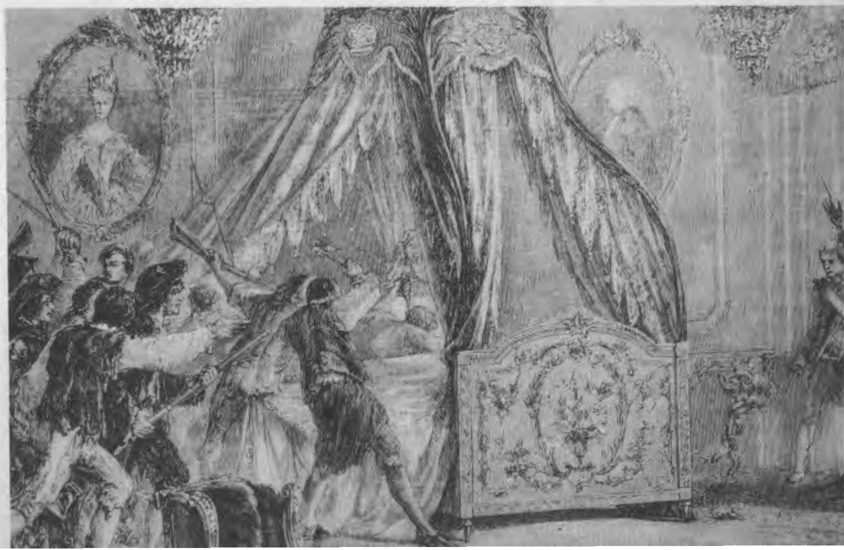
En nombre de la Revolución se invadió la Asamblea (12), y se asaltó el parque de los Inválidos (13) y la Bastilla (14). ¿Qué fuerza sería capaz de contener la compacta marcha, enardecida por los nuevos ideales?

Cuando la libertad triunfa, el Poder estorba. El palacio de las Tullerías (15), relicario de la Historia de Francia, y Versalles (16) fueron víctimas, en nombre de la libertad, de un saqueo implacable y horroroso.

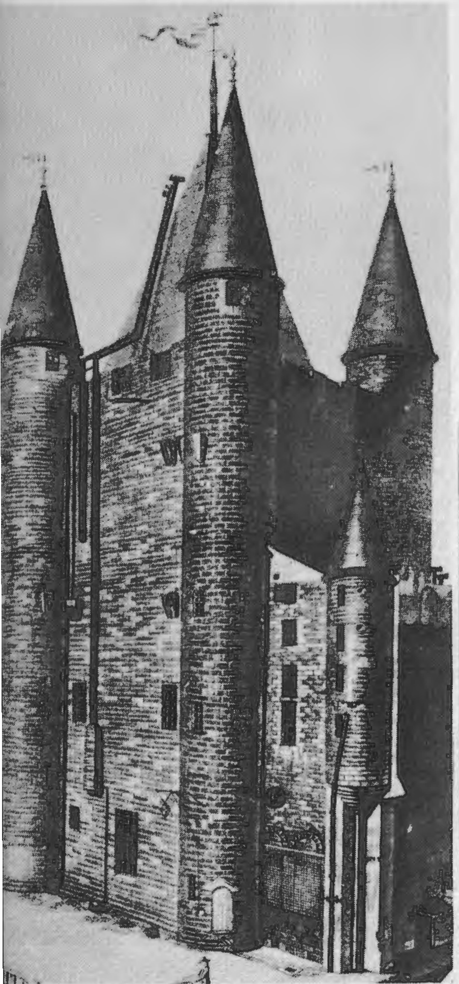
15



16



Torres misteriosas del Temple (17), en cuyas lóbregas moradas tendrá lugar uno de los capítulos más sentimentales y luctuosos de la Historia. Allí estuvo encerrada la familia real (18), y Luis XVI salió para subir al cadalso.



17

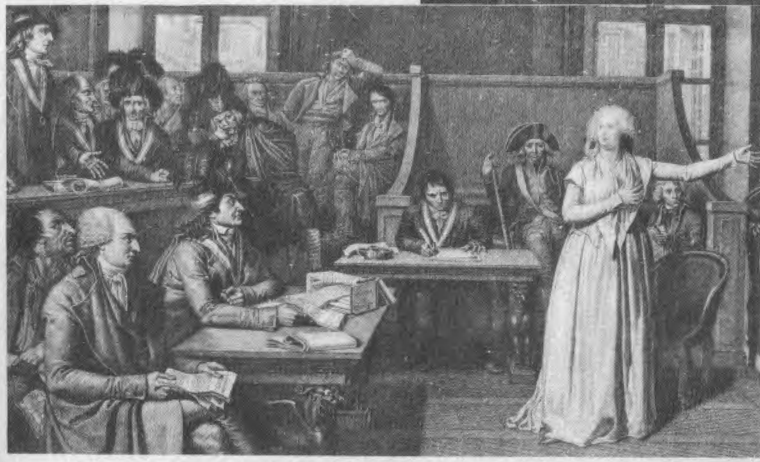


18

Y tras esa puerta (19) pasó María Antonieta los últimos días antes de presentarse al juicio (20) y poco después a la guillotina (21).

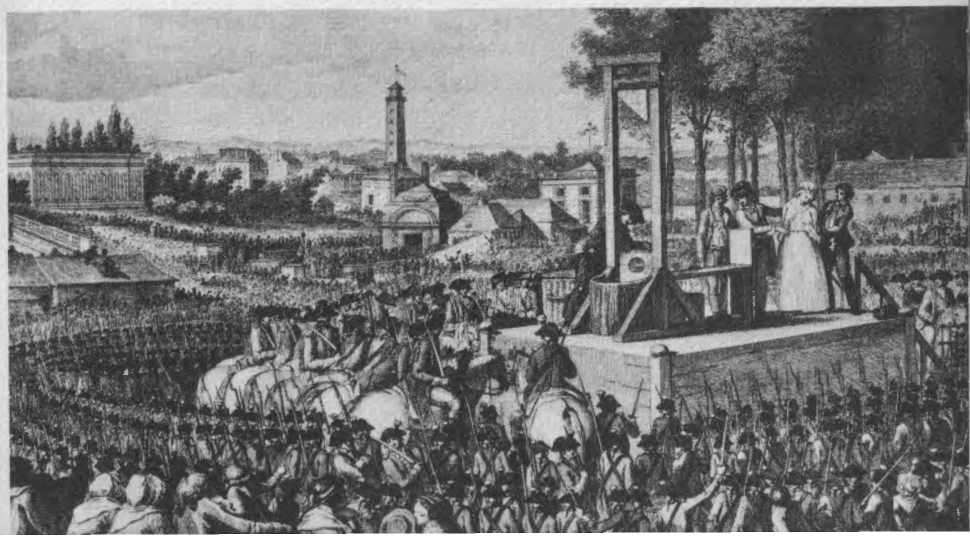


19

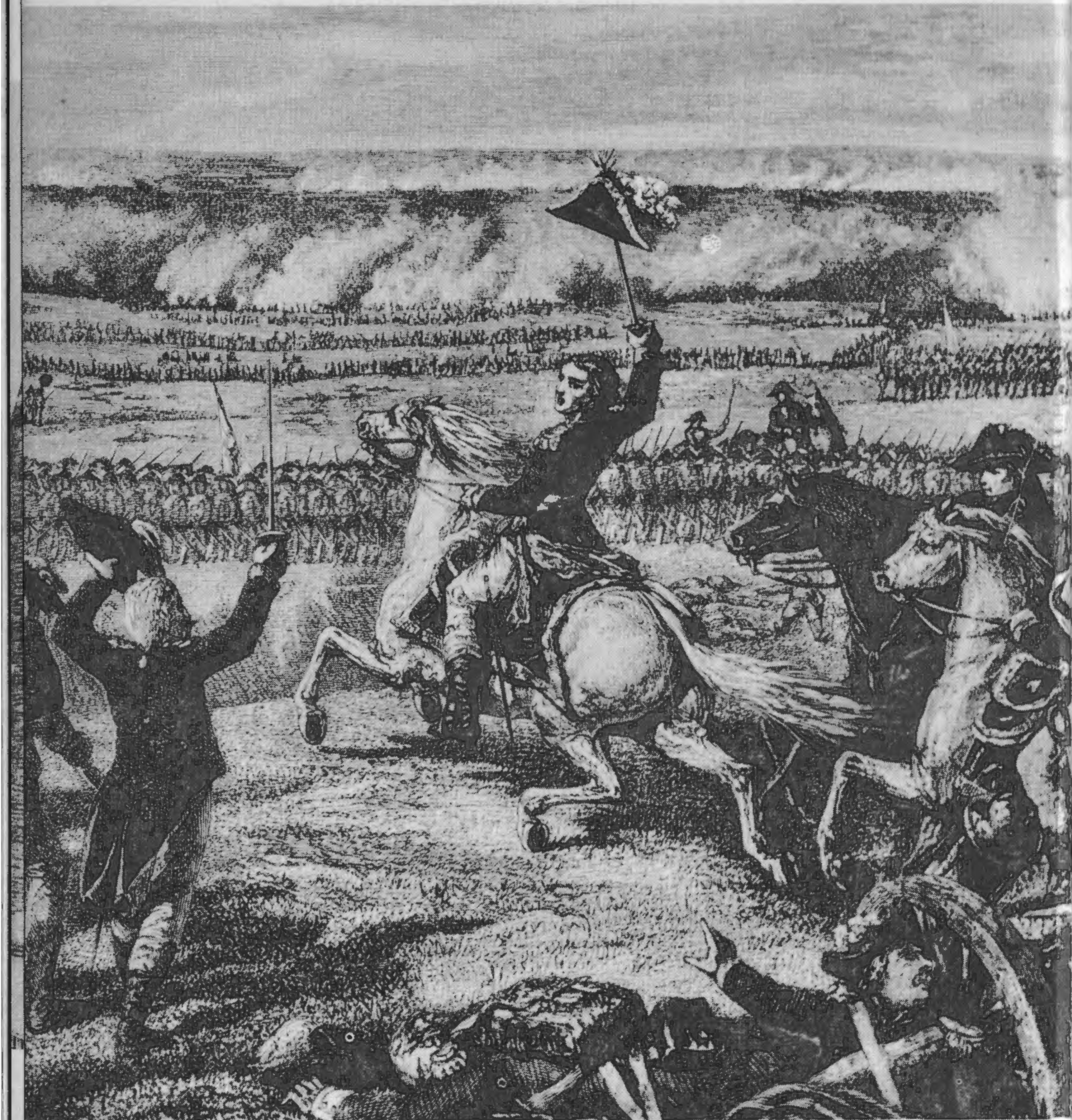


20

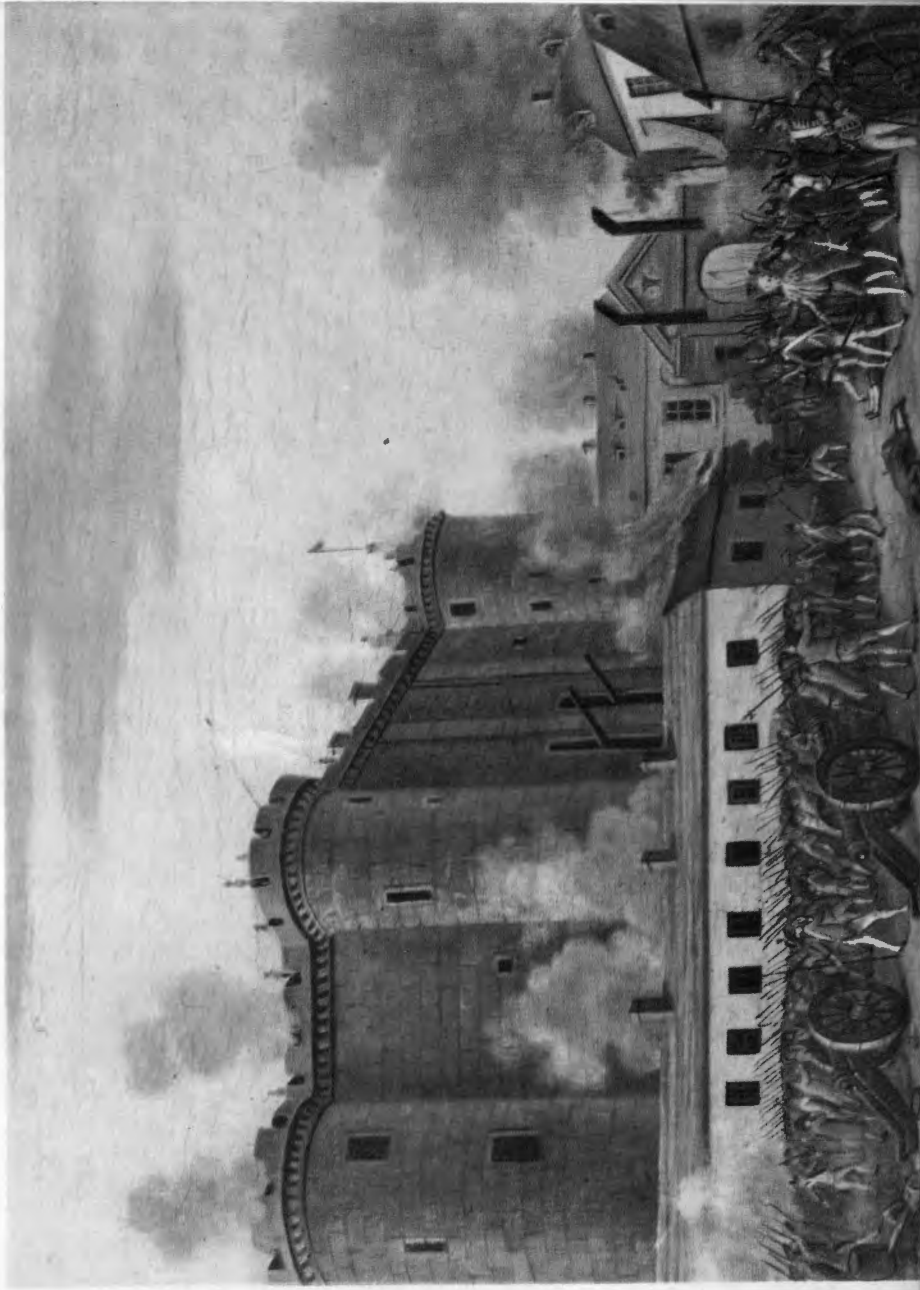
21



22



La Revolución había triunfado. Sólo faltaba ganar la guerra contra las potencias extranjeras (22). El grito de "unité, fraternité, egalité" resonaría desde entonces en la historia sin que el eco pueda todavía apagarse.



«Asalto a la Bastilla» (Escuela francesa del siglo XVIII.)



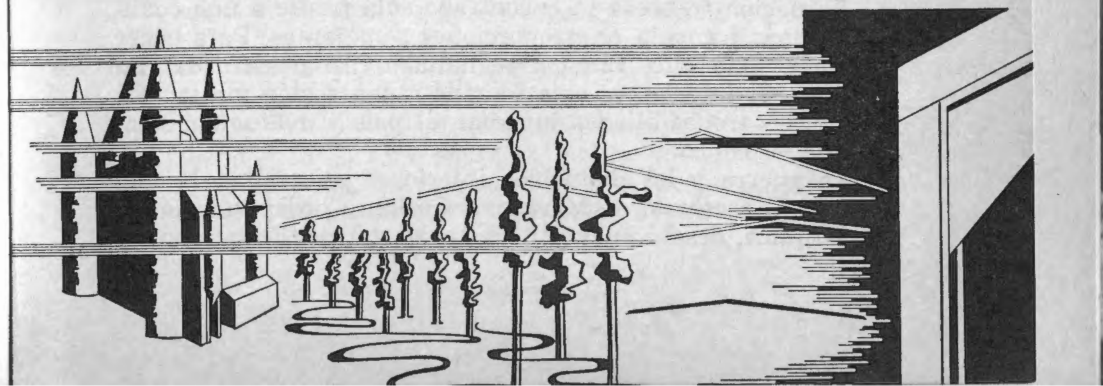
Napoleón en la batalla de Eylau, por de Groy.

efigies reales eran arrancadas por doquier y la persecución religiosa entró en una fase aguda, siendo requisados todos los objetos de culto. La resistencia que quisieron poner las provincias fue nula. La revolución callejera había derrocado al régimen legal establecido en 1789.

La Comuna se transformaría en instrumento de una minoría insurreccional con todos los poderes de un Estado. Fue una facción compuesta por los llamados «comisarios de los ejércitos», con poderes para prender a todos los sospechosos y a los miembros de las familias de los emigrados. Los derechos del hombre, que había proclamado solemnemente la Constitución en 1791, eran negados en provecho de una minoría que imponía a los franceses un régimen autoritario. La jornada del 10 de agosto de 1792, con la detención del monarca, causó profunda impresión en toda Europa, que se ponía en guardia ante los acontecimientos de la acción francesa, donde, ante ello, se reforzó el régimen dictatorial.

Las detenciones seguían en masa; en los días 30 y 31 de agosto se practicaron en París más de 3.000 en medio de escandalosos y estremecedores abusos, que hicieron que la Asamblea legislativa, con un sobresalto de energía intentara recuperar el poder, y declaró la disolución de la Comuna, que respondió reagudizando las detenciones, y otra vez la Asamblea cedió.

Al día siguiente, 2 de septiembre, se recibía la noticia de la caída de Verdun y comenzaban las elecciones de diputados para la Convención. El pueblo se lanzaba sobre las prisiones, y los detenidos, tras un simulacro de juicio eran ejecutàdos vilmente. Las matanzas se prolongaron por todo el mes de septiembre. Con la oleada de pánico la gran mayoría no votó y todos los escaños de la Convención fueron ocupados por diputados burgueses. El 20 de septiembre se reunió la Convención. Este mismo día los ejércitos prusianos eran detenidos en Valmy, lo que impuso a las potencias europeas un temor a la Revolución.



Comenzaba una nueva era para la Historia. El 21 de septiembre de 1792 la Convención hacía público un decreto según el cual aquel año sería denominado año I de la República. Los días siguientes fueron días triunfales. El ejército, victorioso sobre los austríacos, entraba en Bruselas el 14 de noviembre.

Pronto en el seno de la Convención hubo disensiones sobre cuál sería la tendencia política del nuevo régimen. Los girondinos se negaban a aceptar la Comuna de París, y los de la Montaña, así llamados porque ocupaban los escaños superiores de la sala de sesiones, dominados por Danton, Marat y Robespierre, pretendían acabar la Revolución imponiendo el despotismo de la libertad. Un tercer partido llamado *marais,* llanura, fue pronto eliminado.

Los victoriosos ejércitos republicanos envalentonaron a los montañeses, y Robespierre pidió que Luis XVI fuese condenado a muerte sin juicio. Esto no lo consiguió, pero se nombró una comisión encargada de examinar la documentación real. El proceso comenzó el 11 de diciembre. El 15 de enero se pronunció el veredicto tras una parodia de juicio. El monarca era condenado a muerte sin condiciones. El 21 de enero era ejecutado, muriendo con una entereza que ennobleció una vida. El terror de los monárquicos fue enorme y desde entonces la Revolución estuvo en manos de los partidarios de la Montaña.

Los excesos franceses provocaron una fuerte reacción antiliberal en el continente, y se organizó una poderosa propaganda antirrevolucionaria, pues se hizo comprender que la política imperialista de la República francesa amenazaba tan poderosamente el continente, como antes lo proyectara la monarquía. Estados Unidos deseaba conservar una política de neutralidad ante el conflicto que se presagiaba entre las dos potencias rivales en Europa: Inglaterra y Francia, y negó la ayuda a esta nación. Con ello Francia se veía privada de la defensa de las Antillas, punto esencial de su comercio marítimo.

La nación francesa se encontraba sola frente a una coalición jamás formada en proporciones semejantes. Para hacer frente a todo ello, Francia se hallaba casi desarmada. En plena crisis interior, se veía forzada a una acción militar. En marzo, las tropas aliadas invadían el país y avanzaban sembrando el pánico.

La guerra y los disturbios interiores reforzaban la dictadura. El asesinato de Marat por Carlota Corday, una joven monárquica, desató nuevas medidas de terror. En octubre la

reina María Antonieta fue llevada ante el tribunal revolucionario, y al cadalso el 16 del mismo mes. La ideología terrorista parecía hacerse religiosa y adquirir proporciones místicas. Fue introducido un calendario republicano y todas las ceremonias religiosas sustituidas por otras cívicas, y era impuesta una dirección económica iniciando una reforma financiera radical. La República necesitaba bases estables y comprendió que debía apoyarse sobre la pequeña propiedad. Se votaron leyes para la partición de herencias y bienes comunales; se confiscaron los bienes de los condenados y emigrados; la crisis financiera parecía estar en vías de solución.

Los aliados no supieron sacar partido de la crisis interior francesa en camino de solución. El 26 de junio de 1794 los ejércitos franceses franquearon la frontera belga y la victoria de Fleurus condujo a una nueva ocupación de Bélgica.

La coalición europea dejaba de ser una amenaza y la República acentuó el terror y encaminóse hacia la dictadura personal: Robespierre asumía el mando; no quería más intervenciones del pueblo; envió a Danton y a sus amigos a la guillotina, y no dudó en disolver las secciones de París y cerrar todas las asociaciones.

El advenimiento de la dictadura de Robespierre abrió el período más sanguinario de la historia de Francia. El cadalso tenía cada día nuevas víctimas sin posible oposición. Pero comprendió que si quería entrar en una fase constructiva debía estabilizar la nación; así se convirtió en ardiente defensor de la pequeña propiedad, para que los más indigentes se adhiriesen al partido. Se presentó a la igualdad como suprema expresión del bien, y Robespierre emprendió la tarea de hacer la felicidad del pueblo francés. De este modo el terror iba a ser un instrumento de una moral social.

El régimen que pretendía el advenimiento de la igualdad, era incompatible con la libertad individual y con la educación familiar. El Estado iba a ser el dueño de las personas y de los bienes, e iba a sustituir a la familia en la educación. A la edad de 5 años los niños serían separados de sus padres y educados con dureza... La dictadura de Robespierre parecía eliminar de Francia la condición humana, que hizo posible la revolución liberal de 1789.

La dictadura de Robespierre, aun siendo de terror, pretendía que fuera *virtuosa* y en manos de esa virtud, no de un lucro personal, iba a derrumbar, en su propio partido, a los que hasta entonces habían sido su mejor apoyo y con los que debía compartir el poder.

Francia había aceptado la Dictadura ante la amenaza de la invasión, y seguidamente se dejó dominar por el terror; mas eliminado el peligro de la coalición europea, la situación iba a hacerse crítica para Robespierre. Obtuvo de la Convención carta blanca para poder eliminar a cualquier diputado. Craso error, porque al estar todos los miembros amenazados por igual, respondieron formando bloque contra él. El 27 de junio la Convención ordenó su detención y la de sus principales colaboradores: su hermano Robespierre el Joven, Saint-Just, Conthon y Lebas. Viéndose perdido el dictador quiso suicidarse, pero solamenete se fracturó la mandíbula de un disparo.

La Dictadura era derribada en el momento en que las fuerzas de la República dispersaban a los aliados. Cesaba el régimen de terror que había provocado más de 300.000 detenciones; guillotinado, sólo en París a más de 2.627 personas y condenado en provincias a más de 300.000 franceses.

La Convención, después de la caída de Robespierre, como no era posible la restitución de la monarquía, concibió las bases para una república constitucional. Al volver al poder la Convención llamó de nuevo a su seno a los girondinos y expulsó a los robespierristas de todas las organizaciones; libertó a los sospechosos encarcelados y envió a la guillotina a los principales responsables del terror. Al mismo tiempo abolió el derecho de requisas, puso fin a la persecución religiosa y devolvió la libertad de cultos.

La vuelta al liberalismo debía encontrar grandes obstáculos, pues en seguida el país fue presa de la anarquía e hizo su aparición el alza de precios; pero la Convención pudo restablecer el orden a base de un terror blanco que calmó las ciudades del Mediodía y envió a muchos terroristas al cadalso. Cuando el conde de Provenza, en el destierro, se proclamaba soberano de Francia con el nombre de Luis XVIII, la Convención ya había restablecido el orden y vencido la oposición de monárquicos y jacobinos.

La política de la Convención veíase reforzada por la victoria de sus ejércitos. En enero de 1795 la coalición estaba deshecha y los ejércitos republicanos ocupaban Holanda.

Prusia y Rusia, atraídas por sus miras imperialistas, triunfaban en Polonia y abrían negociaciones para un tercer reparto de Polonia. Prusia, que temía que Austria y Rusia llegaran a un acuerdo respecto a Polonia, entabló conversaciones con Francia con la que firmó el Tratado de Basilea (5 de abril de 1795), por el que Prusia, abandonando a los aliados cedía a Francia toda la orilla izquierda del Rin.

La deserción de Prusia de la coalición dejaba a las Provincias Unidas sin defensa y a merced de la República francesa. En el mes de marzo se firmó el Tratado de La Haya, por el que Holanda se ligaba a Francia en una política ofensiva y defensiva, y le cedía los territorios de la orilla izquierda del Rin.

Al mismo tiempo la Convención iniciaba conversaciones con España, a base de ofrecer el abandono de las conquistas francesas de Luisiana que se aceptó en el Tratado de Basilea, 22 de julio de 1795.

Así los hechos, parece que el resultado de las guerras de la Revolución fue llevar a Francia a la culminación de la política imperialista que Luis XIV no había cesado de perseguir: anexionarse Bélgica, llevar la frontera al Rin y obtener el protectorado sobre Holanda. Sin embargo, la República había vencido a la Europa occidental; pero Inglaterra se señoreaba en los mares y quedaba preparándose para una larga lucha.

1791

Apogeo de la China manchú. La dinastía manchú, que se había entronizado en China, no había de limitar sus dominios a los de los Ming, sino que prosiguió las conquistas y en especial durante los reinados de Kang-Si (1662-1722) y de Kien-Long (1735-1796).

La primera expedición de Kang-Si se dirigió al reino de Formosa; desde allí, hacia el Norte, ya que los rusos habían llegado hasta el Amur, donde habían alzado el fuerte Albazín. El ejército chino, que poseía más de 150 piezas de artillería y 15.000 hombres, arrasó Albazín y llevó su población a Pekín donde constituyó la colonia rusa que se mantuvo desde entonces. La paz de Nertchinsk reguló las relaciones pacíficas entre los dos Estados, y desde entonces las caravanas circularon libremente a través de Mongolia con las máximas garantías de seguridad.



Logradas las relaciones pacíficas con Moscú, Kang-Si hubo de intervenir en Mongolia, dividida entonces en dos grupos de tribus: los mongoles orientales o Kalkas, y los mongoles occidentales o Kalmucos. En 1676 un monje tibetano, Goldán, emprendió la conquista de Mongolia, sometiendo a los Kalkas. Éstos al ser vencidos, pidieron ayuda a Kang-Si, que les envió un ejército provisto de potente artillería que les permitió la victoria. Kang-Si dio a Mongolia un estatuto, cuya base esencial fue las amistosas relaciones del manchú y el mongol y que estaba llamado a subsistir hasta 1912.

Unos años más tarde el sucesor de Goldán quiso hallar su desquite en el Tíbet y entrando en Lassa, pasó a cuchillo a toda la población partidaria de los chinos. A consecuencia de ello China puso en Lassa un dalai-lama (1720) custodiado por dos residentes chinos, de Pekín. El territorio del Tíbet, pasaba así a depender de la soberanía del Celeste Imperio.

Tras el breve reinado de Yong-Cheng ascendió al trono Kien-Long, el más grande de los emperadores manchúes. La dinastía durante su reinado alcanzó el máximo apogeo; la nación contaba con más de 140 millones de habitantes y los recursos del Estado, producto de las rentas, eran fabulosos.

El programa de conquistas iniciado por Kang-Si fue ampliamente desarrollado por Kien-Long. En el Tíbet el partido zungar, contrario al dominio chino, fomentó una rebelión en la que perdieron la vida los residentes chinos, y Kien-Long envió a Lassa un ejército de ocupación. A partir de entonces los dos residentes tuvieron poder político y al dalai-lama se le concedía el título de rey. Tales acontecimientos indujeron a Kien-Long a emprender una definitiva campaña contra Zungaria, y las anexiones que de esta región se hizo China en 1757 significaron su fin. El pueblo zungar se exterminó con la muerte de más de 600.000 personas, y se repobló con emigrantes especialmente musulmanes del Turquestán chino.

Todo el Turquestán oriental quedó englobado en China en 1759. A Siam y Anam les fue impuesto el protectorado chino y los Kanes de las llanuras asganas, así como los emires de Kabul y Bujara, se vieron obligados a acatar la soberanía de Kien-Long. Éste, en 1791, ocupó el Nepal, que hubo de someterse a la soberanía de Pekín. Con tales conquistas la China de Kien-Long adquirió la grandeza de la de los Han y Tang dominando toda el Asia central y oriental.

Al auge político de China bajo los manchúes corresponde un espléndido renacimiento artístico. Las artes menores alcanzaron tal brillantez que nunca han sido superadas; fue también la época del gran urbanismo y de la arquitectura de jardín; se reedificó la ciudad imperial, en el centro mismo de Pekín, incendiada durante el derrocamiento de los Ming en 1644. Al sur de Pekín se restauró el Altar del Cielo, donde todos los años el emperador imploraba se renovase su misión de gobernar el imperio. Al noroeste de la capital se edificó el Palacio de Verano, cuya decoración encargó Kien-Long a los misioneros Castiglione y Attivet.

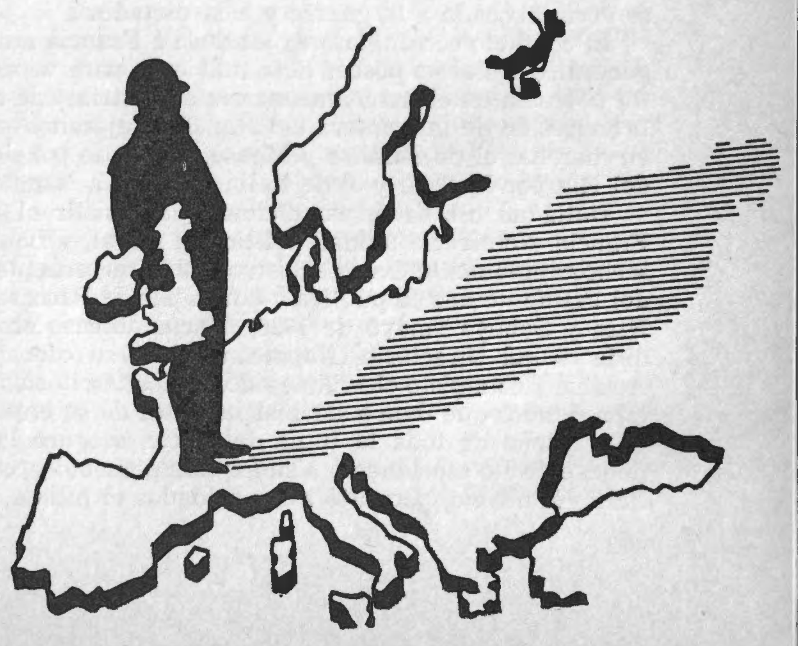
La industria de la porcelana llegó a su punto álgido. Se fabricaba en hornos del Estado bajo estricta vigilancia, de

tal manera que su técnica podía competir con la producida en la época de los Ming, si bien no en originalidad. Fue la época de la «familia verde» y la «familia rosa», que causó tanta admiración en Europa; pero esta prosperidad fue seguida de una pronta decadencia producida por el enorme mercado que Europa abrió a la porcelana china.

1804

Imperio autoritario de Napoleón Bonaparte. Victoriosa la nación francesa sobre las potencias europeas, como lo demostraban los tratados de Basilea y de La Haya, la Convención otorgaba a Francia el 22 de agosto de 1795 una nueva Constitución que le convertía en una república constitucional.

La nueva Constitución semejaba en muchos puntos la de 1791; ampliamente democrática, confió el poder legislativo a dos cámaras procedentes de elección: el Consejo de los Quinientos y el Consejo de los Ancianos. El poder ejecutivo estaba en manos de cinco directores elegidos para un período de cinco años, pero cada año debía ser sustituido uno de ellos. Este Directorio nombraba seis ministros y supervisaba la administración y la justicia. La nueva Constitución autorizaba la libertad de pensamiento, prensa y culto. La Iglesia se mantendría separada del Estado aboliendo la Constitución Civil del Clero. Fue creada con la idea de dar al país el orden y la libertad, que le pusieran al abrigo de la dictadura y el estatismo, y fue aprobada por 914.000 votos contra 42.000.



El nuevo régimen debía hacer frente a dificultades considerables, pues recibía el poder en condiciones particularmente difíciles. Francia estaba al borde de la bancarrota, y la miseria engendraba el bandidaje. El Directorio hubo de buscar recursos en las potencias adineradas y emitió un empréstito forzoso de 1.000 millones, que afectó a los ciudadanos al gravarse el capital con excepcionales contribuciones.

El desorden económico favorecía los disturbios, y los anarquistas emprendían de nuevo la propaganda y estallaban sucesivos motines. La inestabilidad social favorecía también la propaganda monárquica, y los emigrados regresaban en masa. El Directorio, para apaciguar los ánimos y sostener la tambaleante República, hubo de dejar reconstruir las sociedades populares con lo que se volvía al punto de partida.

Pretender el liberalismo, lograr una vida económica saneada sin una paz interior era buscar un imposible, y aquélla no podía lograrse sin restablecer con Inglaterra relaciones amistosas. Si el Directorio hubiera accedido a los deseos de Inglaterra, de que se evacuara la ocupación de Bélgica, en Francia habría reinado la paz, pero la nación no era tan fuerte para prescindir de la explotación de aquellos terrenos. Las relaciones con Inglaterra quedaron interrumpidas y se volvió a la guerra. Esto motivó el hundimiento de la República, pues pretender un Estado liberal con política imperialista era una contradicción. Debía organizarse según los principios de la Constitución de 1789, abandonando sus conquistas o Francia se vería abocada a la guerra y a la dictadura.

El conflicto con Inglaterra lanzaría a Francia a una guerra general, pues al no poseer flota suficiente para vencer a aquella potencia en el mar, amenazaría a Austria y le arrancaría la concesión de la frontera del Rin. Tres ejércitos se pusieron en marcha: el de Sambre y Meuse, mandado por Jourdan; el del Rin por Moreau y el de Italia confiado a Napoleón.

Italia no estaba en condiciones de resistir el ataque de Francia. No ofrecía unidad política ni moral, y Bonaparte cosechó rápidamente éxitos decisivos. El Directorio planeó hacer del Piamonte una República y por la paz de París se anexionó Niza y Saboya (mayo de 1796). Haciendo caso omiso de las órdenes del Directorio, Napoleón siguió su ofensiva contra Austria y conquistó el Milanesado. En los territorios invadidos creó estados que iban a ser instrumentos de su ambición política. Dueño de toda la Italia del norte, aseguró la fidelidad de su ejército asociándolo a su fortuna personal y, como había hecho él mismo, permitió a sus soldados el pillaje.

Austria parecía el enemigo más difícil de vencer a la Francia del Directorio. Se enviaron 30.000 hombres de refuerzo al ejército de Italia para que Bonaparte partiendo de ésta la atacara, al tiempo que los ejércitos del Rin, Sambre y Meuse lo harían a través de Alemania.

Estas decisiones no fueron aceptadas por Napoleón que tomó la delantera y derrotó a los ejércitos del archiduque Carlos, y sin esperar al negociador enviado por el Directorio impuso a Austria las condiciones de paz por las capitulaciones de Leober, que firmó el mismo día (18 de abril de 1797), y que obligaban a Austria a abandonar en provecho de Francia, los territorios de Bélgica y Lombardía. A partir de aquel momento Bonaparte podía hablar de poder a poder con el gobierno de la República francesa, que si bien disponía de todos los poderes legales, no estaba apoyado por el ejército victorioso de que disponía Napoleón. Esta condición fue la que impulsó al Directorio a aceptar su tutela.

Por la paz de Campoformio (17 de octubre, 1797), Austria cedía Bélgica y Lombardía, y en cláusulas secretas reconoció los derechos de Francia en la orilla izquierda del Rin hasta el río Netze y la obra de Bonaparte en Italia: creación de las repúblicas Ligur (Génova) y Cisalpina (Lombardía, Módena, y los territorios pontificios de Bolonia y las Marcas; en compensación recibía Venecia con sus posesiones, excepto las islas Jónicas.

Inglaterra era la única potencia europea que no quería pactar con el Directorio. El gobierno de Pitt era completamente intransigente. Napoleón, para perjudicar la economía inglesa en el Próximo Oriente, planeó una expedición a Egipto. El Directorio aprobó sus planes, no porque confiara en sus resultados, sino por el temor al victorioso general.

La expedición partió el 19 de marzo de 1798 de Tolón, conquistó Malta y el 1 de julio desembarcó en Alejandría. La batalla de las Pirámides significó el dominio de Egipto por Napoleón; pero su éxito se vio oscurecido por la destrucción de la escuadra francesa en Abukir (agosto de 1797), conseguida por el inglés Nelson. Turquía declaró la guerra a Napoleón. A pesar de que dominara un desembarco turco en Abukir, la situación de Napoleón en Egipto era crítica, y acosado también por la situación del Directorio, regresó a la patria confiando el ejército al general Kleber, que en 1801 capituló frente a los ingleses.

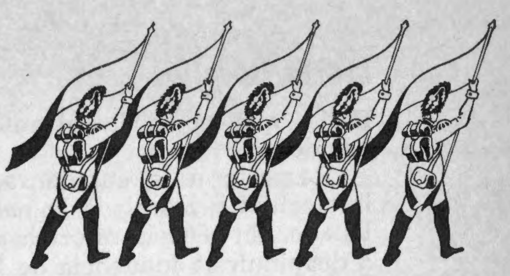
La política del Directorio había levantado contra Francia una segunda coalición europea. España por el Tratado de San

Ildefonso (agosto, 1796), luchó al lado de Francia, a pesar de las derrotas que iba infligiéndole Inglaterra en los mares y en las colonias. La lucha se desarrolló sobre todo en Lombardía y Suiza. Los franceses sufrieron reveses en el Milanesado y en Zurich, en el Rin y en Holanda; pero a pesar de todo, la campaña de 1799 permitió conservar el reducto de Suiza, desde donde Bonaparte iniciaría la contraofensiva en 1800.

Victorioso, Napoleón empezó a preparar con Sieyes, uno de los directores, un plan para derrocar al régimen directorial. El 18 de Brumario (9-10 de noviembre de 1799) el cuerpo legislativo entregó el mando de las tropas de París a Napoleón, y al día siguiente los Consejos fueron disueltos, mientras las tropas prestaban incondicional apoyo al general. Consecuencia del golpe de estado fue entregar el poder a tres cónsules: Bonaparte, Emmanuel Sieyes y Roger Ducos; pero el primero se impuso como dictador indiscutible, restaurador de la paz, el orden y la reconciliación nacional. Sin embargo el Directorio, a pesar de las dificultades que le habían legado los regímenes anteriores, aparecería más tarde como una obra constructiva que devolvió a Francia la estabilidad económica, a base de una conquista de mercados en el continente, y después de los períodos turbulentos y anárquicos representó el intento de una organización estable. Pero, a pesar de las excelentes reformas interiores, el Directorio era ya impopular por incapaz de dar estabilidad a la República y por su fracaso de volver a un régimen liberal.

Napoleón en el mismo 18 Brumario prestó juramento ante los Ancianos, y en las Tullerías pasó una revista espectacular en la que se hizo aclamar, reclamando una república asentada sobre unas bases de legalidad, moral, libertad civil y tolerancia política, discurso demagógico que fue acogido con gran entusiasmo.

El régimen del Consulado, instaurado por el golpe de estado del 18 Brumario, estableció la transición entre el régimen representativo y el autoritario. Quedaba por restablecer el orden y organizar la libertad. Bonaparte, dueño del poder, no limitó sus miras al interior de Francia, sino que intuyó la constitución de un vasto imperio, cuyo eje fuera el Mediterráneo y Francia no era más que el medio financiero y militar que iba a hacer posibles sus aspiraciones. Con el fin de preparar el poder imperial a que tendía, Bonaparte adoptó el principio de la monarquía absoluta, es decir, el de que el poder viene de arriba.



Estableció que la autoridad, perteneciente a tres cónsules, era sólo atribución del primero de ellos, en este caso él mismo. Los otros dos no toman parte en las decisiones del primer cónsul, su función es meramente consultiva. El poder ejecutivo era ejercido por ministros nombrados por el primer cónsul. Se abandonó el principio electivo; en adelante los nombramientos los haría el primer cónsul y el Senado.

El poder legislativo recayó en un Senado compuesto de 80 miembros mayores de 40 años, inamovibles. Un Tribunado compuesto por más de 100 miembros, nombrados por el Senado, es el encargado de discutir las leyes que, por mediación del Consejo de Estado, propone al gobierno.

La labor de Bonaparte para preparar su poder personal fue la supresión del régimen de partidos. El nombramiento de ministros y de los miembros del Consejo de Estado recaía en hombres escogidos en razón de la fidelidad que demostraban al primer Cónsul. De todos modos la innovación principal consistió en la restauración del poder ejecutivo y en el abandono del principio de elección. En materia judicial, los miembros del tribunal de apelación dejaron de ser elegidos, para ser nombrados en lo sucesivo por el primer cónsul.

En materia financiera prosiguió las reformas que había comenzado el Directorio, centralizando la percepción de impuestos; pero en materia monetaria abandonó todo dirigismo y en 1800 el Tesoro de Francia fue confiado a una asociación de banqueros, que, bajo el nombre de Banco de Francia fortalecieron la situación monetaria. A partir de 1803 el Banco de Francia obtuvo el privilegio exclusivo de emitir papel moneda. Resultado de esta política fue el aumento inmediato de la riqueza económica, el resurgimiento de la Hacienda Pública y, en suma, la potencia política, apoyada siempre en la económica.

En materia religiosa, Bonaparte no era creyente, pero la experiencia de la Revolución le había enseñado que era difícil conseguir un régimen estable, en un país católico, declarándose enemigo abierto de la Iglesia. Napoleón lejos de caer en este error, y de iniciar la lucha contra la Iglesia, la hizo su aliada. En 1801 fue firmado un concordato entre Roma y

París, que ponía fin al antagonismo entre la Iglesia y el Estado.

Respecto a la enseñanza, fundamento de la formación intelectual y moral de la nación, reservó la mayor parte al Estado. En 1802 la reforma de la enseñanza estuvo dirigida a disminuir la influencia de la Iglesia y a impulsar la enseñanza privada. Se dictaron programas unificados para toda la nación, rigurosamente ordenados según una ideología política que uniera estrechamente el país con el gobierno.

Quedaba pendiente de solución la guerra exterior de Francia contra Inglaterra y Austria. Napoleón, en una decisión extraordinaria cruzó los Alpes y derrotó al general Melas en la acción de Marengo, triunfo redondeado por la victoria de Moreau en Hohenlinden. Viena pidió la paz, que se firmó en Luneville, 9 de febrero de 1801, y por la que se reconocía la hegemonía francesa en Italia y la cesión de la orilla izquierda del Rin. La derrota de Austria indujo al gabinete británico a pedir la paz, y Pitt dimitió. Las negociaciones llevaron al Tratado de Amiens (1802), por lo que España perdía la Trinidad y Holanda, Ceilán; Turquía quedaba para Turquía y Malta era devuelta a los Caballeros de San Juan. Era una paz ficticia, pero que restablecía la tranquilidad en Europa.

Para culminación de su poder personal, Napoleón fue elevado a la categoría de emperador de Francia el 18 de mayo de 1804. En aparatosa ceremonia fue consagrado por el papa Pío VII. Así el humilde alumno de la escuela militar de Brienne llegaba al cénit del triunfo, por el desarrollo inaudito de sus cualidades humanas, pues genio de la guerra, fue aun no menos eminente político; sus dotes de observación, penetración y asimilación, unidas a su gran capacidad intelectual e imaginativa, dieron por resultado un cerebro organizado con absoluto rigor, capaz de concepciones racionales, precisas y decisivas. Si bien en lo personal no tuvo trabas morales, pues para él la religión, la patria, la piedad, el gusto científico y el artístico, eran simples fórmulas para jugar a la comedia humana, no puede negarse que deseó dar a Francia la hegemonía mundial y procuró dar al pueblo francés el orden y la gloria.

El Imperio fue una monarquía hereditaria que recordó el Antiguo Régimen, aunque adaptado a las nuevas circunstancias. El cuadro gubernamental permaneció prácticamente intacto; las transformaciones más profundas fueron en el campo de lo social. La sociedad se estructuró de nuevo en

sentido jerárquico y en la corte volvió a reinar la etiqueta más severa.

Napoleón, como siguiendo la trayectoria de todo proceso revolucionario, que tiende a trascender su nación, quería extender sus dominios y propaganda en Europa. Ésta se resistió con todas sus fuerzas, porque significaba la destrucción de las fuerzas esenciales y tradicionales de los países. Reaccionó Rusia, Alemania, Italia y España. La violencia, que fue el arma esgrimida para sus ambiciones imperialistas, y que le indujo a despreciar toda diplomacia y consideración al confiar ciegamente en su ejército victorioso, fue el arma que debilitó su política.

Entre los adversarios más tenaces de Napoleón se contaba Inglaterra. El Tratado de Amiens no pudo aplicarse. Inglaterra dilataba la restitución de Malta a los Caballeros de San Juan, y de Egipto a Turquía; Francia, por su parte, tampoco evacuaba Holanda. La guerra entre los dos países estalló en marzó de 1803. Napoleón quería invadir la isla. Pero la escuadra franco-española, al mando de Villeneuve fue incapaz de burlar la vigilancia que del Canal de la Mancha hacía el almirante Nelson. Mientras tanto Pitt trabajaba para lograr una nueva coalición contra Francia. Alejandro I acogió la iniciativa, y en Viena triunfó el partido de la guerra, cuando Napoleón se hizo coronar emperador. La coalición contra Francia quedaba constituida en 1805.

Para vencer al enemigo antes de que concentrase sus esfuerzos, Napoleón lanzó sobre Austria la *Grande Armée*. Las tropas napoleónicas ocuparon Viena y luego se dirigieron hacia Bohemia, donde se habían reunido los ejércitos de Alejandro I y Francisco II. En Austerlitz (2 de diciembre), logró uno de los triunfos más perfectos de su carrera militar. Rusia pidió un armisticio y Prusia vacilante aceptó la actuación de Napoleón en el Reich, perdiendo toda su influencia en Italia y Alemania.

El gobierno de España seguía manteniendo sus relaciones de cordialidad con Francia, y desde que Bonaparte tuvo en sus manos el poder estrecháronse más los lazos que unían la amistad española para luchar contra Inglaterra en el mar. Cuando de nuevo estallaron las hostilidades en 1803, Napoleón comprendió que para el bloqueo continental en el occidente, era preciso aislar a Portugal, aliada incondicional de Inglaterra; pero para ello era preciso que las tropas francesas cruzaran España, lo que fue concedido por el gobierno español, cegado por un quimérico reparto de Portugal. Poco más

tarde las tropas francesas atravesaban España y entraban en Lisboa (30 de noviembre de 1807). Estaba dado el primer paso para dominar también a España. Para ello tuvo Napoleón un magnífico pretexto. El 18 de marzo de 1808 estalló un motín en Aranjuez para destituir al valido Godoy, y su caída provocó la renuncia de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII, eje y centro de los conspiradores. Napoleón se trasladó a Bayona, donde estaban los dos monarcas y obtuvo su renuncia al trono en favor del hermano del monarca francés, José, ya rey de Nápoles.

El pueblo español reaccionó vivamente contra estas decisiones que sacrificaban sus ideales tradicionales y surgieron movimientos de protesta primero en Madrid (2 de mayo de 1808), y luego en las regiones de la periferia. Se improvisaron fondos y ejércitos, y al eco del fervor patriótico se ganó la batalla de Bailén (19 de julio), primera derrota de Napoleón en Europa, a consecuencia de la cual hubo de retirar los ejércitos hacia Navarra, mientras los ingleses ya desembarcaban en Portugal.

Napoleón al frente de la *Grande Armée* tomó entonces la dirección de la guerra en España y reconquistó Madrid; pero hubo de abandonar rápidamente la nación española para hacer frente de nuevo a Austria, pues Inglaterra había logrado de nuevo una coalición europea.

La gente sencilla luchaba en España en una heroica guerra de guerrillas contra el ejército más poderoso de Europa, que se veía impotente en aquellas circunstancias. Por esto la victoria se escapaba de las manos de Napoleón, porque no tenía que hacer frente a un ejército, sino a un alzamiento nacional, imposible de ser sofocado. El ejemplo de España cundió por toda Europa, que se dispuso a luchar contra el victorioso emperador.

Un nuevo conflicto con el Papa contribuyó a minar la política napoleónica. En mayo de 1809 Bonaparte incorporaba los estados pontificios al Imperio francés, y Pio VII respondió excomulgando a Napoleón. Los franceses se apoderaron de Su Santidad y lo arrestaron en Savoya, y muchos cardenales fueron deportados a París. Esta acción restó mucho prestigio a Napoleón, en Italia y en toda la cristiandad. El Sumo Pontífice no cedía y seguía oponiéndose al despotismo de Napoleón ya en su cautiverio de Savoya o en Fontainebleau, a donde fue trasladado en 1812 por orden de Bonaparte.

Los franceses querían y admiraban al emperador, pero poco a poco fueron surgiendo elementos de descomposición.

Los campesinos y la burguesía estaban descontentos, y la nobleza también se quejaba de la distinción aristocrática de que eran objeto los del Antiguo Régimen. El ejército estaba cansado y el imperio era ya un conglomerado demasiado diverso de naciones sin espíritu patriótico ni nacional y sin una evolución política clara, aunque mantenido por las victorias. A partir de este momento la brillante estrella de Napoleón empieza a declinar.

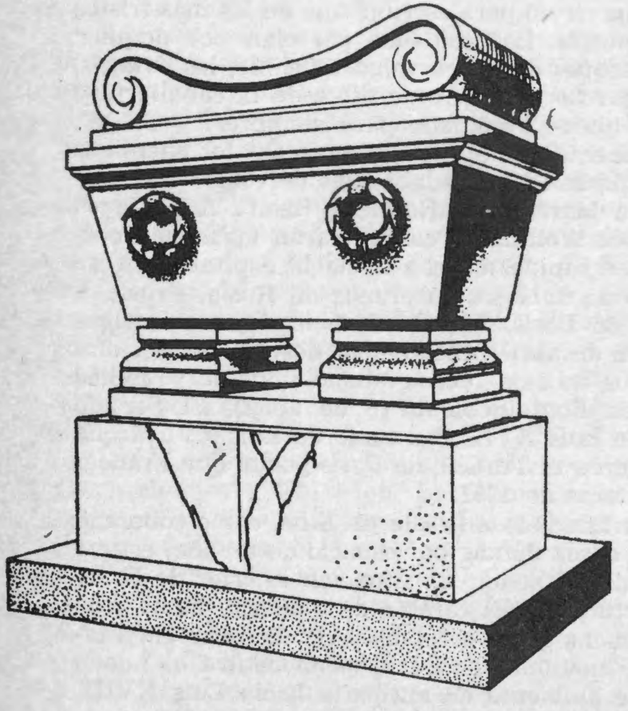
El 31 de diciembre de 1810 Rusia abrió sus puertos al gobierno inglés, y Napoleón preparó sus ejércitos para vencer al gran coloso en su propio terreno; entrando victorioso en la ciudad santa de Moscú el 15 de septiembre de 1812. Los rusos usaron su táctica favorita de repliegue, dejando tras ellos el campo raso. El emperador se hallaba en el Kremlin ante una ciudad desierta y abrasada por las llamas. Nadie había para pactar con él y el invierno se le venía encima, hallándose en medio de un país desierto, sin víveres y expuesto a los rigores de un clima glacial. El corso decidió la retirada, acción que sirvió para escribir una de las más tristes páginas de la historia. Los soldados perecían por doquier expuestos a los ataques de un enemigo invisible, los cosacos, y víctimas del riguroso clima. Se perdió toda la caballería y su gloria militar quedó arruinada para siempre.

Este fue el momento que aprovecharon todos los enemigos de Napoleón, al que se le acumulaban las derrotas: los Arapiles, Leipzig, San Marcial, La Rothière, Laon... Los aliados bajo la dirección de Wellington concentraron todas sus fuerzas y avanzaron en rápida marcha hacia la capital francesa y el 31 de marzo de 1814 los soberanos de Rusia, Prusia y Austria entraron en París. Sucediéronse manejos e intrigas y Talleyrand en 2 de abril proclamó la destitución del emperador. Todos sus adictos fueron abandonándole y abdicó sin condiciones en Fontainebleau (6 de abril). El Senado ofreció la corona a Luis XVIII, hermano de Luis XVI al que los aliados impusieron el Tratado de París por el que Francia volvía a sus fronteras de 1792.

Napoleón fue trasladado a la isla de Elba, como soberano de su territorio y desde donde, por espacio de un año, estuvo meditando su vuelta al poder. La situación interior de Francia le dio la oportunidad. El cambio de gobierno había sido tan brusco, que mucha gente recelaba y por doquier empezaron a provocarse movimientos de protesta contra el nuevo monarca. Con este ambiente de antipatía hacia Luis XVIII, Napoleón desembarcó en Francia el 1 de marzo de 1815, y poco

después entraba triunfalmente en la capital del imperio (19 de marzo), para iniciar la etapa denominada de los Cien Días.

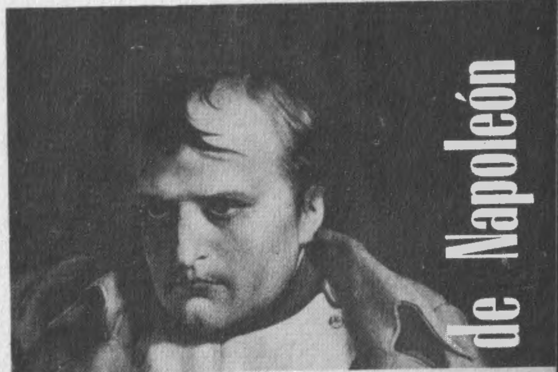
Las potencias europeas, recelosas, no hicieron caso de las promesas de paz de Napoleón, y las fuerzas de Austria, Prusia y Rusia fueron movilizadas. De nuevo las energías de Napoleón se concentraron en la preparación de un ejército. Una vez conseguido partió hacia Bélgica, donde sufrió la derrota más completa de su carrera militar (Waterloo, 18 de junio de 1815). Esta batalla abatió para siempre la hegemonía militar de Francia en Europa y la preponderancia de Napoleón, quien sin fuerza moral abdicó el 22 de junio. Poco después se entregaba a los ingleses, que le condujeron a la isla de Santa Elena, donde murió en 1821, dejando el recuerdo de su poderosísima personalidad y fuerza vital.





1

2



Imperio de Napoleón

Así empezó el desastre (1), fatal y trágico, de este hombre (2)

de quien puede ser que sólo queden pequeños recuerdos (3) personales, pero de cuyo nombre está llena la historia.

3



Se llamaba Napoleón Bonaparte (4). Nacido en humilde cuna, fue alumno del colegio de Brienne, recorrió victorioso toda Europa y llegó a Emperador (5).



4

5





6

Si miró impasible cómo la chusma destrozaba los últimos despojos de la monarquía (6), fue por poder labrarse un trono para sí. Y lo logró gracias a su férrea voluntad y a su talento militar (7) y político.



7



Napoléon par la grâce de Dieu et les constitutions de la République, Empereur des Français, à tous présents et à venir, Salut.

Extrait des registres du Sénat conservateur du 28 Floréal an 12 de la République.

Décrète

8

De esta forma, cuando el Senado le nombró Emperador (8), él ya había escalado las cumbres de la fama y de la gloria (9).



8



10



11



12

Aires de imperio soplaban por toda Francia entre las banderas victoriosas de Jena (10) y de Friedland (11), de Eylau (12) y de Ratisbona (13). Las águilas imperiales empezaban a tender su vuelo por los anchos espacios de Europa, desde los Pirineos (14) a Tilsit (15), desde España a Rusia.



13



14

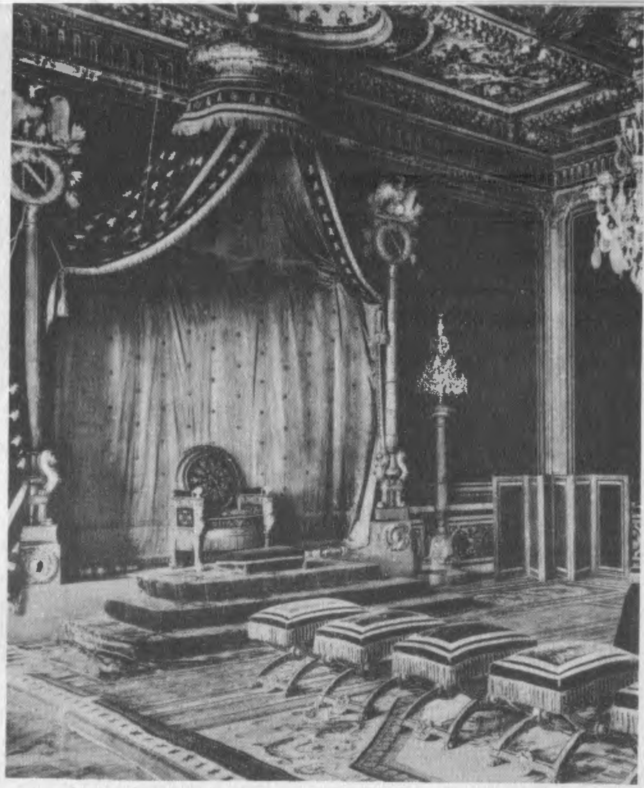


15

En los ricos palacios (16), eclipsando la gloria de los Luises y Enriques, las águilas del Imperio ponían un sello de grandeza en el que la flor de lis poco significaba ante el emblema napoleónico (17).



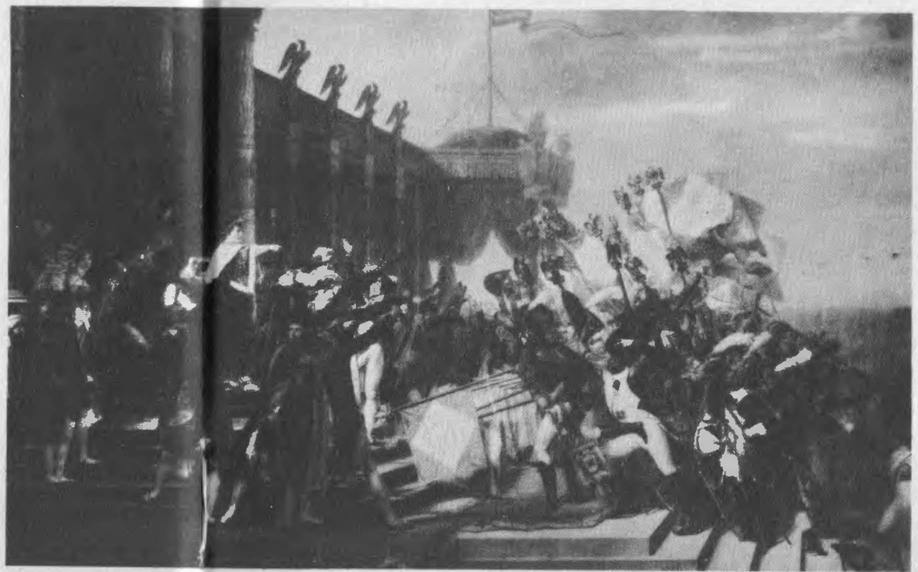
16



17



18



19

La corte se revistió de fastuosa elegancia (18) y nuevos aristócratas. Una fiebre de guerra y de victoria (19) enervaba los ánimos y embriagaba las mentes.

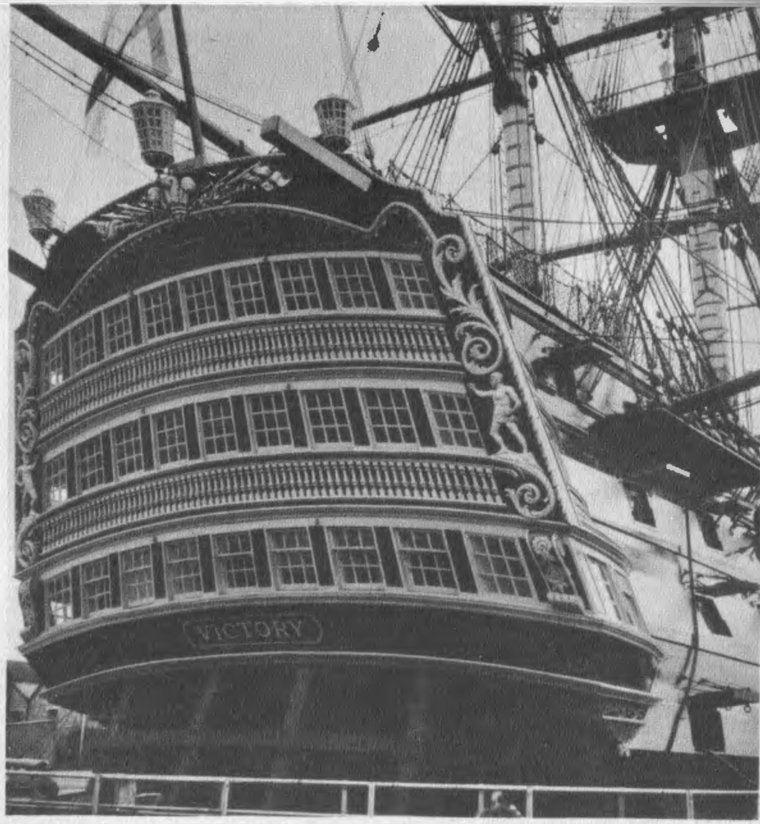


21

Cuando dictaba órdenes (20), Europa entera temblaba. Y en verdad que no puede decirse más en menos palabras que la leyenda de este sello (21) «Emperador de Francia, Rey de Italia, Protector de la Confederación del Rin».

20





22

23



Sólo el mar no le obedeció (22 y 23). El almirante Nelson fue la pesadilla del gran corso.



24

25



Hasta que su estrella comenzó a palidecer en la adusta geografía española (24), como un atardecer en el occidente de Europa para aparecer de nuevo en el Oriente, sobre la estepa rusa (25), sin brillo y sin fulgor. Así empezó el desastre.

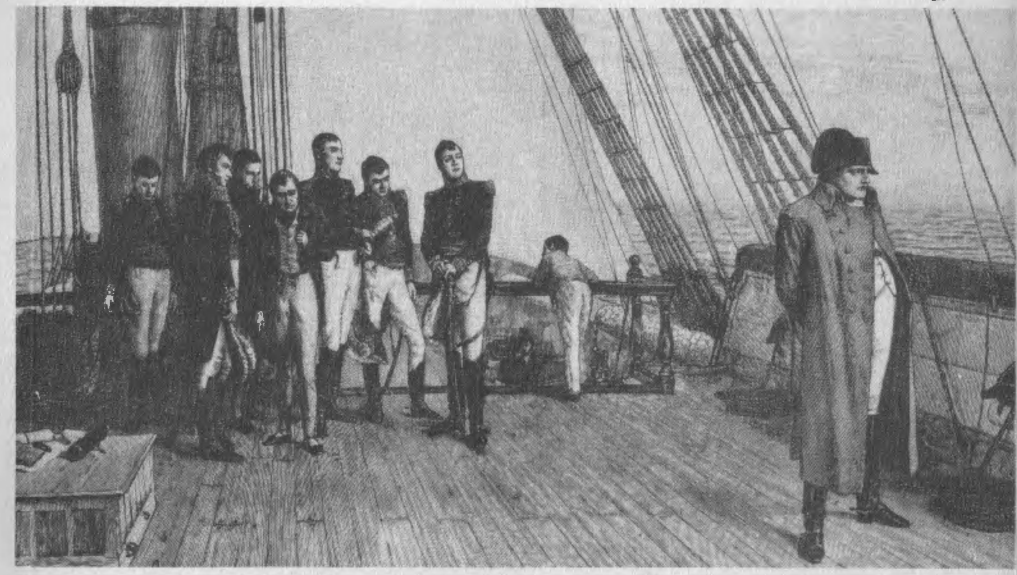


26

Leipzig y Waterloo (26) no fueron otra cosa que la consumación de la caída.

La caída de un hombre (27), cuyo genio militar fue portentoso, vencido ahora por la tortura, la melancolía y la desilusión.

27





28

Pero los vencedores no conocen la compasión. Triste adiós el de Napoleón a Francia (28), patético adiós mientras las costas se perdían en lontananza. Luego la soledad (29), el recuerdo, los íntimos y... la muerte.

29





30

Pero en su tumba (30), las banderas y los nombres de batallas famosas entretejen una aureola como muy pocos hombres la hayan ceñido jamás.



31

Y la gloria del mármol (31), desafiante y suprema, como perpetua memoria a uno de los hombres más gloriosos de la historia.

Guerra de la Independencia. Es aparentemente paradójico que la Europa que luchó contra la Revolución francesa se coaligase contra Napoleón. Si bien se mira, la Europa antirrevolucionaria se agrupa en torno a los Estados absolutos: Austria y Prusia, para luchar contra una Francia que derrocando el absolutismo degeneró en la anarquía; las coaliciones, en cambio, se forman en torno a un país liberal, Inglaterra, contra una Francia cuyo liberalismo revolucionario degenera en el Imperio.

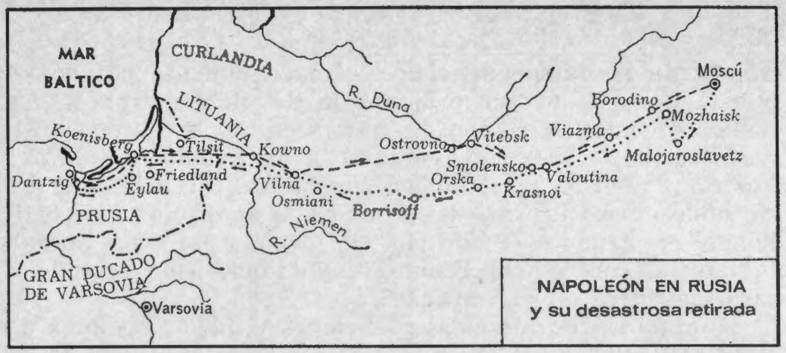
La organizadora de estas coaliciones y mayor enemiga de Napoleón, guarnecida en su aislada fortaleza, combatía desde el continente. Pero el gran corso comprende que a Inglaterra sólo se la vence invadiendo la isla.

Es curioso comprobar cómo tanto contra Inglaterra como contra Rusia, todos los invasores han usado el mismo método y todos han fracasado de la misma manera. El bloqueo comenzaba por el Norte, impidiendo el comercio; el asalto se daría desde la misma Francia y para completar el cerco había que formar un amplio arco desde Portugal.

Por eso se ha dicho que las tropas francesas cruzaron los Pirineos invadiendo el suelo español con ánimo de conquistar Portugal y desde allí iniciar el bloqueo y más tarde la conquista de las islas británicas. ¿Por qué los reyes de España permitieron la pacífica invasión de su territorio? Se viene afirmando que el monarca español y sus ministros esperaban como premio el reparto de Portugal. No parece muy verosímil que unos reyes ahítos de territorios se vendieran por un pedazo de tierra que no ambicionaban, además a Carlos IV le venía muy grande España y Godoy tampoco podía tener una segura y firme confianza en tal cosa. El engaño, el miedo, la debilidad y las desavenencias de la corte pudieron ser, más bien, la causa de permitir la «invasión» pacífica del suelo español.

Nadie, en aquel momento, creyó que fuera una maniobra política sino un engaño. El pueblo se levantó indignado contra un invasor que ocupaba ya todas las plazas fuertes. La rebeldía iniciada el 2 de mayo en Madrid corrió como pólvora por el suelo nacional respondiendo en todas partes con un amor a la patria y un heroísmo tal que la guerra de la Independencia es uno de los más bellos gestos que por la libertad de un pueblo guarda la Historia.

Hay que considerar, en primer lugar, que la guerra de la Independencia no es la lucha de los ejércitos de dos na-



NAPOLEÓN EN RUSIA
y su desastrosa retirada

ciones que previamente se han declarado la guerra, sino un pueblo que se levanta en defensa de su libertad atropellada por el invasor y que, desconocedor de las tácticas militares, aprovecha las ventajas del terreno y otras circunstancias sin ofrecer frente en campo abierto.

Y, en segundo lugar, que los vencedores e invencibles ejércitos napoleónicos sufren en España las más denigrantes derrotas; si bien es verdad que el emperador personalmente no perdió ninguna batalla en España, lo cierto es que en esta tierra perdió su moral un ejército triunfante en toda Europa, y una cantidad de hombres que tanta falta hubieran hecho en otra parte, ¡tal vez en Waterloo!

Téngase en cuenta que Junot entró con 40.000 hombres, Dupont con 45.000, Moncey con 34.000 y otros 50.000 como ejército de reserva al mando de varios generales. El número de hombres era excepcional.

La batalla de Bailén supuso al ejército francés 20.000 prisioneros y 2.000 muertos. Era la primera derrota que sufrían las tropas napoleónicas, precisamente cuando la estrella del emperador lucía en el cénit de sus mejores triunfos.

Cuando Napoleón decidió ir personalmente a España, llevaba un ejército de 200.000 hombres sin que, por diversas causas, lograra con ellos una victoria decisiva.

La guerra duró desde el año 1808 a 1814. Ningún general se cubrió de gloria y sí, varios, de ignominia y oprobio.

Zaragoza y Gerona sufrieron asedios dignos de Numancia y Sagunto. Bailén, Arapiles, Vitoria y San Marcial fueron batallas decisivas para expulsar al invasor.

Fueron seis años de desgaste. Sólo faltaba que en el otro extremo de Europa la inclemencia del tiempo castigara duramente al gran ejército para que todo se viniera abajo. Napoleón estaba derrotado.

Las batallas de Leipzig y Waterloo no fueron más que el golpe decisivo, la confirmación del fin.

Así pagaba su error de invadir España por el único motivo de poner en el trono de Madrid a su hermano José y con el pretexto de invadir Portugal.

Las Cortes de Cádiz. Rota la autoridad nacional española en 1808, con la abdicación de Bayona por parte de Fernando VII y Carlos IV, era lógico que las personas influyentes no estuvieran de acuerdo con el poder francés que se implantaba, y que dio origen a la guerra de la Independencia.

Mientras el pueblo y las fuerzas militares obstaculizaban el estado de cosas originado por Napoleón, los políticos —hombres de ideas, jurisconsultos y eclesiásticos—, con ese deseo, mezcla de heroísmo y ambición, que caracteriza a los hombres en las épocas turbias de la Historia, se reunían en la isla de León y en Cádiz (1810-1813) formando las Cortes que darían su mayor rendimiento en una constitución, la de 1812, que ha sido la base de cuanto en política se ha hecho en España en todo el siglo XIX.

Un hecho característico de las Cortes de Cádiz es el haberse reunido en ellas tanto españoles como americanos, pues comunes eran los problemas y bien podían serlo las soluciones.

Algunos de aquellos diputados han pasado a la historia por sus dotes oratorias o por su labor política: el conde de Toreno, Argüelles, Muñoz Torrero y los americanos Mejía, Guridi Alcocer, Larrazábal, Castillo y Gordoa.

El 19 de marzo de 1812 se proclamó la nueva Constitución en la que habían prevalecido las ideas de oradores y políticos liberales.

Tal vez éste haya sido el motivo por el que tanto a la Constitución como a las Cortes se las considerara, según el momento político, como una obra nefasta o como una magnífica renovación.

Las Cortes de Cádiz rompían las más viejas instituciones españolas, los privilegios de la nobleza y acababan con la Inquisición.

Si las Cortes fueron origen de las revoluciones posteriores, tan abundantes en la aciaga política del siglo XIX, o si fueron beneficiosas y hasta qué punto, es tema arduo e imposible de abordar en el escaso espacio de que disponemos.

Baste con consignar el hecho y fijar la fecha de 1812 como uno de los jalones que, para bien o para mal, más destacaron en la historia de España de este último siglo.

1813

Independencia de México. Desde el mismo momento de la conquista y a raíz de ella, precisamente, hubo movimientos insurreccionales de diversa índole en todas las naciones hispanoamericanas; muchos de ellos no fueron más que tentativas separatistas de algunos conquistadores, descontentos tal vez de haber sido poco recompensados. De manera general, durante el siglo XVIII los movimientos aumentaron en intensidad y número, con ambiciones concretas y casi todos ellos promovidos por el ambiente criollo culto. La rivalidad del criollo y el europeo provenía ya de los comienzos de la conquista; su sangre y su pasado indios se imponían, aunque se daba la incongruencia de que éstos eran a veces despreciados y oprimidos por el mismo criollo. El desarrollo y madurez de los estados americanos, condicionado por el de sus habitantes, hacía que aquellas naciones no fueran ya colonias más que en el aspecto legal, porque en la realidad sociológica eran verdaderos Estados, continuadores de la cultura europea, con una plenitud de conciencia que les hacía aptos para una vida independiente.

El movimiento de independencia se produjo en México casi al unísono que en otras naciones hispanoamericanas, si bien tuvo sus características peculiares, producidas por poca cohesión entre las diversas clases sociales, lo que fue causa de que los insurrectos se coordinaran, y de que se prolongara la contienda, por la lucha mutua entre sus elementos. La consecuencia de la emancipación mexicana se asemejó a una guerra civil, y hasta que los no partidarios de la separación la apoyaron, no se vislumbró el resultado final.

Es interesante no perder de vista en todos los movimientos secesionistas de las naciones americanas la influencia que ejerció la difusión de las ideas enciclopedistas entre personas cultas, especialmente entre el clero, así como la presión constante de los EE. UU. para que el resto de las naciones lograran la independencia.

El pretexto para que estallara el movimiento secesionista en México lo dio la invasión napoleónica en España. Al tenerse noticias de las abdicaciones de Bayona el 14 de julio de 1808, el ayuntamiento de México no quiso reconocer al rey José, y pidió al virrey, a la sazón José de Iturrigaray, que continuara el mando en calidad de Gobierno provisional y solicitó la formación de una junta, en la que recayera la soberanía del reino.

Seguidamente la noticia de la reacción española frente al invasor complicó de nuevo las cosas, y el Ayuntamiento pidió la formación de otra Junta gubernativa proponiendo al virrey como presidente; se juró de nuevo la autoridad de Fernando VII, pero como llegaron cartas de las juntas de Sevilla y Oviedo otorgándose ambas el título de Gobierno de España el problema volvió a plantearse. El virrey, apoyado por los criollos quiso formar gobierno; pero en un golpe de Estado dado el 15 de septiembre por los españoles residentes en México, al mando de Gabriel Yermo, se apresó al virrey que fue enviado a España. Entonces los sublevados eligieron como virrey a Pedro Garibay, quien, carente de dotes, disolvió el ejército movilizado por su antecesor, y se dedicó a enviar a España ingentes cantidades de dinero. Su sucesor, el arzobispo Francisco Javier de Lizana y Beaumont, hizo revivir las esperanzas criollas, pues trató favorablemente a esta masa de la población. A todo esto se unió el cariz que tomaban las cosas en España en la lucha napoleónica, que hizo que se tramaran diversas conspiraciones, como las de Querétaro y Valladolid.

A la primera de éstas, que comenzó por la sublevación de un grupo de criollos descontentos de la dominación española, se unió pronto la conjura del pueblo de Dolores, acaudillado por su cura Miguel Hidalgo, que el 16 de septiembre de 1810 lanzó su famoso *grito de Dolores,* mientras una multitud de indios y demás seguidores, aclamando a Fernando VII y a la Virgen de Guadalupe, querían acabar con la vieja dominación española.

Los momentos eran duros y difíciles. Las cosas no estaban claras ni para los sublevados ni para los seguidores de la política de la metrópoli.

Hidalgo quería unir bajo sus banderas a todos los mexicanos sin distinción de razas; pero sus tropas, en su mayoría formadas por indios que al poco se contaron por millares, queriendo saciar su viejo rencor al blanco, no respetaron tampoco a criollos y por ello la sublevación de Hidalgo tomó pronto carácter social de rebelión del indio oprimido. En vano el virrey envió tropas para derrotar a Hidalgo, y en vano también lo excomulgó el obispo de Michoacán. Sus tropas entraron en Valladolid y avanzaron sobre México, derrotando a las del virrey en el Monte de las Cruces. Sin embargo, Hidalgo no se atrevió a entrar en la capital, y optó por instalarse en Guadalajara desde donde intentó pedir auxilio a los Es-

tados Unidos y en donde formó un gobierno con dos ministros.

Entre tanto, el ejército y las clases altas, que apoyaban al virrey, tomaban la ofensiva contra Hidalgo que cuando intentó oponerse a la ocupación de Guadalajara fue derrotado en la decisiva batalla de Puente de Calderón (enero 1811). En julio de aquel mismo año perecía asesinado aquel caudillo demagogo, que había tenido gran fuerza para provocar una rebelión, pero no la suficiente para encauzarla. Pero, a partir de entonces, muchos sacerdotes tomaron el partido de la insurrección. De entre ellos destaca José María Morelos, cuyas campañas ocuparon el segundo período de la lucha por la independencia. En abril de 1813 Morelos pudo tomar el importante puerto de Acapulco, tras lo cual ya cayó en sus manos la dirección política de la nación. Se convocó un Congreso en Chiupalcingo con ocho diputados nombrados por el propio Morelos y México proclamó su independencia en noviembre de aquel mismo año. La constitución, que debían dictar los diputados, no fue promulgada hasta más tarde (1814), pues aún no había terminado de manera decisiva la contienda.

Morelos tenía ideas mucho más definidas y mucha más capacidad organizadora que su antecesor Hidalgo; pero los avances del Congreso eran muy lentos y en las campañas los realistas iban ganando terreno. Morelos fue hecho prisionero y tras un proceso militar y otro inquisitorial fue fusilado. Los insurrectos, perdido su caudillo, quedaron desarticulados y en los dos años siguientes fueron perdiendo prestigio, principalmente en las provincias cercanas a la capital. Parecía triunfante la causa española en todo este tercer período de la lucha, pero la sublevación de Riego en la península cambió radicalmente las ideas de los hombres de Nueva España, pues los que hasta entonces se habían mantenido tradicionalistas, temerosos ahora del carácter liberal que tomaba la política peninsular, quisieron separar a México de la metrópoli. Las ideas en favor de la independencia ganaban muchos adeptos y como representante de la nueva ideología se escogió a Iturbide, que obtuvo el mando del ejército del Sur. Tras muchos reveses logró unificar los dos bandos de insurgentes para proclamar la independencia por el *plan de Iguala* (24 de febrero de 1821). Se iban aunando mexicanos y españoles y aspiraban a la libertad para su nación bajo la autoridad de Fernando VII, del que se decía iba a refugiarse en México. Pero aún ocurrieron otros actos de insurrección

provocados por los oficiales españoles del ejército, hasta llegar al 28 de septiembre de 1821 en que, reunida una Junta provisional gubernativa, se proclamó el «Acta de Independencia del Imperio Mexicano» para el que instituyó una regencia compuesta por cinco miembros y presidida por Iturbide. El reconocimiento de la independencia no lo verificó España hasta 1836 y fue el primero que realizó una nación hispanoamericana.

1816

Independencia de la Argentina. En los últimos años del virreinato del Plata fueron muy apreciables los rendimientos en riquezas de todo orden y especialmente en la explotación comercial, que aportó al país grandes beneficios. Es de destacar el que a raíz de este hecho comienza a surgir en aquellos hombres la conciencia de sus valores naturales. La revolución que culminó con la proclamación de la independencia de Argentina respecto de la metrópoli, nació en la dominación española a pesar de que fue contra ella y sería equivocado buscar las ideas que formaron su sostén exclusivamente en el ejemplo temático de la Revolución francesa o Norteamericana. España poseía destacados humanistas que elaboraron una literatura política de manifiesta tendencia liberal y aun al tema político puede añadirse el económico que, difundido por escritores como Jovellanos y Campomanes, a los que podemos llamar economistas de Indias, apunta tendencias reformistas para acabar con el monopolio comercial. Sin embargo, tampoco hay que dejar de valorar las ideas universales sobre una política de tipo liberal, pero hemos de verlas difundidas en América a través de España.

El hecho trascendental que ofició como puerta de escape por la que se manifestó la conciencia de las masas, fue la invasión napoleónica de España en 1808 y la lucha política que tal suceso desencadenó. Desde entonces, se instauró el sistema de Juntas de Gobierno en tanto durara el cautiverio del rey.

Ya durante la época del protectorado inglés empezaron a evidenciarse señales en pro de la conspiración; el que inició las gestiones fue Saturnino Rodríguez Peña. El propósito inglés no era de conquistar la América española, sino fomentar su independencia a fin de poder comerciar con ella libremente. Saturnino, radicado en Rio de Janeiro, se hizo caudillo de las ideas en pro de la independencia y, como allí se había instalado la Casa Real portuguesa, empezó a tramitar las gestiones de coronación de la princesa Carlota en Buenos

Aires, dada su condición de hermana mayor del rey de España. Rodríguez Peña quería que la proclamación se hiciera por el sistema de las Cortes reunidas y a base de conseguir la independencia del país; buscó numerosos defensores de su sistema entre las mejores familias de Buenos Aires, pero de pronto la princesa Carlota denunció a las autoridades de dicho país los trabajos que realizaba Rodríguez Peña. En realidad el Carlotismo no fue más que una etapa de la ideología en pro de la independencia.

La noticia de la proclamación del hermano de Napoleón, José, causó expectante sorpresa en Buenos Aires. El virrey Liniers expuso los acontecimientos e invitó a la proclamación y jura de Fernando VII. Sin embargo, esta proclama suscitó desconfianzas sobre todo en el gobernador de Montevideo, Javier de Elío, y se tramó una conspiración contra el virrey, que en Buenos Aires estuvo capitaneada por Alzaga y en Montevideo por Elío. El momento buscado por los revolucionarios que constantemente conspiraban, lo proporcionó la disolución de la Junta Suprema en España, por la invasión francesa de Andalucía. El virrey Cisneros ante esta difícil situación procuraba mantener ignorada la noticia; pero al fin hubo de hacerla pública. Lanzó un manifiesto en el que declaraba que era necesario consultar a los representantes del interior antes de ultimar cualquier cambio en el gobierno. El virrey quería ganar tiempo para que pudieran conocerse las decisiones de los demás virreinatos, pero, entre tanto, la actividad de los patriotas no tenía tregua; Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano y otros impusieron un Cabildo Abierto, verdadero Congreso popular que pedía la destitución del virrey, petición que estaba encubierta con la necesidad de ponerse a salvo de la amenaza del dominio francés.

El 22 de mayo se impuso dicho Cabildo Abierto, pero como aún predominaban los elementos leales se propuso al virrey como su presidente. Los revolucionarios, apoyados por las turbas que mostraban una extraordinaria agitación, impusieron el 25 de mayo, mediante un golpe de Estado la formación de una Junta compuesta sólo por patriotas, si bien en nombre de Fernando VII.

La Revolución de mayo había alcanzado la independencia argentina pero no debía imponerse hasta el Congreso de Tucumán el 9 de julio de 1816; de una manera oficial y definitiva; aunque políticamente logró la soberanía en el orden internacional y la descentralización en el interno. Observando tan sólo las jornadas que transcurrieron desde el 18 al 25

de mayo percibimos la pugna entre dos tendencias: una partidaria de mantener la autoridad del virrey, y otra interesada en reemplazarla por el gobierno propio. Pero analizando los sucesos a través del espacio y del tiempo, hallamos definitivamente formados tres grupos: uno tradicionalista, opuesto a todo cambio de tipo político, un segundo, amante de la causa de la independencia y un tercero, moderado, deseoso de reformas en el gobierno, en la economía, en la cultura, pero en la petición escrita del día de la constitución de la Revolución de Mayo es su origen popular, que se organizó en república; el gobierno se constituyó con hombres nacidos del pueblo y por ende su política fue democrática. Se instauró el principio del sufragio universal, cuyo origen está ya en la petición escrita del día de la constitución de la República, en que emitieron su voto personas de todas las clases sociales.

1818

Independencia de Chile. Chile era el más alejado de los dominios españoles. En los momentos en que se produjo la revolución americana formaba, administrativamente, una Capitanía General, dividida en dos intendencias: la de Santiago y la de Concepción, separadas por el río Maule; más al Sur el archipiélago de Chiloé dependía directamente del virreinato del Perú. En los alrededores de 1810 la población se calculaba en medio millón de habitantes entre los que predominaban los mestizos hispano-indígenas y los criollos, y el resto lo formaban los españoles puros y los esclavos negros, con predominio de los primeros. La mayor parte de la población era rural, puesto que la agricultura y la ganadería ocupaban el primer puesto en la economía del país; la que habitaban en las ciudades no pasaba de un 20 por ciento.

La rivalidad del criollo con los peninsulares, al igual que en las demás naciones americanas, estuvo en la base de todos los movimientos en pro de la independencia chilena; pero, además, es interesante hacer destacar un desbordado amor hacia la tierra natal, mucho mayor, tal vez, que en las demás colonias americanas, fomentado por todos los historiadores del siglo XVIII, que presentaban al país mucho más



rico de lo que era en realidad. Confirma esto el que, siendo Chile una colonia más bien pobre, con poco comercio, influía poco el hecho de que el monopolio del mismo estuviera en manos de los peninsulares. El ambiente criollo favorable a la emancipación era escasísimo, pero correspondía a la gente con categoría social y culta. La difusión de las ideas enciclopedistas, que ya cristalizaron en el intento de Antonio Rojas de proclamar la independencia (1780), tampoco deben pasar inadvertidas. Sin embargo, en 1810 el núcleo de población partidaria de la separación plena era reducido, e incluso se hizo patente la necesidad de buscar una ideología nueva que cubriera la escasa intensidad de la existente. En la época inmediatamente anterior a la independencia de Chile, la situación del país era próspera, pero entre la aristocracia existía un anhelo de reformas que sin llegar a un deseo emancipador la hacía permanecer hostil al régimen colonial; de todos modos sería aventurado suponer que cuando se produjeron los acontecimientos españoles de 1808 existiera en Chile un grupo precursor organizado para lanzarse á una rebelión.

Durante el año 1808 se puso de manifiesto en Chile la poca consistencia del sistema español, pues los conflictos entre los gobernantes debilitaron la autoridad y ayudaron a que se formara un bando favorable a la independencia. Al morir repentinamente el capitán general, Muñoz de Guzmán, los militares impusieron al brigadier Francisco Antonio García Carrasco, que carente de tacto político no supo armonizar su ideología con las exigencias del cargo, y tomó como asesor privado a don Juan Martínez de Rozas, fervoroso propagador de ideas revolucionarias. Al poco, el nuevo capitán general se había ganado la enemistad del clero, la audiencia y la clase adinerada. El desconcierto que producía su política fue mayormente aumentado por la noticia de los sucesos de España: el motín de Aranjuez, los escándalos de Bayona, la coronación de José Bonaparte y la formación de la Junta de Sevilla, que hicieron dudar de la verdadera autoridad. Empezó a latir en todas las conciencias la pregunta de qué partido adoptar si se afirmaba en España el dominio del invasor. Con tal motivo no escaseó la literatura destinada a propagar la fidelidad a España. La jira de Fernando VII pareció normalizar la situación, pero temía García Carrasco la influencia de los primeros chispazos americanos, en especial de la revolución de Buenos Aires en 1810, pues aunque el Gobernador mandó desterrar a Rojas y a

Bernardo Vera y Pintado, ya la revolución se preparó casi abiertamente.

García Carrasco fue sustituido por Mateo de Toro Zambrano, al que ya su edad, 85 años, no le permitían cambiar ni gobernar el agitado período que se avecinaba. Cabildo y Audiencia dirigían los dos partidos: patriótico y español; en septiembre de 1810 se formó una Junta de la que formaba parte Rojas y que actuó en seguida como Gobierno independiente. Así se inicia el período denominado la «Patria Vieja».

El orden público quedó minado por la discrepancia de los poderes políticos y el personalismo de los caudillos; pero los radicales impusieron su voluntad. Sus milicias, al mando de José Miguel Carrera, lograron escalar el poder aunque luego se inició una guerra entre los dirigentes que terminó con la victoria de Carrera, quien a fines de 1811 ejercía la dictadura en Chile.

Por otra parte, el virrey del Perú, José Fernando de Abascal, organizó una serie de expediciones para acabar con la insurrección chilena; las tropas peruanas al mando de Antonio Pareja tomaron Valdivia, Talcahuano y Concepción casi sin resistencia. Rápidamente Carrera reunió tropas y pudo recuperar casi la totalidad de lo perdido. La guerra tomó un carácter de dureza enorme y se deseaba ya la paz. La Junta destituyó del mando a Carrera y lo confió a O'Higgins, pero la lucha continuó con resultados indecisos. El regreso de Fernando VII de su cautiverio minó el pretexto moral de la contienda y se suspendieron las hostilidades. Carrera continuaba prisionero; pero su fuga logró que se formara una Junta y que se iniciara una guerra civil con O'Higgins, el cual fue derrotado en octubre de 1814 en Rancagua, batalla que puso fin al primer período de la revolución chilena. Los acontecimientos tuvieron lugar, no tanto por la superioridad de las fuerzas españolas, como por las discrepancias internas que dividieron a los chilenos cuando más necesaria les era la unión.

Los patriotas, que en su mayoría habían emigrado, no se desanimaron por aquel desastre y depositaron sus esperanzas en San Martín, que en Argentina gobernaba las provincias de Cuyo, y que quería llevar la guerra al Perú, pues estaba convencido de que la lucha para la independencia de América meridional debería resolverse mediante el ataque al Perú, centro de la resistencia española. San Martín, convencido de que no sería posible llegar a Lima por la ruta

del Norte, concibió el proyecto de formar una escuadra con la que conseguir el objetivo por mar; pero la derrota de Rancagua retardó la realización del proyecto, pues a las dificultades que suponía se le añadían las de la reconquista de Chile. Con sucesivas incursiones y derrotas de los argentinos en el Perú, se llegó a fines de 1815 en que las tropas argentinas sufrieron el desastre de Sipe-Sipe, considerado por los españoles como el golpe decisivo dado a los revolucionarios de Hispanoamérica. Por contraste se vigorizan las ideas de San Martín y su entusiasmo alentó la conciencia de sacrificio que era necesaria para luchar por la causa de la libertad.

En enero de 1817 todo estaba preparado para invadir Chile. El ejército de los Andes atravesó la cordillera, dividido en dos cuerpos principales y tres pequeñas divisiones. Esta táctica militar logró sus objetivos, pues el gobernante español Marco del Pont, desorientado por el ataque enemigo, en varios puntos a la vez, dividió el ejército, y esto resultó fatal para la causa española. El 12 de febrero de 1817 la batalla de Chacabuco no sólo libertó a Chile, sino que tuvo enorme trascendencia para la causa secesionista de todas las naciones sudamericanas. Los vencedores entraron en la ciudad de Santiago, en la que un Cabildo Abierto ofreció el gobierno a San Martín, que rehusó cumpliendo sus instrucciones de no mezclarse en política; en consecuencia, el gobierno pasó a O'Higgins, proclamado Director Supremo. A partir de entonces San Martín se dedicó a organizar la escuadra para atacar al Perú, antes de que esta potencia tuviera tiempo suficiente para intentar la restauración española en Chile. El Ejército Unido de los Andes y de Chile, así llamado cuando fue aumentado su núcleo primitivo con el ejército organizado por O'Higgins, continuó las operaciones y el 5 de abril de 1817 tomó Concepción.

El gobierno de O'Higgins decidió declarar la independencia del país y consultar por medio de un plebiscito la voluntad del pueblo. En todas las poblaciones se recogieron las firmas de aquellos que se mostraron conformes o contrarios a la emancipación; ningún ciudadano estampó su firma con la negativa; por ello, de acuerdo con la voluntad popular, O'Higgins firmó el acta de independencia el 12 de febrero de 1818, primer aniversario de la batalla de Chacabuco.

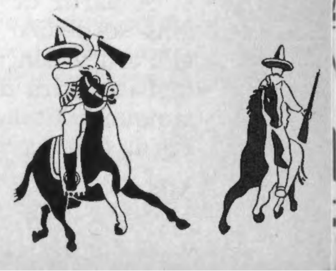
Los defensores españoles se encerraron en Talcahuano, donde resistieron algún tiempo mientras Osorio llegaba de nuevo desde Perú y sorprendió a O'Higgins y a San Mar-

tín en Cancha Rayada. Pero las fuerzas se reorganizaron rápidamente, y los patriotas vencieron definitivamente el 5 de abril de 1818 en Maipú, decisiva batalla que separó a Chile de España. Sólo quedaban algunos guerrilleros como Vicente Benavides y Antonio Quintanilla, pero que resistieron muy poco tiempo.

San Martín entonces convirtió a Chile en base contra el Perú, en tanto O'Higgins instauraba un gobierno dictatorial. Su política, a pesar de su fecunda labor recuperadora y constructiva, pues fue enorme la difusión de la enseñanza y pródiga en leyes sociales, porque hirió a la clase conservadora prepotente, no alcanzó popularidad, y una revolución dirigida por Ramón Freire obligó a O'Higgins a dimitir el 28 de enero de 1823, si bien nunca sus patriotas olvidaron la gloria militar de aquel héroe nacional, que oyó como últimas palabras al desprenderse de las insignias de su poder, un ¡Viva O'Higgins!

1821

Independencia del Perú. El virreinato del Perú fue la colonia más culta de todas las de Sudamérica, sobresaliendo en las ciencias, en las letras y en las artes; fue el país en que más instrucción se dio a los indígenas, y así hemos de recordar nombres indios y mestizos tales como: el Inca Garcilaso, Juan de Espinosa Medrano, el *Lunarejo*, la poetisa Amarilis», el matemático Francisco Ruiz Lozano, etc. El país estaba íntimamente ligado a España y por esto cuando a comienzos del siglo XIX, y cuando con la coyuntura propicia de la invasión napoleónica en España, estallaron movimientos secesionistas en todas las colonias sudamericanas, se dio la particularidad de que durante mucho tiempo fue el Perú el foco de la resistencia española. Ello fue debido al gobierno del virrey José Fernando de Abascal, de grandes facultades de mando, enérgico y valeroso, que contuvo con mano férrea cualquier intento de revolución; por otra parte, estaba también el temor de la población criolla a que los indios, como en tiempos de Tupac-Amaru (1742-1781), oprimidos por los *mitas y abrages*, aprovecharan la sublevación para hacer su guerra social. A pesar de esto, al igual que en



otros países americanos, la revolución para la independencia fue obra de la masa criolla; en general la población india fue de tendencias realistas, y únicamente en México, Hidalgo la levantó en lo que fue más bien una rebelión de tipo social y que retrasó tanto el final de la contienda. En rigor, la lucha más que con la metrópoli, fue una verdadera guerra civil, pues España envió únicamente unos 43.000 hombres, es decir, que hizo la guerra con los propios americanos.

La corriente emancipadora se extendió a impulsos de fuera, si bien entre las figuras de la intelectualidad las había ya profundamente inclinadas a la separación. El virrey Abascal, previendo los futuros acontecimientos, dedicó todos sus esfuerzos a las mejoras sociales del país al objeto de lograr la adhesión de todas las clases sociales; organizó la defensa del Perú para poder contener la revolución que temía y pudo lograr un ejército organizado de unos 8.000 hombres con unidades en las que había miembros de ambos pueblos. Casi todos los jefes que luego descollaron en la lucha por la independencia se formaron en los ejércitos de Abascal. A pesar de todo ello no faltaron rebeldías y conspiraciones, que Abascal procuró yugular con tolerancia y prudencia a fin de no excitar los ánimos. Sin embargo, cada día eran más frecuentes las insurrecciones, pues el Perú no hacía más que seguir el ejemplo de las demás naciones hispanoamericanas.

En 1816 Abascal, tras haber sofocado la rebelión durante más de seis años, fue sustituido por Pezuela, representando un rudo golpe para la causa española, pues la energía y valor de aquél eran insustituibles. La diferencia de ideologías entre el nuevo virrey y el gobernador militar del Alto Perú, José de la Serna, de pensamiento liberal, dificultaron más las cosas, y máxime cuando José de San Martín en Chocabuco (12 de febrero de 1817) realizaba las aspiraciones de independencia de Chile y evitaba los planes ofensivos del nuevo virrey en el Alto Perú. La posición hegemónica del Perú, liberada Nueva Granada, se perdió por completo. Efectivamente, el 12 de febrero de 1818 San Martín proclamó la independencia efectiva de Chile. Daba comienzo la *Patria Nueva.*

A partir de entonces San Martín, juntamente con O'Higgins se dedicó a preparar una acción ofensiva para liberar al Perú y concibió el plan de atacarlo por mar. Pudo reunir una escuadra de 23 buques y un ejército de 4.000 hombres, aunque contaba engrosarlo con muchos más, en el propio Perú, que ya había preparado con una activa propaganda.

La flota, al mando de Thomas Cochrane salió de Valparaíso en agosto de 1820 y desembarcó en Paracas, cerca de Pisco, el 8 de septiembre. El virrey procuró entrar en tratos con San Martín y a tal objeto se llevaron a cabo las conversaciones de Miraflores, que no dieron resultado alguno al no dar tiempo a San Martín para poder estudiar la situación, que vista de cerca no era muy desfavorable para el virrey. Pero el general libertador de Chile contaba con el temor que los recientes cambios ocurridos en España ejercían en muchos ánimos y además con la inclinación a la independencia de muchos habitantes de color; pero como viera San Martín que en el Sur numerosos grandes propietarios, temerosos de que sus esclavos se cobraran la libertad no se unían a sus filas, se trasladó al Norte, donde halló ambiente más propicio, mientras la escuadra bloqueaba el puerto del Callao y un ejército, al mando de Álvarez de Arenales, proclamaba la insurrección por todo el interior del país. Por aquel entonces, la oficialidad liberal, adicta a la Serna, obligó a dimitir a Pezuela en el pronunciamiento de Aznapuquio en enero de 1821. La Serna se hizo cargo del virreinato y en seguida comenzaron unas negociaciones con el general San Martín al objeto de llegar a un acuerdo para la paz. Proponía éste la formación de una monarquía en el Perú, con un rey español que él mismo buscaría en España; mientras tanto, La Serna actuaría como regente. Estas sugerencias, encaminadas a contener la anarquía y desunión, al tiempo que con un tratado honroso para España aseguraban la independencia sudamericana, no fueron aceptadas por el nuevo virrey, que confió el resultado final a la guerra. Viendo apurada su situación apresuróse a evacuar Lima en donde entraba ya San Martín victorioso, en julio de 1821. La situación quedaba un poco incierta, pues los realistas disponían aún de muchas tropas. La lucha continuaba y al año siguiente de su independencia la situación del Perú no era nada brillante ya que San Martín no demostró dotes muy relevantes gobernando el naciente Estado; Cochrane se le separó al mismo tiempo que Bolívar emancipaba Quito y se apoderaba de Guayaquil. Los dos libertadores se reunieron en esta ciudad, entrevista en la que Bolívar se mostró disconforme con los planes de San Martín e irrevocable en su decisión de unir Guayaquil a Colombia. A su regreso de Lima el caudillo de los Andes dimitió de todos sus cargos para ceder el sitio a Bolívar, que ya había logrado la independencia de Venezuela, Nueva Granada y Quito.

1840

La guerra del opio. Una de las ventajas que sacó China de la dominación manchú fue una creciente utilización de las tierras de labor y, por consiguiente, la propagación del uso de nuevas cosechas alimenticias, ya que cada día era mayor el número de habitantes de China (1).

Casi la mayoría de las plantas alimenticias las poseía China en disposición para el cultivo. Con la entronización de los manchúes fueron introducidas muchas nuevas, tales como la piña, la patata, la calabaza, el rapé y el opio. Esta última fue de gran trascendencia, pero produjo funestos resultados, pues acaparó grandes extensiones de terreno cultivable y produjo la ruina de miles de hogares.

Los chinos conocían el opio desde hacía siglos y lo utilizaban como medicina de uso interno, y era la India su principal fuente de importación. Cuando a causa de la piratería, que infestó el océano Índico, los chinos se vieron obligados a producirlo para su consumo, el uso se generalizó más; la gente empezó a fumar opio mezclado con tabaco y luego fumaron opio sólo, y como no producían el necesario, lo obtenían también de Macao por las exportaciones que los portugueses hacían procedentes de la India. A su vez, también, holandeses, ingleses y norteamericanos hallaron este negocio muy productivo, de tal manera que la mayor parte del comercio británico con la China lo constituía la venta del opio cultivado en la India. La costumbre de fumar opio se generalizó tanto, que en 1729 su venta fue prohibida por decreto imperial; pero viendo que el impedimento no surtía efecto, el gobierno resolvió detener la importación, tanto por razones de salud como económicas. Pese a la prohibición, hacia 1821 en Cantón entraban unas 5.000 cajas anualmente y la mayoría de ellas en buques británicos; con este tráfico ilícito se enriquecieron enormemente muchos comerciantes tanto chinos como extranjeros. El negocio continuó aumentando y en los alrededores de 1830 las importaciones anuales eran superiores a las 20.000 cajas. El gobierno manchú intervino y mandó quemar una gran partida de esta mercancía, abonando una indemnización de 5 libras de té por caja (cada caja de opio estaba valorada en unas 1.000 libras). Esto fue lo que condujo a la guerra con los ingleses.



(1) En 1850 la población alcanzó tal vez los 300 millones, cifra enorme, si se piensa en los 54 millones que en 1700 tenía la Europa occidental (Islas Británicas, Holanda, Francia, Alemania, Italia y Austria).

En Hong-Kong un representante de la Compañía inglesa intentó entablar negociaciones con el gobierno manchú, pero ante las negativas de éste a cualquier concesión, los ingleses cañonearon Cantón. El emperador contestó con una negativa a los ingleses para comerciar en Cantón, y además ordenó la estrangulación de los fumadores y la decapitación de los comerciantes (1840).

Inmediatamente una escuadra inglesa bloqueó Cantón (1840) y el virrey chino hubo de concederles Hong-Kong, el establecimiento de relaciones diplomáticas con Inglaterra, la reapertura del comercio en Cantón y una indemnización por el opio destruido equivalente a 30 millones de francos. El gobierno de Pekín no estuvo conforme con las decisiones del virrey y la guerra se reanudó. Los ingleses se apoderaron de Amoy y Ning-Po y ocuparon Shangai; en 1842 la escuadra inglesa hacía su aparición en Nankín. Ante tales amenazas el gobierno de Pekín hubo de aceptar las condiciones que le impuso el tratado de Nankín de 1842, por el cual los ingleses obtenían una indemnización de 230 millones de francos oro y el derecho a entrar en relaciones de igualdad con el gobierno chino, prerrogativas para establecer consulado y para limitar los derechos de entrada de las mercancías, así como la cesión de la isla de Hong-Kong y para los ingleses residentes en China el derecho de depender, en materia criminal, de sus propios tribunales.

Tales concesiones minaban la soberanía de China, y lo peor es que hubo que hacerlas extensivas a otras naciones tales como Francia y Estados Unidos; pero los anglosajones tenían él papel predominante. La autoridad de los manchúes era combatida dentro y fuera de la nación y su gradual pérdida de potestad acabaría con el derrocamiento de la dinastía.

1848

La Revolución en Europa. La primera mitad del siglo XIX está caracterizada por los progresos paralelos de la ciencia y el liberalismo. El gran descubrimiento que permitió la utilización de la fuerza del vapor en la industria hizo entrar a la humanidad en una nueva era de su Historia. A partir de entonces el maquinismo va a cobrar impulso y la transformación de los medios de transporte va a cambiar las condiciones de vida de los pueblos. Asimismo, los ferrocarriles y el correo, al facilitar la centralización administrativa contribuyeron a la formación del espíritu nacional y fueron la causa de la expansión que conoció el liberalismo económico.

La aplicación del vapor a la industria iba a dar al capitalismo y a la concentración del proletariado una importancia que dominaría los siglos XIX y XX.

La industria mecánica estuvo impulsada por el capitalismo privado y su incremento para el comercio exterior. En el comercio, como en la industria, el capitalismo trajo consigo el liberalismo. Inglaterra fue la primera potencia que abandonó el proteccionismo e inició el movimiento librecambista como medio para ampliar los mercados y disminuir el número de los parados. Rápidamente su ejemplo fue seguido por las demás potencias.

Alemania, mientras que los países del Atlántico Norte desarrollaban una política de expansión económica, continuaba replegada en sí misma intentando organizar una economía peculiarmente suya. El gran suceso histórico fue la fusión en 1834 en la misma Unión aduanera de 18 estados agrupados en torno a Prusia. Esta Unión estableció el librecambio entre los países adheridos; pero rodeó a Alemania, frente al extranjero, de un cinturón aduanero proteccionista. Esta organización autártica en la economía, junto a las tesis nacionalistas de Fichte y Hegel, habrían de ejercer enorme influencia en la historia ulterior de Alemania.

Por inevitable lógica, al tiempo que se acrecienta la potencialidad industrial y el capitalismo, aumenta el proletariado, pues ambos fenómenos van inevitablemente unidos y la influencia de ambos en la evolución histórica de Europa será determinante. En la etapa histórica que nos ocupa, la clase obrera vivía en la miseria, no obstante el aumento de los salarios y la disminución de la jornada de trabajo. Por eso el obrero no podía considerar a la máquina como una ayuda, sino como una enemiga, y por este motivo estallaron diversos disturbios y revueltas. Pero estas agitaciones esporádicas no podían conducir a nada. En 1832 los movimientos obreros comenzaron a organizarse en Inglaterra, donde se constituyó la Gran Unión Consolidada de los Oficios, que durante un congreso celebrado en Londres se erigió en federación de todas las agrupaciones obreras y decidió una huelga para la obtención de la jornada de ocho horas. Pero el movimiento corporativo y sus propósitos no alcanzaron la meta deseada. La clase obrera, fracasada, aislóse de todos los partidos existentes, aunándose en un movimiento que pronto se hizo revolucionario, bajo la influencia de O'Connor, que con su periódico Northern Star pronto se hizo portavoz del reformismo obrero.



En Francia la clase obrera no estaba organizada. Apareció, como en Inglaterra, una prensa para agruparla e interesar a la opinión en sus reivindicaciones. Se intentó una reducción de la jornada de trabajo, pero fue declarada ilegal la tarifa que habían señalado los obreros. Pronto empezaron a difundirse ciertas ideas comunistas, inspiradas en la teoría de Baboeuf, que lanzaron la iniciativa de entregar el poder al pueblo por un golpe de Estado. Esta agitación provocó disturbios en Lyon y luego en París. Poco a poco las asociaciones de obreros fueron aceptadas como legales, y se constituían con apariencia de mutualidades, pues habría que esperar a 1864 para que los sindicatos fuesen legalmente aceptados.

Vemos como en vísperas de 1848 lo más sobresaliente en los pueblos occidentales es el desarrollo económico realizado sobre la base del liberalismo, que instituía cuantas libertades aseguraran al hombre su plena independencia, con respecto a los poderes públicos y a los otros hombres. Se comprueba como en Occidente los regímenes son tanto más estables cuanto más liberales; por eso los únicos países que se librarán, en 1848, de la corriente revolucionaria son los que se rigen por el parlamentarismo, o sea, Inglaterra y Bélgica. Lo que preparó las crisis fue la resistencia que encontró el liberalismo en Francia, Italia, España y Portugal. Toda la política desde 1830 a 1848 estuvo profundamente influida por el movimiento liberal. Tan sólo en Rusia, Austria y Prusia la situación es distinta. En Alemania el movimiento adquirió un aspecto nacionalista, que afirmaba la soberanía del pueblo alemán para imponerse a los demás pueblos de raza y lengua alemana, y acogía tendencias tan contradictorias como las liberales y las nacionalistas y hegelianas.

En el imperio austrohúngaro la corriente liberal se presenta bajo dos aspectos. Para los que gozan de derechos políticos el liberalismo consiste en exigir un régimen de soberanía nacional. En Bohemia el movimiento nacional es un movimiento liberal que basaba la independencia sobre la libertad individual y las instituciones parlamentarias.

Por lo que respecta a Rusia los pocos liberales con que cuenta la nobleza y la burguesía, son grupos extraños que representan ideas occidentales incomprendidas en aquella nación.

Pronto habría ocasión de comprobar que el liberalismo sólo tenía raíces profundas en Occidente, donde se cosechaban los frutos del humanismo. Aquí sí que resultó evidente la aparición de un cuarto estado, el de las masas, que luchaban para tener un lugar en la evolución histórica y por realizaciones materiales concretas, aparte de las ideológicas.

El movimiento general revolucionario apareció en la escena europea en París. Desde 1847 la agitación democrática en aquel país era muy intensa, fomentada por el desarrollo de las ideas socialistas. En febrero de 1848 los obreros lanzáronse a la calle y levantaron barricadas. Las tropas retrocedieron ante las turbas. El régimen se derrumbó en un momento, y el propio Luis Felipe no quiso resistir y abdicó en su nieto que sólo contaba diez años. Pero el pueblo estaba cansado de la monarquía, y los diputados republicanos eligieron un gobierno provisional que se fusionó con el que habían elegido los socialistas y ambos proclamaron la II República. La victoria social y democrática de la Revolución de febrero en París pronto se transmitió por toda Europa.

En Alemania, a raíz de los sucesos de París, se desató una ola de protestas en los pequeños estados a fin de lograr una integración política. La Asamblea acordó la reunión de un Parlamento general e inició sus sesiones en mayo de 1848 en Francfort.

En Prusia y Austria también se habían registrado conmociones. En Viena y en Berlín se registraron sangrientos sucesos callejeros, y Federico Guillermo IV, a fin de evitar derramamiento de sangre, anunció la otorgación de un amplio régimen constitucional.

En Viena el gabinete de Estado impuso la dimisión del canciller Metternich, símbolo de la vieja Europa, y el nuevo gobierno dictó una serie de medidas liberales. El emperador Fernando I huyó de Viena. También en Praga la Dieta húngara había comenzado a adoptar medidas democráticas y la agitación nacional amenazaba derrumbar el reino de los Habsburgo.

En Italia la agitación liberal comenzó en Sicilia y de allí pasó a Nápoles para extenderse a todos los estados italianos. Carlos Alberto del Piamonte se puso al frente del movimiento liberal y nacionalista que aspiraba eliminar la dominación austríaca de Italia y lograr la unidad de su país.

El pueblo, que, sin preparación, había triunfado en las revoluciones de 1848, no iba a poder conservar los derechos que había obtenido. En Francia la II República había sido

proclamada por republicanos y socialistas, y las discrepancias políticas entre ellos iban a ser una amenaza existencial para el nuevo régimen. En las elecciones para la Asamblea Constituyente tuvieron mayoría los republicanos y conservadores. En las elecciones presidenciales triunfó por mayoría de votos el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, y en las de diputados los conservadores obtuvieron la mayoría. El 2 de diciembre de 1851 el presidente de la República se otorgó el derecho de dar una nueva Constitución a Francia. La dictadura de Luis Napoleón hacía pensar y conducía ya a la restauración imperial.

También en el imperio austriaco, en Prusia y en Italia la revolución estaba condenada al fracaso por la falta de preparación de las clases subversivas. Después de la primera oleada, las monarquías se constituyeron a base del ejército que les había permanecido fiel, aparte de que la actitud de Nicolás I de Rusia, campeón del conservadurismo y la de Luis Napoleón favorecieron y apagaron los intentos revolucionarios.

1861

Guerra de Secesión norteamericana. Entre los años 1840 y 1860 los Estados Unidos consiguieron afirmarse como gran potencia mundial. Su extensión territorial sólo veíase superada por Rusia, Canadá, China y Brasil, países poco desarrollados, y su población de 30 millones de habitantes les situaba inmediatamente después de las naciones más pobladas de la Europa occidental.

Su prodigioso desarrollo es sin duda uno de los fenómenos históricos más importantes del siglo XIX. La construcción de canales y el tendido de vías férreas facilitó el desplazamiento de los colonos y la industrialización de muchas regiones, en donde se fundaron importantes centros urbanos (Detroit, Chicago, Cincinati, etc.), al par que la compra de Luisiana a Francia en 1803 les había proporcionado inmensos territorios inexplorados del interior.

La adquisición de Florida a España en 1819 les permitía extenderse por las regiones del norte del golfo de México, al tiempo que se repartían con los ingleses los territorios situados al oeste de las Montañas Rocosas. La afluencia continua de emigrados europeos a los Estados Unidos en busca de fáciles riquezas y su continuo desplazamiento hacia las tierras del Oeste es típico de la historia norteamericana del siglo XIX.

La vida económica del país progresaba a pasos agigantados. En los estados del Nordeste la gran industria se desarrolló de modo más rápido que en los del Sur, donde tomó más incre-

mento el cultivo del algodón. El comercio era floreciente tanto en lo que respecta a la importación, como a la exportación. Pero las diferentes condiciones de vida agudizaron el conflicto planteado entre los estados del Norte y del Sur, sede de la aristocracia terrateniente dueña de los grandes dominios con esclavos.

La Constitución de la República no había prohibido específicamente la esclavitud, porque se confiaba que con el normal desarrollo económico de la nación acabaría con ella; pero al producirse el fenómeno contrario se dispuso en 1787 que la esclavitud fuese permitida en los estados fundados al sur de Ohio y prohibida al norte de dicho río. Más allá del Mississipi no se establecía demarcación alguna entre territorios esclavistas y libres.

Desde 1820, el problema de la esclavitud suscitaba amplios debates en el Congreso e iba preparándose la crisis que terminaría la guerra entre los estados del Norte y los del Sur, pues el acuerdo de fijar el paralelo 36° 30' como línea divisoria entre los estados en que era permitida o prohibida la esclavitud (Compromiso de Missouri, 1820), no hizo más que aplazar el conflicto; y en cambio legalizó la formación de dos bandos irreconciliables. En el año del Compromiso de Missouri la Unión constaba de 12 estados libres y 12 esclavistas; pero este equilibrio fue roto en beneficio de los primeros, con la conquista de los territorios mexicanos, pues en estos nuevos estados fue prohibida la esclavitud.

En 1854 los poderes federales decretaron la derogación del compromiso de Missouri: en adelante cada estado podría decidir si sería o no esclavista. En realidad este acuerdo beneficiaba a los abolicionistas, que el 4 de marzo de 1861, agrupados en un nuevo partido republicano, llevaron al poder a Lincoln.

El nuevo presidente solicitó el mantenimiento de un comercio proteccionista y la prohibición de la esclavitud, salvo en los Estados en que ya estuviera implantada. Carolina del Sur se negó a aceptar el veredicto popular y convocó a los electores para elegir una convención secesionista. Por unanimidad esta asamblea dictó una *Declaración de independencia* que abolió el acta de 1788 y declaró disuelta la unión de Carolina del Sur con los Estados Unidos. Inmediatamente uno tras otro los estados meridionales adoptaron la misma actitud y en febrero de 1861 siete estados secesionistas formaban la Confederación del Sur, cuya presidencia fue confiada a Jefferson Davis. De ahí que cuando Abraham Lincoln asumió sus funciones, se encontró con un país dividido, y como consideraba

que la minoría debe rendirse a la mayoría y no pudiendo conseguir la unidad diplomáticamente, recurrió a las armas. Inmediatamente consiguió un ejército de 75.000 voluntarios; pero también como contrarréplica cuatro estados más se unieron a la Confederación del Sur. Se entabló una guerra que más que redimir a los esclavos negros, o más que un conflicto político, representaba un duelo entre dos sistemas sociales. El Sur con 10 millones de habitantes, de los que 4 eran negros, tenía a su favor la inmensidad de sus territorios, en los que el algodón representaba millones, pero tuvo que soportar el bloqueo minorista de sus costas, y viéndose privado de la exportación del algodón, el gobierno tomó en sus manos la dirección de la economía, teniendo que recurrir a la inflación. En 1863 la moneda del Sur representaba únicamente el 44 por ciento de su valor nominal, y llegó solo al 16 al final de la contienda.

En contraposición el Norte poseía muchos más recursos. El comercio marítimo hacía que la vida financiera continuara normalmente, aunque tampoco pudo librarse totalmente de la inflación, pero el Estado estuvo siempre en condiciones de financiar la guerra y hasta de continuar el enriquecimiento del país con la construcción de ferrocarriles o la mecanización de la agricultura.

La guerra duró de 1861 a 1865. En sus comienzos los sudistas obtuvieron grandes ventajas. Invadieron el Norte después de su éxito en Bull Run, pero no fueron lo suficientemente sagaces para una solución rápida. Al siguiente año volvieron a la carga y obtuvieron un nuevo éxito en Richmond, pero en la decisiva acción de Antietam (septiembre de 1862) fueron detenidos por los nordistas. A partir de este momento los estados del Norte, más poblados, más ricos, más organizados e industriales, se impusieron al Sur. El acto decisivo fue la proclamación en enero de 1863, por el presidente Lincoln de una ley que libertaba a todos los esclavos de los estados ocupados por los unionistas. En la acción militar de Gettysburg (julio, 1863), la superioridad del Norte quedó demostrada y con la caída del valle del Mississipi, que cortaba el abastecimiento de sus ejércitos, la confederación del Sur debía rendirse a la evidencia de su desastre. El general Sherman avanzó hacia el Atlántico y se apoderó de Atlanta y Savannah y finalmente los unionistas se apoderaban de la capital del Sur, Richmond, obligando a los sudistas a capitular el 9 de abril de 1865 en los campos atrincherados de Appomatox. Pocos días después Lincoln caía asesinado.

La concepción social, que tras larga evolución histórica habíase formado en el occidente europeo, triunfaba en los Estados Unidos, implantando a todos los estados de la Unión una unidad civilizadora, basada en consideraciones sociales. De esta forma, una nación, que salía a la luz de la Historia, poderosa, de inmensos recursos, parecía llamada providencialmente para, en corto plazo, representar a una civilización basada sobre la libertad individual. Fue, pues, un acontecimiento de resonancia mundial. En adelante el Atlántico Norte iba a bañar sólo países regidos por las mismas instituciones sociales, políticas y económicas, y la guerra de Secesión acababa de fijar el destino de las potencias occidentales. Por aquellos años en Europa el régimen liberal había arraigado por completo en Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Dinamarca y Noruega; se desarrollaba en Fracia, Italia y Suiza; en España y Portugal, entre convulsiones internas intentaban ganarlo. En Alemania occidental, Austria y Bohemia las tendencias liberales encontraban relación con las de los países occidentales. Por el contrario, más allá del Elba gobernaban el imperativo de la raza, el autoritarismo estatal y el que cada individuo debía integrarse en su grupo social.

Europa aparecía, pues, escindida en dos ideologías, pero al otro lado del Atlántico triunfaban plenamente los sistemas político, moral y social surgidos del liberalismo occidental. Se pierde el sentido de solidaridad occidental al regazo de la autoridad papal; en adelante va a ser el Atlántico, que bañaba a países católicos y protestantes, el que representaría una nueva solidaridad, y como en otros tiempos había surgido la civilización mediterránea, nacía en pleno siglo XIX la nueva civilización atlántica.

1868

El Japón se abre al Occidente. Sorprende al comparar la civilización de las dos naciones del Extremo Oriente, China y Japón, en la época histórica que nos ocupa, que la primera hubiera permanecido indiferente al contacto con Europa, y que, en cambio, el Japón, habiendo llegado mucho más tarde a la civilización, abordara más rápidamente la cultura occidental sin que para ello abandonara su tradición milenaria. La respuesta hay que buscarla en que China se consideraba en el cénit de su sabiduría y civilización, y si bien estuvo obligada a admitir a algunos europeos en sus puertos, les consideró siempre como ignorantes y no se sintió atraída por sus conocimientos técnicos. Por el contrario el Japón, desde

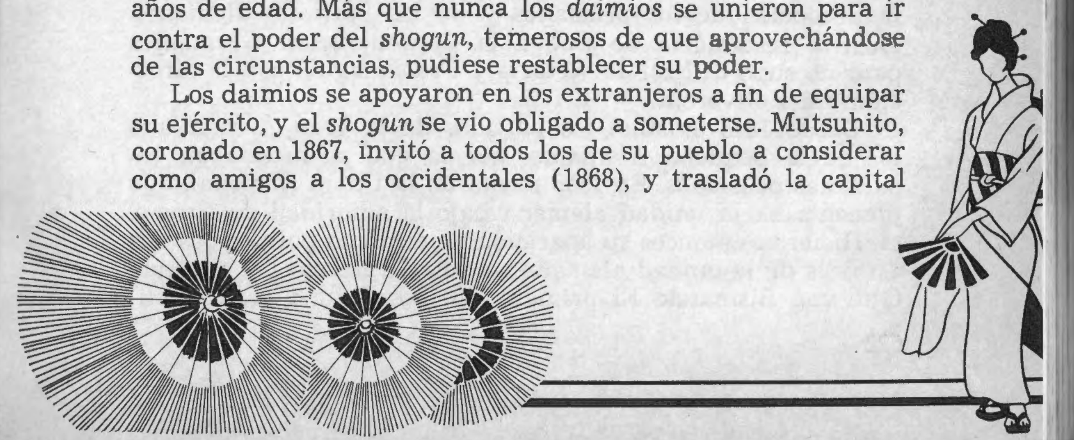
1858, en que abrió algunos de sus puertos a los norteamericanos y con la influencia de los comerciantes holandeses con cuyo trato tomó contacto con el pensamiento europeo, se mostró cada día más interesado por los adelantos de Occidente. La apertura de los puertos era esperada por la burguesía y además coincidió con la época en que el Japón se hallaba en plena evolución interna, pues desde el siglo XVII el feudalismo fue retorciendo con la renovación económica de las ciudades y la creciente centralización monárquica. Esto fue lo que permitió al Japón poder realizar el avance que en pocos años le convertiría en una gran potencia.

El súbito contacto del Japón con el extranjero le sumió, por espacio de diez años, en una profunda crisis. El *shogun* tenía ahora que enfrentarse con el partido de los imperialistas, que intentaban dar al emperador el poder absoluto; existía además el partido que veía con repugnancia el comercio con el extranjero. Por conveniencia el partido imperialista se asoció a los xenófobos y el emperador dio la orden de expulsión de los extranjeros. Entonces el conflicto adquirió caracteres de suma gravedad tanto en el aspecto social como político.

Los extremistas en 1862 atacaron a dos legaciones extranjeras y al año siguiente, a consecuencia del asesinato de un inglés, la escuadra británica bombardeó Nagoshira. El emperador, inquieto, hubo de retirar la orden de expulsión de los extranjeros y ratificar el tratado de 1858 e incluso se vio obligado a añadir una cláusula que limitaba al 5% los derechos aduaneros sobre las mercancías europeas. A partir de entonces el partido xenófobo dejó de tener influencia y el Japón entró de lleno en el mercado internacional.

Los grandes señores feudales del Sureste, *daimios*, con la esperanza de recuperar la autonomía de antaño, se aliaron contra el poder del *shogun*. Entre tanto, moría el emperador Komei (1867) dejando por sucesor a su hijo Mutsuhito de 14 años de edad. Más que nunca los *daimios* se unieron para ir contra el poder del *shogun*, temerosos de que aprovechándose de las circunstancias, pudiese restablecer su poder.

Los daimios se apoyaron en los extranjeros a fin de equipar su ejército, y el *shogun* se vio obligado a someterse. Mutsuhito, coronado en 1867, invitó a todos los de su pueblo a considerar como amigos a los occidentales (1868), y trasladó la capital



a Yedo (Tokio). Este cambio se conoce con el nombre de Revolución de 1868. El emperador adoptó para su reinado el nombre de *Meiji,* que significa despotismo ilustrado y dejó en libertad a sus consejeros para que llevaran a cabo una verdadera revolución política, social y económica. Los daimios fueron privados de la autoridad feudal que poseían y sólo se les conservó como gobernadores reales.

Una vez acabado el feudalismo, el Japón hubo de enfrentarse con las órdenes religiosas a las que confiscó todos sus bienes. Al mismo tiempo emprendió una profunda reforma social, suprimiendo en 1871 todas las señorías y en 1872 dio a los campesinos emancipados las tierras que ocupaban y declaró la igualdad de derechos de todos los japoneses. De esta forma en pocos meses se logró en el Japón una reforma tan profunda, como la que en Occidente había desencadenado la Revolución francesa.

1871

Alemania consigue la hegemonía en Europa. El movimiento unitario alemán conoció en sus comienzos la influencia liberal y revolucionaria que había imperado en el italiano; nació en 1807 ante los desastres prusianos, reaccionó contra la política napoleónica en una formidable guerra de independencia y liberación. A través de toda la literatura romántica podemos seguir este deseo de unidad. Sin embargo, desde 1840 el sentimiento nacionalista impera en la burguesía e irradia a las demás clases sociales.

Federico Guillermo IV de Prusia intentó formar un estado alemán restringido, sin Austria. Muchos estados alemanes rechazaron el proyecto, a pesar de que un parlamento, convocado en Erfurt, aceptó la propuesta prusiana. La demora en los acuerdos agravó la tensión entre Austria y Prusia y estuvo a punto de estallar la guerra; pero Federico Guillermo IV claudicó en el momento clave (noviembre de 1850), causando la decepción de los prusianos y de los patriotas alemanes. Austria restablecía de nuevo la Confederación Germánica pero no supo utilizar la victoria y Prusia siguió con la dirección del Zollverein.

Desde 1848 existían los partidos de la gran Alemania y los de la pequeña Alemania, por la que se inclinaban los patriotas prusianos. En 1859 formaron la Unión Nacional, que preconizaba la unidad alemana bajo la autoridad de Prusia.

Hicieron entonces su aparición en el plano político los dos artífices de la unidad alemana: el rey Guillermo I y el conde Otto von Bismarck. El primero, sin poseer una gran inteli-

gencia, tenía un programa claro: renovar el poderío de Prusia y unificar Alemania, pero sin lucha ni violencia, sólo con la conformidad de los príncipes. Su figura queda ensombrecida por la de Bismarck, al que la revolución de 1848 llevó a la escena política. Pronto se dio cuenta del problema político alemán y del dualismo austro-prusiano. Elegido por Guillermo I para presidente del ministerio prusiano, empezó a preparar a Prusia para el papel histórico que quería reservarle. Procuró aislar diplomáticamente a Austria, aspirando a la neutralidad rusa en caso de guerra entre las dos potencias germánicas, y rechazó una propuesta de alianza con el zar para provocar la reacción de Francia e Inglaterra. Apoyó los planes quiméricos de Napoleón III y se atrajo la amistad de Italia. Preparada así la situación internacional, dedicóse a lograr su objetivo: obtener la unificación alemana bajo la preeminencia de Prusia. Para ello agrupó en torno a Prusia los intereses de la industria y el comercio extranjero, con lo cual atraía a su causa a la burguesía comercial, dueña del dinero, que veía ampliados sus mercados.

La tensión era tan intensa, que no tardó en surgir la lucha, esta vez a raíz del litigio de los ducados daneses de Schleswig y Holstein, que el tratado de Viena había cedido. Austria era partidaria de hacer con ellos un nuevo Estado federal y Prusia de retenerlos a favor de los vencedores. Se acordó en Gastein que Austria administraría Holstein y Prusia Schleswig, pero el acuerdo no era sincero y no tardó en demostrarse. El primero de junio de 1866 Austria denunció la convención de Gastein a la Dieta de Francfort, al tiempo que Bismarck presentaba ante ella un proyecto de unidad alemana. La dieta votó en favor de Austria, lo que significó la guerra.

El teatro principal de la contienda correspondió a Bohemia en donde el ejército prusiano dirigido por Moltke demostró su superioridad táctica y de armamentos. La batalla decisiva fue la de Sadowa o Königgräte. Prusia formó por primera vez un todo desde el Niemen al Mosela. El 1° de junio de 1867 quedó constituida la Confederación del Norte.

La victoria prusiana tambaleaba el equilibrio europeo y amenazaba directamente a Francia. Prusia sabía que Napoleón III no permitiría la integración estatal del Reich, y el soberano francés, para prevenir esto y lograr más admiración en el interior de su país, no cedió a la política de Bismarck. Un incidente, la búsqueda de un rey para la corona española, provocó la guerra. El trono se ofreció al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, y Francia se opuso rotundamente a la candi-

datura. Este hecho motivó la guerra. Toda Alemania se puso al lado de Prusia. Austria se mantuvo neutral, posición que también adoptó Inglaterra; Rusia continuó su amistad con Prusia y tan sólo Italia le brindó su ejército si Napoleón le permitía ocupar Roma, ofrecimiento que fue rechazado.

Napoleón III se encontró aislado, disponiendo de un ejército en plena organización y de una opinión nacional profundamente desvalorizada, frente a una Prusia poderosa. El curso de la lucha fue una sucesión de derrotas para Francia. La batalla decisiva en la que hubo de capitular el ejército francés fue la de Sedán (30 de agosto de 1870). En el mes de septiembre los alemanes sitiaban París y en octubre el general Bazaine rendía Metz. Estos acontecimientos representaron en Francia el fin del Imperio y la proclamación de la República.

A pesar de la resistencia de León Gambeta el cerco de París no pudo ser roto y el gobierno francés hubo de capitular y solicitar el armisticio. Por la paz de Francfort Francia cedió Alsacia y la Lorena y hubo de satisfacer una indemnización de guerra de 200 millones, permaneciendo ocupada hasta que pagase íntegramente. La guerra con Francia había unido a todos los príncipes y soldados de Alemania y varios estados del Sur ingresaron en la Confederación del Norte. Durante las negociaciones se propuso dar un nuevo contenido a la unidad alemana restaurando el Reich. Guillermo I lo aceptó en Versalles el 18 de enero de 1871, fecha de la institución del Segundo Reich alemán.

La Alemania unificada no había sido producto de las convicciones de sus moradores, sino fruto de guerras victoriosas logradas por un pueblo adiestrado y disciplinado por siglos de sujeción religiosa a sus príncipes. Así el Sacro Imperio se erigía en el centro de Europa, no sobre los cimientos liberales de los pueblos del Atlántico, sino sobre una idea antiliberal y mística, fundada en el autoritarismo estatal.

Austria, con el resurgimiento de Alemania como primera potencia de la época, quedaba en una difícil situación. Amenazada a la vez por el imperio alemán y Rusia se unió estrechamente a Hungría, que rápidamente se alzaría como elemento dominante; pero ante la imposibilidad de hacer frente al poderío alemán inició una política de acercamiento a Berlín aceptando una unión aduanera económica, postal y militar.

En septiembre de 1872 las tres potencias de Alemania, Austria y Rusia se reunieron en Berlín comprometiéndose a mantener la paz en Europa. Al año siguiente el emperador alemán visitaba San Petersburgo y firmaba con Alejandro II un con-

venio militar. El zar acudía el mismo año a la Exposición Universal de Viena acordando con Francisco José un pacto militar. Quedaba formada una Santa Alianza destinada a mantener la paz y el orden. La *entente* de los tres emperadores atrajo los deseos de Italia de adherirse a ellos, recelosa de un retorno ofensivo de Francia. En 1875 se reconciliaba con Austria, y se adhería, contra Francia, a la política aliada de los tres imperios.

Inglaterra, a la que la Santa Alianza dejaba al margen del concierto de las naciones, comprendió el error cometido al dejar que derrotaran a Francia. Rusia amenazaba sus posesiones en la India y en el Oriente Medio; Alemania no ocultaba su posición reactiva contra Bélgica.

Inglaterra, aislada, perdía su papel de árbitro en provecho de Alemania. Europa quedaba escindida en dos zonas que cada día iban adquiriendo un signo más definido. Todos los países marítimos se adhirieron al régimen parlamentario y los continentales al de la monarquía autoritaria. El fracaso de la política liberal británica, después del tratado de Francfort, conduciría a Inglaterra por la senda nueva del imperialismo.

El poderoso bloque creado por Bismarck fue en sus orígenes un instrumento de paz. Bismarck deseaba tan sólo mantener el *statu quo* entre las potencias y conservar la hegemonía recién conquistada, para lograr la verdadera unión interna en su país, que las divergencias sociales hacían tan difícil.

Prusia, piedra angular del imperio, se apoyaba política y militarmente sobre los terratenientes del este del Elba de un conservadurismo intransigente. Por otra parte, las provincias renanas y las del sur, con su burguesía industrial, mercantil y universitaria y su desarrollo económico, proporcionaban a Alemania el apoyo material y moral necesario para imponerse a las potencias. De los cuatrocientos diputados de que se componía el Reichstag, doscientos representaban el partido nacional-liberal de la Alemania occidental del Norte, y entre estos bloques basados en concepciones políticas y sociales divergentes, el centro reunía a los católicos. Desde 1848, la adhesión del catolicismo a las ideas de reforma social originó la formación de un partido con miembros de todas clases sociales, que agrupaban a una tercera parte de la población alemana y combatía la ideología que divinizaba al Estado.



Bismarck se dio cuenta rápidamente de estas disensiones internas, y aunque procedía de la clase social de los terratenientes, y era por tradición luterano, comprendiendo que era preciso dar al imperio instituciones judiciales y económicas unitarias, lo hizo apoyándose en las nacional-liberales. Con su apoyo practicó una política aduanera y librecambista; dotó a Alemania de una moneda única, el marco; y de un Banco imperial. Por otra parte el nacionalismo de los liberales se asoció ideológicamente a la política imperial de Bismarck, que fomentaba sus intereses económicos.

Partidario de los derechos del Estado, Bismarck experimentaba manifiesta hostilidad hacia los católicos, que influían en los campesinos y obreros. La declaración de la infalibilidad del Papa encendió la lucha entre el Estado alemán y la Iglesia católica; esta lucha la emprendió Bismarck en nombre de la «cultura», es decir de la ideología nacionalista alemana, de ahí su nombre de *Kulturkampf*.

Se procedió a la disolución de la Compañía de Jesús; los seminarios y escuelas religiosas quedaron sometidas al Estado y muchos obispos y sacerdotes fueron destituidos y encarcelados. Ante la protesta papal. Berlín rompió con el Vaticano. Los católicos, lejos de someterse aceptaron la lucha y su influencia entre la masa perjudicó a los nacional-liberales. En 1873 el partido católico era el más poderoso de Alemania, y árbitro de las luchas entre conservadores y liberales.

El socialismo cada día iba teniendo más adictos; en 1874 consiguió cinco diputados para el Reichtag y en las elecciones de 1875 logró ya doce. Para contener su empuje Bismarck propuso una ley de prensa que los liberales rechazaron. A partir de entonces Bismarck se apoyaría tan sólo en los conservadores, y los liberales habrían de renunciar para siempre a ver a Alemania convertida en un Estado parlamentario. Pero, la actitud del gobierno frente al socialismo no impidió que Bismarck dictara una serie de leyes favorables a los obreros, impuestas precisamente para desarmar aquella ideología. La legislación social alemana de 1881 a 1887 constituyó un modelo para los demás países europeos. Al propio tiempo, dándose cuenta de que el sentimiento católico no desaparecía del país, sino que se agrupaba alrededor de sociedades secretas, inició una política de acercamiento, que constituyó su mejor apoyo.

Una vez logrado el poder casi absoluto en el imperio, Bismarck emprendió la tarea de imponer la hegemonía alemana a Europa, pero de una manera pacífica, a base de una

serie de alianzas. Tres eran las potencias que despertaban ahora su interés en el continente: el imperio austrohúngaro, el imperio ruso y el reino de Italia, pues Francia por el momento no contaba. Después del Congreso de Berlín (1878) Austria y Rusia, un tiempo unidas contra Alemania, se separaron. Bismarck, que desconfiaba de Rusia, por considerarla un obstáculo a su hegemonía, procuró un acercamiento con Austria, firmando una alianza dirigida contra Rusia en octubre de 1879. Este tratado significaba el acercamiento de Inglaterra y Alemania.

Así, en realidad, Rusia y Francia eran las dos potencias aisladas. Bismarck, temiendo hallarse cogido entre dos frentes trató, participando aún en la alianza austroalemana, un acercamiento con el zar, hecho que fue posible gracias a su audaz diplomacia y a las circunstancias interiores de Rusia. Su habilidad fue tanta, que en 1881 consiguió un acuerdo secreto entre los tres emperadores de Alemania, Austria y Rusia relativo al apoyo mutuo en el caso de un conflicto con una cuarta potencia.

Gracias a un verdadero laberinto de tratados secretos, muchos de ellos contradictorios, y por tanto valederos sólo en tiempos de paz, Bismarck llegó a dominar toda la política europea y Berlín fue la capital diplomática de Europa.

Los acontecimientos de 1885 en Rumelia, con el estallido de un movimiento de incorporación a Bulgaria, produjeron una situación cada vez más tirante entre Rusia y Austria y el zar amenazó con romperla. Al propio tiempo Francia iniciaba una propaganda antialemana, y por esta razón Bismarck se volvió hacia Inglaterra e Italia buscando apoyo contra la nación francesa, que cercada por todas partes intentó un acuerdo con Rusia.

Cuando la crisis nacionalista francesa alcanzaba su cumbre falleció el emperador Guillermo I, y su hijo, Federico III, sólo pudo reinar tres meses, pues le sorprendió la muerte. Así, subió al trono Guillermo II que en seguida dio señales de soportar difícilmente a Bismarck, desaprobando su política y su hostilidad hacia los socialistas. El emperador le desautorizó después de las elecciones de 1890 y tuvo que retirarse a la vida privada. Su caída causó gran consternación en las potencias, porque su diplomacia, instrumento de toda su política exterior, mantenía el equilibrio del continente.

Guillermo II, hombre de carácter autoritario, instauró como objetivo supremo de su política el abrirse paso en Europa y en el mundo colonial.

1889

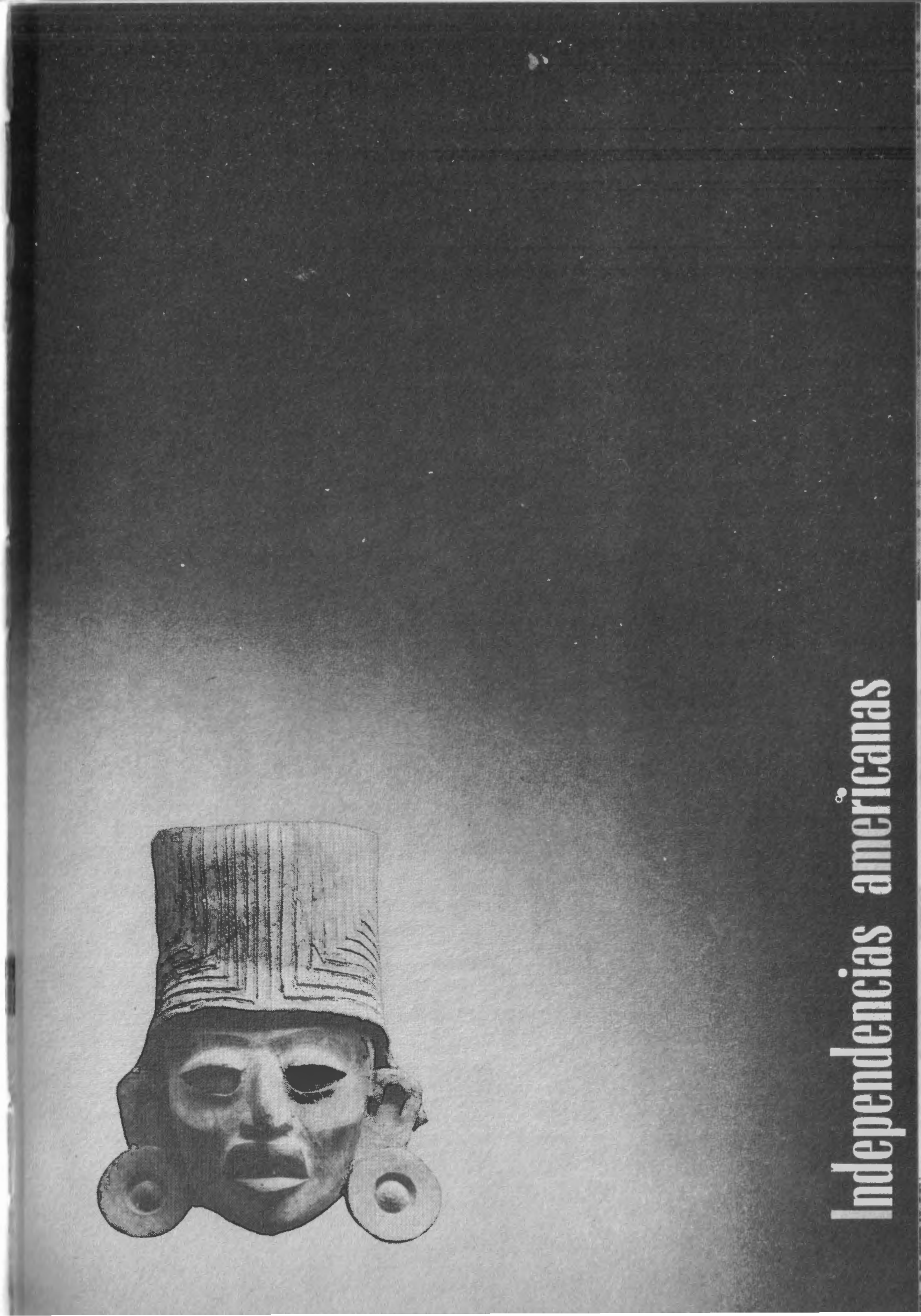
El régimen constitucional en el Japón. El Japón centralizado que surgió de la monarquía de Mutsuhito se convirtió en el primer país industrial de Asia. Los equipos extranjeros residentes en él le dotaron de los últimos adelantos y descubrimientos; se tendieron líneas telegráficas y férreas y formóse con sorprendente rapidez la flota mercante. El intercambio cultural con países europeos y americanos iba en aumento, siendo muchos los jóvenes japoneses que marchaban a Europa para formarse en los métodos y técnicas modernas para ocupar luego en las empresas de su país los puestos relevantes. Al principio esta gigantesca obra sólo pudo ser puesta en marcha con ayuda de los capitales extranjeros y en particular de los ingleses, pero pronto el Japón pudo bastarse por sí solo como gran potencia y ocupar un puesto en el plano económico internacional.

El incremento económico con la puesta en marcha de todas las industrias llevó consigo también la creación de periódicos que pusieron al alcance de toda la nación los acontecimientos políticos. El primer periódico se había creado en 1871 y en 1880 ya circulaban gran cantidad de ellos por todo el país. También el fomento de la enseñanza, declarada obligatoria para ambos sexos, elevó mucho el nivel cultural y fueron varias las comisiones japonesas que marchaban a Europa para estudiar las Constituciones occidentales. Uno de los principales reformadores fue Kido, que propuso la implantación del régimen constitucional. El emperador se mostró interesado por la teoría, y en 1875 convocó la primera Asamblea Legislativa, formada por relevantes figuras designadas por él. Una nueva etapa se abrió en 1878 al crearse en cada prefectura una Asamblea Administrativa elegida por sufragio.

Tales ideales venidos de Occidente hicieron surgir un Partido Liberal que pedía se convocase una Asamblea Nacional elegida, lo que aprobó el emperador anunciándola para 1890. Se preparó una Constitución, promulgada en 1889, que convirtió al Japón en un Imperio Constitucional, suceso inédito en la historia del continente asiático.

La Constitución de 1889, que tuvo por modelo la alemana en la que el poder ejecutivo es independiente del legislativo, introdujo muchas formas nuevas en la vida del país, pero







1

Las viejas civilizaciones autóctonas han dejado el suelo del Nuevo Continente cubierto de bellos monumentos. huellas del pasado.
Es la historia hecha piedra de los poderosos aztecas (1 y 2), de los valerosos incas (3 y 4), de los cultos mayas (5), de los audaces araucanos.



2

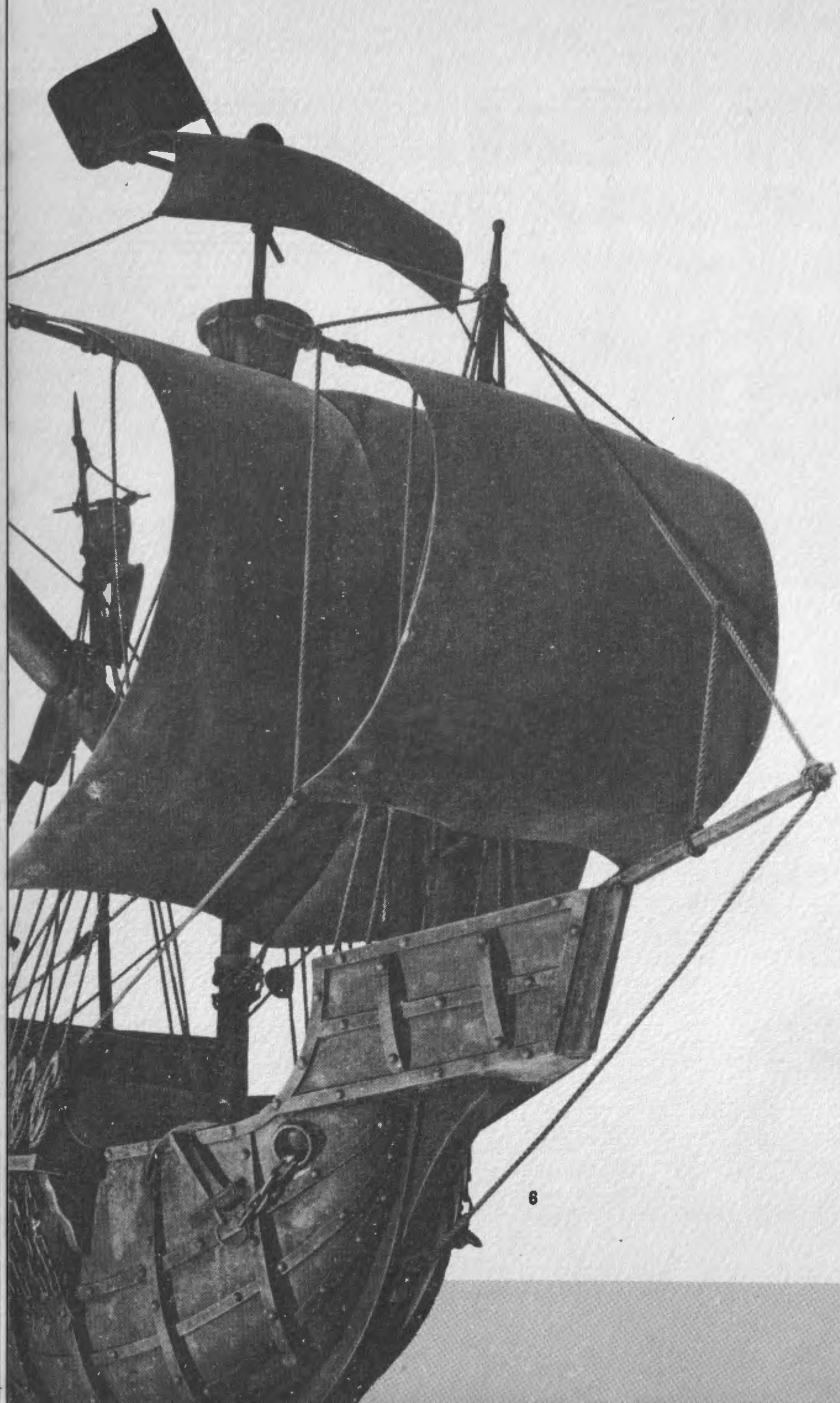


3

4

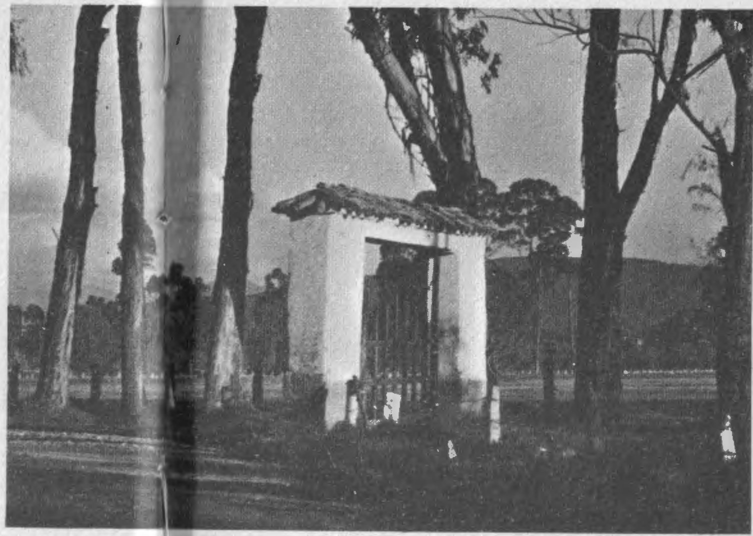


5



6

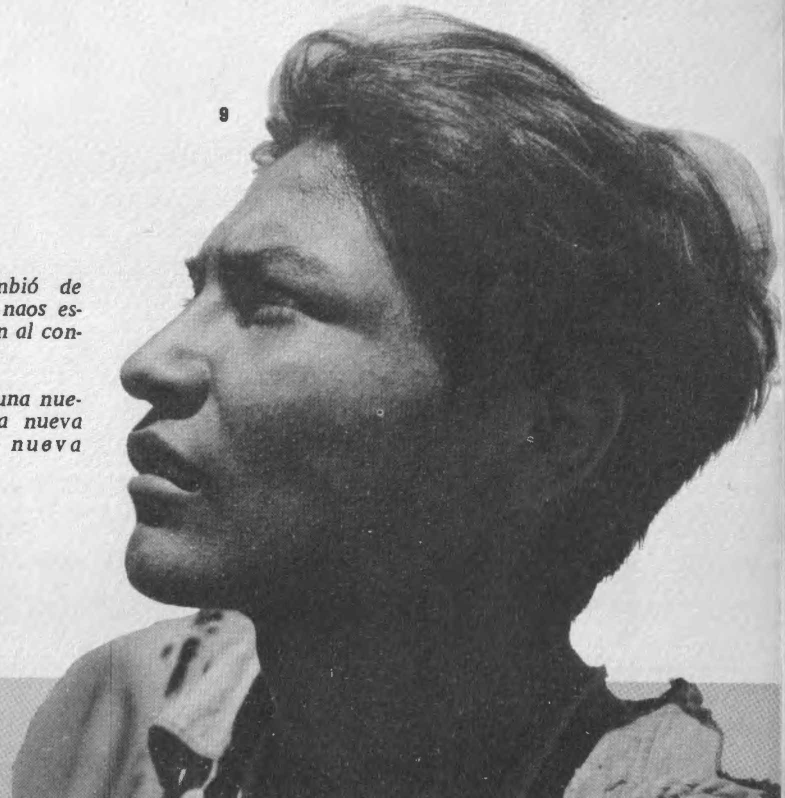
7



8



9



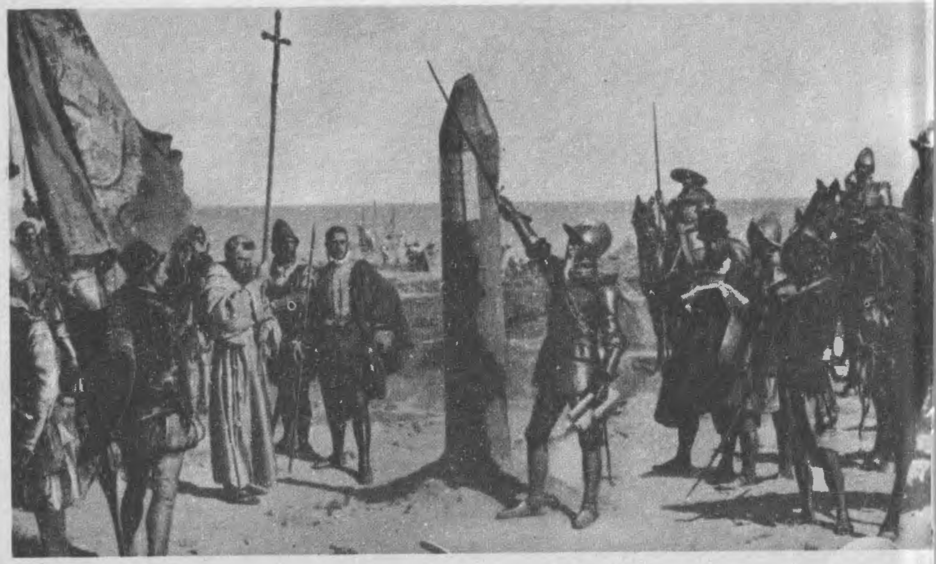
Su historia cambió de rumbo cuando las naos españolas (6) llegaron al continente.

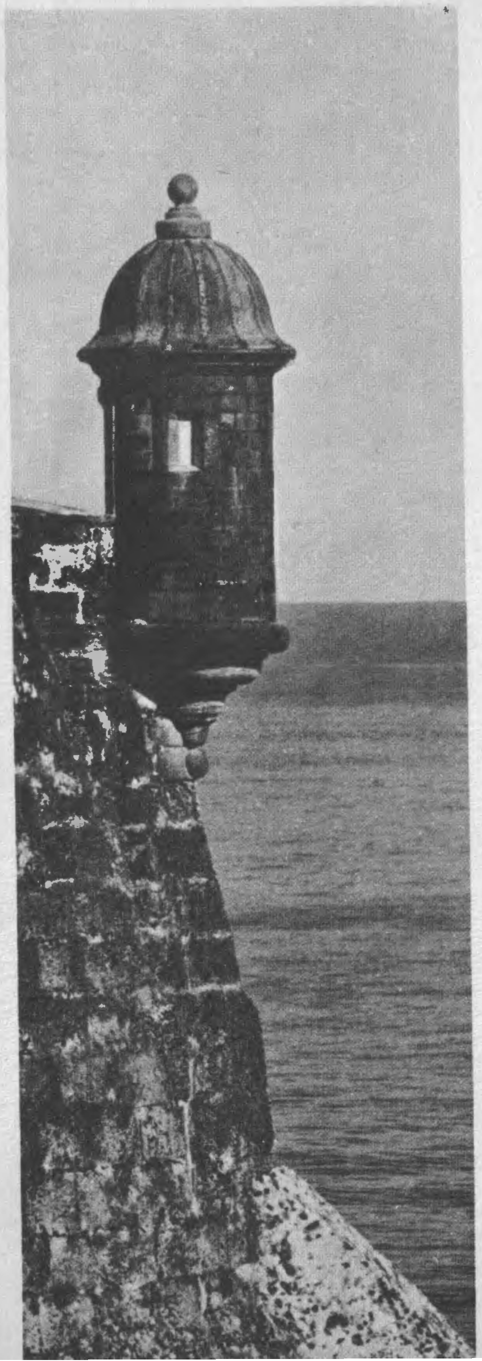
Daba comienzo una nueva época (7), una nueva cultura (8) y una nueva raza (9).

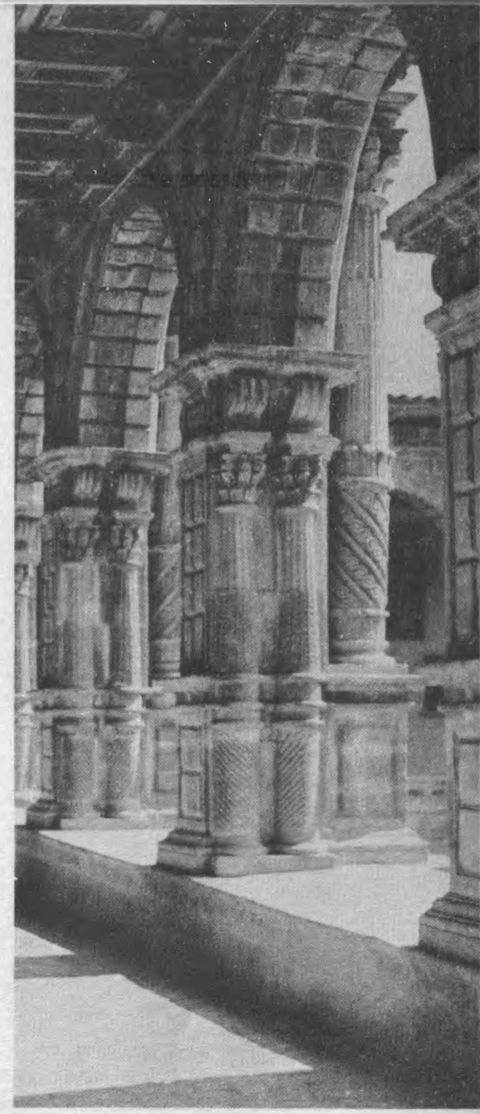


10

11







13

12

Se ganó campo a las intrincadas selvas (10) y se fundaron ciudades (11), se fortificaron las costas (12), se abrieron caminos al comercio, se construyeron misiones (13) y universidades.



Y cuando el viento de los Andes trajo ansias de libertad, la espada americana se cubrió de gloria (14) en los campos de combate desde el golfo de México a las Pampas.

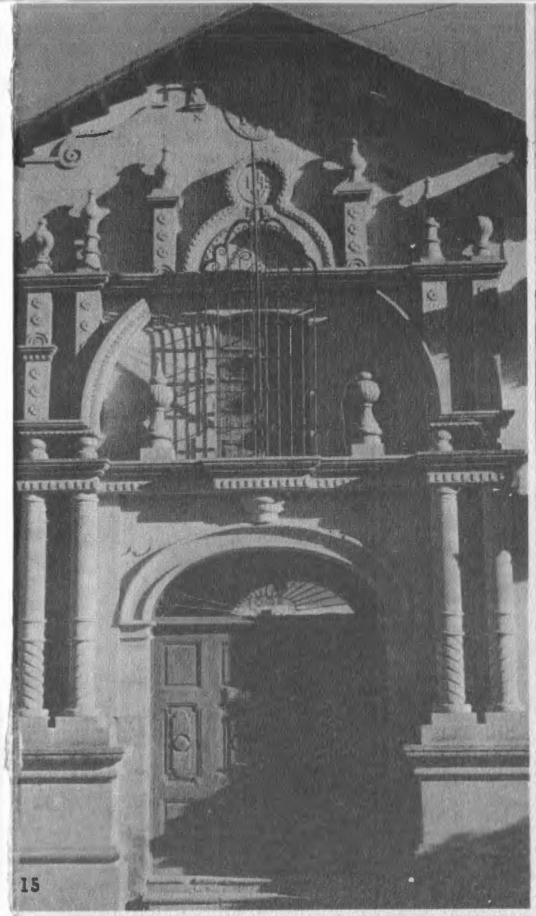




Retrato anónimo de Simón Bolívar.



Declaración de la Independencia de los EE. UU



15



16



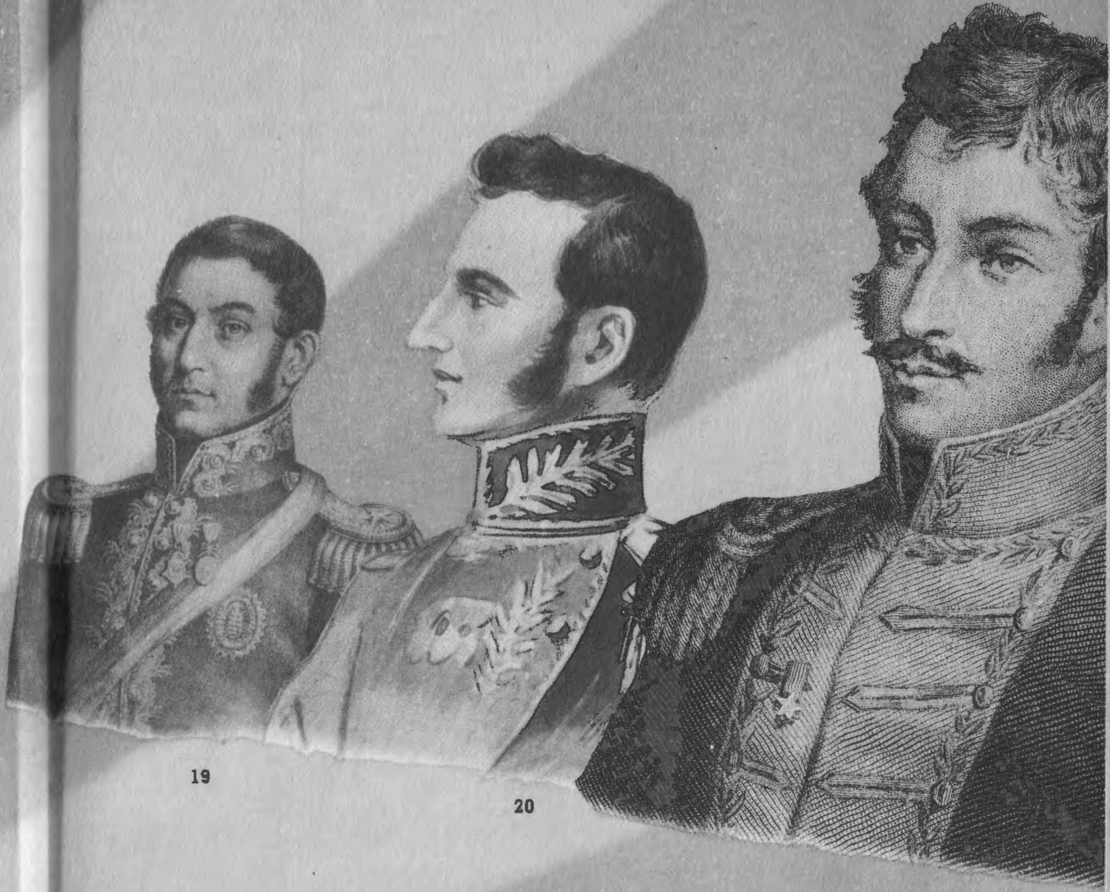
17



18

El grito de «independencia» brotó del pecho de los americanos en este balcón boliviano (15), en esta casa colonial argentina (16), en esta plaza colombiana (17), en este acto venezolano (18).

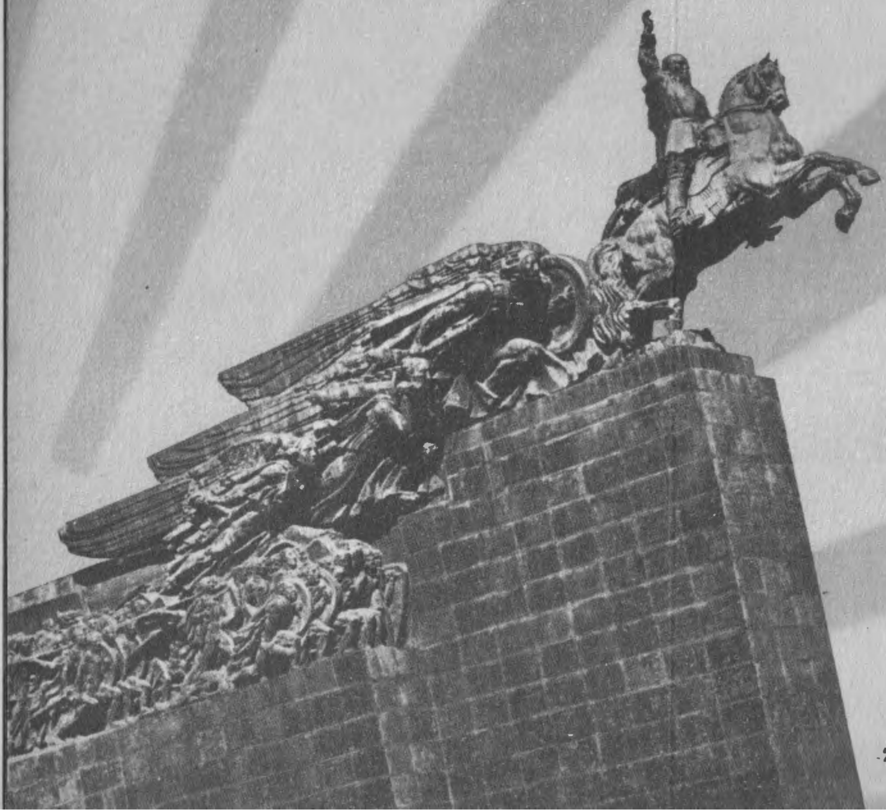
Los forjadores de la independencia (19 al 21), los paladines de la libertad, los padres de las nuevas patrias: San Martín, Sucre, Bolívar, y tantos otros, abrieron los caminos del progreso con la aureola fascinante de la victoria (22).



19

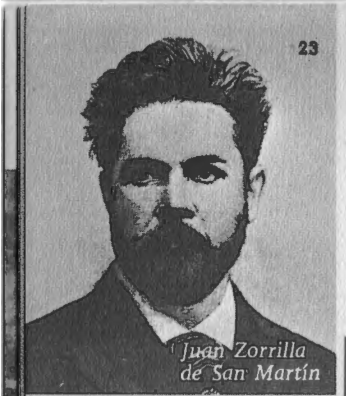
20

21

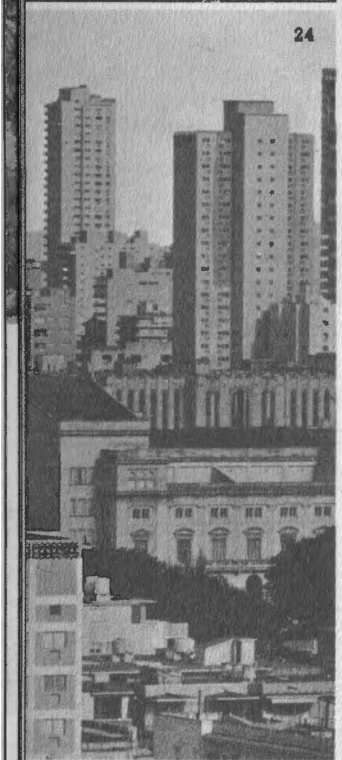


22

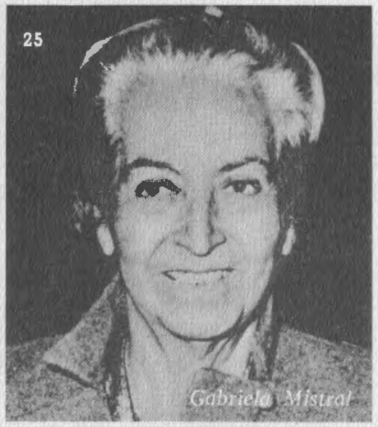
Desde entonces, la América, dividida en prósperas Repúblicas, adornadas con todas las manifestaciones del progreso y de la riqueza (24, 26 y 30), cosechando sus hijos los mejores lauros en el arte y en las letras (23, 25, 27, 28 y 29), camina con paso firme al lado de los pueblos libres amantes de la paz.



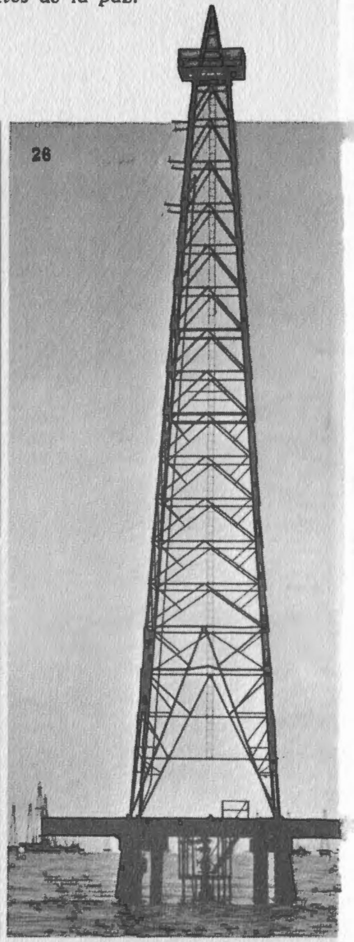
23 *Juan Zorrilla de San Martín*



24



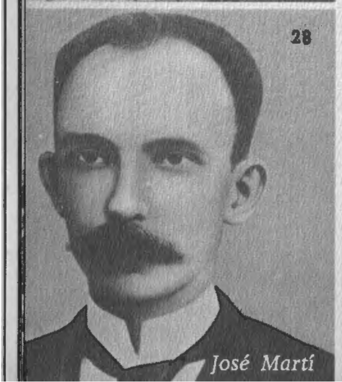
25 *Gabriela Mistral*



26



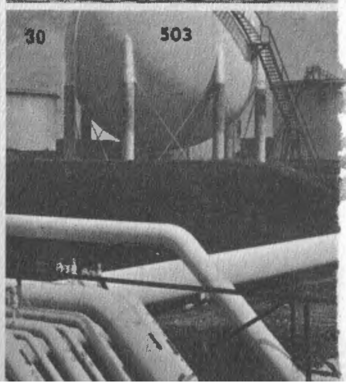
27 *Rubén Darío*



28 *José Martí*



29 *Andrés Bello*



30

siempre respetando las viejas tradiciones. El poder imperial, considerado en el Japón como de origen divino, siguió conservándose, y el emperador siguió gobernando con ministros y otros miembros elegidos por él; disponía de veto absoluto sobre las decisiones de las Cámaras y podía dictar con fuerza de ley, declarar la guerra y hacer la paz, sin necesidad de intervención del Parlamento. Esta influencia liberal no se limitó únicamente al orden político, sino que hizo mella en todos los ámbitos sociales. La prensa se hizo eco de los diversos partidos que reclamaban para los ciudadanos los derechos naturales y de la soberanía nacional. La nueva generación de intelectuales, formados en las universidades y escuelas técnicas, se mantenía en contacto con los núcleos cultos del extranjero, en particular de Alemania y los Estados Unidos, lo que contribuyó en gran manera a formar la nueva etapa de la historia nipona.

1894

Guerra chino-japonesa. El Japón, formado por sus maestros europeos, se habían convertido en una gran potencia, cuya situación marítima le daba un preeminente puesto en el ámbito económico y político, lo que le hizo adquirir conciencia de su supremacía sobre China.

En 1894 el Japón contaba 42 millones de habitantes en tanto que la población de China era superior a la cifra de 350 millones. La desproporción era enorme, pero el Japón disponía de un ejército organizado, equipado con armamento moderno; su marina, construida e instruida por ingleses, contaba con 58 unidades. Prácticamente el ejército de China era nulo, pues las fuerzas con que contaba eran 300.000 soldados, que sólo existían en teoría, y una veintena de unidades navales con una tripulación incompetente. La única fuerza real era un cuerpo de voluntarios instruidos por oficiales alemanes hacia 1875.

El Japón ambicionaba el reino de Corea, vasallo de China y que contaba con una población no superior a los 10 millones de habitantes y estrechamente cerrada a toda influencia extranjera, pero su posición estratégica respecto del Japón le hacía ser codiciada por esta potencia, por ser el punto de partida de toda posible invasión a su nación, aparte de su riqueza minera (hierro principalmente). Ya en 1876 el Japón había conseguido la apertura de tres puertos en Corea y la firma de un tratado comercial. En aquella ocasión China no intervino más que para advertir al gobierno coreano que frenara las ambiciones del Japón. El rey de Corea Myong-Bok

entabló negociaciones con Estados Unidos, Inglaterra y Francia para detener el impulso japonés; pero, entre tanto, se había formado en Corea un partido dirigido por jóvenes que habían estudiado en Japón y que eran partidarios de las reformas y de la adopción por su país de las técnicas modernas de la potencia maestra. Con apoyo en este partido el Japón en 1884, bajo pretexto de establecer el orden, asentó tropas en el país. Corea, en cambio, se dirigió a Rusia en demanda de instrucción militar, pero en cambio esta nación pidió la cesión de una base naval. Antes de que Corea hubiese firmado ningún tratado con Rusia, Inglaterra se interpuso haciendo fracasar las negociaciones. En 1894 el rey de Corea hizo un llamamiento a China, alarmado por la importancia que en su país iba adquiriendo el partido extranjero. China envió 3.000 hombres, pero inmediatamente el Japón desembarcaba en Corea 18.000; ocupó rápidamente las ciudades de Seul y Chemulpo y exigió del monarca coreano una serie de reformas que deberían ser llevadas a cabo con su ayuda. China protestó enérgicamente contra esta actuación y declaró la guerra a Tokio.

El Japón, lejos de ceder, contestó enviando una escuadra y grandes contingentes de tropas a Corea, que en la desembocadura del Yalú hundieron a la mitad de la flota china. Corea quedó reducida en poco tiempo y las tropas japonesas avanzaban hacia Manchuria. El Parlamento japonés aprobó los presupuestos de guerra de su nación y a la flota le fue fácil apoderarse de Port-Arthur y ocupar Wei-Hei-Wei y Formosa. El gobierno chino hubo de enviar al Japón al prestigioso general Li-Huang-Chang para concertar la paz, que se firmó el 17 de abril de 1895 (Tratado de Shimonoseki). China reconocía la independencia de Corea y cedía al Japón la isla de Formosa, las de los Pescadores y la península de Liao-Tung y además se comprometió a pagar una indemnización de 200 millones de *taels* de plata, aparte de otras concesiones comerciales.

El Japón con esta guerra adquirió una situación de predominio en el Asia oriental, lo cual suscitó el recelo de las potencias occidentales en particular de Rusia, Alemania y Francia. Rusia, que ambicionaba hacer llegar el transiberiano hasta Port-Arthur, en el mar libre, y que veía entorpecida su expansión en Extremo Oriente si el Japón ocupaba la península de Liao-Tung, empezó haciendo gestiones en el Mikado, junto con Alemania y Francia, acerca del abandono de aquella península. Los resultados fueron que en agosto

de 1895 los japoneses devolvieron a China la península de Liao-Tung, pero se compensaron intensificando su penetración en Corea. La corte de Seul era contraria a la influencia japonesa, pero la reina fue asesinada y el rey buscó refugio en Rusia. En 1896 Rusia y Japón firmaron un acuerdo por el que establecían un condominio en Corea y se comprometían para actuar siempre de común acuerdo. Esta fue la base de la expansión rusa en Extremo Oriente.

1902

Pacto anglonipón. La guerra entre China y Japón dio al pueblo nipón verdadera conciencia de su fuerza. Alzándose sobre la base dogmática de que era un pueblo elegido elaboró una doctrina según la cual era deber del emperador y de sus súbditos el imponer el dominio japonés a los pueblos menos civilizados. El gobierno nipón trató de orientar todas las fuerzas de su país en un gran partido inspirado en la antigua nobleza de clases, pero el gran incremento económico dio cada día mayor pujanza a la clase burguesa y hacía surgir en el campo el estamento de campesinos propietarios. Estos dos últimos grupos se inclinaban por el Partido Liberal, que aspiraba a introducir en el Japón el régimen parlamentario. Las ideas socialistas también iban tomando cuerpo cada día con mayor auge, sobre todo entre el proletariado obrero, pero fue el partido liberal el que consiguió más adeptos y la nobleza intentó infiltrarse en él.

En 1900 ya se dibujaban varias tendencias dentro del Partido Liberal, que en líneas generales no representaba a la opinión general a pesar de disponer de mayoría de votos en el Parlamento, la cual se agrupaba en torno al emperador Mutsuhito, que les impulsaba a la guerra. Los liberales se sumaron a esta corriente y ya desde 1901 se turnaron en el poder los gabinetes liberales y conservadores; pero ambos de acuerdo con la política imperialista de llevar la guerra contra Rusia.

Esta potencia aspiraba a imponer su dominio en Manchuria y Corea, y eso preocupaba no sólo al imperialismo japonés sino también a Inglaterra y Alemania, que veían en el Japón al elegido adecuado para actuar de contrapeso a las aspiraciones rusas. En 1900 Alemania e Inglaterra firmaron un tratado por el que se opondrían a la política de una tercera potencia, Rusia. Pero esta nación, a la que apoyaba Francia, seguía penetrando en China. Ocupados Port-Arthur y el Liao-Tung, el gobierno ruso firmó con el de Manchuria un pacto

por el que aquella potencia podía mantener tropas en la zona del ferrocarril transmanchuriano e instalar un comisario ruso en Mukden. En tales circustancias las potencias occidentales no pudieron protestar por aquello, que tenía todas las apariencias de un protectorado sobre el territorio de Manchuria.

El Japón imbuido en la guerra de los boxers, no podía reaccionar; pero entabló negociaciones con Londres. Alemania rechazó la alianza que le proponía Inglaterra. El 30 de enero de 1902, esta última potencia y el Japón firmaron un tratado de alianza, por el que se comprometían a mutua asistencia por las armas, si una de las dos potencias entrara en guerra con otras dos.

Este tratado, fruto de la diplomacia japonesa, iba a tener hondas resonancias. Por él Inglaterra descartaba su posición de potencia europea para atribuirse el papel de monarquía universal por el que iba a ponerse en contra de una nación europea, Rusia; pero cegada por el interés de que esta potencia no se abriera al mar libre, no se dio cuenta de que con su actitud favorecía un poderoso rival.

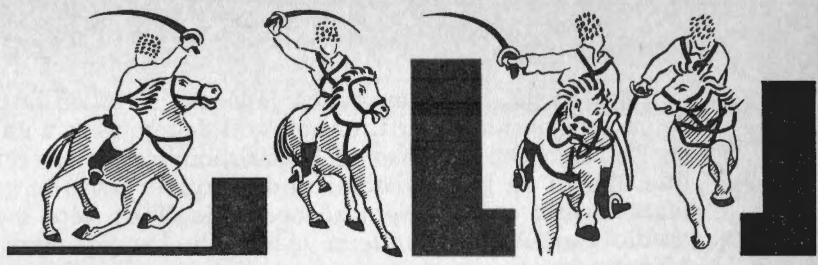
A este tratado Francia respondió intentando reforzar su amistad con Rusia y tres meses después del pacto anglonipón aquellas dos potencias firmaron un tratado semejante a aquél.

La tensión habíase hecho tan fuerte que la guerra parecía inminente. Rusia mostrábase dispuesta a retirar las tropas de ocupación de Manchuria y dejar únicamente las guarniciones del ferrocarril, pero había ya comprometidos muchos intereses. Bezobrazov, importante hombre de negocios, había fundado la Compañía de Yalú para la explotación de bosques y minas, y por otra parte en los ambientes militares la opinión era optimista y veía fácil la derrota del Japón, si llegaba el caso. Por ello Rusia iba retrasando el retirar sus tropas de Manchuria mientras el zar formaba un Comité especial para resolver los asuntos de Extremo Oriente en cuyo seno Bezobrazov era miembro importante.

La inquietud de Francia iba en aumento, pues se veía arrastrada a una guerra contra el Japón en el momento en que intentaba acercarse a Londres. Pero ni el Japón ni Rusia quisieron ceder y el conflicto hubo de estallar.

1904

Guerra ruso-japonesa. Al iniciarse el siglo XX, frente al imperialismo británico, que ejercía el dominio de todos los mares, se alzaban dos nuevas potencias: Los Estados Unidos de América y el Japón.



Los Estados Unidos ocupaban el primer puesto en la producción industrial mundial y con la conquista de Filipinas dominaban el Océano Pacífico. El Japón se había convertido en una gran potencia marítima y militar, que ejercía su dominio en los mares de China, relegando de su papel de primera potencia asiática a Inglaterra que se resarcía con los éxitos obtenidos en el Sudán y en África del Sur.

Ya desde 1901 la política japonesa orientaba su actuación a la cuestión del Asia oriental, entonces avivada por el avance ruso en Manchuria y Corea.

Ingleses, norteamericanos y japoneses intentaban en las embajadas de Pekín y San Petersburgo que Rusia evacuara las tropas de Manchuria. En abril de 1901, Rusia prometió que en tres etapas sucesivas las retiraría, dejando tan sólo las necesarias para guardar los ferrocarriles; sin embargo no hacía ningún preparativo para cumplir su promesa.

El disgusto nacional japonés continuaba aumentando. El 28 de julio de 1903 el gobierno intentó un convenio o pacto con San Petersburgo, pero en agosto del mismo año Rusia nombraba al almirante Alexiev virrey del terrtitorio del Kwangtung. Los japoneses, desde el primer momento, vieron en aquel personaje, partidario de la acción militar, un obstáculo a las negociaciones. Rusia se negaba a tratar de los asuntos de Manchuria con cualquier potencia que no fuera China, y el Japón denegaba una delimitación de la zona norte de Corea como región neutral.

En 5 de febrero de 1904 el Japón rompió sus relaciones diplomáticas con Rusia, retirando a su embajador Kurino de San Petersburgo, confiando en que su alianza con Inglaterra le evitaría cualquier reacción peligrosa en Europa; pero las probabilidades de una acción belicosa iban en aumento y la opinión pública ya hacía tiempo que estaba decidida a la guerra; por esto a ningún japonés sorprendió la declaración de guerra a Rusia el 6 de febrero de 1904.

La sorpresa de América y Europa fue grande al conocer el hundimiento del crucero ruso Varyag y del cañonero Korietz, y el ataque a la escuadra rusa fuera de las aguas de Port-Arthur.

Para Rusia, la acción bélica japonesa significó la pérdida de su superioridad marítima sobre el Japón. Moscú no poseía en Extremo Oriente más de 100.000 hombres, y los refuerzos que habían de llegar, habiendo de recorrer 7.000 km. no podían hacerlo con la premura necesaria. Tras siete meses de asedio Port-Arthur cayó en manos de los japoneses, y en Manchuria los rusos se vieron obligados a replegarse sobre Mukden. Entre tanto, los refuerzos iban llegando y en octubre de 1904 la escuadra del Báltico se dirigía a Vladivostok, al propio tiempo que dirigían una contraofensiva, sin éxito, sobre Cha-Ho. En mayo de 1905 la escuadra del Báltico, sorprendida por la japonesa en el estrecho de Corea, fue hundida en la batalla de Tsu-Shima.

Mientras, en Rusia había estallado una revolución (1904) que fue adquiriendo pronto caracteres alarmantes, por lo que decidió no continuar más aquella guerra, que si bien desgastaba económicamente al Japón, a ella le reportaba dobles pérdidas. El zar aceptó las negociaciones en favor de la paz, propuestas por el presidente de los Estados Unidos de América, Roosevelt, que empezaron el 9 de agosto de 1905 en Portsmouth (New Hampshire). La paz se firmó el 5 de septiembre. Sus 14 artículos colmaron las miras más ambiciosas y optimistas del imperialismo japonés. Corea quedaba como protectorado japonés, cedía a Rusia los derechos de arriendo de la península de Liao-Tung y dejaban Manchuria a China; Rusia cedió al Japón el ferrocarril de Port-Arthur a Kwang-Chengtse, las minas de carbón, derechos de pesca en las costas del mar de Ojotsk y Behring y la mitad sur de la isla de Sajalin.

Si el Japón pudo obtener ventajas tan considerables, fue por su alianza con Inglaterra, que había vuelto a ratificar su amistad el 12 de agosto de 1905. La amistad anglonipona había logrado alejar a Rusia del mar y detener su expansión en China; pero estas prerrogativas se las apuntaba el Japón cuyo creciente imperialismo pronto alarmó a las potencias europeas y sobre todo a Norteamérica.

1907

La «Triple Entente» de Francia, Inglaterra y Rusia. Inglaterra no ignoraba el poderío naval que cada día con mayor intensidad iba adquiriendo Alemania, ni tampoco los proyectos de Guillermo II de organizar contra ella un bloque de naciones continentales. La poderosa flota alemana había de crecer aún más tras los debates de la Conferencia de Algeciras (abril de 1906), lo que obligó al gobierno inglés a

buscar en Francia el apoyo de una acción conjunta (enero de 1907). Entonces Alemania respondió planeando para el plazo de tres años la construcción de un número de buques de línea superior al que Inglaterra acababa de fletar y la respuesta poco amistosa del gobierno alemán a las demandas de Londres, reforzó aún más la amistad francoinglesa.

La segunda Conferencia de la Paz (junio de 1907), celebrada en La Haya, para poner fin a la carrera de armamentos, cuyo fracaso fue debido más que nada a la oposición de Alemania y Austria, contribuyó a aumentar los recelos de Inglaterra. Sin embargo, como el partido liberal inglés deseaba una solución amistosa con Alemania, se entablaron relaciones diplomáticas en las que el gobierno británico estaba dispuesto a hacer concesiones; Alemania ponía como condición la promesa de no agresión y neutralidad por parte de Inglaterra. Como tal supuesto equivalía a renunciar al pacto anglofrancés, Inglaterra hubo de renunciar a sus buenos deseos con Alemania.

Respecto a Rusia, Inglaterra siempre se había mostrado opuesta a sus planes imperialistas en Asia; pero en estos momentos la amenaza que se cernía en Asia Menor y sus planes coloniales en África, eran mayores que los desacuerdos de Londres y Rusia respecto a Persia, Afganistán y el Tíbet, y el gobierno británico se dio cuenta de que el mejor camino para frenar el imperialismo alemán era la alianza con Rusia. En agosto de 1907 firmaron un convenio por el que se ponía fin a todos los litigios existentes entre las dos potencias en la forma de protectorado inglés en Afganistán; neutralidad del Tíbet, que quedaba bajo la soberanía china, y división de Persia en dos zonas de influencia, la del norte, que se adjudicaba a Rusia, y la del sur y orilla izquierda del Golfo Pérsico que se concedía a Inglaterra. Junto con el tratado francoinglés de 1904, quedaba formado un convenio político de amistad frente al que a no tardar mostraría su oposición la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungria e Italia.

La rivalidad que, cada vez mayor, se perfilaba entre las dos grandes alianzas, tenía en jaque a la diplomacia europea. La revolución de la Joven Turquía, que, tras su lema de acercamiento al occidente, quería refutar la tutela de las potencias, creando una corriente de nacionalismo turco, fue el primer motivo de litigio. Austria, que aspiraba a anexionarse Bosnia y Herzegovina, debía mostrarse opuesta a esta política y se atrajo a San Petersburgo a su causa con la promesa de una modificación en el régimen de los estrechos. Isvolsky,

ministro de asuntos exteriores del zar, intentó obtener de Londres el consentimiento para modificar el régimen de los estrechos; pero el gobierno británico se negó. Por su parte Alemania no quería ceder en nada referente a los pueblos balcánicos y Francia e Inglaterra, que no deseaban la guerra, hubieron de consentir que Austria se anexionara Bosnia y Herzegovina.

Fue éste un triunfo de la Triple Alianza que puso de manifiesto la diversidad de intereses políticos que animaban a los países componentes de la Triple Entente. Rusia, resentida del abandono de que había sido objeto por parte de Inglaterra, quiso retirarse de la Entente; pero el aislamiento en que iba a quedar le hizo cambiar de táctica; en cambio sí que quiso acercarse a Italia con la que firmó el tratado secreto de Ricconigi (octubre de 1909) por el que las potencias se comprometían a mantener el *statu quo* en Europa.

De los conflictos de 1908 la Triple Alianza salía con una posición hegemónica que hizo que Alemania, desde aquel momento, se internara cada día más en su ambicioso imperialismo.

1907

El Japón inicia un vasto plan de imperialismo. La alianza anglojaponesa imponía respeto a las potencias europeas, las cuales no se atrevían a reaccionar contra el creciente imperialismo nipón. Norteamérica empezó a inquietarse por la continua inmigración de japoneses; Inglaterra, que había fracasado en sus intentos de alianza con Alemania, se volvió hacia Francia; el gobierno francés, aliado de Rusia, se esforzaba por atenuar el antagonismo de rusos e ingleses, porque estos últimos habían pactado con el Japón. Si no se daba un previo acercamiento a Rusia y Japón no podían establecerse relaciones entre Rusia e Inglaterra. Para lograrlo Francia dio el primer paso. Como el Japón necesitaba capital, le autorizó a emitir en París un empréstito de 300 millones con la garantía del respeto mutuo de ambas potencias asiáticas y de la seguridad china.

A partir de entonces la alianza anglojaponesa de 1905, dirigida contra Rusia, perdía su alcance y frente a las demás potencias, se confirmaba la solidaridad de los intereses de Japón y Rusia. Esta potencia no había abandonado sus tentativas de expansión en Asia y con inaudita diplomacia supo servirse del poderío japonés para garantizarse una posición cada vez más firme en China. En julio de 1907 Rusia y Japón firmaron



un acuerdo en virtud del cual Manchuria se dividía en dos zonas de influencia, rusa al Norte y japonesa al Sur. Así pues el Japón, después de haber alcanzado todos los triunfos de su política gracias al apoyo inglés, daba a entender, al firmar el pacto con Rusia, que no toleraría intromisión de potencia alguna europea en el continente asiático.

Fue entonces cuando, libre de cualquier amenaza europea en Asia, el Japón empezó su verdadera expansión imperialista. En 1910 se anexionó Corea, y en 1912 un tratado rusojaponés reconoció Jehol y Chahar, en la Mongolia interior, como zonas de influencia japonesa. Esto constituía una inversión del equilibrio de fuerzas en Asia, y al intervenir el Japón como elemento esencial en el juego político de las naciones, trasladaba el concepto del equilibrio europeo al plano mundial.

Cuando estalló la guerra de 1914 el Japón se había convertido en una gran potencia naval y declaró la guerra a Alemania. Si bien en esta conflagración debía luchar al lado de los aliados, no tenía más remedio que alzarse como rival de las potencias occidentales, dada la posición que éstas ocupaban en China. Esta política antioccidental se puso de manifiesto cuando en julio de 1916 firmó un tratado de alianza con Rusia para defender a China de cualquier potencia hostil a Rusia o al Japón. En 1917 la intervención de EE. UU. en la contienda, el derrumbamiento del régimen zarista en Rusia y el haber reconocido los aliados a China como nación beligerante, obligaron al Japón a cambiar su política. En consecuencia inició la táctica de negociaciones con Washington y desvirtuó el tratado de alianza firmado con Moscú. Sin embargo, el Japón nunca perdió sus puntos de vista particulares, ni su afán de extenderse en China y de transformar el mar del Japón en un mar interior japonés. El Tratado de Versalles le permitió sentar dos nuevos jalones de primordial importancia para la realización de su política expansionista. Se le concedió la administración de las islas de Marshall, Carolinas, Marianas y la isla de Yap, y en China adquirió la base de Tsin-Tao y privilegios económicos en Chantung.

Dueño de Tsin-Tao, de Puerto Arturo, de Formosa y de Corea, el Japón contaba poder dominar las provincias del litoral de Siberia, creando allí un estado bajo su protectorado.

La expansión japonesa en el Pacífico se acompañó del rápido aumento de su flota naval, actitud a la que Estados Unidos respondió también con nuevas construcciones, de tal manera que parecía reanudarse la carrera de armamentos anterior a la guerra.

Poco después daba comienzo la conferencia de Washington (noviembre 1921-febrero 1922), para llegar a un acuerdo sobre la limitación de los armamentos navales y la cuestión del Pacífico. Por ella el Japón hubo de firmar el Tratado de las Nueve Potencias que proclamó la soberanía, integridad e independencia de China. Se limitaba la influencia japonesa en las islas del litoral de Siberia, que se incorporaron a la Unión Soviética.

Tras la repentina expansión del Japón después de la guerra, se vio obligado a declinar en su poderío, lo que le colocaba al borde de una crisis económica y financiera, que ya resultaba patente a partir de 1921. La guerra no había beneficiado a las clases modestas entre las que se adivinaban movimientos revolucionarios.

Bajo la regencia de Hiro-Hito, que en 1921 adquirió el cetro por enfermedad de su padre, se organizó la política en sentido democrático. En 1925 se aprobó la ley de sufragio universal, y el gobierno, de notoria tendencia liberal, sintió la necesidad de democratizar las instituciones. A pesar de la oposición del partido militar, con la tentativa del gabinete Tunaka por escalar el poder y reanudar la guerra con China, los liberales continuaron en el mando. En 1930 el primer ministro Hamagacho fue herido gravemente en un atentado y como consecuencia el poder pasó de nuevo al partido militar que llevó de nuevo al Japón hacia una política imperialista.

1912

Advenimiento de la República en China. Ya desde comienzos del siglo XIX la dinastía manchú se hallaba abocada a la ruina. Su autoridad era combatida dentro y fuera a la vez. Los relatos de los historiadores de la época atestiguan la incompetencia administrativa del gobierno de la época, cómo se prostituía la eficacia de los empleos y cómo los favoritos de la corte robaban al Tesoro. Por otra parte, la revolución industrial, que desde mediados de siglo conmocionó al extranjero, tuvo en China honda repercusión, y la corte y

sus consejeros trataron de adoptar una política de aislamiento. Cantón se convirtió en el único puerto de entrada y se dio un monopolio de comercio extranjero a una pequeña asociación de cambistas.

Gran Bretaña fue la primera potencia occidental que trató de romper este monopolio reclamando Hong-Kong como colonia de la corona y la apertura de cinco puertos. Las demás potencias también reclamaron la apertura de otros once puertos, la legalización de las importaciones de opio, tolerancia para la actividad misionera, tanto católica como protestante, y que el servicio marítimo de aduanas fuera dirigido por un occidental.

Además de estos «atentados a su soberanía» la dinastía manchú hubo de enfrentarse con todo el pueblo chino en general, descontento de su gobierno. Hubo rebeliones frecuentes por parte de miembros de sociedades secretas, que, si bien fueron sofocadas, dejaron un rastro de sangre; se perdieron millares de vidas y varias provincias quedaron devastadas y destruidos objetos de insustituible valor. Estas rebeliones en el aspecto nacional eran impulsadas por sociedades secretas, que querían sustituir la dinastía manchú por una nacional, y en el aspecto religioso estaban inspirados por los «adoradores de Dios», adeptos de Hong Sion Tiam, que preconizaban para China un nuevo credo, forjado en ciertos principios de Confucio. En 1851 ambas tendencias cristalizaron en una rebelión en la provincia de Kuang-Si. Los insurrectos proclamaron emperador a Hong, con el nombre de Tien Wang (Rey del Cielo), quien anunció su propósito de fundar la dinastía de los Tai-Pings y con un ejército de 120.000 hombres tomó Nankín, donde instaló la capital. El gobierno imperial organizó la resistencia, pero sin llegar a lograr dominar la insurrección y China quedó envuelta en la guerra civil. En 1826 franceses e ingleses decidieron apoyar al emperador con barcos y municiones y a la vez reforzar los ejércitos imperiales. La toma de Nankín (1864) y el suicidio de Tien Wang pusieron fin a la revuelta de los Tai Pings.

A partir de entonces la apertura del mercado chino fue un hecho. Cada día se registraban nuevas violaciones a su soberanía y se abrían más puertos. Los Estados Unidos eran partidarios de que se abrieran a todos en materia de comercio. Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Francia se unieron en la lucha por las concesiones y sólo Italia fue rechazada.

El disgusto producido por la política de los extranjeros unido al descontento del gobierno manchú provocaron otro

levantamiento en 1900 (rebelión de los boxers), cuyo intento era acabar con los extranjeros y salvar a la dinastía. La corte comprendió el peligro que corría la nación y de qué forma quedaba comprometido el prestigio de la dinastía manchú. La emperatriz Tsu Si, ante todo enemiga de reformas, se dio cuenta de que era preciso que China se modernizara. Se reformó el ejército, y Yuan Shi Kai, virrey de Chi-li, organizó un ejército moderno y reformó el estudio de idiomas y de las ciencias en general. El gobierno dejó de oponerse a la construcción de vías férreas; separó el poder administrativo del judicial y los antiguos colegios de Gobierno fueron reemplazados por ministros. En 1906 se anunció que se daría una Constitución al Imperio. En 1909 murió la emperatriz Tsi Si, dejando como heredero a Pu Yi, que contaba a la sazón tres años de edad, bajo la regencia de su padre el príncipe Can. Este regente, despreciando el movimiento antimanchú colocó a funcionarios manchúes en todos los altos cargos de la nación y destituyó a Yuan Shi Kai, cuya influencia temía.

Sun Yat Sen, un joven partidario de las nuevas ideas, convertido al cristianismo, quiso regenerar el país incitando a la lucha de la raza china contra la manchú y sustituyendo la dinastía por una República Popular, basada en los principios socialistas de los que se excluía la lucha de clases. Este partido tomó el nombre de Kuomintag, esto es, «opuesto al mandato celeste de la dinastía» y tuvo su principal punto de acción en las provincias del Sur.

Otra vez en la Historia, China se dividía en dos zonas de distinta civilización, las provincias marítimas agrupadas alrededor de tendencias liberales, y la China continental ligada al absolutismo imperial. El gobierno se encontraba frente a frente con dos soluciones: con Sun Yat Sen la República; con Yuan Shi Kai la Monarquía Parlamentaria.

El mismo día en que la reina madre destituía al regente, Sun Yat Sen regresaba de América y reunía en Nankín una Asamblea que le nombró presidente de la República; pero Yuan Shi Kai declaró ilegal a la Asamblea y emprendió la lucha contra Sun Yat Sen. Sus tropas se apoderaron de Hankeu y exigió la abdicación del emperador en febrero de 1912. En el acta de abdicación el emperador afirmaba estar de acuerdo con la República y encargaba a Yuan Shi Kay de establecerla conjuntamente con el gobierno de Nankín. Ésta era una concesión de Yuan Shi Kai que impedía la oposición de Sun Yat Sen que no podía hacer otra cosa que retirarse.

Inmediatamente la Asamblea de Nankín nombró a Yuan Shi Kai presidente provisional de la República (febrero 1912).

1914

Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Alemania, ambiciosa en sus planes de penetrar en el Próximo Oriente, aprobaba la actitud de Austria-Hungría respecto a Servia, a la que estaba dispuesta a exterminar cambiando por completo el panorama de los países bálticos; actitud que había de encontrar fuerte oposición por parte de Rusia. Por su lado esta potencia no estaba dispuesta a ceder, aceptando, por el contrario, el hecho de la guerra, como algo inevitable en vistas a sus planes imperialistas.

Las potencias occidentales, en cambio, no deseaban la guerra. Precisamente en aquellos momentos Europa había alcanzado la máxima prosperidad y continuaba aumentando sus posibilidades por los avances de la ciencia, que no cesaba de crear industrias nuevas que representaban una elevación en el nivel de vida y en la riqueza de los individuos. Las naciones producían a ritmo acelerado, y los Estados Unidos ocupaban el primer lugar entre las potencias industriales; mientras EE. UU. y Alemania encabezaban los puestos entre las naciones comerciales, dejando a Inglaterra en un tercer lugar y a Francia en un nivel muy bajo en el tanto por ciento del total mundial.

De la enorme producción industrial mundial surgió la concentración de capitales, necesarios dado el coste de las instalaciones, lo cual llevó consigo la agrupación de la mano de obra en lugares comunes y la creación de sindicatos, cuya organización devenía cada vez más poderosa. El obrero pasó a formar parte de grandes asociaciones, que si le restaban libertad individual le daban más autoridad, como parte integrante que era de una masa.

La evolución económica se había desarrollado de acuerdo con las ideas liberales que le habían dado un carácter universal; pero este desarrollo chocaba con la evolución política de muchas naciones que se orientaban hacia un nacionalismo sumamente consciente de las fronteras; pero este motivo, muchas veces agresivo, favorecía un sistema de economía protegida del que sólo se abstuvieron Inglaterra, Bélgica y Holanda. Era pues inevitable el choque entre los proteccionistas, que dividían Europa en estados hostiles precisamente en el momento de mayor prosperidad, y que enfrentaban las políticas de imperialismo y nacionalismo. Francia e Ingla-

terra no deseaban la guerra, porque las reformas sociales que llevaban a cabo no podían realizarse más que con la paz; la única amenaza de belicosidad provenía de la alianza francorrusa por desavenencias de esta última potencia con Alemania. En Francia y Alemania se vivía bajo el temor de una amenaza recíproca que habría de envolver a Europa en uno de sus más grandes conflictos. Los Estados Unidos despreciaban la idea de que la amenaza de guerra era debida principalmente a la tensión rusa, y les inquietaba más la carrera de armamentos de Inglaterra y Alemania, para poner término a la cual el presidente Wilson ordenó al coronel House recorrer las capitales europeas para tratar de llegar a un acuerdo.

El asesinato del archiduque Francisco Fernando, que tuvo lugar en Sarajevo el 28 de junio, puso fin a las conversaciones y proporcionó al imperio austro-húngaro la ocasión propicia para provocar el conflicto que deseaba. Viena envió una violentísima nota a Servia, que hizo que Rusia declarara oficialmente que estaba dispuesta para la lucha, si se apoderaban de Servia (5 y 6 de julio de 1914).

Frente a tal estado de cosas el presidente de la República francesa, Poincaré, declaraba que su nación estaba al lado de Rusia. El 23 de julio el gobierno de Austria decretó la movilización, porque Belgrado no había aceptado íntegramente el ultimátum de Viena. Tal actitud agresiva sorprendió a las potencias. Roma se declaró neutral, resentida al no haber sido consultada por Austria. Londres, por su parte, propuso una conferencia para tratar del problema austro-servio, pero Berlín se mostró en desacuerdo con ello y el día 28 de julio Austria-Hungría sorprendía al mundo declarando la guerra a Servia. Rusia respondió con una movilización de sus fuerzas, aunque dispuesta también a resolver amistosamente el conflicto. Las potencias veíanse comprometidas, a raíz de sus alianzas, en una guerra promovida por un conflicto balcánico. Ello determinó una gran actividad diplomática tanto en las potencias beligerantes, como en los estados neutrales; surgían problemas de imperiosa resolución; acopio de mano de obra, reclutamiento de fuerzas, creación de industrias de material bélico, etc. La guerra que se entablaba iba a ser entre naciones de muy distintas condiciones y la potencialidad económica había de decir la última palabra en un futuro próximo.



Primera Guerra Mundial. A comienzos de nuestro siglo, las potencias europeas y los Estados Unidos se dejaban arrastrar hacia el imperialismo político por el económico. Todas quieren dominar las pequeñas potencias, ocupar territorios para ampliar sus mercados y extender sus dominios coloniales.

El extremado patriotismo nacional y el imperialismo explican el formidable desarrollo de los ejércitos. Desde 1870 a 1914 Europa vive una paz armada, y el clima de inseguridad y la amenaza de guerra está en todos los ánimos, lo que la hará inevitable. Europa aparece dividida en dos bloques políticos, cada uno de los cuales quiere imponer su criterio tanto en los asuntos europeos como coloniales, lo que habría de precipitar al mundo hacia un conflicto bélico a pesar de los intentos pacifistas de muchos estadistas.

Los Balcanes se encontraban en el centro de los conflictos internacionales de Europa. Turquía experimentaba la influencia de Berlín; Rumania, ligada desde hacía tiempo a Austria-Hungría, se separó de ellas y su rey Carol se mostró decidido partidario de las potencias centrales. Grecia, por sus intereses, se encontraba más bien orientada hacia la Triple Entente, pero la dinastía se mostraba partidaria de Guillermo II. Bulgaria deseaba desquitarse de su derrota en 1913 y sus simpatías se centraban hacia los imperios centrales. Servia, que veíase amenazada en su independencia por Austria-Hungría y Alemania, esperaba una alianza rusa.

La actitud de Austria-Hungría respecto a Servia hizo la situación muy tensa, pues contribuyó a la formación de una liga balcánica destinada a contrarrestar la influencia rusa. Alemania apoyaba los planes de Austria en los Balcanes como primera etapa de sus ambiciones en el Asia Anterior. Así, pues, ambas potencias centrales estaban decididas a la guerra. Rusia, a pesar del malestar interno que ya en aquellos años dejábase sentir, aceptaba también la idea de una guerra como inevitable etapa de su imperialismo.

Muy otra era la posición de Occidente. Ni Francia ni Inglaterra deseaban la guerra. Inglaterra mantenía una posición tan poderosa entre las naciones, que deseaba conservarla no arriesgándola a ningún peligro, y ya empezaba a temer el creciente poderío naval de Alemania. Por otra parte, no tenía inconveniente en que esta potencia ocupara un lugar en Francia, estaba empeñada en una política de reformas sociales sólo posibles en una atmósfera de paz.

En cambio, la alianza francorrusa sí que era una amenaza de guerra para Occidente, pues Alemania consideraba que de entablar una contienda con Rusia debía previamente eliminar a Francia.

Estados Unidos pareció no darse cuenta de la creciente tensión entre Rusia y los imperios centrales; la alarmaba solamente la carrera de armamentos navales de Inglaterra y Alemania, y trató de limitarla entablando una serie de negociaciones que no surtieron efecto, porque el asesinato del archiduque Francisco Fernando las hizo inútiles.

Los conflictos económicos, el imperialismo, la tradicional oposición entre Alemania y Francia, el sistema de bloques, el antagonismo de Rusia y Austria en los Balcanes, las crisis marroquíes, etc. crearon la posición de guerra.

En tal ambiente de tensión tuvo lugar el 28 de junio de 1914 el asesinato del archiduque Francisco Fernando, preparado por Belgrado y perpretado en Sarajevo. Austria decidió aprovechar la ocasión para eliminar a Servia y en tal actitud fue apoyada por Guillermo II. Inmediatamente el 23 de julio envió a Belgrado un ultimátum que Servia aceptó menos en una de sus cláusulas, y Austria rompió las relaciones con Servia y declaró la movilización. El mecanismo de las alianzas conducía a la guerra general.

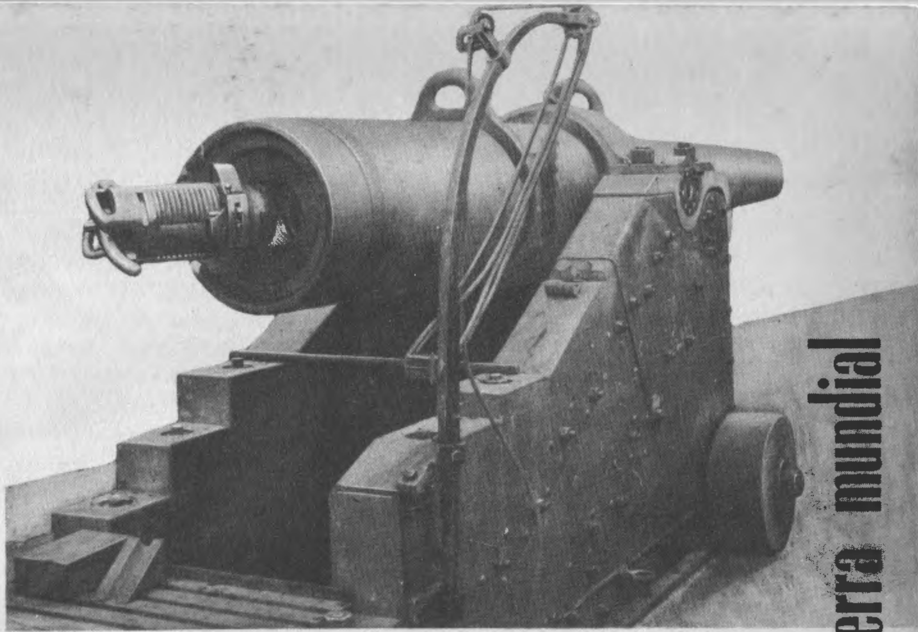
Italia hizo saber a Viena que en caso de guerra permanecería neutral. Inglaterra adoptó una actitud reservada, dando a entender por un lado que no pensaba intervenir, y por otro que no se mantendría neutral. Propuso, el 27 de julio, una conferencia para tratar de solucionar el problema austroservio, que Alemania no quiso aceptar. Al día siguiente Austria-Hungría colocaba en pie de guerra a Europa, declarando la guerra a Servia. Inmediatamente Rusia decretó la movilización de sus tropas.

Francia ya no podía modificar su posición y por un momento Berlín sintió pánico e intentó hacer reaccionar a Viena, por si era posible una solución no armada. Pero Austria se negó a modificar su actitud; y Alemania volvió a adoptar una actitud francamente agresiva.

Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto y el tres a Francia, que ya se había movilizado. La invasión de Bélgica hizo que Inglaterra entrara en la contienda el cuatro del mismo mes. Austria no declaró la guerra a Rusia hasta el día cinco.

Bélgica se resistía a dejar paso a las tropas alemanas y se luchó duramente en el transcurso del mes de agosto. El

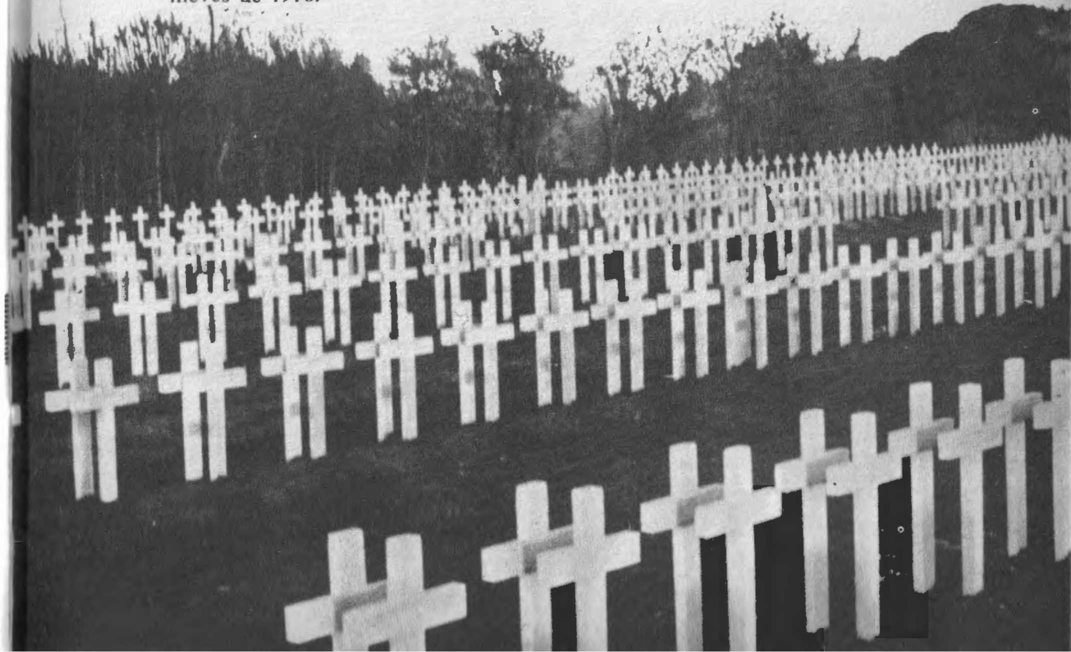
1.ª Guerra mundial



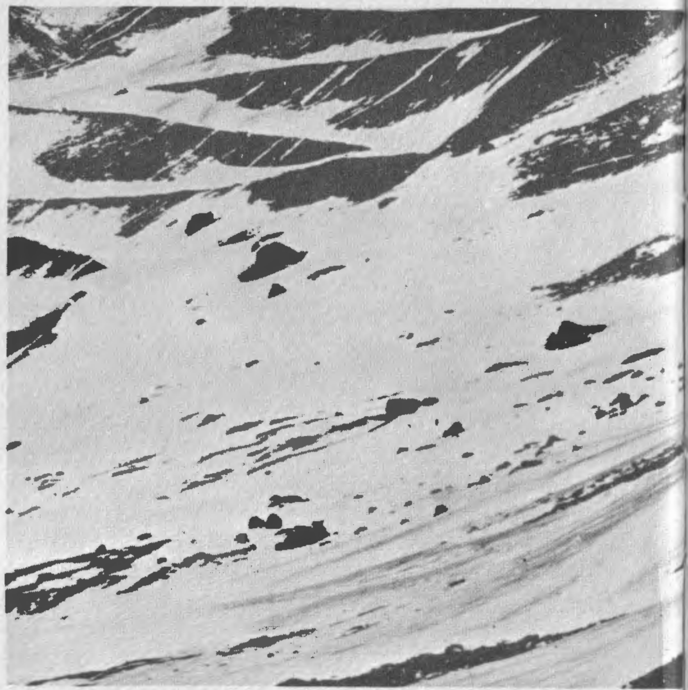
1

Cuando la voz potente del cañón (1) resonó en Europa, los labriegos recogían la cosecha de 1914; y al cesar su retumbar potente, cuando las cruces (2) en blancas hileras hablaban del holocausto de 9.000.000 de vidas, caían las últimas nieves de 1918.

2

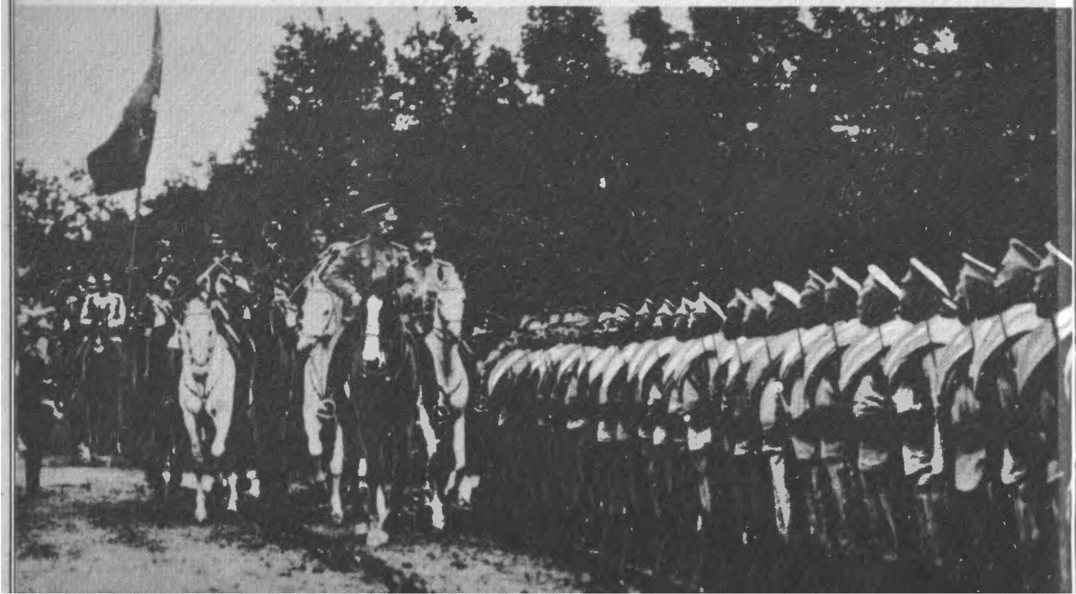


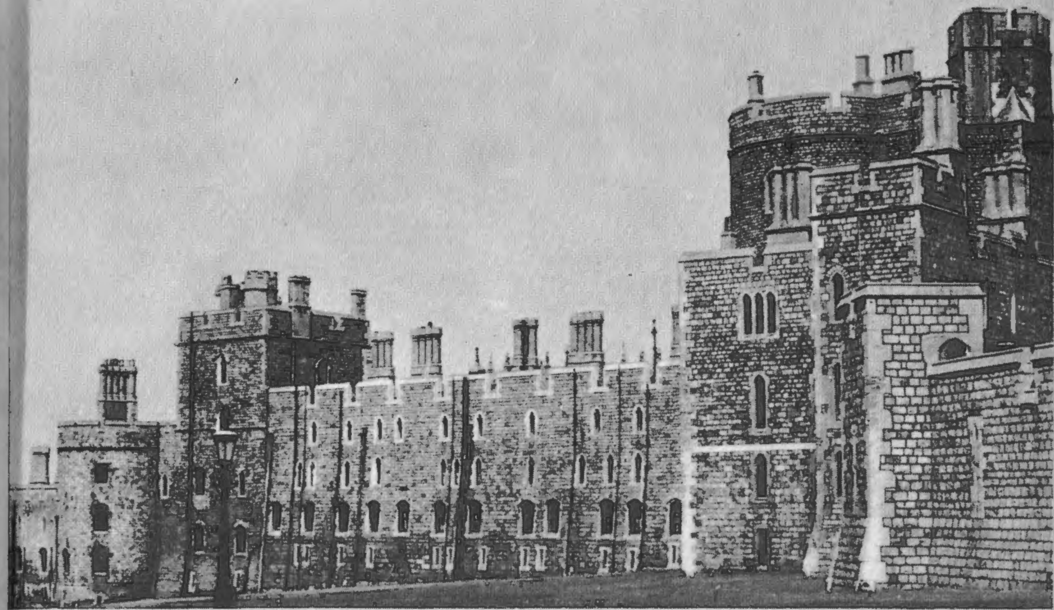
El blanco sudario de la nieve (3), más que un manto de olvido, parecía un enorme libro abierto, blanco; en él podía escribirse la guerra desde los días aquellos en que los Estados pregonaban su poderío en



3

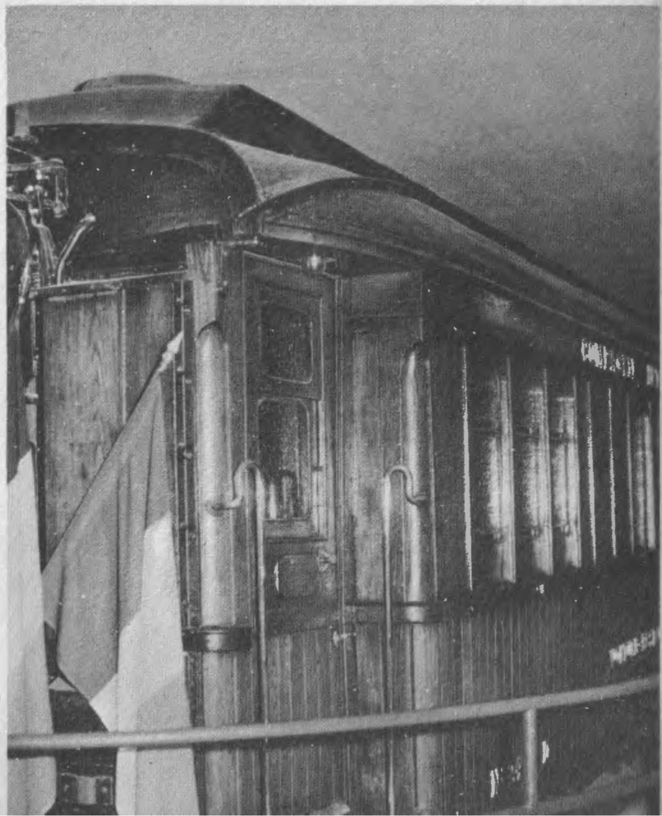
4





5

6



magníficas paradas militares (4), y los palacios reales (5) parecían respirar un aire de paz, hasta el momento de firmar el armisticio (6).



7

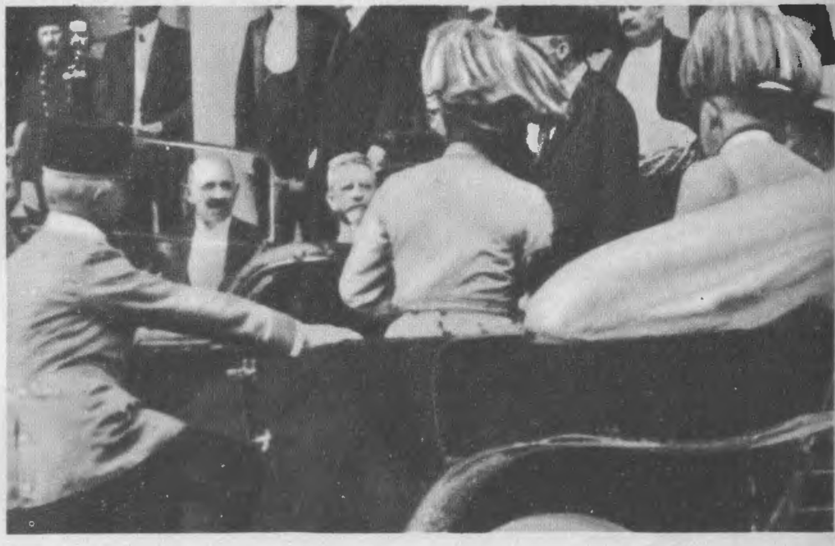


8



9

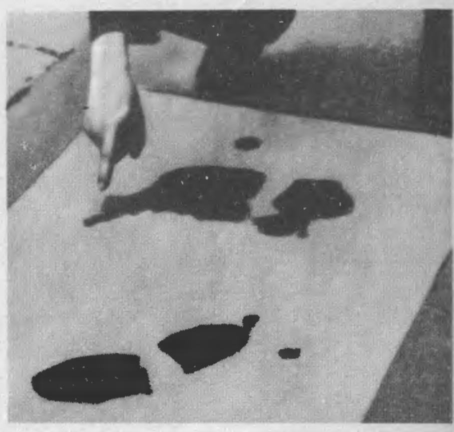
En 1914, nadie sabía lo que era la guerra. En 1918 todos llevaban impresa en sus retinas la imagen desoladora de la destrucción (7), del éxodo (8) y de la muerte (9).



10



11



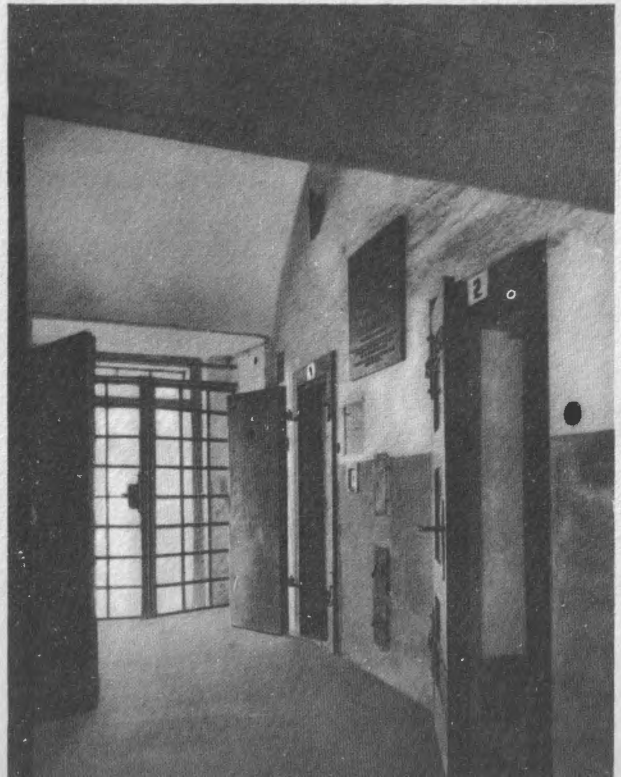
12

Pero como nadie soñaba con la derrota, todos esperaban la guerra pendientes de la chispa que causaría el incendio.

El asesinato del archiduque Fernando y su esposa (10 y 11) iba a ser la causa. Las huellas de sangre del príncipe (12) serían el símbolo de ríos de sangre.



13



14



15

Mariscal von Hindenburg.



16

General J. C. Joffre.

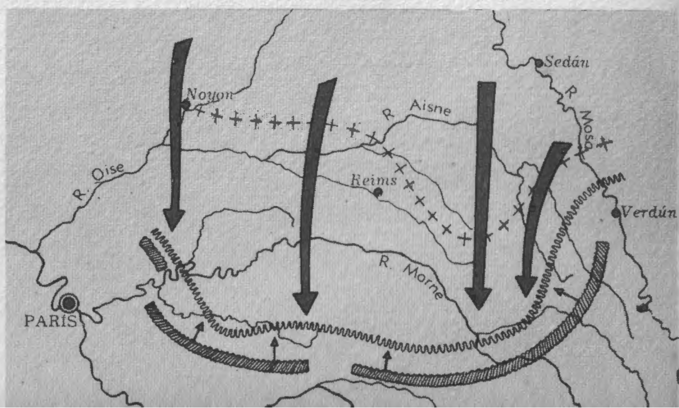


Conde de Moltke.

17

18

¿Qué importaba que el asesino (13) fuera un estudiante o que estuviera en esta prisión (14), si los generales (15, 16 y 17) habían ya lanzado sobre el mapa de Europa sus soldados de plomo, y sobre los planos (18) se trazaban líneas envolventes y flechas misteriosas?





¿De qué habían servido las palabras de amistad (19) si los barcos (20) ya estaban preparados para la lucha?

19

20





21



22

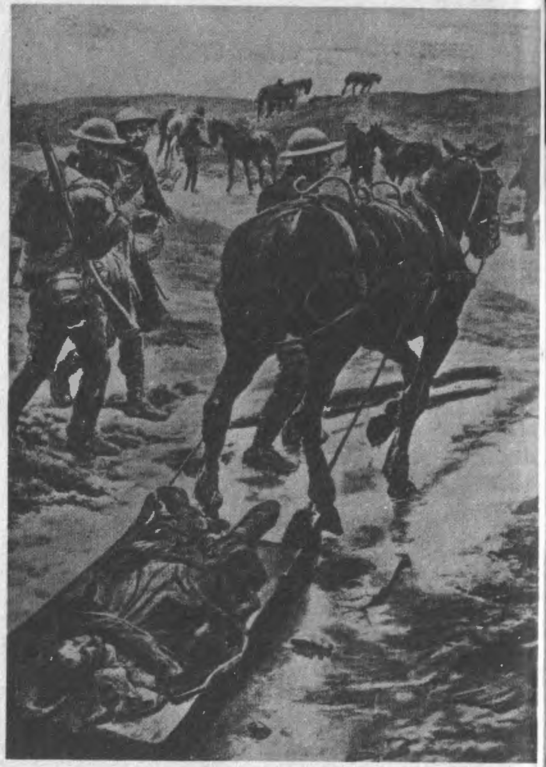
23



Por eso, la formación de grandes ejércitos fue cuestión de poco tiempo; y su instrucción, cuestión de detalle. Una ceremonia oficial (21), una revista a las tropas (22) y, ¡al frente! (23).

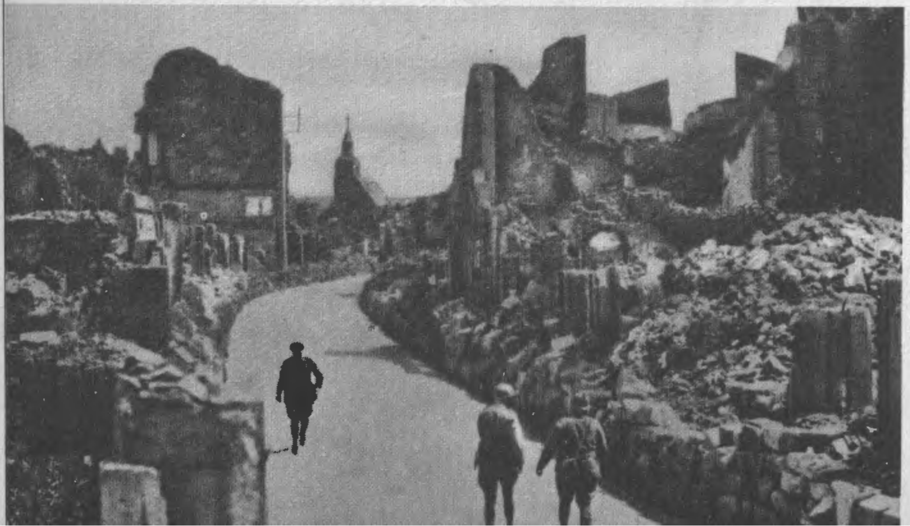


24



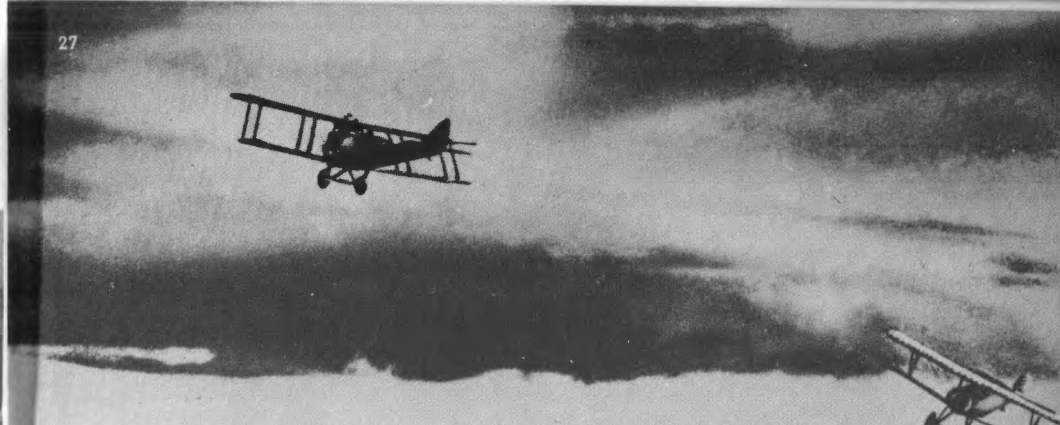
25

Y en verdad que la guerra no era como la habían soñado. No hay medida para el sacrificio (24): no hay precio para la muerte (25); no hay piedra segura (26) que pueda salvar una vida. Esto era la guerra.

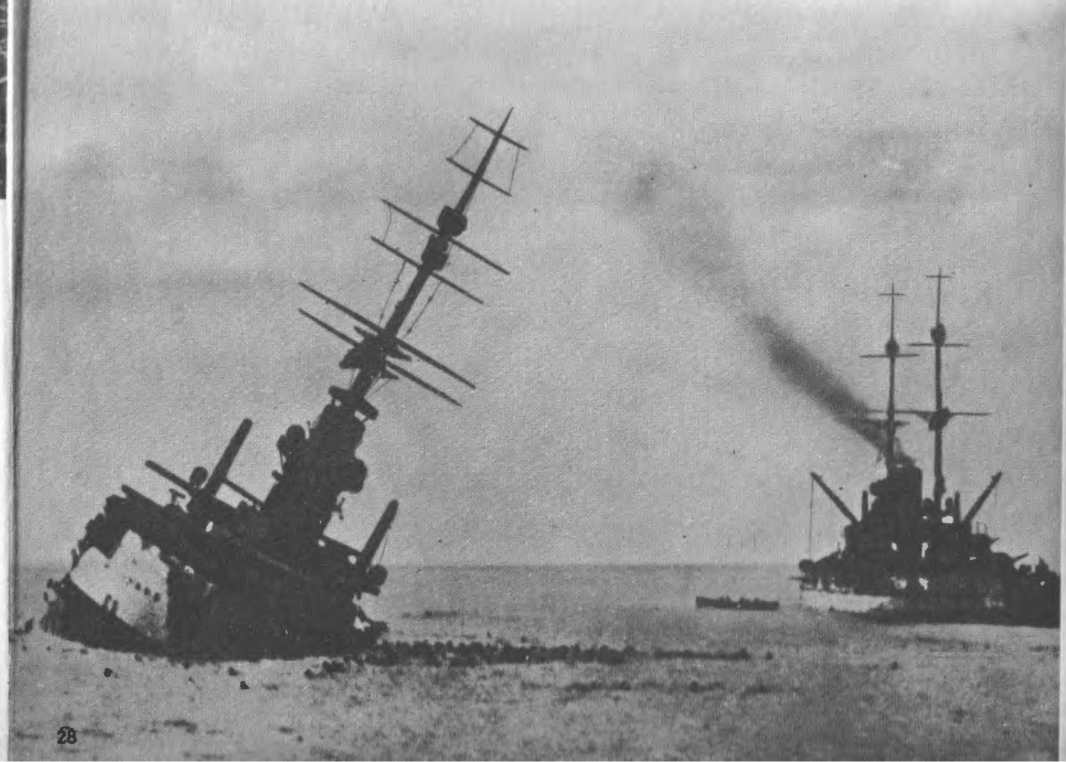


26

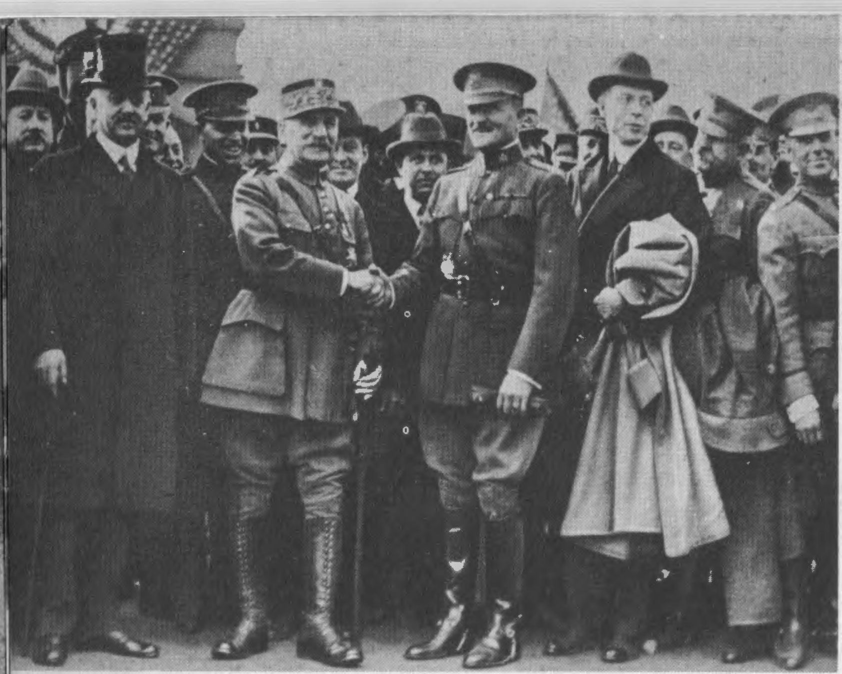
27



El cielo comenzaba a cubrirse de ruidos estridentes (27) y los tranquilos mares de pesadas cargas (28) portadoras de muerte. Y así un día y otro. Con una eterna zozobra, en vilo la propia vida.



28

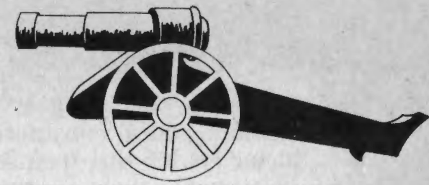


29

Hasta que callaron los cañones y se pararon los tanques, los aviones y los barcos. Los triunfadores (29) se alegran, mientras los políticos (30) piensan en hacer una paz indestructible.

30





día veintitrés los alemanes derrotaron a los aliados en Charleroy abriéndose las puertas de Francia y avanzando sobre la línea del Marne donde fue contenido y estabilizado el frente.

Entre tanto, los rusos fracasaban en su primer intento de invasión a la Prusia Oriental, pero en cambio ocuparon Prezennysl y Lemberg, y Servia recuperaba Belgrado.

Italia y Rumania, que se habían declarado neutrales, en mayo de 1915 y en agosto de 1916 respectivamente, tomaban las armas a favor de los llamados aliados, así como Portugal y Grecia.

Alemania logró que Turquía y Bulgaria lucharan a su lado. La guerra comprendió pues casi toda Europa, pero tenía ya un carácter universal, pues desde 1914 el Japón había declarado la guerra a Alemania, en virtud de su amistad con Inglaterra. El 2 de abril de 1917 los Estados Unidos intervinieron también en la contienda en contra de Alemania y su ejemplo fue seguido por varios estados sudamericanos.

Cuando a fines de 1914 se adhirió Turquía a la causa de las potencias centrales, quedó cerrado el acceso de material de guerra a Rusia. Los aliados decidieron forzar el paso de los Dardanelos en una serie de inútiles ofensivas, que explican el ulterior fracaso de los rusos, que permitió a los alemanes estabilizar el frente desde Riga a Tarnapol, continuando así hasta 1916.

A mediados de 1915, Bulgaria adversaria tradicional de Servia, entraba a formar parte del ejército aliado, por lo que Servia, aprisionada entre dos frentes tuvo que evacuar su ejército. La entrada de Italia en el conflicto obligó a Austria a crear un nuevo frente en los Alpes y mantener allí un contingente de hombres necesarios en otros países.

El teatro de operaciones quedaba así establecido, y a primera vista parecían igualados en fuerza los dos campos. La Entente llevaba por mar una amplia ventaja a la doble alianza, pero los imperios centrales tenían franca superioridad de artillería pesada, de armamento en general y de adiestramiento de sus hombres en la lucha.

El plan elaborado por Alemania consistía en poner fin a la contienda en seis semanas, mediante una ofensiva relámpago en Francia, que les permitiría volver inmediatamente todas sus fuerzas contra Rusia.

Al no poder lograr sus aspiraciones en Francia el plan alemán podía considerarse fracasado, pues le imponía la lucha en los dos frentes y una guerra larga en la que para continuarla iban a ponerse en juego las fuerzas económicas. Al obligarse todos los beligerantes a movilizar sus fuerzas industriales se iban a establecer condiciones muy diferentes en cuanto al esfuerzo que había de realizar y en última instancia la potencia económica determinaría la política.

En Alemania, aislada en sus dominios centrales, la economía de guerra iba a ser difícil. Se creó un estatismo económico que ponía en manos del Estado todas las materias primas requisadas en los países ocupados, y se crearon otros servicios que los víveres, y para toda la industria, que, bajo la intervención del Estado, se agrupó en la llamada Unión de Guerra de Industrias. También en Austria toda la administración civil fue entregada al gobierno.

Mientras se robustecía el autoritarismo en las potencias centrales, en Francia e Inglaterra se respetaban las instituciones parlamentarias. Además, la situación económica de Francia no era tan difícil como la de Alemania, pues tenía una fachada al mar, aunque el verse privada de sus zonas industriales del norte obligó al Estado a organizar la importación. En Inglaterra, la guerra no afectó directamente a su economía hasta 1915 en que la guerra submarina le obligaría a encauzarla.

La potencia aliada oriental, Rusia, reaccionó a la guerra con el más rígido autoritarismo. Al comienzo de la guerra, el zar Nicolás II prometió a polacos, finlandeses, judíos, rumanos, letonios, estonios y lituanos, libertad religiosa y lingüística; pero a los primeros éxitos de sus ejércitos comenzó una política de rusificación lingüística y religiosa, lo que provocó la oposición de los socialistas, que al contrario de lo que ocurría en otras potencias, pretendían transformar la guerra exterior en una guerra civil. Estas disensiones interiores restaban unidad y fuerzas en aquel inmenso imperio mal dirigido, en donde la situación económica se presentaba crítica, pues la industria era insuficiente para afrontar el desgaste militar y la movilización disminuía la producción agrícola. Además, cuando quedaron cerrados el Bósforo y los Dardanelos, Rusia quedó aislada del mundo.

La guerra de 1914 a 1918 vino a ser una contienda de tipo nuevo en la Historia, en la que los dirigentes arrastraron sin piedad a la población civil en sus iniciativas. En Francia y Bélgica imperó una guerra de trincheras, muy dura, en la

que se perdieron multitud de vidas humanas. Fue una típica contienda de desgaste en la que se derrochó material y hombres. En febrero de 1916 los alemanes redoblaron su ataque en este frente, sobre Verdún, donde se luchó encarnizadamente durante cuatro meses. La resistencia francesa dirigida por Pétain fue un éxito, pero no se obtuvo la rotura del frente germánico.

El mando superior de las fuerzas alemanas fue confiado a Hindenburg y Erich Ludendorff, este último verdadero director de la acción bélica alemana, quien, para hacer más sólido el frente, decidió reducirlo (marzo, 1917). Los aliados se estrellaron contra la nueva línea de trincheras en Artois y Argona.

Inglaterra luchó, como en otras contiendas, con el bloque económico, esta vez extendido a toda clase de mercancías.

A esta medida el Reich respondió con el contrabloqueo submarino, pero a pesar de todo Inglaterra continuaba dominando los mares.

En 1917 la guerra submarina fue dirigida contra todo barco, incluso los neutrales, que navegara en la zona de bloqueo establecido por los alemanes. Esta medida al principio dio resultado, pues Inlaterra conoció la amenaza del hambre; pero fue el comienzo de la derrota alemana. Es de creer que el Alto Mando alemán considerara que su actuación empujaría a los Estados Unidos, pero confiaba en derrotar a Inglaterra antes de la intervención americana. Zimmerman, secretario alemán de asuntos exteriores, hizo saber a México que si los Estados Unidos entrasen en lucha contra Alemania, esta potencia ofrecería a México su alianza para que le fueran restituidos lós territorios cedidos en 1848 (Texas, Arizona y Nuevo México).

Al conocerse la noticia en Washington, el presidente Wilson propuso al Congreso la necesidad de ir a la guerra. El 6 de abril de 1917 declaraban la guerra a Alemania. Wilson manifestó que combatía al lado de los aliados, no por afán de conquista, sino porque la voluntad de dominio alemán constituía un reto a la humanidad. Su entrada en la contienda desequilibraba las fuerzas en favor de la Entente y significaba la decisión en un proceso demasiado largo.



La prolongación de la lucha, los sacrificios humanos y las dificultades económicas favorecieron la aparición en todos los países de movimientos derrotistas, actos de sabotaje, etc., en pro de la paz. Pero fue en Rusia donde provocó mayores efectos.

Al mismo tiempo que los EE. UU. entraban en guerra estalló en Petrogrado una revolución que comprometía la situación de los aliados, pues éstos temían que el zar negociase una paz por separado dadas las condiciones internas de su país. En marzo de 1917 un movimiento revolucionario provocó la abdicación de Nicolás II, y aunque el nuevo gobierno socialdemócrata quiso cumplir con la Entente, las tropas no quisieron combatir y perdieron toda disciplina. En el interior del país triunfaba la revolución bolchevique, cuyos dirigentes firmaron con los alemanes la paz por separado en Brest-Litovsk (marzo 1918).

Después del triunfo de la revolución en Rusia, Alemania quedó con las manos libres en Occidente y desencadenó todas sus fuerzas sobre el frente francés antes de que llegaran los refuerzos procedentes de Estados Unidos (marzo a julio de 1918); pero en ningún momento, a pesar de realizar considerables progresos, pudo derrotar a los aliados de forma decisiva. El mariscal Foch oponía una heroica resistencia.

A principios de septiembre los alemanes comenzaban a estar agotados y habían perdido todo el territorio conquistado desde marzo, mientras que un gran contingente de hombres y material llegaba de los Estados Unidos, contribuyendo a precipitar los acontecimientos.

En Oriente el ejército aliado de Salónica rompió el frente germano en septiembre de 1918, obligando a Bulgaria a solicitar el armisticio. A fines del mismo mes la toma de Damasco provocó la ruptura del frente turco y al mes siguiente los italianos derrotaban al ejército austro-húngaro en Vittorio-Véneto.

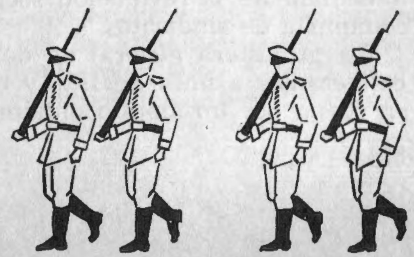
Los aliados desencadenaron también una ofensiva de vastas proporciones en Occidente, de tal forma que las potencias centrales, minadas por la propaganda nacionalista subversiva, fueron incapaces de controlar. En 29 de octubre el emperador Carlos I pedía a los aliados un armisticio, cuyas conclusiones aceptó el tres de noviembre. El cuatro de octubre el gobierno parlamentario alemán había solicitado también un armisticio del presidente de los Estados Unidos, que rehusó entrar en tratos con Alemania sin la dimisión de los elementos directivos y militares. El ocho de noviembre estallaron disturbios en varios puntos del Reich. Al día siguiente Guillermo II, víctima de la subversión interior abdicó, y se refugió en Holanda, siendo proclamada la República en Berlín. El 11 de noviembre los alemanes aceptaron las duras condiciones del armisticio que representaba su anulación política y militar.

1917

Revolución rusa. Durante el reinado de los dos últimos zares la doctrina del gobierno en Rusia consistió en considerar que el hombre había de ser contenido por la autoridad, y el orden mantenido mediante el equilibrio y armonía entre las clases sociales, la obediencia al zar y a la Iglesia ortodoxa. Se quiso exaltar la condición de los campesinos facilitándoles la adquisión de tierras y la inmigración a Siberia; pero se les mantuvo apartados de la administración del imperio en la que sólo participaba la nobleza. En el período de 1881 a 1905 el número de campesinos aumentó en 20 millones, lo que hace comprender que la rehabilitación de la clase campesina fuese realmente difícil.

Durante el gobierno del zar Nicolás II se emprendió una política de industrialización del país que dio lugar a la formación de una clase social nueva en Rusia: la del proletariado obrero, que obligó a la nación a dictar una legislación social. En 1907 una ley fijó la jornada de trabajo en once horas y media diarias, disposición altamente distante de lo que en la misma época regía en la mayor parte de las naciones cultas.

La industrialización del país había de ser un arma de dos filos para el gobierno. En las ciudades iba formándose una clase media, partidaria de las ideas liberales; la masa obrera, al influjo de una intensa propaganda, se adhería a la doctrina socialista. Ambas clases sociales reclamaban unas reformas que hicieron que Rusia entrara en un período de crisis. Se sucedían las manifestaciones de estudiantes y obreros; Nicolás II, impresionado por el desorden interior y por las derrotas que sufría en su guerra con el Japón, procedió a una reforma del régimen. Pero, el partido bolchevique era el único que estaba organizado, y lo que quería era una revolución social que condujera a la dictadura del proletariado. Lenín desde



Ginebra, dio la orden de declarar en todo el imperio la huelga revolucionaria, e inmediatamente se sucedieron disturbios por todo el país, y en Moscú estalló la huelga general. A consecuencia de esto, el zar se dispuso a hacer concesiones, prometiendo convocar una Duma o Cámara de Representantes, elegida por sufragio universal.

La propaganda revolucionaria iba agitando a los campesinos, convocándose un congreso del que salió la unión paneslava de campesinos, al tiempo que en diversas capitales se constituían soviets de obreros que luchaban por el establecimiento de la República democrática en Rusia. El zar prometió la formación de una Duma legislativa y se dictaron al país muchas instituciones liberales; pero la revolución marxista no pudo obtener el triunfo de la revolución liberal, aunque sus organizadores, Lenin y Trotsky, consiguieron una formidable experiencia en agitar a los obreros, al ejército y a los campesinos.

En 1906 fue elegida la Duma, comenzando una obra social de gran envergadura. La reforma agraria, con la disolución de las antiguas comunidades rurales, planteó muchos conflictos, pero en tres años entregó a los campesinos, en completa propiedad más de 3.500.000 hectáreas de tierra, mientras se emprendía la constitución de cooperativas agrícolas. Este programa de reformas sociales creó un clima de confianza en el seno de la masa popular; pero el asesinato de Stolpyn, representante del pueblo a quien Nicolás II había confiado el poder, provocó una reacción del gobierno en el sentido de que se suprimió por completo el régimen representativo desde 1912 a 1914; se paralizaron las reformas sociales y la propaganda revolucionaria volvió a hacer mella en el país.

Mientras tanto, Nicolás II caía bajo nefasta influencia de su director de conciencia Rasputín, monje libertino y místico que aconsejaría a la corte una actuación reactiva altamente perjudicial, en el momento en que estallaba la Primera Guerra Mundial. En las potencias beligerantes, excepto en Rusia, el partido socialista había abandonado su oposición al gobierno en miras a unos intereses internacionales. En cambio en Rusia el partido socialista trató de convertir en guerra civil la contienda entre las naciones y emprender la organización inmediata de la revolución social por medio de una fusión comunista de sindicatos.

La atmósfera general de derrotismo en todos los países beligerantes a fines de 1916 y comienzos de 1917 se tradujo en Rusia por un amplio movimiento revolucionario. A fines

de abril de 1916 la situación interna se mostraba muy favorable para los socialistas. Nicolás II dominado por Rasputín adoptaba una posición intransigente y autocrática: quería continuar con su política absolutista y la Duma trataba de imponer la parlamentaria. Una conjuración de nobles, para liberar al zar de su influencia, asesinó a Rasputín a lo que Nicolás II respondió cerrando la Duma. La consecuencia fue que en la Duma empezó a surgir la idea de un golpe de Estado. El país estaba profundamente desorganizado y mientras millones de habitantes vivían en la más espantosa miseria, algunos arrivistas acumulaban ingentes riquezas. En medio de este malestar interior los nobles dieron el golpe de gracia al exigir la reunión de la Duma en la que prestaron juramento de fidelidad los jefes de la marina y del ejército (noviembre de 1916). La situación se había puesto tan tensa que los aliados creyeron que el zar negociaría con Alemania una paz por separado. A la oposición de la burguesía liberal, de la Duma y del partido socialista revolucionario se sumaba una efervescencia cada vez más intensa de la clase popular, provocada más que nada por la carencia de alimentos. En febrero de 1917 los obreros de Petrogrado se lanzaron a la calle; el 26 del mismo mes la Duma rompió con el régimen y al día siguiente la guarnición de la ciudad se sumó en masa al movimiento revolucionario ante la consternación de los que creían inviolable el régimen zarista. El 12 de marzo los insurrectos se apoderaron del arsenal y el gobierno dimitió. Inmediatamente se constituyeron dos poderes independientes: el Comité ejecutivo de la Duma y el Soviet de obreros y soldados. El primero de carácter liberal y el segundo de ideología marxista. Parecía imposible que dos poderes tan opuestos en sus tendencias políticas se unieran, pero se llegó a un acuerdo consistente en la abdicación del zar en favor de un miembro de la familia imperial; se resistió Nicolás II persistiendo en su rígida actitud y encargó al general Ivanov marchar sobre Petrogrado para restablecer el orden. Mientras el zar se dirigía hacia el palacio imperial de Detskoi-Selo fue detenido su tren por soldados insurrectos y abdicó bruscamente en favor de su hermano el Gran Duque Miguel.

Los primeros actos del gobierno provisional fueron de magnánima liberalidad con respecto a todos los pueblos eslavos, preconizando una agrupación en torno a la madre Rusia. Pero, pronto empezaron los desacuerdos entre Kerensky representante del soviet de obreros y soldados, y Milinkov que era partidario de la política de anexiones.

Las disensiones ideológicas de los dos partidos gobernantes no tardaron en dejarse sentir. Lenin desde Suiza se pronunciaba en contra de aquella alianza de tendencias contradictorias. En las ciudades la opinión estaba dividida, y en las aldeas los campesinos no deseaban otra cosa que ser dueños de las tierras, el ejército se hallaba desorganizado y desquiciado. Urgía la precipitación de los acontecimientos.

Para apresurar la revolución los alemanes trasladaron a Rusia a Lenin y a sus principales colaboradores. Al llegar Lenin lanzó un llamamiento al pueblo para derrocar al gobierno provisional; pero la revuelta fracasó, a pesar de lo cual Kerensky propuso la dimisión de Milinkov.

Estaba sobre el tapete el decidir si Rusia, y con ella parte del mundo, se orientaría hacia el liberalismo o hacia una revolución marxista. Para que triunfe una revolución es necesario que represente las aspiraciones del pueblo y Rusia estaba muy lejos del individualismo y humanismo occidentales. Para canalizar las aspiraciones de la mísera masa campesina no quedaba otra solución que la reforma agraria. Una revolución liberal no podía hacerse únicamente apoyándose en un plano político, y esto no lo comprendieron los liberales. Frente a ellos los socialistas habían hecho una intensa propaganda en el campo y las ciudades, con el objetivo del reparto de tierras.

Lenin se había dado cuenta de que para la revolución comunista tenía que proceder por etapas: primero destruir la clase media apoyándose en los campesinos, y luego con su ayuda constituir una dictadura sostenida por el soviet de obreros y soldados, para finalmente obligar a la clase campesina a una colectivización que destituiría la propiedad individual. La revolución rusa en tanto fue liberal y constitucional no representó más que una ínfima parte de la nación, porque la masa no pedía libertad política, sino reformas sociales profundas, que le llevaran a disponer de la tierra de los propietarios, imaginando que ello significaría el término de su gran pobreza. Por esto se entusiasmaba con la propaganda marxista que prometía la igualdad.

El marxismo, que fracasó en Occidente, convirtiéndose en un socialismo penetrado de humanismo, encontró terreno abonado en Rusia. Por eso Lenin intentaría constituir progresivamente instituciones sociales comunitarias, eliminando las antiguas clases poseedoras o dirigentes.

En julio de 1917 la facción bolchevique que dirigía Lenin intentó un golpe de mano en Petrogrado, que fue dominado

por los cosacos, y Lenin tuvo que huir a Finlandia. El resultado fue entregar el gobierno a Kerensky, que reformó su grupo dominado en lo sucesivo por los socialistas. Mientras tanto, Lenin que había regresado secretamente a la capital preparaba el plan que le había de llevar a la dictadura del proletariado. El primero de noviembre lanzó el llamamiento para el golpe de estado y el día cinco la guarnición de Petrogrado se unió a los soviets. En la noche del seis al siete de noviembre la revolución apenas comenzada triunfó y derrocó al gobierno provisional. Al día siguiente el Consejo de comisarios del pueblo presidido por Lenin, se hacía con el poder. Kerensky huyó al extranjero. Así terminaba la primera etapa de la revolución.

Una vez que el Congreso de los soviets tomó el poder, 8 de noviembre, decretó la fiscalización de las tierras de los grandes propietarios y de la Iglesia; el 14 de noviembre otro decreto entregó a los obreros la intervención de las fábricas y en último dictado definió la igualdad y soberanía de los pueblos de Rusia.

Varios actos demagógicos señalaron el advenimiento al poder de Lenin, acompañado en sus funciones de gobierno por Trotsky, Rikov, Zamenev, Zinoviev, Stalin y otros. Trotsky firmó con los aliados el Tratado de Brest-Litovsk (29 de noviembre), que aunque representaba una renuncia por parte de Rusia a Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Ucrania, Batum y el Kars, fue aceptado para consumar la revolución en el interior del país.

A pesar de todo, el Consejo de Comisarios del Pueblo sólo continuaba siendo el representante de una minoría; recluido en el Kremlin, el gobierno soviético dirigió con tenacidad la conquista del suelo ruso sin escatimar los métodos de terror.

La Asamblea Constituyente que convocó el gobierno provisional fue disuelta el 19 de enero de 1918, y el poder fue asumido por la dictadura del proletariado, que a partir del mes de marzo se convirtió ya en dictadura del partido comunista y todos los soviets, desde el de la aldea hasta el Soviet Supremo, sus órganos transmisores.

Para lograr imponerse, la dictadura había creado la *cheka* (diciembre 1917), que no era sino la antigua policía del gobierno zarista; instituyó el Ejército y la Marina rojos, instauró el sistema de economía dirigida, nacionalizó la Banca, los ferrocariles, el comercio exterior e interior y las empresas.

El problema más urgente que se planteaba a la República era el abastacer a las ciudades y al ejército, además de luchar contra la anarquía que produjo el hundimiento del régimen zaristas. Para el abastecimiento se recurrió a la requisa del trigo producido por los campesinos ricos, eliminando a los recalcitrantes. Esta política encontraba la oposición del Partido Socialista ruso, que desautorizó el V Congreso Panruso, sancionando la Constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia (10 de Julio de 1918). Durante la celebración de este Congreso, en Ekaterinenburgo caían asesinados Nicolás II y su familia (17 de julio). Poco después, un atentado contra Lenin recrudeció los métodos de terror.

La opinión de la oposición a los bolcheviques estaba dividida: unos se inclinaban hacia los aliados, otros hacia los alemanes, por la monarquía absoluta o por la constitucional. El nuevo régimen tenía muchos enemigos no sólo en Rusia, sino también entre los aliados, unánimemente hostiles, pero jamás pusieron en verdadero aprieto al gobierno soviético. El Ejército rojo de León Trotsky fue capaz de desbaratar las maniobras de los «blancos», a pesar de que la mayor parte de Rusia estaba en manos de los enemigos de los soviets. En Siberia estalló un violento movimiento contrarrevolucionario que llegó a formar un gobierno provisional ruso presidido por el almirante Koltchak. Una flota francesa, en diciembre de 1919 ocupó Odesa y organizó el bloqueo del mar Negro. En el norte los ingleses recibían refuerzos y llegaban a Siberia destacamentos de japoneses. La Rusia de los soviets estaba cercada por todas partes, pero a pesar de la difícil situación, esperaba extender a toda Europa la revolución comunista, y en marzo de 1919 se fundaba en el Kremlin la Internacional comunista destinada a organizar y dirigir la revolución mundial. Pero primero había que empezar por conquistar Rusia. Mediante la fuerza y el ardid el Kremlin restituyó a Rusia las repúblicas transcaucásicas de Armenia, Georgia y Adzerbaidjan, que se habían declarado independientes en 1919. En 1920 Ucrania volvió a formar parte de Rusia. Pero la barrera que los aliados le oponían por el Este era tan fuerte, que en el transcurso de 1920 hubo de reconocer la independencia de Estonia, Lituania y Letonia, y en 1921 hubo de firmar con Polonia el Tratado de Riga, que establecía la frontera de aquella nación a 150 km. al este de la línea de Curzon e incorporaba a Polonia, la Galitzia y parte de la Bielorrusia. Siberia también fue integrada al gobierno de Moscú en mayo de 1922 en que el ejército soviético llegaba al Pacífico.

En 1922 la revolución soviética se había estabilizado. Le había costado 770.000 km² de territorio y más de 28 millones de habitantes; pero salía triunfante de la prueba. Su victoria, sin embargo, le salía cara, pues la guerra civil aumentó el caos y la miseria que había traído la revolución; la industria, los Bancos y el comercio, nacionalizados, estaban completamente desorganizados. Una oleada de hambre se abatió sobre el país ocasionando juntamente con las mantanzas y las enfermedades más de 7 millones de víctimas. Este enemigo, más terrible que los soldados blancos, obligó a Lenin a instituir la libertad del comercio interior. Su primera etapa fue la N.E.P. o nueva política económica. La N.E.P. moderó las medidas drásticas revolucionarias, y de este modo los campesinos y obreros perdieron lo prometido por los soviets en los momentos cumbres de la revolución, convirtiéndose en instrumentos del Estado. La dictadura del proletariado pasaba a ser una dictadura sobre el proletariado mismo.

Por decisión de Lenin el partido comunista se constituyó bajo la jefatura de dos Comités: la Oficina de organización y la Oficina política, donde poco a poco fue abriéndose camino el nuevo secretario general del Partido, Stalin, hasta entonces figura de segunda categoría.

El Estado soviético, reducido primero a Rusia y Siberia (julio de 1918), se transformó (cuatro años más tarde) en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que comprendía: Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia.

La diplomacia soviética consiguió el reconocimiento de la U.R.S.S. por varios estados extranjeros. Estonia, Letonia, Lituania y Finlandia firmaron la paz con Rusia en 1920. En 1921, Persia y Afganistán firmaron tratados de amistad, así como también Turquía. Firmaron pactos comerciales Alemania, Noruega, Italia e Inglaterra.

La política liberalizante de la N.E.P. hizo posible que Rusia recuperara su puesto en el concierto internacional.

1919

La Sociedad de Naciones aspira a gobernar el mundo. En la Conferencia de la Paz, que se reunió en Versalles, estaban representados treinta y dos estados, pero fueron las grandes potencias quienes se abrogaron el derecho de gobernar el mundo. Entre Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia y el Japón formaron un Consejo de los Diez, en el seno del cual se formó un Consejo de los Cuatro, constituido por el presidente Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando

quienes considerando que los demás países tenían sólo intereses limitados en los problemas mundiales, se les llamaría únicamente cuando el problema a tratar les afectase.

Desde el principio se vio que era Wilson quien iba a regir los destinos mundiales. De profunda ideología liberal, quería lograr un mundo de felicidad; convencido de que las instituciones de los Estados Unidos y de la Europa occidental eran las que les habían dado su grandeza, quiso admitir universalmente el principio de las nacionalidades, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la libertad individual y el régimen democrático. Para lograrlo consideraba que la república y el protestantismo eran más ventajosos que la monarquía y el catolicismo. Su ideal era hacer del mundo una gigantesca federación de estados, regida por la Sociedad de Naciones, y así lo formuló en sus catorce puntos: «Deberá formarse una Asociación General de Naciones sobre la base de pactos que tengan por objeto crear mutuas garantías de independencia política e integridad territorial de los estados, sean grandes o pequeños».

Así, pues, la Sociedad de Naciones debía fundarse en un pacto entre estados soberanos, dominios y colonias con un gobierno autónomo, que estarían representados por una delegación, cuyo conjunto constituiría la Asamblea de la Sociedad de Naciones, que adoptaría decisiones por unanimidad. La duración del tratado firmado por los miembros de la S.D.N. era ilimitada, pudiendo retirarse mediante un aviso previo de dos años.

El pacto proclamaba la necesidad de reducir los armamentos, y señalaba un plazo para conseguirlo; garantizaba la integridad territorial y la independencia política de los estados miembros; señalaba que en caso de agresión todos los miembros de la Sociedad estaban obligados a imponer sanciones económicas y financieras al agresor, e incluso a prestar a la nación atacada el apoyo de sus armas. También la S.D.N. enemiga, en principio, del colonialismo, confiaba los territorios extraeuropeos tomados a los vencidos a potencias mandatarias responsables ante ella. Queriendo evitar conflictos entre los estados, se estipuló también que dicha organización sería competente para proceder a la revisión de tratados.

Estas ideas liberales no podían concebirse únicamente en el plano político, suponían también la libertad de cambios y la paz social. El pacto de la S.D.N. abolía las barreras aduaneras e instauraba la Oficina Internacional del Trabajo (OIT). Este último era un organismo independiente integrado en la

S. D. N., pero que introducía un principio nuevo en cuanto a la representación de los estados miembros: cada uno de ellos enviaba cuatro delegados, dos de los cuales representaban al gobierno, uno a la clase patronal y otro a los obreros. La labor de la OIT consistía en proponer a los estados reformas relativas a la organización del trabajo, de la higiene y de la seguridad social.

El pacto de la S.D.N., en principio magnífico, no era tampoco un instrumento perfecto; presentaba también fallos, y el principal era el de tener que tomar decisiones por unanimidad. ¿Así, cómo se arbitraría un conflicto que pusiera en juego los intereses de las grandes potencias?

Es indudable que el valor de la S.D.N. debía medirse por la voluntad de las grandes potencias en aceptar lealmente sus principios. Pero ¿bastaba un pacto para rechazar la política de proteccionismo económico, de imperialismo político y de hegemonía?

Wilson tiene el mérito de haberlo intentado, pero llevado por su idealismo no se dio cuenta de que únicamente era seguido por pequeños países; las grandes potencias aceptaban su dirección porque veían en la S.D.N. un posible instrumento para su definitivo predominio del mundo.

El primer ministro inglés Lloyd George sólo tenía en cuenta los intereses británicos inmediatos. Su principal preocupación era impedir que una potencia de la Europa continental se afirmase en la hegemonía. Temeroso del prestigio de Francia, obstaculizó la política francesa que pretendía quedarse con Renania y la reconstrucción de una Polonia independiente políticamente dirigida hacia Francia.

Las disensiones surgieron también cuando se planteó la cuestión de la reconstrucción de la Europa central y oriental. La reconstrucción de Polonia fue admitida en seguida, pero la fijación de sus fronteras, así como el concederle una salida al mar, suscitaron enormes dificultades. El cumplimiento del principio de las nacionalidades planteaba también el problema de Checoslovaquia y Rumania, cuestiones casi insolubles.

Si el principio de las nacionalidades fue valedero para Europa, no se hizo extensivo a África ni a Asia. Así, en mayo de 1919, se llegó al acuerdo de que las posesiones alemanas extraterritoriales serían repartidas entre las potencias, dándoles el mandato de administrarlas.

China reivindicó la restauración de su soberanía, pidiendo la devolución de Chantung, ocupado por los japoneses, después de haber expulsado a los alemanes y la entrega a Pekin de

la explotación del ferrocarril chino del Este. Por otra parte el Japón exigía los derechos que los alemanes poseyeron en China. Los Estados Unidos se opusieron a ello, y el Japón amenazó con abandonar la S.D.N. Wilson para conservar su obra consintió que los japoneses se quedaran con Tsin-Tao, y conservaran en Chantung privilegios económicos.

Fue una flagrante violación del derecho de las naciones a disponer de sí mismas, y sorprendente porque concernía a China, que había luchado contra los alemanes. El delegado chino se negó a firmar el tratado y abandonó la conferencia. Esta injusticia impuesta a China tendría incalculables consecuencias.

El Senado americano, que veía con temor la expansión japonesa, desautorizó la política de Wilson. Su consecuencia inmediata fue que los EE.UU. se negaron a ratificar el Tratado de Versalles y a formar parte de la S.D.N., iniciando una crisis que habría de desencadenar la Segunda Guerra Mundial. El Tratado de Versalles se apoyaba en dos elementos esenciales: la constitución de la S.D.N. y la garantía eventual dada a Francia por Inglaterra y EE. UU., a cambio de la cual Francia había renunciado a exigir que Renania fuera separada de Alemania. Con el abandono de la S.D.N. y la negación a Francia de la garantía prometida, los Estados Unidos volvían a su política de aislacionismo, desviándose de toda solidaridad internacional y no aspirando más que a fortalecer la posición hegemónica que la guerra les había permitido ocupar.

La política estadounidense del republicano Harding, que en 1920 sustituyó al desautorizado Wilson, hizo que Inglaterra se desentendiera también de la garantía prestada a Francia, que desde aquel momento se encontró completamente aislada, y profundamente herida por la guerra.

Inglaterra, cegada por su pasión arcaica de considerar a Francia su enemiga, adoptó una posición favorable al resurgimiento de Alemania, y fue secundada por los yanquis, que sólo pensaban en sacar el mayor partido posible a sus triunfos de guerra.

El bloque aliado, dividido contra sí mismo constituía una magnífica circunstancia para Alemania, que podría ganar diplomáticamente lo que no consiguió con las armas.

Rusia no participó en la experiencia de constituir el equilibrio europeo, abstraída en la constitución de un imperio basado en las ideas marxistas. Las potencias no consideraron la enorme importancia de la revolución rusa, desinteresándose de la inmensidad de sus territorios, eclipsándola del equilibrio europeo, cuando por sí misma constituía ya un nuevo equilibrio para el mundo.

Alemania continuaba siendo la única gran potencia de la Europa central, puesto que en la guerra únicamente había perdido territorios no alemanes y no esenciales para su economía.

Se anunciaba una transformación profunda en la estructura universal. La América latina pasó de la órbita europea a la de los Estados Unidos. Entró en juego el Japón. El mundo musulmán quería librarse de la tutela occidental, y todo el Extremo Oriente y el mundo indio se orientaban hacia una corriente nacionalista, que se confundía con las aspiraciones democráticas nacidas en Asia, elemento del que se había de apoderar de la U. R. S. S. para reanudar su política de imperialismo, ofreciéndose como instrumento de la liberación de Asia.

Así, pues, se vislumbraban otras fuerzas apoyadas en grandes masas de pueblos, que no compartían las ideas religiosas. sociales ni políticas de Occidente. Por lo tanto la nueva era prometía transformar el mundo, no sólo en el plano político, sino en el espiritual y social. Europa, que había dado a los pueblos métodos militares, económicos y sociales, iba a ver cómo se volvían contra ella, para librarse de su tutela.

Para conservar a Europa en una cierta cohesión, tal vez hubiera sido preciso una unión de la Europa occidental, pero para ello era preciso contar con bases admitidas por sus miembros, y si bien es cierto que Europa occidental ha evolucionado, unida por las ideas del humanismo y de la libertad individual, Alemania ha evolucionado siempre hacia el autoritarismo y hacia una especie de misticismo racial o social, opuesto a las ideas fundamentales de la civilización occidental.

Quizá la gran obra defendida por Wilson de crear una solidaridad universal, instituyendo una Sociedad Universal de Naciones, impidió la realización de otra más modesta inspirada en la agrupación del Occidente y de los EE. UU., pueblos ya unidos por sus ideas democráticas y parlamentarias. Además, la S.D.N. fue un fracaso ya desde su misma creación, por negarse los Estados Unidos a participar en ella y por la ausencia de Rusia y Alemania. Fruto de este fracaso fue el paso a la historia de la hegemonía europea. Europa pasaría a ocupar el lugar secundario que le marcaba su extensión, ofreciendo el espectáculo de un escenario divi-

dido, que paralizaba sus recursos. Esta división no se apreciaba solamente en el plano político. Los pueblos llegaron a ser profundamente enemigos, incluso en el aspecto intelectual; debilitados material, moral e intelectualmente en el campo vencedor y en el vencido, en tanto que el materialismo y el ansia de placeres se desarrollaban como consecuencia de los horrores y miserias de la guerra.

1919

Tratado de Versalles. Reunidos los representantes de las naciones libres en Versalles el 18 de enero de 1919 se apropiaron del derecho de reconstruir los destinos del mundo, dándole una especie de parlamento único, que con idealista desinterés lograra la felicidad humana. Desde el primer momento la Conferencia se desarrolló bajo el predominante influjo del presidente norteamericano Wilson, que de profunda ideología liberal, quería extender universalmente el principio de las nacionalidades, convencido de que en el mundo entero podían imponerse las instituciones que habían hecho la grandeza de los Estados Unidos. Wilson definía en sus «Catorce Puntos» lo que había de ser la base de este parlamento mundial: *Debería formarse una asociación general de naciones sobre la base de pactos que tengan por objeto crear mutuas garantías de independencia política e integridad territorial de los estados, sean grandes o pequeños.*

Si la voluntad de las potencias hubiese sido firme en aceptar los principios del pacto de la S.D.N., el valor del mismo hubiera sido incalculable, y habría representado la culminación del liberalismo del siglo XIX; pero los mismos Estados Unidos se otorgaron categoría de nación predominante, y por ello veíanse tan sólo secundados por las pequeñas potencias, en tanto que los grandes estados se preocupaban cada uno de su preponderancia particular.

El asunto más debatido fue el de fijar la frontera occidental alemana. Francia reclamaba que se volviera a las fronteras de 1914, lo que le suponía la anexión de una parte del Sarre y, teniendo en cuenta las concesiones que se hicieron a Polonia, Checoslovaquia y Rumania, no era pedir demasiado; pero Wilson y Lloyd George, primer ministro inglés, se negaron a concederlo, y Francia tan sólo pudo adquirir las minas del Sarre y la autonomía del país; pero únicamente por quince años, tras los cuales debería decidirse su destino. Adivinábase en todo esto que Inglaterra deseaba una Alemania lo bastante poderosa para que sirviera de

contrapeso a la hegemonía francesa. Poincaré estuvo a punto de dimitir como presidente de la República, y únicamente logró que la orilla izquierda del Rin permaneciera durante quince años ocupada por las fuerzas aliadas a fin de garantizar las obligaciones financieras de Alemania. En las fronteras belga y francesa fue donde Alemania hubo de ceder menos terreno; en cambio en el Este se vio obligada a hacer notorias concesiones. Polonia obtuvo el acceso al mar, con un pasillo a través de Prusia, por Dantzig, declarada ciudad libre, y adquirió la frontera continental de 1792 y además la Alta Silesia. Por el conjunto del tratado Alemania perdía un séptimo de su territorio; sus colonias en África y su ventajosa situación en China, además de la disminución en población y soberanía que lleva adjunta una derrota; se reducía considerablemente su ejército y sus efectivos navales, siendo internacionalizadas sus vías fluviales. Además quedaba por dilucidar la cuestión de las «reparaciones», pues Inglaterra, Estados Unidos y Francia querían obtener de Alemania la reparación de sus daños de guerra, y los enormes gastos que aquella les había supuesto, así como la entrega, para ser juzgados, de los responsables de la guerra.

Al ser conocidas en Alemania las cláusulas del tratado cundió el estupor, en realidad no justificado si se tenían en cuenta las decisiones que hubieran seguido los alemanes de haber ganado ellos la guerra, pues, en realidad, al aceptar los aliados el armisticio, sin destruir el ejército alemán, dejaban intacto su poderío militar, así como su potencia económica. El día 22 de junio de 1919 la Asamblea de Weimar aceptó el tratado; pero no quiso reconocerse como causante del conflicto bélico; el 28 de junio el socialista Müller y el católico Bell firmaban el Tratado de Versalles, en tanto que en el mismo día Inglaterra y Estados Unidos se comprometían a ayudar a Francia en caso de agresión alemana.

1921

El imperio inglés se transforma en Commonwealth. De las potencias beligerantes la que en realidad salió vencedora fue Inglaterra, que consiguió abatir el imperio alemán, que se erguía como su rival, y aumentó considerablemente sus territorios al hacerse con sus colonias. Al sur del ecuador la supremacía inglesa era indiscutible, y aunque no dominaba el Pacífico, pues allí imperaban Estados Unidos y el Japón, hay que considerar que, al terminar la guerra, estas potencias eran aliadas suyas. La guerra aumentó el imperio en 2 millones de

kilómetros cuadrados y 8 millones de habitantes, con lo que vino a tener la cuarta parte de los territórios y de la población del mundo. En adelante toda política inglesa tendería a conservar este vasto territorio.

A pesar del anticolonialismo del presidente Wilson, Inglaterra acrecentó en forma tan considerable su imperio porque las colonias alemanas fueron puestas en manos de la S.D,N,, quien las repartió a las potencias en forma de mandatos, es decir, con la misión de ponerlas lo antes posible en condiciones de gobernarse por sí mismas. Este acuerdo fue adoptado con la oposición de Italia y Francia, pero Inglaterra no se preocupó de sutilezas jurídicas, sino de que pasaran a formar parte de su imperio.

Este inmenso dominio, extendido por todos los mares y continentes, daba a la Gran Bretaña una posición única en el mundo.

Pero para poder asegurar su unidad era necesario una feliz comunicación entre todas sus partes, comunicación que en primer lugar había de asegurar la marina, pero también los ferrocarriles, el telégrafo y la información de una prensa objetiva y enterada.

Si la guerra le dío el apogeo de su universalidad, también modificó el equilibrio de fuerzas en que basaba su seguridad. Antes de 1914 Inglaterra era dueña de los mares. Después de 1918 ya no ocurrió lo mismo. La armada americana igualaba a la inglesa, y por eso se imponía a Inglaterra una política colaboracionista con los Estados Unidos. En efecto, la apertura del canal de Panamá permitía a Estados Unidos concentrar rápidamente su flota ya en el Pacífico, ya en el Atlántico, y el mar de las Antillas se había convertido en un mar interior americano. También en Extremo Oriente el creciente poderío de la flota japonesa restó a la Gran Bretaña la supremacía de sus bases en Singapur, Hong-Kong y Wei-Hai-Wei, y para la seguridad de sus dominios del Pacífico, Australia y Nueva Zelanda, la flota inglesa sola era insuficiente, y hubo de convenir una política de alianza con el Japón.

Ahora bien, la rivalidad entre Estados Unidos y Japón por el dominio del Pacífico, después de la Primera Guerra Mundial, colocó a Inglaterra en la necesidad de escoger entre la alianza japonesa o la amistad con los Estados Unidos. Era un dilema peligroso, pero Inglaterra no podía entrar en competencia con los EE. UU. ni en el terreno naval ni en el económico, por lo que se vio forzada a someterse y a no renovar



con el Japón su alianza que expiraba en 1922. En lo sucesivo, pues, su hegemonía mundial iba a estar ligada a la política amistosa entre las dos grandes potencias anglosajonas. Este nuevo sistema de seguridad llevó a Inglaterra a distanciarse de Europa para aproximarse a América del Norte.

Al mismo tiempo que el problema del dominio de los mares se le plantearon a Inglaterra problemas interiores muy graves. El esfuerzo de la guerra había menguado su potencia económica y financiera en aras de Norteamérica, y por primera vez el gobierno de Londres hubo de emitir préstamos, lo que demostraba que la supremacía económica inglesa estaba tan comprometida como la naval. Para restaurarla Inglaterra se apartó de Europa, que salía desorganizada de la guerra, para volverse hacia su imperio. Pero, para lograr con su imperio un bloque económico era preciso resolver algunos difíciles problemas, tales como conceder a los dominios la autonomía total que reclamaban, solucionar los problemas egipcio e indio y aclarar su situación con Irlanda. Inglaterra iba a conseguir todo esto dando al imperio un nuevo estatuto, basado en el más amplio liberalismo.

Ya desde 1910 venía incrementándose una tendencia inspirada en la limitación de los lazos políticos de los dominios con Inglaterra a una simple unión bajo el mismo soberano. Este liberalismo no había de quedar en palabras. En la Conferencia de París estos dominios firmaron, como Inglaterra, el Tratado de Versalles y entraron en la S.D.N. como países independientes. En 1925 esta independencia fue confirmada con la creación de un Ministerio de Dominios cuya misión era, no la de gobernarlos, sino la de negociar con ellos. Este entendimiento fue confirmado en la conferencia imperial de 1926, que admitió que los dominios constituían personalidades de derecho internacional público, autónomas, independientes y soberanas. En lo sucesivo no había con la metrópoli ningún vínculo de subordinación, ni siquiera una alianza indisoluble; el único lazo que persistía es el que enlaza a Inglaterra con las partes de su imperio, el rey.

En 1931 fue consignada en el Estatuto de Westminster la nueva concepción imperial que reemplazaba el imperio por la British Commonwealth of Nations (Comunidad Británica de Naciones). No se trataba de un privilegio otorgado por la Gran Bretaña a los dominios, sino de un reconocimiento mutuo de recíproca igualdad. La única primacía inglesa era la de que su rey era el soberano de todos los dominios, haciendo de la Commonwealth una monarquía con sede en Londres.

Tal como quedó instaurada con el estatuto de Westminster, la Commonwealth no comprendía sólo dominios independientes, sino también colonias que permanecían sometidas a la Gran Bretaña y el imperio de la India, que no era un dominio, ni una colonia.

Se consideraban colonias las tierras de explotación de la zona tropical, los territorios bajo mandato, los protectorados y los países que una alianza pone bajo la intervención directa de Londres. Este imperio colonial está sometido al Parlamento de Londres, que vota sus leyes y aprueba sus presupuestos. En resumen, en la Commonwealth la igualdad existe sólo para las antiguas colonias convertidas en naciones anglosajonas; en los territorios poblados por razas de color la *colour bar,* continúa irreductible, y plantearía graves problemas.

Egipto, sometido de hecho a un protectorado, se sublevó en 1924; en agosto de 1936 Inglaterra reconoció su independencia, pero firmando con él una alianza que equivalía a un vasallaje más suave.

En el Cercano Oriente sucedió algo semejante con el Irak, Jordania, el territorio del Yemen y el Hedjar. Así se creaban al margen de la Commonwealth, y anexas al imperio, zonas de influencia en las que se mostraba de una manera más o menos flexible, la autoridad de la Gran Bretaña.

1922

El fascismo en Italia. Italia había entrado en la guerra no por reacción a una agresión, sino porque de los aliados obtuvo el más amplio reconocimiento de sus miras imperialistas. El Tratado de Londres (abril de 1915), había prometido a Italia el Trentino, Trieste, parte de la Dalmacia, casi todas las islas dálmatas, Valona y sus alrededores, el protectorado de Albania, la región de Adalia en Asia Menor y otras compensaciones coloniales. Un nuevo tratado firmado en abril de 1917 con Francia e Inglaterra especificó además que Italia recibiría también la parte sudoeste de Asia Menor.

Ahora bien, en realidad sólo se le reconocieron las tierras del Trentino y de Trieste, la ciudad de Zara, algunas islas dálmatas y ciertos derechos en Asia Menor. De esta forma resultaba que se había exigido a la nación un esfuerzo desproporcionado a las ventajas obtenidas. El descontento cundía por toda la nación y el partido católico y el socialista se culpaban mutuamente de la entrada de Italia en la guerra y a ello se añadía el contagio de las ideas comunistas.

El Partido Nacionalista extremista de derechas, presidido por Federzoni, se lanzaba a una campaña de agitación y organización de las milicias de Camisas Azules; el grupo del *Fascio d'Azione Rivoluzionaria* fundado en 1919 por el periodista socialista Benito Mussolini, daba al nacionalismo un carácter socialista. En marzo de 1919 publicó un programa en el que reclamaba la formación de una asamblea constituyente internacional de los pueblos. Italia había de formar una república, cuyos municipios y regiones disfrutarían de administración autónoma. El programa implicaba el nombramiento de los magistrados por elección, la supresión de la nobleza, la libertad de opinión, de asociación y de prensa, la limitación de las fortunas, la participación de los obreros en los beneficios y la práctica de una política internacional basada en la solidaridad de los pueblos. Este programa no implicaba dictudura del proletariado, ni marxismo, ni estatismo; sin embargo, los obreros se afiliaban en masa a los sindicatos de la *Confederazione Generale del Lavoro Italiano* (C.G.L.I.).

En las filas del Partido católico, Sturzo creaba el Partido Popular Italiano, especie de socialismo cristiano. Así, en el aspecto social la democracia cristiana iba a unirse con el Partido Socialista, creando en las clases obreras una unidad de tendencias, que en marzo de 1919 se manifestó por «espediciones obreras», saqueos y ocupaciones de fábricas y los antiguos combatientes desmovilizados pretendían apoderarse de los grandes predios.

Entre tanto, el nacionalismo se organizaba como fuerza dispuesta a la acción. En septiembre de 1919 el poeta Gabriel d'Annunzio ocupó Fiume y proclamó su anexión a Italia. Inmediatamente el gobierno acusó a D'Annunzio de rebelde y se produjeron disturbios. En el congreso socialista de Bolonia se votó la instauración de la república socialista y de la dictadura del proletariado, con lo que el fascismo entraba en juego frente al socialismo. La apertura de la nueva Cámara dio lugar a manifestaciones antimonárquicas, se declaró la huelga general y fueron atacados algunos cuarteles, abiertas las cár-

celes y paralizadas las comunicaciones. En toda Italia hubo violentas revueltas, y la Cámara estaba dominada por la calle. La anarquía aumentaba de día en día, el gobierno no reaccionaba y la vida económica quedó paralizada. Los campesinos se sublevaron exigiendo el reparto de tierras; pero la C.G.L.I. se negó a desencadenar la revolución reclamada por el Partido Socialista.

Si el gobierno no se decidía a la acción, Moscú, en cambio, iba imponiendo su autoridad. Por orden de Zinoviev se fundó el Partido Comunista, y entonces fue cuando el Fascio se erigió en defensor del orden en contra del socialismo. Su postura le valió multitud de adhesiones entre la burguesía media y los grandes propietarios. El ejército y el gobierno pusiéronse a su favor y muchos socialistas se adhirieron al Partido. Los comunistas respondieron con violencias e igualmente contestó el Fascio: la guerra civil estaba desencadenada, y el ministro de la Guerra, como defensor del orden, dio armas a los fascistas. El presidente del gabinete, Giolitti, disolvió la Cámara y las elecciones elevaron al poder a los fascistas, con treinta y ocho diputados, entre ellos Mussolini.

Sin embargo, en la Cámara no pudo formarse ninguna mayoría y Giolitti fue derribado, formando el nuevo gobierno Bonomi, antiguo socialista. El ejército empezó atacando al fascismo y en esta ocasión Mussolini quiso negociar con los socialistas y con el Partido popular, pero fue desautorizado por su propio partido.

Por aquellos años Italia obtuvo un éxito en el Congreso de Washington, pues se le había reconocido el mismo tonelaje que a Francia para los barcos de gran calado, lo cual proporcionó a Mussolini gran cantidad de nuevos adeptos; para hacerse valer dio un golpe de mano en Fiume; aliados y yugoslavos, ante el hecho consumado, reconocieron Fiume para Italia (1924).

Desde entonces el partido fascista pasó a la acción. La anarquía estaba en su apogeo; la situación económica era desesperada y los funcionarios abandonaban sus puestos. Por otro lado la nación estaba cansada de disturbios y anarquía, pero temía al bolchevismo; la opinión moderada estaba dispuesta a apoyar cualquier gobierno de orden, aunque el rey era hostil al fascismo. Mussolini, para agrupar a su alrededor a todas las fuerzas anticomunistas, invitó al país a rehacer su unidad en torno al rey. El 22 de octubre de 1922 se constituyó en Milán un cuadrunvirato revolucionario que decidió marchar sobre Roma y hacerse con el poder. El 24 de octubre

el cuadrunvirato lanzó la orden de movilización general fascista y el 27 del mismo mes el partido envió al gobierno un ultimátum para que dimitiera. El rey estaba decidido a resistir y propuso a los fascistas que colaborasen; pero Mussolini exigió la presidencia del gobierno y esta vez el rey cedió.

Al hacerse cargo del poder, Mussolini declaró que respetaría el régimen parlamentario y la monarquía y pidió plenos poderes, que la Cámara le concedió. En toda Italia se adoptaron medidas correctivas contra socialistas, comunistas y miembros del Partido popular. Se publicó una serie de decretos suprimiendo los impuestos sobre la herencia, y disponiendo una retención fiscal de un 10% sobre los salarios y autorizando a los gobernadores para disolver los sindicatos junto con las cooperativas.

Estos decretos nada tenían que ver con el antiguo programa del fascismo, y provocaron una viva oposición en el seno del partido, que eliminó a los elementos más izquierdistas. En resumen, el fascismo se revelaba, no como un régimen revolucionario, sino autoritario. Se fusionó después con el nacionalismo; rompió con la masonería e hizo proposiciones a los jefes de los antiguos combatientes y de la C.G.L.I.; pero el país aceptaba con sensación de alivio el régimen autoritario que se anunciaba, porque había sofocado la guerra civil y desterrado la revolución y la anarquía.

Desde su fundación, en 1919, hasta su subida al poder en 1922, el fascismo experimentó una profunda evolución: se convirtió en un régimen estatista y antisocialista; en el terreno doctrinal, apenas asumió el poder, el fascismo adoptó una postura opuesta a la del parlamentarismo occidental para imponer la autoridad, la jerarquía, la legitimidad y la tradición; a los derechos del individuo opuso los del Estado; afirmaba que la única realidad era el Estado, que representaba una voluntad moral y tenía una religión, la de la patria. Los derechos del individuo sólo emanan del Estado y el objetivo a conseguir es, por lo tanto, el Estado, al que debe sacrificarse el individuo. Esta doctrina, diametralmente opuesta al individualismo y al liberalismo, conduce, por la dictadura, a la afirmación de un poder exclusivamente nacional, que decía inspirarse en la tradición del Imperio romano. La realidad era completamente distinta, pues la gran época del Imperio romano se caracterizaba por el triunfo del individualismo, y el estatismo que invocaba el fascismo sólo apareció en el imperio cuando ya se vislumbraba su decadencia.

Es innegable la influencia del comunismo sobre el fascis-

mo, que lo mismo que el comunismo ruso aspiraba a someter a toda la nación a una ideología que subordina los derechos del individuo a los de la colectividad. También, como el comunismo ruso, el fascismo italiano decía haber nacido de la voluntad popular, y por tanto era preciso que dispusiera de órganos representativos del pueblo, pero que emanasen de un partido único depositario de la doctrina del régimen. El partido es el instrumento por el cual se impondrá la ideología obligatoria y no únicamente por la fuerza, sino como producto de una intensa preparación de la juventud; por lo tanto, como todo régimen totalitario ha de apoyarse en una educación que mediante la escuela, los deportes, los espectáculos, etc. suscite el entusiasmo, la admiración y la confianza de una superioridad sobre los demás regímenes.

Es evidente que el fascismo no fue un régimen sanguinario, porque indudablemente el terror de una dictadura está condicionado por la oposición que encuentra, y que esta oposición es tanto más decidida cuanto más profunda es la transformación social que se intenta imponer, y el fascismo, en sus orígenes, no modificó la estructura social de Italia; fue más bien una revolución de superficie.

Mussolini despreciaba el pacifismo; su nacionalismo tiene por base el dinamismo, la voluntad de poder y la mística de la fuerza. Para él el ideal al que el individuo se debe por completo es el Estado, encarnado por el superhombre, que es el jefe. Si es cierto que rechaza la lucha de clases y el internacionalismo y la libertad individual, pretende conducir a Europa hacia un nueva era: la del verdadero socialismo y nacionalismo.

1927

China nacionalista. La República china no había sido un éxito. La expectación de los comienzos quedó defraudada vistos los enormes problemas que implicaba; la desunión provincial era enorme; los intereses creados demasiado grandes y además había complicaciones con potencias extranjeras.

En 1913 el presidente de la República Yuan-Shi-Kai pidió un empréstito de 25 millones, lo cual fue visto por los liberales de las provincias del Sur, como una limitación a la soberanía de la República. Yuan se propuso someter a los rebeldes, y en agosto de 1912 tomó Nankín donde los insurrectos habían establecido su gobierno. Una vez reducido el poder de la clase media, casi toda perteneciente a las provincias marítimas del Sur, que eran las más ricas, el resto

de la población, millones de personas que vivían en unas condiciones de vida inferiores al mínimo necesario y eran indiferentes a la forma de gobierno, nada opuso para que Yuan estableciera una dictadura. En diciembre disolvió el Parlamento y promulgó una Carta que concedía al Presidente el derecho al veto y el de legislar mediante decretos-ley.

El balance de lo que ganó China con la república y dictadura de Yuan fue negativo. Tan sólo logró destruir la tradicional autoridad imperial y al intentar implantar instituciones incompatibles con el pasado histórico de la nación consiguió, únicamente, someterse progresivamente al yugo de las potencias extranjeras.

Después del Tratado de Versalles, con el consiguiente fracaso de la soberanía china, la nación volvió a hundirse en la anarquía.

En las provincias del Sur el prestigio de Sun-Yat-Sen continuaba ejerciendo gran fuerza moral y en 1921 fue elegido presidente de la República, y desde entonces Cantón y Pekín se disputaron el ser la capital de la China unificada. La situación hacíase anárquica por momentos, y los conflictos entre los ejércitos devastaban el país. Sun-Yat-Sen intentó salvar la unidad china organizando el Kuomintang a imitación del partido comunista ruso. La mayoría de los estudiantes respondieron con entusiasmo a esta idea y muchos obreros y campesinos entraron también en el partido. Al mismo tiempo, Sun confió a Chiang-Kay-Shek, que había realizado sus estudios militares en el Japón, la misión de formar un nuevo ejército nacional sometido al poder civil.

Las potencias occidentales se mostraron reacias en reconocer el gobierno de Sun-Yat-Sen, y no quisieron admitir más que al dictador de Pekín como legítimo. No es pues de extrañar que abandonado por los aliados y amenazado por los japoneses, Sun-Yat-Sen buscase apoyo en Rusia. En 1923 la U. R. S. S. y el Kuomintang firmaron un convenio por el cual Rusia se comprometía a sostener a Sun-Yat-Sen en su esfuerzo de unificación e independencia de China. Esto no significaba que Sun-Yat-Sen fuera marxista; su alianza con Rusia, representaba únicamente un convenio en lo referente a política exterior.

En 1925 moría Sun y China se encontraba desamparada. Existía, sin embargo, el Kuomintang organizado en forma de partido único y Chiang-Kay-Shek, apoyado por la U.R.S.S. iba a implantar una dictadura. Sus tropas salieron a la con-

quista de las provincias del Sur, y en todas partes hallaban las huelgas de protesta contra los opresores extranjeros. En 1927, tras la toma de Nankín, estableció allí su gobierno y convirtióse en la figura dominante tanto en la esfera militar como política. Moscú desconfió del poder que iba adquiriendo Chiang-Kay-Shek, y reclamó su destitución, pretendiendo transformar la revolución nacional en una revolución social. La reacción de Chang fue la de expulsar a todos los consejeros rusos y la supresión de los sindicatos obreros de Shanghai. En 1927 la ruptura con la U. R. S. S. era completa, y a partir de entonces empezaron las luchas entre comunistas y nacionalistas. El conflicto se presentaba desigual, Chiang-Kay-Shek estaba apoyado por la burguesía capitalista de las ciudades marítimas y por el ejército victorioso. Por otra parte el partido comunista era el menos poderoso y tenía la mayor parte de sus adeptos en la China central, donde comenzaron a reclutar un ejército para luchar contra el Kuomintang.

1931

Segunda República española. El paso de la república a la monarquía se realiza entre los más alegres vítores en un ambiente de júbilo y exaltación: como un triunfo. Las caídas de las monarquías se anuncian entre el alboroto del populacho y el griterío de una muchedumbre frenética.

La corona española no había tenido grandes contratiempos en la agitada historia de la nación. El siglo XIX había sido el más turbulento, pero las hondas raíces parecían sostener con fuerza el trono de la monarquía. Pero desde 1930, es decir, desde la dimisión del general Primo de Rivera, los cangilones de la noria política no hacían más que bajar y subir sin sacar al sol el agua cristalina de la prosperidad y del bien común.

El gobierno del general Berenguer formado el 30 de enero, dos días después de la caída de la Dictadura, pareció que iba a apaciguar los ánimos y que las aguas correrían por los mismos cauces.

Sólo fue un breve respiro; dos meses más tarde Alcalá Zamora se declaraba republicano y en Zaragoza se pedía la abdicación del rey. Desde este momento hasta la publicación del artículo de Ortega y Gasset, *delenda est monarchia*, el cuadro es un triste bajorrelieve de descontentos.

El 12 de diciembre las voces de rebelión se truecan en hechos: La guarnición de Jaca se subleva a las órdenes del capitán Galán. Y en Madrid se intenta un movimiento que

partiendo de los cuarteles militares sublevará a la ciudad entera después de bombardear el palacio real.

El movimiento estaba mal planteado y peor organizado, tanto que se puede considerar improvisado. Y Fracasó. En vista de ello los dirigentes huyeron en avión a Portugal.

Si la monarquía había podido yugular estos obstáculos serios que se habían presentado en las postrimerías del año, dejaban en cambio un portillo abierto por el que las masas penetrarían el 13 de abril de 1931.

Creyendo que la salvación estaba en las elecciones, el nuevo gobierno, formado al dimitir el general Berenguer, las anunció para el 12 de abril, y que serían municipales para la normalidad de la vida española por los municipios.

Republicanos y socialistas triunfaron en las principales ciudades, pero en conjunto los monárquicos vencieron por 22.150 concejales frente a 5.775 de los adversarios.

El lunes 13 fue un día de franca exaltación popular ante un triunfo local sin tener en cuenta el habido en otras provincias. Ante las triunfantes banderas de la República que todos los enemigos de la monarquía se prestaban a enarbolar y ante las aclamaciones delirantes de una multitud ebria de emociones que recorría las principales vías madrileñas, el conde de Romanones negociaba con Alcalá Zamora la salida de Alfonso XIII, quien aquella misma tarde salía de Madrid.

Al día siguiente, partía de Cartagena camino de Francia el último rey de España.

1933

Dictadura nacional socialista en Alemania. La cuestión de las reparaciones estuvo en el trasfondo político y fue litigio de gran peso en los años de la postguerra. El pago que Alemania debía efectuar lo haría en numerario líquido o bien prestando servicios en los territorios por ella devastados. La primera solución implicaba el que Alemania debería, para proveerse de capital, poseer completa libertad para producir y exportar, y la segunda no era aceptada por el gobierno francés, porque si Alemania reconstruía las devastadas provincias septentrionales, planteaba un grave problema de paro a la mano de obra francesa.

Así se llegó a la Conferencia de Lausana (julio de 1932) sin que las naciones hubieran sabido disponer las obligaciones de Alemania de acuerdo con las posibilidades que tenía para satisfacerlas. Si Estados Unidos aconsejaban la supresión de las reparaciones, se obligaban a cancelar sus créditos a los

antiguos aliados, y esto abrió una profunda brecha entre ellos y las naciones de la Europa occidental, que veían disminuir su influencia en aquéllos. El cese de las reparaciones significó un doble éxito para Alemania, que se vio liberada de la carga que para ella suponía y desunió a las naciones que la habían vencido.

Von Papen, conseguida la anulación de las reparaciones, quiso hacer que este triunfo le asegurase el éxito en las elecciones de julio de 1932, que se celebraron con el completo triunfo de los nazis que consiguieron 230 escaños en el Reichstag. Sin embargo, su victoria no fue muy efectiva, pues estaban entre sí muy divididos. En las elecciones de noviembre el partido nazi había perdido bastante terreno, pues no logró más de 196 escaños. Von Schleicher intentó agrupar al proletariado y a la burguesía, y con ello poner una barrera al hitlerismo; sin embargo, fue acusado de bolchevique porque pretendió entregar a la pequeña propiedad 300.000 hectáreas de terreno expropiadas a los grandes latifundistas del Este. Desde entonces sólo le apoyaron unos cuantos generales. La masa de la población estaba ganada por Hitler, que explotaba el miedo al comunismo y a la gran industria, y Von Schleicher hubo de presentar la dimisión.

La nación alemana era presa de una gran crisis interna. Multitudes de jóvenes hallábanse sin trabajo acogidos en grandes campos, hasta el punto de que el número de parados ascendió a más de seis millones de obreros. Las organizaciones comunistas e hitlerianas cada día veían engrosar sus filas con mayor número de adeptos. La propaganda demagógica de Hitler iba aumentando, a pesar de que el partido nazi pasaba graves apuros económicos. La gran industria era la única solución a la crisis. En enero de 1933 Hitler fue invitado a exponer su programa a los grandes industriales del Ruhr, quienes no vieron en él un obstáculo a sus planes sino la mejor defensa contra el partido comunista. Su apoyo hizo que Hitler fuera el llamado a desempeñar las funciones de canciller del Reich (30 de enero de 1933), y como tal hizo caso omiso de la Constitución de Weimar, y emprendió inmediatamente la transformación de las instituciones del Reich, inaugurando un régimen policíaco y autoritario que destruyó la libertad y suprimió todas las manifestaciones comunistas o socialistas, así como las garantías constitucionales de los partidos.

La ley que a partir de marzo de 1933 otorgaba al gabinete de Hitler poder legislativo ilimitado, puso la nación en sus

manos. Prohibidos todos los partidos, y puesta en marcha la cruel «depuración» de comunistas y judíos, todos los obreros procedieron en masa afiliándose a los sindicatos nazis y en el mes de julio se hizo del partido Nacionalsocialista el único legal, confundiéndose con el Estado.

1933

El Japón abandona la S. D. N. Después del fracaso del gabinete Tanaka para apoderarse del poder, los liberales volvieron a asumir el mando y siguieron una política de amistad con China; pero la firma del Tratado de Londres (1930), que imponía la limitación de la flota submarina, produjo tal indignación entre el partido militar, que el gabinete liberal se vino abajo, y cuando en 1931 Inukai asumió el poder los militares empezaron contra él una verdadera campaña de terrorismo, a fin de que se abandonara la política amistosa con China.

China se hallaba de nuevo envuelta en la guerra civil. El Turquestán se sublevaba, apoyado por la U. R. S. S., y las provincias del Noroeste se hallaban sometidas por el ejército comunista chino. En cambio, en Manchuria, Chiang-Kay-Shek era dueño de la situación, y consiguió expulsar al director ruso del ferrocarril. Sin embargo, apenas alejada la amenaza rusa, empezó la japonesa. Las tropas niponas estacionadas en Manchuria ocuparon Mukden y Tsitsikar, punto de unión de los dos ferrocarriles manchurianos. El gobierno chino se negó a tratar con el Japón un acuerdo respecto de la invasión nipona y la Sociedad de Naciones hubo de intervenir. Estados Unidos pedía que no se reconocieran las conquistas niponas, pero Inglaterra y Francia se mostraban disconformes; por lo tanto, la S.D.N. no tuvo más remedio que aceptar las decisiones de Tokio, y Chiang-Kay-Shek, sin fuerzas para oponerse a ellas, era acusado de cooperación con el Japón, lo que originó nuevos disturbios en China, que aprovecharon los japoneses para de nuevo desembarcar tropas en Shanghai (1932) y adueñarse de Manchuria a pesar de la heroica resistencia china. El Japón organizó en Manchuria un movimiento de independencia, que bajo su protección constituyó un comité que en febrero de 1932 declaró el territorio manchú independiente. Se formó un gobierno autónomo, que entregó la regencia a Pu Yi, ex emperador de China. El nuevo estado del Manchukúo era de gran importancia para el Japón ya que formaba la parte más industrializada y rica de China; pero a pesar de los esfuerzos del Japón para atraerse a la población, ésta siguió manteniéndose hostil, y viendo a los nipones como a unos invasores.

Entre tanto, China había hecho un llamamiento a la S.D.N. En Shanghai se reunió una conferencia, integrada por los ministros de las potencias, quienes en diciembre de 1932 decidieron buscar una solución amistosa. Japón declaró que no aceptaría ninguna solución amistosa que no fuera el reconocimiento de Manchukúo, y como la S.D.N. condenaba esta actitud del Japón, éste se retiró del organismo internacional (febrero 1932). Ante tales acontecimientos la S.D.N. no tenía más remedio que aceptar los hechos y limitarse a no reconocer la independencia de Manchukúo.

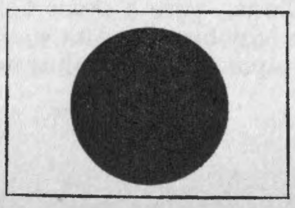
Chiang-Kay-Shek hubo de firmar con el Japón la tregua de Tangku en la que se especificaba que China retiraría las tropas a una línea que se extendía desde Yen-Ching hasta 50 kilómetros al norte de Tien-Tsin, o sea que de hecho aceptaba la ocupación de Manchuria y de Jehol. Este suceso fue tristemente célebre para Chiang-Kay-Shek y significó el primer gran avance del comunismo en China.

1936

Firma del pacto Antikomintern. En abril de 1934 el almirante Okada dio a conocer que el Japón, su nación, se proponía convertirse en Estado rector en Extremo Oriente, y que interferiría cualquier tentativa de China para demandar ayuda a las potencias occidentales. En 1935 se obligó a los chinos a evacuar la provincia de Ho-Pei, y como primera etapa del proyecto de establecer bajo el dominio nipón un imperio mogol que abarcara toda la Mongolia soviética, se anexionaron la oriental y meridional. No cesaba el progresivo afincamiento de los japoneses en China, donde penetraron hasta la región de Pekín y de Tien-Tsin. El gobierno chino, impotente para hacer frente al empuje nipón, tuvo que consentir estas vejaciones, al tiempo que pedía al Occidente ayuda técnica y financiera.

Las potencias occidentales, ante la gravedad política que en aquellos momentos atravesaba Europa, no respondieron al llamamiento de China, y únicamente los Estados Unidos reaccionaron contra la expansión japonesa, no admitiendo ninguna interferencia al principio de puerta franca, a pesar





de que el Japón se negó a someterse a los dictados de Norteamérica.

En Europa el duelo entre el fascismo y el comunismo se alzaba amenazador, y Berlín para poder atacar a Rusia por Este y Oeste trató de acercarse a la política japonesa, la que era muy alarmante para Inglaterra, teniendo en cuenta su posición en Extremo Oriente. En cambio, para el Japón era altamente beneficiosa esta alianza, puesto que reforzaba su situación respecto a los Estados Unidos y a la U. R. S. S., que constituía el mayor obstáculo para su expansión en China. Por tanto, en noviembre de 1936, Tokio inició una política conjunta con Berlín y firmaron el pacto Antikomintern, dirigido contra Rusia.

Tanto en Asia como en Europa alcanzó honda resonancia este tratado, pues representaba el firme propósito de Rusia para dominar Europa, y el del Japón para imperar en Asia. Alemania perdía sus ventajosas concesiones comerciales en China, pero podía amenazar por el Este a Rusia. En cuanto a esta última potencia, trató de acercarse a Chiang-Kay-Shek para ayudarle en su resistencia contra el imperialismo japonés y, relegando las demás consideraciones políticas, impulsó a los comunistas chinos a la reconciliación con los nacionalistas. Ante esta actitud rusa Inglaterra se apresuró a prestar ayuda financiera al gobierno de Nankín, que veía lograda, por momentos, la unidad de China.

En 1937 los militares impusieron al Japón, para formar gobierno, al general Hayashi, intransigente nacionalista, bajo cuyo gobierno se emprendería una agresiva política contra China. Había transcurrido solamente un mes desde la firma del tratado Antikomintern, cuando el Japón exigía de China una cooperación económica, que para esta potencia representaba el hacerse mercado japonés y mantener a la población en una economía eminentemente agrícola, cuando ya el gobierno de Nankín había iniciado, con ayuda de capitales extranjeros, una intensa industrialización por todo el país. Por ello Tokio consideró oportuna una intervención en China antes de que esta potencia pudiera organizar la defensa; y en julio de 1937 comunicó a Nankín su deseo de que desmilitarizase la región de Pekín; al día siguiente, sin previa declaración de guerra, esta ciudad caía en poder de los japoneses. Al mismo tiempo emprendían la ofensiva a lo largo de la línea férrea Pekín-Hankeu, y un ejército desembarcaba en Shanghai. Había dado comienzo la guerra chino-japonesa que



iba a durar ocho años, y con la que el Japón contaba imponer a China su tutela económica y política.

En el Japón todo se orientaba a inculcar a la juventud sus deberes militares, y la educación se encomendó a oficiales del ejército, encargados de que el pueblo se sometiera a la doctrina del *Shinto Purificado,* según la cual el Japón es el pueblo elegido, que ha de regenerar al mundo, sometiéndolo a la autoridad del emperador que es la encarnación de la divinidad. El *Shinto* enseña que el emperador es el dios de todo el mundo, y para que el pueblo consintiera seguirle en su empresa de dominio del mundo, el Japón puso en marcha cuantos elementos de propaganda tenía a su alcance, tales como prensa y radio, que fueron intervenidos por el Estado con la misión de dar carácter sagrado a aquella lucha. Durante toda la guerra el Japón iba a vivir en un mundo imaginario forjado por el gobierno, que aseguraba la victoria porque el pueblo nipón era la encarnación misma de la divinidad.

1936

Guerra civil española. La República instaurada en España en 1931 no tuvo la suficiente fuerza moral para controlar el alud de desórdenes que día a día se cometían, tanto en las ciudades como en los pueblos, con el consentimiento tácito de las autoridades del orden público.

Un viento de furor, de odios, de insania, sopla por toda la geografía española llevando tras de sí cuanto de noble y sano constituía la sociedad.

Indalecio Prieto, el conocido dirigente izquierdista, pronunció estas alarmantes palabras llenas de amargura: «No hay hipérbole alguna en afirmar que los españoles no hemos sido testigos jamás, ¡jamás! de un panorama tan trágico, de un desquiciamiento como el que España ofrece en estos instantes».

Esta marcha incontrolada e incontenible de España hacia el caos, llamó la atención de cuantas personas de bien y de sensibilidad quedaban en la nación, y preocupó a muchos simpatizantes de la República.

Para poner freno a los desmanes sin cuento que entristecían la vida española —incendios de iglesias, asesinatos, huelgas, tiroteos en la vía pública—, se incubaba en un sector de la nación, principalmente en las juventudes de derechas y en los militares, un movimiento que acabaría con la insostenible actitud del gobierno.

2.ª Guerra mundial

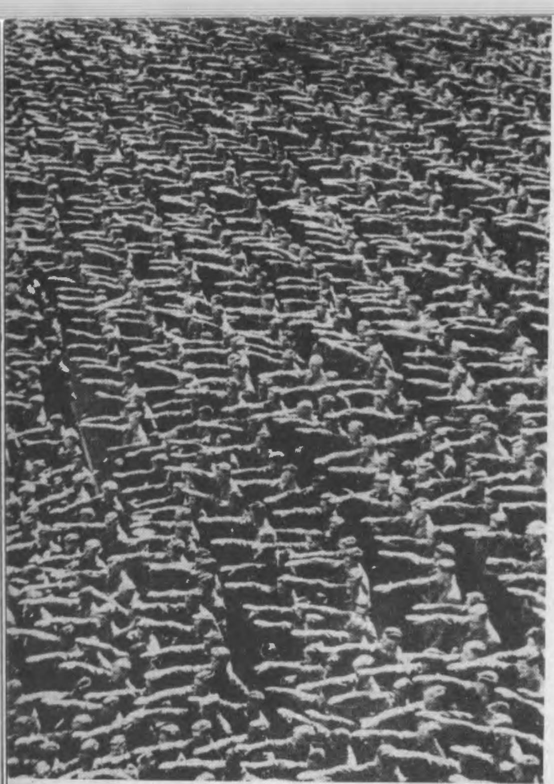


1

No son soldados descansando de unas maniobras (1), ni labriegos (2) que han dejado sus labores para charlar con los militares. Son prisioneros de guerra, en campos de concentración.

2

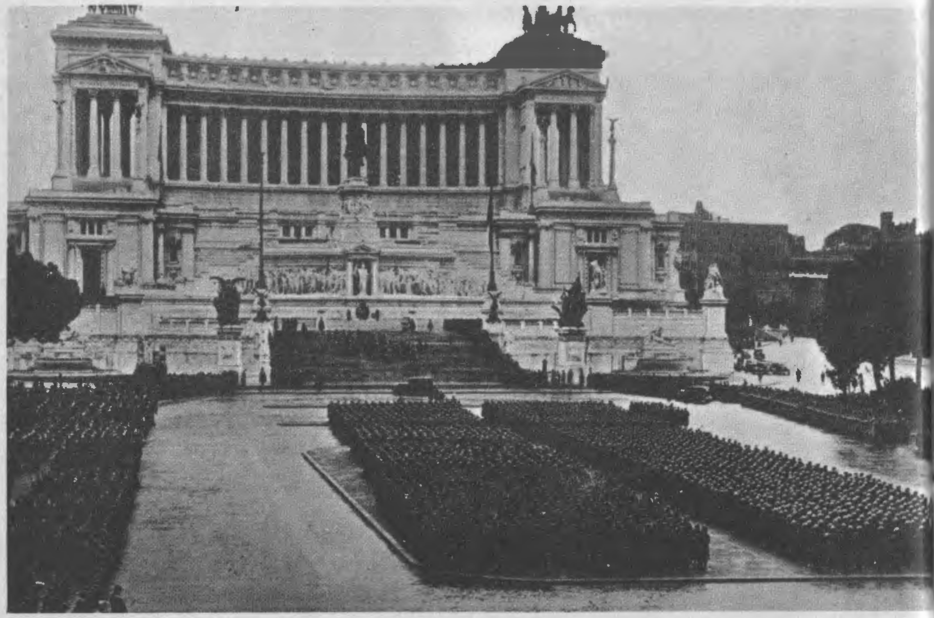




3

Sus nombres poco importan. Porque ¿quién puede distinguir al que acudió a esta magna concentración (3) o al que formaba en este regimiento? (4).

4





5

Unos fueron sorprendidos por el enemigo cuando charlaban después de una operación (5); otros, cuando esperaban órdenes a las afueras de la ciudad recién conquistada (6); otros, sin haberles dado tiempo a dejar en el puente los cañones que arrastraban (7).



6



7

Recuerdan el día en que esperaban el momento de partir para el frente (8); y cuando se les confió una misión estricta que cumplir:



8

9





10

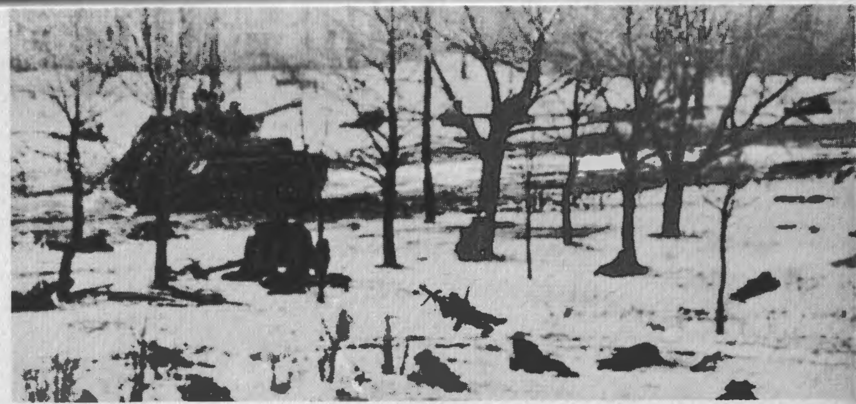


11

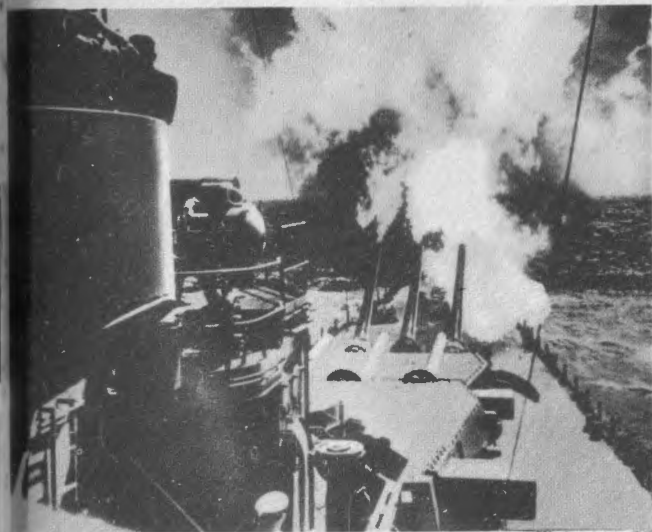


12

tomar una posición (9), defender un puesto (10), avanzar cara al enemigo (11), destruir un carro de combate (12).



13

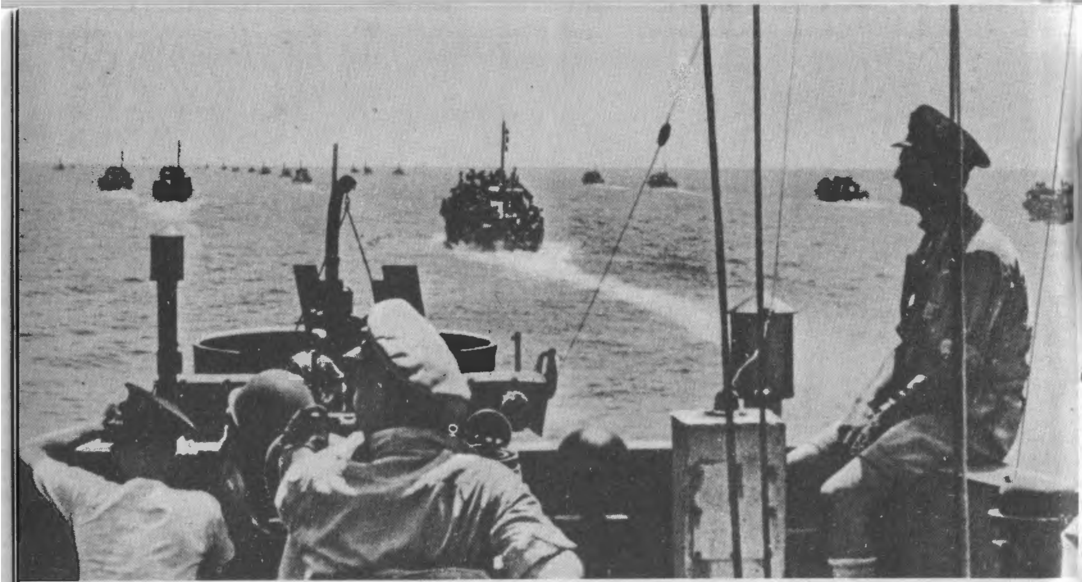


14



15

A muchos se les nubla la vista al recordar aquella batalla en el frente del Este (13); aquella noche en que los fogonazos espantaron las sombras y detuvieron su barco (14); y hay quien no recuerda más; en la subconsciencia sólo la borrosa figura de un camión de la cruz roja (15).



16

17



Alguien rememora la potente comitiva de los barcos de guerra (16) y la perspectiva del mar tranquilo cuando las naves (17) se aproximaban al lugar de la cita.



18

Otros piensan en las operaciones del norte de África (18), fulminantes, decisivas, y hasta algunos no podrán desechar de su mente aquella amanecida de Pearl Harbour (19), como tampoco el día del desembarco en Normandía (20).



19

20



Charles de Gaulle



23



Sir Bernard
L. Montgomery

22



Benito Mussolini

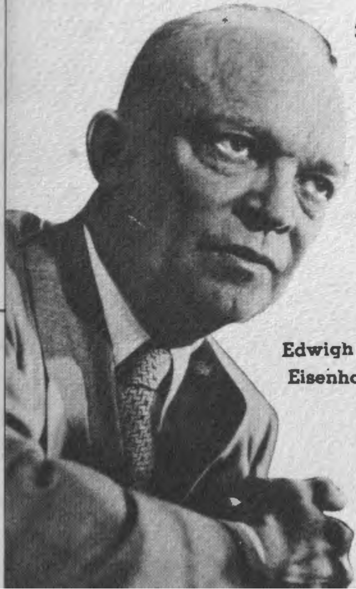
24

26



Adolfo
Hitler

25



Edwigh
Eisenhower



27

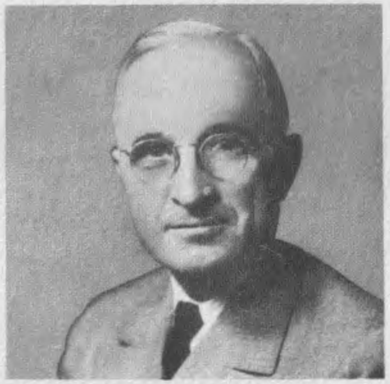
Erwin Rommel



29

Josei Stalin

28



Harry S. Truman



30

Douglas Mac Arthur



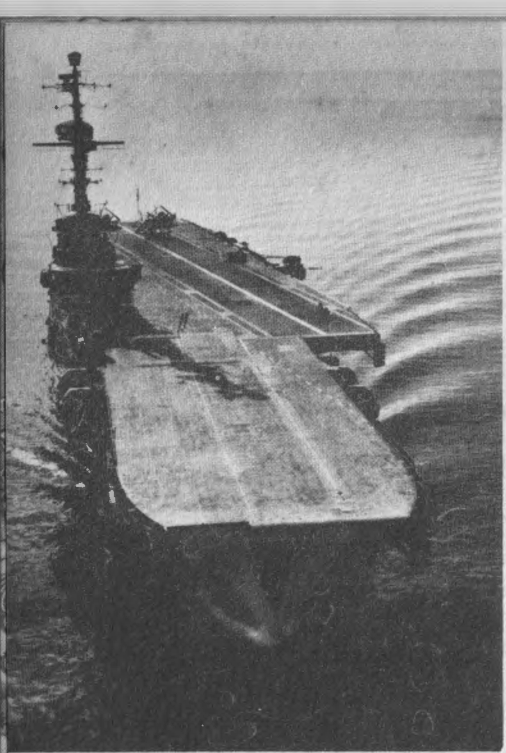
31

Sir Winston Churchill

En la mente y en el corazón de todos, para bien o para mal, están unos hombres (21 a 31) cuyos gestos, cuyos rostros, cuyas palabras no pueden olvidar.



Por todos pasa el recuerdo de sus generales, de los políticos que con sus discursos enardecieron a los hombres, a los ministros que lograron alianzas y tratados de amistad (32).



Pero llegó un día en que las aguas aparecieron tranquilas (33) y los barcos navegaron pacíficos por todos los mares. Y unos hombres (34) pensaron en la paz.

33

34



Los acontecimientos se precipitaron con el asesinato de don José Calvo Sotelo, ex ministro de la Dictadura.

El 18 de julio se inicia el Movimiento Nacional en Canarias, Marruecos y Baleares y gran parte de la península.

Las primeras jornadas a partir del 18 fueron de dura lucha en las calles de muchas ciudades pues se combatía por la supervivencia de uno u otro bando, generalmente sin esperar órdenes superiores o tácticas especiales. Una lucha fratricida en la que no se combatía por conquistar una tierra sino por hacer prevalecer un ideal.

El paso del Estrecho por lo que se ha llamado el «convoy de la victoria», es decir del ejército de África, supone el fortalecimiento del ejército del Sur que al mando del general Francisco Franco, ascendería de triunfo en triunfo hasta las puertas de Madrid.

El primer objetivo de las tropas nacionales, una vez delimitadas las zonas de ocupación, fue la toma de la capital de España.

Falto el Ejército Nacional de material adecuado y dividido en dos sectores, uno al Norte y otro al Sur, se imponía llevar la guerra a un ritmo rápido, con una táctica envolvente, sin permitir grandes concentraciones de tropas enemigas, a fin de lograr la unión de los dos sectores nacionales. Un avance rápido sobre la capital de España y la consiguiente conquista, se consideraba básico para futuras maniobras. Para lograrlo se hizo un extenso cerco: El ejército de Castilla dominando la sierra. Desde Soria y Sigüenza avanzando otro cuerpo de ejército, y desde el Sur la victoriosa columna que a paso de desfile conquistaba la rica y extensa tierra extremeña y parte de Toledo.

Dispuesto el Mando Nacional a no dar la mínima satisfacción moral al enemigo, prefirió retardar la ofensiva de Madrid, desviándose hacia Toledo en cuyo Alcázar, el heroísmo legendario de unos hombres valerosos daba el mejor ejemplo de un amor profundo a la patria. Había que salvar el Alcázar antes que la muerte segara las vidas de aquellos hombres.

Se conquistó Toledo y el ejército seguía avanzando hasta colocarse en las mismas puertas de Madrid. ¡La Victoria no descansaba! Desde la Casa de Campo, Ciudad Universitaria y Dehesa de la Villa, el asalto a la capital era inminente.

Pero la ofensiva se paralizó al encontrar una resistencia tenaz. Acababan de llegar las Brigadas Internacionales, reclutadas en toda Europa y por el momento era conveniente esperar ante la incertidumbre de un rotundo éxito. Con el estan-

camiento del frente, se desbarató la guerra relámpago impuesta por las rápidas avanzadas del ejército del Sur y hubo que modificar los planes.

Mientras el ejército establecido a las puertas de Madrid sostenía constantes escaramuzas, en el Norte se conquistaba toda la cornisa cantábrica desde San Sebastián a Avilés y en el Sur se rompía el frente por Málaga. Así terminaba el año 1937.

En la primavera siguiente las tropas nacionales consiguen romper por Vinaroz y llegar al Mediterráneo. La zona adicta al gobierno de Madrid —trasladado a Valencia para mayor seguridad— quedaba dividida en dos. La última ofensiva de los Nacionales se inició en la batalla del Ebro, dura lucha en la que sufrieron considerables bajas las dos partes contendientes. Al comenzar el año 1939 comienza también la batalla de Cataluña, y, una vez conquistada esta región, todo el ejército se volcó sobre Madrid y su zona. El 1.° de abril de 1939 el último parte de guerra del Generalísimo decía textualmente:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares.

»LA GUERRA HA TERMINADO».

1939

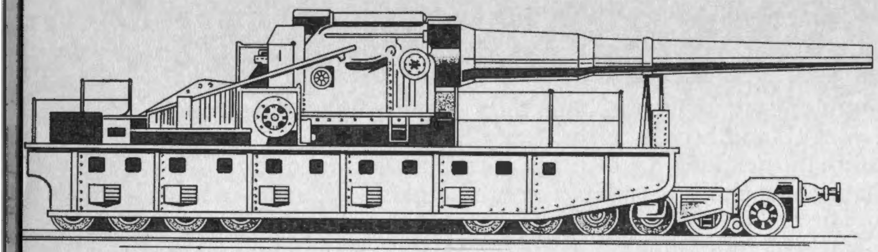
Segunda Guerra Mundial. El día 7 de marzo de 1936 Adolfo Hitler, contra el parecer de los altos jefes de la Wehrmacht, dispuso la remilitarización de la Renania, lo que demostraba palpablemente su insaciable afán de expansión. El pretexto de Hitler para echar por la borda un nuevo capítulo del Tratado de Versalles, fue la revalidación de la alianza francosoviética. Las protestas de los gobiernos inglés y francés no fueron lo suficientemente enérgicas para hacer que Alemania cesara en sus intentos, y la situación era propicia, pues en aquellos años la fortaleza militar de Francia era superior a la del III Reich; pero los gobiernos democráticos, considerando que debía evitarse cualquier conflicto, se limitaron a una oposición platónica. La remilitarización de Renania transformó a Alemania más que cien victorias, por el prestigio inaudito que adquirió en su país, y porque desbarató el sistema de alianzas. Francia, Bélgica, Polonia y la Pequeña Entente se orientaron hacia la fortaleza de Alemania; incluso Italia, olvidando la crisis de 1934, se entregó al nazismo triunfante. En octubre de 1936 se concretó la amistad entre los

dos regímenes totalitarios, que muy pronto habría de conocerse con el nombre de «Eje Roma-Berlín».

También, después de la firma de alianza franco-soviética, el Japón estrechó su amistad con Alemania, concertándose en noviembre de 1936 el denominado Pacto Antikomintern, que encerraba una amenaza contra la U. R. S. S. Los japoneses iniciaron una gran ofensiva contra el gobierno de Chiang-Kay-Shek, cayendo en sus manos Shanghai y Nankín el 13 de diciembre de 1937.

Entre tanto, en Europa, el nazismo iba decididamente a la guerra. El 5 de noviembre de 1937, en una reunión secreta de Hitler, Goering, Von Neurath y los altos jefes de ejército y la marina decidieron aprestar al país para una ofensiva militar destinada a conquistar terrenos agrícolas. Los planos militares fueron confiados al general Keitel, de gran fidelidad al nazismo y a Von Ribbentrop, personaje de vanidad ilimitada. Poco después sobrevino el golpe contra Austria; Francia e Inglaterra inclinaron de nuevo la cerviz; era el 2 de abril de 1938. Inmediatamente después comenzaron las reivindicaciones de Alemania sobre las regiones periféricas de Bohemia. Para los sudetes se exigió autonomía administrativa, igualdad de derechos con los checos y libertad absoluta para decidir su adhesión a Alemania.

El Estado checoslovaco había sido una de las máximas realizaciones democráticas de Europa; su economía era pujante y los partidos políticos ejercían un correcto juego *diplomático* parlamentario. Su constitución racial lo convertía en un verdadero mosaico de pueblos, pero hasta el advenimiento de Hitler al poder, no se había planteado ningún problema grave. Por esto cuando los sudetes reinvindicaron sus derechos, todo el mundo vio la maniobra de Hitler; preparado éste para hacer frente a cualquier eventualidad, pronunció el 12 de septiembre de 1938 un discurso belicista, en el que ofreció el apoyo armado de Alemania a los sudetes. Sus palabras extendieron sobre Europa un clima de guerra, ya que declaraba la intención de Alemania: apoderarse del territorio sudete, lo cual equivalía por parte de Checoslavaquia a renunciar a sus mejores defensas militares y metalúrgicas. La semana del 24 al 30 de septiembre de 1938 fue de extrema tensión internacional. Francia e Inglaterra movilizaron parcialmente Checoslovaquia, pero en el momento decisivo Mussolini invitó a Francia, Inglaterra y Alemania a una conferencia, que se celebró en Munich, con asistencia de Hitler y Mussolini. Allí se accedió a las más importantes cláusulas



del plan alemán, con ligeras modificaciones propuestas por los británicos.

La monstruosa potencialidad alcanzada por Alemania hizo inclinar la balanza del lado de las potencias totalitarias en Munich. Hitler demostró muy pronto a las democracias occidentales que no había llegado el momento en que disminuiría la tensión. Apenas el ejército alemán había acabado de instalarse en el territorio sudete, cuando Hitler fomentó el movimiento independentista de Eslovaquia. Esta región proclamó su independencia el 14 de marzo de 1939. Las tropas del III Reich ocuparon Praga el 15 de marzo, golpe que dejaba entrever la guerra. El 31 del mismo mes, Francia e Inglaterra garantizaban la independencia de Polonia y el 13 de abril la de Rumania y Grecia, pero mientras tanto el segundón de Hitler, Mussolini, se adueñaba de Albania.

Era inevitable que el próximo golpe del Führer cayera sobre Polonia, aunque el propio Hitler había declarado que sería un crimen emprender una guerra por el corredor de Dantzig, ya que nadie creía en las palabras del Führer y él mismo se puso a reinvindicar el famoso pasillo y la ciudad libre de Dantzig, según había anunciado al embajador polaco Lepski el 24 de octubre anterior.

Para hacer frente a aquella clara amenaza, Francia e Inglaterra se dirigieron a la U. R. S. S., pero allí no encontraron más que una manifiesta admiración hacia los métodos nazis. La gran sorpresa para la Historia se produjo a fines de agosto de 1939, tras un verano cargado de pésimos augurios de que el 17 de junio el ministro nazi Goebbels anunciara la voluntad del Reich de incorporarse Dantzig. Pero para que Alemania no se encontrara cogida en un doble frente, como había pasado en 1914 era preciso que se normalizaran sus relaciones con la U. R. S. S. ofreciéndole los territorios que ambicionaba en el Báltico, Polonia y Rumania, que Inglaterra y Francia le habían negado. Esta fue la oferta que Von Ribbentropp hizo a Stalin y Molotov el 23 de agosto de 1939 y la U. R. S. S. quedó incorporada a un pacto de no agresión y a un

protocolo secreto, con lo que Alemania quedaba con las manos libres en Europa, y el comunismo soviético veía abrirse ante sí un mundo de posibilidades de expansión tanto en Europa como en Asia.

El 1 de septiembre de 1939 los ejércitos alemanes cruzaron la frontera polaca y días después Inglaterra y Francia declaraban la guerra al III Reich. La batalla de Polonia se desarrolló a un ritmo vertiginoso; el ejército alemán mandado por Von Brauchitsch fue capaz de aniquilar al polaco en el espacio de tres semanas. Varsovia cayó el 27 de septiembre, después de un aterrador bombardeo; el 29 del mismo mes Alemania y la U. R. S. S. llegaron a un acuerdo para repartirse Polonia según el cual 20 millones de habitantes pasaban a depender de Alemania y 15 millones quedaban sometidos a Rusia.

El 9 de abril de 1940 el Occidente se despertó sobresaltado ante la noticia del ataque de Alemania a Dinamarca y Noruega. Dinamarca se entregó sin resistencia; pero Noruega se dispuso por todos los medios a defender el territorio nacional. Cogidos por sorpresa, los aliados quisieron ayudar a los noruegos; pero en el mes de mayo fueron expulsados del sur del país y en junio del norte, donde había reconquistado Narvik. Con ello Alemania se aseguraba una magnífica posisión para la guerra submarina.

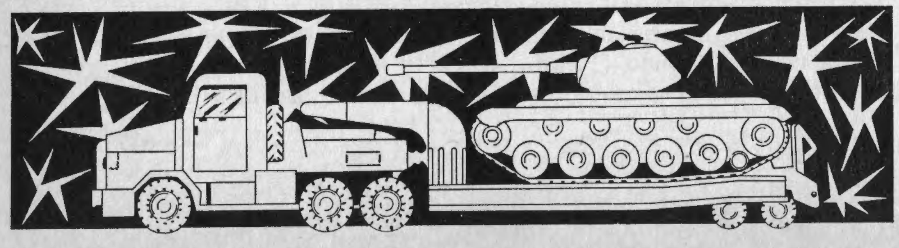
El abandono de Noruega por los aliados había sido impuesto por la ofensiva desencadenada sobre Holanda y Bélgica por la Wehrmacht el 10 de mayo, en que un poderoso ejército irrumpió hacia el mar del Norte. El ejército francés acudió a defender a los belgas, y se metió él mismo en un callejón sin salida, pues los alemanes abrieron una formidable brecha entre Namur y Sedán, aprisionando á las mejores divisiones francesas, al ejército belga y al cuerpo expedicionario inglés. El 4 de junio la ofensiva en Bélgica había terminado y al día siguientes los alemanes se precipitaron sobre la línea del Somme, que el mariscal Weygand había intentado organizar en breves días. El desconcierto y el pánico cundió en todo el país, pues la población civil recordaba la aviación dirigida por Goering destruyendo Varsovia y Amsterdam. Paul Reynaud, presidente del gobierno, ante la noticia de declaración de guerra de Mussolini, reclamó la cooperación de EE. UU., pero el gobierno, que había salido para Burdeos, estaba de antemano derrotado. El partido derechista del ministerio (Petain, Laval y Weygand) impuso su voluntad y Francia quedó dividida en dos zonas: la atlántica

ocupada por las alemanes, y la mediterránea, regida por los propios franceses.

El mes de julio de 1940 fue penosísimo para Inglaterra, que no creía poder resistir el alud de la aviación alemana. Pero en tan dramáticas circunstancias los ingleses pusieron a la consideración de la humanidad cuál era la fuerza de un pueblo libre, tanto más cuanto acababa de hacerse cargo del gobierno el dinámico Winston Churchill, que no quería humillarse ante la potencia nazi. En el mes de septiembre Alemania se convenció de que no podría atravesar el Canal de la Mancha sin la protección de una poderosa flota de guerra; por esto Hitler, aceptó el plan de bombardeo sistemático de los puertos e industrias británicos. En una noche vio desaparecer la City, y en otra, la ciudad de Coventry, aunque, no por ello disminuyó el temple inglés que sirvió de estímulo a los demás pueblos occidentales.

Italia, que, en la primera parte de la guerra se había mantenido en una firme alianza con Alemania, en el armisticio de Compiegne, no obtuvo los beneficios que esperaba, pues Hitler empezaba a prescindir de su «segundo de a bordo», ya que en realidad su ejército dejaba mucho que desear en cuanto a valor positivo de combate. La flota fue puesta fuera de acción por los ingleses en la batalla de Taranto, en noviembre de 1940. Los italianos proporcionaron a los ingleses y a sus aliados los griegos los primeros éxitos. Las fuerzas de Mussolini incluso perdieron terreno en su base de ataque. El mariscal Wawell derrotó estrepitosamente a las tropas italianas en Sidi Barrani.

Esta catástrofe obligó a Hitler a desplazar el peso de sus operaciones hacia el Mediterráneo. En África las ofensivas del mariscal Rommel hicieron retroceder a los ingleses hasta la frontera de Egipto en un típico movimiento de guerra de desierto. Poco después Hitler intervenía en los Balcanes con éxitos decisivos. El rey Carol II se vio obligado a abdicar, y el poder recayó en el general Antonescu, que ordenó un formidable despliegue de tropas con vistas a la ocupación de Yugoslavia. El 6 de abril la Wehrmacht desplegó sus fuerzas contra Yugoslavia y Grecia. El 17 de abril cesaba toda resistencia organizada en el antiguo país de los

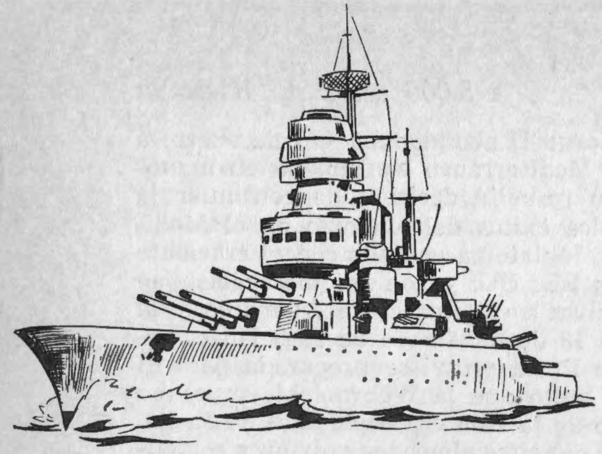


servios y el 23 el rey Jorge II abandonaba Grecia. Pero, a pesar de tales éxitos el Mediterráneo continuaba en manos de Inglaterra, de ahí su resuelta decisión de continuar la lucha, pese a los colosales éxitos del enemigo en el Mediterráneo. Aparte de esto, Inglaterra contaba con el creciente apoyo que prestaban los EE. UU. y con las discordias que de un momento a otro iban a estallar entre Alemania y la la U.R.S.S. En efecto, el 18 de diciembre de 1940 Hitler ordenó que la invasión de Rusia estuviese preparada para el 15 de mayo de 1941, en tanto que la Wehrmacht empezaba a concentrarse a lo largo de la frontera occidental de Rusia. El 22 de junio de 1941 los ejércitos alemanes volvían a comenzar la portentosa tarea de invasión del coloso, Rusia.

En dos semanas habían ocupado Letonia, Lituania y parte de Estonia; pero no por ello el ejército ruso perdió la moral, antes al contrario, luchó desesperadamente por el régimen comunista y por su patria con una fanática decisión. Pero, la ofensiva alemana no se detuvo y el grueso de los ejércitos de Hitler avanzaba decididamente hacia Moscú, hallándose tan sólo a un centenar de kilómetros de la capital el 15 de octubre. Quedaba por vencer al enemigo más cruel e implacable que se halla en Rusia, el invierno. El 2 de diciembre se emprendió la tentativa final y los alemanes llegaron incluso a divisar las cúpulas del Kremlin; pero el mariscal Zhukov en poco tiempo despejó la situación, obligando a los alemanes a ceder terreno entre Moscú y Leningrado haciendo fracasar catastróficamente la estrategia nazi.

A medida que iba avanzando la contienda, los Estados Unidos poníanse progresivamente al lado de Inglaterra, a quien facilitaban destructores a cambio de la cesión de bases en varias de sus colonias americanas; y a partir de entonces mejoró sensiblemente la lucha contra los submarinos y acorazados alemanes. El 14 de agosto de 1941, Roosevelt y Churchill concretaban la Carta del Atlántico, que atestiguaba la firme decisión de ambos contra Alemania.

En cuanto al Japón, EE. UU. procuraba retenerlo dentro de sus prudentes límites extensivos, pues su actuación en China y en el Pacífico era tan alarmante, como pudiera serlo la de Alemania en Europa. Los diplomáticos en Washington desarrollaban gran actividad a propósito de un pacto de no agresión en el Pacífico, mas todo ello no era sino una muestra de la doblez oriental. El 7 de diciembre de 1941 el ataque por sorpresa a la base naval americana de Pearl Harbour reveló la verdad de los planes japoneses. Casi al mismo tiempo



caían las bases americanas de Wake y Guam y los acorazados británicos *Repulse* y *Prince of Gales*. Paso a paso los japoneses fueron adueñándose de Hong Konk, Manila, Singapur, Birmania, Java, Nueva Guinea, el archipiélago de las Bismarck y varias islas Salomón; pero la batalla del mar del Coral en mayo de 1942 reveló que, como la de Alemania en Rusia, la buena estrella del Japón en el Pacífico, empezaba a declinar.

La actuación japonesa solidarizó toda América, con la excepción de Argentina, con los Estados Unidos. La decisión de la Conferencia de Río de Janeiro del 28 de enero de 1942 implicó no sólo la guerra al Japón, sino a las potencias del Eje, pues éstas, en unión de su aliado oriental, habían declarado la guerra a EE. UU. el 11 de diciembre de 1941.

Las campañas de las potencias del Eje en 1942 fueron aun realmente favorables. El plan nazi, abandonada ya la idea de desembarco en Inglaterra, consistía en apoderarse del petróleo del Cáucaso, y soñaban con la unión de los ejércitos nipones en Persia y la India. En realidad las victorias del general Rommel en Egipto parecían confirmar sus deseos; pero fueron detenidos por los ingleses a 100 kilómetros de Alejandría (1.° de julio de 1942).

El plan de operaciones nazi en Rusia se reveló equivocado, y los rusos resistían con denodado empeño, mientras veían desgastarse el ejército alemán que no conquistaba más que ruinas, y que cuando quisiera reparar el error sería ya demasiado tarde. En noviembre los rusos redoblaron sus esfuerzos en ambos lados de Stalingrado, y el éxito memorable dio por resultado que los sitiadores se convirtieron en sitiados y señaló el final del ejército alemán en Rusia, dando comienzo al repliegue de las tropas en febrero de 1943.

En el Mediterráneo la situación de las potencias del Eje era también desafortunada. Las victorias inglesas eran una

esperanzadora realidad, y cuando las tropas norteamericanas al mando del general Eisenhower desembarcaron el 8 de noviembre de 1942 en África del Norte, la suerte de los alemanes estuvo decidida, y fueron expulsados definitivamente de África el 7 de mayo de 1943. La estrella de la lucha había cambiado, no sólo en Europa, sino también en Asia. Los japoneses hubieron de abandonar Guadalcanal e iniciar un repliegue que no habría de cesar hasta Tokio.

En la primavera de 1943 los alemanes tenían perdida la guerra. La superioridad de las aliados era evidente, y si Hitler resistió dos años más fue obedeciendo a unos factores que aparecen sin explicación o lógica aparente. Sólo el fanatismo a una ideología pudo llevar a todo un pueblo a luchar por una causa a todas luces perdida. La conquista de Sicilia en julio de 1943 por las tropas anglosajonas produjo la destitución de Mussolini y el nombramiento de Pietro Badoglio como jefe del gobierno, el cual procuró llegar a un armisticio con los aliados, a fin de evitar el derrumbamiento que se avecinaba (8 de septiembre de 1943). Los alemanes reaccionaron vivamente para salvar el gobierno de Mussolini, encerrado en los Abruzzos, y el país quedó convertido en un campo de batalla entre Hitler y los anglosajones.

En Rusia, el ejército alemán emprendía una calamitosa retirada, abandonando extensas regiones y sin poder conseguir que los rusos cesaran en sus ofensivas que les llevaban a las antiguas fronteras de Polonia.

En noviembre de 1943 los jefes aliados se reunieron en El Cairo y Teherán para ponerse de acuerdo en los planes que habrían de llevarse a cabo para la reconstrucción política de Europa. Los ejércitos soviéticos, la escuadra inglesa en el Mediterráneo y el ejército americano, que se estaba preparando, se dispusieron para abatir rápidamente la «fortaleza continental».

La primera gran ofensiva la llevó a cabo en Ucrania el 4 de marzo de 1944 el ejército soviético, que a fines de mes se hallaba ya en la línea del Pruth, amenazando Rumania. En junio, Finlandia, que hasta entonces había secundado los planes alemanes, se vio obligada a pensar en una paz por separado. En el mismo mes, las ciudades que defendían el acceso alemán al mar Báltico capitulaban. Desde el golfo de Riga a los Cárpatos el frente alemán vacilaba. A fines de julio los rusos estaban a las puertas de Varsovia, lo que indujo a Rumania a separarse de Alemania, y a que le declarara la

guerra el 6 de septiembre. Después de esto Bulgaria, Grecia y Yugoslavia no tardaron en ser conquistadas o liberadas.

Este gran desastre es explicable por la acción anglosajona en Occidente, que había reconquistado Roma en el mes de junio, éxito casi simultáneo al de los generales Eisenhower y Montgomery en Normandía. El 30 de julio el ejército norteamericano del general Patton rompía el frente alemán en Avranches, y se dirigía hacia París. Estas operaciones coincidieron también con el desembarco aliado en el sur de Francia y con el alzamiento nacional del maquis. En agosto era liberado París y el 3 de septiembre los ingleses se alzaban en Bruselas y Amberes.

Todo el círculo de acontecimientos adversos no fueron suficientes para romper la inquebrantable decisión de Hitler de resistir hasta el Rin, a pesar de que las derrotas de sus ejércitos se sucedían sin cesar. En Hungría los rusos remontando el Danubio, llegaron hasta Viena, que sucumbió a las tropas del general Malinovsky el 13 de abril de 1943.

El cerco a la deshecha Alemania cada vez era más estrecho. Por el occidente las tropas del general Eisenhower habían cruzado el Rin, y las divisiones de Montgomery y Hodges encerraban al adversario en el Ruhr. El 18 de abril fue alcanzada la frontera checoslovaca, y el 20 se rindió Munich, cuna del nazismo; el 25 de abril era sitiada Berlín y se unían las tropas americanas y soviéticas en Torgan, en el río Elba.

La capital alemana resistió el cerco varios días; pero el 2 de mayo capituló. El 30 de abril Adolfo Hitler se suicidó en un refugio de la Cancillería. En Italia el mariscal Alexander precipitó los acontecimientos finales el 10 de abril. A las primeras operaciones victoriosas sucedió un alzamiento de los *partisanos* del Po. Mussolini, que se hallaba en Milán intentó escapar hacia Suiza, pero reconocido en Dongo, cerca de Como, fue fusilado. Al día siguiente Génova, Milán y Venecia se entregaban a los aliados (29 de abril de 1945).

El armisticio final lo firmaron los representantes del almirante Doenitz el 7 de mayo, en Reims y el 9 del mismo mes en Berlín. Había terminado la segunda guerra europea de nuestro siglo.

Quedaba todavía por resolver la cuestión del Pacífico, donde ya desde 1943 los japoneses llevaban las de perder. El general Mac Arthur puso en práctica la táctica del «salto de isla en isla», desgastando considerablemente la flota nipona. La batalla naval del golfo de Leit, puso fin a la flota nipona y a la hegemonía de la nación en el Pacífico. Los reveses

que se sucedían sin cesar, convencieron a los japoneses de la conveniencia de aceptar una rendición incondicional, máxime después de la violenta explosión atómica del 6 de agosto que destrozó la ciudad de Hiroshima y de una segunda, el 9 del mismo mes, sobre Nagasaki. El pánico cundió como reguero de pólvora y la humanidad toda estremecióse ante aquel monstruo de los tiempos modernos, que hacía conmover a la misma vida.

Para colmo de males, Stalin también declaraba la guerra a la nación japonesa, que sola y acosada por doquier tuvo que aceptar los términos propuestos por los aliados. El armisticio se firmó a bordo del acorazado Missouri, el 2 de septiembre de 1945, por el ministro japonés Shuguimitsu y el general Mac Arthur. Sobre la humanidad, aún ensangrentada y sufriendo los dolores de la guerra, los vencedores extendían el manto de la paz. ¿Podrá la Historia dar testimonio de aquella fidelidad eterna que los vencedores se juraron en Potsdam?

1941

Carta del Atlántico. En agosto del año 1941, en pleno Atlántico, a bordo del crucero yanqui *Augusta* y del acorazado inglés, *Prince of Gales*, el presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, y el primer ministro británico, Churchill, celebraron importantes conferencias con dos problemas inmediatos a resolver: la ayuda americana a la Gran Bretaña y la de ambos pueblos a la U. R. S. S. El 14 de agosto se dio a conocer el resultado de las conferencias: la «Carta del Atlántico». En ella se afirma que ambas potencias examinarán las cuestiones de Inglaterra y las de los demás países que combatían contra las potencias del Eje. En ocho puntos, Roosevelt y Churchill concretaron «ciertos principios comunes de las políticas nacionales de sus países respectivos para un mejor porvenir del mundo»:

Primero: Inglaterra y Estados Unidos no persiguen ampliación territorial ni de otra clase.

Segundo: Ambos países no desean ningún cambio territorial, que no esté de acuerdo con los deseos libremente expresados por los pueblos interesados.

Tercero: Respetar el derecho de todos los pueblos para elegir la forma de gobierno bajo la cual vivirán, y procurar que se devuelvan a los pueblos, que han sido privados de ellos, sus derechos soberanos y la facultad de autogobernarse.

Cuarto: Se esforzarán por favorecer el disfrute por todos los Estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos de su acceso en condiciones de igualdad al comercio y a las

primeras materias del mundo, de que tengan necesidad para su prosperidad económica.

Quinto: Colaboración completa entre todas las naciones en el terreno económico, a fin de asegurar mejores condiciones de trabajo, progreso económico y seguridad social.

Sexto: Abatida la tiranía nazi esperan ver en todas las naciones una paz que reportará los medios de vivir en seguridad dentro de sus propias fronteras, seguridad que se hará extensiva a todos los hombres y en todos los países, que podrán vivir su vida al abrigo del temor y de la necesidad.

Séptimo: Esta paz permitirá a todos los hombres atravesar los mares y océanos sin limitación.

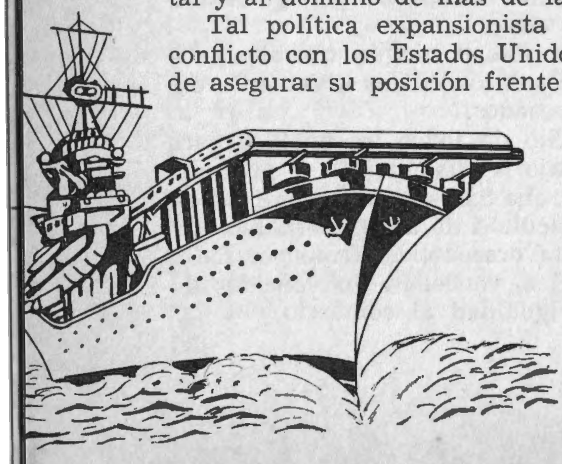
Octavo: Ambas naciones creen que el mundo debe llegar al abandono del empleo de la fuerza, y como que ninguna paz futura puede mantenerse si los armamentos continúan siendo empleados por las naciones, creen que, mientras llega un sistema más amplio de seguridad general, es esencial el desarme. De igual manera ayudarán en todas las posibles medidas que contribuyan a aliviar la aplastante carga de los armamentos.

El 4 de marzo de 1944 Churchill declaró que la Carta del Atlántico no se aplicaría en lo referente al trato que debía darse a Alemania.

1943

Gran Asia Japonesa. La ofensiva japonesa emprendida en 1937 contra China reportó al Japón grandes beneficios, tanto desde el punto de vista militar como económico. Las victorias que Alemania alcanzaba en Europa todavía envalentonaban más al partido militar japonés, en virtud del pacto Antikomintern, y llevaron a la nación japonesa a una posición relevante entre los 700 millones de habitantes de Asia oriental y al dominio de más de la sexta parte del globo.

Tal política expansionista era evidente que llevaría al conflicto con los Estados Unidos, y para ello el Japón trató de asegurar su posición frente a Rusia, en la que veía una



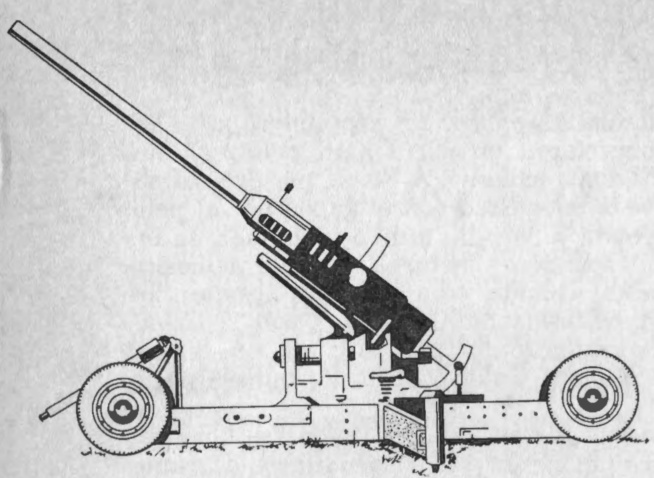
grave amenaza para sus proyectos. En septiembre de 1939 las dos potencias concertaron un pacto para delimitar sus fronteras en Mongolia y Manchukúo. A Rusia, por otra parte, no le era conveniente la enemistad con el Japón por el peligro de un ataque alemán, y por ello estuvo interesada en un pacto amistoso de no agresión y neutralidad, que demostró la realidad de su eficacia cuando, pocas semanas después, los alemanes invadieron Rusia (junio 1941) y Tokio se mantuvo neutral. Era conveniente al Japón para que en el caso de un ataque de los Estados Unidos, Rusia no tomara parte en las hostilidades.

En Agosto del mismo año en Estados Unidos se bloquearon todos los capitales japoneses y se suspendieron las comunicaciones con el Japón, donde el gobierno del general Tojo decretó la movilización general, a pesar de que el estado financiero no era favorable para la lucha, pero la reserva de 12.000.000 de dólares destinada para la guerra, permanecía intacta y sería suficiente para iniciar la acción bélica; más adelante, los terrenos conquistados aportarían lo necesario.

Estados Unidos no deseaban entrar en guerra, y propusieron negociar unas relaciones amistosas con el Japón, a lo que esta potencia respondió declarando a Inglaterra y a Estados Unidos responsables de la explotación de los habitantes de Extremo Oriente. Estos sucesos acaecían el 30 de noviembre de 1941 y el siete de diciembre el mundo asistió con asombro al bombardeo aéreo japonés sobre la base naval americana de Pearl Harbour, hundiendo cinco acorazados y destrozando otros tres. El día 11 del mismo mes Italia y Alemania declaraban la guerra a Estados Unidos, y el conflicto tornábase mundial.

La guerra entablada entre Estados Unidos y Japón iba a tornarse en competencia para el dominio del océano Pacífico. El Japón conquistó en cuatro meses posiciones de relevante importancia, hasta el punto de que el acceso al mar de la China y el océano Pacífico por el Índico llegó a ser del todo imposible para los occidentales. En el continente asiático el Japón poseía: Indochina, Malasia y Birmania; Tailandia era considerada como estado vasallo; Nueva Guinea, Sumatra, Java, Borneo y las Filipinas, así como gran parte de China estaban ocupadas, y Singapur y Hong Kong se habían convertido en bases japonesas.

Tan formidables conquistas ponían en manos de los japoneses una vasta extensión de terreno que habían de explotar rápidamente si querían continuar en la lid; pero los occiden-



tales al retirarse habían destruido sistemáticamente todas las instalaciones petrolíferas y mineras que el Japón necesitaba tan urgentemente. En cambio en Estados Unidos, si bien la contienda no hacía más que empezar, no había pánico alguno pues no tenían más que movilizar el ingente potencial económico de que disponían.

En este estado de cosas, Tokio debía esforzarse en alcanzar un superávit industrial y para ello el gabinete de Tojo dispuso que la flota japonesa impidiera la entrada de fuerzas americanas en la costa del Pacífico que rodeaba la «Gran Asia Japonesa» y, entre tanto, ganaba tiempo para organizar el Extremo Oriente. Se formó el Consejo de la Gran Asia, según el cual el Japón debía organizar la economía de los países asiáticos de acuerdo con sus intereses y con sus planes imperialistas, siempre dentro del marco del Pacto Tripartito (firmado el 27 de septiembre de 1940, por el que Alemania, Italia y Japón se reconocían el derecho de extenderse en Europa y Asia de acuerdo con sus necesidades). A la par que el proyecto económico se elaboró el político, por el que el Japón quería conceder una independencia semejante a la de Manchukúo a muchos países arrebatados a los occidentales y se reservaba para sí los económicamente más potentes.

En junio de 1942 en Bangkok se celebraba el primer congreso de la «India independiente», apoyado por el Japón. En 1943 en Rangún se proclamaba la independencia de Birmania, que en seguida firmó un tratado de alianza con el Japón. Uno tras otro todos los países «liberados» por el Japón de la tutela occidental, iban concertando con él alianzas económicas, mientras los más importantes ya por su situación estratégica, ya por su riqueza, continuaban siendo zona de ocupación.

En 1943 se reunió en Tokio el primer congreso de la «Gran Asia» que, en cierto modo, elaboró una Carta en la que se convenían acuerdos de cooperación económica y ayuda recíproca entre todos los países que en él tomaban parte, bajo la dirección explícita del Japón. Con ello el estado nipón mostraba abiertamente su deseo de convertirse en potencia rectora de la «Gran Asia».

1944

Conferencia de Bretton Woods. Entre el 30 de junio y el 24 de julio de 1944, se reunió en el balneario de Bretton Woods (EE. UU.) la primera conferencia mundial sobre los problemas económicos y financieros de la postguerra. Asistieron delegaciones de numerosos países y de todas las Naciones Unidas, incluso las ocupadas o cuya soberanía estaba restringida, como Italia, Etiopía, Irak, Islandia, Egipto y Filipinas.

La tesis norteamericana preveía el establecimiento de un fondo internacional en el que participasen todas las Naciones Unidas y los países asociados, y de un Consejo Internacional integrado por miembros de las naciones representadas y en el que los votos tendrían un valor proporcional a la participación de cada una de ellas, con la salvedad de que ningún país podría reunir el 25 por ciento del total de votos. Debía lograrse un acuerdo que impidiese la depreciación de las divisas, y que fijara el valor de éstas en oro, en relación con una moneda internacional de un valor aproximado de 10 dólares. La tesis británica del famoso economista lord Keynes, presentada en la Conferencia, propugnaba un tipo ideal monetario en vez de una moneda internacional. Propuso que sin dilaciones se procediera a la constitución del Banco, de un fondo de estabilización internacional. El Banco no realizaría funciones de tesorería internacional, sino que, desde el primer momento, tendría que conceder empréstitos que permitieran normalizar pronto la situación financiera de los países afectados por la guerra. Señaló que al adoptar el oro como patrón monetario universal, era inevitable que los Estados Unidos, a título de ser de los mayores poseedores de este metal, aportaran una cantidad superior a la de cualquier otro país; este sacrificio tendría por compensación una mayor participación de Norteamérica en la dirección del Banco.

El Canadá se adhirió a la propuesta norteamericana, mientras que Australia y la Unión Sudafricana, a pesar de ser dos grandes productores de oro, adoptaron una actitud

ecléctica. La Unión Sudafricana propuso que, aun admitiendo el patrón oro, éste fuera cambiable según las oscilaciones de las divisas. El vicecomisario del comercio exterior soviético sugirió que se pudiera admitir una aportación en productos convertibles en oro, según una proporción prefijada y que pudiera dilatarse la constitución de las aportaciones de los países dañados y devastados por la guerra. Esta última propuesta obtuvo el entusiasmo de los países afectados.

China anunció que en lugar de adoptar fondos, esperaba ser auxiliada por los del Banco. Noruega propuso la creación de una unidad monetaria internacional, que debería valer diez mil dólares. Lord Keynes señaló entonces que diez mil millones de dólares oro serían insuficientes para las operaciones en perspectiva. Ante la diversidad de opiniones la Conferencia resolvió la creación del Banco, la Oficina de Cambios y el Fondo, sin señalar su desenvolvimiento ni el medio de su constitución.

Las suscripciones que habían de constituir el fondo monetario estabilizador ascendían a 8.800 millones de dólares. Se acordaron las cuotas correspondientes a los países que concurrieron a la Conferencia; así Estados Unidos aportaría 2.750 millones de dólares; Inglaterra, 1.300; la U. R. S. S., 1.300; Bélgica, 225; Canadá, 300, etc.

El 50% del oro del fondo monetario internacional debía quedar depositado en Estados Unidos; el 40% en Inglaterra, la U. R. S. S., China y Francia; y el 10% restante en los demás estados suscriptores.

Los acuerdos llevados a cabo eran provisionales, pues hacía falta su ratificación por los gobiernos interesados. Entraron en vigor en diciembre de 1945. El gobierno soviético no cumplió tal requisito, preparándose para celebrar otra conferencia, la de Dumbarton Oaks, restringida a Inglaterra, Estados Unidos y la U. R. S. S. (luego intervino China). Las conversaciones de Dumbarton Oaks, encaminadas a una organización internacional para la paz y el orden, dieron lugar al texto para la propuesta de la ONU.

1944

Liga Árabe. Hacia 1941 los pueblos del Oriente Medio con excepción de Palestina, habían obtenido su independencia. Por ello una conferencia árabe se reunió en Alejandría en el otoño de 1944, en ella tomaron parte los representantes de: Egipto, Irak, Siria, Líbano, Jordania, Arabia Saudí, Yemen y un representante de los árabes de Palestina.

La Conferencia de Alejandría formuló lo que se conoce como el Protocolo de Alejandría, que delimitó los contornos de la Liga Árabe. Se establecieron las bases para una nueva Liga de Estados soberanos asociados para una acción conjunta, de la que surgió una alianza que fue firmada en El Cairo el 22 de marzo de 1945. Posteriormente se han agregado a la Liga, Sudán, Marruecos, Tunicia y Koweit. La finalidad es contribuir y coordinar el desarrollo económico del mundo árabe. Una de las actividades más preeminentes del Consejo Económico de la Liga Árabe es la organización de las conferencias panárabes del petróleo, ya que una gran parte de los Estados miembros son productores de este combustible.

La organización de la Liga consiste en un consejo, que es el órgano supremo compuesto de tantos miembros como Estados forman la Liga, teniendo cada uno un voto. El consejo puede reunirse en cualquiera de las capitales árabes y tiene un Comité Político formado por los ministros de Asuntos Exteriores de los miembros. Otros organismos de la Liga son: El Consejo de Defensa, la Comisión Militar Permanente y el Consejo Económico. La sede de la secretaría permanente es El Cairo.

1945

Derrumbamiento del eje Berlín-Roma. Cuando en 1941 los alemanes no pudieron ganar la batalla para conquistar Moscú, comenzó su primer revés de importancia. Por otra parte, la flota japonesa quedaba definitivamente detenida en marzo de 1942 en la batalla naval del mar del Coral. Desde aquel momento las potencias del Eje tenían perdida la guerra. Tanto Alemania como el Japón habían preparado un ejército admirablemente equipado para ofensivas relámpago, pero, una vez acabadas éstas, la guerra se convertiría en una competición entre potencias más fuertes en producción y en capacidad de transportes.

Para soportar la guerra con Rusia, Alemania sólo podía contar con las conquistas que había hecho en el continente europeo, pobres en materias primas; y Roma podía proporcionarle únicamente una ayuda mínima. Tokio que había edificado su imperio en el mar, veíase limitado al nordeste del Pacífico, mientras que las armadas americana y británica tenían asegurado el transporte entre Asia Anterior, África, Rusia y Oceanía, aparte de las rápidas vías que les proporcionaba la aviación.

Mientras estuvo en vigor el pacto germano-ruso, la U. R. S. S. abasteció con largueza a Berlín; pero una vez iniciada la guerra, los territorios rusos conquistados por Alemania les proporcionaron mucho menos trigo que el que les había sido entregado bajo las bases del tratado. Encerrado, pues, en el aislamiento que ellos mismos se habían construido, el Reich y el Japón no podían competir con el potencial económico de EE. UU. e Inglaterra, y esto era lo que le iba a manifestar de un modo definitivo el poderío militar.

A esta situación de Alemania frente a las potencias exteriores se unía el deplorable estado moral de la nación, que actuaba también en contra del Reich. Si al principio las masas apoyaban entusiásticamente a Hitler, pronto empezaron a caer en una profunda apatía, y eran ya muchos los que comprendían las deplorables equivocaciones del Führer. El plan que éste concibió era exclusivamente continental y el Atlántico había de constituir una muralla, cometiendo el error de despreciar el Mediterráneo. Cientos de miles de obreros trabajaban en la «muralla del Atlántico», que no había de tener otro papel que la descabellada idea de convertir Europa en una plaza sitiada al centro de la cual se crearía la Europa nazi.

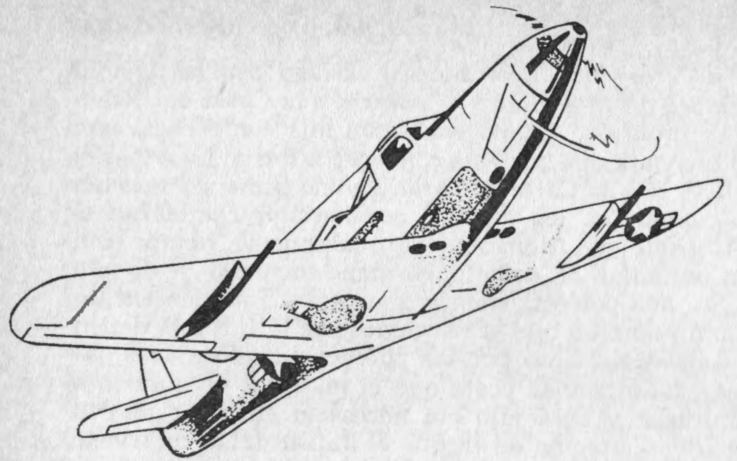
Mientras tanto, el crudo invierno de 1941-1942 demostraba hasta qué punto llegaba la capacidad de resistencia de la U. R. S. S., y Hitler se entregaba a la persecución racial más científica y cruel que registra la Historia. Desde el Ministerio de Propaganda se daba gran vigor a la campaña anticomunista, abrigándose la nación alemana la misión de defender a Europa del comunismo.

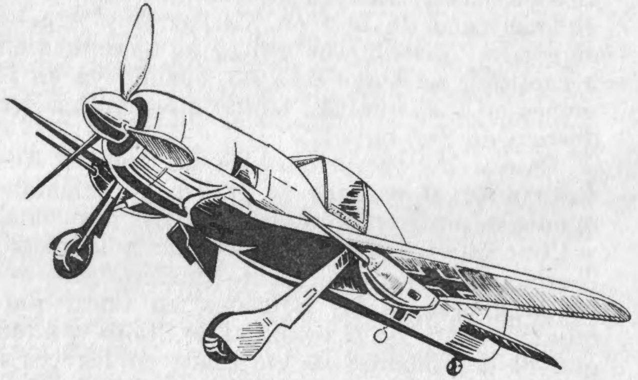
La casi totalidad de las naciones europeas enviaban legiones de voluntarios al frente del Este, pero dada la escasez de estos medios, los países ocupados debían proporcionar por lo menos mano de obra, y así fue como toda Europa empezó a suscribir contratos de trabajo en Alemania, y así el Reich disponía de mayor número de hombres para enviar al frente. Pero la deportación de obreros a Alemania creó un movimiento de resistencia en todos los países, y la invasión de la U. R. S. S. por tropas alemanas hizo que los comunistas de cada nación adoptaran una actitud de resistencia contra el Reich. Únicamente el gobierno de Vichy adoptó una política colaboracionista con el Reich, pero los resultados fueron distintos a los que se esperaba, pues creó gran cantidad de descontentos, que en seguida se pusieron en contacto con el gobierno de la Francia Libre.

A fin de crear una aparente solidaridad con los aliados, en septiembre de 1941, Stalin se adhirió a la *Carta del Atlántico* y bien pronto se reunió en Moscú una conferencia para tratar de la ayuda que se debía conceder a Rusia. La adhesión de la U. R. S. S. a la *Carta del Atlántico* no podía ser más que un disfraz para que los pueblos occidentales cambiaran de opinión respecto de Alemania, pero al mismo tiempo convertía en mundial el coflicto germano-soviético y de ello se dio en seguida perfecta cuenta Inglaterra. También los alemanes comprendieron que la resistencia de la U.R.S.S. dependía de su abastecimiento por las potencias anglosajonas, por lo que intentaron a toda costa que el material de guerra no llegase a Rusia, y para ello era necesario envolver el Próximo Oriente, operación en la que el Japón debía intervenir enviando una escuadra al Golfo Pérsico. El desembarco angloamericano de 1941 en Marruecos y Argelia, dirigido por el general Eisenhower obligó al ejército alemán de África a capitular en mayo de 1943, cuando ya en febrero los alemanes en Rusia habían tenido que rendirse tras la espantosa derrota de Stalingrado.

Pese a las operaciones de los aliados, Rusia continuaba soportando el peso de la guerra y reclamaba el establecimiento de un frente en el Oeste. Las posiciones de Roosevelt y Churchill frente a esta petición eran dispares. Churchill, consciente de las aspiraciones imperialistas de Rusia, requería la guerra de los Balcanes, en tanto que Rooselvet no quería disentir de la voluntad de Stalin, y a toda costa quería que el desembarco se efectuara en las costas de Francia. El ejército alemán, frente a tal confabulación de fuerzas, iba perdiendo sus esperanzas de victoria, y además soportaba con disgusto el mando de Hitler, mayormente después de la derrota de Stalingrado. Italia, invadida por los aliados, agotada y carente de moral, no pudo oponer una seria resistencia y el armisticio, firmado en Malta el 28 de septiembre de 1943, significaba el fin de todos los organismos fascistas. El Reich iba perdiendo terreno en todas partes y se acercaba inevitablemente su derrota. En la entrevista de los Tres Grandes en Teherán (diciembre 1943), se trató de la cooperación, en las operaciones que iban a destruir el ejército alemán y de la organización de la paz en Europa.

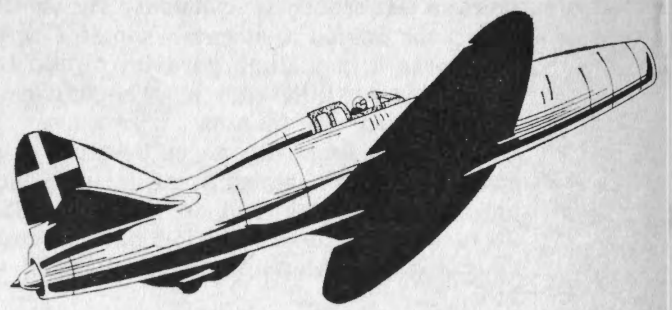
En 6 de junio de 1944 los aliados desembarcaron en Normandía y la situación de Alemania adquirió ya un cariz desesperado. Los bombardeos aéreos desmoralizaban a la población, que contaba ya por millares a sus víctimas civiles





y en los primeros meses de 1945 la ofensiva rusa reanudóse con tanta crudeza, que a comienzos de abril los comunistas estaban a las puertas de Viena, mientras por el Oeste los aliados llegaban hasta Bonn y el 20 de abril establecían contacto con los soviéticos a orillas del Elba. Dividida en dos, Alemania no podía resistir más; el 30 de abril Hitler, encerrado en un refugio de la Cancillería se suicidó, y el 2 de mayo Berlín capitulaba. Con la muerte del Führer todas sus conquistas se desvanecían y Austria se proclamaba independiente con sus fronteras de 1937.

En 7 de mayo de 1945 el general Eisenhower en su cuartel general de Reims recibía la capitulación oficial del III Reich firmada por los jefes del ejército.



1945

Conferencia de Yalta. Se la considera como la más importante conferencia diplomática celebrada en Europa desde el famoso Congreso de Viena de 1815. En el palacio de Livadia, en las inmediaciones de Yalta (Crimea), entre los días 4 y 11 de febrero se reunieron Roosevelt, Stalin y Churchill para examinar la situación internacional y la organización del mundo ante la inminente victoria aliada. Los tres estadistas fueron auxiliados por sus ministros de Asuntos Exteriores: Eden (Gran Bretaña), Molotov (U.R.S.S.) y Stettinius (EE. UU.). El 12 de febrero se facilitó el siguiente comunicado:

Declaraciones sobre Alemania: «La Alemania nazi está condenada a la desaparición y hará más penoso para sí el precio de su derrota si continúa su desesperada resistencia. Hemos llegado a un acuerdo, cuyos términos impondremos a la Alemania nazi después del aplastamiento definitivo de su resistencia, y estos términos no serán dados a conocer hasta que se haya conseguido la derrota final de Alemania...

»Las fuerzas de las tres potencias ocuparán zonas separadas de Alemania y ha sido prevista una administración y control a través de una comisión central, formada por los comandantes supremos de las tres potencias, con cuartel general en Berlín. Francia será invitada para que, si así lo desea, tenga una zona de ocupación y participe cmo cuarto miembro en la comisión de control...

»Es nuestro inflexible propósito destruir el militarismo alemán y el nazismo, y asegurar que Alemania no pueda perturbar otra vez la paz del mundo. Estamos dispuestos a eliminar para siempre al Estado Mayor alemán, a transportar o

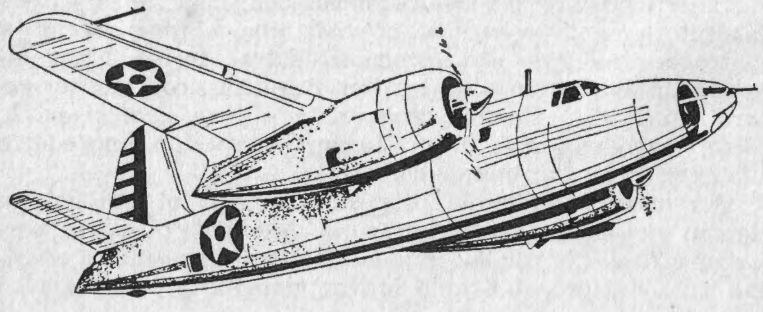
destruir todo su equipo militar y a eliminar toda industria que pudiera favorecer la construcción de un nuevo equipo militar; así mismo queremos someter a todos los criminales de guerra a la justicia para un rápido castigo y tomar todas las demás medidas que sean necesarias para la paz y seguridad futura del mundo.

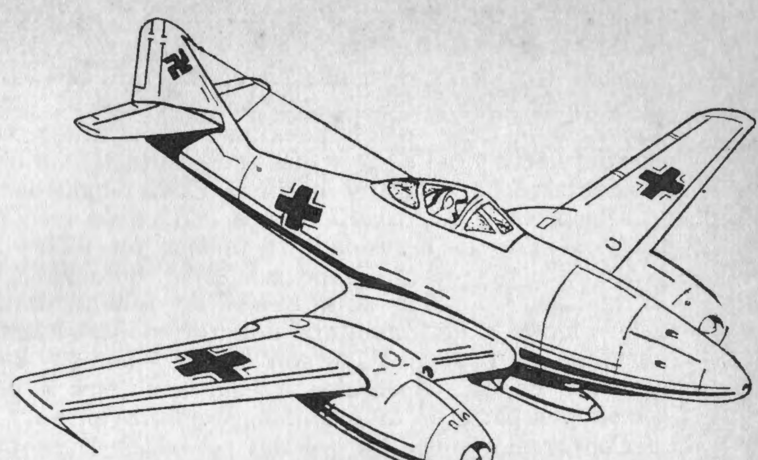
»Nuestro propósito no es destruir al pueblo alemán, pero sólo cuando el nazismo y militarismo hayan sido eliminados, habrá un lugar para él en la Comunidad de las Naciones... Se establecerá una comisión para la compensación de daños causados por Alemania a los aliados; su sede radicará en Moscú...

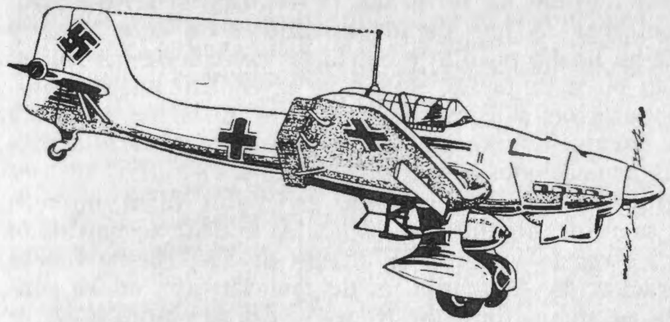
»Hemos convenido en que sea convocada una conferencia de las Naciones Unidas, que deberá reunirse en San Francisco (Estados Unidos) el 25 de abril de 1945 para preparar una organización internacional general destinada a mantener la paz y la seguridad. El gobierno de China y el de Francia serán consultados e invitados a participar en ella».

Declaraciones sobre la Europa liberada: «Los tres estadistas declaran su acuerdo para concertar la política a seguir durante el período de inestabilidad de la postguerra. Están dispuestos a colaborar con los países liberados de la dominación nazi y con los antiguos estados satélites del Eje, para ayudar a resolver sus problemas políticos y económicos...

»Según el principio de la Carta del Atlántico, relativo al derecho de todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la cual desean vivir, los tres gobiernos aliados ayudarán conjuntamente a cualquier estado liberado de Europa a: 1.° establecer las condiciones de la paz; 2.° a la rehabilitación de urgencia de los pueblos devastados; 3.° a formar autoridades gubernamentales interinas, a través de elecciones libres, con un gobierno que responda a la voluntad del







pueblo; 4.° a facilitar en lo que sea necesario la celebración de dichas elecciones.

»Estamos resueltos a liquidar nuestras diferencias acerca de Polonia y reafirmamos nuestro común deseo de ver una Polonia fuerte, libre, independiente y democrática, y hemos llegado a un acuerdo acerca de las condiciones en que debe formarse su nuevo gobierno. Este nuevo gobierno deberá ser llamado «Gobierno Provisional Polaco de Unidad Nacional», el cual se comprometerá a celebrar elecciones libres sobre la base del sufragio universal y voto secreto, tan pronto como sea posible.

»Los tres jefes de gobierno consideran que la frontera oriental de Polonia debe seguir la línea Curzon, y reconocen que Polonia debe recibir anexiones importantes de territorios del norte y del oeste y que la delimitación de la frontera occidental debe aplazarse hasta la Conferencia de la Paz...

»Respecto a Yugoslavia hemos convenido recomendar al mariscal Tito la necesidad de formar un nuevo gobierno y que éste tan pronto como sea constituido debe declarar: 1.° que la Asamblea Antifascista de Liberación Nacional debe incluir a los miembros del último parlamento yugoslavo que no hayan colaborado con el enemigo. 2.° que los acuerdos de esta Asamblea quedarán sujetos a una ratificación por parte de la Asamblea Constituyente.»

Cooperación entre las grandes potencias: Durante los días de duración de la Conferencia, además de las reuniones diarias de los jefes de gobierno, hubo las de los ministros de Asuntos Exteriores, que se demostró eran de un valor máximo, por lo que éstos deberán reunirse tan a menudo como sea necesario, probablemente cada tres o cuatro meses.

«Nuestra reunión ha ratificado la determinación de mantener y reforzar la paz venidera, unidad de propósitos y acción que ha hecho posible y cierta la victoria de las Naciones Unidas en esta lucha. Sólo con la continuación y creciente cooperación y comprensión entre nuestros países y las demás naciones amantes de la paz puede lograrse la más alta de las aspiraciones de la humanidad.»

Asimismo se debieron adoptar en Yalta buen número de pactos secretos, algunos de los cuales aún no se han dado a conocer; otros lo hicieron en marzo de 1945, como fue la desmembración de Alemania, el de que Turquía en su control de los estrechos del mar Negro podía ser modificada, y también numerosos detalles respecto de las reparaciones alemanas.

1945

Conferencia de San Francisco. En abril de 1945 se reunieron en San Francisco de California los representantes de 42 países en la Conferencia de Naciones que tuvo su sesión inaugural el 25 de abril. El día 30 se aprobó la admisión de Argentina y de las repúblicas soviéticas de Ucrania y Bielorrusia; el 5 de junio se adhirió Dinamarca.

La Conferencia de San Francisco elaboró la Carta de las Naciones Unidas, y entre las numerosas comisiones que se repartieron el trabajo destacaron dos: la de Iniciativa y

Admisiones, y la Ejecutiva; esta última, verdadero anticipo del Consejo de Seguridad, llevó a cabo la mayor parte de las tareas de la Conferencia, que se dio por terminada el 25 de junio con un total de 50 países representados.

1945

Conferencia de Potsdam. El 17 de julio, tras la capitulación alemana el 7 de mayo de 1945, se reunieron los jefes de las tres potencias vencedoras: Truman, Stalin y Churchill para examinar la nueva situación política internacional tras el cese de la resistencia alemana. Los conferenciantes terminaron el 2 de agosto en que se hicieron públicos varios comunicados.

Creación de un Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de los Cinco Grandes; 1.° Se estableció un Consejo integrado por los ministros de Asuntos Exteriores del Reino Unido, de la U. R. S. S., de China, de Francia y de los EE. UU.; 2.° Se acordó que el Consejo se reuniría normalmente en Londres y la primera reunión sería a lo más tardar el primero de septiembre de aquel año; 3.° que el Consejo prepararía los oportunos tratados de paz con Italia, Rumania, Hungría y Finlandia; el arreglo de paz con Alemania debería ser aceptado por el gobierno alemán una vez constituido; 4.° cada vez que el Consejo trate de una cuestión que interese a un Estado no representado en el Consejo, este Estado debe ser invitado a tomar parte en las discusiones. En algunos casos podrán celebrarse discusiones preliminares antes de dar participación a otros Estados interesados.

Declaración sobre Alemania: Se llegó a un acuerdo sobre los principios políticos y económicos para tratar a una Alemania derrotada durante el período de control de las potencias aliadas. Es propósito de esta reunión cumplir las declaraciones de Yalta sobre Alemania, siempre que sus propios esfuerzos estuvieren dirigidos a la reconstrucción de una vida sobre bases democráticas y pacíficas, le será posible, a su debido tiempo, formar parte de los pueblos libres y pacíficos del mundo.

Se adoptaron respecto a Alemania principios políticos y económicos; y también, de acuerdo con la decisión tomada en Crimea, se sentaron bases por las que Alemania quedaría obligada a compensar en la mayor parte posible las pérdidas y sufrimientos que causó a las Naciones Unidas y sobre las cuales el pueblo alemán no puede eludir responsabilidades.

Armada y Marina mercante alemana: Se acordó por los Tres Grandes que designarían los técnicos necesarios para formular conjuntamente planes detallados para el uso y disposición de la armada y marina mercante alemana.

Fronteras orientales de Alemania: Se examinó una propuesta del gobierno soviético referente a que la frontera occidental con la U. R. S. S. quedara trazada desde un punto de la costa oriental de la bahía de Dantzig, al nordeste de Braunsberg-Goldap, hasta el lugar donde se unen las fronteras de Lituania, de la República Polaca y la Prusia Oriental. El presidente de los Estados Unidos y el primer ministro británico declararon que apoyaría esta propuesta en el futurc ajuste de la paz.

Criminales de Guerra. Se tomó nota de las deliberaciones encaminadas a un acuerdo sobre los métodos de procesamiento de aquellos principales criminales de guerra, cuyos delitos no tienen una particular localización geográfica. Los tres gobiernos reafirman su intención de llevar a dichos criminales ante una justicia rápida y segura. La primera lista de acusados sería publicada antes del primero de septiembre.

Declaraciones sobre Austria: Se examinó la propuesta del gobierno soviético sobre la extensión de la autoridad del gobierno provisional austriaco a toda Alemania, y los tres gobiernos convinieron en estar dispuestos a examinar esta cuestión después de la entrada de las fuerzas británicas y norteamericanas en Viena.

Declaración sobre Polonia: La conferencia consideró las cuestiones referentes al gobierno provisional polaco y a la frontera occidental de Polonia. Las tres potencias se afirmaron dispuestas a cooperar con el gobierno provisional polaco para proteger sus intereses y para impedir la enajenación de los bienes, así como para recuperar cualquier propiedad perteneciente al Estado polaco que hubiera sido enajenada. También se cooperaría para facilitar el regreso a Polonia a todos los polacos residentes fuera del país, a los que se les otorgaría, una vez en su patria, los derechos de propiedad y los personales, sobre bases iguales a todos los ciudadanos del país.

Respecto a las fronteras, se manifestó conformidad con el acuerdo adoptado en la conferencia de Crimea, y se reafirmó la opinión de que la demarcación definitiva de las fronteras occidentales de Polonia debería aguardar los ajustes de la Conferencia de la Paz.

Declaración sobre los tratados de paz con Italia, Bulgaria, Finlandia, Hungría y Rumania, y respecto a la admisión de los distintos países de la ONU. «El concierto de tratados de paz con los gobiernos democráticos de esos Estados permitirá también a los tres gobiernos apoyar sus solicitudes de ingreso en las Naciones Unidas... Los tres gobiernos convienen también en examinar el establecimiento de relaciones diplomáticas con Finlandia, Bulgaria y Hungría, en la forma más amplia posible, antes de concretar los tratados de paz con dichos países...»

Respecto a la admisión de otros Estados en la ONU, la Carta de las Naciones Unidas declara que: «Podrán formar parte de la ONU todos los estados amantes de la paz que acepten las obligaciones contenidas en la presente Carta. La admisión de cualquier Estado en el seno de la ONU se efectuará por decisión de la Asamblea General, a recomendación del Consejo de Seguridad».

El comunicado se refiere luego a España y dice que los tres gobiernos no apoyarán ninguna solicitud de ingreso de dicho país en las Naciones Unidas.

Declaración sobre la población alemana expulsada de Polonia, Checoslovaquia y Hungría: Los tres gobiernos reconocen que el traslado a Alemania de las poblaciones alemanas que quedan en Polonia, Checoslovaquia y Hungría tendrá que llevarse a efecto en forma ordenada y humana, y estiman que el Consejo Aliado de Control en Alemania debe examinar primeramente el problema, distribuyendo equitativamente a estos alemanes entre las distintas zonas de ocupación. Se cursaron instrucciones a los representantes del Consejo de Control para que informaran a sus gobiernos acerca del número de alemanes llegados ya, y para que hicieran un cálculo del tiempo y número de nuevas transferencias.

Conversaciones militares: Asimismo, durante la conferencia se celebraron reuniones entre los jefes de los Estados Mayores de los tres gobiernos, para deliberar sobre asuntos militares de interés comun.

Los acuerdos de Potsdam insistieron sobre los principios acordados en Yalta y regularon minuciosamente la ocupación

y el trato que debía sufrir Alemania. En cuanto a los cambios territoriales acuerdan la incorporación a la U. R. S. S., de la ciudad de Königsberg y de la zona costera de la Prusia Oriental, y la anexión a Polonia de las comarcas alemanas situadas al este de la línea Oder-Neisse. Por lo que se refiere a la guerra en Extremo Oriente, se ultimaron los preparativos para el asalto a la fortaleza japonesa.

1945

La Carta de las Naciones Unidas. Desde los comienzos del segundo conflicto mundial podíase apreciar el esfuerzo de los Estados Unidos para orientar su política hacia la solidaridad con los países occidentales. En agosto de 1941 Roosevelt y Churchill inauguraron una época de identificación histórica que comenzó con la firma de la «Carta del Atlántico». A partir de entonces iníciase un período de gran actividad diplomática para la reorganización del mundo después de la guerra, para lo cual Roosevelt consideraba indispensable la solidaridad entre las naciones, lo que era bastante difícil de conseguir en lo tocante a la potencia soviética.

Cuando en abril de 1944 se celebró en Filadelfia la Conferencia Internacional del Trabajo, Rusia se abstuvo de asistir, así como tampoco hizo acto de presencia a la que en mayo del mismo año se reunió en Londres para tratar de reanudar las comunicaciones aéreas. Sin embargo la U. R. S. S. figuró entre los 44 Estados representados en la Conferencia Financiera Mundial de las Naciones Unidas, celebrada en el mes de julio en Bretton Woods. Un mes más tarde, el 21 de agosto, los representantes de los «Tres Grandes» —Estados Unidos, la U. R. S. S., y Gran Bretaña— se reunían en Dumbarton Oaks para sentar las bases de la Organización Internacional de Seguridad de las Naciones, propuestas en la Conferencia de Moscú (octubre 1943). Con tales actividades se preparaba la transición del estado de guerra al de paz con la resolución de los graves problemas que aquella había planteado. Había que resolver en primer lugar el futuro de Alemania y de los demás países liberados; pero, para ello, era preciso primero vencerla y no sólo a ella sino al Japón, contra el que Estados Unidos deseaba interviniera la potencia soviética. Stalin rehusó presentarse a la Conferencia que se celebró en Quebec en el mes de septiembre, puesto que la Unión Soviética preparaba una política imperialista en desacuerdo con los principios democráticos de la nación americana; pero Roosevelt pretendía que de todos modos la U. R. S. S., participara en la

guerra contra el Japón, y como Stalin se había negado a ir a Quebec, él estaba dispuesto a ir a Rusia. Se decidió, pues, que en enero de 1945 se celebraría en Yalta (Crimea), una reunión de los «Tres Grandes» al objeto de tratar sobre las operaciones de la guerra y de la organización del mundo una vez lograda la paz.

La Conferencia de Yalta acabó el 11 de febrero de 1945. La declaración firmada por Roosevelt, Churchill y Stalin ratificaba su deseo de estar unidos en la paz y en la guerra y se anunció una reunión en San Francisco, para el 25 de abril, de la que se esperaba surgiera un nuevo arbitrio de política internacional en sustitución de la fracasada Sociedad de Naciones. La tentativa iniciada en Dumbarton Oaks debía transformarse en una Carta aceptable para todas las Naciones amantes de la paz.

La posición de la Unión Soviética hacia esta Conferencia fue dudosa desde el primer día porque en la Conferencia de Yalta había quedado por dilucidar la cuestión del veto de las grandes potencias en el Consejo de Seguridad de la ONU (Organización de las Naciones Unidas), pues Rusia reclamaba derecho de veto distinto al de la Unión Soviética para Ucrania, Rusia Blanca y Lituania, con lo cual dispondría en la ONU de tres votos, mientras que Estados Unidos sólo tendría uno.

Desde el mes de marzo las Naciones Unidas hallábanse reunidas en San Francisco, pero el 12 de abril, Roosevelt, que ya en los últimos meses había dado pruebas de desfallecimiento, falleció en el hospital de Warm Springs. Tres semanas más tarde tenía lugar la capitulación de Alemania. El vicepresidente Truman se hizo cargo de la presidencia y con él la política exterior de los Estados Unidos no había de experimentar modificación alguna.

El 25 de abril se reunieron en San Francisco los delegados de 50 naciones a los que Truman llamó en un mensaje radiado «arquitectos de un mundo mejor». En el curso de las negociaciones y abierta la discusión respecto al proceder de Rusia en Polonia, llegó a Washington la noticia de que 16 delegados polacos que habían acudido a Moscú a discutir con el Kremlin el gobierno de su país, habían sido encarcelados. Enviado Hopkins a entrevistarse con Stalin, éste manifestó que no aceptaría para Polonia ningún gobierno que no fuese a base del de Lublin.

El desacuerdo se mostró categórico en lo referente al veto de las cinco grandes potencias: Estados Unidos, la U. R. S. S.,

Inglaterra, Francia y China. La presión de estas naciones poderosas, sobre otras más débiles, obligó a éstas a firmar una Carta en la que quedaban en posición de desventaja. El estatuto de la ONU se firmó el 26 de junio en San Francisco. La Carta de las Naciones Unidas comprende un preámbulo y 111 artículos. Son miembros de la ONU todos los Estados que tomaron parte en la Conferencia de San Francisco; pero la organización quedó abierta para las demás naciones que fueran propuestas por el Consejo de Seguridad y aprobada su admisión por la Asamblea General.

Se establecieron seis órganos principales: una Asamblea General, un Consejo de Seguridad, un Consejo Económico Social, un Consejo de Fideicomiso, un Tribunal Internacional de Justicia y una Secretaría. Los órganos esenciales son los dos primeros, a saber:

La Asamblea General formada por los representantes de todas las naciones miembros, cada una de las cuales aporta cinco representantes, puede hacer sugerencias y recomendaciones a los Estados y al Consejo de Seguridad, que son votadas por los Estados miembros a razón de un voto por país.

El Consejo de Seguridad es el órgano permanente de la ONU y está formado por once miembros de los cuales cinco pertenecen siempre a las grandes potencias y los seis restantes son elegidos cada dos años por la Asamblea General. Tiene por misión el velar por la paz y orden internacionales y el llevar a las potencias al desarme, si bien en caso necesario puede también llevar a cabo una acción bélica. El Consejo de Seguridad es el instrumento de conjunto de las cinco grandes potencias y desvaloriza el cariz democrático que la Asamblea general da a la ONU, por el hecho de que en toda votación ha de haber una mayoría de siete votos en los que han de estar comprendidos los cinco de los miembros permanentes.

La ONU no posee el derecho de intervenir en las naciones si no es para asegurar el mantenimiento de la paz, pero su tendencia puramente liberal e inspirada en los principos individualistas occidentales encontró en Rusia, por sus principios filosóficos y políticos, fuerte oposición y esto habría de ser el acicate que le llevaría a no ejercer obra realmente constructiva.

1945

La ONU. La organización de las Naciones Unidas constituye la estructura internacional de la postguerra; su Carta Fundacional fue firmada en 26 de junio en la Conferencia de

San Francisco de California. El presidente de los Estados Unidos de América, Roosevelt, llamó Naciones Unidas a la alianza que combatió contra los países del pacto tripartito en la crisis bélica 1939-1945.

El fin de la Organización es el mantenimiento de la paz y cooperación internacional. Los Estados miembros renuncian al empleo de la fuerza, comprometiéndose a resolver sus querellas en un plano pacífico. La sede de la ONU radica en Nueva York. Este organismo internacional consta de seis secciones fundamentales:

Primero: La Asamblea General de las Naciones Unidas que se reúne en sesión ordinaria una vez al año, pero puede ser convocada por el secretario general a petición del Consejo de Seguridad o de la mayoría de los Estados miembros. Discute los problemas concernientes a la paz, seguridad, derechos del hombre, etc. y junto con el Consejo de Seguridad designa los quince miembros del Tribunal Internacional de Justicia y al Secretario General.

Segundo: El Consejo de Seguridad, que es el órgano fundamental de las Naciones Unidas. Consta de once miembros, cinco permanentes y seis renovables. Determina la existencia de cualquier amenaza para la paz, la violación o acto de agresión. Podrá proponer la aplicación de sanciones e incluso de medidas de carácter militar; en él, las cinco grandes potencias disponen del derecho de veto por el que pueden paralizar la actividad del consejo en aquellas cuestiones que consideren perjudiciales a sus intereses.

Tercero: El Consejo Económico Social, que tiene a su cargo el estudio de los problemas concernientes a la economía y a la sociedad internacionales. Entre sus numerosas comisiones destaca la de los Derechos del Hombre y la de las Libertades Fundamentales.

Cuarto: El Consejo de Fideicomisos, formado por representantes de las potencias coloniales, que representan el 50% de los puestos, los cinco grandes, y otros miembros designados libremente por la Asamblea General y de los distintos Consejos.

Quinto: El Secretario General es el funcionario administrativo más destacado de la organización; actúa en todas las reuniones de la Asamblea General y de los distintos Consejos.

Sexto: El Tribunal Internacional de Justicia que consta de quince miembros elegidos para un plazo de nueve años por la Asamblea General. Su misión específica consiste en resolver los litigios jurídicos entre los Estados miembros.

1945

Derrumbamiento del imperialismo nipón. Las asombrosas conquistas, que desde 1937 los japoneses realizaban en Extremo Oriente, particularmente en China, obligaron a Chiang-Kay-Shek a crear un régimen democrático que colaborara directamente con el gobierno. En realidad este régimen nunca tuvo vigencia, pues quien continuó en el poder fue una oligarquía bancaria, que se repartía los principales puestos. En 1940 parecía que el avance japonés en China se había detenido, pero después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, las relaciones volvieron a recrudecerse y los japoneses organizaron el bloqueo de China.

Chiang-Kay-Shek entrevistóse en Washington con el presidente Roosevelt en 1942, y tras esta conferencia los Estados Unidos establecieron en China bases aéreas para contribuir al abastecimiento del país y atacar los centros militares japoneses. Ya en 1943 los americanos habían logrado resonantes victorias sobre los japoneses y reconquistado las islas del grupo de las Salomón, al tiempo que se emprendía la ofensiva en Birmania. En noviembre de 1943 se entrevistaron en El Cairo Chiang-Kay-Shek, Roosevelt y Churchill para llegar a un acuerdo sobre las condiciones de paz que impondrían al Japón.

Esta potencia intentó un supremo esfuerzo para continuar con ventaja la guerra, y para ello era necesario una intensa reconstrucción económica; necesitaba del esfuerzo de todos sus hijos y el gobierno puso a todos sus súbditos y recursos bajo intervención militar; se tomaron medidas drásticas trasladando al Japón obreros chinos y coreanos y reclutando a muchos estudiantes. Sin embargo, por mucho que se esforzaran, no podían llegar a ponerse al nivel económico de la potencia norteamericana.

Los ejércitos de tierra, mar y aire del general Mac Arthur resultaban invencibles para los japoneses, que una a una iban perdiendo las islas del Pacífico. Cuando en Junio de 1944 los americanos reconquistaron las Marianas, los japoneses ya temían el fatal desenlace de la contienda; el pueblo estaba desanimado y ya alzaba la voz contra los dirigentes que le habían llevado a la guerra. El gobierno dimitió, y ante la apurada situación se creó un Consejo para la dirección de la guerra, presidido por el mismo emperador. Conjuntamente a la acción americana en el Pacífico, los británicos alejaban a los japoneses de la ruta de Birmania, si bien se había constituido

otro enlace con China por el Brahmaputra, que acabó con el bloqueo de aquella potencia.

A partir de noviembre de 1944 los ataques aéreos sobre el Japón fueron casi diarios; los centros industriales eran constantemente bombardeados, y en octubre del mismo año la flota japonesa en aguas de Filipinas, a pesar del supremo esfuerzo para conservar este baluarte, fue ruidosamente derrotada. A este fracaso siguieron los de Manila, en febrero de 1945 y el de Ivo Jima en marzo del mismo año. A partir de entonces el Japón podía considerar perdida la guerra, y más todavía cuando el 31 de marzo los norteamericanos desembarcaron en Riu-Kiu.

El partido militar japonés se resistía a dudar de la victoria final y exigía una desesperada defensa al país. Mensajes radiodifundidos advertían a la población de la necesidad de altos sacrificios para salvar a la nación de la inminente derrota. El gobierno del almirante Suzuki creó un cuerpo de ataque compuesto por jóvenes suicidas que se lanzaban con el avión de su mando, cargado de explosivos, sobre el objetivo en cuestión. De esta manera fueron bastantes los buques norteamericanos hundidos; pero no los suficientes para que la potencia estadounidense hubiera de alarmarse.

A la nación americana, en posesión de la bomba atómica, se le presentaba el problema de su uso. El presidente Roosevelt era partidario de invitar a los japoneses a una explosión atómica para que se dieran cuenta de la magnitud de su fuerza destructora al objeto de inducirles a capitular.

El 12 de abril de 1945 moría el presidente Roosevelt, y Truman se enteró de la existencia de la bomba atómica al encargarse de la presidencia. Se calculaba que la conquista del Japón costaría muchas vidas, y que la lucha debería continuar aún por espacio de algunos meses, por lo cual el Comité creado para estudiar el empleo de la bomba atómica renunció al humanitarismo de Roosevelt, y decidió que era preciso utilizarla cuanto antes sin previo aviso. El 26 de julio se reunieron, en Potsdam, Estados Unidos, Inglaterra y China para estudiar las condiciones en que el Japón debía capitular. Los aliados exigían una rendición sin condiciones, de lo contrario las ciudades serían destruidas.

El ultimátum no fue tomado en consideración por los japoneses, que no contaban con que la *destrucción* se realizara al pie de la letra.

El 6 de agosto, después de haber sido lanzados miles de folletos invitando a la población a evacuar una serie de ciu-

dades, entre ellas Hirosima, los americanos arrojaron la primera bomba atómica sobre ésta ciudad, que prácticamente quedó toda destruida. Rusia, que hasta el momento no había entrado abiertamente en guerra con el Japón, se la declaró dos días después del lanzamiento de la bomba sobre Hirosima. En este mismo día arrojóse sobre Nagasaki la segunda bomba atómica, y entonces el emperador decidió intervenir para que se aceptaran las condiciones de paz propuestas por los aliados. El acta de rendición se presentó a Washington el día 10 de agosto, y el gobierno estadounidense se mostró conforme con que el emperador japonés siguiera en su trono, pero sujeto al Mando Supremo Aliado. La propuesta de Potsdam fue aceptada por el Japón el 14 de agosto, y el 2 de septiembre se firmaba el acta oficial de la rendición en la rada de Tokio a bordo del acorazado *Missouri*. Mac Arthur hizo su entrada en Tokio el día 8 de septiembre, y respetó las instituciones y gobierno existentes, pero hizo uso de su autoridad en pro de un gobierno democrático, en favor de la enseñanza y de la destrucción del sistema feudal de la propiedad de la tierra. Mac Arthur consideróse obligado a abolir el sintoísmo con el que estaba condenado al fracaso todo régimen de democratización, y el emperador aprobó esta radical política comunicándolo a su pueblo en un mensaje dirigido en 31 de diciembre en el que rechazaba su origen divino, afirmándose jefe de un Estado democrático con cuantas concesiones esto significara.

1946

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Fue establecida el 4 de noviembre de 1946 con el propósito de impulsar el desarrollo cultural entre las naciones y la colaboración de las mismas para la enseñanza y la ciencia. Se propone suprimir las barreras para la difusión de la cultura, y asesorar técnicamente en materia de enseñanza. Se rige por una Conferencia que se reúne cada dos años, y ésta nombra una Junta directiva de 22 miembros y un Director General. Su sede reside en París.

1947

Conferencia de la Paz. Los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Estados Unidos y la U. R. S. S., reunidos en Moscú en diciembre de 1945, acordaron que antes del primero de mayo de 1946 redactarían los correspondientes tratados de paz con los países satélites del Eje. Comenzaron inmediatamente los trabajos, pero las dificultades, surgidas a consecuencia del proyecto de tratado respecto a Italia, retrasaron el comienzo de las negociaciones hasta finales de julio.

El día 29 inauguróse la Conferencia de la Paz en París, en el palacio de Luxemburgo. La conferencia terminó sus tareas el 15 de octubre siguiente, y la firma de los tratados con Finlandia, Italia, Hungría, Rumania y Bulgaria tuvo lugar el 10 de febrero de 1947.

En los tratados de paz de París se estipulaba que cada uno de los cinco países se compromete a reintegrar los bienes tomados de los territorios de cualquiera de los miembros de las Naciones Unidas; la renuncia a toda reclamación contra las naciones aliadas y asociadas durante la guerra; el restablecimiento de todos los intereses y derechos de las Naciones Unidas; la entrega de todas las propiedades o bienes de las mismas; el abono de una compensación de 2/3 de las pérdidas sufridas por las Naciones Unidas, que hayan tenido propiedades en sus territorios, y el que sus respectivos gobiernos se comprometen a acabar con los restos del fascismo y del nacionalsocialismo.

1947

El Plan Marshall. El 5 de junio de 1947 el Secretario de Estado norteamericano, en un famoso discurso pronunciado en la universidad de Harvard, definió los principios básicos del plan de ayuda a Europa. En él especificaba que ningún gobierno que impidiera el restablecimiento de la situación normal y correcta en otros países, podría esperar la ayuda de los Estados Unidos, antes al contrario, tropezaría con su oposición. Teniendo en cuenta que Europa no podría atender a sus más urgentes necesidades durante tres o cuatro años, los Estados Unidos están dispuestos a ayudarla generosamente. En este concepto de Europa estaban incluidos Inglaterra y Rusia. En una carta al senador Vanderberg añadía que la constitución de los Estados Unidos de Europa sería la mejor solución para afrontar los problemas de la postguerra en el antiguo continente.

Rápidamente los estadistas de Francia e Inglaterra acogieron la idea, insistiendo en que Europa debía hacer lo posible para levantar su economía, por lo que acordaron dirigirse al ministro soviético de Asuntos Extranjeros, Molotov, para proponerle una conferencia tripartita anglo-franco-soviética de estudio de la propuesta de Marshall. Molotov aceptó y sugirió la fecha del 27 de junio para reunirse en París, pero la conferencia fracasó. La U. R. S. S. quería impo-

ner a los Estados Unidos que su ayuda no implicara interferencias políticas, y precisamente el Plan Marshall quería reforzar la situación económica de los países europeos, al objeto de que resistieran el empuje comunista, y por tanto no era posible negociar con ideas antagónicas.

En el transcurso de las reuniones celebradas en París los ministros inglés y francés reconocieron la necesidad de poner en práctica las ideas de Marshall, para un programa de reconstrucción europea en el que los recursos y las necesidades de cada país estuviesen coordinados de forma que les permitiese decidir libremente.

La Unión Soviética dirigió una ofensiva de gran alcance para hacer fracasar las reuniones, y Moscú procedió a elaborar su propio plan económico, en el cual estaban integrados sus países satélites.

En la Conferencia sobre el Plan Marshall en París estaban representados 16 países, que acordaron designar una Comisión de Cooperación para dar cumplimiento a los requisitos del Plan Marshall. El 9 de septiembre de 1947 esta conferencia daba a conocer que las necesidades totales para cuatro años se elevaban a 29.900 millones de dólares, y se calculaba el restablecimiento económico y el nivel de vida normal en Europa para últimos del año 1951. En seguida fue remitido un informe a Washington, en el que no se proponía ninguna solución al problema del dólar, y se limitaba a calcular el alcance de la cuestión europea.

El 15 de octubre Marshall manifestó que el programa redactado por los 16 países europeos se encontraba en estudio, y que muy pronto quedaría formulada la propuesta que el gobierno sometería a la consideración de las Cámaras. El 23 de octubre, Truman decidió convocar una reunión especial (17 de noviembre) al objeto de discutir el informe de las 16 naciones europeas. Pocos días antes, el día 6, Marshall declaró que estaba ya ultimado el plan de ayuda a Europa. El informe entregado a Truman señalaba que los Estados Unidos debían invertir de doce a diecisiete mil millones de dólares, al objeto de ganar lo que se llamaba la «guerra fría».

El 19 de diciembre de 1947 el presidente Truman pidió al Congreso la aprobación del Plan Marshall. El Plan entraría en vigor el 1.° de abril de 1948 y terminaría en junio de 1952. El Plan comprendía también el envío a Europa de 152.000 camiones y 26.000 vagones de ferrocarril. Fue aprobado el 2 de abril de 1948, votado por el Senado y al día siguiente firmada la correspondiente Ley.

1948

Organización de Estados Americanos (OEA). El origen de esta organización se remonta al Congreso de Panamá de 1826, donde por iniciativa de Bolívar se reunieron Colombia, Centroamérica, Perú y México firmando un tratado de amistad y unión. En 1888 se reunió en Washington la primera Conferencia Internacional Americana para fomentar las relaciones comerciales: se la llamó Unión Internacional de las Repúblicas Americanas. En 1906 eran miembros de la Unión todas las Repúblicas del continente. El 30 de abril de 1948, reunidos en la Novena Conferencia Internacional Americana de Bogotá, los representantes de las Repúblicas del continente americano firmaron la carta de la Organización de los Estados Americanos, que se constituyó como organismo regional dentro de la ONU, designándose como Unión Panamericana solamente la secretaría y sede central permanente de la Organización. Los estados miembros de la OEA fueron Argentina, Bolivia, Brasil, Chile Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Estados Unidos, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela.

Los principios que rigen la OEA son: 1.° el derecho internacional ha de ser norma de conducta en las relaciones entre los Estados; 2.° el orden internacional está constituido por el respeto a la personalidad, soberanía e independencia de los Estados y por el fiel cumplimiento de las fuentes de derecho internacional; 3.° la buena fe debe regir las relaciones de los Estados entre sí; 4.° la solidaridad de los Estados americanos requiere el ejercicio efectivo de la democracia; 5.° los Estados americanos condenan la guerra de agresión; la agresión a un Estado americano constituye una agresión a todos los demás; 6.° las controversias de carácter internacional entre dos o más Estados americanos deben ser resueltas por medio de procedimientos pacíficos; 7.° una paz duradera debe basarse en la justicia y seguridad sociales; 8.° la cooperación económica es esencial para la prosperidad y el bienestar de los pueblos del continente; 9.° los Estados americanos proclaman los derechos fundamentales de la persona humana sin hacer distinción de raza, nacionalidad, credo o sexo; 10.° la unidad espiritual del continente se basa en el respeto de la personalidad cultural de los países americanos, y demanda su estrecha cooperación en las altas finalidades de la cultura humana; 11.° la educación de los pueblos debe orientarse hacia la justicia, la libertad y la paz.

El Consejo es el cuerpo directivo permanente de la OEA; tiene su sede en Washington y celebra dos sesiones ordinarias al mes, pudiendo reunirse en sesión extraordinaria. Se compone de 21 representantes, uno por cada Estado miembro de la organización, que ocupan su cargo por tiempo indefinido a voluntad de sus gobiernos. La Unión Panamericana y Secretaría General es el órgano central y permanente, y la Secretaría de la OEA promueve las relaciones económicas, sociales, jurídicas y culturales entre los Estados miembros bajo la dirección del Secretario General, nombrado por un período de 10 años. Asesora al Consejo y a sus órganos en la preparación de los programas de conferencias y reuniones, mediante la distribución de la labor entre cuatro departamentos.

1948

Organización Europea de Cooperación Económica (OECE). El general Marshall, con la finalidad de remediar la aguda escasez de dólares, que entorpecía la reconstrucción económica de Europa, sugirió la Organización Europea de Cooperación Económica con dos tareas fundamentales: primera, desarrollar la cooperación económica entre los países miembros (en la actualidad son 17); segunda, prestar ayuda al gobierno de los Estados Unidos en la aplicación de sus programas de ayuda a Europa.

En julio de 1947 se habían recibido respuestas favorables de adhesión de 16 países europeos, que junto con las zonas de ocupación anglo-norteamerica y francesa de Alemania firmaron en abril de 1948 el convenio de Cooperación Económica Europea. En junio de 1950 los gobiernos de Estados Unidos y Canadá aceptaron la invitación para asociarse a los trabajos relacionados con el estudio de los problemas económicos de interés común. En julio de 1959 España fue admitida en la OECE.

Actividades importantes de la OECE han sido: el acuerdo monetario europeo para el retorno gradual a la convertibilidad monetaria entre los países miembros de la OECE; progresivo esfuerzo para la eliminación de las restricciones cuantitativas en las importaciones entre los países miembros. Por ello, en 1953 se creó la Conferencia Europea de los Ministros de Transportes de los países miembros y la Agencia Europea de Productividad. Durante la crisis de Suez la comisión del petróleo realizó una eficaz actividad: distribuyó equitativamente el combustible disponible. También en 1956 creó la Comisión Reguladora de la Energía Nuclear.

El órgano principal de la OECE es el Consejo, existiendo un Secretario General y una Secretaría Internacional, así como un Comité Ejecutivo que examina las cuestiones que han de ser sometidas al consejo. Su sede reside en París.

1949

El Pacto del Atlántico. Doce países, el 4 de abril de 1949, firmaron en Washington el llamado Pacto del Atlántico. El tratado, de carácter defensivo, integra las potencias del Atlántico Norte ante la eventualidad de una agresión soviética.

Los países firmantes del Pacto del Atlántico quedaron agrupados por regiones estratégicas del siguiente modo:

Grupo responsable de la defensa del hemisferio occidental: Canadá y Estados Unidos.

Grupo del Atlántico Norte: Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Islandia, Holanda, Noruega, Portugal, Estados Unidos y Gran Bretaña.

Grupo del Norte de Europa: Gran Bretaña, Dinamarca y Noruega.

Grupo del Oeste de Europa: Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo.

Grupo del Sur de Europa y Mediterráneo occidental: Gran Bretaña, Francia e Italia.

El órgano supremo del pacto es el Consejo del Pacto Atlántico, que comprende los doce ministros de Asuntos Exteriores. Se decidió adscribir a dichos ministros al Consejo Permanente, en el que se integrarán doce suplentes designados por aquéllos. Además existe el Comité de Defensa, el Comité Militar, el Comité de Defensa Económica y Financiera y la Organización Estratégica Permanente. Esta última con sede en Washington y constituida por representantes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

En diciembre de 1950 reuniéronse en Bruselas los ministros de Asuntos Exteriores y Defensa del Pacto Atlántico acordando la decisión trascendental de crear un ejército europeo. Como jefe del mismo fue designado el general americano Dwight Eisenhover.

Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN o NATO). El 4 de abril de 1949 los ministros de asuntos exteriores de Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega, Portugal, el Reino Unido y los Estados Unidos se reunieron en Washington y firmaron el siguiente pacto:

«En el caso de un ataque armado a uno o varios países de Europa o Norteamérica los países miembros se considerarán como atacados ellos mismos, y en consecuencia asistirán a la parte o partes atacadas, incluyendo el uso de la fuerza armada, para restablecer y mantener la paz y seguridad del área del Atlántico Norte.

»Los países miembros pueden, por acuerdo unánime, invitar a cualquier otro Estado europeo en la posición de apoyar los principios de este tratado y contribuir a la seguridad del área del Atlántico Norte.

»Después de que el tratado haya estado en vigor durante 10 años, podrán reunirse los países miembros con el propósito de revisarlo, teniendo en cuenta los factores que entonces afecten a la paz y seguridad en el área del Atlántico Norte.

»El tratado, después de 20 años de haber estado en vigor, dará pie a que cualquier miembro pueda dejar de pertenecer a él.»

Grecia y Turquía fueron admitidas de manera efectiva en febrero de 1952, y la República Federal Alemana en mayo de 1955.

La estructura de la NATO es como sigue: el organismo supremo es el Consejo, cuyo presidente cambia cada año; una Secretaría General, con sede en París. El Mando del Atlántico agrupa las unidades navales de los diversos miembros, con excepción de las unidades de la flota francesa del Mediterráneo, que independizó de la NATO.

1949

Consejo de Europa. Surgido de la Organización del Tratado de Bruselas, se propone un mayor grado de unidad entre sus miembros para facilitar el progreso económico y social y se tenderá a la realización de este objetivo mediante la discusión de las cuestiones de interés común y los acuerdos y acciones comunes en materias económicas, sociales culturales, científicas y administrativas para el mayor mantenimiento y realización de los derechos y libertades humanas fundamentales. La participación en el Consejo de Europa no afecta a la colaboración de alguno de sus miembros en el trabajo de las Naciones Unidas u otras organizaciones internacionales. La defensa nacional no cae dentro del radio de acción del Consejo de Europa. Los países miembros son: Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, Reino Unido, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Noruega, Suecia, Grecia, Turquía, Islandia, Alemania Occidental, Austria y Chipre. Su sede radica en Estrasburgo.

1949

Comité de Ayuda Económica Mutua de los Países de la Europa Oriental (C.O.M.E.C.O.N). Sus objetivos son coordinar y desenvolver la economía de los países miembros elaborando planes conjuntos de cooperación económica y técnica. Los países miembros son: La U. R. S. S., Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania y Alemania (RDP). La última reunión tuvo lugar en marzo de 1961 en el Berlín Oriental, en donde se trató la colaboración económica entre los países socialistas de Europa hasta 1980 y los acuerdos comerciales entre los estados miembros para el período de 1962 a 1965. Su sede radica en Moscú.

1951

Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). El acuerdo por el que se creaba el Mercado Común Europeo del Carbón y del Acero, fue firmado el 18 de abril de 1951, pero no entró en vigor hasta agosto de 1952. La finalidad es crear un sólo mercado del acero y del carbón y unificar los recursos en estas materias, tanto en el aspecto técnico como en los de mano de obra y capitales. Los países miembros son: Italia, Luxemburgo, Bélgica, Holanda, Francia y Alemania Occidental. Su sede radica en Luxemburgo.

Organización del Tratado del sudeste Asiático (SEATO). En Manila, Austria, Francia, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas, Tailandia, Estados Unidos y el Reino Unido firmaron un pacto de ayuda mutua que estableciera un sistema de defensa colectivo en el sudeste asiático (8 de septiembre de 1954).

Cada país miembro reconoce que la agresión por medio de un ataque armado en el área del tratado contra cualquiera de las partes, será considerado como un peligro para la propia paz y seguridad, y acuerdan hacer frente al peligro general de acuerdo con su proceso constitucional.

Si en la opinión de cualquiera de las partes, la inviolabilidad de territorio o la soberanía o política independiente de cualquiera de las partes del tratado, o en otro Estado cualquiera estuviera amenazado por un ataque armado o por cualquiera otra forma, que no fuera ésta, pero que pusiera en peligro la paz del área, las partes se consultarán inmediatamente para acordar las medidas que serían tomadas para la defensa común.

Los Estados miembros establecieron un Consejo en el que cada uno de ellos está representado para considerar las faltas concernientes a la implantación del tratado. El Consejo cuidará de antemano de las relaciones militares o de cualquier otro plano entre los Estados miembros.

Este tratado no afecta a los derechos y obligaciones de cualquiera de las partes pertenecientes a la Carta de las Naciones Unidas.

Cualquier otro Estado, con el fin de asegurar los objetivos del tratado puede ser invitado a formar parte de él, depositando su adhesión en el gobierno de la República de Filipinas.

El área del tratado es la zona del sudeste de Asia, incluyendo los territorios completos de las partes de Asia del área general del sudoeste del Pacífico.

El tratado permanecerá en vigor indefinidamente; pero cualquier Estado puede cesar de pertenecer un año después de que su renuncia haya sido formulada al gobierno de la República de Filipinas.

1956

Independencia de Marruecos. Situado al Norte en el extremo occidental de África, Marruecos ocupa la parte más occidental y fragosa del Atlas. Limita al N. con el Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar; al E. con Argelia; al S. con el Sahara español y Argelia, y al O. con el Atlántico: su población la constituyen habitantes de la raza árabe-bereber. Por el acuerdo francoespañol de 1912, Marruecos quedó dividido en dos zonas de influencia. En 1956 su independencia fue reconocida por Francia y España. El régimen político que se adoptó fue la monarquía (18 de agosto de 1957). En la actualidad se rige por la Constitución que entró en vigor el 2 de junio de 1961. Está en camino de la institución de un régimen de Monarquía constitucional, que proclama su fidelidad a la Liga de países árabes y a la Carta de la Organización de las Naciones Unidas, que tiende a la edificación de la unidad africana y a la lucha contra la segregación racial y contra el colonialismo bajo todas sus formas. La capital es Rabat.

Independencia de Túnez. Situada al norte de África limita al N. y al E. con el Mediterráneo; al S. con Liberia y con el desierto del Sahara, y al O. con Argelia. Su población la constituyen habitantes de la raza y lengua árabe; la religión oficial es la mahometana.

En 1535 Carlos I de España había conquistado Túnez, pero los turcos lo reconquistaron en 1573 volviendo a tomarlo Juan de Austria en 1574. En 1766 una flota francesa bombardeó Bizerta, y en abril de 1881 invadía Túnez, ocupando Bizerta en mayo del mismo año. Por el Tratado de Ksar-Said, Francia impuso un protectorado a Túnez. En 1946 fue proclamado Estado Asociado de la Unión Francesa. En 1950 Francia creó en Bizerta una de las mejores bases navales del mundo. El 20 de marzo de 1956 se proclamó la independencia de Túnez constituyéndose en República el 25 de julio de 1957. El 8 de noviembre de 1959 ocupó la presidencia Habib Bourguiba.

En 1958 Francia evacuó sus bases de Túnez, menos Bizerta, dando lugar con ello a un grave problema político internacional, y al comienzo de manifestaciones tunecinas frente a la base, creándose una atmósfera de disturbios ininterrumpida. El 14 de julio de 1961 hubo una huelga general en Túnez, como protesta por la ocupación francesa de la base de Bizerta dando lugar al comienzo del bloqueo de la misma. La aviación francesa inició el bombardeo de las posesiones tunecinas, generalizándose la lucha. Túnez llevó el caso ante el Consejo de Seguridad y rompió las relaciones diplomáticas con Francia (21 de julio de 1961). El 26 de julio de 1961 la Asamblea General de las Naciones Unidas afirmó que el gobierno de Francia había violado la soberanía de Túnez haciendo peligrar la paz y seguridad internacionales, y pedía al gobierno de Francia que reconociera el derecho soberano de Túnez para pedir la retirada de todas las fuerzas armadas francesas. Al mismo tiempo hacía un llamamiento a los gobiernos de Francia y Túnez, para que iniciaran inmediatamente negociaciones destinadas a concertar medidas pacíficas de acuerdo con los principios de La Carta, para la retirada de todas las fuerzas francesas del territorio tunecino.

El 5 de septiembre de 1961 De Gaulle anunció que Francia no abandonaría la base de Bizerta, mientras no variara la situación internacional. En el mes de septiembre Bourguiba manifestó su conformidad a entrar en negociaciones con Francia sobre las bases establecidas por De Gaulle: discusión «modus vivendi» en Bizerta; negociaciones para utilizar la base en períodos de tensión internacional; negociaciones para la retirada definitiva de las tropas francesas de Tunicia. El 3 de octubre de 1961 las tropas francesas abandonaron Bizerta.

1957

Comunidad Económica Europea (Mercado Común). Para la reunificación de Europa, desunida por la Reforma, se dio el primer paso en marzo de 1957 con la firma, en Roma, de los tratados sobre el Mercado Común y la «Euratom». Europa ratificaba su segunda acta de nacimiento; la primera se conviene en admitir que sucedió cuando la coronación de Carlomagno, y entonces Roma hacía realidad la profecía de De Gasperi: «Llegará un día en que sean borradas las fronteras de Europa, para transformarla en una sola comunidad, donde no sólo las personas y las cosas, sino la mano de obra circulen libremente».

La creación de la Comunidad Económica Europea es considerada como uno de los acontecimientos mundiales más memorables de los últimos tiempos; según Spaak, el más memorable después de la Revolución francesa. Un anhelo de siglos tomaba cuerpo: formar en el centro de Europa occidental una unidad económica, integrada por casi 165 millones de habitantes, el mayor mercado comercial del mundo, que puede, en un día no lejano, cambiar profundamente el mapa de Europa, no por medio de guerras, sino como consecuencia y característica de la vida y relaciones modernas entre los pueblos.

En esencia, el Mercado Común es una unión económica, no aduanera o comercial solamente, que tiende, en un plazo mínimo de doce años y un máximo de quince, a crear una unidad económica totalmente integrada, como un mercado absolutamente libre para la producción de todos y cada uno de los países miembros, con una legislación económica unificada, en la medida de lo posible, y con una barrera arancelaria común para las relaciones con todos los demás países, que estará representada por el promedio de los aranceles, que, para cada producto, existía con anterioridad en cada uno de los países miembros.

El movimiento de lo que se convino en llamar «Pequeña Europa» fue llevado a cabo por Alemania, Francia, Italia y los tres componentes del Benelux. Ninguna de las naciones de Europa se hallaba en condiciones de seguir por sí sola el paso de los países colosos (EE. UU. de América y la Unión Soviética); pero integradas en el Mercado Común podían sostener una ventajosa competencia.

La vieja idea de la unión europea resucitó allá por los años de 1920 alentada por intereses intelectuales y humanistas

con objeto de interceptar el desarrollo de la proclamada unión a través de la lucha de clases de la instauración del marxismo en el mundo.

El intento europeísta de los años veinte fracasó por tres factores principales: por la política de Stalin de hacer que la Unión Soviética entrara en la Sociedad de Naciones, con el consiguiente alivio de la amenaza comunista; la aparición del fascismo y sobre todo del nazismo, que sustituyó al comunismo como gran enemigo de Europa; el rutinarismo liberal de los dirigentes americanos y europeos de la época de Hoover, Brial, Herriot, etc.

De estos tres factores, el fascismo y el nazismo han sido eliminados, pero una vez más la amenaza rusa pesa con toda su crudeza, aunque es la capacidad, el temple y la ideología de los hombres que dirigen el movimiento, lo que ha de hacer que triunfe en nuestros días, porque han concebido que para llegar a la unión política de Europa el camino más corto y seguro va por la economía: así surgió la idea del Mercado Común.

Hasta ahora la situación del Mercado Común ha sido el ir de éxito en éxito, y su peligro para el futuro es la colosal transformación que está llamado a producir sobre el mundo. Su marcha futura sólo puede continuar contra fuerzas múltiples y colosales, entre las que destacan los intereses imperiales históricos y el proteccionismo comercial económico norteamericano, al que están ligadas las compañías industriales y financieras, y los restos ideológicos del nacionalismo europeo. Tampoco hay que perder de vista que la actual política rusa tiende a eliminar el instrumento de la guerra y para imponer el comunismo en el mundo adopta el método de la competencia económica; por lo tanto, da más importancia al Mercado Común y mayor habrá de ser su hostilidad hacia él.

A los anteriores hay que añadir el peligro que el Mercado Común lleva dentro de sí mismo, sobre todo el de extenderse, desarrollarse y ampliarse demasiado rápidamente.

Un obstáculo grave que se interpone en el camino de una unión europea, es el arrastre de recelos e incomprensión entre las potencias europeas; y obstáculo tradicional es la resistencia de la Gran Bretaña a entrar en ninguna organización europea permanente por temor a quebrantar los vínculos de la «Commonwealth». Por otra parte, la comunidad europea tampoco podrá considerarse completa en tanto los Estados, hoy satélites y cautivados por la U.R.R.S., no sean

rescatados para el mundo occidental. Pero, a despecho de todo esto, un inexorable proceso histórico empuja a Europa hacia una integración, que no ha de detenerse precisamente en la era atómica, que ha venido a alterar las tradicionales medidas de magnitud y de potencia políticas.

Las potencias mundiales no se miden ya por la escala de naciones, sino de continentes. Y los estados nacionales de un Continente mismo no pueden ya permitirse el lujo de guerrear entre sí, porque una necesidad común les obliga a unirse para evitar ser absorbidos por una potencia continental. Una triste y próxima experiencia nos lo atestigua.

Tal como están previstas en el Tratado de Roma, las etapas del período de transición en el Mercado Común Europeo son las tres siguientes:

1.ª etapa de 1958 a 1961
2.ª etapa de 1962 a 1965
3.ª etapa de 1966 a 1969

El paso de la primera a la segunda etapa se consideraba fundamental, por el hecho de que en ella todos los acuerdos esenciales necesitaban la unanimidad para su aprobación. Rebasada esta etapa, bastaría con una mayoría cualificada —12 de un total de 17 votos—. Ello facilitará enormemente el desarrollo de las instituciones comunitarias y su consiguiente fortalecimiento.

El Mercado Común entró en vigor el 1.° de enero de 1958. Casi desde el primer momento surgieron inconvenientes y polémicas, que han estado representadas por Francia en nombre del Mercado Común, y fuera de él por los seis Estados de Inglaterra, Dinamarca, Noruega, Suecia, Austria y Suiza que se consideraron directa y perjudicialmente afectados por el nuevo estado de cosas. Al concluir el año 1958 se temió que los esfuerzos realizados para armonizar conceptos, desembocarían en lo más inesperado: en la guerra económica. Desde el primer momento Inglaterra recibió con recelo las gestiones y tentativas hechas para alcanzar un alto grado de colaboración europea; tenía el convencimiento de que no podía participar activamente en el desarrollo de los planes de colaboración y se aducían para ello razones tan fuertes como sus lazos de unión con los demás países de la Commonwealth y la existencia de unas relaciones comerciales asentadas en el principio del libre cambio; todo ello aparte de las razones históricas. Inglaterra, en lugar de un Mercado Común, proponía

un área de libre comercio. Se trataba de un proyecto de reducción gradual de los aranceles para todos los productos industriales, no los agrícolas; pero manteniendo cada país un sistema aduanero absolutamente independiente para sus relaciones comerciales con terceros países.

Resultaba poco menos que imposible armonizar criterios tan opuestos y evitar una grave crisis comercial y política: comercial, porque los exportadores ingleses tropezaron con la discriminación ejercida contra ellos en el Mercado Común; política, porque registraba el fin de un venturoso esfuerzo para la construcción de un sistema comercial único, multilateral entre los 17 países de la O.E.C.E.

Se había llegado a una situación crítica, pero la fuerte unión franco-germana en los comienzos de 1959, salvó a la pequeña Europa, y presentó una fórmula de compromiso, cuyos rasgos dominantes son:

Primero: extensión a todos los miembros de la G.A.T.T. (Tratado General de Aranceles y Comercio), de los beneficios de unos aranceles reducidos en un 10%, según lo establecido por el Tratado de Roma.

Segundo: extensión a los demás miembros de la O.E.C.E. de los beneficios resultantes del aumento, en un 20% de las cuotas.

Era una concesión importante la que se hacía y al mismo tiempo la convertía en una fantástica organización internacional con cualidades de superestado, pero que aún había quedado corta para los deseos de Inglaterra.

En la actualidad, tras sortear dramáticos y extenuadores obstáculos, se ha conseguido la irrevocable integración económica al sobrepasar la fecha de 14 de enero de 1962, que ha sido llamada un «casi segundo Tratado de Roma», y llegar a un acuerdo sobre política agrícola, en vistas a establecer un mercado común para estos productos. Desde el punto de vista agrícola la situación era muy comprometida por la enorme desigualdad en que se encontraban los países miembros del mercado común. Francia con una agricultura muy desarrollada, que la ha colocado en una posición sin posibilidad de competencia por parte de ningún otro país miembro, y por otra parte Alemania, con una agricultura que apenas produce lo suficiente para atender a la mitad de sus necesidades. Pero también este obstáculo ha sido superado y se empieza la segunda etapa del Mercado Común, no sólo con la comunidad reforzada internamente, sino también con nuevas tareas y amplias perspectivas de política común auténticamente

constructiva, pues hay que tener en cuenta que ningún país del mundo moderno había aceptado hasta ahora la libertad de comercio para la agricultura.

Al empezar el año 1962 existía en los aranceles una rebaja del 10% en comparación con 1957, respecto a los productos industriales y de un 30 a un 35% respecto a los agrícolas. Han quedado abolidas las restricciones cuantitativas para los productos industriales y muy atenuadas para los agrícolas. Se ha simplificado el arancel aduanero, único para todas las relaciones de los países de la C.E.E., al mismo tiempo que se ha dado un gran paso hacia la libre circulación de trabajadores.

El balance económico de las realizaciones conseguidas a lo largo de los cuatro primeros años de la fase preparatoria, resulta sorprendente. El comercio intraeuropeo ha aumentado un 70%, sin detrimento de las relaciones con los otros países que no forman parte de la organización. Tal ha sido su fuerza que los países que en un principio se mostraban escépticos y recelosos, desean ahora asociarse a ella. El acontecimiento de mayor importancia en este sentido es la petición de Inglaterra, anunciada el 31 de julio de 1961, de ser admitida como miembro del Mercado Común, o el mensaje del presidente de los EE. UU. John F. Kennedy, del 11 de enero de 1962 en el que propone que la gran nación americana se comprometa con el Mercado Común en una competencia pacífica, para llegar al desarme aduanero.

Los Estados africanos, incluida la República Malgache, han solicitado negociar un acuerdo de asociación con la C.E.E.

El acuerdo de asociación con Grecia, primero en su clase, fue firmado el 9 de julio de 1961. Se hallan en curso conversaciones con otros países, como España, Austria, Suiza, Suecia, Irlanda, Dinamarca, Inglaterra, etc., que desean figurar como asociados o como miembros de la C.E.E.

El Mercado Común se rige por un Consejo de Ministros, uno por cada país y una comisión de nueve miembros.

La Sede de esta organización reside en Bruselas.

1959

Asociación Europea de Libre Comercio. La E.F.T.A. *(European Free Trade Assotiation)* se fundó en noviembre de 1959 y entró en vigor en julio de 1960. Se propone fomentar la economía, el nivel de vida, la producción y el libre comercio entre los miembros con un mercado conjunto y evidente rebaja en la distribución de las materias primas para contribuir al fomento del comercio mundial. La E.F.T.A. es considerada como un paso previo para establecer relaciones con el Mercado Común. Su sede radica en Ginebra.

1960

Asociación Económica Centroamericana. En febrero de 1960 el Salvador, Guatemala y Honduras firmaron un tratado para la creación de la Asociación Económica tripartita Centroamericana. El tratado se estableció por veinte años y su objetivo es formar un Mercado Común centroamericano para la reducción de las tarifas aduaneras, en una primera etapa y la completa abolición en cinco años, estableciendo el libre movimiento de capital y personal. La Asociación comprende también un Banco Centroamericano de Fomento.

Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Se fundó en Montevideo en febrero de 1960. El objetivo de la Asociación es ir reduciendo los derechos de importación de los objetos de su comercio, hasta lograr hacer desaparecer los aranceles aduaneros en un plazo de doce años. Sería un primer plazo para llegar a un Mercado Común Latinoamericano. Actualmente sus miembros son: Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay. La primera conferencia de la A.L.A.L.C., se celebró el 25 de julio de 1961 en Montevideo y fue elegido secretario permanente del Comité Permanente el brasileño Rómulo Almeida. Su sede radica en Montevideo.

Organización de Cooperación y Desarrollo Económico. (OECD). La *Organization for Economic Operation and Development* fundada por acuerdo firmado en París el 14 de diciembre de 1960 por los miembros de la Organización Europea de Cooperación Económica, Estados Unidos y Canadá, entró en vigor a finales de 1961. Los tres principales objetivos de la nueva organización son: conseguir mejores resultados económicos y de empleo con una elevación del nivel de vida en los países miembros de la organización mientras se mantiene la estabilidad financiera y se contribuye al desarrollo económico mundial; contribuir a la expansión económica de los países no miembros de la organización; contribuir a la expansión del comercio mundial sobre la base de acuerdos multilaterales no discriminados, de acuerdo con las obligaciones internacionales.

En su estructura figuran como órganos supremos, un consejo de ministros, un comité de política económica, un comité de fomento para los problemas de desarrollo, un comité de asistencia técnica para países menos desarrollados, un comité de asistencia y desarrollo para otros territorios, un comité de comercio que estudia las políticas comerciales y los problemas de intercambio y una secretaría general. Los países miembros son: Alemania Occidental, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Holanda, Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Portugal, Suecia, Suiza y Turquía.

1960

La independencia del continente negro. Rebasada la era del colonialismo había llegado para las potencias madres la hora de no dejar escapar la última oportunidad de una situación que tal vez hubiera sido catastrófica. Ni Inglaterra con todo su poder, que era mucho, pudo conservar las trece colonias americanas que dieron origen a los Estados Unidos, como tampoco Roma pudo impedir que los bárbaros, que hacía tiempo merodeaban más allá de la periferia, se señoreasen de la capital del orbe. Y es que es absurdo obstinarse en defenderlo todo sin darse cuenta que al hacerlo no hay más remedio que perder todo lo que antes se tenía.

Desde 1951 asistimos, en el continente negro, a una constante emancipación de países, hasta llegar al caso insólito de que en 1960 alcanzaron la independencia, además de Chipre, 17 países africanos. El año 1960 fue como el de 1821 o el de 1920, uno de los más señalados mundialmente en cuanto al número de países independizados.

Al pensar en África casi es inevitable contraponer el África europea al África independiente, y asociar la primera a un pasado colonialista en liquidación, e imaginar a la segunda como un bloque homogéneo y antieuropeo. La realidad es muy distinta y más compleja. Hay un África netamente africana e independiente, no antieuropea, sino asociada al Mercado Común Europeo, y cuyo núcleo lo constituyen los miembros de la «Communauté» de expresión francesa. Una segunda África, la netamente europea compuesta por Argelia, las provincias portuguesas y españolas, Rhodesia y Sudáfrica. Una tercera África es contraria a la anterior, y no puede ser más heterogénea: es el África del llamado «Club de Casablanca», formado por la R.A.U., Ghana, Guinea, Marruecos, Mali y Tunicia, núcleo sobre el que flotan otros países menos poderosos como Liberia, Etiopía, etc.

Todos ellos están organizándose unos con rango de más potencia que otros, y enfrentados con la ardua tarea de aplicar un programa de más fácil elaboración que desarrollo práctico.

Enumeramos algunos de los países que alcanzaron la independencia a partir del 24 de diciembre de 1951 y damos una breve reseña de aquellos que la lograron en 1960:

Libia se convierte en Estado independiente el 24 de diciembre de 1951; Sudán el 1.° de enero de 1965; Ghana en 1957; Guinea en 1958; Camerún el 1 de enero de 1960; Togo, el 27 de abril de 1960; Somalia, en Julio de 1960; Dahomey, Niger, Alto Volta, Congo ex-francés, Costa del Marfil, Chad, República Centroafricana, Gabón y Senegal, en agosto del mismo año; en el último trimestre del mismo año 1960 lo hacen, Mali, Nigeria, y Mauritania. Por último, Sierra Leona y Tanganica en 1961, Ruanda, Argelia, Uganda y Burundi en 1962, Zanzíbar y Kenia en 1963. En 1964, Rhodesia del Norte, que toma el nombre de Zambia y Nyasalandia que lo hace con el de Malawi.

1960

Independencia de Madagascar. Comprende la isla de su nombre situada en el océano Índico, separada de la costa este de África por el estrecho de Mozambique. Por su extensión es la cuarta isla del mundo, con paisajes variados y poblada de grupos étnicos muy diversos, al parecer llegados de Malasia en oleadas sucesivas. Hablan una lengua muy rica y musical de origen indonesio, que ha sido llamada «el italiano del océano Índico».

La influencia europea comenzó a dejarse sentir en la región oriental en el siglo XVII, y después del descubrimiento de la isla por los portugueses, llegaron a ella sucesivamente holandeses e Ingleses. En 1642 los franceses se instalaron en Fort-Dauphin.

En la parte central de la isla los malgaches hicieron surgir la monarquía más poderosa de la isla, que hubo de luchar con la penetración europea: ingleses y franceses, en el centro de la isla, que creaban disensiones y fomentaban revueltas. En el período de 1869 a 1896, los ingleses convinieron finalmente en retirarse a favor de los franceses, que desde 1896 convirtieron a la isla en una colonia.

La primera expresión del nacionalismo malgache fue la revuelta de 1947. La promulgación en 1956 de la *loicadre*, preparó el camino para la proclamación de la República Malgache, el 14 de octubre de 1958, a raíz de la nueva Constitución

francesa preparada por el gobierno del General De Gaulle como «Estado libre de forma republicana en el seno de la Comunidad». Finalmente, como última etapa de la evolución, el 26 de junio de 1960 se proclamó la independencia del país, con capital en Tananarive. Ocupó la presidencia del Estado Philibert Tsirinana. Por acuerdo de 14 de junio de 1960 sus Dependencias (las islas Tromelin Glorieuses, Juan de Nova Europa, Bassas da India, dejaron de pertenecer a Madagascar y se convirtieron en Territorios de Ultramar de la República francesa.

1960

Independencia del Congo (belga). Situado al centro y oeste de África es una inmensa meseta de poca altitud cubierta de bosques y cruzada por cursos fluviales, el principal de los cuales le da el nombre. Su población la constituyen habitantes de la raza negra.

En 1484 los portugueses descubrieron la región y en 1884 en la Conferencia de Berlín se fundó el «Estado libre del Congo» con Leopoldo II de Bélgica como soberano, el cual se reservó como patrimonio personal lo que hoy es el Congo. Después pasó a ser protectorado de la Corona y en 1907 se convirtió en una colonia belga. En 1956 presentó un grupo de nativos, un memorándum con un plan de 30 años para la independencia, del Congo, pero obtuvieron la negativa. En enero de 1959 comienzan los disturbios en Leopoldville y en la Conferencia de Bruselas, de febrero de 1959 se acordó la independencia del Congo. Se celebraron elecciones que dieron triunfo al Movimiento nacional congolés, dirigido por Patricio Lumumba, seguido del Partido Nacional del Progreso; el partido Abako de Kasavubu obtiene 12 puestos. Prácticamente el Congo era gobernado por el Comité Especial de Katanga, que retenía los dos tercios de las acciones de la Compañía Minera de Katanga. A partir de entonces el gobierno retenía sólo el 22%, pero no se especificó qué gobierno sería el encargado de administrar estos bienes, si el central del Congo o el provisional de Katanga. De esta forma Katanga se separaba económicamente del Congo. El 22 de junio de 1960 Lumumba es nombrado jefe del gobierno por el Parlamento, y el 24 del mismo mes, Kasavubu fue elegido presidente del Congo y el 30 de Junio de 1960 declara la independencia del Congo.

Rápidamente tuvieron lugar levantamientos de los nativos pidiendo la sustitución de oficiales belgas por nativos.

Los ciudadanos belgas empezaron a abandonar en masa el Congo creándose un grave problema, pues todos los altos cargos de la administración eran ocupados por ellos. El gobierno de Bruselas anunció el envío de fuerzas militares y en todo el Congo hubo un movimiento general antibelga cuando paracaidistas belgas ocuparon varios puntos del territorio congolés. Tshombe, jefe del gobierno provisional de Katanga pidió ayuda militar al Reino Unido, siéndole negada y anunció la secesión de la provincia de Katanga, que representa el sesenta por ciento de la renta congoleña. El gobierno central del Congo reclamó la ayuda de la ONU para impedir la invasión belga que no cesaba. En junio de 1960 la U. R. S. S. acusó a los países de la O.T.A.N. de querer volver a sumir al Congo en el grupo colonial. En julio el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas envió al Congo una fuerza de la ONU y demandó la retirada de las fuerzas belgas, pero Tshombe negó a las fuerzas de la ONU el derecho de intervenir en su territorio, amenazando con pedir ayuda a la U. R. R. S. si las tropas belgas no se retiraban del Congo. Hammarskjold visita Leopoldville, pero Tshombe niega la entrada en Katanga de las fuerzas de la ONU para que controlaran los movimientos en los aeródromos del país. Para el jefe del gobierno Lumumba, la misión de la ONU debía reducirse fundamentalmente a expulsar a las tropas belgas, pero no a intervenir en los asuntos internos, de exclusiva competencia del gobierno central.

Las disensiones entre el gobierno central y Katanga continúan y el 5 de septiembre de 1960 Lumumba y Kasavubu se destituyen mutuamente, pero el Parlamento del Congo anula las destituciones, y Lumumba continúa oponiéndose a que las fuerzas de la ONU permanezcan en el Congo. El 5 de septiembre una rebelión del coronel Mobutu, de acuerdo con Kasavubu, se hace cargo del poder e implanta una dictadura militar. Se detuvo a los miembros de un nuevo gobierno formado por Lumumba. El 23 de noviembre Kasavubu fue reconocido en la ONU como representante legítimo del Congo por 53 votos a favor, 24 en contra y 19 abstenciones.

El. 1.° de diciembre de 1960 Lumumba huyó de su residencia de Leopoldville, donde Mobutu lo tenía prisionero, pero fue capturado y llevado al campo de concentración de Binza. La Unión Soviética acusó a la ONU de complicidad en la detención de Lumumba, e inmediatamente Antoine Gizenga vicepresidente del gobierno central del Congo y lugar-

teniente de Lumumba, declara que él representa al gobierno legal del Congo y la capital del país es trasladada de Leopoldville a Stanleyville. Entonces dio comienzo una atroz lucha entre ambos bandos. El 17 de enero de 1961 Lumumba fue entregado a Tshombe y a la mañana siguiente se cree que fue realmente asesinado. La Unión Soviética protestó enérgicamente acusando a Dag Hammarskjold de cubrir aquel crimen bajo la bandera azul de la ONU. En muchos países se levantó una ola de protesta por la muerte de Lumumba y al mismo tiempo empieza el reconocimiento del régimen de Gizenga como el único legal.

El 24 de abril de 1961 los dirigentes políticos del Congo, excepto Gizenga y Tshombe se reunieron en Coquilhatville; el resultado de la Conferencia fue acordar que la futura República Federal del Congo estuviese constituida por 18 Estados autónomos.

1965

Un mundo fuera de órbita. Ahora que con tanto ingenio y tesón se trabaja por conquistar de una manera efectiva el espacio y colocar en órbita ingenios cada vez más perfectos, parece que nadie puede evitar el desquiciamiento social, político, moral y económico que ha sufrido el mundo desde la Segunda Guerra Mundial. Por esto nos atrevemos a encabezar esta efemérides de 1965 bajo el título de *un mundo fuera de órbita*. En realidad lo que intentamos con ello es dar un breve resumen del aspecto político mundial desde 1960 a 1965, sin que estas fechas sean dos raíles de donde no podamos salirnos. Forzosamente y en aras de una mayor claridad deberemos retroceder con frecuencia el tiempo que sea preciso, aunque centremos la cuestión precisamente en este lustro arriba indicado.

A cualquier observador el mundo actual se le aparece dividido en tres grandes bloques: el *afroasiático*, en dolor de ajustamiento a unas formas políticas nuevas; el *comunista*, en trance de proselitismo exterior y de resquebrajamiento interior; el *occidental*, en la cúspide de un bienestar económico, dividido e indiferente.

Cada uno de ellos, en el momento actual, tiene sus grandes virtudes y sus defectos y no es el caso de examinarlos ahora. Tan sólo, apuntar las convulsiones dentro de la tónica de cada uno de estos bloques.

El grupo afroasiático, el más grande geográfica y demográficamente, de reciente formación o de nueva reestructura

política, pese a su milenaria historia, es el que más altibajos ofrece. En primer lugar, tenemos la continua alarma entre judíos y árabes que si bien tuvo mayor crudeza en 1948-1949 en que 60.000 israelitas luchan contra un alud árabe de 40.000 egipcios, 8.000 sirios, 80.000 de Trasjordania y Líbano y 21.000 de Irak, todavía la tensión es fuerte sin poder adivinar las sorpresas que puedan sobrevenir.

Un nuevo motivo de fricción es la desviación del río Jordán, trabajo en el que está empeñado Israel pese a la oposición árabe.

El Oriente Medio, cuya manzana de discordia es el petróleo, en el que están interesados muchos capitales de las potencias occidentales, ofrece una inseguridad plausible. En Irak en 1963 un golpe de Estado acaba con el régimen del general Absul Karim Kassem. Las relaciones entre los países árabes no fueron demasiado cordiales en 1962 y el equilibrio pacífico es totalmente inestable. El Yemen y Kuwait ofrecieron una época de difícil situación. Sobre todo Yemen, donde la guerra civil y la división política es motivo de inseguridad continua.

En el sudeste asiático es donde más se ha notado la intranquilidad política. Laos pasó por una etapa difícil a partir de 1961, pero sin mayores consecuencias. Fue Vietnam, sin embargo, quien ofrece un lustro verdaderamente luctuoso. Las luchas entre el Vietnam del Norte y el del Sur son continuas, pero se acentúan en 1965 en que los EE. UU. se propusieron llevar la intervención militar hasta el final apoyando a Vietnam del Sur. La opinión pública de Occidente y comunista no estuvo de acuerdo con la actitud norteamericana en general. Esta guerra, de la que ha estado pendiente el mundo entero, tuvo una fase de cariz político muy desagradable: el asesinato del presidente sudvietnamita Ngo Dinh Diem en 1963. Desde entonces las cosas no han mejorado sino todo lo contrario: los gobiernos se han sucedido uno tras otro sin solucionar el problema interno y sin que las luchas contra el Viencong hayan aportado alguna ventaja positiva.

Las agresiones de Indonesia a la Gran Malasia crearon, a su vez, una situación de guerra, sin grandes consecuencias por el momento, pero de viva tensión.

En el continente negro, no preparado para las formas europeas de gobierno, el hecho más trascendental fue la guerra del Congo y las revueltas de los rebeldes en 1964 y 1965.

Un hecho vino a enturbiar la tranquilidad africana que se respiraba en la última mitad de 1965. Rhodesia del Norte,

colonia inglesa en la que vivían pacíficamente la población negra y los blancos, declaró su independencia unilateralmente, sin contar con la metrópoli. Inglaterra no cedió sus derechos y el caso se llevó a la ONU. En general, el mundo se puso de parte de Inglaterra y se amenazó a la nueva nación con imponerla algún castigo económico.

El bloque comunista se caracteriza por un afán proselitista en los Estados subdesarrollados, principalmente en África y Asia, pudiéndose afirmar que la mayor parte de los conflictos registrados en estos países han sido movidos o por lo menos alentados por el comunismo.

Dentro de los mismos países comunistas, sobresale la ruptura Moscú-Pekín. De la tensión creada por estos Estados nació que algunas naciones se inclinaran por la China y otras por Rusia, con la consiguiente escisión dentro del bloque comunista. Desde que China probó su bomba atómica, el mundo occidental y también el comunista mira a China con cierta suspicacia y cierto temor.

La Unión Soviética obtuvo un prestigio excepcional durante estos años con sus vuelos espaciales que repercutieron en el campo político por superar con ellos a los vuelos efectuados por Estados Unidos.

Así, Rusia fue la primera en lanzar un satélite artificial (1957); la primera en lanzar un satélite con seres vivos a bordo (1958); y la primera que logró que un hombre saliera al espacio (1965).

En el mundo occidental tampoco han faltado los sobresaltos. Dejando a un lado la constante fricción creada en Berlín con el llamado «Muro de la vergüenza», dos hechos acaparan la atención política del último lustro: Chipre y la cuestión racial en Estados Unidos.

La preocupación sobre Chipre donde la convivencia de grecochipriotas y turcochipriotas se vio comprometida en los últimos años estriba en la difícil situación de dos mentalidades diferentes obligadas a residir en la Isla sin ver la salida a una comprensión y confraternidad propia de los habitantes de un mismo país. Pese a la intervención de la ONU, el panorama no está completamente despejado.

En Estados Unidos las manifestaciones integracionistas y la ley de los «derechos civiles» de los negros, por una parte, y por otra las violencias de los segregacionistas, han sido cuestiones que han estado y están todavía sobre el tapete, enconando los ánimos y cometiéndose atropellos en varias ciudades del Sur.

En política exterior, los Estados Unidos han visto acentuarse las críticas a su posición e intervención en la guerra del Vietnam, donde el prestigio estadounidense está sufriendo un duro golpe.

En el continente americano el último lustro fue de igual cariz que los anteriores en lo que respecta a su momento político, pues las destituciones de presidentes y las revueltas por el poder han seguido el mismo ritmo.

Últimamente se acentuó un tanto en la República Dominicana pero con la intervención de los Estados Americanos se puso paz en la bella isla, que esperamos sea duradera.

Este es el panorama que ofrece el mundo. La gran amenaza de una guerra mundial no parece inminente, pero las grandes potencias se preparan a evitar cualquier agresión y mejoran cada día su sistema defensivo y ofensivo.

Si aún existe cordura en los hombres que rigen las naciones es de esperar que pongan todo su empeño en evitar las armas modernas, sembradoras de muerte y destrucción, cuyo sólo pensamiento nos aterroriza.

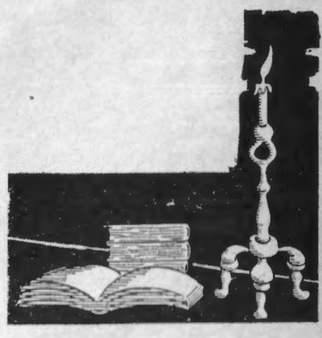
Indice de fechas

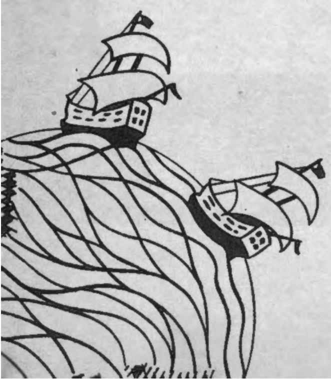


1.ª Parte. Fechas anteriores al nacimiento de Cristo.



2.ª Parte. Fechas posteriores al nacimiento de Cristo.







Índice de ilustraciones fotográficas

EGIPTO (págs. 33 a 40)

MESOPOTAMIA (págs. 57 a 64)

GRECIA (págs. 81 a 92)

IMPERIO ROMANO (págs. 157 a 172)

EDAD MEDIA (págs. 269 a 280)

DESCUBRIMIENTOS (págs. 329 a 336)

CARLOS V, EMPERADOR (págs. 353 a 368)

REINADO DE LUIS XIV (págs. 417 a 424)

REVOLUCION FRANCESA (págs. 457 a 464)

NAPOLEÓN (págs. 481 a 496)

INDEPENDENCIAS AMERICANAS (págs. 529 a 540)

1 Detalle escultórico de la Serpiente Emplumada (Quetzalcoalt). Teotihuacán. México.
2 Los atlantes. Tula. México.
3 Ruinas de Sacsahuamán, fortaleza que protegía a Cuzco.
4 Vaso precolombino. Museo de Arte. Lima. Perú.
5 Detalle de la decoración exterior del Palacio de Labná. Cultura maya.
6 Maqueta de carabela.
7 Portal típico de la entrada de una hacienda de la sabana de Bogotá. Colombia.
8 Ángulo de una cocina colonial. Caracas. Venezuela.
9 Joven indio de Oaxaca. México.
10 Traslado de bergantines desde Tlascala al lago de México en 1521.
11 Fundación de Buenos Aires. Obra de Moreno Carbonero.
12 Detalle de un torreón en el fuerte del Morro. San Juan de Puerto Rico.
13 Convento de la Merced. Cuzco. Perú.
14 Monumento al general San Martín. Buenos Aires. Argentina.
15 La casa de la Libertad. Sucre. Bolivia.
16 Casa colonial argentina, donde se dio el grito de Independencia.
17 En este lugar de Colombia se dio el grito de independencia el 20 de junio de 1810.
18 Firma de la Declaración de la Independencia en Caracas, el 17 de julio de 1811.
19 General San Martín.
20 Antonio José de Sucre.
21 Simón Bolívar.
22 Monumento a Bolívar. Quito. Ecuador.
23 Juan Zorrilla San Martín.
24 Vista de rascacielos de Cuba.
25 Gabriela Mistral, poetisa chilena.
26 Torres petrolíferas emplazadas sobre el agua. Venezuela.
30 Refinería de petróleo de Cartagena. Colombia.

PRIMERA GUERRA MUNDIAL (págs. 557 a 568)

1 Cañón de la marina francesa que defendió Belford del bombardeo alemán.
2 Cementerio de guerra (1914-18) junto a Verdún. Francia.
3 Paisaje nevado.
4 El zar pasa revista a sus tropas.
5 Castillo de Windsor. Inglaterra.
6 Vagón ferroviario donde se firmó el armisticio franco-alemán (11 de noviembre de 1918).
7 Bombardeo sobre París. Destrozos del bulevar Voltaire.

8 La población civil belga huye ante el avance alemán.
9 Cadáveres de soldados rusos en una trinchera cerca de Jaroslav, junio de 1914.
10 Los archiduques de Austria poco antes de ser asesinados el 28 de junio de 1914.
11 El archiduque Francisco Fernando y su esposa morganática.
12 Las huellas de los pies del Archiduque Fernando en la entrada del Museo de Sarajevo.
13 Retrato del asesino de los archiduques en Sarajevo.
14 Corredor de la fortaleza de Terezín. El asesino Gabriel Princip ocupó la celda núm. 1.
15 El mariscal von Hindenburg.
16 El general francés J. C. Joffre.
17 El conde de Moltke, general prusiano.
18 Disposición de la batalla del Marne.
19 Jorge II de Inglaterra y Guillermo II de Alemania reunidos en Berlín.
20 Puesto de combate a bordo de un torpedero italiano.
21 El ejército asiste a una ceremonia.
22 Generales franceses pasando revista a sus tropas.
23 Septiembre de 1916: avance de tropas inglesas.
24 Soldados italianos en un arriesgado avance.
25 Convoy de trineos del ejército francés dirigiéndose a un puesto de ambulancia. Año 1917.
26 Ruinas de Verdún. Francia.
27 Combate aéreo entre un Brandeburgo y un Niemport.
28 Hundimiento de un acorazado austríaco por la marina italiana.
29 El general Pershing con el comandante en jefe de las fuerzas aliadas, mariscal Foch.
30 El gran político francés Clemenceau.

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (págs. 601 a 612)

1 Campo de concentración de Osten.
2 Campo de concentración de Dachau.
3 Concentración nazi en Nuremberg.
4 Regimiento italiano formado para el combate en África.
5 Soldados ingleses después de una operación.
6 Despreocupados soldados alemanes en descanso.
7 Ofensiva en el Don. Soldados alemanes pasan un puente tendido sobre el río.
8 Tropas estadounidenses a punto de embarcar para el frente.
9 Soldados de infantería alemana. 1940.
10 Tanque alemán Panzer.
11 Tropas de infantería alemana en plena acción.

INDICE DE LAMINAS EN COLOR